

de HISTORIA DE UNA
CORTEESANA - POR -
ALEJANDRO DUMAS



Lectulandia

La protagonista de esta novela, *Lady Hamilton*, narra su vida, poco antes de morir, al sacerdote que la asiste después de haber vivido romances con varios personajes de la alta sociedad inglesa, hasta caer en desgracia, abandonada y pobre. Gracias a su belleza llegó a convertirse en la favorita de la reina María Carolina de Nápoles donde conoció al almirante Nelson en 1793 con quien tuvo una hija.

Lectulandia

Alexandre Dumas

Historia de una cortesana

ePub r1.0

Titivillus 30.01.2018

Título original: *Souvenirs s'une favorite*

Alexandre Dumas, 1865

Traducción: Antonio Astort

Digitalización original perteneciente a los fondos de la Biblioteca Nacional de España y distribuida bajo licencia CC-BY-NC-SA

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Sobre las cinco de la tarde del 14 de enero de 1815, un sacerdote precedido de una vieja que parecía servirle de guía, caminaba por entre la nieve que se extendía desde el villorrio de Wimille al pequeño puerto de Ambleteuse, situado entre Boulogne y Calais, y en el cual Jacobo II, expulsado de Inglaterra, desembarcó en 1688. El paso del sacerdote era precipitado, como si alguien lo esperase con impaciencia; y para, resguardarse del viento incómodo, y frío que soplaba, de las costas de Inglaterra, iba envuelto en su manto. Crecía la marea, y se percibía el mugido, de las olas confundido con el áspero ruido de los guijarros que el flujo y reflujo arrojaba a la playa.

Al cabo de media hora de caminar por un sendero que señalaba una doble hilera de macilentos olmos, desnudos en invierno, por los rigores de la estación, maltrechos en verano por la acción de los vientos del mar, la vieja, desviándose hacia la derecha, tomó por un camino apenas visible bajo la nieve que lo cubría, y que conducía, a una pequeña casa edificada en la ladera de una colina que dominaba el paisaje. A través de los vidrios de la ventana se distinguía un punto luminoso, única señal que denunciaba la presencia de esta vivienda completamente perdida en la obscuridad.

Diez minutos bastaron a los dos viajeros para llegar al umbral de la puerta, que se abrió en el acto, al tiempo que una voz fresca y dulce dijo con ligero acento, inglés:

—¡Venga usted, señor abad!; mi madre le espera impaciente.

La vieja se apartó para dar paso al clérigo, tras el cual penetró en la choza. La joven cerró la puerta, y en la pieza inmediata, la única que estaba alumbrada, hizo ademán de señalar a un mujer que con dificultad se incorporaba en el lecho.

—¿Es él? —preguntó la enferma, en inglés y con voz débil.

—Sí, madre mía —respondió la joven en el mismo idioma.

—¡Oh!, ¡que entre, que entre! —exclamó en francés la paciente.

Y volvió a hundir la cabeza en la almohada.

El sacerdote entró en el aposento y se acercó a la cama. La joven y la vieja permanecieron en la primera habitación.

La enferma, que parecía extenuada por el esfuerzo que acababa de hacer, indicó con vacilante mano al eclesiástico que se sentase en un sillón, junto a la cama.

El visitante acercó el sillón a la cabecera y tomó asiento.

Hubo un instante de silencio, durante el cual solo, se oía la respiración fatigosa de la moribunda y los sollozos que la joven procuraba vanamente sofocar.

En este intervalo de espera, el cura tuvo ocasión de echar una ojeada a los objetos que le rodeaban.

El interior de la pieza ofrecía una mezcla singular de lujo y de miseria. Los muebles y los tabiques eran realmente propios de una choza, pero las sábanas del

lecho de la enferma eran de la más delicada tela de Holanda; el peinador con que se cubría, era de magnífica batista, y el pañuelo que, anudado al cuello, sostenía una selva de espléndidos cabellos castaños, estaba adornado con eso precioso encaje al que Inglaterra ha dado su nombre.

Frente a la cama, separados solamente por la ventana que tapaba una modesta cortina de indiana, se destacaban, por el esplendor de su colorido, dos retratos de cuerpo entero, debidos, sin ningún género de duda, al pincel de algún famoso pintor, ambos de tamaño natural y destinados a formar juego entre sí.

Uno de ellos representaba un oficial superior de la marina inglesa. En su uniforme azul, al lado izquierdo, se ostentaba la condecoración de la orden del Baño, tan estimada en Inglaterra, que solo se concede por méritos de los más valiosos servicios; y más abajo de esta insignia, lucían otras tres distintas: una pertenecía a la orden de San Fernando y del mérito de Nápoles; la otra a la de San Joaquín de Malta, fundada por Pablo I de Rusia y que desapareció al ser asesinado este emperador, y la tercera, en fin, al Imperio turco, llevando las iniciales en diamantes de Selim III.

Pero lo más notable de este retrato, era la honrosa mutilación de que había sido objeto: una cicatriz muy ancha surcaba la frente, debajo de la cual una venda negra ocultaba uno de sus ojos, al paso que la manga derecha del frac, sujeta a un botón del uniforme, denunciaba la amputación del brazo, a la altura del codo.

El hombre representado en este retrato era de baja estatura; sus cabellos eran rubios; el ojo que le quedaba intacto parecía despedir el destello del genio; su nariz aguileña y su barba, vigorosamente pronunciadas, revelaban el valor y la energía, que son los rasgos característicos de los ínclitos guerreros.

La mujer retratada en el otro lienzo, era el tino perfecto de la gracia y de la belleza. Sus cabellos castaños, desprovistos de adornos, caían en abundantes bucles sobre su cuello y su pecho; la negrura de los ojos y las cejas resaltaba en la brillante frescura de su tez; la nariz, correcta, y la boca infantil, entreabierta como una rosa en una mañana de primavera, dejaba ver, o mejor dicho adivinar dos hileras de perlas.

Vestía una túnica de cachemira de corte griego, y llevaba, echado sobre el hombro derecho, un manto de púrpura. El talle estaba ceñido por una amplia cinta de terciopelo granate recamada de oro formando en el broche un camafeo que representaba la cabeza de un viejo vista de perfil.

Este espléndido retrato era sin duda de la enferma, en cuyas facciones se podían descubrir aún, a pesar de sus cincuenta años y de los estragos de cruel dolencia, vestigios de una peregrina belleza que el pintor había reproducido con toda fidelidad.

En tanto que el cura se entregaba a este examen, por decirlo así involuntario, la enferma abrió lentamente los ojos y los fijó en él con inquietud; habríase dicho que buscaba en el semblante del que había elegido como intermediario de su reconciliación con Dios, la explicación de lo que podía temer o esperar de la misericordia divina.

El sacerdote era un anciano de sesenta y cinco años, de cara bondadosa y serena,

sombreada por algunos mechones de blancos cabellos; su fisonomía reflejaba la sencillez de su alma, y en su mirada podía leerse un chispazo de esa inagotable ternura con que Leonardo de Vinci ha iluminado la del Redentor.

A su vista, pareció tranquilizarse un tanto la enferma.

—Padre mío —dijo—, he leído en todos los libros sagrados que la misericordia de Dios es infinita; pero he enviado a buscarle a usted para oír esas palabras de perdón en los propios labios de un ministro del Señor... Mis pecados, mis faltas, hasta mis crímenes —añadió bajando la voz—, son tan atroces, que, para no morir en la desesperación, preciso de la palabra de un santo varón como usted.

El sacerdote miró con asombro a aquella mujer de voz melodiosa y cándido semblante, y que, no obstante, se declaraba culpable de actos criminales.

—Hija mía —le contestó—, el terror a la muerte la ofusca. La mujer es un ser débil que, por su posición en la sociedad, se halla expuesto a caer en pecado, a cometer faltas; pero, si no he comprendido mal, usted se acusa no solamente de faltas y pecados, sino también de crímenes.

—¡Oh, de crímenes! Sí, ¡de crímenes, padre mío! Yo bien sé que cuando un héroe me llamaba su manceba y una reina su amiga; que en el apogeo de mi juventud y en el torbellino de mi encumbramiento, no calificaba mis actos con ese rigor. Pero, después que el héroe y la reina murieron, después que me hundí en la miseria, y que la miseria, venganza del Cielo, me ha arrastrado a la duda, ¡oh! heme visto y me veo tal como soy, padre mío, es decir, ¡con un cuerpo manchado por la lujuria y las manos enrojecidas de sangre!

—Hija mía, la misericordia de Dios es infinita —repitió el clérigo—; y Jesús, en nombre de su Padre, perdonó a la Magdalena y a la mujer adúltera.

La enferma extendió la mano, la colocó sobre el brazo del sacerdote, e incorporándose para acercarse a él:

—¿Habría perdonado a Herodes? —preguntó.

El cura retrocedió con expresión de horror.

—Pero ¿quién es usted? —preguntó.

—Tiene usted razón, ciertamente —respondió la enferma—; le diré mi nombre, lo que equivale a decírselo todo. ¡Oh! no me abandone usted luego que se lo haya revelado —añadió.

—Hija mía, yo acompañaría y prodigaría mis auxilios hasta el patíbulo a todo pecador, aunque fuese un parricida.

—¡Oh, el patíbulo es la expiación! —repuso la enferma—. Si yo muriese en él, no vacilaría mi fe, como ahora, que muero en el lecho.

—Se desprende de sus palabras que usted ha matado, ¿no es eso? —preguntó con espanto el eclesiástico.

—No, padre mío, pero he dejado matar...

—¿Tenía usted conciencia del crimen que cometía?

—¡Oh, no, no! Creía servir al rey y a Dios, y solo satisfacía mi venganza. ¿Cómo

quiere usted que Dios me perdone, a mí, que nunca perdoné?

El sacerdote la miró.

—¿Es usted inglesa? —preguntó.

—Sí, padre mío —contestó la enferma.

—¿Es usted protestante?

—Sí.

—¿Por qué no ha mandado llamar a un pastor de su religión? En Boulogne vive uno.

—Lo sé...

La enferma sacudió la cabeza y exhaló un suspiro.

—¿Por qué? —volvió a preguntar el cura.

—Nuestros pastores son demasiado severos, padre mío, nuestra religión es austera en sumo grado... y no me he atrevido...

—Esas palabras equivalen a un entusiasta elogio que hace usted de la nuestra, hija mía. ¿Por qué no se ha refugiado usted en su seno, pensando de ella con tan alto concepto?

—¿Y si me hubiese rechazado, padre mío?...

—Nuestra religión no rechaza a ninguno. ¿Por ventura no ha dicho Jesús al buen ladrón: *En verdad te digo que antes de una hora estarás conmigo en el reino de mi Padre?*

—Pero el buen ladrón estaba en la cruz, expirando al lado del Salvador.

—Aquel que muere *en* Él, muere *con* Él, y el arrepentimiento tiene el valor moral del martirio de la cruz. ¿Se arrepiente usted, hija mía?

—¡Oh! —dijo la enferma, levantando ambas manos al cielo—. ¡Oh, sí, lo juro con la mayor sinceridad!

—¿Se arrepiente usted por el solo temor de la muerte?

—No, padre mío, me arrepiento porque, lo mismo que a San Pablo en el camino de Damasco, ha caído de mis ojos el velo que los cubría, y me veo tal como soy.

—Pues bien, ya sabe usted que no solamente perdonó Dios a San Pablo, sino que le admitió en el número de sus apóstoles, y ello no obstante, San Pablo había guardado los mantos de los que lapidaron al mártir San Esteban.

—¡Cuán bueno es usted, padre mío, sosteniéndome y confortándome en la forma que lo hace!

—Ese es mi deber, hija mía. Cuando una oveja, desoyendo las advertencias del guardián, se obstina en apartarse del rebaño, el buen pastor se la echa a las espaldas y la lleva al redil; y cuando la prófuga, volviendo por impulso espontáneo sobre sus pasos, se integra voluntariamente en él, existe doble razón para que sea recibida con mayor alegría. Hable usted, confiésemes sus faltas; estoy dispuesto a escucharlas. Y si ellas no van más allá de las atribuciones conferidas a un humilde sacerdote, se las perdonaré en el nombre del Señor.

—El relato sería largo y, además, inútil mi solo nombre bastará. En sabiéndolo,

sabr  usted todo.

El cura la mir  de nuevo con sorpresa.

— Su nombre? —pregunt .

La moribunda se inclin  hacia él, y con temblorosa y apenas perceptible voz, murmur  estas dos palabras:

—*Lady* Hamilton.

—Este nombre no me dice nada, hija mía —contest  el sacerdote—; no lo conozco, y esta es la primera vez que le oigo pronunciar.

— Oh, Dios mío! —exclam  la enferma, con acento casi de júbilo—.  Conque existe un hombre que no me conoce y una boca que no me ha maldecido!

Y se desplom  sobre el lecho, musitando una oración de acción de gracias al Todopoderoso.

Pero, de súbito, un vago sentimiento de terror se retrató en su semblante.

— Oh, padre mío! En este caso estoy perdida, porque no tendr  ni fuerza ni tiempo para contárselo todo. Y si no puedo hacerle confidente de las angustias roedoras de la miseria, de las febriles seducciones del oro y de los engañosos pero irresistibles espejismos de la pasión; si de mi vida solo conoce usted sus faltas y no sus tentaciones, usted no me perdonar  jams .  Oh!  Si usted pudiese leer...!

— Qu ?

—Mi vida, que he escrito en todos sus pormenores a título de expiación inicial, y sobre todo para que más adelante sirva a mi hija, apartándola de la senda que yo he seguido e impidiendo que incurra en los yerros cometidos por su madre.

— Y por qué no había de leer esa narración escrita por usted?

— Oh, s ! escrita con la sangre de mis venas; se lo juro.

— Por qué, no he de poderla leer? —pregunt  nuevamente el cura.

—Porque, siendo yo inglesa, la escribí en mi idioma.

—He residido cinco años en Inglaterra, desde 1790 a 1795, y hablo el inglés como mi propia lengua.

— Oh, padre mío, padre mío! —exclam  la moribunda—. Dios, sin duda alguna, lo envía a usted, y empiezo a creer en su perdón.

Luego, con ardoroso afán:

—Tome usted, padre mío —añadió, entregándole una llave atada a un pañuelo—; tome usted esta llave, abra el cajón de ese pupitre y encontrar  un manuscrito intitulado *My Life*. Ll veselo, l alo, y vuelva usted cuanto antes mejor, si me trae su perdón. Si, al contrario, soy condenada, env eme el manuscrito, y yo comprenderá el significado de su proceder.

El cura se levant , y, abriendo el cajón, sacó el manuscrito indicado.

—Dios me conceder  la gracia de dejarme vivir hasta ese momento, sobre todo...

Se detuvo, titubeando.

El sacerdote la mir  con expresión que parecía querer infundirle ánimo.

—Sobre todo —continu  la enferma—, si usted me da su bendición.

—¡Yo la bendigo, infeliz criatura —dijo el sacerdote—, y ojalá pueda Dios bendecirla también!

Encontró a la vieja y a la joven arrodilladas en la pieza inmediata.

—Quede usted con Dios, hija mía —dijo a la última, colocándole la mano derecha sobre la cabeza.

La vieja se apoderó de la izquierda, e imprimió un beso en ella.

El eclesiástico salió.

La enferma le siguió con la vista, extendiendo ambas manos hacia él.

La joven apareció en el umbral de la puerta.

—Madre mía, ¿cómo se encuentra usted? —preguntó.

—¡Oh, mejor, mejor, Horacia mía! Otra visita como esta que acabo de recibir, y ese hombre habrá, con su virtud, disipado mi pasado...

* * *

Al otro día, a la misma hora, el sacerdote volvió, acompañado de dos monaguillos, uno de los cuales llevaba el acetre, y la cruz el otro.

La enferma parecía más tranquila, si bien más postrada que la víspera. Era incontrastable que únicamente la sostenía la fuerza de la Fe y la Esperanza, esas dos hijas de Dios.

Se adelantó hacia la cama. Su rostro reflejaba la luz de la caridad.

La joven y la vieja, parecidas a dos estatuas colocadas respectivamente en los extremos de la vida, incorporaron a la moribunda, poniéndole almohadas a las espaldas para que se mantuviese en aquella posición.

El cura se detuvo a dos pasos de la cabecera, contemplando a la cuitada, que esperaba puestos los ojos en el Cielo y las manos entrelazadas.

—¿Cree usted en los siete sacramentos? —le preguntó.

—Sí, creo —fue la respuesta de la enferma.

—¿Cree usted en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía?

—Sí, creo.

—¿Cree usted en la supremacía del pontífice romano y en su infalibilidad en materia de fe?

—Sí, creo.

—¿Cree usted en los símbolos romanos y, finalmente, en todo lo que cree la Iglesia romana, apostólica y universal?

—Sí, creo.

El cura tomó un poco de agua del acetre en el hueco de la mano, y roció con ella la cabeza de la moribunda, diciendo:

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; lave el agua, del bautismo tus pecados, tus faltas y hasta tus crímenes.

La agonizante lanzó un grito de alegría, asió la mano del ministro, llevola

ávidamente a sus labios y la besó.

Luego, en un arranque sublime:

—¡Dios mío —dijo—, recibe mi alma!

Y se desplomó sobre la almohada, que la vieja y la joven bajaron suavemente.

Su fisonomía había recobrado un grado tal de serenidad, que las dos mujeres creyeron que dormía; no así el sacerdote, que comprendió que aquella calma celestial, solo la muerte podía proporcionarla.

* * *

Y ahora, he aquí lo que el eclesiástico había leído en aquel manuscrito, intitulado *Mi vida*.

Escribo las siguientes páginas, en la esperanza de que Dios me perdonará en gracia de mi arrepentimiento y de mi humildad.

EMMA LYÓN, VIUDA DE HAMILTON.

1 enero 1814.

HISTORIA DE UNA CORTESANA

I

Mis primeros recuerdos se remontan al año 1767, en que tenía tres o cuatro de edad. Jamás he podido saber la fecha exacta de mi nacimiento. A través de una percepción vaporosa como la niebla, véome en compañía de mi madre, efectuando una prolongada marcha por entre montañas, ora llevada a hombros, ora caminando a su lado, asida de la mano o tirando de su vestido. De vez en cuando, algún arroyo detenía nuestro paso, y entonces mi madre, cogiéndome en brazos, lo atravesaba y me soltaba al llegar a la otra orilla. Eso debía acaecer en invierno o a fines de otoño. Sentía frío continuamente, y algunas veces también me atormentaba el hambre.

Cuando atravesábamos por alguna ciudad o algún pueblo, mi madre se paraba frente a una panadería y con suplicante voz pedía un pan, que casi siempre le daban.

Raras veces pernoctábamos en poblado, pero solíamos hacerlo en las granjas solitarias, a cuyos moradores rogaba mi madre que nos permitiesen acostar en el granero o en el establo. Las noches que pasábamos en un establo, eran para mí un festín, pensando en el vaso de leche de vaca recién ordeñada con que a la mañana siguiente, antes de reanudar la marcha, solían obsequiarme el cortijero o la moza del cortijo.

Por la distancia que recorrimos, calculando que las etapas fuesen de cuatro o cinco leguas diarias, nuestro viaje duró una semana aproximadamente. Al fin llegamos a la ciudad de Hawarden, que era el término de aquel.

Mi padre, de nombre Juan Lyón, había muerto, y mi madre abandonaba la población donde le había perdido, para ir a pedir a su familia, que residía en Hawarden, algún socorro para poder subvenir a nuestras comunes necesidades.

Aquí pierdo la noción de las cosas, y, algunos meses más tarde, véome convertida en zagala de un pequeño hato de carneros, en una alquería donde mi madre estaba empleada en calidad de sirvienta.

Con relación a lo pasado, me sentía feliz. Había llegado la primavera. La ladera del collado adonde llevaba a pastar mi hatajo, era una vasta alfombra de brezos y tomillo, que mis carneros pacían con fruición y yo tejía coronas para mí. Al atardecer regresaba a la alquería y me acostaba en el aprisco del pequeño rebaño confiado a mi cuidado. A mi cotidiana alimentación eran suficientes las frugales provisiones contenidas en una cesta que me habían destinado: un poco de queso o de manteca, a veces un huevo cocido, y pan. Mi perro participaba de este habitual refrigerio. Luego que habíamos almorzado o comido, íbamos a beber a una fuente vecina que formaba una cuenca diáfana como el cristal, antes de desbordarse y correr como un hilo de plata por la pendiente del montecillo. Tres o cuatro años se deslizaron en esta forma, sin que ningún suceso viniese a trazar huella alguna en mi memoria, alterando la plácida, armonía de aquella existencia.

Un día que bebía, como de costumbre, agachándome hacia la fuente y que llevaba, una corona de brezos rosados entremezclados con margaritas, me detuve, en el preciso instante de ir a tocar el agua con mis labios, y por vez primera eché de ver que era bella.

He incurrido en error diciendo que advertí que era bella; ignoraba en qué consistía la belleza. Jamás había tenido a mano un espejo en el que poder mirarme; pero el rostro que reflejaba la superficie del remanso me agradó, y le sonreí, acercando mis labios al agua, no tanto por beber como para darle un beso.

A partir de aquel momento establecí mi tocador en las márgenes del manantial, tejiendo y destejiendo coronas hasta que quedaba satisfecha de mí misma, contento que manifestaba abrazando a mi propia imagen.

Esta ternura prodigada a mi persona, pudo, en cierta ocasión, haberme sido fatal: mis manos resbalaron sobre el césped, y caí en el arroyo, en cuyas aguas habría perecido, a no ser por mi perro, que me tiró de la falda.

Era tan limitada la idea que tenía del bien y del mal, que, para secar mis ropas, me desnudé completamente. Estando así, enjugando a los rayos del sol mi desnudo y mojado cuerpo, oí que me llamaban. Me levanté y vi a mi madre que venía en mi busca. Corrí hacia ella, que me reprendió severamente, sin que me fuese dado comprender exactamente el motivo de su reprimenda.

Habíase operado un cambio favorable en nuestro modo de ser. Mi madre acababa de recibir del conde de Halifax una pequeña cantidad que debía repartir conmigo. La parte señalada para mí, había de ser destinada a mi educación.

Nunca me he explicado suficientemente la causa de esta munificencia del conde Halifax, ni he obtenido de mi madre la menor explicación sobre el particular. En el cortijo se esparció el rumor de que la sangre que corría por mis venas era quizá de más noble alcurnia que la de Juan Lyón. Líbreme Dios de inculpar a mi madre; pero, si tales susurros eran fundados, encontraría en ello el por qué de aquellos indefinidos deseos e incesantes aspiraciones que alimentaba por una categoría social a la que he llegado, por más que no parecía ser ese mi destino.

Venía, mi madre a comunicarme que, desde el día siguiente, iba yo a dejar la ocupación que desempeñaba en la alquería, para entrar, como interna, en un colegio de señoritas, que algunas veces, el jueves o el domingo, veía pasear por las inmediaciones del cortijo.

—Mamá —fue lo primero que me ocurrió decir—, ¿tendré, como ellas, un bonito sombrero de paja y un lindo vestido azul?

—Sin duda —respondió mi madre—, puesto que es el uniforme de todas las pensionistas.

Salté de gozo. Pareciome que iba a resultar muy bonita con semejantes atavíos, que ni en sueños jamás me habían adornado. Dándoles sendos besos me despedí de mis carneros, de tas que se hizo, cargo un joven pastor que vino a reemplazarme.

Mis palabras de despedida más afectuosas fueron para el perro. El fiel animal, que

me había salvado, la vida una hora antes, sentía viva estimación por mí. Yo, a mi vez, prodigaba muchas caricias al pobre Blak, del que me separé con honda pena para seguir a mi madre.

Por su parte, el leal can demostraba deseos de ir conmigo, y pareció que vacilaba entre su cariño y su deber. Pero el último triunfó al fin. Me siguió hasta un paraje donde pudiese, sin perder de vista al pequeño rebaño, acompañarme con los ojos. Sentose sobre un peñasco, vuelta la cabeza hacia mí, y, enviándome a intervalos un lastimero aullido, permaneció en aquella actitud, inmóvil y quejumbroso, hasta que las sinuosidades del terreno lo ocultó a mis miradas; pero, aunque ya no podía ver le, continuaba oyendo sus tristes lamentos.

El mismo día mi madre me condujo a la ciudad, de la cual distaba el cortijo media legua aproximadamente. Iba a pagar el primer trimestre de mi pensión y a disponer que tomasen la medida de mi uniforme, de cuya confección se encargaba el propio establecimiento a fin de evitar diferencias entre las educandas.

Era un miércoles, y debía entrar en el colegio el lunes siguiente. A fin de que pudiese yo probarme el uniforme, la directora dispuso que el paseo del domingo lo darían por el lado de la alquería, con lo cual se brindaba un día de holgorio a las pensionistas, que iban a ser obsequiadas con un almuerzo de huevos frescos y leche acabada de ordeñar.

La visita se señaló para las nueve, y mi madre se encargó de todos los preparativos.

Fue la primera vez que me encontré en situación de apreciar el poder del dinero. Mi madre, humilde moza de labranza el día antes, a quien se trataba con aspereza y como a una fámula, de último orden, mi madre, digo, parecía haberse elevado de un modo espontáneo, tácito, y sin previo acuerdo, al nivel de los otros sirvientes. Y todo por obra de un billete de cien libras que le habían visto, y que, si tenía el origen que se le atribuía, era más bien razón para humillarla que para enaltecerla.

Por la noche me acosté junto a mi madre, en una cama que me hicieron con un colchón tendido sobre sillas y debajo de la cual se escurrió mi fiel Blak, que, al verme de nuevo, me recibió con grandes muestras de contento, como si hubiese temido perderme para siempre.

Durante los tres o cuatro años anteriores y que habían transcurrido sin más alteración que el periódico cambio de estaciones, todos los días habían sido iguales para mí y jamás se me ocurrió pensar que el uno fuese más largo que el otro. Nunca había deseado acelerar la marcha del tiempo. Me levantaba al amanecer y me recogía al cerrar la noche; repartía mi pan con Blak, y el resto, hecho migas, lo tiraba a los pájaros; tejía coronas de flores y me miraba en las cristalinas aguas del manantial, y, mecida en un ensueño indefinible, veía declinar el día completamente inconsciente de su duración.

Todo eso desapareció: en mi alma habíase operado un trastorno radical; los minutos me parecían horas, días las horas y años los días. Parecíame que nunca

llegaría el suspirado momento de poder desprenderme de mis harapos y engalanarme con mi vestido azul, que mi fantasía embellecía doblemente, y con mi sombrero de paja, nimbo de mis vagas y primeras ambiciones. En cabal estado de vigilia, me asaltaban las inciertas e incoherentes visiones de los sueños: había querido trepar a una montaña bastante elevada para contemplar la cordillera que nos rodeaba; no concebía lo que podía existir más allá, pero estaba fuera de duda que había de ser más bello que el espectáculo abarcado por mis ojos.

¡Ay! Toda mi vida he querido subir a las montañas y divisar más allá del horizonte que Dios me ofrecía...

Por fin, llegó el día con tanto afán esperado. Aquella noche no pude conciliar el sueño, y al rayar el alba ya hacía mucho rato que había saltado de la cama. Mi madre se levantó casi al tiempo que yo. También ella se había comprado algunas prendas de vestir y ataviado con un esmero que no solía. Vistiose como las montañesas del país de Gales, y por primera vez advertí que hubo de haber sido muy hermosa, pues lo era todavía.

Luego, que terminó su tocado, procedió al mío. Peinó mis cabellos, que eran magníficos y rizados, y, viendo que solo llevaba puesta la camisa, quería que me vistiese con las ropas de la víspera, a lo que me opuse obstinadamente, diciendo que al despojarme de ellas, el día antes, creía haberlas abandonado para siempre.

Pareciéndome muy lindo su vestido, le pregunté si mis recursos me permitían comprarme uno igual. Me prometió uno más bonito aún, si al cabo de un mes, la directora le decía que estaba satisfecha de mi conducta.

Híceme propósito de poseer al término de aquel plazo el codiciado vestido.

Para no tener que ponerme de nuevo el viejo, me volví a la cama, a esperar la hora de la cita, señalada para las nueve.

Una cháchara jovial, parecida al rumor de una bandada de currucas, anunciome al fin la llegada de mis futuras compañeras. Mi madre, teniendo en cuenta la impaciencia que me devoraba, entró al punto con una vicedirectora que me traía el uniforme.

Componíase el ajuar de dos vestidos completos, exactamente iguales en la forma, y con la sola diferencia que el de los domingos era de un tejido más delicado y más vistoso dibujo. Las demás prendas, desde las medias a los escotes de camisa, se contaban por medias docenas.

Me resistía a creer que fuesen míos aquellos valiosos objetos depositados encima de mi cama.

Mi madre pidió su precio, y los pagó. Solo entonces los consideré de mi pertenencia. Algo más de cuatrocientos francos fue el importe satisfecho por concepto de estas compras.

Nunca había visto tanto dinero.

Empecé a vestirme.

Las medidas habían sido tomadas por un sastre muy experimentado, por lo que

todo resultó irreprochable. A los diez minutos, estaba dispuesta.

Un trozo de espejo, lujo inusitado en el cuarto de mi madre, permitió que me viese. Lancé un grito de alegría. Me encontraba mucho más linda que en la fuente. Mi amplio sombrero de paja, adornado de flotantes cintas azules, me sentaba, sobre todo, a las mil maravillas; y muy a menudo, en el transcurso del tiempo, hasta en la época de mi apogeo, cuando me proponía explotar mi belleza, no elegía otro tocado que el de la pequeña pensionista de Hawarden.

De un salto salí de mi cuarto, y de otro salto me encontré en el matorral.

Todas las pensionistas estaban allí. Eran en número de sesenta, aproximadamente, de ocho a quince años.

Miráronme con más curiosidad que simpatía.

Una de las mayores dijo:

—No está del todo mal esta aldeanita.

Otra respondió:

—Sí, pero tiene trazas de torpe. Sentí que el corazón se me oprimía. A mi entrada en la vida, era recibida por el desdén y el sarcasmo.

Permanecí de pie, muda, inmóvil, sintiendo que la afrenta enrojecía mi rostro.

—Pequeña —me dijo una tercera—, ve al cortijo, a decir que nos traigan los huevos y la leche.

Mi orgullo se sublevó.

—Dispense usted, señorita —le dije—, entiendo que no soy criada de ninguna de ustedes.

—No; pero, como su madre lo es de la alquería —repuso la primera que había hablado—, es de esperar que tendrá la bondad de servirnos. Estamos verdaderamente hambrientas.

En esto, mi madre salía por la puerta del cortijo. Fui a su encuentro, y llorando me arrojé en sus brazos.

Preguntome el por qué de mi llanto, que contrastaba con la alegría que me inundaba momentos antes.

En dos palabras la puse al corriente de lo acaecido.

La cortijera, que nos escuchaba, se acercó a las pensionistas.

—Señoritas —dijo—, mi granja no es una posada. Vendo, ciertamente, huevos, leche y manteca, pero en el mercado, no aquí. A ruegos de mi amiga, la señora Lyon, tenía verdadera satisfacción en obsequiarlas; pero, si la hospitalidad tiene sus deberes, también tiene sus derechos, y uno de estos consiste en rechazar los insultos. Reclamo, pues, este derecho para mí y para todas las personas que se cobijan bajo el techo de mi casa.

—¡Bien dicho, señora! —exclamó la directora—. Le agradezco la lección, que yo me disponía a darles, pero la mía no habría estado a la altura de la suya. Aquellas de estas señoritas, que quieran mostrarse dignas del honor que usted les dispensa, irán por sí mismas a buscar su desayuno a la granja. Y de antemano doy a usted muchas

gracias en nombre de todas sus obsequiadas y en el mío. Las que no vayan, no almorzarán: a eso se reduce todo. ¡Señoritas, las que me amen que me sigan!

Y la directora, que se llamaba *mistress* Colmann, dando ejemplo, se encaminó a la alquería, seguida de todas las pensionistas, a excepción de las tres que me habían dirigido la palabra de un modo directo o indirectamente.

Poco después salía la señora Colmann llevando en una mano una cesta llena de huevos, y en la otra un gran cántaro de humeante leche.

Las dos vicedirectoras venían tras ella, llevando también un cesto de huevos y una gamella de leche.

La cortijera y mi madre seguían con dos enormes panes recién salidos del horno, de brillante y apetitosa corteza.

Cada una de las pensionistas llevaba su cubierto, compuesto de plato, tenedor, cuchara y cuchillo.

Sentáronse sobre el césped, alrededor de la señora. Colmann y de las vicedirectoras.

Puestas en pie y a corta distancia, las tres rebeldes formaban un grupo aparte.

—Señora Davidson —dije a la cortijera—, ¿quiere usted darme seis huevos en una cestita, un cantarillo de leche y tres tazas?

Comprendió mi intención, y, abrazándome, me entregó lo que le pedía.

Me acerqué a las tres relegadas.

—Señoritas —dije—, ¿quieren ustedes perdonarme el haber sido causa de su disgusto?

—Gracias —repuso la mayor de las tres—, no tenemos apetito.

—Emma —gritó la directora—, venga usted a abrazarme y siéntese a mi lado.

Dejé el cestito, el cantarillo y las tazas a los pies de las amoscadas doncellas, y fui a sentar junto a la señora Colmann.

La directora había dicho verdad: era yo una buena muchacha. ¿Es culpa mía o del mundo, Dios mío, si he degenerado en la perversa criatura que se postra a tus pies?

II

Después del desayuno, en el cual hicieron acto de presencia las tres pensionistas consabidas, sin participar de él, todas las niñas regresaron a la ciudad, bajo la dirección y vigilancia de la señora Colmann.

Por la mañana, antes del incidente a que me he referido, habría sido mi mayor deseo entrar el mismo día en el colegio y figurar sin más dilación en el número de sus alumnas; pero mi entusiasmo había decrecido, y solicité de mi madre permiso para quedarme un día más en la granja. Habiendo sido aceptada mi petición, acordose que al otro día mi madre me acompañaría a mi nueva residencia.

La señora Colmann, que había observado el cambio operado en mí y que temía perder una pensionista, me prodigó muchas caricias, e indujo a algunas niñas, de entre las más pequeñas, a hacerme demostraciones de amistad; pero comprendí perfectamente que en concepto de aquellas señoritas nunca dejaría de ser yo la *aldeanita*, la *pequeña campesina*, hija de una *criada de alquería*.

Estos pormenores que, considerados a la ligera, acaso parecerán pueriles, hermanados con otros de que hablaré más adelante, han ejercido inmensa influencia en mi vida. Las flores deben su esplendor y su perfume, y las frutas su belleza y sabor, no solo a los cuidados más o menos hábiles y diligentes del jardinero que las cultiva, sino también a las condiciones atmosféricas del lugar en que se desarrollan. Mi defecto primordial era mi orgullo. El soplo del desdén y del menosprecio, lejos de extinguirlo, lo inflamó; y, lo mismo que Satanás, que era el ángel más hermoso y más querido, también yo fui víctima de la soberbia.

Cuando la señora Colmann y las pensionistas se hubieron ausentado, me encaminé hacia la colina que me era tan conocida por haber, durante tres o cuatro años, conducido mi pequeño rebaño a pacer en ella.

Aquel collado era, los domingos, el sitio predilecto de algunos habitantes de la ciudad. Todos los de la alquería me habían visto ataviada con mis flamantes ropas; la impresión producida en ellos no debía, pues, renovarse; y por eso anhelé ser objeto de nuevas miradas y nuevas alabanzas.

Y así fue. Subiendo por la colina, tocada con mi amplio sombrero de paja, sueltos al viento mis abundantes cabellos, con la savia de vida y lozanía que destilaban mis rosadas mejillas, cruceme con varios grupos de paseantes y me adelanté a otros. Todos me miraron y algunos dijeron:

—¡Qué niña tan bonita!

Uno de ellos exclamó:

—¡Calle! ¿No es la zagala del cortijo de la señora Davidson?

—Sí, tal; es ella.

Esta interpretación, que, por lo demás, no tenía nada de malévola, turbó toda la

alegría que los anteriores elogios me habían producido. Caí en un abismo de tristes reflexiones y seguí mi camino, puesta en el suelo la mirada y dejando caer de mis manos, una a una, las flores que había cogido para tejerme una corona.

Súbitamente llegó a mis oídos el ladrar insinuante y festivo de Blak que, habiéndome reconocido de lejos, venía a mi encuentro velozmente, en ademán de saltar sobre mí, como así lo hizo. El pobre animal no se cuidaba de mi vestido, y se creía autorizado a continuar tratando a la futura pensionista de la señora Colmann cual solía tratar a la humilde conductora de carneros. Un *¡aparta, Blak!* acompañado de un varapalo aplicado a sus irrespetuosas natas, que le arrancó un grito de dolor, fue la única recompensa que, en pago de su jovial y tierna demostración, obtuvo aquel amigo mío, sin duda el más fiel de cuantos he tenido y tendré.

Blak se alejó corrido y sacudiendo la cabeza, produciéndome la impresión de que sostenía un mental soliloquio.

El pastorcillo que me había sustituido, se puso en pie, al ver que me acercaba. Era evidente que no me reconocía. Cuando solo nos separaban unos cuantos pasos, dijo, levantando la voz:

—¡Ah, es usted, señorita Emma!... ¡Y cuán linda es usted!

Le sonreí. Era el primer cumplido exento de mácula, sincero, que se me dispensaba, y que aceptó con agrado desmedido.

Luego se verá la influencia que aquellas breves palabras tuvieron en mi destino.

—Buenos días, Ricardo, le contesté. Eres un excelente muchacho. También lo serías tú, si llevases un buen traje.

—¡Oh! —repuso—, yo no soy más que un sencillo campesino, y es casi seguro que nunca cambiaré el que llevo por otro mejor; pero, en cuanto a usted, cambia de aspecto la cosa, puesto que se ha averiguado que pertenece usted a la clase señorial.

Aludía a los rumores que circulaban acerca de las presuntas relaciones de mi madre con el conde de Halifax, a raíz de haberle enviado este la suma de cien libras esterlinas.

No le respondí, porque no comprendía bien el sentido de sus palabras. Pedile noticias de su hermana, jovencita de mi edad, poco más o menos, que servía en una granja vecina de la nuestra y que se llamaba Amanda Strong.

—¡Ah! —exclamó—, está buena, y se daría por muy contenta si la viese a usted tan elegante y con tanto lujo vestida.

—¿Eso crees? —le pregunté.

—¡Oh, sí! —respondió—. La quiere a usted de veras, señorita Emma, y el bien ajeno no provoca en ella ninguna envidia.

A la sazón me encontraba yo cerca del manantial; me incliné para mirarme en sus aguas, pero no me atreví, no sé por qué, en presencia de Ricardo, dar a mi imagen el beso que acostumbraba cuando estaba a solas.

—¡Ah! —dijo sonriendo Ricardo—, mírese usted en nuestros arroyos... Algún día, señorita Emma, irá usted a la ciudad, y se mirará en grandes y dorados espejos,

como los hay en los bazares de Hawarden. Cuando pase por enfrente de ellos, podrá usted detener su paso y contemplarse de cuerpo entero, sin necesidad de hacer el menor dispendio.

Me senté junto a la fuente, no intentando ya buscar en ella una imperfecta reproducción de mi imagen, pero, en cambio, soñando que me veía reflejada en un grande y hermoso espejo de dorado marco, en una lujosa sala, alhajada con ricos tapices y cortinajes de seda azul como mi vestido y amueblada con gusto y elegancia. Entorné los ojos para sustraerme a la visión de la realidad y concentrarme en mi deliquio.

¡Ay!, ¡cuántas veces no he sido, presa de esos delirios, proféticos deslumbramientos de lo porvenir!

¿De dónde podían venir esas visiones de cosas que me eran desconocidas? Acaso mis primeras miradas habían centelleado en un ambiente de esplendores fugaces, pero que, al desvanecerse, dejarían en mi tierna memoria reflejos de un mundo anterior. Cuando hablaba de esos vacilantes recuerdos a mi madre, limitábase esta a decirme que tal vez había yo tenido por madrina alguna hada que me hubiese conducido de noche a través de alcázares dorados.

Una vez más cogíome de la mano mi madrina, y, abriendo los ojos que acababan de reverberar todos los colores del arco iris:

—Adiós, Ricardo —exclamé, dirigiéndome al pastorcillo—. Mañana me voy al colegio de la señora Colmann; pero los jueves y domingos vendré a la granja, y de vez en cuando subiré hasta aquí para verte.

Y me alejé sin acordarme de Blak.

El pobre animal me siguió un corto trecho, y se sentó para verme bajar de la colina.

Dirigí una postrera mirada a aquel rincón que fue el Edén de mi juventud, y que se me representa aún con su tupido arbolado de encinas y de enebros, su meseta cubierta de matizados arbustos, su manantial que salía impetuoso del seno de la tierra y se precipitaba por el valle formando pequeñas cascadas. Ricardo estaba ocupado en quitar con su cuchillo la corteza de una vara; los carneros pastaban acá y acullá, a cortos pasos de él; Blak se había tumbado, mirándome tristemente. Por mi parte, ni siquiera se me ocurrió llamarlo para prodigarle algún consuelo. El pobre, cuando me vio, había intentado, hacerme comprender que su cariño continuaba siendo el mismo; pero no me había dicho, como Ricardo, que era bonita.

Aquella fue mi primera ingratitud.

En cambio, mostrome excesivamente reconocida para con Ricardo, como se verá más adelante.

El día siguiente, según lo convenido, mi madre me acompañó al establecimiento de la señora Colmann. Fui recibida como se recibe, los primeros días, a todo alumno recién entrado y a toda religiosa en el período de noviciado. A las subdirectoras se les previno que me guardasen toda suerte de miramientos, y la misma señora Colmann

condujo a mi madre al dormitorio, le mostró la limpia y recién preparada cama que me habían destinado, y, uno tras otro, todos los útiles y enseres de tocador elegidos para mi uso.

Me despedí de mi madre sin verter muchas lágrimas.

Me preguntaron de cosas que ya conocía. El examen no fue largo. No sabía nada más que mis oraciones de la mañana y de la noche, conforme al rito anglicano, en el cual había sido educada. De lectura y escritura, no había para qué hablar. Ni siquiera conocía las letras de mi nombre. Hubo, pues, imperiosa necesidad de ponerme a deletrear, lo que equivale a decir que me pusieron en la clase de las niñas de cinco a seis años, entre las cuales era yo la mayor, pues tenía nueve.

Fue una grande humillación para mí; pero, en tal circunstancia, mi orgullo, que a menudo fue tan funesto, me resultó beneficioso aquella vez. Teniendo vergüenza de estar en la clase inferior, realicé esfuerzos inauditos para encontrarme en aptitud de pasar a las superiores. A los tres meses leía medianamente y empezaba a escribir. Entonces me pasaron a la clase de aritmética y de inglés, donde permanecí siete u ocho meses, al cabo de los cuales entré en la llamada clase de las mayores.

Había ya conseguido algunos progresos en dichas materias, cuando cierta mañana vino mi madre a notificarme, anegada en lágrimas, que mi protector, el conde de Halifax, acababa de morir de resultas de una caída de caballo, y sin habernos dejado nada de herencia.

Mi pensión, pagada por anticipado, vencía al cabo de un mes; pero, transcurrido ese plazo, mi madre se veía obligada a suspender mi educación, por falta absoluta de recursos con que sufragar los gastos que la misma originaba.

La noticia de que la pequeña campesina, cuyos progresos habían con frecuencia humillado a muchas de sus condiscípulas, iba nuevamente a verse en situación de tener que guardar carneros, produjo general alegría en la clase superior, a la que pertenecían las tres enemigas mías que habían conservado hacia mí un rencor invencible. Inspiré alguna lástima entre las más pequeñas, varias de las cuales me habían otorgado su amistad. Al despedirse de mí, la señora Colmann simuló que se enjugaba una lágrima, para dar buen ejemplo a las pensionistas; pero ni siquiera por pura fórmula me invitó a continuar gratuitamente en su casa para completar mi educación, por más que solía decir, singularmente cuando mi madre venía a pagar el trimestre, que yo sería, a la vuelta de dos o tres años, el orgullo de su establecimiento.

Salí de este, llevándome todos mis objetos de tocador y un vestido de uniforme completamente nuevo, cuyo uso me fue terminantemente prohibido por la señora Colmann, dado que había yo dejado de pertenecer a su colegio.

Por lo demás, salí de él, después de diez y ocho meses, con una educación superficial, iniciada en todas las materias de estudio y en ninguna con perfectos conocimientos. Sabía leer y escribir; un poco de cálculo; otro tanto de geografía y de historia; algunos rudimentos de música y dibujo, en una palabra, nada que pudiese serme de utilidad, exceptuado la lectura y la escritura.

Eso no era lo bastante para labrar mi felicidad; pero, en cambio, era más de lo que se necesitaba para arrastrarme a la perdición.

También mi madre tocó las consecuencias del infortunio que me afligía. Vista la situación precaria de la infeliz viuda, entró de nuevo en la granja a ocupar el cargo primitivo, esto es, como criada.

En cuanto a mí, que un remedo de instrucción me había dado cierto barniz de señorita, no servía para nada. No podía volver a ser la zagala de antaño, con mi vestido azul celeste y mi gran sombrero de paja. Así, pues, me buscaron un empleo adecuado a mis condiciones.

Una mañana, la hermana de Ricardo, Amanda Strong, vino a anunciarnos que su madre había encontrado el solicitado empleo. Tratábase de entrar en calidad de niñera y maestra de primeras letras en casa de míster Tomás Hawarden, que llevaba, no sé cómo ni por qué, el nombre de la ciudad donde residía. Era cuñado del último aldermann^[1] Boydel y padre del ilustre cirujano de la plaza Leicester.

El puesto que se me ofrecía, distaba mucho de llenar mis ambiciones; pero era preciso vivir, y no estaba en mí la elección de los medios.

Me arreglaron un ajuar con los restos del que había usado en el colegio; se reformó mi vestido azul celeste en otro ordinario, y, como quiera que ganaba doce chelines mensuales, además de casa y comida, acordose que los ahorros serían aplicados a la reparación de mi incompleto vestuario.

Suponía para mí una grande humillación tener que regresar a Hawarden en una condición rayana con la servidumbre; pero ello era uno de los innúmeros caprichos del dios Azar, que parecía complacerse encumbrándome unas veces, humillándome otras.

¡Bien sabes tú, Dios mío, que siempre te he bendecido e implorado con mayor ternura y gratitud en la desgracia que en la cúspide de mi grandeza!

III

Entré en casa del señor Tomás Hawarden el 20 de septiembre de 1776. Mi edad sería de doce años, o trece a lo sumo.

El señor Hawarden era un puritano de probidad reconocida, serio y equitativo en todas sus cosas. Su mujer mostrábase de condición rígida e insensible. Los niños que debían estar bajo mi cuidado eran huérfanos de madre, la cual era hija única de los esposos Hawarden y murió de una enfermedad del pecho mientras su marido realizaba un viaje por América.

Eran tres: los dos mayores tenían cuatro y cinco años; el último estaba aún en la lactancia.

El gran péndulo, semejante al del tío Tobías, parecía ser la divinidad reguladora de la casa. Todos los sábados, al mediodía en punto, se le daba cuerda, y, a favor de esta práctica, a la que nunca faltó una sola vez el señor Hawarden, la semana entera se deslizaba dentro de un método tan matemático como las oscilaciones del péndulo.

Si se me pregunta quién se encargaba de darle cuerda en sustitución del señor Tomás Hawarden, cuando este no se encontraba en casa el sábado al mediodía, responderé que el señor Hawarden, atento a la importante función que sobre él pesaba, regresaba a las once y media, si había salido, o bien salía media hora más tarde, si algo reclamaba que saliese.

Durante un año que permanecí en su casa, no vi jamás al señor Hawarden dar un paso más rápido que el otro, ni le oí pronunciar una palabra en un diapason diferente. No le vi tampoco sonreír una sola vez, ni enfadarse ni dejar de practicar el bien, ni cometer una injusticia, por trivial que hubiese sido.

La señora Hawarden era, rigurosamente hablando, la sombra de su marido. Me producía el efecto de esas mujeres bonachonas que señalan con barométrica precisión la bonanza o la borrasca; la mujer que anda como un autómatas detrás de su consorte, repitiendo todos los movimientos de este, abriendo su paraguas si él lo abre anunciando tormenta, cerrándolo, si el otro le cierra como indicio de estar sereno el firmamento.

El señor Tomás Hawarden debía de ser rico, aunque jamás vi relucir en la casa, otro dinero que los doce chelines que cada día primero de mes, a las diez de la mañana, recibía con la acostumbrada puntualidad de la casa de las blancas como el marfil y enjutas manos de la señora Hawarden. La casa que era propiedad de ambos cónyuges, daba, por uno de sus lados, a la calle principal de la ciudad; y por el otro, a un jardín cruzado de viales enarenados, de arriates rodeados de siempre verdes arbustos, y de tejos podados en pirámide. Un jardinero cuidaba de este pequeño huerto, del que no vi jamás una hoja seca ni una flor destrozada. Los niños se paseaban por él, pero sabían que no podían jugar y que les estaba prohibido tocar

ninguna flor ni fruta.

Todos nos levantábamos a las seis, en verano; a las siete, en invierno. A las ocho, toda la familia, señores y servidumbre, el niño y la nodriza inclusive, nos trasladábamos a un oratorio en el que, sujeta a un pupitre, había una Biblia con broches de acero. El señor Hawarden abría este libro y leía una oración; su mujer respondía: *Amén*. Luego cerraba el volumen, y se pasaba al comedor, donde estaba servido un almuerzo compuesto de algún lacticio, manteca y huevos. Una gran tetera, de seis tazas de capacidad, estaba llena. Era potestativo de todos el tomar a discreción de su contenido, pero ninguno repetíamos más de una vez, por tácito convenio. Cinco éramos los que nos sentábamos a la mesa: el señor Hawarden, su esposa, los dos niños y yo, que, merced a la índole de mis funciones que me elevaban a la categoría de institutriz, disfrutaba del privilegio de comer en la mesa con los señores, lo cual, a mi entender, no inspiraba mucha envidia a los otros sirvientes.

Cuando el péndulo dejaba oír ese a manera de escape que en tales artefactos precede al toque, todo el mundo se levantaba; de suerte, que muy contadas veces dejábamos todos de estar en pie al tiempo de dar la media.

A las doce en punto volvíamos a la mesa para comer, excepto los sábados, que retardábamos un minuto, por razón del trabajo que sobre el señor Hawarden pesaba de tener que dar cuerda al péndulo. La bebida ordinaria era cerveza, pero a cada uno se le servía un pequeño vaso de vino de Burdeos, y a los niños medio vaso. La comida duraba una hora.

A las cinco merendábamos emparedados, pan de centeno, manteca y tortas. Volvía a parecer la tetera del almuerzo, conteniendo la única bebida de la merienda, la cual duraba media hora, lo mismo que la refacción de la mañana.

A las ocho, la cena, que, poco más o menos, era la reproducción de la comida, con la sola alteración de que a ella no asistían los niños, a quienes se les daba, a las siete y media, una rebanada de pan con manteca, o con miel, a su elección, y se les metía en cama treinta minutos más tarde.

Nunca los oí llorar, salvo que hubiesen recibido fuerte daño al caerse.

Los jueves, después del almuerzo se enganchaba el caballo a un modesto carruaje. Los niños, la nodriza y yo tomábamos asiento en él, y el cochero nos conducía hacia algún prado de las cercanías de la ciudad de Hawarden.

Tales paseos eran ocasión de holgorio para nosotros. La atmósfera de hielo que flotaba en la casa y nos envolvía, evaporábase a la acción de los rayos solares. Todos, incluso el tierno lactante, nos sentíamos más alegres y animosos. La nodriza paseaba; los dos niños y yo corríamos por el prado cogiendo flores y persiguiendo mariposas.

Los niños me amaban con idolatría, porque era yo tan criatura como ellos.

Los sábados por la tarde, después de la merienda, todos los de la casa subíamos en el coche, menos el jardinero, que se quedaba en su choza del huerto para guardar la vivienda, y nos encaminábamos a *la campiña*.

Dábase este nombre a una gran quinta situada a dos leguas y media de Hawarden,

entre Chester y Flint, a orillas del Dee, y distante poco más de un hilómetro de su desembocadura en el mar de Irlanda, o por mejor decir, en el golfo que forma ese mar.

Se invertía dos horas y diez minutos, ni uno más, ni uno menos, en recorrer el trayecto que habíamos de salvar. El cochero zurriagaba tres veces al caballo: la primera, al arrancar, otra a medio camino y la última al llegar a la alameda.

La primera vez que vi el mar, experimenté una profunda sensación. A pesar de ser bastante estrecho el golfo de Dee, se podía, desde lo alto de un montículo, descubrir en el horizonte la dilatada superficie del mar. Extendí un brazo hacia el espacio infinito con el mismo arrobamiento que lo habría dirigido a la eternidad.

Durante siete meses consecutivos comprendidos en la primavera, el verano, y parte del otoño, pasábamos el domingo en la *campiña*. Era una costumbre invariable. Aquel día lo consagrábamos a la oración y al paseo, y me era confiada la dirección de los niños, no solamente después del almuerzo, sino también después de la comida.

Allí no teníamos necesidad del carruaje. Situada *la campiña* en la margen derecha, del Dee, entre este río y el golfo, podíamos, a voluntad, ir a la playa a recoger conchas, o al ribazo a coger flores. Todo el terreno comprendido entre el río y el mar nos proporcionaba un paseo de tres cuartos de legua. En aquellos parajes gozábamos de más libertad que en la pradera de Hawarden. Eran, en resumen, dos días de luz y cinco de sombra. Nunca, como entonces, ha corrido mi vida tan bien reglamentada.

Cierto día, un domingo de la primera semana de mayo de 1777, sobre las dos de la tarde, encontrándonos a orillas del mar, vimos una esbelta barca de la que guardaban cuatro o cinco remeros. Los asientos de popa estaban tapizados con almohadones de terciopelo.

A pocos pasos percibimos a un hombre ocupado en dibujar una campesina del país de Gales con un niño en brazos. A su lado y puesta en pie, una joven miraba por encima del hombro del dibujante el desarrollo del dibujo.

El hombre y la joven, aunque vestidos con trajes de campo, revelaban ser de condición en extremo elegante. Se adivinaba que eran vecinos de Londres perdidos en la Flintshire.

Los niños, movidos a curiosidad, corrieron hacia el grupo. Los llamé; pero como eran, en dejándolos en libertad, tan voluntariosos como obedientes en casa, no me escucharon, y continuaron corriendo hasta que hubieron llegado el uno junto a la señora y el otro al lado del caballero.

Ambos se dieron vuelta.

—¡Hermoso niño! —dijo el dibujante, colocando una mano sobre la cabeza del chico para verle mejor—. ¿Cómo se llama usted, amiguito?

—Eduardo —respondió el niño.

—¿Y usted, señorita? —preguntó a la niña.

—Sara —fue la respuesta de la interrogada.

—¿No es eso singular, Arabela? —dijo el dibujante—. ¡El nombre de mis dos hijos!

Luego exhalando un suspiro, añadió:

—La última vez que los vi, tendrían esta edad...

Y quedó meditabundo, sin pensar en reanudar su trabajo.

Entretanto, la señora, que se había fijado en mí, tenía clavados sus ojos en mi rostro.

—Es, a fe mía, una espléndida belleza —murmuró—. Mire, Rowmney.

Y le puso la mano en el hombro para sacarle de su abstracción.

El pintor sacudió la cabeza, con inequívoco gesto de hombre que quiere alejar de su memoria un recuerdo sombrío.

—¿Qué dice usted, Arabela? —preguntó.

—Que desvíe usted su mirada y la vuelva hacia atrás.

El pintor se volvió a mirarme, y pareció sentirse hondamente asombrado.

—Acérquese usted, señorita —me dijo la señora—, y deje que la miremos a nuestro sabor. Es usted harto bonita para que, al mirarla, no se experimente un vivo placer.

El rubor enrojeció mi rostro, pero mi corazón palpitaba de alegría. Ya no era un simple pastorcillo el que me llamaba linda; ya no eran adustas pensionistas que, sin dejar de tenerme por zafia y desmañada, me tenían por hermosa: era un caballero y una señora de la ciudad que me admiraban sinceramente y sin restricción.

Me acerqué maquinalmente.

El pintor me tendió la mano; yo le alargué la mía.

—¡Qué mano! —exclamó—. No hay que admirar en ella su belleza actual, sino su futura belleza. Observe usted, Arabela.

—¡Oh! La miro con tanto agrado como usted, Rowmney. A Dios gracias, no soy celosa. ¿Me permite usted que le pregunte su nombre, señorita?

—Señora, me llamo Emma —respondí.

—¿Y su edad? —preguntó el pintor.

—Debo de tener unos catorce años, señor.

—¡Cómo! ¿No lo sabe usted de cierto?

—Mi madre no me ha revelado nunca mi edad de un modo preciso.

—Será hija de alguna duquesa —dijo Rowmney.

—No, señor —observé yo—; soy hija de una simple campesina.

—¿Son hermanos suyos estos dos niños? —preguntó la señora.

—No, señora; estoy en casa de su padre para cuidar de ellos y enseñarlos a leer y escribir.

—¡Qué triunfos no alcanzaría en Londres esta joven, con semejante palmito! —dijo la señora inclinándose hacia el pintor y hablando a media voz.

—¡No vaya usted a perderla, espíritu tentador!

—Mis Emma —me dijo el pintor—, ¿quisiera usted dispensarme un señalado

servicio?

—Con la mayor satisfacción —contesté—. ¿Cuál?

—¿Quiere usted permanecer cinco minutos en actitud que me permita trazar un diseño de su persona?

—Con mucho gusto, señor.

—En este caso, continúe usted en la posición de ahora.

Obedecí. El artista dio media vuelta en el taburete, y en menos de diez minutos hubo terminado un encantador esbozo mío a la acuarela.

Yo seguía con mirada ávida los trazos que el pincel imprimía en el pergamino.

Cuando el diseño estuvo terminado, el pintor me lo mostró.

—¿Lo reconoce usted? —preguntome.

—¡Oh! —le dije, enrojeciendo de gozo—, no soy tan bella como represento aquí.

—¡Mil veces más! Pero comprenda usted, Arabela, que este cutis diáfano y esta nítida mirada y estos cabellos artísticos, ondulantes, reclaman un trabajo al óleo... Cuando esté usted cansada de la vida provinciana, véngase a Londres, señorita, y yo le daré, por cada sesión de una hora que usted quiera concederme, lo que gana en un año como institutriz de estos dos niños.

—¡Rowmney! Llámeme usted ahora espíritu tentador.

—Arabela, no me opongo a que, por su parte, haga usted sus proposiciones.

—Y yo, si usted viene a Londres, y se conforma con el modesto cargo de señorita de compañía retribuido con diez libras mensuales, tendré en toda ocasión sumo placer en recibirla... Deme usted papel y lápiz, Rowmney.

—¿Qué quiere usted?

—Dar mi dirección a esta niña encantadora.

—¿Con qué objeto? —murmuró. Rowmney encogiéndose de hombros.

—¡Vaya usted a saber! —repuso Arabela.

—¿Y se atreverá usted, Arabela, a tener en su casa una belleza semejante?

—¿Por qué no? —respondió la señora con aire de desafío—. Yo soy mujer que busco las comparaciones en vez de evitarlas.

Luego, volviéndose hacia mí:

—De cualquier modo —dijo—, he aquí mi dirección, señorita.

Y me entregó un papel, en el que aparecían escritas estas palabras: *Miss Arabela, Oxford street, 23.*

Lo acepté ignorando el destino que iba a darle, sin propósito de servirme de la dirección en él contenida; lo cogí como Eva hubo de coger la manzana, acaso sin intención de comerla.

—Vámonos, Rowmney —dijo la joven empujándole hacia la barca—; dentro de una hora debemos estar en Park Gate, donde somos esperados, y hay que atravesar todo el estrecho.

El pintor se puso en pie, arrojó un luis a los pies de la campesina que le había servido de modelo, y al pasar junto a mí, me dijo, saludándome al propio tiempo con

un movimiento de mano:

—Venga usted a Londres, señorita, y será una dicha; no vaya, y quizá sea mejor. Entretanto, ¡adiós... o hasta más ver!

—¡Hasta más ver! —exclamó Arabela, entrando en la pequeña embarcación.

Y la frágil navecilla se alejó velozmente bajo el vigoroso esfuerzo de los cuatro remeros.

Emprendí cabizbaja con los niños el camino de regreso.

IV

Si se recuerda la impresión que me había producido Ricardo el día en que me transportó a la región de las fantasías, incitándome a que me mirase en un espejo de dorado marco, se comprenderá el influjo que ejerció en mi mente la conversación habida con el pintor y su bella compañera.

No comprendía el sentido de la mitad de las palabras que entre sí habían cambiado, o que me habían dirigido; pero no era ningún misterio para mí que el pintor me había dicho que me daría cinco libras por cada sesión que le concediese para modelo, y que *miss* Arabela me ofrecía diez libras mensuales si quería entrar a su servicio como señorita de compañía; había comprendido, en fin, que ambos aseguraban que mi ida a Londres sería mi fortuna.

Ciertamente, no era muy elevado el puesto que me brindaba una mujer cuya condición me parecía sospechosa; pero para mí, humilde hija de una moza de labranza, para mí, pastora tres años atrás, pensionista menospreciada de la señora Colmann hacía uno y medio, y actualmente preceptora de niños con cuatro peniques por día, era un gran paso dado hacia esa prometida fortuna el percibir cien libras anualmente en vez de siete u ocho.

Y por otra parte ¡Londres!... La ciudad de mágico nombre, de la que todo el mundo hablaba, adonde todo el mundo quería ir y donde se precipitaban todas las ambiciones como los ríos en el mar. ¡Londres! solo el vivir en él, ya encerraba de por sí un valor inmenso. ¡Qué diferencia entre la vida en una ciudad de millón y medio de habitantes y la vida en un lugar del Flintshire, montañoso y a corta distancia de las tristes y solitarias playas del mar de Irlanda!

En tal disposición de ánimo, al volver el lunes por la mañana a Hawarden, parecióme la casa más sombría y monótona que nunca.

Una circunstancia contribuyó a aumentar mi tristeza. Según costumbre, el jueves siguiente acompañé a los niños a jugar en la pradera. En sus juegos, yo no tomaba parte ya. Estaba sentada sobre el tronco de un árbol talado, fijo mi pensamiento en aquella populosa ciudad desconocida, centro de mis anhelos todos, cuando oí un ruido de pasos y un alegre rumor de voces.

Levanté la cabeza. Eran mis antiguas compañeras de colegio que venían en dirección al sitio en que yo me encontraba.

Me puse en pie para saludar a la señora Colmann, que apenas pareció reconocerme. Me correspondió con un ligero movimiento de cabeza, sin dirigirme la palabra.

Las tres señoritas enemigas mías me reconocieron. Al pasar frente a mí, la mayor, que se llamaba Clarice Damby, dijo a su compañera Clara Sulton:

—¡Hola! Mira a nuestra antigua condiscípula Emma Lyón; a juzgar por sus ropas,

que todavía son las del colegio, no deben resultarle más lucrativas las funciones de institutriz que la ocupación de guardar carneros.

A estas palabras siguió una risotada lanzada por aquellas rencorosas colegialas.

Algunas, entre las más pequeñas, advirtieron mi presencia, y una sola se separó de las demás y vino a abrazarme. Se llamaba Fanny Campbell, y era hija de un sargento de marina.

Veintidós años después, aquel beso salvó la vida a su hermano.

Pero el beso no pudo borrar el sarcasmo que a él había precedido.

Era verdad; yo llevaba aún mi vestido de pensionista. Había conservado con tanto cuidado el del domingo, que todavía podía usarlo, lo cual me había permitido ahorrar, uno sobre otro, los doce chelines que recibía cada mes.

Estos ahorros constituían mi tesoro, o mejor dicho, mi libertad.

Había reunido, en el tiempo que estaba en casa del señor Hawarden, seis libras. Las guardaba en un cajón de la cómoda de mi cuarto, cuya llave no se separaba de mí; precaución inútil, por otra parte, en aquel hogar. Habríase podido tirar al suelo el diamante del Gran Mogol, sin temor de que nadie se apoderase de él.

Clarice Damby tenía razón: yo conservaba la misma ropa. Pero, si me trasladaba a Londres, si me prestaba a servir de señorita de compañía y de modelo, podría cambiar de vestido cada mes, cada quince días, cada semana.

Nunca la tentación se enseñoreó del corazón de una mujer con tanta fuerza como en aquel momento, hizo presa del mío. Miré el papel que guardaba en mi seno, y por dos veces repetí:

—*Miss Arabela, Oxford Street, 23.*

Podía extraviármelo el papel; pero la dirección quedaba grabada en mi memoria con caracteres indelebles.

Al entrar en casa del señor Hawarden, encontré un nuevo huésped. Era el señor Jaime Hawarden, el hijo, de quien ya dejó dicho que ejercía de cirujano en la plaza Leicester.

Venía de Londres, y se proponía permanecer ocho días en la casa paterna. Así, pues, durante el mencionado lapso de tiempo iba yo a tener ocasión de oír hablar de Londres.

Mi rostro produjo en él el efecto que producía a todos. Me dirigió varias preguntas relativas a mi familia y a mí individualmente. Me preguntó qué me proponía hacer y por qué no me iba a Londres. Díjome que él se encargaría de colocarme en condiciones ventajosas, y, por fin, en tanto que mi pecho latía con violencia a impulsos de la esperanza y del deseo, mirándome con una intensa expresión de interés:

—No —añadió—; es preferible que no conozca usted aquella ciudad.

Ardía yo en deseos de interrogarle; pero no me atreví, por estar presente el señor Hawarden padre. Pero este salió de la habitación, y, por consiguiente, quedamos a solas el hijo y yo. Faltome tiempo para preguntarle:

—¿Conoce usted al señor Rowmney?

—¿A cuál de los Rowmney? —preguntome a su vez el señor Jaime Hawarden.

—El pintor —respondí.

—¿Quién no conoce a Rowmney? Es el primero entre los retratistas modernos.

Luego, encogiéndose de hombros:

—¡Qué desgracia! —añadió—, pero no terminó la frase.

Le miré; le interrogué con los ojos, no atreviéndome a hacerlo de palabra.

—Sí —dijo—; ¡qué desgracia que un genio tan preclaro vaya asociado a una inmoralidad tan censurable! Tenía Rowmney una mujer adorable y dos niños encantadores, y los ha abandonado para hacer vida común con mujercillas de teatro y depravadas cortesanas que agostan su salud y dilapidan su dinero. Es verdad que, por su arte, nada regatea; sería capaz de pagar a una modelo veinticinco libras esterlinas, si ese modelo brindase a su pincel la reproducción de una belleza peregrina. Pero ¿cómo es que conoce usted a Rowmney?

—No le conozco —contesté, sintiendo que la sangre aflucía a mi rostro—. Es, simplemente, que en el colegio donde yo estaba había una pensionista emparentada con él.

El señor Hawarden volvió a entrar, y yo me callé. El severo puritano habría sin duda tomado a mal el verme en conversación con su hijo sobre un tema de tal naturaleza.

No volví a hablar de Rowmney al señor Jaime Hawarden; ya sabía de él lo que deseaba. El mismo señor Hawarden me lo había dicho: Rowmney era capaz de pagar veinticinco libras esterlinas a una modelo que le ofreciese algún nuevo tipo de belleza.

Me abstuve de hablarle de *miss Arabela*; quería ignorar quién fuese ella; la ignorancia me autorizaba, a usar de su ofrecimiento.

Además, lo primero que se apresuraban a decirme cuantas personas me veían, era en sentido de aconsejarme que me fuese a Londres; pero dábase el caso que todos, volviendo sobre su primitivo consejo, me decían luego lo contrario.

¿Qué pavoroso misterio encerraba Londres? Entre el millón y medio de habitantes que contenía la inmensa ciudad, había más de doscientas mil jóvenes de mi edad. ¿Y acaso eran unas pervertidas por vivir en Londres?

Al cabo de ocho días, el señor Jaime Hawarden se ausentó. Su interés por mí habíase acrecentado, y al despedirse, me suplicó que, si algún día iba yo a Londres (lo que no me aconsejaba), no le olvidase.

—¡Como si pudiera yo olvidarle! Había grabado, en mi memoria las señas de su domicilio, con la misma precisión que las de *miss Arabela*.

Algunos días después de su partida, hizo la casualidad que, yendo yo a buscar a los niños que estaban en casa de una parienta de la señora Hawarden, pasase por enfrente del depósito de espejos de los que me había hablado Ricardo cuatro o cinco años antes.

Me estremecí viéndome de cuerpo entero en uno de aquellos espejos expuestos al público. Contra mi voluntad, me detuve como fascinada por mi propia imagen.

Así absorta, sentí que me tocaban en la espalda. Me volví, y me encontré con Amanda Strong, a quien no había visto hacía cerca de un año.

La miré con sorpresa, porque, sin estar elegante, su atavío era superior a lo que correspondía a su condición.

Adivinando mi pensamiento, no me dio tiempo para formularlo.

—¿Qué haces? —me dijo.

Me eché a reír.

—Ya lo ves —respondí.

—Sí, te estás contemplando en un espejo, te encuentras hermosa, y no te equivocas. Si yo fuese tan bonita como tú, bien sé lo que haría.

—¿Qué harías?

—No permanecería mucho tiempo en el ducado de Gales.

—¿Adónde irías?

—A Londres. Todos dicen que con una linda cara, se prospera en Londres. Ye tú primero, y cuando seas millonaria, tómame a tu servicio como camarera.

Lancé un suspiro.

—No me faltan deseos —observé.

—Pues, entonces, ¿quién te lo impide?

—¿Cómo quieres que, a mi edad, me vaya sola a Londres?

—Si solo te falta una compañera de viaje, heme aquí.

Clavé mis ojos en ella.

—¿Hablas en serio? —dije.

—Muy seriamente.

—Pero se necesita mucho dinero para ir a Londres.

Nada de eso; me he informado en Chester, y con una libra se paga el importe de un asiento en la diligencia. Tomaríamos uno para ti y otro para mí, y, con un gasto total de dos libras, henos en Londres al cabo de tres días.

—Pero ¿y tu madre?

—¿Mi madre? —repitió Amanda, bostezando ligeramente—. Estoy indispuesta con ella, desde que salí de la alquería.

—¿Conque ya no estas en casa de la señora Revers?

Así se llamaba la dueña de la granja donde servía Amanda.

—No; pero, ¡bah!, prefiero que lo sepas todo de una vez. Figúrate que su hijo Carlos, que es guardia marina, vino a verla. Durante su estancia en el hogar materno, me requirió de amores. Le dejé que me hiciese la corte, porque, a decir verdad, Carlos me parecía un guapo mozo... Su madre miró aquello con malos ojos, y me despidió. Carlos entendió que me debía una compensación por haber sido el causante de lo ocurrido, y antes de regresar a bordo, me regaló quince libras, de las cuales he invertido cinco en proveerme de prendas de vestir, que me eran muy necesarias. Me

quedan diez. ¿Quieres venir a Londres conmigo? Te doy la mitad de mi capital, esto es, cinco libras... ¡Tú me las devolverás! Estoy segura de que me las podrás devolver.

—Gracias, Amanda —le dije—; pero casi soy tan rica como tú; tengo siete libras.

—Pues, entre las dos, reunimos diez y siete libras. Con esta suma, podemos dar la vuelta al mundo, sin contar con que Carlos navega nada menos que en un buque almirante.

—¡Oh! —exclamé—. Si yo tuviese la seguridad...

—¿De qué? —preguntó Amanda.

—De que la señora que me dio su dirección se encuentra ya de regreso en Londres.

—¿Una señora te dejó las señas de su domicilio?

—Sí.

—¿Y con qué objeto?

—Con el de recibirme en su casa como señorita de compañía. Me ofreció diez libras mensuales.

—¡Diez libras al mes! ¿Y estás incierta sobre el partido que debes tomar?

—Apenas hace quince días que la vi a orillas del mar, en las cercanías de la propiedad del señor Hawarden.

—¿Dónde vive?

—Oí que *hablaban* de Park Gate.

—¿Oíste que *hablaban*?... Así, pues, la señora en cuestión no iba sola.

—Estaba con ella un pintor que, por su parte, me ofreció cinco libras, por cada sesión de una hora que me prestase para modelo.

—¡Cómo! Has encontrado una señora que te señala diez libras por mes y un pintor que te ofrece cinco por sesión, ¿y has rehusado semejantes ofrecimientos? Si fueses católica, diría que aspiras a ser canonizada. ¡Partamos, Emma, partamos! Primeramente, labrarás tu fortuna, y después la mía.

—¿Habría medio de averiguar si actualmente se encuentra en Park Gate?

—Nada más fácil.

—¿Cómo?

—¿Por ventura no tenemos a Ricardo que también quiere trasladarse a Londres? Le llevaremos con nosotras, pues somos ricas para hacerlo. ¿Qué día vas al campo con tus amos?

—Todos los domingos.

—Dime como se llama el pintor y la señora de referencia.

—Él se llama Rowmney; la señora Arabela.

—Rowmney... Arabela... Informarse en Park Gate sobre el paradero de ambos... Está tranquila; no olvidaré nada. El sábado por la noche saldré para Chester en compañía de Ricardo; el domingo, a las diez de la mañana, me pasearé por las orillas del mar; allí nos encontraremos, y te explicaré el resultado de mis investigaciones.

—Pero considera que Ricardo va a perder su colocación de pastor.

—¡Bah! hace ya mucho tiempo que Ricardo dejó de serlo.

—¿Qué hace, pues?

—No lo sé a ciencia cierta... Probablemente ejerce el contrabando en pequeña escala.

—¡Ah, Dios mío! los contrabandistas son condenados a galeras.

—Sí, cuando son descubiertos; pero Ricardo es sagaz, y no se dejará coger. Solo que, como ya empieza a ser conocido en estas costas, quizá fuera conveniente que se corriese un poco más lejos. Así, pues, hasta el domingo.

—Hasta el domingo; pero conste que no te prometo nada.

—¿Quién te exige una promesa? Cuando nos encontremos, resolveremos. En todo caso, no te olvides del dinero ni de la maleta.

Y se alejó con paso indolente y ligero, lo cual probaba que tenía ya formada una resolución.

Permanecí en el mismo sitio un instante más, inmóvil y taciturna, hasta que, por fin, reanudé mi camino, no sin antes dirigir una postrera mirada al espejo.

¡Desgraciadamente, el espejo me dio el mismo consejo que Amanda Strong!

V

El sábado siguiente, como de costumbre y a la misma hora que el sábado anterior, salimos para el campo. El cochero sacudió la fusta tres veces sobre el caballo, y a las dos horas diez minutos, nos apeábamos.

No había yo olvidado las instrucciones de Amanda. Embolsé las siete libras aumentadas con los doce chelines recibidos del señor Hawarden el día anterior. No había tenido necesidad de maleta; un pañuelo, anudado en sus extremidades, era suficiente para contener mi ajuar.

Cosa difícil sería expresar los sentimientos que en mi alma se agitaron al entrar en aquella casa que quizás veía por última vez, bajo cuyo techo acaso no volvería a cobijarme y que al otro día, por la noche, abandonaría para correr hacia un mundo nuevo, y desconocido, guiada por esa versátil divinidad que llaman el azar.

Consideraba, para el caso de resolver mi fuga, cuáles serían los obstáculos que tendría que vencer. Por desgracia, no eran tales que pudiesen sofrenar el ímpetu de mis locos devaneos. La habitación de los niños estaba, lo mismo que la mía, en los bajos de la casa y daba al jardín; la puerta de este daba salida a la playa, y en la playa me esperarían Amanda y su hermano.

A la hora convenida del día siguiente, me encontraba yo en la playa con los niños. Ricardo y Amanda me esperaban, precisamente en el sitio donde un mes antes había yo encontrado al señor Rowmney y a *miss* Arabela.

Hacía tres semanas que habían salido de Park Gate. Ignorábase la dirección tomada por ellos; pero, la circunstancia de haberse dirigido a Chester, daba lugar a suponer que habían regresado a Londres.

En la incertidumbre, Amanda opinaba que debíamos partir; ese era también el parecer de Ricardo que se mostraba más interesado aún que su hermana en alejarse de las costas de Irlanda.

Habiendo, pues, mayoría de votos, se resolvió por la marcha.

La diligencia de Londres salía el día siguiente a las seis de la mañana, y Amanda había tenido la precaución de pedir dos asientos interiores y el de su hermano, en la imperial.

A las doce de la noche (era imposible emprender la marcha antes), Ricardo y Amanda estarían a la puerta del jardín; una barca nos conduciría a Chester, a cuyo punto llegaríamos una hora antes de la salida del *coach-post*.

Una vez tomados estos acuerdos, ambos hermanos se alejaron.

El día se deslizó con su habitual regularidad. He observado que nada transcurre más aprisa que los días metodizados, o mejor dicho, que luego de transcurridos, nada parece haberse sucedido con mayor rapidez; porque, en efecto, como ellos no han sido señalados por ningún suceso notable y solo dejan vagos recuerdos, esos

recuerdos se esfuman en los tonos grises y monótonos de una vida exenta de alegría y de dolores.

Llegó la noche; a la hora de costumbre, acostaron a los niños; cené con los esposos Hawarden, y a las diez me retiré a mi dormitorio.

Habíame procurado pluma, tinta y papel, porque me proponía escribir dos cartas, al señor Hawarden y a mi madre.

Escribí al señor Hawarden agradeciéndole las bondades que le había merecido, y diciéndole que nunca olvidaría el feliz año pasado en su casa, pero que, cediendo a un deseo más poderoso que mi voluntad, me sentía arrastrada hacia la ciudad de las fantasías llamada Londres; que me iba, confiándome a sus oraciones y a las de su esposa, como lo hace al embarcar en frágil nave, el marino que va a cruzar un mar desconocido.

Dije a mi madre que, habiendo conseguido en casa de una opulenta señora de Londres (no le di otras explicaciones) un excelente empleo remunerado con diez libras mensuales, me ausentaba para dicha capital. Añadí que si la colocación era tal como se me había asegurado, muy en breve le demostraría mi gratitud por todos los cuidados que me había dispensado. Díjele, en fin (y en ello había un tanto de verdad), que si no le había dicho nada sobre el particular, ni dado un abrazo de despedida, era porque temía que, viéndome en sus brazos, me faltara el valor necesario para llevar a cabo mi resolución.

En habiendo escrito estas cartas, las sellé, puse en ellas sus respectivas direcciones, y me sentí más tranquila.

En otra casa cualquiera habría yo podido temer que sus habitantes se recogiesen aquella noche más tarde que de ordinario, o bien algún inoportuno encuentro en el jardín; pero la del señor Hawarden estaba gobernada por principios harto rígidos para que pudiesen sobrevenirme accidentes o contratiempos de esa naturaleza.

El reloj del comedor dio las once; después, oí la media. Este reloj marchaba con la misma regularidad que el otro de que tengo hablado, salvo que se le daba cuerda el domingo a mediodía, en vez de hacerlo el sábado.

Dejó transcurrir diez minutos; abracé a los dos niños, que estaban durmiendo, y que por la regularidad con que dormían revelaban su innegable filiación; abrí la ventana, y me escurrí al jardín, procurando, ya que no podía cerrarla, a lo menos entornarla lo mejor posible.

Al poner el pie fuera del umbral, vime obligada a detenerme un instante. Aunque no existía ningún grave peligro que temer, mi corazón latía con violencia. Por otra parte, la noche estaba oscura, y desde mi estancia en Hawarden, era presa de esos terrores pueriles que despiertan las tinieblas, terrores que jamás me habían asaltado cuando vivía en la alquería ni cuando se deslizaba, mi existencia en la montaña.

Mas a poco, este terror, que arrancaba principalmente de la acción que yo cometía, se disipó de mi espíritu; mis ojos se acostumbraron a la obscuridad, y, gracias a la arena que lo cubría, pude distinguir el camino que se extendía ante mí

como una larga cinta gris. Este sendero llevaba en derechura a la puerta del jardín, que miraba al mar, y hacia la cual eché a correr.

Al llegar junto a la puerta, me detuve; parecíame haber oído que hablaban del otro lado, de la pared. No había nada de extraño en ello, porque Ricardo y Amanda, debían esperar allí.

Recobré la respiración, y pregunté a media voz:

—¿Eres tú, Amanda?

La voz de mi amiga me respondió afirmativamente, y, dirigiéndose a Ricardo, oí que le decía:

—¡Es ella; aquí está!

Era indudable que, no obstante lo que habíamos convenido por la mañana, los dos jóvenes temían que yo no cumpliese mi palabra.

Abrí la puerta, para lo cual bastó dar vuelta a una llave. En verdad, jamás evasión alguna, destinada a producir los extraños resultados de la mía, fue acompañada de sucesos menos romancescos.

Detrás de la puerta estaban Ricardo y Amanda. Observé que él iba armado de una carabina y un par de pistolas. Habíase formado un mocetón de diez y ocho años, fuerte y, al parecer, animoso y decidido.

Para evitar que, en nuestra ausencia, alguno se introdujese en el jardín, Ricardo cerró la puerta y arrojó la llave por encima de la pared.

Recostada sobre la playa, a cortos pasos de distancia, nos esperaba una pequeña barca. Amanda y yo entramos en ella; Ricardo la empujó y saltó adentro en el momento que la navecilla empezaba a flotar; después, empuñando los remos, comenzó a bogar vigorosamente.

Recuerdo que era una magnífica noche del 1777, la noche del 15 al 16 de julio, cuando abandoné aquella apacible morada que no volvería a ver, dejando en pos de mí todos mis recuerdos de juventud y de inocencia, a través de los cuales ya no pasaría más que en alas de la fantasía y como Francesca de Rímini, cuyas son estas palabras: «El recuerdo más amargo, en los días aciagos, es el recuerdo de los días venturosos».

Treinta y siete años han transcurrido desde aquella noche, y cuando cierro los ojos y divaga mi pensamiento por el mundo de las abstracciones, paréceme que fue ayer, y se me representan todos los objetos que en tal momento hirieron mis pupilas y se apoderaron de mi alma.

El firmamento estaba obscuro, pero debido solo a la ausencia de nuestro satélite. Millares de estrellas tachonaban su bóveda cerúlea, reflejándose en la sombría superficie de las aguas del golfo. La casa del señor Hawarden, frente a la cual cruzamos, silenciosamente, se destacaba como una masa cenicienta; en la cumbre de una pequeña colina, sobre la costa que dejábamos atrás, brillaba una luz, y en la opuesta margen un perro ladraba en algún invisible cortijo.

A las tres, poco más o menos, abordamos en la otra orilla del golfo; Ricardo

condujo la barca junto a un pequeño balandro que estaba amarrado a la ribera; llamó por sus nombres a dos individuos, que había a bordo, los cuales se levantaron; cambió algunas palabras con ellos, les entregó sus armas, estrechó la mano de uno, abrazó al otro, saltó a tierra y dió la mano para ayudarnos a bajar.

Tomamos el camino de Chester, distante una legua, aproximadamente, de la playa.

Para lugareños como nosotros, una legua era poca cosa. Yo llevaba mi pequeño envoltorio; el de Amanda, algo más abultado, llevábalo Ricardo, quien, a buen seguro, no poseía otras prendas de vestir que las que llevaba encima.

Llegamos a Chester al amanecer. Ricardo nos condujo a un figón inmediato al despacho de la diligencia. Amanda y yo tomamos una taza de leche; Ricardo, menos campestre que nosotras, apuró un vaso de *gin*. La hora se pasó mal que bien, y a las seis tomamos asiento en el carruaje.

El trayecto no nos ofreció ningún incidente digno de ser notado en este lugar. Atravesamos las principales poblaciones de Inglaterra, Sichfield, Coventry, Oxford, y al tercero día llegamos a Londres, sobre las cuatro de la tarde.

Ricardo se había provisto de la dirección de una modesta posada, cuyo dueño mantenía, según todos los indicios, relaciones con los contrabandistas de la costa.

Esta posada estaba situada en la pequeña calle de Villiers, que salía, por uno de sus extremos, al Támesis, y por el otro al Strand.

Declaro que a mi entrada en Londres, me sentí más asustada que sorprendida. Tantos vehículos cruzándose en rodos sentidos; ese ruido más formidable que el del trueno; esos transeúntes azorados, que no caminan, sino corren; esa atmósfera, pura y diáfana en la campiña, densa y opaca en la ciudad; esa mísera posada, en fin, término de una marcha de sesenta leguas, todo esto no era a propósito para imprimir un sello de poética y dorada realidad a mis ensueños.

Ricardo pidió una habitación para nosotras dos; la incertidumbre en que yo estaba acerca del domicilio de *miss* Arabela en Londres, no me dejaba un momento de reposo; por lo que, no bien hube terminado mi tocado, y en tanto que Amanda descansaba, me hice acompañar por Ricardo a la calle de Oxford. El joven no conocía mejor que yo el camino que conducía a la meta de todas mis esperanzas; preguntó repetidas veces la dirección que debíamos tomar, y por fin llegamos a la mencionada calle en menos de quince minutos.

El número 23 aparecía en la puerta de un encantador hotelito, en el que se veía, a través de una reja y al otro lado del patio, la frondosa vegetación de un jardín.

Un suizo vistiendo amplia librea permanecía en pie junto a la puerta principal.

No sin algún recelo dirigí la palabra al criado, que me parecía personaje respetable; y con voz temblorosa por una doble emoción, le pregunté si *miss* Arabela se encontraba en Londres.

—¿Qué solicita usted de su señoría? —preguntó el suizo.

—Tuve el honor de verla en Chester, hace un mes aproximadamente —respondí

—; díjome que viniese a encontrarla en Londres, y he aquí la dirección que me dio.

El suizo tiró de la cuerda de una campana, que dejó oír su metálico sonido, y se presentó una mujer de unos cuarenta años y que tenía el aspecto de ama de llaves

—Responda usted a esta joven, *mistress* Northon —dijo el suizo volviendo a tomar su digna actitud y su majestuosa inmovilidad.

Repetí al ama de llaves lo que había dicho al suizo y le presenté las señas que, de su domicilio, me había dado *miss* Arabela.

—Es, en efecto, la letra de la señora —dijo, después que hubo leído—. Desgraciadamente, la señora no está en Londres.

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde está?... ¡Yo, que venía con el expreso objeto de verla!

—La última carta suya que hemos recibido, estaba fechada en Douvres, y en ella nos anunciaba que iba a embarcarse para Francia.

Con el corazón oprimido por esta primera decepción, pregunté:

—¿Nada les hace sospechar la época de su regreso?

—Nada; únicamente, es probable que la señora esté de vuelta para las carreras.

—¿Y cuándo son las carreras?

—Del 15 al 25 de agosto.

—¿Qué hacer? —pregunté a Ricardo, volviéndome hacia él.

—¡Caramba! —respondió—; esperar.

—Si la señorita quiere inscribir su nombre —dijo el ama de llaves—, lo entregaremos a la señora en seguida que llegue.

—Con mucho gusto.

Entré en la garita del suizo, y escribí en una hoja de papel: *Emma Lyon*.

—¿Tendrá usted la bondad de decir a la señora que soy la joven con quien habló en el ducado de Gales, a orillas del mar, y a la cual dejó la dirección de su domicilio para que viniese a Londres, a reunirse con ella?

—¿Y dónde se la encontrará a usted, si la señora dispone que se la avise?

—No lo sé todavía, e ignoro asimismo cuál será mi futuro paradero.

—En el ínterin —dijo Ricardo—, nos alojamos...

Le interrumpí, comprendiendo que la indicación de nuestro albergue daría poca consideración a nuestras personas.

—Por ahora —repuse—, se sabrá de mí en casa del señor Jaime Hawarden, cirujano, en *Leicester square*. ¿Quiere usted escribir debajo de mi nombre las señas de su domicilio?

—No hay por qué; es el que curó a Tom, cuando se rompió la pierna.

—Gracias... Y ahora —dije a Ricardo—, tenga la bondad de acompañarme a casa del señor Hawarden.

El joven se informó acerca del camino que debíamos seguir; por fortuna, *Leicester square* no estaba muy distante de la calle de Oxford, y reanudamos nuestro camino.

VI

El señor Jaime Hawarden no se encontraba en casa; pero estaría de vuelta antes de las siete, y eran las cinco y media.

Me invitaron a esperarle.

Pedí a Ricardo que volviese a la posada, que no debía estar muy lejos de Leicester *square*, y que viniese a buscarme de allí a una hora. En efecto, Leicester *square* estaba situado entre la calle de Oxford y el Támesis, al cual miraban las ventanas de nuestro aposento.

Al cabo de media hora oí tres o cuatro golpes consecutivos dados en la puerta; era el dueño que llegaba y se anunciaba en esta forma.

Entró en una especie de locutorio donde yo le esperaba, y, aunque las sombras de la noche empezaban a extenderse, me reconoció al instante.

—¡Ah, es usted, hija mía! —dijo con una sonrisa no exenta de cierta melancolía—. Estaba seguro, cuando salí de Hawarden, de que no pasaría mucho tiempo sin verla en Londres.

—¿Por ventura censura usted mi proceder, señor? —le pregunté.

—No... La juventud es aventurera y la belleza tiene sus destinos felices o funestos, a los cuales no puede sustraerse. ¿Quiere usted pasar a mi despacho? Estaremos mejor para conversar, pues me figuro que no es poco lo que tiene usted que decirme.

—Sí, tal, en el supuesto de que sea usted lo bastante amable para escucharme.

—Sígame usted, hija mía.

Y haciendo un candelabro de tres bujías, empezó a caminar delante de mí.

Entramos y tomamos asiento en un gabinete sencillo y elegante a la par.

—Y bien —me dijo—, ¿qué la trae por aquí?

—Señor —respondí—, cuando le pregunté si conocía usted a Rowmney y le dije que era pariente de una de las pensionistas de la señora Colmann, falté a la verdad.

El señor Hawarden se sonrió con extraña sonrisa.

—Se equivoca usted —añadí sintiendo que el rubor me subía al rostro—; no he visto a Rowmney más que una sola vez, en la orilla del mar, en compañía de una señora que se llama *miss* Arabela.

—Ciertamente —dijo el señor Hawarden—, tengo entendido que Rowmney recorría el país con ella.

—Ahora —continuó—, déjeme usted decirle la verdad.

Y le conté nuestra entrevista con todos sus pormenores; lo de la dirección que me diera *miss* Arabela; los ofrecimientos que ambos me hicieron; le dije, sin ocultarle nada, el modo cómo me ausenté de la casa de su padre y había llegado a Londres, y la visita sin resultado que acababa de hacer en la calle de Oxford.

Dejome hablar; luego que hube terminado, díjome, mirándome fijamente y asiendo mis manos entre las suyas:

—Hija mía (y su acento, era melancólico, y a la vez solemne), cuando se tiene su edad y su belleza, se presentan en la vida dos caminos: el uno recto y llano, a través de una planicie monótona y serena, que conduce, por el matrimonio, a la maternidad y a una vejez honrada y respetable; el otro, que unas veces se eleva, otras declina, ora deja entrever espléndidos horizontes, ora obliga a atravesar enlodados pantanos. Siguiendo este último, se llega por tres etapas al final de la vida: la primera se llama orgullo, la segunda fortuna, la tercera oprobio. Usted se encuentra en la encrucijada de ambas sendas: elija entre una u otra.

—¡Oh, señor! ¿Y me lo pregunta usted?

—Sí, hija mía, puedo y debo preguntárselo, porque antes que moralista soy filósofo. Así que, no creo, conforme aseguran algunos espíritus intransigentes, que el hombre disfrute en absoluto de su libre albedrío; creo en el predominio irresistible de la materia sobre el alma, mas aún que en la influencia del alma sobre la materia. Usted tomará la senda recta y simple, de la que la desviarán, alternativamente, las tinieblas de la noche y la embriaguez de los sentidos. Sanos consejos y un guía prudente la restablecerán en el buen camino; yo seré ese consejero, ese guía, si usted quiere. Pero existen tales condiciones primitivas en ciertos organismos, que de ellas no pueden triunfar ni los consejos ni el ejemplo. La sociedad las rechaza, la ley las castiga, pero la ciencia las compadece y a las veces las absuelve. Por ahora, hay una ventaja de más emprendiendo el camino bueno; supone ya un favor de la Providencia el no haber encontrado en su casa a esa mujer. ¿Quiere usted prometerme que no irá a su casa ni a la de Rowmney, y voy a ocuparme seriamente de usted?

Yo guardé silencio.

—¿Titubea usted? —me preguntó.

—No, señor, pero yo había acariciado sueños dorados y seductores, Tanto me dijeron que si venía a Londres, labraría mi fortuna, que, sin parar mientes en los medios que debían proporcionármela, he venido. ¿Es demasiado pedirle a usted cinco minutos para dar a esos sueños el tiempo de desvanecerse?

—¡Pobre niña! —murmuró el doctor.

Quedé cabizbaja; sentía su mirada clavada ten mí; parecíame que esta mirada penetraba hasta mi alma, comunicándole una fuerza de voluntad que le era desconocida hasta entonces.

—Señor —continué al cabo de un rato—, le prometo a usted que, por mi parte, no pondré los medios para encontrar ni a *miss* Arabela ni al señor Rowmney; le doy palabra de que no los buscaré... pero, si son ellos los que me buscan a mí, si nos encontramos sin haberlo solicitado yo, no le aseguro que tenga bastante fuerza para resistir a la tentación.

—Habrá usted hecho lo que podía —observó el señor Hawarden—, y no puede exigirse más a una hija de Eva.

En aquel instante se oyeron dos golpes dados en la puerta; el modo de golpear denunciaba la condición humilde del que llamaba.

Yo me estremecí.

—¿Qué le pasa a usted? —me preguntó el doctor.

—Señor —repuse—, probablemente es Ricardo, el hermano de Amanda Strong, que viene a buscarme. Si usted quiere que me aproveche de sus buenos consejos, no permita que vuelva al lado de mi amiga; es ella la que me indujo a correr la aventura de venir a Londres, y si me pierdo, tengo el presentimiento de que mi perdición será obra suya.

—Está bien; diga usted que por esta noche se queda aquí, y que yo la albergo en mi casa, porque espero encontrarle colocación mañana.

El criado que me había recibido cuando llegué a la casa, abrió la puerta, y dirigiéndose al dueño:

—Señor —dijo—, es el joven que acompañó a esta señorita y que ahora viene en su busca.

—Que entre —repuso el señor Hawarden.

Y abrió una puerta que comunicaba con un salón en el que estaba bordando una joven de unos veinticuatro años, y a cuyos pies veíase un niño sentado que ojeaba un libro de láminas.

—Querida —dijo el doctor—, he aquí a la joven de quien te hablé a mi regreso de Hawarden; acaba de llegar de casa de mi padre, y espero que serás lo bastante bondadosa para darle hospitalidad hasta mañana, que me propongo colocarla en buenas condiciones.

La joven se levantó y vino a mi encuentro.

Ricardo apareció en la puerta de la habitación.

—Ricardo —me apresuré a decir—, discúlpeme usted ante su hermana, pero los señores Hawarden me hospedan en su casa. Si se cumple la esperanza que me da mi digno protector, recibirán ustedes inmediatamente noticias mías.

—Ya le decía yo, señorita, que no había por qué desesperar. Dios es muy bondadoso, y en Londres hay cabida para todos los que vienen. En cualquier caso, señor Hawarden, podrá usted ufanarse de haber favorecido a la que era ayer la joven más hermosa de la comarca y que seguramente lo es también de Londres. ¡Hasta más ver, señorita Emma! ¡Señores, que Dios se lo pague!

Y Ricardo salió entusiasmado con la fortuna que se me presentaba.

Esta fortuna, empero, no era la que yo perseguía. Para mí, la felicidad consistía en una vida ruidosa y agitada, pletórica de emociones, con sus repentinos encumbramientos, con impetuosas caídas y accidentes imprevistos. En verdad, esta joven que abrazaba a su marido lo mismo que a un padre; que se mostraba tranquila y sonriente junto al niño, el cual, dicho sea de paso, ni siquiera apartó los ojos de sus láminas para mirar al visitante; esta joven, repito, que reanudaba su labor con una placidez que revelaba no haber sentido nunca la fiebre de las pasiones, esta mujer era

feliz; pero conforme lo había explicado el sabio doctor, hay dos temperamentos, a los cuales no podía bastar esa fría felicidad.

Además, ¿qué probabilidades podía tener yo de llegar al nivel que ella había logrado? ¿Había nacido rica y respetada como ella, para encontrar, a los diez y ocho años, un esposo ilustre en el mundo de la ciencia, que me llevase a un salón elegante, cálido, cómodo y suave como un nido? No; yo era una pobre lugareña, sin fortuna, casi sin educación; no me atrevía a responder cuando me preguntaban de mi madre, y en cuanto al nombre de mi padre, no lo sabía con certeza.

Era hermosa: a eso se reducía todo. Debía, pues, pedir a mi belleza lo que las otras pedían a su educación, a su nacimiento, a su fortuna. No poseyendo otro patrimonio, era evidente que Dios me la había otorgado para reemplazar con él a todos los otros, de que carecía.

Incumbía a mi belleza el decidir de mí, antes que a mí el decidir de ella.

Tales eran las reflexiones que me hacía en presencia de aquel apacible hogar, donde el marido leía, la mujer bordaba y el niño se entretenía hojeando un libro de ilustraciones.

Era aquello, con toda evidencia, una variante de la felicidad de los señores Hawarden en cuya casa había yo vivido.

¡Qué diferencia entre aquello y el modo de ser altivo, resuelto y orgulloso de *miss* Arabela! ¡Y qué diferencia también con el ardoroso entusiasmo, con la gloria artística y vida libertina de Rowmney!

La mujer y los niños que Rowmney había abandonado eran sin duda un ejemplar de aquella mujer que bordaba y de aquel niño que miraba grabados. En este supuesto, no me atrevía a recriminarle.

¡Oh, loca juventud! ¡Oh, imaginación insensata!...

¡Ay de mí! cuando, colocada ya en el opuesto extremo de la vida, contemplo con los ojos del arrepentimiento lo que antes miraba con los ojos de la ilusión, ¡cuánto quisiera no haber sido, no la radiante y culpable Emma Lyón, no la rica y poderosa *lady* Hamilton, sino aquella plácida joven, y pasado mi vida bordando flores, teniendo, a mi marido sentado a mi lado y a mi hijo recostado en mis rodillas!...

A las siete, la señora Hawarden nos ofreció el té; a las nueve cenamos. La única diferencia que noté entre las costumbres del señor Hawarden padre y las del señor Hawarden hijo, consiste en que el niño cenó con nosotros.

A las diez me acompañaron a mi cuarto. Ricardo me había traído mi paquetito de viaje, el cual, junto con las cinco libras que me quedaban, constituían toda mi fortuna.

Al otro día, en la incertidumbre de si debía bajar, esperé que me advirtiesen sobre lo que debía hacer. Vinieron a decirme que el desayuno estaba servido, y bajé al comedor.

El señor Hawarden acababa de llegar. Se adelantó hacia mí con aire de viva satisfacción.

—En efecto —me dijo—, he triunfado, y solo depende de usted el seguir el

camino que ayer le tracé. Uno de mis clientes, el señor Plowden, que es uno de los principales joyeros de Londres, necesita una señorita para el mostrador. Sus ojos de usted podrán muy bien restar algún valor a los diamantes, y sus dientes desmerecer el de las perlas; mas ¡qué importa! Al principio, percibirá usted cinco libras; más adelante, ya se verá. Hemos quedado en que mañana empezará usted. Yo mismo la acompañaré.

Después, mirome de pies a cabeza, y exclamó:

—¡Diablo!

Mis mejillas se cubrieron de rubor.

—Mi vestimenta, ¿no es eso?

—Sí. ¿No tiene usted un vestido en mejor estado y más a la moda?

Sacudí la cabeza.

—¡Pardiez, que es usted bonita! No me preocupo en cuanto a esto. Su belleza resaltaría entre harapos; pero falta un cierto porte exterior para entrar en esa tienda montada a la moderna. Si hubiese tiempo de aquí a mañana...

En aquel preciso instante llegó la camarera de la señora Hawarden.

—¿Está la señora? —preguntó.

—No; ¿qué quiere usted de ella?

—La señorita Cecilia desea verla.

—¡Precisamente la costurera! —exclamó el señor Hawarden—. Diga usted a la señorita Cecilia que espere, y a la señora que venga.

La camarera salió. Transcurridos cinco minutos, se presentó la señora Hawarden. Yo me sentía completamente confundida.

—Te he mandado llamar —le dijo su marido—, para preguntarte si, de aquí a mañana, podría la señorita Cecilia confeccionar un vestido para esta señorita.

—Es muy difícil —objetó la señora—; sin embargo, espera...

—Está bien; espero.

La señora Hawarden me miró con atención, y, acercándose a mí, midió sus hombros con los míos.

—Creo que voy a resolver el caso —dijo.

—¡Oh! Fío en ti.

—Cecilia —añadió la señora Hawarden—, me trae un vestido sencillo pero elegante. Esta señorita tiene la misma estatura que yo, acaso es un poco más delgada; pero, en todo caso, si crees que esto sea una solución, que se ponga mi vestido, del que no tengo inmediata necesidad, y Cecilia me hará otro.

Su marido la abrazó.

—Eres un ángel —le dijo.

Y volviéndose hacia mí, añadió:

—¿Querrá usted, señorita, ponerse un vestido que ha sido hecho para mi mujer?

—Será para mí ocasión de orgullo y satisfacción —respondí.

El señor Hawarden llamó.

—Digan a la señorita Cecilia que entre.

La costurera se presentó.

—Las dejo; el asunto es cosa de ustedes —dijo el dueño de la casa.

Y salió de la habitación.

El vestido me sentaba como si hubiese sido cortado para mí.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, quedaba yo instalada en casa del señor Plowden, esto es, en la más hermosa tienda del Strand, y el señor Hawarden se despedía de mi principal recomendándome cual lo hubiera hecho tratándose de una hija.

Más adelante dispuse de muchos vestidos; pero jamás tuve uno que me gustase tanto ni que me sentase mejor que el de la señora Hawarden.

VII

Si el señor Jaime Hawarden había creído alejarme de la tentación, o apartar la tentación mía, colocándome entre los diamantes, perlas y zafiros del señor Plowden, se engañaba a todas luces. Aquel sabio anatomista, que leía en el pecho y en las entrañas de sus enfermos sus dolencias físicas, no había sabido leer en mi corazón la enfermedad moral que lo devoraba.

Verme obligada a tocar a cada instante tanta variedad de joyas, necesidad superflua de una verdadera mujer; colocarlas al cuello, en las muñecas y orejas de seres a quienes yo superaba en belleza, pero que venían, con sus maridos o amantes, a aquel foco de luz para brillar luego en bailes y teatros, todo eso, digo, suponía acercar la mecha a un barril de pólvora.

Diez o doce días después, el señor Hawarden vino a saber noticias mías. Se las dieron excelentes. El señor Plowden estaba encantado de mí; decía que la mayoría de los compradores que venían a comprar alhajas para sus consortes o para sus amantes, tomaban el pretexto de sus compras para verme, y que, a serles posible, preferirían de buen grado adornar mi garganta y mis brazos con las piedras preciosas que destinaban a otras mujeres.

Había no poca verdad en tales suposiciones, y, por mi parte, no me pasaba inadvertido el efecto que producía.

Transportado de satisfacción, el señor Hawarden pidió a su cliente que me permitiese ir a pasar en su casa el domingo siguiente, puesto que, según decía, quería darme una sorpresa. Al otro día, a primera hora, él me acompañaría a la joyería. El señor Plowden accedió, con tanto más gusto, cuanto que mi ausencia no podía originarle ningún contratiempo, en razón a que, los domingos, no se abre tienda alguna en Londres.

La casa del señor Hawarden, conforme se habrá podido entender por algo que dejo ya dicho de ella, no era ciertamente un centro de alegres expansiones; pero los quince días que había pasado tras el mostrador, mostrando joyas y halagando a los presuntos compradores, me habían bien predispuerto a aceptar complacida aquel asueto de veinticuatro horas, que para mí serían, ya que no de placeres, a lo menos de reposo.

El señor Hawarden había hablado de una sorpresa, y yo me preguntaba qué sorpresa sería aquella que me preparaba.

El domingo, a la hora del almuerzo, estaba yo en Leicester.

La señora Hawarden me recibió con su acostumbrada amabilidad.

Era un hermoso día de agosto. Prepararon la carretela, y fuimos a dar un paseo por Hyde Park.

No conocía de Londres más que las calles de Williers, Oxford, Leicester y el

Strand. Aquel paseo aristocrático fue, por consiguiente, el principio de mi entrada en un mundo que me era desconocido. Aquellos pelotones de jinetes con los bizarros trajes de la época, aquellas elegantes amazonas envueltas en flotantes velos, aquella refinada elegancia de la alta sociedad inglesa me maravillaba.

Habría dado la mitad de mi vida por guiar uno de los faetones que se cruzaban con nosotros, veloces como un torbellino, o por montar uno de los fogosos caballos que escarceaban en la avenida reservada a los jinetes.

Estaba fuera de duda que el señor Hawarden había recurrido, para curarme de la ambición y del orgullo, a un tratamiento que encerraba el peligro de producir un efecto contrario al que se proponía.

Regresamos por Green Park, que atravesamos a pie para satisfacer al niño, y volvimos a casa, a la hora de la merienda.

Pregunté al señor Hawarden si era aquella la sorpresa de que había hablado.

—No —me dijo—. Parece, en verdad, que se ha divertido usted; pero me propongo ofrecerle algo más que un simple paseo; quiero que vea a Garrick.

Yo ignoraba completamente quién era Garrick. Con la mayor ingenuidad pedí que me sacasen de mi ignorancia sobre el particular.

—Garrick —me dijo el señor Hawarden—, es un actor, acaso el más grande que jamás haya existido.

Abrí desmesuradamente los ojos.

—Esta noche se presenta al público, quizás por última vez, al paso que por vez primera pisa el escenario una joven actriz, la señora Siddons, que es una hermosa esperanza del arte escénico. Sheridan, que es amigo y cliente mío, me ha enviado un palco para esta solemnidad, cumpliendo así lo que me tenía prometido, y he deseado que usted participe de dicho obsequio.

—¡Cómo! —exclamé—; ¿voy a ver una comedia?

—No, una tragedia; pero espero que no habrá de gustarle menos.

Lancé un grito de alegría y palmoteé lo mismo que un niño.

—¡Ah —dije—, cuán bueno es usted, señor Hawarden! ¡Cómo! ¿Voy a ver una tragedia? En tal caso, habrá reyes y reinas en el escenario.

—No, pero en cambio habrá dos enamorados, que bien valen un rey y una reina.

—¿Y cómo se llama la tragedia que veremos?

—Se llama *Romeo y Julieta*, hija mía, y es una de las cuatro obras maestras de Shakespeare.

—¡Y yo voy a verla! —exclamé, saltando de alegría—. ¡Dios mío, qué feliz soy!

—Pues tanto mejor —dijo el señor Hawarden—; se siente placer del placer que usted experimenta.

Efectivamente, me encontraba yo en un estado de arrobamiento. A menudo había oído hablar de teatro, pero no tenía de él la menor idea. Algunas pensionistas de la señora Colmann, que habían visto representar, en Chester, a varias compañías de provincia, habían vuelto al colegio como asombradas. ¿Qué no sería en Londres?

—¿A qué hora empieza la función? —pregunté al señor Hawarden.

—A las siete y media en punto.

—¿Y termina?...

—A las once, poco más o menos.

—Así que, el espectáculo dura cuatro horas y media.

—De esas cuatro horas y media —dijo riendo el señor Hawarden—, hay que rebajar la duración de los entreactos.

—Iremos antes que el espectáculo empiece, ¿no es así?

—Cuando se levante el telón, estaremos en nuestro palco.

—¡Oh, Dios mío! ¡No son más que las cinco!

—Menos cinco minutos; pero el tiempo pasará. Tenemos bastante que hacer. Por lo pronto, tomar el té... Precisamente, ahora nos lo traen, e invito a usted a probar de este *pudding*, puesto que hoy cenaremos tarde. Luego, tendrá usted que hacerse su tocado.

—¡Mi tocado, señor Hawarden! Bien sabe usted que solo tengo este vestido, que su señora tuvo la bondad de facilitarme; y, salvo que me ponga el famoso vestido azul, no me inquieto gran cosa...

—El azul le sentaba bien, a pesar de lo que usted dice.

—Sí, pero no el vestido. Recuerde usted que, a lo menos, esa era su opinión.

—En fin —dijo el señor Hawarden—, espero que todo eso tendrá arreglo.

Mis ojos no se apartaban de las agujas del reloj.

—¿No será que este reloj atrase? —pregunté.

—En la familia Hawarden —repuso riendo el doctor—, los relojes nunca adelantan ni retrasan; van rigurosamente al minuto. Cuando hayamos tomado el té y saboreado los pasteles, cada uno se irá a su habitación; serán las seis y media, y de aquí a Drury Lane se emplean diez minutos.

Después del pisco-labis, compuesto de te y emparedados, me fui a mi cuarto, que era el que ya había ocupado anteriormente. No sabía muy bien lo que iba a hacer durante los cuarenta minutos que faltaban para salir de casa, cuando vi sobre la cama un precioso vestido de tafetán azul.

Simultáneamente entró la camarera.

—¿Me permite la señorita que la ayude a vestirse? —preguntó.

Esto diciendo, cogió el vestido.

Entonces comprendí el sentido de las palabras enigmáticas del señor Hawarden, que había dispuesto no solamente llevarme al teatro, sino también regalarme un vestido con que poder ir.

Las lágrimas empañaron mis ojos y sentí la necesidad de correr a expresarle mi gratitud.

—¿Dónde está el señor Hawarden? —pregunté a la camarera.

—Vistiendo a la señora, a fin de que yo pueda ayudarla a usted y que todos estén dispuestos a la hora de salir. Entristeciome aquel acto de inmensa bondad, a la que me

consideraba incapaz de poder corresponder en ninguna ocasión, y hasta impotente para agradecer.

Quedeme más taciturna que impaciente. Pensaba en aquel hombre que gozaba de una reputación universal, que era uno de los primeros cirujanos de Londres, un anatomista eminente, un sabio de primer orden, y que, a pesar de tantos títulos de gloria, se tomaba el trabajo de vestir a su mujer, para que la hija de la pobre moza de labranza, para que la institutriz de los hijos de su padre y la empleada del señor Plowden, pudiese llegar al teatro a la hora de empezar y no perdiese la parte más mínima del deleite que ella, la humilde joven, se prometía.

Hay en el genio una generosa bondad para con los pequeños, una suprema mansedumbre por los débiles, condiciones que reflejan la omnipotencia de Dios.

A las siete y cuarto el bondadoso doctor llamó personalmente a la puerta de mi habitación.

—¿Y bien —preguntó—, cómo estamos?

Salí precipitadamente, le cogí la mano, y, antes que pudiese adivinar mi intención, estampé un beso en ella.

Me miró; sin duda hube de parecerle muy hermosa, porque, con un movimiento de hombros lleno de tierna piedad:

—¿Reconoces que sería una verdadera desgracia —dijo mostrándome a su mujer que acababa de salir de su gabinete—, si esta maravilla de la Naturaleza se perdiese?

Y seguidamente, como si estuviese arrepentido de haber, con tales palabras, dado pábulo a mi orgullo:

—Vamos, vamos —añadió—, al coche. He prometido a esta niña que llegaríamos antes de levantarse el telón.

Así fue. Tomábamos asiento en el palco cuando empezaba la sinfonía. Tuve tiempo de dirigir una ojeada al brillante hemiciclo. Sheridan, el director del teatro, lo había recientemente hecho renovar por el primer decorador de Londres.

Habríase podido creer en un palacio de hadas.

Con respecto a mí, deslumbrada por las luces, magnetizada por la música, fascinada por el oro, los diamantes y las flores, no concibiendo que se pudiese reunir tanta riqueza sin arruinar el universo, me habría sido imposible decir ni siquiera comprender dónde me encontraba.

El telón se levantó. Solo vi una plaza pública de Verona.

VIII

Aquellos que me hayan seguido en todas las fases de mi infancia, obscura e ignorante, podrán formarse una idea del efecto que produjo en mí esta representación de *Romeo y Julieta*, de que fueron intérpretes el trágico más grande que ha tenido Inglaterra y la más notable trágica que debía tener... Mi cerebro, impoluto como las páginas en blanco de un libro por imprimir, recibió todas las sensaciones de poesía, de amor, de piedad, de terror, encerrados en este admirable poema que, gravitando en mi alma, transportaron mis sentidos al más alto grado de entusiasmo y exaltación.

Tenía yo la misma edad de Julieta, y, como ella, era hermosa y apasionada. Me penetré de aquel amor súbito y exaltado que ella siente por el joven Montaigu, y que, presintiendo su cercana muerte, la impulsa a decir, el primer día, o más bien la primera noche que ve a su amante:

«¡Corre, nodriza, corre! Averigua si es soltero, porque de lo contrario, si es casado, te juro que un túmulo será mi lecho de bodas».

El señor Hawarden seguía en mi semblante los movimientos de mi corazón, y el profundo psicólogo leía en él todas mis impresiones; para el doctor constituía un estudio curioso con mezcla de esa dulce satisfacción que provoca la vista del placer o de la dicha que se proporciona.

Y realmente, mi dicha y mi placer eran incalculables. Sobre todo, cuando llegaron las escenas del balcón, la primera tan poética, tan apasionada la segunda, puestas ambas manos sobre el corazón cuyos latidos comprimían, jadeante, inmóvil la mirada, suspendida la respiración, hubiese yo querido, cual Julieta, arrojar a Romeo del escenario y al propio tiempo no apartar mis ojos de su figura subyugadora.

Considérese a qué grado de terror llegué, cuando Julieta, apurando el bebedizo que debe adormecerla, tiembla pensando que se despertará sola en la tumba de sus mayores, rodeada de muertos, y se estremece ante la idea de verlos salir de sus sepulcros.

Después, se produjo la catástrofe, que me causó tanto más efecto, cuanto que fue presentada de una manera completamente nueva, no solamente para mí, sino hasta para los demás espectadores. Sabido es que en la tragedia primitiva, original de Shakespeare, Romeo muere junto a la tumba de Julieta, ignorando que su amada no está más que aletargada, y que Julieta no recobra el sentido sino después de la muerte de Romeo.

Un destello de su genio dramático hace ver a Garrick, o antes bien adivinar una escena terrible que el gran dramaturgo había rozado sin sospecharla: el inspirado trágico despierta a Julieta en el momento que Romeo, creyéndola muerta, acaba de envenenarse, y, en vez de producirse ambas muertes por separado, y por consiguiente, en la soledad, resulta una misma agonía para los dos amantes, la agonía que termina

en uno, por medio del veneno, y en otro, por medio del puñal.

El gran actor convierte una escena de dolor en una escena de desesperación, y lleva al espectador de lo bello a lo sublime.

En el momento en que Julieta se suicida, yo me desvanecí, mientras que la sala en masa, entusiasmada por la maravillosa innovación de Garrick y admirada del raro talento que había demostrado, estallaba en atronadores aplausos.

Mi desvanecimiento fue de corta duración. Una pequeña aspersión de agua fría bastó para reanimarme. Incapaz de sofrenar mi voluntad, así las manos del señor Hawarden y se las estreché, y, sin preocuparme de lo correcto o incorrecto de mi acción, me precipité en los brazos de su mujer, estrechándola contra mi pecho.

Volvimos a casa. La cena estaba preparada; pero bien se comprenderá que no me sentía en disposición de probar bocado. Tenía los ojos encendidos y brillantes, el cerebro lleno de poesía, y de amor y de encanto el corazón.

Pedí al señor Hawarden permiso para retirarme a mi cuarto. Concedírmelo. Luego, fue a su biblioteca, y volvió diciéndome:

—Sé lo que usted quiere. Quiere usted volver al espectáculo. Tome; vaya usted.

Y me entregó un libro.

Era un tomo de Shakespeare que contenía la tragedia de *Romeo y Julieta*.

Prorrumpí en un grito de alegría. El señor Hawarden había adivinado el más ardiente deseo de mi alma, y adelantándose a satisfacerlo.

Corrí a mi habitación, arrojeme sobre una butaca y devoré la obra desde la primera a la última línea.

No apagadas aún mis ansias de lectura, volví a leer las escenas principales, las escenas de amor entre Romeo y Julieta, empezando por la del baile y terminando por la de las tumbas.

Era yo ciertamente incapaz de comprender al genio que había inspirado esa obra maestra de pasión y poesía; pero mi corazón, lleno de juventud, de amor y de esperanza, sustituía el saber por medio de la intuición.

Por otra parte, no había olvidado nada, ni un gesto del actor, ni una entonación de la actriz. ¡Y qué actores! ¡Garrick y Siddons!

A eso de las tres, con la mente abrasada, pero vencida por la fatiga me acosté. Y soñé que era Julieta, y que estrechaba entre mis brazos a un Romeo imaginario, y que moría con él, presa de amor y víctima del sufrimiento.

No tengo por qué decir en qué disposición de ánimo volví a la joyería. Había pedido al señor Hawarden que me dejase llevar el libro mágico. Dentro del coche en que regresaba a la tienda, lo llevaba fuertemente sujeto contra mi corazón, cual si temiese que de repente se echara a volar en alas de tanta poesía como encerraba. ¡Oh! ¡Cuán humillante a mi orgullo me parecieron las atenciones y lisonjas que mi posición me obligaba a prodigar a los dientes del señor Plowden! ¡Ser tan bella como Julieta, y, como ella, poseer un corazón pletórico de amor y poesía, y tener que probar alhajas en una joyería, aunque fuese la primera de Londres, en vez de lucir un vestido

de brocado en un baile, y cambiar desde un balcón frases de amor con un apuesto doncel, y escuchar el canto de los pájaros, departiendo con el galán acerca de si era la alondra o el ruiseñor el que trinaba! Preciso es convenir en que existía un abismo entre lo que yo era y representaba, y lo que podía ser y representar, entre el sueño y la realidad.

No me atrevía a leer en las horas de trabajo, el cual, por otra parte, era tan continuado, que no me habría permitido hacerlo. El establecimiento del señor Plowden era uno de los más acreditados de Londres, y siempre se veía concurrido, lo que me obligaba a estar constantemente ocupada. Así que, esperé con impaciencia las diez de la noche, que era la hora de cerrar.

No bien cerrada la tienda, subí a mi aposento.

Ya no me limité solo a leer. En una noche había aprendido de memoria casi todo el drama. Las escenas, sobre todo, que me eran personales, digo, que eran personales a Julieta, estaban grabadas en mi espíritu palabra por palabra, y había retenido, no solamente los versos, sino también los ademanes y las inflexiones de voz de la eximia actriz que había interpretado el papel de la protagonista.

Entonces probé a reproducir las actitudes y modulaciones; pero, en mi orgullo, por más intachable que me hubiese parecido la Siddons cuando la veía en escena, parecíame, recitando los mismos versos, que le habría sido dable comunicar más flexibilidad a los movimientos y más suavidad a la voz.

En efecto, *mistress* Siddons, conforme pude juzgarlo posteriormente, insuperable en los papeles de *lady* Macbeth y *lady* Hamlet, dejaba un tanto que desear en otros más tiernos, más apasionados y salpicados de matices como lo son los de Julieta y Desdémona. Pues bien, me parecía que la Naturaleza me había dotado con aquellos atractivos plásticos y con aquel encanto en la voz. Mi cuerpo alto, flexible, proporcionado, podía, a favor de sus naturales ondulaciones, esperar esta perfección de languidez y molicie que los italianos designan con la palabra intraducible de *morbidezza*; parecíame que lo reunía todo a la vez, ¡consorcio singular!, el acento trágico y dulce; mi semblante (hoy puedo decirlo) podía retratar las impresiones con fidelidad tanta, que, hasta cuando reflejaba sensaciones simuladas, imprimía a la ficción, ya en la tristeza, ya en la alegría, un sello de pasmosa realidad. Mi cuerpo conservaba aún su pureza, al paso que la diafanidad de mi alma empezaba ya a empañarse; mi belleza, en fin, poseía esa frescura de indiscutible inocencia que obliga a respetar, en su propia desnudez, a la Venus de Médicis. En una palabra, empezaba a derramar el fuego, pero no quemaba todavía.

Accionando y declamando delante de un pequeño espejo, pasé una buena parte de la noche.

Al otro día, la señora Plowden me preguntó, no sé si con intención irónica o sin malicia, si era costumbre mía soñar en voz alta; los vecinos de mi habitación se habían quejado de no haberles dejado reconciliar el sueño. Rogome, por consiguiente, que moderase los alardes de mis vocales aptitudes.

Eso equivalía a tener que renunciar a la única satisfacción verdadera que había alumbrado mi existencia.

Proseguí mis estudios nocturnos, pero en voz baja. El mayor de mis anhelos habría sido a la sazón presentarme a un empresario y conseguir ser contratada. Pensaba obtener una recomendación para Sheridan; no había olvidado su nombre, aunque en aquella época ignoraba la celebridad que lo rodeaba. Pero ¿cómo hacer semejante petición al señor Hawarden? ¿Dónde encontrar la energía y resolución necesarias para decirle que quería dejar mi colocación por el teatro, el camino recto en que él me había iniciado por la senda tortuosa de la que había creído apartarme? Harto comprendía yo que nunca encontraría en mí misma aquella fuerza ni aquella resolución.

¿Qué hacer?

Esperar; confiar mi causa a la acción de alguno de esos raros acontecimientos que suelen cambiar de repente el curso de una existencia, y asirme en el naufragio al frágil madero de la esperanza.

Quince días se sucedieron, quizá más tristes aún que los anteriores.

Hacía algo más de un mes de mi entrada en casa del señor Plowden, y unas dos semanas que experimentaba el malestar que he intentado describir, cuando un elegante carruaje se detuvo frente a la puerta de la joyería y un lacayo con librea gris perla abrió la puerta, dando paso a una mujer vestida con admirable refinamiento.

Dirigí mis ojos a ella, y estuve a punto de lanzar un grito.

Era *miss* Arabela.

Entró en la tienda con su paso altivo y resuelto; habríase creído que era la diosa de la moda y de la riqueza, o mejor dicho, la Fortuna encarnada en su persona.

Me vio al instante, cruzó su mirada con la mía; pero ninguna alteración de su semblante indicó que me hubiese reconocido.

Esta actitud no me extrañó; sin duda se habían olvidado de participarle mi visita, y me creía aún en el ducado de Gales, en el supuesto de que no me hubiese olvidado, y la sola circunstancia que pudo atraer sus miradas sobre mí, al verme en la joyería del señor Plowden, era la curiosidad o asombro producido por la semejanza.

Ese asombro, empero, no lo manifestó en ninguna forma. Pidió que le mostrasen alhajas, y aunque fui yo la encargada de mostrárselas, me dirigió la palabra como si le fuese completamente desconocida.

Escogió un aderezo de esmeraldas rodeado de brillantes, cuyo precio ascendía a tres mil libras esterlinas.

Hecha su elección:

—Envíeme este aderezo a mi hotel —dijo—, hoy a las cinco, y la factura con el recibí.

Y designándome con una simple mirada:

—Esta señorita lo llevará —agregó.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

El señor Plowden le contestó que sería obedecida, y la acompañó con mucha cortesía hasta el coche.

—Esta señorita y no otra —repitió antes de subir en él—, ¿lo oye usted, señor Plowden? Si no es ella, no le pago el aderezo y se lo devuelvo para no hacer jamás ninguna otra compra en su casa.

—Vaya tranquila Su Señoría —dijo el señor Plowden—; se hará conforme a sus deseos.

Miss Arabela hizo un gesto, y el coche partió al trote.

Yo había quedado anonadada; este suceso inesperado que mi fantasía invocaba, sin poderlo apenas determinar, había sobrevenido al conjuro de mi voz, como esas invocaciones mágicas improvisadas por la varita de las hadas. No había yo buscado a *miss Arabela*; era ella la que me encontraba a mí. Cualesquiera que fuesen las consecuencias de este encuentro, no faltaba a la palabra empeñada ante el señor Hawarden.

A las cinco, el señor Plowden mandó a buscar un coche, considerando que no sería prudente dejarme ir a pie por las calles de Londres con un objeto de tanto valor. Era el momento decisivo; en mi interior se libraba una violenta lucha; tuve intenciones de pedir al señor Plowden que me apartase de la tentación; pero la tentación vivía en mi ser, dominándolo por completo.

El coche paró en la calle Oxford, número 23. Reconocí el hotel, con el suizo junto a la puerta y el jardín al fondo. El suizo sacudió el badajo de la campana con el aire de importancia que le era habitual. El ama de llaves acudió al llamamiento. Dije que me enviaba el señor Plowden, y me hizo entrar, cumpliendo la orden que se le diera.

Miss Arabela estaba en un pequeño gabinete tapizado de raso celeste. Vestía un rico vestido a lo turco; artísticamente distribuidos en el peinado, adornaban su cabeza una porción de cequíes, y ceñíase con un corsé de terciopelo carmesí recamado en oro que ponía al descubierto una parte de su seno; calzaba chinelas orientales, y, más que sentada, estaba tendida sobre unos almohadones.

Hizo una señal a *mistress Northon* de que cerrase la puerta y me dejase sola con ella.

—Señora —le dije con voz temblorosa y sin atreverme a mirarla—, he aquí el aderezo que ha escogido usted en casa del señor Plowden y la factura que ha pedido. El señor Plowden me encarga decirle que en ningún caso se la habría mandado, a no haber mediado orden expresa...

Miss Arabela me interrumpió:

—¿Conque es usted, ingrata? —dijo—. ¡Acérquese usted!

La belleza ejerce siempre en mí una influencia inmensa, y *miss Arabela* se mostraba soberanamente bella.

Me acerqué a ella, y me arrodillé cual lo hubiese hecho ante Venus en los tiempos del gentilismo.

—¡Oh, señora —le dije completamente subyugada—, usted me juzga, mal! Mi

primera visita en Londres fue para usted; era para venir a su lado, para obedecerla y servirla de hinojos, lo mismo que ahora... A esa vine a Londres. Encargué a su servidumbre que la enterasen de mi visita, pero, a no dudar, se había usted olvidado de mi nombre.

—¡Venga usted acá! —me dijo.

Y tirándome por la mano, hízome sentar en los cojines.

—Ya ve usted que no la he olvidado, puesto que he ido a buscarla en la misma joyería de eso insufrible Plowden...

Pero ¿por qué no ha vuelto usted aquí, a mi casa?

Bajé los ojos, porque iba a mentir.

—Temía que usted no estuviese de regreso en Londres.

—¿Y por qué recomendó usted al señor Hawarden que no me diesen su dirección?

—¡Oh, nunca se lo prohibí! —repuse con viveza—, y seguramente es el señor Hawarden quien...

—Píale querido proteger su virtud —dijo interrumpiéndome—, la cual, a su entender, corría riesgo a mi lado.

Me puse colorada y miré al suelo.

—Vamos, no sabe usted mentir aún —dijo—. Me lo había figurado exactamente así.

Tocó un timbre. La señora Northon se presentó.

—Tome usted —dijo entregándole un fajo de billetes de Banco preparados de antemano—, lleve usted esto a casa del señor Plowden, y dígame que me quedo con el aderezo y con la persona que lo ha traído.

—¡Oh, señora! —exclamé—. ¿Cómo quiere usted...?

—¿Querrá usted hacerme creer que echa de menos la joyería del señor Plowden y la condición de empleada de mostrador? Eso sería desconcertar todos mis principios basados en el estudio de la fisonomía. Aquí —añadió riendo—, podrá usted, mi querida niña, declamar con toda comodidad; nadie se quejará de que usted sueñe en voz alta.

—¡Cómo! ¿Sabe usted...?

—Soy muy curiosa; la curiosidad es el pecado de las mujeres bonitas. Repito, pues, que podrá usted declamar con entera libertad, aparte que irá al teatro tantas veces como guste.

—¡Oh! ¿De veras, señora?

—Sí, tal; dispongo de un palco que siempre está desocupado; usted podrá ocuparlo holgadamente.

Y volviéndose hacia la señora Northon, dijo con amable entonación:

—¿Qué está usted haciendo?

—Debo recordar a Su Señoría que de cinco a seis espera una visita, y que si personalmente voy a casa del señor Plowden, por más que no diste mucho de aquí,

esa visita puede llegar en mi ausencia y no encontrar quien la reciba.

—Tiene usted razón; envíe a Tom. Si esa persona viene, ruéguele que aguarde un instante en el salón, y avíseme. ¡Retírese usted!

Mistress Northon salió.

—Veamos estos diamantes —dijo *miss Arabela* con negligente acento.

Le presenté el cofrecito.

—Verdaderamente, son maravillosos.

—¡Oh, poseo ya tantos, Dios mío! Pero Jorge me dijo ayer que las esmeraldas son sus piedras predilectas. Conviene complacer en algo a las personas que... ¡oh! iba a decir *pagan*, en vez de decir *que aman*.

Yo la miré. Un sudor frío inundó mi frente; empezaba a creer que el señor Hawarden tenía razón; pero ya era demasiado tarde.

—Ayúdeme usted a poner este aderezo —me dijo *Arabela*.

¿Había yo ascendido o bajado pasando de la joyería del Strand al hotel de la calle de Oxford? Difícil cosa era averiguarlo. En la joyería era la sirvienta del público; en el hotel, la camarera de *miss Arabela*.

Estando en la tarea de ponerle el aderezo, entró de nuevo la señora *Northon*.

—Está él —dijo.

—¿Dónde?

—En el salón.

—Acompañe usted a esta señorita al departamento que mira al jardín; procure que no le falte nada, y que Sara se ponga a su servicio.

Mistress Northon abrió una pequeña puerta de escape, y me invitó a seguirla, en tanto que *Arabela*, levantándose y dando algunos pasos por el salón, dijo con la más suave expresión de su voz:

—¡Entre usted, mi querido príncipe!

IX

Mi departamento se componía de tres pequeñas piezas, muy lindas que miraban al jardín y se encontraban a la altura ordinaria de un entresuelo. La del medio tenía un balcón que se prolongaba en forma de terrado, a la sombra de corpulentos árboles, de copioso y verde follaje. La hiedra y la vid lo tapizaban perennemente y daba vuelta basta las ventanas de las otras piezas.

Su vista llenó mi corazón de regocijo. Me recordó la decoración del segundo acto de *Romeo y Julieta*. A media noche, bajo los rayos de la luna, envuelta en albo peinador, me creería, asomada al balcón, que era Julieta, sin que nadie pudiese impedírmelo; solo me faltaba un Romeo.

No bien me encontré a solas, reflexioné en el reciente cambio que se había operado en mi vida. ¿Adónde era yo arrastrada y qué fatalidad me impulsaba? Evidentemente, una voluntad más fuerte que la mía disponía de mi destino sin concederme el derecho de oponerle resistencia. Primero, un socorro imprevisto del conde de Halifax me arranca de mi humilde condición y de mi ignorancia, para darme un barniz de cultura, tal vez más nociva que útil. Más tarde, me falta ese socorro, y el acaso me empuja hacia el hogar de una honrada familia, en cuyo seno creo fijada, mi vida, a lo menos temporalmente, cuando el inesperado encuentro con Amanda Strong hace, no brotar, pero sí germinar nuevos proyectos en mi alma, con tanta violencia, que en vano intento, resistir al brazo que me arrastra a Londres, respondiendo al llamamiento de una mujer que no conocía. La Providencia, que por esta vez se digna poner su mirada en mí, desvía a esa mujer de mi camino, y en cambio me lleva a la vivienda de un hombre de nobles sentimientos y de una mujer de corazón tierno y amante. Ellos me acogen desde el primer momento, no como extraña, sino como amiga; buscan y encuentran para mí una colocación que es tan superior a la que ocupaba en el domicilio del señor Hawarden padre, como esta lo era con respecto a la primitiva que desempeñaba en la alquería de la señora Davidson. De pastora, ascendí a un alto puesto de confianza entre el personal de uno de los más ricos joyeros de Londres; y allí, la fatalidad, a la que basta entonces me había sustraído, me encumbra de nuevo y me derriba, sin darme el tiempo necesario para reflexionar, en esta senda tortuosa de la que el señor Hawarden hábame trazado un cuadro tan sombrío.

¿Qué hacer?

Aún era tiempo: correr a casa del señor Hawarden, huyendo de este hotel funesto; contárselo todo, no ocultarle nada, nada absolutamente, ni mis deseos de ser actriz; ponerme bajo su protección; decirle: ¡Heme aquí, sálveme usted, sálveme! Y llevar a cabo este plan con la mayor celeridad, antes que brille la luz del día siguiente, porque, de lo contrario, todo se habría perdido.

O bien, dejar a la nave seguir el curso de la corriente que, sin piloto y sin

gobierno, la empuja entre ondas y remolinos, hacia el Océano, o sea, a lo desconocido, al maravilloso Catay^[2] de Marco Polo, o quizás contra los témpanos de hielo del nevado Polo.

Pero ¡qué diferencia entre la vida de esa mujer, que tiene soberbios caballos, espléndidos carruajes, lacayos con librea, un suntuoso hotel, joyas a discreción, palco en todos los teatros y un amante a quien dice: «Entre usted, mi querido príncipe; estoy esperándole», qué diferencia, digo, entre esa mujer y esta humilde muchacha de mostrador, que se levanta a las ocho de la mañana y se recoge a las diez de la noche, después de haber manoseado sin interrupción una multitud de aderezos, que no se atreve a recitar versos de Shakespeare, temiendo que sus vecinos se quejen y que su señora le pregunte si sueña en voz alta!

—¡Oh, Dios mío! dignas de toda loa son aquellas que tienen bastante fuerza para resistir a la vorágine; pero también merecen excusa aquellas que, sin poder resistirle, se abandonan a sus furiosos, cumpliéndose así las leyes humanas, que les señalan un determinado lugar en la sociedad.

¡Ay de mí! yo fui de estas últimas. Transcurrió el día y llegó la noche sin haber tenido la entereza de tomar una resolución. A lo menos debía haber escrito al señor Hawarden... No solamente dejé de refugiarme en él ni le escribí, sino que hasta evité su encuentro, sintiendo vergüenza de volver a verle. El recuerdo de por sí, traía aparejado el remordimiento, por lo que me esforcé en olvidar, y, no consiguiéndolo, procuré encontrar el olvido en el aturdimiento.

Esta fue mi segunda ingratitud.

Y sin embargo, ¿a qué circunstancia se debió que no hiciese todo lo contrario? Deseando escribir, entré en un pequeño gabinete donde había visto un escritorio. Esperaba encontrar en él tinta, papel y pluma. Pero me engañé. Había solamente un libro. Lo abrí maquinalmente, y leí: *Clarisse Harlowe*.

No sabía lo que era una novela, como tampoco sabía, al llegar a Londres, qué cosa era una función teatral. Abrí el volumen, o por mejor decir, abrí una nueva puerta que comunicaba con el mundo fantástico y desconocido en el cual había entrado el día que mis ojos contemplaron por vez primera el escenario de un teatro.

Esta novela, escrita con un fin moral, según se dice, produjo en mí un efecto completamente opuesto al que el autor se propusiera. Lovelace, lejos de parecerme un horrible seductor, parecióme un perfecto caballero; envidió los infortunios de Clara Harlowe, recompensados con la dicha que gozó con haber amado, y me sentí dispuesta a afrontar las mismas contingencias con riesgo de sufrir idénticas adversidades.

Desde el momento en que ese libro cayó en mis manos, no bien lo abrí, ya no había que pensar en escribir al señor Hawarden ni volver a la joyería del señor Plowden. El hada me había tocado nuevamente con su varita, y yo no me pertenecía ya.

Mistress Northon vino a preguntarme si quería bajar para tomar el té con ella;

pero me encontré absorta en la lectura. Le pregunté, si era orden de *miss* Arabela, o invitación suya. Me respondió que *miss* Arabela estaba ocupada atendiendo a sus visitas, y que probablemente ni se acordaba de mí. Supliqué a *miss* Northon que me hiciese servir en mi cuarto el té y los emparedados, que constituirían mi merienda y mi cena, y que me dejase leer sin interrupción.

Momentos después oí los pasos del criado que me traía el pisco labis pedido. Sin levantar los ojos del libro, le hice señal de dejar el servicio en una mesa y de que se retirase.

Fui obedecida en el acto, quizás con no poco contento del doméstico, que se veía exento de los cuidados de servirme.

Me levanté y cerré la puerta, como si temiese ser molestada.

Me olvidé del té, de *mistress* Northon, de *miss* Arabela; me olvidé del mundo entero. Así como en otra ocasión me había sentido transformada en Julieta, así también ahora creía ser una nueva Clara Harlowe.

Pero, a las dos o tres horas de esta lectura porfiada, se originó una confusión tal en mi entendimiento, hervía con fuerza tanta la sangre en mi cerebro, que sentí imperiosamente la necesidad de despejarme.

Abrí una ventana y fui a sentarme en uno de los poyos del balcón.

Era una hermosa noche, una de esas noches que Shakespeare escogió para poblarla con su imaginación. La claridad de la luna, filtrándose por entre los árboles del jardín, se reflejaba, en múltiples ondulaciones, en las serenas aguas del estanque. El ruiseñor de Julieta cantaba en la espesura. Era una de esas noches que, más enervantes que los ardientes rayos del sol, fomentan el amor en el corazón de una joven.

A través de las cortinas de seda se veían las ventanas del aposento de *miss* Arabela profusamente iluminado; percibiéndose los acordes de un harpa y los apagados acentos de una voz de mujer.

Nunca había oído yo las vibraciones del divino instrumento; aquellas vibraciones tenían una dulzura infinita; el arte y la Naturaleza se concertaban para mecerme en mis sueños; eran a una el ruiseñor de Julieta y el harpa de Clara que me decían: *¡Todo es amor; nosotras hemos amado; ama tú también!*

De repente, una de las ventanas se abrió e inundó de luz una parte del jardín, dejándome completamente en la sombra, de modo que podía ver sin ser vista. Una mujer se asomó a la ventana: era *miss* Arabela.

Mi primer impulso fue de retirarme; pero, comprendiendo que no podían verme, no me moví.

Oí una voz que preguntaba.

—¿Dónde está usted, Arabela?

—Aquí, monseñor —respondió esta.

—¿Qué está usted haciendo ahí, en esa ventana, reina mía?

—Me abrasaba, y procuro extinguir el fuego.

Un bello joven, casi un niño, un adolescente apenas, apareció detrás de *miss* Arabela, y, colocándose a su lado, acercáronse sus cabezas tan estrechamente, que los flotantes cabellos de ella ocultaban a medias el rostro del mancebo, y se mezclaban con los de este.

Aquel joven era nada menos que el príncipe de Grates, más tarde Jorge IV.

Cogió con ambas manos los cabellos de *miss* Arabela y los besó apasionadamente.

Traté de oír lo que decían; pero hablaban tan bajo, que sus palabras no alcanzaban hasta mí. Oí el susurro de uno o dos besos; después, el joven rodeó con el brazo la cintura de *miss* Arabela y la empujó hacia el interior de la habitación. Cerrose la ventana tras de ellos; cayeron las tupidas cortinas y la luz quedó interceptada. La amartelada y poética visión se había desvanecido, dejándome presa de una languidez completamente desconocida.

El ruiseñor continuaba trinando; pero los sonidos del harpa se habían extinguido.

Recordé la segunda escena de amor de *Romeo y Julieta*, y cual nunca, me pareció que en mi corazón se encerraban modulaciones más tiernas que las que me habían impresionado en el teatro; pero me resistía a turbar aquel armonioso silencio, mezclando una voz humana con el canto del ruiseñor y con el rumor indefinible que, en las diáfanas tinieblas de las noches de verano, semejan el golpear de las alas de Oberon y de Titania.

Y sin embargo, cual de un cáliz lleno hasta rebosar, salió de mi garganta, contra mi voluntad, este primer verso:

Espera, Romeo mío, no ha llegado aún la hora.

Miré sobrecogida en torno mío. Estaba completamente sola. Cobré ánimos, y, dando más firmes inflexiones a la voz, continué declamando:

No era la alondra, sino el ruiseñor cuyos trinos has oído.

Oculto, en las ramas de un florido granado, canta sus cuitas a la noche.

Era el ruiseñor; te lo dice tu Julieta.

Me detuve jadeante. Pareciome haber oído el rumor de una ventana que se abría. No vi nada. Todo continuaba tranquilo y solitario. Oyendo mi propia voz, había experimentado un deleite sin igual. Y proseguí recitando fragmentos de la tierna tragedia.

Vencidos los primeros impulsos de mi timidez, ebria con la melodía de mi voz, imprimía a las frases toda la expresión de que era capaz.

Recordé lo muy inspirada que la Siddons había estado, cuando, reconociendo su error, se le descubre el peligro que, por su amor, se cierne sobre Romeo, y exclamé, con acento de terror, no menos vibrante que el suyo:

¡Oh, no, me engañaba, Romeo, es de día!

¡No pierdas un instante; huye, huye, amor mío!

Era en verdad la alondra cuyo ingrato canto amenazaba nuestros indiscretos amores.

Era el astro del día, triunfante de la noche, que se asomaba en Oriente.

¡Huye, Romeo mío, huye!

No bien había pronunciado estas palabras, oí una voz que exclamaba: «¡Bravo!» seguida de aplausos que estallaron hacia el lado donde había percibido el abrir de una ventana.

Lancé un grito, corrí a mi aposento, y, cerrando la puerta, me desplomé, temblorosa y agitada, sobre un canapé.

Había creído estar sola, y me equivocaba. Tenía un auditorio.

¿Quién lo componía?

Un hombre, sin duda alguna, un hombre joven, a juzgar por el timbre y frescura de su voz. En cuanto a los aplausos, continuaban aún después de haber cerrado la ventana de mi cuarto. Parecía que, al igual que en el teatro, se reproducían para obligar a salir en el escenario a la artista que acababa de estrenarse en tan peregrinas condiciones.

Pero, aunque me sentía muy confusa, mi turbación participaba de un indecible placer.

Este cúmulo de detalles, acaso parezcan triviales. Empero, ¿cómo lograr el perdón de mi caída, si no muestro lo rápido de la pendiente por la que me deslizaba?

X

Después de las emociones experimentadas, mi sueño fue la continuación de esas emociones; me figuraba ser el personaje de una novela.

Dos visiones me persiguieron en mi sueño, penetrándome hasta el corazón por la puerta de los sentidos: una de ellas, era aquel tierno cuadro de dos hermosas cabezas tocándose tan de cerca, que sus cabellos se entremezclaban, y se confundían sus suspiros; la otra, aquel invisible auditorio que seguramente había seguido con la vista los menores detalles de la escena nocturna representada por mí.

Todo se conjuraba para perderme; ¡los sucesos del día; los ensueños de la noche!

...

Miss Arabela no estuvo visible hasta muy tarde. Mandó que me llamasen. La encontré en el mismo gabinete del día anterior.

—Pequeña mía —me dijo con entonación de reina—, me ausento de Londres por algunos días. Quisiera que usted me acompañase, pero no es posible. Así que, en mi ausencia quedará usted aquí. Sé que gusta usted del teatro; mi palco está a su disposición; puede usted ir sola, si así lo prefiere, pero es usted demasiado joven y bonita para hacer escapatorias semejantes. Sería preferible, por consiguiente, que fuese con *mistress* Northon, que la acompañará de buena gana. Lo único que le suplico, es que no reciba a nadie. A mi regreso, si conserva usted aún su pasión por el teatro, procuraré que hablen a Sheridan, para que pueda usted realizar su sueño de ser actriz. Si por casualidad encuentra a Rowmney, procure que no la vea; si la ve, evite su conversación, pero si no puede usted evitarla, no le diga que vive usted en esta casa. Nos detestamos cordialmente.

Hice promesa a *miss Arabela* de observar sus instrucciones.

—Y ahora —me dijo—, ¿quiere usted ayudarme a cambiar de vestido?

—Tengo una verdadera satisfacción en hacer todo lo que usted me ordene. ¿Por ventura no estoy en su casa para obedecerle?

—Sí, hasta que te llegue el turno, y seas tú la que mandes a otras; lo que no puede hacerse esperar demasiado, con una cara como la tuya... En verdad —continuó diciendo—, creo que Rowmney tenía razón y que existe en mí una gran dosis de presunción no temiendo el parangón de mi rostro con el de esta chicuela. ¿Sabes lo que deploro? —me dijo, pasando ambas manos por los bucles de mis cabellos.

—¡No —respondí—, porque en verdad que no sé lo que usted pueda ambicionar en el mundo, joven, hermosa, rica, amada como es!

—¿Me encuentras realmente hermosa, o lo dices, como los demás, por puro cumplido? —añadió, colocándose delante de un espejo y acercando su cara a la mía, con manifiesta intención de comparar nuestros dos géneros de belleza.

—¡Hermosa, muy hermosa! —exclamé con acento de sinceridad.

—Pues bien —dijo *miss* Arabela—, siento no ser *hermoso, muy hermoso*, en vez de *bella, muy bella*; porque, si fuese hombre, júrote que haría por ti todas las locuras del mundo. Y héteme que, sin serlo, ya las estoy cometiendo; porque, conversando contigo, me distraigo, y haré esperar al príncipe.

Me dio un beso en la frente, y llamó a la camarera.

—¿Está pronto mi traje? —preguntó—. El sastre se comprometió a tenerlo confeccionado a las tres de la tarde.

—Hace media hora que lo han traído, señora.

—Veámoslo.

La camarera salió, y poco después volvió a entrar con un traje completo, muy elegante y muy fino.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Piensa usted vestirse de hombre?

—Sí; es un capricho del príncipe. Vamos a pasar ocho días al campo, con algunos amigos suyos; a cazar, a llevar vida señorial, ¡qué sé yo a lo que vamos! Ayer me dijo: «¿Sabe usted, Arabela, lo que debería hacer? Pues vestir ropa de hombre». Llamé a mi sastre, y le encargué un traje para hoy, a las tres. Me aseguró que sería complacida, y, según puedes ver, ha cumplido su palabra. ¿Y qué? —añadió, dirigiéndose a la camarera—, ¿qué hace usted, aquí?

—Espero las órdenes de la señora para vestirla.

—No; Emma me ayudará. ¿No me prestarás este servicio, mi querida pequeñuela?

—Desde luego.

—Así, pues, déjenos usted, y disponga que preparen los caballos, a fin de poder salir de aquí a media hora.

La camarera salió.

Arabela se puso a examinar, una tras otra, las diversas prendas de su traje. Todas eran del más refinado gusto, y estaban hábilmente cortadas y como para realzar los encantos del cuerpo a que se destinaban.

El traje era de terciopelo granate con botones de oro; la chaqueta, de seda blanca, y las botas, de finísimo cuero, llegaban hasta la rodilla, dibujando claramente la pierna y los contornos de un pie diminuto.

El examen de estos objetos, colmó, al parecer, los deseos de Arabela.

—¿Crees tú —me dijo—, que, con este atavío, voy a resultar tolerable?

—¡Estará usted encantadora! —contesté.

—¡Aduladora! —exclamó, despojándose de su peinador—. Veamos, ayúdame.

Sacó de un cajón una camisa de batista con pechera adornada de magnífico encaje inglés, y me la entregó para que la ayudase a ponérsela...

Arabela habría podido competir, sin ningún género de duda, en cuanto a belleza plástica, no con las estatuas de la antigüedad, pero sí con las de la Edad Media, quizás más seductoras que aquellas en ciertos detalles de forma y de actitud. No era la Venus de Praxíteles ni la Victoria de Fidias, pero era, a buen seguro, una de las Gracias de

Germán Pilon.

Permanecí un rato contemplando admirada tanta perfección de formas. La perfección en la forma, era mirada, entre los antiguos, con fervor religioso.

—¿En qué estás pensando, distraída? —me dijo Arabela con acento de ternura.

—La estoy mirando, señora, y digo para mí que el príncipe es hombre muy afortunado.

Arabela sonrió, hizo un gracioso movimiento de hombros, y se inclinó para que yo pudiese ponerle la camisa.

¡Cosa singular! Para la mujer, los goces supremos radican en el orgullo, y las caricias más tiernas, en la adulación. ¿Quién era yo para *miss* Arabela? Algo más que una camarera; y, sin embargo, era innegable que solicitaba mis halagos con tanta fruición como si procediesen del príncipe.

En la operación de acabar de vestirse, empleó igual lentitud y la misma coquetería. No era la primera vez que aquella inconstante hija de Eva se ponía traje masculino. Luego que se hubo completamente ataviado, parecía un gentil rapaz de diez y ocho años, a lo sumo, al paso que representaba unos veinticinco cuando vestía de su sexo, aunque era probable que ya había traspuesto el cuarto de siglo, esa primera florescencia de la vida.

Estando en los últimos toques de la metamorfosis, en lo que revelaba una destreza no común, hija de la costumbre, la camarera vino a anunciar que el coche y los caballos de repuesto estaban preparados.

Miss Arabela se miró por última vez a sí misma y luego a mí. Era evidente que se libraba en su interior una lucha de afectos de la que no podía yo llegar a penetrarme.

—¿No sabes en qué estoy pensando? —me dijo, acercándoseme al oído.

—No —respondí con la mayor ingenuidad.

—Pienso que preferiría ser hombre, y llevarte conmigo en el coche que abajo me espera, que no ser mujer y subir en él, ni aún para ir al encuentro del heredero de la corona de Inglaterra... ¡Adiós! —añadió—; regresaré lo más pronto posible. Entretanto, quedas dueña de la casa.

Dicho lo cual, salió con paso acelerado.

La ventana daba a la calle. Me asomé para verla partir. Arabela saltó con ligereza a la carretela, arrastrada por cuatro caballos, levantó la cabeza, y, viendo mi cara pegada a los vidrios, llevose la mano a los labios y me envió un beso.

Cimbró el látigo de los postillones, y los caballos partieron al galope.

Quedeme sola en aquella habitación tibia y perfumada, donde no era posible pensar más que en riquezas, en el amor, en la voluptuosidad.

Una hora permanecí impregnándome de aquella atmósfera enerva dora que, en Baña, era tan peligrosa para la virtud de las matronas romanas. ¡Qué diferencia no había del ambiente que flotaba en la casa de Leicester al ambiente vulgar de la joyería del señor Plowden, y al severo del hogar de los esposos Hawarden!

Te dejo dueña de la casa, me había dicho, al partir, *miss* Arabela. ¿Por qué? ¿Qué

derechos eran los míos? ¿Cómo había yo alcanzado semejante privanza?

Y sin embargo, cualquiera que fuese el motivo de haberseme otorgado, ello es que mi valimiento era real, inequívoco, según me lo demostró muy pronto la camarera, preguntándome si tenía que darle alguna orden.

¡Cómo! ¡Yo, dar órdenes; yo, que siempre las había recibido!

Debo decirlo, siempre tuve el concepto de mi humildad. En determinados momentos de embriaguez, acaso olvidaba algunas veces mi origen; pero, no bien volvía a concentrarme en mí, sentíame más dispuesta a increpar a la Fortuna que a expresarle gratitud por los favores que sobre mí derramaba, elevándome para que mi caída fuese más profunda. Aquel encumbramiento lo estimaba instintivamente como un error de la Providencia.

Dije a la camarera que si *mistress* Northon quería dispensarme la satisfacción de comer conmigo y acompañarme al teatro, le quedaría reconocida.

No deseaba otra cosa *mistress* Northon. Me preguntó el teatro que yo prefería. Yo solo conocía uno: Drury Lane.

Se representaba *Macbeth*, que constituía un éxito para *mistress* Siddons.

Aquella noche, mis impresiones fueron bien diferentes de la primera vez. Pasé por todas las fases del terror. Las condiciones de ternura de que la Siddons carecía en el papel de Julieta, eran suplidas en la trágica por otras cualidades opuestas; la potencia vocal, lo inflexible de la fisonomía, imprimían a las ambiciosas aspiraciones del personaje una perfección tal a la labor de la artista, que rayaba en lo sublime en la escena de arrastrar a Macbeth hasta el crimen; en la otra en que reanima a su esposo amenazado por el espectro de Banquo; en aquella, finalmente, donde representa el espectáculo de los terrores nocturnos que persiguen al asesino... en esos momentos de la tragedia, *mistress* Siddons rayaba a una altura que no he visto alcanzar a ninguna otra actriz. Quizás me sentí más asombrada que la vez anterior, pero menos impresionada, menos enternecida; admiré, pero no vertí lágrimas. Comprendía que acababa de asistir a la representación de una obra de arte; cuando asistí a la de *Romeo y Julieta*, pareciome que había tomado parte activa en una escena de la naturaleza.

Estremecida por el terror, me recogí en mis habitaciones, y, bajo la impresión de lo que había visto, intenté reproducirlo; mas en seguida reconocí que ni mi fisonomía ni mi voz se prestaban a las impresiones terribles; mi voz era demasiado melodiosa, mi fisonomía demasiado tierna y juvenil. Reime de mí misma viendo mi impotencia en reproducir los sombríos acentos y las irresistibles tentaciones que hacen exclamar a Macbeth:

... ¡No des al mundo otros hijos que varones,
porque tu corazón invencible no debería producir sino hombres!

Contra mi voluntad, caí en las dulces y amorosas inflexiones de voz que me hacían creer que, en el papel de Julieta, hubiese encontrado acentos nuevos y desconocidos;

mi semblante, a la sazón, se amoldaba a maravilla a la armoniosa gama de mis palabras; comprendía, en fin, que me sería imposible, por muchos esfuerzos que hiciese, hacer subir conmigo ningún Macbeth al trono, al paso que solo hablar, solo con una mirada o con una sonrisa, me bastaba para arrastrar al más rebelde Romeo hasta el fondo de mi tumba.

¡Oh! Entonces se me representaba la fascinadora escena del baile, en el que, apenas sin hablar, ambos enamorados se declaran su amor, con demostraciones tan inequívocas, que, cuando Romeo sale, Julieta, sintiendo que aquel desconocido se lleva consigo su corazón, exclama, induciendo a su nodriza a que le siga:

Mira a esa máscara que sale; ve, corre, averigua, nodriza, si es libre y si puede ser mío; porque si el himeneo le tiene encadenado, un virginal ataúd será mi lecho de bodas.

Y yo repetía estas palabras, poniendo en ellas toda la pasión de que mi alma era capaz, cuando me pareció que del jardín, al pie del balcón, me llamaban, no por mi nombre de Emma, sino por el de Julieta.

¿Era un efecto de mi imaginación, un engaño de los sentidos? ¿Había tropezado con la realidad divagando por el mundo de la fantasía? Callandico, me acerqué a la ventana, la abrí, y, suave como un susurro de la brisa, una voz repitió:

—¡Julieta, Julieta!

Romeo había parecido; Romeo se encontraba al pie del balcón. Pero ¿quién era?

XI

Ante la certidumbre de que se trataba de un desconocido, hubiese yo debido cerrar la ventana y recogerme en mi cuarto; y a buen seguro lo hiciera, a ser otro mi estado de ánimo. Empero, parecía que el ser que la Escritura no se atreve a nombrar y le designa diciendo *Aquel que camina entre tinieblas*, se había adherido a mí como la hiedra al muro, resuelto a no soltarme hasta no verme precipitada en las profundidades del abismo.

En vez de cerrar la ventana, en vez de huir, agucé el oído, en mi afán de escuchar.

Entonces, con gran asombro mío, el desconocido, con voz fresca, y melodiosa, recitó lo que sigue, como si tuviésemos que representar en presencia de un público invisible, o antes bien, como si realmente fuésemos, el uno Julieta, y Romeo el otro.

Palpitando de emoción, escuché estas palabras que del jardín subían:

¿Qué súbita claridad se difunde a través de la ventana...?

¿Es la Aurora que nace, o eres tú que te asomas?

¡Oh, bella Julieta! ángel puro y radiante
que haces palidecer al propio Febo.

Amanece, astro luminoso
más brillante que el diáfano satélite
cuya frente ciñe opalina diadema.

¡Huye, luna, huye en tu carro nacarado
es la estrella rutilante
mi alma, mi virgen, mi tesoro!...

Sabido es el poder fascinador atribuido por los antiguos al canto de las sirenas a cuya influencia no pudo Ulises sustraerse sino atando a sus compañeros a los mástiles de los navíos y tapándose los oídos. ¡Infeliz de mí! Yo no estaba sujeta por ningún lazo, y mis oídos daban franco acceso a todas las melodías sensuales del amor. Aquella voz me atraía con fuerza irresistible. Me asomé al balcón, agitado el pecho, trémulos mis labios.

Y la misteriosa voz, que parecía poseer el secreto de mis sentimientos, continuó diciéndome, hablándome un lenguaje que me transportaba.

Seducida por su dulce poesía, me acordé de *mistress Siddons*, y, acercándome a la baranda, apoyé mi cabeza en el hueco de la mano. Mi incógnito Romeo, que, al parecer, aguardaba un momento propicio, dijo así:

Ya su cabeza se inclina gentilmente
buscando, en su mano blando y dulce apoyo.

¡Quién pudiese acariciar, cual esa mano
su rosada y virginal mejilla!

Por mi parte, solo se me ocurrió responder, con el poeta, con un

¡Ay de mí!...

que se escapó de mis labios como un débil suspiro.

Y la voz prosiguió sus tiernas endechas, con acento tan apasionado, que todas las fibras de mi corazón se estremecieron. Y fue recitando las arrobadoras frases, hasta que me pareció llegado el momento de mi turno. Me llevé ambas manos al corazón, y con insinuante voz, dije a mi vez:

¡Oh, Romeo! ¿Por qué llamarte Romeo?
¡Oh! renuncia a este nombre.
renuncia a tu familia
o bien dime *¡yo te amo!*
Y entonces, arrojando el anatema
negando, el nombre que aborreces
yo dejaré el de Capuleto.

La voz murmuró:

¿Tengo de hablar? ¿Debo enmudecer?

Yo continué, imprimiendo a mis acentos toda la expresión que podía:

Tu nombre te hace responsable de un crimen involuntario.
Pero, ¡oh, Dios mío! ¿Qué me importa a mí tu nombre?
Llamándote Montaigu, ¿acaso será menos intenso tu amor? ¡No!
Ninguno de los elementos que componen nuestro ser
ninguno consiste en el nombre que el hijo hereda del padre.
Tu nombre no es tu mano, ni tus ojos, ni tu corazón.
Ni es tampoco esta dulce voz que me subyuga...
Si Romeo quisiese dejar de ser Romeo
¿sería, por ventura, menos valeroso, menos gentil?
Cambiaría tan solo la funda, no el acero que contiene.
¡Y en el mismo cuerpo viviría el mismo espíritu!

Confieso que esperaba la réplica con emoción. En darla, no anduvo remiso mi Romeo, porque a poco, dijo, con entonación que en nada desmerecía de la mía:

En vez de llamarme por ese nombre aborrecible
llámame por el de Amor o Fidelidad.
Y siendo tú quien así me llames
creeré que Dios mismo me bautiza.

Con los ojos de la imaginación, el lector puede vernos, a mí en el balcón, al desconocido Romeo, oculto en la sombra; pero, separado de mí por tan corto espacio, que, alargando nuestras manos, se habrían tocado fácilmente. Y supla también mentalmente quien esto leyere, el desarrollo del diálogo sostenido con el misterioso interlocutor mío, *arrojándonos* mutuamente con palabras salidas del alma, las tiernas promesas de un amor inmortal.

.....

Acababa yo de decirle aquellas palabras que el autor pone en boca de Julieta:

No temas, no, que mi amor se apague.
¡Mi amor es profundo y grande como el mar!

Cuando, adquiriendo la ficción caracteres de realidad, oí una voz de mujer que me llamaba por mi nombre de Emma, y al propio tiempo, noté que alguno venía en dirección a la ventana.

No tuve tiempo más que para decir en llana y vulgar prosa a mi Romeo:
—Espéreme; vuelvo pronto.

Entré en mi cuarto, y me encontré frente a frente con Amanda Strong, a la que no había vuelto a ver desde el día de nuestra llegada a Londres, en que la dejé en la posada de la calle Williers.

La pobre estaba anegada en llanto.

Por más que su llegada no me resultaba muy oportuna, la abracé tiernamente, feliz de volver a encontrarme con una amiga.

Sus primeras palabras me hicieron comprender que tenía mucho que contarme y que su propósito, al venir a semejante hora, era no separarse de mí hasta el siguiente día.

Tenía que despedirme de Romeo. Hice entrar a Amanda en mi dormitorio, y, volviendo al balcón, me incliné sobre el antepecho y extendí el brazo.

Dos manos asieron la mía, unos labios ardientes se posaron en ella, y nuestras voces murmuraron simultáneamente.

—¡Hasta mañana!

Y fui a reunirme con Amanda, latiéndome el corazón, ebrio de misteriosa poesía, pletórico de un sentimiento que acababa de nacer en lo más recóndito de mi ser.

XII

No habría sido difícil a Amanda Strong observar que algo anormal me ocurría; pero, tan preocupada la traían sus asuntos, que no pareció reparar en nada, y abordó en seguida la cuestión.

Ricardo, el hermano de Amanda, el joven que me había sucedido en el cargo de guardar los carneros de la señora Davidson, contrabandista más tarde, y compañero nuestro en el viaje de Chester a Londres, Ricardo, en una de esas levas con que Inglaterra recluta su marina, acababa de ser enganchado y destinado a la tripulación del comodoro Juan Payne.

Tratábase de obtener la liberación del joven. Habían dicho que el galante marino no sabía rehusar nada a una cara bonita; por lo que, Amanda Strong había pensado en mí para que yo solicitase la gracia que ella se proponía alcanzar.

Habíase informado de mi paradero en el domicilio del señor Hawarden, de donde la dirigieron al del señor Plowden, y este, a su vez, indicole la dirección de *miss* Arabela, diciendo que yo había desaparecido, pero que probablemente me encontraría allí.

Amanda había venido dos veces en intervalo de pocas horas. Se le dijo que yo estaba ausente, como así era, en efecto, pues se recordará que aquella noche asistí a la representación de *Macbeth*. Pero, resuelta a verme, vino por tercera vez, y, tanto insistió, que, a pesar de ser casi media noche, la acompañaron a mi habitación.

Había llegado en el preciso momento de la tragedia en que la nodriza llama a Julieta, pero introduciendo una doble novedad, que consistía en llamarme por mi nombre de Emma y en obligarme a separarme de Romeo mucho antes que la Julieta auténtica.

Encontrábame en esa feliz disposición de ánimo propicia a la concesión de mercedes y favores. Prometí a Amanda Strong que al otro día me ocuparía en la libertad de Ricardo; y, como que no podía volver a su casa en tal hora de la noche, se le preparó una cama en un canapé, a fin de que se acostase a mi lado y poder, al día siguiente, emprender las diligencias necesarias.

Según informes obtenidos por Amanda, *sir* Juan Payne estaba a bordo de su buque, el *Théseus*, anclado en el Támesis, entre Greenwich y Londres.

Amanda había advertido que, muy al contrario de ella, yo mostraba la cara sonriente y el corazón alegre; me contó su tribulación, yo le conté, no mi dicha (no tenía ninguna razón de ser dichosa), pero sí el estado de mi alma embebida en fantasías que, si bien no constituyen la felicidad de una doncella, son a lo menos su espejismo.

Huelga decir que, hasta que reconciamos el sueño, mi incógnito Romeo fue el tema de nuestro palique. Me dormí con el nombre de Romeo grabado en la mente y

los labios en la mano que él había abrasado con los suyos.

Y excuso también decir que pasé la noche en un no interrumpido sueño de amor.

El día siguiente, al abrir la puerta de mi cuarto, vi una carta en el suelo, la habían introducido, con toda seguridad, por un resquicio que había en la ventana que daba a la terraza, y llevaba esta inscripción: *A Julieta*.

La abrí y llevé afanosamente mis ojos a la firma, que lo mismo podía ser un nombre bautismal que patronímico: ese nombre era *Harry*.

Entonces no la leí, la devoró.

Había casi adivinado la verdad. Romeo Harry era vecino mío; habíame visto en el jardín, representando la escena de Julieta en el balcón, y era él quien me aplaudió al terminar. Y se le ocurrió, al otro día, bajar al jardín, sin cuidarse más que Romeo del peligro que corría cometiendo la imprudencia, y atraerme a la ventana recitando los primeros versos de la tierna escena.

Ya se conoce el éxito que obtuvo su combinación.

La explicación que de su persona me daba, era concisa. Era estudiante en la universidad de Cambridge; pero, dominado, según decía, por una irresistible vocación al teatro, creía adivinar en mí iguales aficiones, y me proponía que corriésemos juntos los azares de la fortuna y de la gloria artística. Y terminaba suplicándome que no dejase de acudir al balcón la noche siguiente, para darle una contestación de la cual dependía su dicha futura, según él.

He dicho ya que esta carta, poco a propósito para sosegar la turbación de mi alma, llevaba la firma de Harry. Había, sin duda alguna, sido escrita después de nuestro interrumpido diálogo; su autor hubo de escalar mi balcón, y, observando que no estaba sola en mi aposento, la introdujo en él por un resquicio de la ventana.

Este detalle me indicaba que no podía considerarme muy segura en mis habitaciones, a poco audaz que fuese mi vecino, y que, lo mismo que la Julieta auténtica, pronto pasaría de la escena del jardín a la del balcón.

¡Ay! mi situación era peligrosa, expuesta a todo género de riesgos. Si Julieta, la heredera de los Capuletos, una de las más linajudas ramas de Verona, destinada a conservar el honor de una familia que la adoraba, que le había inculcado con solicitud todos los principios de la virtud, si Julieta, digo, hace a su amante el sacrificio de su virtud, de su nombre, de su felicidad, a impulsos de uno de esos desvaríos juveniles que mueven el corazón por encima de todas las consideraciones humanas, ¿cómo podía yo, pobre joven aislada y desconocida, sostenida en cierto modo por la caridad pública, sin haber conocido a mi padre, malquista de mi madre... cómo podía defenderme yo? Sin la eficacia del ejemplo moral, el más eficaz y el más elemental instrumento de virtud; libre en absoluto de mis actos, sin un nombre ni una familia que poder enlodar, ¿cómo podía soñar en la resistencia, colocada en situación semejante a aquella en que sucumbió Julieta?

Así que, ni siquiera pensé en ella, en la resistencia. Solo ansiaba reunirme de nuevo con mi desconocido Romeo, cuyo semblante no había podido distinguir en la

obscuridad de la noche; aunque, en las inflexiones de su voz había adivinado su juventud, y en su carácter de letra y en su estilo, una esmerada educación. En cuanto a sus cualidades físicas, estaba convencida de que era varonilmente bello. En toda esta aventura, había a su favor la doble inspiración de la juventud y de la belleza.

Besé la carta y la guardé en mi seno, a la altura del corazón.

En esto, Amanda se vestía. Teníamos que salvar una legua y media para llegar al paraje del Támesis donde estaba anclada la flotilla inglesa; pero no podíamos presentarnos al almirante antes del mediodía.

Disponíamos, pues, de tiempo suficiente para almorzar en casa, y partir luego sin apresuramiento.

Pregunté si podrían servirnos el almuerzo en mis habitaciones. El criado respondió que *miss* Arabela había dado orden al partir, de que se me obedeciese como a ella misma.

Mientras almorzábamos, me preguntó si había que preparar el coche. No queriendo que se supiese dónde íbamos, dije que no lo necesitaba, añadiendo, por toda explicación, que probablemente no regresaría antes de la noche.

Ya en la calle, Amanda, más familiarizada que yo con las costumbres de Londres, llamó a un coche de alquiler, trató con el auriga el precio por todo el resto del día, y, acomodadas en el vehículo, tomamos por el camino del Támesis.

Me dejé llevar por Amanda. Estaba mi alma completamente sumida en el suceso de la víspera. A cada instante me llevaba la mano al corazón para asegurarme de que la carta continuaba en el mismo sitio. Lo único que empañaba aquel plácido sueño del alma, era el haber encontrado un simple estudiante, un modesto artista, que me ofrecía recorrer en su compañía la espinosa senda del arte, en vez de un apuesto caballero que me guiase hacia la gloria de *mistress* Siddons, o me rodeara del fausto de *miss* Arabela.

Empero no podía dar por fracasado lo que solamente quedaba diferido. El teatro era un pedestal en el que la estatua de la belleza era objeto de un culto tan fervoroso como la estatua del talento; y puesto que yo tenía la certidumbre de ser bella (¡tantas veces me lo habían dicho!) y la esperanza de llegar a tener talento; todo se reducía a un problema de pura cronología, que me permitía esperar sin impaciencia.

Bien se ve que me mantengo fiel al plan que me he trazado al escribir mi vida, y que muestro el fondo de mis pensamientos a los hombres que ya me han juzgado con harta severidad, lo mismo que a Dios, de quien espero más indulgencia en el día de mi muerte.

Si escribiese una novela, podría invertir los hechos, disimular mis yerros y excusar mis faltas; pero, he intitulado a este libro: *Mi vida*. No me asiste, pues, el derecho de introducir la más pequeña modificación en los acontecimientos de mi existencia. Debo presentarlos en su orden y con sinceridad. Reconozco que, como novela escrita por la mano del hombre, este libro sería mal hecho, y, lo que es mucho peor, mal concebido; porque, producto de la fantasía, no podría ejercer ninguna

influencia sobre la vida de mis semejantes. Pero no es así. Yo desgloso una página de la historia del gran libro de la humanidad, escrito por la pluma de hierro del Destino, que me hizo pasar, como un meteoro fatal, a través de un siglo y ejercer una influencia nefasta sobre mis contemporáneos. Estoy obligada a descubrirlo todo, hasta la perversidad de mis pensamientos y mis malvados actos. Una sola excusa tengo en mi favor: nunca obré por interés ni con premeditación, sino impulsada por determinadas circunstancias, independientes de mi voluntad, y muy singularmente, más fuertes que ella. Mis faltas más graves, o mejor dicho, los hechos más censurables de mi vida, obedecen casi siempre a un móvil generoso. Mi primera falta tuvo por causa una buena, intención mía: salvar al hermano de mi amiga. ¿Por qué ponía yo tanto empeño en llegar felizmente a la meta de mis propósitos de salvar a Ricardo? He de reconocer que acaso había en el fondo un sentimiento de gratitud: Ricardo fue el primero que me dijo que era hermosa.

Estaba tan absorta en mis cavilaciones, que no me daba cuenta ni del camino que habíamos recorrido ni del tiempo empleado en recorrerlo, cuando el coche se paró.

Estábamos a orillas del río, a poca distancia de un soberbio barco de guerra.

¿Éramos esperadas? No lo sé, si bien después ha cruzado frecuentemente por mi cerebro la sospecha de que era cosa convenida de antemano entre el comodoro y Amanda.

Apenas pusimos pie en tierra, un bote se destacó del *Théseus*, y, tripulado por seis remeros, vino en dirección a nosotras. Todo era tan nuevo para mí y había pasado por tan diversas emociones, que este detalle se me escapó en aquel precisó momento, y solo reparé en él algún tiempo más tarde.

Poco después estábamos a bordo del buque.

Lo primero que vi, al subir la escalera, fue al pobre Ricardo, vestido ya de marinero, el cual, acercándose a mí, me dijo con voz suplicante:

—¡Ah, señorita Emma! compadézcase usted del infortunado Ricardo.

No alcanzaba a comprender cabalmente el por qué de la influencia que se me atribuía; pero tenía el cuitado un aspecto de tan honda aflicción, que le prometí hacer por su causa todo lo que de mí dependiese.

Un guardia marina le dio un brusco empujón, para apartarle de nosotras, y nos acompañó al camarote de Payne.

Este camarote era uno de los más suntuosos gabinetes que haya visto jamás, ni siquiera en la época de mi trato familiar con una reina.

Envuelto en rica bata de tela china, estaba *sir* Juan Payne entregado a la lectura, hundido en un diván turco recamado de flores de oro, el cual diván tenía por base dos cañones de bronce brillantes como el sol.

Se volvió hacia nosotras con la negligencia de quien recibe una visita inesperada; pero, al advertir que las visitantes eran dos mujeres, se levantó.

Le dirigí una fugaz mirada, que, no por fugaz, me impidió verlo todo.

Sir Juan Payne era un bizarro oficial de treinta a treinta y cinco años. En tan moza

edad, el grado que había alcanzado debíalo seguramente más bien a su cuna y a su fortuna, que a méritos contraídos en su carrera de marino. Tanto su persona como los objetos que le rodeaban, exhalaban, por decirlo así, un perfume de suprema aristocracia.

Amanda, anegada en llanto (poseía a maravilla el secreto de dar curso a las lágrimas), se arrojó a sus pies, o mejor, hizo ademán de arrojarse; pero, él la contuvo, y le preguntó el motivo de su visita.

Como los sollozos le ahogaban la voz, me cogió la mano, haciéndome signo de que hablase por ella.

Solo entonces pareció fijarse en mí el almirante. Miome, asombrado, al parecer de mi belleza, y me hizo sentar a su lado.

Amanda continuó en pie, con la cara oculta tras el pañuelo y diciéndome con entrecortado acento:

—Habla, habla, Su Señoría te escuchará con más agrado que a mí.

XII

Me encontraba visiblemente turbada, y con voz emocionada expliqué al almirante el objeto de nuestra visita, asegurándole que mi gratitud sería eterna, si me concedía la libertad del pobre Ricardo.

Sea que lo creyese realmente, sea que fuera su intención dirigirme una lisonja, el almirante me preguntó las razones que una persona de mi calidad podía tener para interesarse por un pillastre como aquel cuya liberación solicitaba.

Respondile, con una humildad no exenta de cierto orgullo, que yo no era persona de calidad, sino una humilde lugareña paisana de Ricardo.

Me cogió después la mano, y, después de haberla examinado, movió la cabeza con aire de duda.

—Estas manos —mi dijo riendo—, no son manos de campesina.

Insistí, diciéndole que se engañaba.

—En este caso —replicó, sacándose del dedo meñique un anillo de brillantes que colocó en uno de mis dedos correspondiente al grueso del suyo—, no hace falta más que esta sortija para hacer de ellas manos de duquesa.

Un vivo carmín tiñó mis mejillas, más de satisfacción que de vergüenza. Empero, aunque mi mano me pareció que resaltaba en belleza con el flamante adorno, intenté devolver al almirante la sortija que me ofrecía con galantería tanta; pero, reteniendo mi mano en la suya, me dijo que si persistía rehusando el obsequio, él, a su vez, se consideraría desligado de todo compromiso.

Miré a Amanda, que tenía fijos en mí sus ojos tan suplicantes, que no tuve valor para oponer más resistencia al deseo del almirante.

—¿Y mi pobre Ricardo? —preguntó Amanda.

—Oigan ustedes. No soy yo solo el que ha de resolver el caso; puedo proponer la licencia, pero debo presentarla a la aprobación del Almirantazgo.

—Sí —dije asiendo las manos de *sir* Juan Payne—; pero, solicitada por usted esa licencia, será acordada, ¿no es verdad?

—Así lo creo.

—Diga usted que está seguro de ello.

—Haré los posibles para complacerla —repuso el almirante, inclinándose cortésmente.

—¡Oh! si usted lo consigue, ¡cuánta gratitud le guardaré!

—¿Hay sinceridad en sus palabras? —me preguntó el almirante, clavando en mí sus ojos llenos, si no de amor, a lo menos de deseo.

La sangre afluyó a mi rostro, y bajé, la cabeza.

Me pareció haberle sorprendido cambiando una mirada con Amanda; pero, la de esta, bien podía ser una mirada de súplica.

—Oiga usted —añadió el almirante—, voy a darle una prueba de mi buena voluntad. Hoy mismo iré a Londres, y practicaré las diligencias pertinentes al caso.

—¡Oh! ¡Cuán bueno es usted! —exclamé.

—¿Y cuándo y dónde recibiremos la contestación? —preguntó Amanda.

—Muy sencillamente; espérenla ustedes.

—¿Aquí? —pregunté con cierto sobresalto, pensando en mi cita de la noche.

—No, en Londres, en mi casa de Picadilly.

Interrogué con los ojos a Amanda.

—Que responda Emma; en cuanto a mí, estoy a las órdenes de Su Señoría.

—Esperaré donde usted guste, milord —dije—, en la esperanza de que la respuesta será favorable. Solamente que...

—¿Qué es ello? —preguntó el almirante.

—Tengo que estar de regreso en casa a las diez de la noche.

—Será usted libre de retirarse cuando le plazca; pero, como la respuesta puede hacerse esperar, tomarán ustedes una taza de té, y luego quedaremos todos en libertad.

Tocó un timbre, a cuyo vibrante sonido compareció un marinero.

—¡El té! —dijo el almirante.

A los pocos instantes volvió a presentarse el marinero con una fuente llena de pasteles, que colocó encima de una mesa.

—Vamos, hermosa postulante, haga usted los honores del té —me dijo el almirante.

Obedecí, un tanto embarazada, y le ofrecí una taza de té, haciéndole una ligera reverencia.

—¡Es usted, de veras, adorable! —me dijo *sir* Juan—; no habían exagerado.

Dirigí una, mirada de reproche a Amanda. Lo que acababa de decir el almirante, era una prueba de que mi visita se esperaba.

—¿Le guarda usted rencor por haberme dicho que tenía por amiga el ser más bello de la tierra, y me le tiene a mí, si he deseado conocerla? Sería usted muy cruel, porque, si se hubiese resistido a venir, su amigo Ricardo no se habría librado de ser marinero, a lo que me parece que no siente vocación, al paso que yo no hubiera tenido ocasión de llamarme su servidor.

No sabía qué responder a esta locuacidad un tanto irrespetuosa.

Me alargó su taza, para que echase en ella algunas gotas de licor, lo cual le permitió observar el temblor de mi mano.

—¡Rara conjunción!: virtud, delicadeza, pudor, además de hermosura y juventud —dijo entre dientes.

Le miré asombrada.

—¿Ha visto usted el Hamlet? —me preguntó.

—No —respondí.

—Pues bien; esto que acaba de decir, es lo que Hamlet dice a Ofelia, admirado de

ver tanta gracia, y amor y honestidad en una mujer.

Yo sacudí la cabeza.

—Y —continuó diciendo *sir* Juan—, no creyendo Ofelia en el amor del príncipe dinamarqués, agrega:

Duda de la luz de las estrellas.

Y del sol que irradia en el espacio.

Duda también de la revelación divina.

¡Duda, en fin, de todo, pero no de mi amor!

—¿Y qué responde Ofelia?

Sir Juan se levantó.

—Hamlet —dijo—, no le da tiempo de responder; se va lleno el corazón de risueñas esperanzas.

—¿Nos deja usted? —le pregunté.

—Después de las tres, no encontraría a los lores del Almirantazgo, y quiero, cuando menos, contraer el mérito de cumplir mi promesa, dándoles a ustedes hoy mismo la contestación en un sentido favorable, o desfavorable.

—¿Y nosotras? —preguntó Amanda.

—Ustedes —dijo *sir* Juan, tendrán la bondad de esperarme en Picadilly, adonde las acompañará mi criado.

—¿Concederá usted, en el ínterin, veinticuatro horas de libertad al pobre Ricardo?

—Sí, toda vez que —repuso *sir* Juan riendo—, *miss* Emma da palabra de que el perillán no desertará, en cuyo caso *miss* Emma se haría solidaria con su persona.

—¿Lo oyes, Emma? —dijo Amanda.

Tendí la mano a *sir* Juan:

—Empeño mi palabra, milord —contesté.

—Ahora —añadió el almirante—, no ansío sino una cosa: que el truhán se escape al fin del mundo. ¿Vienen ustedes conmigo, y quieren que las conduzca a tierra?

—Habíamos venido a este barco tan solo por usted —respondí—, y, desde el momento que usted se va, no tenemos nada que hacer a bordo.

Sir Juan tocó el timbre, y se presentó el mismo marinero.

—¡La canoa! —dijo el almirante.

—Está preparada, milord.

—Venga usted con nosotros, y acompañará a estas señoras a Picadilly. A las siete, la cena.

Quise hacer una observación relativa a lo de la cena para las siete; pero *sir* Juan no me dio tiempo, y, ofreciéndome el brazo, nos dirigimos a la escalera.

Todos los oficiales estaban formados en doble hilera, desde el camarote a la escalera del buque.

Bajé la cabeza; aquellas miradas pesaban en cierto modo sobre mi frente,

obligándola a inclinarse hacia el suelo.

Me encontré en la canoa, sin saber cómo había bajado. Oí la voz de *sir* Juan ordenando a Ricardo que nos siguiera, e inmediatamente la embarcación se separó del navío ligera como un pájaro.

El coche de *sir* Juan esperaba, y, estacionado a su lado, se encontraba nuestro humilde simón.

—¿Piensan ustedes regresar a Londres en este destartalado alquilón?

—¿Pero en cuál otro quiere usted que vayamos? —le respondí.

—Picadilly se encuentra en el camino de ustedes; las dejaré al paso.

Hizo un signo a su sirviente, que fue a pagar nuestro coche de alquiler; luego abrió él mismo la portezuela del suyo, y me invitó a subir la primera, mientras que Amanda cambiaba algunas palabras con Ricardo, para darle una cita en lugar donde le comunicaría el resultado de las tentativas de *sir* Juan.

Ricardo, menos altivo que nosotras, ocupó el simón, y se hizo conducir triunfalmente a Londres.

Sir Juan se colocó en el asiento delantero, cediéndonos los dos del fondo; el criado subió junto al cochero, y el vehículo arrancó, conduciéndome (¡extraña condición de mi destino!) sumergida en sueños que no eran los mismos de horas antes.

Tan profundamente sumida estaba en aquel ensueño, que apenas sentí que *sir* Juan se apoderaba de mi mano, que dejé abandonada entre las suyas.

A la hora y media, el coche se detuvo; habíamos llegado a Picadilly.

Abrieron la portezuela; *sir* Juan se apeó el primero para ofrecernos la mano. Estaba yo reconocida a caballero tan cumplido que nos dispensaba atenciones como si fuésemos duquesas; y por un movimiento ajeno a mi voluntad, le estreché la mano.

—¡Gracias! —dijo en voz baja.

Retiré la mano rápidamente.

Mirome con un cierto asombro; pero vio, en mi sonrisa, que no había nada de mortificante para él en el hecho de haber retirado mi mano.

Eran más de las tres; no había que perder un instante, si quería llegar a tiempo al Almirantazgo. Volvió a subir en su carruaje, y nosotras, guiadas por el sirviente, entramos en la casa.

Dicha casa, situada entre Londres y el apostadero de los buques de la flotilla a que pertenecía el *Théseus*, era un delicioso hotelito amueblado con la más refinada elegancia, y su único propietario o inquilino, era el aristócrata protector de Ricardo.

El lacayo nos acompañó a cada una de nosotras a un gabinete distinto.

Al entrar en el mío, me detuve, procurando recordar dónde había visto yo aquella estancia.

Era una visión, y nada más, porque nunca se habían encaminado mis pasos hacia aquel lado de Picadilly, y era, por consiguiente, la primera vez que visitaba el tal lugar.

Me encontraba en un elegante aposento, frente a un grande espejo encuadrado en dorado marco, y rodeado de ricos cortinajes de seda celeste y muebles de finísimas maderas. Mis pies se hundían en una mullida alfombra turca; el techo se adornaba con frescos que se habrían creído obra del pincel de Boucher o de Watteau.

Sin duda alguna, yo había visto aquello en una anterior ocasión.

Me desplomé sobre un sillón de seda azul, y este color me recordó mi primer vestido de pensionista. En alas de la imaginación, acudieron a mi memoria todos los recuerdos de mi pasado.

En un ensueño de mi niñez había visto ya el cuadro que mis ojos tenían delante.

A la media hora, vino Amanda Strong, y me encontró en el mismo sitio donde me había dejado caer al entrar. Pareció alarmarse un tanto viéndome en aquel estado de somnolencia, y trató de sustraerme a él, hablándome de *sir* Juan Payne, de sus bondades para con Ricardo, de su cortesía con nosotras.

Me limité a sonreír sin responder. Comprendía el móvil de semejante cortesía y la razón de sus bondades, y por instinto presentía que mi honor, o por mejor decir, que al precio de mi honor se obtendría el rescate de Ricardo.

Sir Juan Payne era, por desgracia, joven, y guapo y rico. Todo se concertaba para perderme.

A las cinco, un coche paró frente a la puerta. Sentí un estremecimiento. Amanda corrió a la ventana. Por mi parte, no tuve necesidad de moverme de mi asiento para comprender que era *sir* Juan el que llegaba.

Un instante después se abrió la puerta, y el almirante se presentó con expresión de júbilo.

—¿Qué me dará usted, *miss* Emma —me dijo—, si le traigo una buena noticia para su protegido?

—¿Qué puedo darle, milord —respondí, poniéndome en pie y tendiéndole ambas manos—, sino las gracias de un corazón lleno de gratitud por su bondad?

—Está bien —repuso—, acepto las gracias, por ahora; más tarde, arreglaremos cuentas definitivas.

—¿Ha conseguido usted su objeto, milord? —preguntó Amanda.

—Por lo menos, estoy en vías de conseguirlo. Hanme prometido la licencia de su hermano para esta noche. Si a ustedes les parece, la aguardaremos en la mesa. Considero que estarán muriéndose de inanición, pues a bordo apenas si han probado un poco de pastel y sorbido unas cuantas cucharadas de té. En cuanto a mí, declaro que la caminata que acabo de hacer, me predispone con el mejor apetito.

Iba yo a poner una objeción fundada en la necesidad que tenía de volver a mi casa, cuando el sirviente entró, anunciando que milord estaba servido.

Sir Juan Payne me cogió del brazo y me llevó al comedor.

El día empezaba a declinar, y de la semioscuridad de la habitación, acentuada por el tupido cortinaje, nos trasladamos a una pieza radiante de luz que se reflejaba en el cristal de los vasos y en los bruñidos objetos del servicio de mesa.

Habríase dicho, en verdad, que era una cena preparada por mano de hadas destinada al rey Oberon o a la reina Titania. La atmósfera estaba suave e impregnada de delicados perfumes, que parecían penetrar por todos los poros.

Observando *sir* Juan lo que por mi interior pasaba, me dijo:

—Pertenece usted al género de las sensitivas: mujer y flor, a la vez. ¡Feliz el mortal que logre aspirar el aroma de la flor y recoja la palabra de amor en los labios de la mujer!

Lancé un suspiro. Él me acompañó a mi silla, sentándose a mi lado.

La fascinación de la riqueza corre parejas, en mí, con el horror que profeso a la miseria. ¿Circula realmente por mis venas sangre nobiliaria, o es que todos mis afanes tienden a recobrar el nivel malogrado por un nacimiento ilegítimo?

A los postres, vino un criado y entregó a *sir* Juan un despacho lacrado.

El almirante lo leyó detenidamente, y luego que se hubo asegurado de que era la licencia de Ricardo, lo puso en manos de Amanda.

Esta se levantó, y, pretextando que quería llevar sin pérdida de tiempo a su hermano tan grata noticia, pidió permiso para retirarse.

Sir Juan se lo concedió de buen grado, elogiando este arranque de una buena hermana.

Comprendí que toda mi vida futura dependía de los cinco minutos que iban a transcurrir. Viendo que Amanda se ponía en pie, hice otro tanto. *Sir* Juan no hizo el menor movimiento para retenerme. Tenía yo que volver a mi cuarto para recoger la capa y el sombrero. Resuelta a librarme de la seducción, realicé un esfuerzo de voluntad, corriendo al gabinete, que encontré iluminado con una lámpara de alabastro.

Nada tan maravilloso como aquel salón, visto a la luz que lo inundaba, parecida a la luna de una hermosa noche de verano.

Quedé por un instante inmóvil, silenciosa, luchando con el deseo de permanecer allí y el deseo de irme con Amanda. Sentí la necesidad de un apoyo moral, y me llevé la mano al corazón, donde continuaba la carta de Harry.

Quise, por fin, salir del gabinete; pero la puerta se había ocultado a mi vista en aquel desorden de tapices y cortinas. Todo parecía obedecer al poder de una magia que adquiriría formas de realidad.

Retrocedí para llamar; pero *sir* Juan estaba allí, de pie, con los brazos extendidos hacia mí, y repitiendo en voz baja:

—¡Ingrata!

Oyendo su voz, el vértigo me ofuscó; una nube de fuego cruzó por mis ojos, y caí en los brazos que me tendía abiertos.

Te doy gracias, Dios mío, por haber permitido que mi primera caída fuese debida a un impulso generoso, a un propósito abnegado, y no provocada por sórdidos cálculos o inverecunda lascivia.

XIV

Era yo la amante de *sir* Juan Payne.

Aquí comienza la serie de los más tristes, pero tal vez no los más culpables actos de mi vida. He prometido confesarlos a Dios y a los hombres, y lo haré con sinceridad, para demostrar que lo hago arrepentida.

Si el sentimiento de una falta no se manifestase en el corazón, nada más que a consecuencia de los sinsabores y perjuicios materiales que la misma trae consigo aparejados, no me causaría el menor pesar aquel que no llamaré primer amor mío (yo no he sentido en mi vida sino un solo amor verdadero), pero sí mi primera ofuscación. *Sir* Juan era un cumplido caballero, noble, generoso, cortés, y, en los cinco o seis meses que duró nuestro concubinato, no tuve más que motivos de loa para él.

La casita de Picadilly fue la mía, y cuando *sir* Juan venía, que era cuantas veces se lo permitían los deberes de su servicio, parecía que entraba en mi casa, y no en la suya. Los criados y el coche fueron puestos a mis órdenes, y, por el respeto que me tenían los sirvientes, colegía el que debía de merecer al amo.

Practicando en los muebles de mi cuarto la revisión que, en su curiosidad, suelen practicar las mujeres en las habitaciones que ocupan, había encontrado, dentro de una bolsa con mis iniciales, quinientas o seiscientas libras esterlinas, y en un cofrecito un aderezo de turquesas rodeadas de diamantes.

Apenas comprendí que podía disponer de aquel dinero como mío, lo separé en dos partes iguales: una para mi madre, otra para mí. Sin enterarla del punto de mi residencia, como tampoco de su procedencia, envié a mi madre la parte que le había reservado.

Hoy, que se cierne sobre mí la amenaza de una vejez triste y desgraciada, constituye uno de mis consuelos el pensar que, a lo menos, nunca me olvidé del bienestar material de la humilde mujer a quien debo esta vida que para mí fue tan brillante y a la par tan amarga.

Por lo demás, yo habría sido completamente feliz, a no haberme perseguido dos preocupaciones: una de ellas era lo que hubo de pensar mi desconocido Romeo, esperándome inútilmente al pie del balcón; la otra, lo que *miss* Arabela habría dicho, a su regreso, al encontrarse con que había desaparecido de su casa.

Tenía, en efecto, un singular modo de apartarme de los que me habían querido o dispensado algún bien, lo cual debía producirles muy mal efecto.

Durante algunos días, cierto sentimiento de rubor me tuvo encerrada en Picadilly. A los dos días de aquella fatal noche, recibí la visita de Amanda y de Ricardo. La indumentaria de una y otro me dio a entender que también ellos habían participado de la liberalidad del comodoro.

Por fin, *sir* Juan Payne consiguió decidirme a salir. El teatro continuaba siendo mi pasión dominante. Alquiló un palco en Drury Lane.

Escogió un día que se daba *Hamlet*. Escuché con alguna emoción los versos que el almirante me había recitado a bordo del *Théseus*, y, enlazando mi destino con el de Ofelia, puse toda mi alma en los infortunios de la hija de Polonio.

Las dos escenas de locura fueron para mí lo que habían sido las dos escenas del jardín y del balcón de *Romeo y Julieta*... Volví a casa sin cesar de hablar de Julieta, y pasé la noche soñando con Ofelia y repitiendo los fragmentos de versos que había retenido en la memoria.

En la reducida biblioteca de Picadilly no había ninguna obra de Shakespeare; pero *sir* Juan tenía uno en el camarote del *Théseus*, y, toda vez que debía ir a bordo, prometió que se llevaría consigo a uno de mis sirvientes y que me enviaría por su conducto el tomo deseado.

Esperé el libro con la misma impaciencia que otra mujer habría esperado un estuche de joyas. Cuando el criado me lo trajo, se lo arranqué de la mano, y corrí a encerrarme en mi gabinete para engolfarme en el piélagos de la poesía contenida en aquellas admirables páginas.

A la noche, sabía las dos escenas de locura, y como había observado los ademanes, ora tristes, ora alegres de Ofelia cuando visita a su amante el día de San Valentín, o cuando esparce flores sobre la tumba de su padre, me fue posible reproducir, con esa intuición mímica que siempre he poseído, los gestos y aun las inflexiones de voz de la actriz.

Todo eso se desarrollaba a solas conmigo misma y delante del grande espejo que Ricardo me había profetizado.

Carecía únicamente de una cosa: un vestido de carácter. Por otra parte, el de Ofelia, muy sencillo, era fácil de confeccionar, pues se reducía a un largo lienzo blanco ajustado al cuerpo.

Resolví dar visos de realidad a la ficción.

Sentados a la mesa, a la hora de cenar, pedí permiso a *sir* Juan para salir al día siguiente.

Me miró con asombro.

—¿Mi permiso? —me dijo—. ¿Crees, que lo necesitas?

—No —repuse—, pero, con todo, no habría salido de casa sin decírtelo.

—Puesto que tienes esa delicadeza, ¿quieres decirme el objeto de tu salida?

—La compra de algunas telas —respondí.

—¿Por qué no llamas a tu costurera? Me eché a reír.

—Porque pienso hacerme el vestido yo misma.

—A lo menos, provéete en las mejores tiendas.

—Es indiferente; lo que quiero, he de encontrarlo en cualquier comercio de ropas, y hasta es posible que en vez de ir yo personalmente, mande a la camarera, siempre y cuando tú accedas a venir conmigo.

—Fuera insensatez en mí no aceptar tu proposición; adondequiera que me lleves, allí será mi paraíso.

—Pues, convenido; después del almuerzo, enviaré a mi camarera a comprar lo que deseo.

—¿Y nosotros?

—Nosotros iremos al campo, si así lo quieres; mañana me sentiré con aficiones campestres.

—¿A qué hora será la excursión?

—Salvo tu parecer, después de almorzar.

Todo se hizo con arreglo a los cálculos trazados. El día siguiente, al levantarme, mandé a mi camarera a buscar una pieza de tela blanca, y además un gran velo negro.

Sir Juan escuchaba mis órdenes a la camarera, sin comprender nada de mis intenciones y parecía muy intrigado por conocerlas. Pero yo me mantuve firme, y no le enteré de lo más mínimo.

Después de almorzar, subimos al carruaje y di orden al cochero de conducirnos a las afueras de la ciudad. Al cabo de una hora de marcha, llegamos al paraje que yo deseaba.

Hice parar el coche y eché pie a tierra.

—¿Debo seguirte? —preguntó *sir* Juan.

—Desde luego, y aun prestarme tu concurso.

—¿Para qué?

—Vas a verlo.

Me interné en la pradera, y me dediqué a coger flores silvestres, en cuya ocupación era secundada por *sir* Juan.

Cuando tuvimos un hacecillo cada uno, emprendimos el camino de regreso.

—Peregrina ocurrencia ha sido la tuya —me dijo *sir* Juan, cuando podías encontrar en Londres las más bellas y delicadas flores.

—¿No te tengo dicho ya que yo era una sencilla aldeana, y que prefiero las flores del campo a las de la ciudad?

—¿Seré tan desgraciado —repuso *sir* Juan—, que sientas la nostalgia de los tiempos en que eras una ninfa de los prados del Flitshire en vez de ser una de las divinidades de Londres?

—No, mi querido Juan, aunque mi divinidad sea hartamente hipotética, pues no ha sido reconocida más que por un solo adorador.

—¡Oh! en cuanto a eso —respondió *sir* Juan—, bastará con que hagas tu aparición para que sea universal el culto por ti.

Sobre las tres de la tarde llegamos a Picadilly; *sir* Juan me dejó en la puerta con mi brazada de *heno*, conforme él decía, y prosiguió su camino, por reclamar algunos quehaceres su presencia en el Almirantazgo.

Encontré de vuelta a mi camarera con las compras encargadas por mí; le había también dado orden de volver a casa en compañía de una costurera, la que, a mi

llegada, estaba esperándome.

Recordé el corte de la vestimenta de Ofelia; corregí lo que, a mi juicio, era defectuoso, y, con la prodigiosa habilidad que siempre he demostrado, en materia de vestir, corté una túnica y prometí dos libras para repartirse la oficiala y mi camarera, si a las nueve de la noche quedaba terminado el vestido, o simplemente hilvanado.

Las dos pusieron en el acto manos a la obra estimuladas por la recompensa.

Por mi parte, hice una selección de las flores cogidas en la pradera, las puse en agua, a fin de que conservasen su frescura hasta la noche.

A las seis regresó *sir* Juan.

Venía muy satisfecho. Había solicitado una licencia de dos meses, la que le había sido concedida. Estos dos meses se proponía consagrármelos por completo.

Sin amar a *sir* Juan en el sentido absoluto que se da a la palabra amor, sentía por él un afecto lleno de gratitud, no precisamente por el lujo de que me había rodeado, sino por su trato cortés, pues, en mí, las formas delicadas, los procedimientos y maneras corteses ejercen decisivo predominio.

Sir Juan no debía volver al *Théseus* hasta el día siguiente, para lo cual había cumplidamente solicitado mi aquiescencia. Al concedérsela, le dije que, en recompensa o como castigo, según él quisiera tomarlo, de su desmedida ambición, le preparaba una sorpresa.

A las nueve le pedí permiso para retirarme a mi gabinete por breves instantes. Me preguntó riendo si ello se relacionaba con la sorpresa en cuestión, pregunta a la que contesté con evasivas, para dejarle en la incertidumbre.

Mi vestido estaba preparado.

Dejé suelta mi abundosa cabellera, hice una corona igual a las que en mi infancia tejía para mirarme en los arroyos, me puse el largo vestido que dejaba ver una parte de mi seno y mis brazos desnudos; invoqué todos mis recuerdos a los que enlazaba todas mis inspiraciones, y abrí la puerta del salón.

Iba por vez primera a juzgar de la influencia que mi belleza, realzada con el doble prestigio del arte escénico y de la poesía, podía ejercer sobre los hombres.

Es verdad que el *hombre* que a la sazón representaba ante mí a los *hombres*, estaba muy bien predispuesto en mi favor, y su opinión no debía constituir una ley para el resto de sus semejantes. Sin embargo, si me aventuré, no fue sin antes haber dirigido una detenida y última mirada al famoso *espejo con marco dorado*.

Lo que el espejo me dijo era tan alentador, que no vacilé un instante más, y entré en acción, volviéndome a la pieza en que había dejado a *sir* Juan, quien estaba junto a la chimenea, vuelta la cara hacia la puerta.

Al verme, prorrumpió en un grito de sorpresa y admiración.

Mi triunfo se iniciaba con mi simple presencia.

Inmediatamente empecé a declamar las frases que abren la escena de locura.

Sir Juan extendía los brazos hacia mí; pero yo aparenté no verle, y, la mirada extraviada en el espacio, continué declamando.

Sir Juan, batiendo palmas, dio un paso hacia mi.

Entonces di a comprender que le veía, y le dije los versos que, en la tragedia, Ofelia dirige al rey.

A seguidas y sin transición, pasando de la melancolía a la más viva alegría, empecé la canción tan popular entre nosotros, que Shakespeare pone en labios de Ofelia en la visita que hace a su amado el día de San Valentín.

Luego, comunicando a mi mirada esa vaga expresión de la locura, que momentáneamente había dejado, continué recitando los conmovedores versos de la tragedia.

—Eres una hechicera —replicó *sir Juan*—; semejante locura es capaz de trastornar el juicio al propio rey Salomón.

Como si nada oyese, proseguí, imprimiendo a mi voz acentos tan dolorosos, que llegaban a impresionarme a mí misma.

Por fin, sin abandonar la expresión de dolor, me despojé del negro velo, lo extendí en el suelo, derramando sobre él las flores que ceñían mi cabeza.

Sir Juan quiso interrumpirme; pero, no le di tiempo de hacerlo. Le presenté una flor, y, con la sonrisa en los labios, y le dije:

Piensa en mí, tierno amigo mío.

Y acepta estas flores que te doy.

Cuando estemos separados, su perfume nos unirá a través de la distancia...

.....

Caí de rodillas, puestos los ojos en el cielo y murmurando las últimas palabras de la escena que representaba tan a lo vivo.

Sir Juan no pudo contenerse por más tiempo. Rodeó mi talle con su brazo, y, estrechándome contra su pecho:

—¡Basta, basta! —me dijo— ¡o soy yo el que va a volverse loco!

En la mirada se reflejaba el terror, y la emoción entrecortaba su voz.

Solté una risotada.

—¿Continúas representando tu papel? ¿Sigue todavía la locura? ¡Respóndeme, en nombre del Cielo!

—Mi papel, la misión mía, consiste en serte agradable, mi querido señor. Ofelia ha perecido en las aguas del río; pero Emma Lyon vive, y... te ama.

Llena de júbilo, me arrojé a su cuello; no cabía la menor duda acerca del efecto producido por mí y que había rebasado todos los cálculos y todas las esperanzas.

Pero, contra mi voluntad, palpitaba en el fondo de mi corazón un recuerdo hacia aquel desconocido Romeo, cuya melodiosa voz me respondía tan a maravilla bajo los copudos árboles del jardín de *miss Arabela*.

XV

Quisiera pasar rápidamente sobre este período de mi vida, el cual, aunque más censurable quizás a los ojos del moralista, es el que menos remordimientos ha sembrado en mi alma. Pobre joven abandonada desde mi infancia; no teniendo que dar cuenta a nadie de mis actos, ni siquiera a mi propia madre; hermosa, por mi desgracia; arrastrada por natural instinto hacia todos los placeres de la juventud, hacia todas las seducciones de la fortuna y del lujo, ¿qué apoyo moral ni material podía solicitar, aun en el supuesto de que hubiese abrigado el propósito de resistir? Ignorante del bien y del mal, jamás tuve semejante intención, y me dejé deslizar por una pendiente que cada vez me parecía más suave y más florida; la vida se me ofrecía bajo el aspecto de un bizarro galán coronado de flores como la primavera; me cogía al brazo de ese apócrifo protector y me apoyaba en él, sin saber adónde íbamos, ignorando cuál sería el final de aquella aventura.

Además, he de confesar que una de las condiciones de mi temperamento moral ha sido constantemente la de vivir en el presente. El mundo, que no me conocía, no ponía tacha a ninguno de mis devaneos, ni estos tenían en mí el censor que los refrenara. Parecíame que, mientras durase mi belleza, no tenía que temer nada de la inconstancia de la fortuna; y considerando mi edad y mirándome al espejo, me decía que, a Dios gracias, me quedaba aún mucho tiempo de aquella que era, para mí, vida de halagos y dulces emociones.

Sir Juan Payne había solicitado, conforme dejo dicho en otro lugar, una licencia de dos meses, en los cuales quería consagrarse a mí por entero.

Obtúvola, y me preguntó dónde quería ir y qué deseaba hacer.

Le dejé árbitro absoluto de mi destino; no conociendo nada fuera del círculo en que me había agitado, nada deseaba. Sentía únicamente una pasión irresistible por lo desconocido.

Sir Juan resolvió que hiciésemos un viaje a Francia. Yo celebré su elección. Había oído hablar mucho de Francia; pero nunca había cruzado por mi mente la idea de que pudiese visitar ese país. No sabía el francés; pero *sir* Juan lo hablaba correctamente, y podría traducirme todo aquello que mi curiosidad exigiese explicación.

Emprendimos el viaje. La atracción que en mí ejercía lo desconocido, era la enfermedad de la época; y yo, átomo no más, iba envuelta en la vorágine.

Hay momentos en que las naciones aburridas de sí mismas, se refugian en los mundos de la fantasía y aspiran, notan solo a lo que no existe, sino hasta a lo que no puede existir. A pesar de mi ignorancia, esa gravitación de Francia hacia lo imposible me impresionó profundamente. La miseria se extendía allí dominadora, pero el fausto era más grande aún que la miseria. Los príncipes y magnates se arruinaban en el general despilfarro y sin ver el abismo hacia el cual caminaba la sociedad. Pero ¡qué

mucho! El cardenal Rohán se ocupaba en el descubrimiento de la piedra filosofal; Cagliostro había descubierto, a tenor de lo que se decía, el elixir de la vida; Mesmer, la curación de todas las dolencias por medio del magnetismo; Franklin había vencido el rayo, y lo conducía, prisionero, a las profundidades de la tierra; en fin, Montgolfier abría un nuevo camino a la humanidad, surcando los campos infinitos del firmamento.

Estos dos meses transcurrieron para mí en un deslumbramiento continuo. *Sir Juan* disponía de los más hermosos coches y caballos, de los primeros y mejores palcos en todos los teatros. Vi a Lekain, a la Raucourt; asistí a la representación de *Orosmana*, *Británico*, *Dido*. Greuze, el pintor de la inocencia, hizo mi retrato; y por todas partes donde iba, un murmullo arrullador pregonaba mi belleza.

Me sentí tan feliz, que *sir Juan* se aventuró a pedir una renovación de la licencia por un mes. Se le acordó, pero advirtiéndole que, transcurrido ese nuevo plazo, debía ponerse a la disposición del Gobierno. La guerra con América adquiría a diario caracteres más enconados; Francia se preparaba a intervenir en ella, y, según todas las probabilidades, Inglaterra se vería competida a dar un golpe decisivo allende el Atlántico.

Sir Juan, al darme cuenta del éxito de su petición, se guardó muy bien de enterarme de la nota en cuestión, pues no quería que ninguna sombra empañase mi alegría.

Cumplidos los tres meses de licencia, tuvimos que regresar a Inglaterra.

Este viaje quedó en mi memoria como un sueño de hadas. Había visto dos veces a la reina: una, en la Ópera, y otra en la Comedia Francesa. Era el tiempo dichoso de su vida; todavía la querían y agasajaban; el odio y la calumnia no hicieron su aparición hasta más tarde. La reina, por su parte, había puesto su atención en mí y preguntado quién era; mi recuerdo quedó tan bien grabado en su pensamiento, que, pasados tres o cuatro años, cuando la señora Lebrun, su pintora, vino a Londres, me suplicó, en nombre de la soberana, que le permitiese hacer mi retrato. Era demasiado honor para negarme a ello; y hanme asegurado que ese retrato figuraba en su galería particular^[3].

Confieso que, de regreso en Londres, me pareció algo triste mi pequeña casa de Picadilly, por lo que, temiendo *sir Juan* que me aburriese, me pidió permiso para presentarme a algunos de sus amigos, y establecimos la costumbre de recibir a nuestras relaciones una vez por semana, luego dos veces y finalmente cada día.

Sir Juan, a quien no había ocultado nada de mi humilde origen, había al principio dudado de que yo fuese capaz de desempeñar las funciones de señora de casa; pero, desde el primer día, cambió de opinión. Es una de las cualidades más notables que la naturaleza me ha otorgado; por decirlo así, nací señora, y lo soy por temperamento y por educación.

Un día, el almirante me recordó la escena de Ofelia que, en los comienzos de nuestras relaciones, había producido tan viva impresión en su ánimo. Me preguntó si estaba dispuesta a repetir aquella escena en obsequio a los amigos que tomaban el té

con nosotros. Le respondí que al siguiente día, que me habría repuesto de flores y ciertos accesorios que me faltaban, estaría pronta a hacer mi segunda presentación.

Nuestros amigos fueron invitados, advirtiéndoles de antemano *sir* Juan que yo les preparaba una sorpresa.

Al otro día, *sir* Juan y yo recorrimos los comercios de flores artificiales, que no podíamos encontrar en los campos como diez meses anteriormente.

No puedo determinar el sentimiento de tristeza que me invadía no pudiendo sustituir aquellas flores artificiales por otras naturales.

El propio *sir* Juan me parecía estar bajo la influencia de la melancolía. De vez en cuando le sorprendía mirándome fijamente. Cuando nuestras miradas se encontraban, probaba a sonreír. Hacía una o dos semanas que iba cada día al Almirantazgo, y las comunicaciones se sucedían en casa y en el *Théseus*. *Sir* Juan daba frecuentemente órdenes en voz baja y hacía preparativos que me ocultaba. Era innegable que se preparaba un cambio en nuestro destino.

A la noche, vinieron los amigos invitados, deseosos de saber en qué consistía la sorpresa que *sir* Juan les había prometido con cierta solemnidad. Dejeles tomando el té y me fui a mi dormitorio. En breves instantes me transformé en Ofelia, y, cuando menos pensaban los contertulios que iba a presentarme, abrí la puerta y entré en el salón donde estaban reunidos. Un grito unánime me demostró que acababa de triunfar en la primera tentativa.

Mi éxito fue inmenso. Noté que el efecto producido en *sir* Juan fue más grande todavía que la vez anterior, aquel día en que él era mi único auditorio.

Produje general entusiasmo. Suplicaron al almirante, que me pidiese una segunda representación, a lo que me opuse obstinadamente, por cuanto estaba convencida de que los defectos que habían escapado a la observación de los espectadores, aparecerían a sus ojos si repetía la escena.

—Pero —les dije—, si alguno de ustedes quiere ser mi compañero, representaré con el mayor gusto la escena de Julieta en el balcón.

Ninguno aceptó la proposición, porque los convidados de *sir* Juan tenían más de hombres de mundo que de literatos, por lo que no estaban bastante familiarizados con Shakespeare.

Entonces me acordé con pesar de aquel pobre Harry que en el jardín de *miss* Arabela me había improvisado un Romeo tan poético y tan amoroso.

—¡Qué lástima —dijo *sir* Juan—, que mi amigo Featherson no se encuentre en Londres! Sabía de memoria a Shakespeare tan bien como el mismo Garrick. Cuando vea a Shéridan le preguntaré su paradero.

—Pero, si está en Londres —objetó uno de los presentes.

—¿De veras, *sir* Jorge? —preguntó el almirante.

—Ayer le vi y hablé con él.

—¿Se podría saber dónde vive?

—Nada más fácil; me lo dirán en casa de su tío, que tiene su domicilio en

Haymarket.

Sin saber por qué, yo había escuchado con la mayor atención y hasta con algún sobresalto, las palabras cruzadas entre el almirante y *sir* Jorge.

El almirante se volvió hacia mí.

—Y si encontramos a Featherson —me dijo—, ¿querrás representar con él una o dos escenas de *Romeo*?

—No tengo inconveniente —respondí—. Pero —agregué sonriendo— ¿por qué no las estudias tú, y no habría necesidad de ajenos concursos?

—Acaso habría más realidad haciéndolo así —respondió *sir* Juan dando un suspiro—; pero Harry sacará mejor partido.

—¡Harry! —exclamé.

—¿Quién es ese Harry?

—Harry, querida Emma, es el nombre de pila de Featherson... ¿Conoces algún Harry? —preguntó con cierta curiosidad.

—Una vez oí este nombre —contesté—; pero no era el de un noble lord, sino el de un modesto artista; y seguramente —agregué sonriendo—, ese Harry no tenía nada de común con *sir* Harry Featherson.

Se convino en que *sir* Jorge se pondría en campaña para dar con *sir* Harry, y que, si era encontrado, representaríamos él y yo las dos escenas de *Romeo*.

XVI

Sir Jorge no se había engañado: lord Featherson estaba de regreso en Londres, después de un viaje de cinco o seis meses por el continente.

Sir Jorge había averiguado su dirección: vivía en un magnífico hotel de la calle Brook, al extremo de Grosvenor *square*.

No habiéndole encontrado en su casa, le dejó recado, y, sin decir de qué se trataba, le había citado a pasar un rato de tertulia en la morada de *sir* Juan, o, mejor dicho, en la mía.

Sin poder explicarme el motivo, me interesaba por todo lo relacionado con aquel desconocido personaje.

Esperé con impaciencia la hora de la reunión del siguiente día. Puse más cuidado que de ordinario en mi tocado, pues, sin atinar el por qué, me habría desagradado en alto grado no parecer hermosa a *sir* Harry.

Nuestro invitados llegaron entre las nueve y las diez. Cada vez que se abría la puerta, me daba vuelta con viva prontitud. A las nueve y media el criado anunció a *sir* Harry Featherson.

Mi intranquilidad no había pasado inadvertida a *sir* Juan; sus ojos se dirigían hacia la puerta frecuentemente, y cuando anunciaron a *sir* Harry Featherson, sentí el peso de su mirada, que parecía envolverme de arriba abajo.

Sir Harry entró.

Era un guapo joven de veintitrés a veinticuatro años, de ojos azules, dientes blancos y simétricos, tez afeminada. Durante los seis meses que acallaba de pasar en Francia, había adquirido una gran dosis de la desenvoltura francesa, y parecía que al atravesar el canal de la Mancha, se había despojado de la típica rigidez inglesa.

Sus ojos buscaron antes que a ningún otro, a *sir* Juan. Fuese a él directamente, fijándose al mismo tiempo en mí con extraña expresión de asombro.

El rubor subió a mis mejillas, sin saber la causa.

Sir Juan observó la alteración de Harry y mi rubor, y nos miró alternativamente a los dos.

Empero, solo yo me di cuenta de aquella fugaz impresión.

Después de haber estrechado la mano de su amigo, al que no veía de mucho tiempo atrás, se acercó a mí, para presentármelo.

Lord Harry me dirigió algunos cumplidos con emocionado acento; yo contesté con palabras faltas de ilación. Aquella voz me había visiblemente turbado; era sumamente parecida a la del invisible joven artista que en el jardín de *miss* Arabela había declamado conmigo la escena de *Romeo*.

Sir Harry, después que me hubo saludado, fue a estrechar la mano de los demás amigos. El almirante permaneció a mi lado.

—¿Conoces a *sir* Harry? —me preguntó con acento de amigable reproche y dándome un apretón de manos.

—Te juro —respondí—, que es la primera vez que le veo.

—Ya sabes, Emma, que doy crédito a todo lo que me dices.

—Créelo por mi palabra de honor, mi querido Juan.

Me miró con ternura.

—Con semejantes ojos y una boca como esta, no es posible mentir —murmuró, como si hablase consigo mismo.

—Máxime —agregué—, cuando no existe ningún interés en mentir.

Estaba yo tan convencida de que decía la verdad, que todo era sincero en mí, así el mirar como la entonación.

Sir Juan quedó tranquilizado del todo.

Entonces *sir* Jorge llevó la conversación al objeto que había motivado la tertulia, y preguntó a lord Featherson si conservaba sus aficiones por el teatro y si conservaba en la memoria los pasajes de Shakespeare.

Lord Featherson sonrió con sonrisa que parecía evocar un recuerdo.

—He olvidado —dijo—, he procurado olvidar muchas cosas de seis meses a esta parte; pero subsiste aún el recuerdo de otras, que no se han podido borrar de mi memoria.

—¿Se acuerda usted de las dos escenas de amor entre Romeo y Julieta? —le preguntó *sir* Juan Payne.

Lord Featherson sonrió tristemente.

—Esas dos escenas —repuso—, son precisamente las que he querido olvidar sin poderlo conseguir.

Le miré como queriendo interrogarle; pero su semblante no reveló nada más de lo que sus labios habían proferido.

—Entonces, Emma —dijo *sir* Juan—, expón a mi amigo Harry Featherson nuestro deseo; si lo que nos proponemos obtener de él, es objeto de la súplica de una bella joven, puede darse como cosa cierta que su galantería accederá a la petición.

—¿De que se trata? —preguntó *sir* Harry.

—De una molestia que no dudo querrá usted tomarse para satisfacer los deseos de *sir* Juan Payne y los de estos distinguidos amigos. Soy apasionada, no diré por el teatro, porque es casi seguro que nunca pisaré la escena, pero sí por la declamación. La otra noche representé la escena de Ofelia del cuarto acto de *Hamlet*, y me comprometí a representar las dos escenas de amor de *Romeo y Julieta*, si alguno accedía a ser mi compañero. Ninguno de estos señores pudo tomar el partido de secundarme, por no saber el papel. Alguien hubo de pronunciar aquí el nombre de usted, que fue encomiado como artista consumado. Deploramos su ausencia, y se supo que usted había ya regresado de su viaje. En fin, *sir* Jorge se encargó de transmitirle la invitación de venir a tomar el té con nosotros prometiéndose cada cual,

si usted caía en la celada, no dejarle salir sin antes prestarse a ser, a lo menos por una noche, mi Romeo. Ahora bien; ha oído usted lo que acaba de decir *sir* Juan Payne, y la esperanza que funda en una solicitud presentada por mí. Por mi parte, espero que la galantería suya no habrá de dar un mentís a tales bien fundadas suposiciones.

Sea que mi petición fuese bien argumentada, sea que mi voz hubiese adquirido una expresión persuasiva, ello es que los circunstantes me aplaudieron como si hubiese recitado un parlamento.

Semejante éxito alcanzado respecto del público, excluía toda posibilidad de un fracaso cerca de mi interlocutor.

Sir Harry no hizo más que inclinarse y responderme, con balbuciente entonación, que estaba a mis órdenes.

Me rodearon, me felicitaron, y para todos fue motivo de alegría la perspectiva de vernos representar las dos prometidas escenas.

La cosa se reducía solamente a darle a *sir* Harry el tiempo suficiente de mandarse confeccionar un traje de Romeo; en cuanto a mí, ya tenía el de Julieta. Pero *sir* Harry dijo que, puesto que esta improvisada representación había de constituir un solaz para los espectadores que la habían promovido, no debía retardarse por ningún concepto. Añadió que se procuraría las prendas de rigor, y que, al día siguiente por la noche, estaría dispuesto a secundarme en la representación proyectada.

Sir Juan llamó a un carpintero, el cual, ayudado de cinco o seis oficiales, levantó un balcón. El estrado, fue rodeado de plantas tropicales y cubierto de flores, y a las dos de la tarde del día señalado, el teatro quedaba terminado.

En aquel instante llegó un correo del Almirantazgo, portador de muy urgentes despachos. *Sir* Juan los leyó, palideciendo ligeramente, y, con voz visiblemente alterada:

—Diga usted a Sus Señorías —contestó—, que serán obedecidos puntualmente.

Yo me había percatado de su emoción, y, al retirarse el mensajero, me le acerqué, entrelacé su brazo con el mío, preguntándole si el comunicado encerraba alguna mala noticia.

—¡Muy mala! —me contestó, esforzándose por sonreír—; los miembros del Almirantazgo se reúnen esta noche en sesión, y solicitan mi presencia.

—En ese caso —dije—, habrá que diferir para otro día la función dispuesta para hoy.

—No —replicó—, al contrario; si no se celebrase hoy mismo, ¡quién sabe cuándo se presentaría una ocasión tan propicia como ahora! Hasta las doce de la noche no tengo que salir de casa; disponemos, pues, del tiempo suficiente para representar las dos escenas. Entretanto, ven conmigo, y concédeme algunos minutos, que te lo agradeceré.

Le miré un tanto alarmada. ¿Por qué *sir* Juan, que me tenía a toda hora a su disposición, había de agradecerme unos minutos que yo le concediese?

No me atreví a preguntárselo, y me dejé llevar por él, que me tenía ceñido el talle

con su brazo.

Llegó la noche. A medida que transcurría el tiempo, *sir* Juan se ponía más taciturno, y hasta yo me sentía presa, sin saber por qué, de un inexplicable presentimiento; mi corazón estaba oprimido, y sin embargo, sus contracciones no carecían de un cierto encanto.

Parecíame que esperaba y temía a la vez algún imprevisto suceso.

Me representaba a *sir* Harry vestido con su traje negro, que sin duda le sentaría admirablemente.

—A las nueve llegó. Su semblante resplandecía de satisfacción.

Vino a mí, y me besó la mano, diciéndome:

—¡Buenas noches, querida Julieta!

En mi turbación, no acerté a contestar.

A las nueve y media, nos retiramos a ponernos nuestros respectivos trajes.

Los invitados bajaron al cenador, que aparecía iluminado profusamente y en el que nos servirían el té entre una y otra escena.

Cuando yo estuve pronta, una campanilla interior avisó a *sir* Harry que podía entrar en escena.

Le miré furtivamente. No me había equivocado: el vestir de la Edad Media le sentaba a las mil maravillas.

Se adelantó hacia mi balcón con el mismo aplomo y gallardía que hubiese podido hacerlo un actor experimentado, o un rendido galán, y empezó a declamar estos versos:

¿Qué súbita claridad se difunde a través de la ventana?...

A las primeras palabras, me estremecí. Era la misma voz, eran las mismas inflexiones que yo había oído en el jardín de *miss* Arabela. ¿Había yo encontrado a mi Harry, que creía perdido por siempre jamás?... Pero, ¡quíá!, era imposible que el noble lord Featherson fuese el ignorado artista con quien había estado yo en relación en circunstancias tan misteriosas y tan poéticas.

Ya se conoce cómo se entabla ese coloquio amoroso donde Julieta habla sin ver a Romeo y creyéndose sola, y donde Romeo se expresa contemplando a la que ama a cortos pasos distante de él, pero sin atreverse a dirigirle la palabra, hasta que, por fin, la voz de uno acaba por responder a la del otro.

La escena iba desarrollándose dentro de un vivo realismo.

Ya no era yo Emma Lyon, ni mi compañero era *sir* Harry: éramos, él Romeo: yo, Julieta.

Cuando hube dicho aquello de:

¡Mi amor es profundo y grande como el mar!

estallaron nutridos aplausos. Dirigí los ojos a los que aplaudían, y me pareció ver a *sir* Juan enjugar una lágrima.

Aquella lágrima cayó sobre mi corazón.

Había llegado el momento de la escena en que Julieta abandona el balcón momentáneamente. En estos breves instantes me repuse, si bien me parecía que, a partir de allí, la corriente de mi vida derivaba hacia otro fin.

Dos o tres veces murmuré, a mi despecho y en voz baja: «¡*Sir* Harry, *sir* Harry!» cual si hubiese musitado: «¡Romeo!».

Volví al balcón con la vista extraviada, embriagada el alma.

Luego al entrar en mi gabinete, mientras Romeo continuaba al pie del balcón recitando los versos que preceden a su salida, me encontré cara a cara con *sir* Juan.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo.

Pero él, atrayendo mi cabeza sobre su pecho:

—¡Oh, pobre Julieta! —me dijo—; ¡cuánto amas a Romeo!

Comprendí la tierna censura contenida en estas pocas palabras; comprendí que dudaba de lo que le había dicho acerca de *sir* Harry, o sea, que nunca le había visto.

—Oye, *sir* Juan —le dije—: jamás he mentido ni mentiré, y a ti, que tan bueno has sido para mí, menos que a ninguno. Voy a referírtelo todo.

—¡Oh, no! —repuso él, esforzándose por sonreír.

—Lo quiero —insistí.

En pocas palabras le conté lo ocurrido en el jardín de *miss* Arabela aquella memorable noche; le mostró la carta que había recibido al otro día; le dije que, habiendo ido con Amanda a bordo del *Théseus*, no había vuelto a encontrarme con el supuesto estudiante de Cambridge. Era verdad que, al entrar *sir* Harry en el salón, creí reconocerlo, pero solo por el timbre de su voz. No había yo faltado a la más absoluta verdad, afirmando que no había visto nunca a lord Featherson.

—¡Qué quieres, amigo mío! —concluí diciendo—; si ello no envolviese demasiada presunción en un ser tan débil como yo, diría que mi vida está sujeta a una fatalidad contra la cual no puedo luchar.

Sir Juan no respondió y lanzó un suspiro.

En aquel preciso instante llegaron a mis oídos las voces del auditorio que me llamaba, gritando:

—¡Emma, Emma!

Sentí que el rubor subía a mis mejillas.

—Ven, querida mía, a recibir los plácemes a que te has hecho acreedora —me dijo *sir* Juan.

Y me llevó a presencia del público.

Todos me rodearon, felicitaron y aplaudieron, todos excepto *sir* Harry, que se mantenía a cierta distancia, pero cuyos ojos me hablaban con más elocuencia que los aplausos de sus amigos, no obstante ser unánimes y frenéticos.

XVII

La representación no había terminado; después de la escena del balcón teníamos que representar la de la ventana; a la manifestación del deseo, debía suceder la expresión de la dicha.

Pretextando sentirme cansada, pedí que me excusasen de esta segunda parte; pero la excitación en que me encontraba decía a las claras que tenía más bien necesidad de movimiento que de reposo... Y cedí a los generales deseos.

Sir Harry y yo teníamos que aparecer juntos en el balcón, perdidos, ebrios de amor.

Entre aquellos improvisados bastidores, nos encontramos solos él y yo.

Se acercó a mí, rodeó mi cintura con su brazo, y, estrechándome sobre su pecho, murmuró:

—¡Al fin!

La sacudida fue eléctrica. Cerré los ojos, y, lanzando un débil grito, eché mi brazo alrededor de su cuello. No sé cómo fue: un hálito de fuego pasó por mis labios. No era, ciertamente, el primer beso que recibía *Julieta*, pero era el primero que le deba *Romeo*.

Creí que me desvanecía.

Sir Harry me empujó hacia la ventana. Hice un violento esfuerzo sobre mí misma, y recobré el imperio de mi voluntad; pero una noche de amor no me habría predispuesto mejor a la embriagante y a la par dolorosa despedida eterna de los amantes de *Verona*.

Nuestra aparición fue saludada con una ruidosa salva de aplausos.

Era yo la que debía empezar; el estudio más profundo no habría comunicado a mis acentos más realidad de la que surgía del fondo de mi alma.

Cuando, al final de esta escena, *Romeo* se ausenta, enviándome su postrero adiós, el mío fue un grito tan doloroso, que en verdad se habría dicho que era el grito de un cuerpo que siente desprenderse el alma.

Difícilmente podría expresar el entusiasmo, el frenesí que provocó esta escena. Quedé, medio desmayada, en el balcón. *Sir Juan* vino en mi auxilio, me levantó entre sus brazos y llevó junto a sus amigos.

Sir Harry recibió también una parte de los agasajos del auditorio; pero, con la mayor sencillez declinó en mí toda la gloria del triunfo.

Sir Juan nos cogió de la mano, y dijo:

—Si *Romeo* y *Julieta* se hubiesen amado como ustedes, la muerte habría sido impotente para separarlos.

Yo le miré con sorpresa y retiré mi mano de la suya.

Después que tomamos el té, *sir Juan* consultó el reloj.

—Señores —dijo—, tengo necesidad de separarme de ustedes. El Almirantazgo celebra hoy sesión nocturna. Podemos aún estar juntos quince minutos más.

Dicho lo cual, me llamó aparte.

—A ti, querida Emma, no te digo adiós; acaso la sesión termine pronto, lo que me permitirá venir a pasar la noche contigo; de todos modos, no me esperes, acuéstate. Tengo la llave; no te impacientes por mí.

Sin poder explicarme la razón, me sentí estremecer.

—¿No puedes excusarte de asistir a esa sesión? —le pregunté, sin lograr precisar si realmente lo deseaba, o no.

—¡Imposible! —respondió el almirante.

Volvió a reunirse con sus amigos, con los cuales conversó, haciendo heroicos esfuerzos para ocultar su emoción bajo las apariencias de una fingida jovialidad.

Sir Juan miró por segunda vez su reloj de bolsillo.

Los invitados comprendieron que era hora de retirarse. Se despidieron de mí: Harry me dirigió una mirada de profundo dolor.

Sir Juan me abrazó tierna y respetuosamente; se cogió del brazo de *sir* Harry, y salió con él.

Cuando la puerta se cerró, me encontré tan aislada y tan oprimida como si se hubiese cerrado la tumba de los Capuletos.

¿Qué influencia iba a ejercer en mi vida futura el inesperado reencuentro con *sir* Harry? ¡Oh! En cuanto a eso, estaba resuelta a no dar lugar a sucesos de que pudiese considerarme responsable. Lo había contado todo a *sir* Juan; cuando volviese, le diría cuáles habían sido las sensaciones que había sentido con la presencia de *sir* Harry. Él, *sir* Juan, era el que debía decidir de mí, alejándome de Londres, o permitiendo que continuase sujeta a las contingencias de nuevos encuentros con *sir* Harry.

Después de haber tomado esta resolución, me sentí más sosegada. La mano de *sir* Juan me guiaría como la del mejor amigo.

Me fui a mi habitación, me desnudé y metí en cama; y, como me había dicho que, si le era posible, volvería, le esperé, segura de que cumpliría su palabra. Pero, comprendiendo que las sombras de la noche no serían bastante densas para la confesión que me proponía hacerle, apagué todas las luces, la de la mariposa inclusive.

Pasó mucho tiempo hasta que mi camarera y los demás sirvientes no se hubieron retirado a sus aposentos. Oí dar la una en el reloj de mi gabinete, y las dos, sin lograr reconciliar el sueño.

A eso de las dos y media, me pareció oír el ruido de pasos de alguien que caminaba cautelosamente por el pavimento, y en seguida el de la puerta de mi tocador que abrían con cuidado; luego, se siguió un instante de silencio.

Estaba segura de que era *sir* Juan que regresaba. Llevaba consigo la llave de la puerta de entrada del hotel, con el objeto de poder entrar a toda hora, y así me sorprendía con frecuencia.

Por un momento pareció abandonarme la resolución formada; pero, llamando a todas mis energías, persistí en ella.

Por fin, la puerta se abrió. El gabinete estaba a oscuras, lo mismo que mi dormitorio. A tientas y guiado por mi voz, se acercó a mi cama. Me cogió entre sus brazos, pero le rechazó suavemente, diciéndole que iba a hacerle una confesión; y le conté todas mis sensaciones de aquella noche y de las anteriores, desde que había oído nombrar a *sir* Harry, hasta el instante en que me había convencido de que lord Featherson y el joven estudiante del jardín eran el mismo hombre. No le oculté nada de lo que había sentido cuando el supuesto Romeo rodeó mi talle con su brazo, cuando su boca se juntó a la mía... todo se lo conté. Y, en mi afán de ser sincera, llegué al extremo de decirle que en aquel momento, no era él, a *sir* Juan, a quien mi corazón llamaba, sino al otro, a *sir* Harry.

Un grito de júbilo respondió a esta confesión: el que a mi lado estaba, el que en sus brazos me retenía, no era *sir* Juan Payne, ¡era *sir* Harry Featherson!

Después de la confesión que acababa de hacer, no cabía pensar en la resistencia... y me abandoné a las delirantes fantasías que disponían de mi suerte.

En cuatro palabras, *sir* Harry me explicó la extraña sustitución que tan cabalmente respondía a los anhelos de mi corazón.

El almirante, al partir para América con la escuadra de su mando, había observado el amor que *sir* Harry y yo nos profesábamos. Ya se ha visto las preguntas que me dirigió y las respuestas que le di; había, sin duda, querido asegurarse de que le decía la verdad. Salió de casa del brazo de *sir* Harry, a quien había invitado a subir en su coche, abordando francamente la cuestión con estas palabras:

—Usted ama a Emma, y Emma le ama a usted.

Entonces, con la misma ingenuidad que yo, *sir* Harry se lo explicó todo. *Sir* Juan reflexionó un momento, y, cogiendo la mano de Harry, le entregó una llave, diciéndole simplemente:

—¡Hágala usted feliz!

Y abrazándole, se despidió de él.

La llave que le había entregado, era la del hotel de Piccadilly.

Cuando *sir* Harry me refería esto que dejo dicho, el almirante navegaba con rumbo a las playas americanas.

XVIII

El hado disponía una vez más de mi suerte, sin dejar a mi libre albedrío la elección del bien o del mal.

La casa que yo habitaba había sido alquilada por *sir* Juan Payne, a nombre mío, por un año; pero sentí una repugnancia invencible en habitar con otro hombre aquella morada que me despertaba su recuerdo.

Fue lo primero que dije a lord Featherson; comprendió mis escrúpulos, y a la mañana siguiente, guardándome únicamente la turquesa que el almirante me regaló el día que nos conocimos, y algunas guineas que contenía mi gaveta, entregué las llaves de la casa al intendente de *sir* Juan, y nos fuimos, lord Featherson y yo, a ocupar juntos el inmueble que *sir* Harry habitaba en la calle Brook, al extremo del *square* de Grosvenor.

Sir Harry tenía apenas veintitrés años; se encontraba, pues, en el ardor de la juventud, y, no teniendo que observar ninguno de los miramientos que una posición oficial imponía a *sir* Juan Payne, me precipitó con él en el torbellino brillante y divertido, al que pertenecía, en su condición de hombre rico y elegante. Esta vida, que *sir* Juan Payne solo pudo llevar en París, lord Featherson la llevaba en Londres. Hasta entonces se había abstenido de dar veladas en su casa, porque no había quien hiciese los honores de la misma: pero, después de mi instalación en ella, reunió a sus amigos tres veces por, semana. En aquellas tertulias se perdían o ganaban en el juego sumas crecidísimas, y en ellas contraí ese fatal vicio, del que nunca he podido corregirme por completo.

Llegó la primavera, y con ella empezaron las carreras de caballos.

Las de Epsom estaban en todo su apogeo. No tuve necesidad de pedir a Harry que me llevase a verlas: no dejaba escapar ninguna ocasión de poder derrochar. Compró un coche y magníficos caballos, y el día señalado para la fiesta, envueltos en ese caos que imprime sello característico a las grandes solemnidades del Derby, nos dirigimos al hipódromo.

No intentaré describir la romería de doscientas mil almas que acuden al espectáculo en las más variadas y caprichosas clases de vehículos. A los que han presenciado semejante cuadro, no hay para qué hacerles su descripción, porque habrán de guardar eterna memoria de él; a los que no lo han visto, ninguna descripción podría hacérselo comprender.

El boato de su tren permitía a lord Featherson figurar en primera línea. Junto a la nuestra, rodaba una elegante carretela.

En su interior iban dos señoras.

Dirigí a ellas mis ojos, y sentí un estremecimiento.

Eran las dos pensionistas de la señora Colmann que me habían insultado en dos

ocasiones distintas. No sé si el lector recordará que una se llamaba Clarice Damby y la otra Clara Sulton.

Un caballero de muy distinguido continente y que sin duda era el marido de una de ellas, iba en el asiento del cochero.

A su vez, ellas también me reconocieron, y, después de un breve cuchicheo, sostenido sin dejar de mirarme, Clara Sulton se levantó y dijo algunas palabras al oído del caballero, que se volvió para mirarme atentamente y ordenó al cochero efectuar un cambio de lugar, como así lo realizó en el acto, apartándose del nuestro el coche ocupado por mis antiguas condiscípulas.

Sir Harry no vio nada de lo que acababa de ocurrir; pero, al volverse hacia mí, observó que corrían gruesas lágrimas por mis mejillas. Era la primera vez que yo lloraba desde hacía mucho tiempo. Ya casi había olvidado el llorar. Pero la afrenta recibida venía a demostrarme que el manantial del llanto no se había agotado en mi corazón.

Sir Harry me quería de veras; me preguntó con mucha insistencia la causa de mi aflicción; me resistí largo rato a complacerle, hasta que al fin, cediendo a sus ruegos, le expliqué el caso que en tal grado me tenía afectada. Quiso saber quiénes eran los autores de la ofensa, y le conté que dos condiscípulas mías, viéndome ocupar un puesto en el carruaje de lord Featherson y comprendiendo a qué precio lo ocupaba, se avergonzaron de continuar en mi vecindad.

—¡Esto no es posible! —dijo *sir Harry*, palideciendo.

—¡Ay! —exclamé—, es la pura verdad.

—Vamos a saberlo —replicó.

Y, empuñando las riendas, fue a colocarse de nuevo al lado de la carretela ocupada por las dos señoras.

No bien la nuestra hubo efectuado esta sustitución de sitio, la de ellas se alejó rápidamente.

Sir Harry se puso lívido: sacó del bolsillo su cartera; escribió con lápiz algunas palabras en una hoja, y, llamando a uno de los postillones:

—A milord Camberwell —dijo.

Sospeché que las palabras trazadas eran de desafío, y supliqué a *sir Harry* que no diese curso al billete.

—Mi querida Emma —me dijo—, sé bastante bondadosa para no entrometerte en este asunto; soy yo, no tú, el que debe darse por insultado.

Dijo esto con acento tan resuelto, que comprendí sería inútil insistir.

Cinco minutos después, el postillón traía la respuesta.

—Está bien —dijo *sir Harry*, después de haber leído.

Y se guardó el billete en el bolsillo del chaleco.

Le pedí que regresásemos en seguida a Londres.

—Después de la tercera carrera, querida Emma —me contestó—; he cruzado con lord Greenville una apuesta de dos mil guineas, y quiero saber el resultado.

Terminada la primera carrera, fue a llamar a dos de sus amigos, uno de los cuales era *sir* Jorge, con quienes conversó aparte breves momentos. Después, volvió a mi lado sonriente, aunque ligeramente pálido.

—He ganado, querida Emma; tú me traes la suerte.

Sir Harry perdió la segunda carrera, pero volvió a ganar cuando se corrió la tercera, que era la más importante.

Verificada esta, dio orden de volver a Londres.

Al ponernos en marcha, el coche de *sir* Harry se cruzó con el de lord Camberwell; los dos hombres se saludaron cortésmente y sonriendo.

Por la noche, los dos testigos de *sir* Harry vinieron a visitarle; los tres se encerraron y estuvieron cerca de una hora conferenciando.

Cuando salieron, quise averiguar alguna cosa; pero *sir* Harry se abstuvo de darme ninguna explicación.

A eso de las nueve, lord Greenville le envió el importe de la apuesta perdida, dos mil guineas, según me había dicho *sir* Harry.

—Toma —me dijo—; he apostado a nombre tuyo, y, por consiguiente, te pertenece esta cantidad.

Y depositó el dinero en el cajón de mi tocador.

Apenas si puse atención en lo que me decía *sir* Harry, absorta como estaba en el negocio que él tenía pendiente con lord Camberwell.

A la una, *sir* Harry se retiró a su habitación, dejándome en la mía.

Formé el propósito de no dormir en toda la noche.

Sir Harry había cerrado la puerta que separaba nuestros dos aposentos. Me levanté y fui a mirar por el ojo de la cerradura. Estaba escribiendo en su bufete, un poco pálido, pero muy tranquilo, al parecer.

Me acosté nuevamente.

Sobre las seis de la mañana, rendida de cansancio, cerré los ojos y me quedé dormida.

Cuando desperté, era pleno día. Había dormido con agitado sueño, pero en fin, había dormido tres horas. Salté de la cama, y fui a abrir la puerta del gabinete de *sir* Harry. La pieza estaba vacía.

Me puse un peinador, llamé a un criado y le interrogué.

La noche anterior, su amo dio orden de enganchar a las siete menos cuarto de la mañana. A las siete en punto, los dos testigos de *sir* Harry habían venido a buscarle, y los tres salieron juntos.

Era indudable: *sir* Harry había ido a batirse.

Dos horas permanecí entre angustias y temores.

A cosa de las once, oí el ruido de un coche que paraba en el patio. Corrí a la ventana, y vi a *sir* Harry descender del vehículo con sus dos amigos. Lancé un grito de alegría, y me precipité hacia la escalera.

Acababa de batirse a pistola. Su contrario había recibido un balazo en el muslo; él

salió ileso.

El duelo levantó mucha polvareda entre la sociedad dorada de Londres, pero los hechos fueron explicados por el lado que me era menos favorable. Decíase que era yo la que había incitado a *sir* Harry a provocar el lance, persiguiendo intencionadamente al coche que se había desviado de nuestro camino; lo cual era falso a todas luces, pues yo puse de mi parte todos los empeños humanamente posibles para evitarlo.

Durante la convalecencia de milord Camberwell, *sir* Harry envió diariamente a informarse de su estado.

El verano se acercaba. *Sir* Harry Featherson poseía una magnífica heredad en Up Park, en el condado de Sussex. Me llevó allí e instalome como dueña de la casa.

El título usurpado de *milady* que, por deferencia, me daban los amigos del conde, conmensales de su castillo y parásitos de su fortuna, bastaba a satisfacer mi vanidad, al paso que me mortificaban las demostraciones de desdén de que era objeto por parte de nuestros vecinos con quienes no alternábamos y que solo veían en mí a la hetera Emma Lyón, acaso un poco más hermosa que las otras, pero no más digna que las demás aventureras.

Sobre la pequeña corte que me había formado *sir* Harry, yo gobernaba como una reina; reina en las carreras, en las tertulias, en las cacerías. Durante los tres o cuatro meses que pasamos en Up Park, aprendí la equitación. Por las noches, representaba escenas teatrales y reproducía en actitudes plásticas a las mujeres más célebres de la antigüedad.

Sería empresa hartó difícil determinar la suma de los crecidos gastos diarios que ocasionaba aquel rumboso veraneo.

Sir Harry Featherson fue dos o tres veces a Londres para reunir los fondos necesarios al sostén de estos dispendios. El administrador acabó por escribir participando que se habían gastado por anticipado las rentas de dos años y que hasta cumplir los veinticinco de edad no podría disponer de su fortuna, que en aquella época debía de ser inmensa.

A fines de julio se encontró en tal estado de penuria, que, para poder sufragar los gastos de un viaje a Londres con objeto de recurrir a su familiar recurso del préstamo, tuvo que recurrir a mis ahorros. Poco a poco, sus amigos, que se habían percatado de este derrumbe inevitable, fueron desapareciendo. Yo era la única persona que no veía claro en este asunto, pareciéndome que la caja de *sir* Harry era una caja que jamás se agotaba.

Esperé tres días sin la menor inquietud; pasaron otros dos sin recibir noticias. Por fin, al cumplirse el sexto de la partida de *sir* Harry, recibí, por la mañana, carta suya.

Su contenido me produjo el efecto de una chispa eléctrica.

Decía como sigue:

Mi pobre Emma:

Estoy completamente arruinado, a lo menos de momento. Debo más de cincuenta mil libras esterlinas. Mi familia se obstina en no ponerme al abrigo de las asechanzas de usureros y procuradores, sino a condición de

un cambio radical, cambio que debe iniciarse, ante todo, renunciando a lo que más quiero en este mundo: a mi Emma. Hay más: como prenda y garantía de mi futura conducta durante los tres años que faltan para llegar a mi mayoría de edad, me envían a la India, donde mis parientes han constituido una sociedad mercantil, de la que formaré parte.

Esta tarde, cuando leas las presentes líneas, estaré en alta mar.

Adiós, mi querida Emma: tú me has proporcionado ocho meses de una felicidad desconocida para el resto de los hombres. Perdóname si tan mal la recompensó.

Te quiere y te querrá constantemente

HARRY

El mismo día se presentaron dos funcionarios judiciales para levantar inventario de las existencias del castillo de Up Park.

Lo abandoné inmediatamente llevándome tan solo los objetos de mi personal pertenencia y sobre doscientas cincuenta libras que me quedaban.

XIX

Esta impresión fue una de las más violentas de mi vida. Hasta entonces había subido desde la miseria a la opulencia, del infortunio a la felicidad. Súbitamente se producía un suceso que presentía iba a imprimir nuevos derroteros al curso de mi vida, y dejé de creer en la cualidad invulnerable de mi hado.

Con toda el alma quería a *sir* Harry, y, destrozado este amor, se desgarraba mi alma toda.

Al aspecto moral, seguía el aspecto material de la cuestión. Veíame obligada a proporcionarme los medios de vivir, empresa ardua y pesarosa en los grandes dolores.

¿Qué hacer? ¿A dónde ir? ¿Bajo qué techo me cobijaría? Eso me preguntaba, sentada a la sombra de un árbol de la avenida, donde ocho días antes rodaba mi lujosa carretela o galopaba mi brioso corcel.

Alquilé un carruaje en un lugar inmediato, coloqué en él mi equipaje, compuesto de dos o tres baúles, y cuando el cochero me preguntó: «¿A dónde vamos, señora?», no supe qué responderle.

—Siga usted el camino —dije.

—¿Cuál? —preguntó.

—Este.

—¿Pero, hasta dónde?

—Hasta el primer poblado que encontremos.

—El primero es la villa de Nutley.

—Pues a Nutley.

El conductor, sin volver de su asombro, se puso en marcha.

Al cabo de tres horas, se detuvo en la plaza de una populosa villa, situada al pie de una colina.

—Estamos en Nutley —me dijo.

—Averigüe usted si hay alguna casa por alquilar, pequeña y a propósito para una mujer sola, con su camarera.

El cochero se fue a ver si encontraba lo que yo le pedía.

Permanecí inmóvil y silenciosa en el carruaje. No sé cuántos minutos o cuántas horas transcurrieron, porque había perdido la noción del tiempo.

Mi comisionado regresó.

En el extremo opuesto del pueblo había encontrado una pequeña quinta que, a su juicio, podía muy bien convenirme.

—Lléveme usted allí —le dije.

Nos detuvimos delante de una pequeña casa cubierta de sombra y rodeada de flores. Estaba situada en medio de un jardín, cerrado por un seto, al que daba acceso una reja de madera, pintada de verde, así como las ventanas. La propietaria había

dejado en el inmueble a su ama de llaves, con encargo de alquilarlo si se presentaba un inquilino. La propietaria, cuyos únicos bienes de fortuna consistían en la renta de su quinta y una modesta pensión de cincuenta libras, había sido llamada al lado de su hermano, militar de alta graduación, retirado, que acababa de perder a su única hija. La casa estaba como ella la dejó, completamente amueblada, con modestia, pero con aseo.

En el acto comprendí que aquella mansión era la que, por todos conceptos, se amoldaba al estado de mi ánimo y a los medios pecuniarios de que disponía. Estaba lo suficiente retirada para que mi corazón pudiese encontrar en ella la tranquilidad que necesitaba, y era bastante modesta para darme, dentro de mis escasos recursos, el tiempo necesario para tomar una resolución acerca de lo que debía hacer.

Redituaba treinta libras al año. Pagué medio anticipado, con facultad de poder desalojar la casa en cualquier momento, sin tener que pagar ninguna otra cantidad, siempre que lo hiciese en el transcurso de los seis primeros meses. Con este desembolso, mi capital quedó reducido a doscientas treinta libras, equivalentes a cinco mil setecientos cincuenta francos.

Si me resolvía a vivir en aquella casa y mantenerme retirada del mundo, tenía delante de mí tres años de sosiego.

Dos horas después quedaba instalada en la quinta.

Da mujer con quien había concluido el arriendo se avino a quedarse a mi servicio, a razón de una libra mensual, además de casa y comida.

Mi primer cuidado fue encargar la confección de uno o dos vestidos más en armonía con la nueva vida que me proponía llevar. Los mandé hacer de seda negra; y a todas las preguntas que me dirigían, respondía que me llamaba *mistress* Hearte, que era viuda, y que venía a pasar en la soledad los primeros meses de mi dolor y de mi viudez.

Era demasiado joven para viuda. De mi relato, la gente creyó lo que quiso; pero, alejada de toda relación social, no me importaba gran cosa el crédito que pudiesen dar a mis palabras.

Dos ocho primeros días de este retraimiento los pasé sintiendo ese malestar físico y moral que sucede a los grandes trastornos de la vida; poco a poco, la tranquilidad reapareció, a lo menos en mi espíritu, y pude apreciar mi situación.

En resumen, había perdido a un hombre que me era amado; pero ¿merecía ese hombre mi amor?, ¿era digno del recuerdo que le conservaba?, ¿había observado conmigo una conducta leal, un proceder de caballero?...

Me veía precisada a reconocer que no.

¡Qué diferencia entre el proceder de *sir* Juan Payne y el de *sir* Harry Featherson!

Desde el momento en que llegué a conocer el fondo moral de *sir* Harry, consideraba que iba a consolarme bien fácilmente de su pérdida. Era, a la verdad, un guapo y elegante joven; pero entre los amigos de *sir* Juan y los suyos había cinco o seis jóvenes que lo eran tanto como él; y, sin el misterioso incidente del jardín de *miss*

Arabela, es muy probable que *sir* Harry habría pasado junto a mí como uno de tantos, sin haber puesto yo mi atención en su persona.

En cuanto a la situación en que me encontraba, era sin duda mejor que cuando llegué a Londres por primera vez. Si quería vivir en el aislamiento, podía hacerlo sin ningún sobresalto; si quería reaparecer en Londres con el mismo resplandor que meses antes había salido del proceloso mar de su ciudad, podía también sostenerme uno o dos meses en una vida de lujo para volver a figurar en el mundo social rodeada de las mismas condiciones.

Me miré en el espejo: estaba más joven, más hermosa, más lozana que nunca.

Permanecí dos meses en Nutley, casi sin franquear el umbral del jardín. En estos dos meses, todas las ambiciones de mi juventud se habían despertado en mí. Da herida de mi corazón se había cicatrizado rápida y fácilmente.

El abandono de *sir* Harry, no podía lastimar en lo más mínimo mi amor propio de mujer hermosa y solicitada, porque nuestra separación tenía por causa, no un enfriamiento de su amor, sino la presión ejercida por acontecimientos más poderosos que su voluntad. En esta clase de rupturas, la vanidad femenil no se resiente, no sufre menoscabo; y la mujer que puede decir: «Estoy separada de mi amante, pero tengo la certidumbre de su amor inextinguible», puede consolarse con mayor facilidad que la que dice: «Estoy separada de mi amante, porque su amor se extinguió».

Ello fue que en el curso del segundo mes de mi retiro, sintiéndome otra vez arrastrada hacia el torbellino, resolví regresar a Londres y probar de nuevo fortuna. Me había sido tan propicia, tan fiel hasta entonces, que, fundadamente podía abrigar la esperanza de que no me abandonaría al reanudar el camino.

Por otra parte, a medida que la reflexión y los recuerdos acudían a mi mente, me acordé de un recurso que acaso conservaba aún. Había dejado tan precipitadamente mi casa de Piccadilly, en mi afán de seguir a *sir* Harry, que no me había acordado del regalo que *sir* Juan me hizo del rico mobiliario contenido en aquella morada.

Sentí un vivo deseo de ver nuevamente el hotelito de Piccadilly, testigo de mis primeros tiempos de orgullo y de felicidad; porque, para mí (y eso es lo que me ha perdido), la dicha consiste en la satisfacción del orgullo, aún más que en la del amor. Recordaba vagamente haber oído decir al administrador de *sir* Juan que el alquiler de la casa estaba pagado por un año anticipado y que todo lo que en ella había era de mi propiedad. Pero ningún documento daba fuerza a esta donación, y si mi memoria me era infiel, si el recibo no estaba extendido a mi nombre, si el administrador era un hombre desleal, todos mis risueños cálculos se desvanecían.

No pudiendo continuar viviendo en la duda, resolví partir y saber la verdad, sea la que fuere.

Diariamente pasaba por Nutley una diligencia que prestaba servicio de Lewes a Londres y viceversa.

Sin decirle a mi camarera si volvería o no, le entregué las llaves, y salí para Londres, donde llegué a la mañana del siguiente día.

Tomé un coche de alquiler y di al cochero la dirección de Piccadilly.

Cuando el vehículo se paró frente a la puerta de aquella casa en que iba a decidirse un asunto tan importante para mí, las fuerzas me faltaban y no me resolvía a llamar. En esto, y como resolviendo mi perplejidad, la puerta se abrió para dar paso a una mujer, cuya presencia arrancó un grito de mi pecho.

Era Amanda Strong, que, al observar la mía, se arrojó en mis brazos.

Detrás de ella, sombrero en mano, estaba el conserje de la casa, quien, apenas me reconoció, se apresuró a abrir de par en par la puerta, a fin de dar entrada al coche que me conducía.

El coche entró y se detuvo al pie de la escalera, cuya portezuela vino a abrir el conserje.

—La señora —me dijo—, ha prolongado su ausencia una larga temporada; pero todo continúa en su sitio lo mismo que el día de su partida.

Y esto diciendo, me entregó la llave del primer piso, que era el que yo habitaba.

Efectivamente: todo estaba tal como yo lo había dejado, nada había cambiado, y quedaba demostrado que todos los objetos existentes en la casa eran de mi indiscutible pertenencia.

XX

Entré en aquella bienhechora estancia con un profundo sentimiento de alegría. Preñados los ojos de lágrimas de gratitud hacia *sir* Juan, me instalé en mi querido gabinete azul, aquel gabinete de mis ensueños, y volvía a ver el grande espejo encuadrado en dorado marco, que un día fue objeto de una profecía anunciada por Ricardo.

La pobre Amanda no prosperaba. Había yo sido en toda ocasión su providencia; cinco o seis veces, en mi ausencia, había venido a saber noticias mías, y otras tantas se le dijo que ignoraban mi paradero. En una de ellas fue cuando nos encontramos frente a la puerta, al descender yo del coche que me condujo a Piccadilly.

Este encuentro, en la soledad que me rodeaba, se me antojó providencial, y propuse a mi amiga quedarse conmigo, proposición que aceptó, sin querer saber de antemano el puesto que debía ocupar en la casa.

Había dos partidos a elegir, con respecto a mi ulterior línea de conducta.

El mobiliario del hotel de Piccadilly era mío, puesto que *sir* Juan me lo había regalado. Vendiéndolo, acaso obtendría dos mil libras, o algo más. Podía, pues, realizar unos sesenta mil francos.

Si me conformaba a renunciar al mundo; al lujo, a la vida galante; si volvía a mi casita de Nutley, no tenía por qué preocuparme del porvenir; mi vida quedaba asegurada.

Si, al contrario, quería proseguir por el camino en el que ya estaba iniciada, vida de aventuras, de caprichos y altibajos, érame forzoso conservar los muebles y la casa, y echarme a correr nuevos amoríos.

Mi carácter, ¡ay!, me empujaba hacia este último partido, y Amanda, que era para mí lo que seis mil años antes, la serpiente había sido para Eva, me instigó a tomar esta resolución, que fue la que, por fin, prevaleció.

Dios, que es el representante de la misericordia, y no el de la venganza, no exige que yo narre en sus pormenores el año que se siguió, en el que cumplí la edad de diez y nueve.

Todas las fases de la aciaga existencia de la mujer que vive de su belleza, fueron recorridas por mí, y experimentados todos los pesares y devoradas todas las afrentas. Si no las explico aquí, no es por haberlas olvidado: es que la fuerza me abandona y no puedo volver a pasar, ni siquiera en alas del recuerdo, por la misma senda. Diré simplemente que al cumplirse un año de mi vuelta a la casa de Piccadilly, salía de ella, después de haberme desprendido de muebles y joyas, pobre y abandonada, y no poseyendo de los restos de mi antiguo esplendor, nada más que el vestido de seda que llevaba encima.

¿Cómo había caído en miseria tan honda, que la propia Amanda, causa de mi

perdición, me había abandonado? Preguntadlo a la fatalidad, que ella sola podría decirlo; la fatalidad, que se complacía en hacerme rodar por la escalera humana abajo, y subir nuevamente sus peldaños, hasta lo más enhiesto de ella.

Todos los detalles de aquel terrible día están grabados en mi memoria. Fue el viernes 26 de octubre de 1782, a las once de la mañana, con un tiempo frío y brumoso: aquel día salí de la casita de Picadilly.

Me había desayunado con un pedazo de pan y un vaso de agua, y no estaba muy segura de tener, a la hora de la comida, otro pedazo de pan.

Salí sin rumbo fijo. Caminaba a ciegas, tropezando con los transeúntes. Pronto me encontré en la calle Oxford. El azar me había guiado.

Entonces reconocí el lugar. Estaba casi, delante del hotel de *miss Arabela*; me paré un instante. En ese breve espacio de tiempo, un coche salió del patio y avanzó hasta el pie de la gradería; una mujer, completamente envuelta en un valioso manto de seda guarnecido de encajes, subió en él, seguida de un elegante caballero; el coche arrancó, y pasó salpicándome de lodo. Aquella mujer era *miss Arabela*; respecto a su acompañante, que probablemente era un nuevo adorador, no le conocía.

El vehículo desapareció por la calle High.

¿Por qué aquella mujer, que tal vez no tenía una cuna mejor que la mía, que no me aventajaba en belleza, continuaba rica y dichosa, al paso que yo, que también había sido tan feliz y tan rica como ella, la contemplaba, pobre y miserable, eclipsada por el boato que ostentaba?

Eso me pareció una inexplicable crueldad de la suerte.

Largo rato, quizás media hora, permanecí inmóvil en aquel sitio; y habría permanecido en la misma posición más tiempo todavía, a no ser porque la gente empezó a formar corro en torno mío, lo cual hizo que un agente de policía me preguntase qué hacía allí, semejante a una estatua, muda y los pies metidos en el barro.

Le respondí que, habiendo visto salir en coche a una señora de mi conocimiento, esperaba su regreso para hablar con ella.

—Siga usted su camino —me dijo bruscamente el policía—; esta no es hora de poder pasarse en las aceras las mujeres de su condición.

Estas palabras penetraron en mi corazón como un hierro candente. Di un salto, y me alejé.

A poco de caminar, me encontré frente a la joyería del señor Plowden. Durante el mes que estuve empleada en casa de dicho señor, la vida no había sido para mí ni feliz ni brillante; pero, a lo menos, era tranquila.

Me detuve a mirar el interior de la tienda; pero, recordando la insultante observación que acababa de dirigirme el agente de policía, reanudé la marcha.

Subí por el Strand hasta la calle de King's William, y de esta llegué a Leicester square; y, ¡rara coincidencia! mis ojos tropezaron con la casa del señor Hawarden, que tan paternalmente me acogió el día de mi llegada a Londres.

Empezó a llover, cada vez con más violencia; pero me encontraba en tal estado de insensibilidad, que no me daba cuenta de que estaba calada hasta los huesos. La casa del señor Hawarden conservaba siempre su típico aspecto de honrada austeridad. Me senté en las gradas de una especie de teatro ambulante, levantado en medio de la plaza.

Tenía enfrente la puerta de la casa del señor Hawarden. Permanecí allí más de dos horas, aguantando la lluvia, sintiendo las primeras mortificaciones del hambre, pero demasiado altiva para ir a pedir un pedazo de pan a la hospitalaria casa.

En la situación extrema a que había llegado, acaso hubiese podido contar con dos recursos; pero me era imposible emplearlos.

Sheridan, no podía prestarme ninguna utilidad, por haberse incendiado el teatro de Drury Lane, cuyo director era, y entre cuyo personal escénico me habría sido posible figurar.

Con respecto a Rowmney, ignoraba su dirección.

Necesitaba un socorro pronto y eficaz; tenía hambre, y no sabía dónde comer. Llegaría la noche, y tampoco sabría bajo qué techo abrigarme.

Levanté los ojos al Cielo, probando a deponer su cólera por medio de una mirada suplicante.

En aquel momento pasaba un coche a pocos pasos de mí. Se paró, abrióse la portezuela; una mujer de cuarenta a cuarenta y cinco años, abrigada con rico cachemir de la India, descendió y vino en dirección al sitio en que yo me hallaba, soportando la lluvia que caía.

Había en las maneras de esa mujer una mezcla de cinismo y de vulgaridad que contrastaba con su porte elegante.

No pudiendo suponer que fuese yo el objeto de sus pasos, incliné la cabeza, apoyando mi frente entre ambas manos.

Llegó a mi lado, y me tocó el hombro.

Levanté la cabeza. La mujer estaba en pie delante de mí. Me clavó una desvergonzada mirada, y dijo en alta voz:

—¡A fe mía, es hermosa, muy hermosa!

Yo la miré con asombro.

¿Qué me quería aquella mujer?

—¿Por qué está usted así expuesta a la lluvia? —me preguntó.

—Porque no sé dónde ir —le respondí.

—Cuando se tiene una cara como la suya, nunca hay obstáculo en dar con un albergue.

—Sin embargo, ya ve usted lo que me ocurre.

—¿Por qué está usted pálida?

—Porque tengo frío y hambre.

—¿Está usted enferma?

—No; pero lo estaré si paso la noche en la calle.

—¿Quién la obliga a pasar la noche en la calle?

—¿No le he dicho que no sé dónde ir?

—Venga a mi casa.

La miré de nuevo.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Soy una mujer que le ofrece lo que usted no tiene: alimento, habitación, vestidos, dinero.

—¿Y a qué precio?

—Ya lo sabrá; por lo pronto, despachemos, pues, conversando con usted, estoy echando a perder, además de mi tiempo, el chal y el sombrero.

Yo titubeé.

—Entonces, buenas tardes, hermosa joven.

Y dio un paso hacia su coche.

—¡Señora!, ¡señora! —grité.

—¿Se decide usted?

—Si sus proyectos no me convienen, ¿quedaría en libertad de dejarla a usted?

—Completamente, reembolsándome, en todo caso, los anticipos que hubiese tenido que hacerle.

—Voy con usted, señora.

Me levanté; mi ropa chorreaba.

—Colóquese en el asiento delantero, y encójase todo lo que pueda... ¡Está usted en un deplorable estado!... A propósito, ¿no tiene usted nada pendiente con la policía?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—¿Qué cosas puedo yo tener que arreglar con la policía? He salido de mi casa esta misma mañana.

—¡Ah!, ¿estaba usted en su casa?

—Sí.

—¿Y dónde la tenía?

—En Piccadilly.

—Pero Piccadilly no es uno de nuestros barrios.

—¿Uno de nuestros barrios? No la entiendo.

Me miró e hizo una mueca.

—Todo eso respira un aire de honradez que encaja muy bien —murmuró.

—Señora —le dije, casi asustada de la vulgaridad de su lenguaje—, si se arrepiente usted del ofrecimiento que acaba de hacerme, estoy dispuesta a bajar del coche.

—No, quédese usted.

Y cerrando la portezuela, dijo al cochero:

—¡A casa!

Diez minutos después, el coche se detuvo frente a la puerta de una casa de Haymarket, cuyas ventanas todas estaban cerradas.

Yo tenía frío pero, al entrar en aquella casa, oyendo cerrarse la puerta detrás de mí, lo tuve aún más penetrante.

Me parecía que entraba en una tumba.

¡Era una tumba, en efecto, tumba del pudor y de la virtud, de donde no se sale jamás sin conservar vestigios de la muerte moral, mucho más terribles que los de la muerte material!

XXI

Mis necesidades más urgentes, sin excluir la de comer, eran un cambio de ropa y un baño.

La señora Love (este era un apodo, y no su nombre) comprendió muy bien esta doble necesidad; porque, apenas hubo llegado, dio orden de preparar un baño y de llevar ropa interior y un peinador a la habitación que me destinaba.

Al penetrar en ese cuarto, me desplomé sobre un sillón, insensible, helada, casi no dándome cuenta de lo que pasaba alrededor mío

La señora Love estaba presente a todas las operaciones; no apartaba de mí su mirada.

Cuando el baño estuvo dispuesto, quiso hacer personalmente las veces de camarera, cuyas funciones desempeñó con cierta acritud de maneras, que no me explicaba cabalmente, aunque, por lo demás, en mi estado de atonía, no me importaba gran cosa. Mi vestido no era del gusto de la señora Love la cual cogió unas tijeras, y cortó la blusa y los tirantes del corsé.

En un santiamén me vi desnuda. A pesar de encontrarme delante de una mujer, tuve un súbito sentimiento de vergüenza, que se manifestó en el carmín que coloreó mis mejillas.

Me refugié en la bañera, cuya transparente agua me prestaba un velo barro insuficiente.

Al contacto del agua, límpida y templada, corrió por todo mi cuerpo una sensación de bienestar; mi pecho se dilató, mi respiración fue más rítmica y más fácil.

—¡Ah, señora —le dije—, cuán agradecida le quedo!

—Bien —replicó—; esté usted tranquila; será debidamente cuidada.

Hizo vibrar un timbre, y, en voz baja, pidió un caldo. Luego, muy bajo, dio una orden que no entendí.

Había en aquella casa singular mezcla de lujo y de vulgaridad. Una joven, demasiado elegante como sirvienta, no lo bastante para señora, me trajo un excelente caldo en una taza de loza común.

Mis labios la tocaron con repugnancia; en los últimos tiempos había contraído hábitos de lujo, y no sabía comer ni beber sino en porcelanas y cristales.

Cuando hube tomado el caldo, la señora Love se situó a la cabecera de la bañera, cogió un peine y arregló mis cabellos con una habilidad propia de un peluquero de oficio.

En esto, entró la camarera y deslizó algunas palabras al oído de la señora Love, que pareció muy satisfecha de lo que le decían.

—Ahora, mi querida hija, conviene que salga usted del baño; una estancia demasiado prolongada en el agua tibia, es perjudicial a la salud y a la belleza. Salga

usted de la bañera, y yo misma la enjugaré.

Yo había adquirido la costumbre de servirme de una camarera; así que, obedecí sin esfuerzo a la señora Love. El aposento, bien cerrado y alfombrado, mantenía una temperatura suave y agradable.

La señora Love se acercó a mí con un peinador en la mano; pero, de repente, dirigiéndose a la camarera:

—¡Esto es muy ordinario! ¿Toma usted a esta señorita por una moza de mesón? Llévase usted este harapo, y traiga camisas y un peinador de batista.

La camarera salió; asombrada, miré cómo se alejaba, procurando, como una estatua antigua, velarme con ambas manos. La señora Love se echó a reír.

—¡Ah! —dijo—, ¿por ventura salo usted del colegio? En ese caso, debía usted haberlo advertido, y me habría calzado los guantes antes de tocarla. Vamos a ver, manténgase usted derecha y levante los brazos, para que la sangre circule.

—Pero, señora...

—¿Siente usted frío?

—No.

—Pues, entonces, deje usted que la contemple cómodamente. Me ratifico en mi primera opinión: es usted muy bella.

Estos elogios empezaban a alarmarme, aunque no había realmente ningún motivo de sobresalto.

—Ruego a usted, señora, se sirva permitir que yo misma me vista.

—Aquí tiene usted su ropa blanca; puede usted vestirse. Déjeme usted solamente que le diga una cosa: la fortuna está en sus manos, y, si usted no es tonta, no se le escapará. ¿Lo oye usted?

—Sí, señora, he oído; pero confieso que no la entiendo muy bien.

—¡Bueno, bueno!, ¡*miss Clarice!* se le enviará a usted alguna persona que se explicará con más claridad. Vístase usted a su gusto, y si algo necesita, toque el timbre. Hasta luego, hermosa niña; no se haga usted la mojigata, y todo marchará a pedir de boca.

Y la señora Love salió, seguida de la camarera, que había depositado la muda de ropa encima de un sillón.

Quedé sola, permanecí un instante pensativa e inmóvil.

Al fin, empecé a vestirme pausadamente. Al contacto de aquellas finísimas telas, y recordando, mejor dicho, vibrando todavía en mis oídos las palabras de la señora Love, que me auguraba una fortuna si sabía explotar mis encantos, extendí los brazos, y murmuré:

—¡Venga esa fortuna! Estoy pronta a recibirla.

Inmediatamente después que me hube vestido, vi que se abría la puerta y que traían una mesa con un servicio de dos cubiertos.

El segundo cubierto anunciaba que seríamos dos comensales. La Fortuna, al volver a mí, lo hacía por los misteriosos derroteros de costumbre; pero, me parecía

que, esta vez, se portaba muy pródigamente con la pobre Emma.

Colocaron la mesa delante de la chimenea, y la puerta volvió a abrirse, dando paso a un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años.

Estaba elegantemente vestido, aunque su elegancia consistía más en el porte de su persona que en la riqueza de su traje, que era de terciopelo granate guarnecido de negro, chaleco bordado de seda blanca y medias de seda negra.

Una corbata blanca; camisa con pechera de encaje inglés, zapatos con hebillas de brillantes, un sombrero tricornio galoneado de seda negra, completaban la indumentaria del desconocido, que, con sus lentes de oro, tenía un cierto aire de magistrado o bien de hombre de ciencia.

V

Al verle, me levanté, confusa y enojada a la vez; pero, comprendiendo en el acto que la casa y la situación en que me encontraba, no me autorizaban a ser rebelde, me hundí de nuevo en el sillón, temblando y resignada.

El desconocido viéndome palidecer y enrojecer alternativamente, comprendió mi turbación, y, acercándose a mí, me dijo con extrema delicadeza:

—Perdón, señorita, si me presento ante usted sin haberme hecho anunciar; pero me urge saber si es usted tan buena como hermosa.

Baluceé algunas palabras ininteligibles. Por mucho que hubiese descendido en mis días de miseria, nunca había llegado a ser, sin preparativos y sin transición, propiedad del primer intruso. Contra mi voluntad, las lágrimas se me agolparon a los ojos.

—¡Oh! —exclamé—. ¡La miserable!

El desconocido me miró con algún asombro, y como para asegurarse de que era sincero el llanto que yo vertía.

—Señorita —añadió—, mi costumbre de estudiar fisonomías me permite ver desde luego que estoy en presencia de una persona distinguida, a quien un montón de circunstancias desgraciadas, que yo no tengo el derecho de indagar, han colocado en una posición equívoca. Me apresuro, pues, a tranquilizarla. No vengo a hablarle de amor, por más que su belleza hace creer que, con usted, no es posible otra conversación.

—¡Oh, señor! —exclamé—, la belleza es muchas veces una gran desgracia.

El desconocido sonrió.

—Una desgracia —objetó—, de la que toda mujer se consuela fácilmente. La belleza, señorita, es la Divinidad manifestándose en la tierra; permita usted, pues, a un apóstol del gran culto universal, depositar a sus pies el testimonio de su pleitesía.

El tono enfático con que había pronunciado las últimas palabras, me hizo sonreír bien a pesar mío.

—Perdón, señor —le dije—, pero me parece que acaba usted de prometerme que sus labios no pronunciarían una palabra de amor.

—¿Y en qué he faltado a mi palabra, señorita? Un cumplido no es una

declaración.

Cada vez comprendía menos.

—Pero, según referencias, entiendo que debe usted de tener necesidad de comer alguna cosa. Póngase usted a la mesa y coma: me sentaré cerca de usted para hacerle compañía y, muy singularmente, por tener el honor de servirla.

No había medio de rehusar, máxime cuando me estaba muriendo de hambre, una invitación hecha en tales términos.

Acerqué mi sillón a la mesa; el desconocido, que aún no se había sentado, acercó una silla y se situó frente a mí, poniendo entre los dos todo el ancho del velador

—Señorita —díjome, ensartando un pollo en fiambre con la punta de su tenedor y empezando a trincharlo con admirable destreza—, un poeta latino, llamado Horacio, dijo: «Los asuntos que más fácilmente llegan a feliz término, son aquellos que se han tratado en la mesa; porque el vino es al pensamiento lo que el agua a las plantas: las hace germinar y florecer». Así que, coma usted y, sobre todo, beba, a fin de establecer un justo equilibrio en su mentalidad. Después, hablaremos del negocio que aquí me trae, y que puede ser una mina de oro para usted y para mí.

Y simultáneamente, ponía en mi plato un ala de pollo, y llenaba hasta la mitad mi vaso de un excelente Burdeos.

XXII

La imperiosa voluntad de las necesidades materiales es una de las cosas más humillantes para nuestra mísera especie humana, en lo que ella denota la fragilidad y las dolencias.

He hablado ya del cambio que en mí había operado aquel cálido baño, aquella suave atmósfera; una cena delicada, ofrecida por mi desconocido con todos los miramientos que habría podido dispensar a una duquesa, acabó por comunicarme todo el bienestar y toda la serenidad compatibles con mi precaria situación.

Restábame solamente conocer lo más importante, esto es, la índole del negocio que tenía que proponerme; pero la cena terminó sin haberme dicho una sola palabra.

El incógnito personaje se había mostrado conmigo muy respetuoso y muy cortés. Su conversación era de hombre culto y distinguido, aunque lo caracterizaba ese ligero barniz de pedantería que es común a los médicos, a los abogados, a los hombres de ciencia en general.

Terminada la cena, mi anfitrión cogió, previo permiso mío, una de mis manos, entre las suyas, y me pulsó.

—Ahora, señorita, que me parece descubrir un perfecto equilibrio en sus humores; que el pulso, late normalmente, a razón de sesenta y ocho pulsaciones por minuto; que su estómago, a favor de una digestión fácil y regular, difunde vital calor por todo el cuerpo; ahora, en fin, que su cerebro se encuentra en las mejores condiciones para tomar una resolución importante, voy a decirle quién soy y el objeto que me guía.

Abrí los ojos y agucé el oído.

—Soy el doctor Grabara —dijo—, amigo de Mesmer y de Cagliostro, el que ha demostrado la ciencia *megalanthropogenesiaca*. Mi reputación es grande en Londres, y mis éxitos indiscutibles me colocan sobre el carril que conduce a la fortuna.

—¡Ah, doctor! —repuse sonriendo—, estoy ufana con trabar conocimiento con un hombre tan notable como usted. Uno de mis amigos, cuyo nombre no puedo decirle, pero que también lo era de usted, me prometió varias veces llevarme a presenciar una de las sesiones que usted ofrece en Old Bailay. ¿No es allí donde tiene usted establecido su curso?

—Sí, señorita, y veo que no me había equivocado al juzgarla, desde un principio, como mujer tan inteligente como hermosa. ¿Tendré ahora necesidad de decir cuál es el trabajo científico que cultivo?

—Sírvese usted explicármelo, doctor, por más que ya sé que ese trabajo científico es una demostración, sobre una figura de cera de tamaño natural, de los más recónditos secretos de la naturaleza, desde la circulación de la sangre, hasta los más profundos todavía de la generación humana. Esa figura, que usted ha bautizado bajo

el nombre de la diosa Higinia, aparece tendida sobre una cama que usted llama el lecho de Apolo. ¿No es eso, doctor?

—Ciertamente, señorita. Pues bien, si mis demostraciones atraen al público, hechas en una simple figura de cera, ¡juzgue usted cuál no sería el éxito, si las mismas demostraciones se realizasen tomando por estudio un ser de carne y hueso, dotado de una belleza tan perfecta como la suya, señorita!

—Pero, doctor —observé—, usted, para quien la naturaleza no guarda secretos, no debe ignorar que la belleza de la cara no supone la belleza del cuerpo, y que son contados los modelos que pueden servir para el conjunto. Cleómenes, según he oído decir a personas más instruidas que yo, viose precisado a tomar en cincuenta jóvenes griegas los múltiples rasgos de belleza que, combinados entre sí, determinaron la belleza una y soberana de su Venus de Médicis.

—He aquí precisamente lo que hasta ahora me había detenido. Yo buscaba ese modelo, que acabo de encontrar en usted, cuando ya desesperaba de conseguirlo.

—¿En mí, doctor, se encarna el modelo que usted busca? Permítame que le diga que de mi persona no conoce usted sino mi cara, y que puedo estar a cien leguas de la perfección que usted desea.

—Está usted equivocada, señorita —replicó el doctor tranquilamente—; por lo mismo que sé que en usted se reúnen todas las bellezas, es por lo que lo propongo una asociación que nos conduzca a la fortuna.

—¡Cómo! ¿Usted lo sabe? —pregunté con creciente admiración—. ¿Y quién se lo ha dicho?...

—Nadie me lo ha dicho, señorita; lo he visto.

—¿Usted ha visto? Pero ¿cómo y cuándo?

—La señora Love, que hace mucho tiempo se dedica a descubrir por cuenta mía la belleza perfecta, me mandó un aviso de la llegada de usted a esta casa. He venido; y desde la pieza contigua he podido mirarla por un resquicio, cuando usted ha salido del baño. Ninguna de sus perfecciones ha pasado inadvertida a mi observación. En cuanto a los defectos, los he buscado inútilmente: no he podido reconocer ni uno tan solo.

Lancé un grito de espanto.

—¿Sabe usted que eso que ha hecho es odioso?

—Señorita —me contestó sin dar señales de inmutarse—, si yo hubiese tenido el honor de conocerla dos horas antes como la conozco ahora, no habría recurrido a semejante sorpresa; pero, desde el momento de encontrarse usted en casa de la señora Love, y sabiendo en que circunstancias la ha recogido en Leicester *square*, no podía yo suponer que iba a encontrar un diamanté allí donde solo creía tropezar con un tosco guijarro del Rhin.

—¡Oh, doctor, doctor! —exclamé, ocultando la cara entre las manos.

El doctor esperó que las desplegara, y, tomándolas entre las suyas, me habló en los siguientes términos:

—Escúcheme usted; el azar le ofrece ahora una ocasión como no se le presentará otra igual. Puede usted elegir entre la miseria y la vergüenza eterna, o la fortuna rápida y segura, que no tendrá otros límites que los de su voluntad. Usted es joven, hermosa y distinguida. Antes de un año, de permanecer en esta casa infame, su juventud se habrá marchitado, su belleza desvanecido, y malogrado su distinción. En vez de una hora concedida a la admiración pública por una suma que, a los tres meses, le asegura la independencia de su vida, usted se encadena aquí a vil precio todas las horas del día y de la noche, pertenece al primer beodo que llegue, es el juguete de cualquier marinero que disponga de una guinea, la compañera de seres abyectos, la esclava de una miserable tercera. En casa del doctor Graham, es usted una diosa; en la de la señora Love, es la hetera Hearte. Aquí, nada le pertenece, ni siquiera la camisa que lleva. Allí, desde el primer momento, reconstruirá usted su pretérita grandeza, de la que solo debe conservar esta sortija que lleva en el dedo. Se espanta usted ante la idea de presentarse desnuda a las miradas de los espectadores. Me lo explicaría, si no fuese usted hermosa en tal grado. «El pudor, dice filosóficamente uno de mis amigos, no es más que el sentimiento de una imperfección». Repare usted en la bailarina de la escena teatral, ¿no aparece tan desnuda como usted lo estará bajo el cendal, detrás de la balaustrada que impedirá que el público se le acerque? Créame usted: existe en la suprema belleza, una majestad suprema, y la admiración, que despierta el entusiasmo, excluye el deseo. Júzguelo usted por mí mismo. La he visto saliendo del baño, ¿no es verdad? Estaba usted en una casa donde al deseo sigue la posesión. ¿Qué he hecho después que la he visto? ¿La he requerido de amores? ¿Le he expuesto un deseo carnal? No: he venido a decirle simplemente y doblando la rodilla ante usted: «Reina de la belleza, ¿quiere usted que yo le erija un hotel para su regalo y comodidad?». Usted habla de las doncellas de Atenas y de Esparta, simples mortales que contribuían con sendos contingentes a la belleza inmortal. ¿Acaso vacilaban en mostrarse desnudas al gran artista que las glorificaba en el presente y las ilustraba en la posteridad? No; alegres y orgullosas, descubrían sus más ocultas bellezas, procurando hacer resaltar la perfección de sus encantos. Cuando la cortesana Mnesarete fue condenada en Atenas, acusada del crimen de impiedad, ¿qué hizo su defensor Hipérides? Arrancó de su cuerpo la túnica con que se cubría, y así, desnuda, la obligó a comparecer ante sus jueces, en toda su arrebatadora belleza. Y el Areópago, no solamente la declaró inocente, sino también, subyugado por los hechizos sobrehumanos de la cortesana, se arrodilló a sus plantas. Pues bien, también usted se encuentra en un caso similar: o será condenada a eterno oprobio, o proclamada reina. Hay más pudor en despojarse de la túnica una vez al día a presencia de doscientas personas, que desnudarse diez veces cada veinticuatro horas para recreo del primero que llega. Ahora, medítelo usted. Estoy tan seguro de la rectitud de su criterio, que en él confío; tanta fe tengo en sus delicados escrúpulos, que no reparo en dejarle desde ahora el precio de quince sesiones, a razón de veinticinco libras esterlinas cada una, o sea un total de trescientas

setenta y cinco guineas. Si rechaza usted mis proposiciones, me devolverá esta cantidad, y con esto me daré por notificado; si, hasta pasado mañana, no recibo ninguna noticia suya, vendré a buscarla en mi coche. Calcule usted lo que representan veinticinco guineas al día durante un año, durante seis meses, tres solamente: dos mil doscientas cincuenta libras esterlinas, casi una fortuna; y considere que por ella, solo le pide una hora diaria, en la que no tendrá usted necesidad de hacer el más leve movimiento ni pronunciar una palabra; durante la cual, podrá cerrar los ojos, aparecer como dormida, o dormir realmente bajo el influjo magnético, cubierta la faz con un espeso velo, para que nadie pueda decir, al reconocerla, en el día de mañana: «Esta es la magnífica estatua que he visto en Old Bailay». Y ahora, me retiro, después de besar su hermosa mano.

Y, dejando encima del velador cuatro rollos, tres de cien guineas cada uno, y uno de setenta y cinco, el doctor Graham, besándome respetuosamente la mano, saludome y se fue.

Quedeme muda, inmóvil, siguiéndole con la vista hasta que desapareció tras la puerta. Al copioso verbo del doctor, no había yo encontrado una sola palabra que oponerle; únicamente hablaba la voz de mi conciencia, en cuyas invisibles regiones se libraba rudo combate. La hospitalidad que había recibido y que hasta cierto punto justificaba la miseria, era nauseabunda, fétida, y si duraba tres días no más, caería sobre mí un borrón que duraría lo que mi vida. En casa del doctor, en cambio, la desnudez de la estatua sería cubierta con el velo de la fortuna; yo representaba el papel de Dánae, pero con la lluvia de oro, que, en este mundo, lo lava todo, cuando cae. De un lado, la infamia; del otro, solo la impudencia.

Extendí el brazo; cogí los cuatro paquetes; derramé las monedas sobre mi regazo; hundí las manos en ellas, las hice saltar en cascadas sonoras, pensando que solo dependía de mí el poseer diez veces, veinte, cien veces otras tantas y que, en último caso, permaneciendo con la cara tapada, nadie podría hacerme enrojecer, mirándome de frente. En fin, me repetí todo lo que el orgullo y la necesidad reclaman para inflamar el corazón afligido y vacilante de una pobre criatura a la que ha dado instintos la naturaleza, contra la cual la sociedad ha establecido leyes, y que, joven, bella, inteligente, no cuenta con más recurso que el de la prostitución para sacudir la indigencia y satisfacer el hambre.

El resultado de todas estas reflexiones, fue que no devolví las trescientas setenta y cinco libras esterlinas al doctor Graham, y que, al subsiguiente día, a eso de las once de la mañana, vino a buscarme en su coche.

La misma noche, tapada la cara con velo tupido, velado el cuerpo con transparente cendal, sumida en el sueño magnético que llamé a mi socorro contra mi ofendido pudor, estaba yo tendida sobre el lecho de Apolo y servía de tema al doctor Graham para sus demostraciones *megalanthropogenesiacas*.

XXIII

Hay que vivir en Londres, en aquel ambiente donde flotan en revuelta confusión el pudor ficticio y el impudor real, para comprender el entusiasmo que despertó aquella exhibición humana a la cual la policía, que en todos los países del mundo civilizado habría intervenido, no oponía ningún obstáculo.

No obstante haberse fijado el precio de entrada en una libra esterlina, el público se agolpaba a la puerta y libraba verdaderas batallas por entrar en el salón, que cada noche se llenaba de bote en bote, donde el doctor Graham celebraba sus sesiones.

Apenas la estancia quedaba desalojada el doctor me despertaba, me vestía, cenábamos juntos, y cada uno se retiraba a su habitación.

Cúmpleme manifestar que nunca durante los dos o tres meses que viví a su lado, me dirigió el doctor una sola palabra que no fuese de simpatía y de respeto.

He jurado a Dios no ocultar nada, hacer penetrar al lector en los más recónditos secretos, no diré del corazón *de la* mujer, sino *de una* mujer. El propio Rousseau, en sus *Confesiones*, ha descrito, no a los hombres, sino al hombre; y sus *Confesiones*, a pesar de la peregrina tesis que sostienen, son consideradas un buen libro. Bien quisiera yo escribir uno que fuese cuando menos émulo del de Rousseau.

Voy a hacer una confidencia.

Todas las noches, en ocasión de estar cenando, el doctor, sin duda para que no me asaltase la idea de interrumpir el curso de sus lucrativas sesiones, me contaba los unánimes elogios de que era yo objeto por parte del público durante el sueño en que estaba sumida. Resultó que a fuerza de repetirme que Venus no provocaba, entre los dioses del Olimpo, una admiración más grande que la que yo inspiraba a los míseros mortales, se apoderó de mí el deseo de oír con mis propios oídos aquel seductor coro de alabanzas; deseo que, como todos los míos, adquirió prontamente caracteres irresistibles, y, como quiera que era fácil de satisfacer, hasta prescindiendo del concurso del doctor, resolví llevarlo a cabo.

En su virtud, el tercero o cuarto día, no bien iniciada la sesión, me fingí dormida, y, con los ojos cerrados, pero aguzadas las orejas, tapado el rostro con el pañuelo de batista que le ocultaba a las miradas, me dispuse a escuchar los calurosos elogios tributados a mi belleza por los admiradores de la forma.

Graham no había exagerado: nunca, ante la diosa de Gnide y de Paphos, se elevó más perfumado el incienso de la admiración, como en torno mío. Habríase dicho que cada uno de los espectadores que rodeaban el estrado adivinaban la ficción de mi sueño, y que, sabiendo que sus palabras eran escuchadas, exageraban los elogios en la esperanza, de que serían recompensados.

Apuré hasta las heces el vaso que contenía la ponzoña.

A partir de aquel momento formé el propósito de permanecer despierta. La

remuneración en alabanzas superaba a la remuneración en dinero.

Con respecto al doctor, eran tan cuantiosos sus ingresos, que, sin pedirlo yo, dobló el precio de mis sesiones: cada noche me entregaba cincuenta libras en vez de veinticinco.

Transcurrieron cinco o seis días en esa especie de embriaguez compañera del éxito. Pero, en medio de aquel halagador concierto, una palabra, penetrante como la punta de una espada, llegó a mi corazón y me hizo estremecer.

—¡Lástima —decía uno de los concurrentes—, que una cara quizás desagradable no complete esta obra perfecta de la forma!

—¿Qué razón hay para creer que esta magnífica estatua tenga un rostro indigno de su cuerpo? —preguntó otro—. Graham asegura, al contrario, que la cara es de una belleza incomparable.

—Si así fuese —replicó el primero—, ¿la ocultaría con tanto cuidado?

Su interlocutor hubo de encontrar justa la reflexión, por cuanto no insistió.

En los dos siguientes días se hicieron otros comentarios por el estilo, lo cual lastimaba horriblemente mi amor propio. El doctor Graham comprendió fácilmente, viendo mi mal talante, que algo me traía preocupada. Me interrogó con su habitual cortesía; pero yo me resistí a darle explicaciones.

Relacionados con mi semblante, corrieron por Londres los más encontrados rumores. Nadie quería dar crédito a la cansa natural, al motivo lógico. Unos presumían saber de buena tinta que las viruelas me habían desfigurado otros, que una extensa quemadura surcaba una de mis mejillas. Oyendo tales despropósitos, el frenesí devoraba mi corazón.

Ansiaba que llegase el día en que la cantidad reunida por mí fuese lo bastante crecida que me dispensase de continuar aquella exhibición, a cuyo lado vergonzoso ya me había acostumbrado, pero no así en lo que tenía de dubitativa.

En fin, un día que ante mí se había empeñado una discusión de esa índole, no pude contenerme: un movimiento hizo caer el pañuelo de batista que me cubría la cara, y mi cabeza quedó al descubierto, entornando los ojos, pero dibujándose en mis labios una expresión de desafío.

Un prolongado murmullo de admiración repercutió en la estancia. Por un momento, creí que los concurrentes, en su entusiasmo, iban a romper la balaustrada. El doctor Graham se vio obligado a interponerse entre ellos y yo. Ese incidente, que parecía hijo del azar, atrajo más público a las sesiones del doctor. La misma noche, corría de boca en boca la noticia de que la belleza de mi cara competía con la de mis formas; al otro día, todos los diarios hablaban de mí.

Cándido como los demás, el doctor Graham creyó fortuita la caída del velo; pero ese accidente había sido para él de resultados tan eficaces, que hubo de suplicarme que en adelante accediese a que la exposición tuviera lugar con la cara descubierta. Cedí a los ruegos del doctor, aunque, en el fondo, cedía a mi coquetería.

Mi éxito creció. Los ingresos metálicos del doctor aumentaron

considerablemente. Al cabo de un mes, había realizado una suma de treinta mil libras esterlinas.

Cierta noche, una voz cuyo timbre no me era desconocido, me estremeció.

—¡Es ella! —oí que murmuraba.

Y poco después, añadió:

—Es más hermosa aún de lo que sospechaba.

No me atreví a abrir los ojos, porque habrían comprendido que oía lo que se hablaba. El último baluarte tras el cual se refugiaba mi pudor, era el cendal de mis párpados caídos.

Estaba delante de mí, sin ningún género de duda, alguna persona que me conocía, alguien con quien debía haberme encontrado en el curso de mi vida; pero, por más que evocaba todos mis recuerdos, el timbre de aquella voz no me recordaba a nadie que hubiese visto en el tiempo de mis relaciones con lord Featherson o con *sir* Juan ni aun en días posteriores.

Tenía que remontarme a períodos más lejanos, a recuerdos anteriores a mi llegada a Londres.

Considero obvio advertir que era una voz de hombre.

Llegada la hora de cerrar, un solo espectador quedó rezagado; en su voz reconocí al hombre cuyo nombre quería vanamente recordar.

—Mi querido Graham —decía—, es absolutamente necesario que obtenga usted de *miss* Emma Lyón el favor que solicito.

—En primer lugar, la persona de quien pretende usted este favor, no se llama Emma Lyón; se llama *miss* Hearte.

—Es posible que se llame *miss* Hearte para usted, querido doctor; pero yo la conozco por Emma Lyón. En todo caso, presénteme a ella, y espero que no me habrá olvidado completamente.

—¿Esta noche? ¡Imposible!

—No digo que sea esta noche, sino mañana.

—Sea, mañana.

—Entendidos.

—Salvo que ella no se oponga.

—En tal caso, ya comprenderá usted que nada tendré que objetar; abrigo la confianza de que no opondrá ningún inconveniente. Adiós, mi querido Graham.

—Adiós, mi querido Rowmney.

¡Rowmney! ¡Era Rowmney!

El doctor le acompañó hasta la puerta, y cuando volvió a mi lado, ya me había vestido. Yo no podía iniciar la conversación sobre Rowmney, porque ello equivalía a denunciar que mi sueño era simulado, puesto que estaba enterada de lo que ellos habían conversado.

En ocasión de estar cenando, el doctor abordó el asunto, y me preguntó si conocía a un pintor llamado Rowmney.

Afectando un aire de indiferencia, respondí que tres o cuatro años antes, a orillas del Dee, había encontrado, en efecto, a un pintor de dicho nombre, que había trazado el bosquejo de mi cara, y ofrecíame cinco guineas cada vez que accediese a servirle de modelo.

—¿Le desagradaría volver a verle? —me preguntó el doctor—. Esta noche figuraba entre los concurrentes a la sesión; la ha reconocido a usted, y manifiesta vivos deseos de ser presentado. El retrato de usted, hecho por Rowmney, es el puente que conduce a la posteridad.

Contesté que le vería con gusto, pero que, teniendo que pedirle reserva sobre determinadas circunstancias de mi pasado, deseaba recibirle en mi gabinete y sin testigos.

Graham se inclinó.

—Sabe usted —me dijo—, que es usted dueña absoluta de sus actos y de su persona. Prométame tan solo, cualquiera que sea la autoridad que sobre usted pueda ejercer Rowmney, que continuaremos nuestras sesiones durante otros dos meses. En dos meses, yo realizaré una fortuna y tendré la satisfacción de ponerla a usted en condiciones de hacer frente, por mucho tiempo, a sus necesidades.

Mi contestación, como muestra de asentimiento, consistió en un apretón de manos que le di.

El doctor Graham se había portado demasiado lealmente conmigo, para que yo le rehusase esta prueba de gratitud.

Al otro día, estando almorzando en compañía del doctor, encontré debajo de mi servilleta unos pendientes de brillantes valuados en mil libras esterlinas.

Disponíame, ya en mi aposento, a probarlos, cuando oí llamar a la puerta con cinco o seis golpes vigorosos y consecutivos, lo cual, en Londres, anunciaba una visita aristocrática.

Sospeché en el acto que el visitante no era otro más que Rowmney; y, en efecto, a los cinco minutos la puerta se abrió y vi entrar a mi antiguo conocido del golfo de Dee.

XXIV

Comprendí que, delante de Rowmney, solo procedía afectar mucha desenvoltura en el modo de conducirme. Adoptar un aire de reserva, después de lo que él había visto el día anterior, habría sido una tontería. Así que, cuando le vi entrar, me levanté y fui a tenderle la mano, sonriéndole como se sonríe a un antiguo conocido, y dándole al propio tiempo la bienvenida.

—A fe mía, querida Emma —me dijo—, que me está usted reservando toda suerte de sorpresas. Tres veces la he visto a usted; las dos primeras, pensé que no era ya posible más grande hermosura. Me engañaba. Por lo visto, estoy destinado a engañarme una tercera vez.

—¿Es un amante que se declara? —le respondí—. En este caso, póngase usted a mis plantas. ¿Es simplemente un amigo el que habla? Entonces, siéntese usted a mi lado.

—Puesto que usted lo toma de este modo, permítame que le diga, que no deseo pasar a la categoría de amigo, hasta no haber perdido la esperanza de alcanzar una posición más brillante aún que la actual. Míreme a sus pies, Emma, y aseguro que es usted, en verdad, la más deslumbradora belleza que he visto en la tierra, y que en mi vida solo habrá un día más feliz que este en que le digo: *Emma, déjeme usted amarla*, y será aquel en que usted me diga: *Rowmney, yo le amo*.

—Ameme usted, no me opongo, mi querido Rowmney, pero acérquese y hablemos, porque es preciso que yo sepa de sus propios labios si me considera todavía digna de que le ame, después que le haya contado todo lo que por mí ha pasado desde la última vez que nos vimos.

—¡Bravo! —dijo—, tenemos ahora que no solamente es usted hermosa, sino también discreta y espiritual. ¿Quiere usted, por lo visto, enloquecerme?

—Veo que solo, tendré que llenar la mitad de la tarea; *miss Arabela* se habrá encargado ya de la otra mitad.

—¿Se vio usted con ella?

—Ya le he dicho, que tengo que hacerle una verdadera confesión. Escúcheme.

Y entonces, entre seria y compungida, pero siempre coqueta, porque quería gustarle, expliqué a Rowmney todo lo que me había acaecido desde el día en que le vi por primera vez; le dije que había venido a Londres con la esperanza de volver a verle; que, no habiéndole encontrado, me había ido a casa del señor Hawarden. Luego lo conté la extraordinaria sucesión de acontecimientos de mi existencia, no explicándome cómo no le había encontrado una sola vez entre la legión de artistas que había tenido ocasión de ver durante los catorce o quince meses que pasé con *sir Juan* y con lord Featherston.

Por su parte, Rowmney había oído hablar mucho de mí, sin sospechar que era yo

el objeto de aquellos comentarios. Mis escenas de Ofelia y de Romeo, habían repercutido en el mundo artístico, y deseaba verme; pero, consagrada su vida por entero al arte y a los placeres, no pudo satisfacer tales deseos, debido a lo cual no habíamos tenido oportunidad de encontrarnos.

—Ahora —añadió Rowmney—, es usted demasiado rica para que yo le proponga la remuneración de cinco guineas por sesión, y, en cambio, es usted la que puede hacerme una limosna. ¿Es usted libre de su corazón y de su persona?

—Libre como el aire.

—¿Y el doctor Graham?

—Es mi guía y protector, y nada más. Solo existe un compromiso moral. Él me libró de la miseria, más aún, del oprobio, y yo, en compensación, estoy obligada a labrarle una fortuna.

—Bien —replicó Rowmney—, todo se puede arreglar. Usted labrará la fortuna de Graham y mi reputación. Después, en sus ratos predispuestos a las filantrópicas concesiones, verá usted si no le sería posible, al mismo tiempo, hacerme feliz, con lo cual pocas existencias habría mejor empleadas que la suya.

Convinimos en que, a partir del día siguiente, iría yo a *Cadevish square* a pasar una hora en el taller de Rowmney, donde esbozaría una serie de estudios, tomándome por modelo.

Nos separamos como dos afectuosos amigos a quienes no falta más que un paso para convertirse en amantes.

Hacía mucho tiempo que mi pobre corazón estaba completamente inactivo; siempre me había inspirado Rowmney una viva simpatía; conforme le había dicho, encontrábame libre de todo compromiso. Aunque su edad era de unos cuarenta y cinco años, Rowmney poseía la triple juventud de la fuerza, de la elegancia y de la fama. Constituía todo lo que podía ambicionar una mujer con más títulos que yo a ser exigente. Por un instante, pude creer que ya le amaba, o más bien, que le amaría.

Al otro día, a la hora convenida, fui a su casa. Me esperaba con todos esos pequeños preparativos que se hacen para recibir a la mujer deseada: flores, perfumes, muelles alfombras; sobre una especie de estrado parecido al que ocupaba en casa del doctor Graham, extendíase una magnífica piel de tigre.

Desde el momento en que había yo ido a su casa, no solamente por acto voluntario mío, sino también movida de un íntimo deseo, habría sido ridículo rehusarle lo que de mí esperaba.

El mismo día, y en menos de dos horas, trazó un delicado bosquejo de mi persona. Tenemos pocos pintores en Inglaterra; pero casi todos son admirables coloristas. Entre ellos, Rowmney ocupa el primer puesto.

Al volver a casa, encontré al pobre doctor Graham un tanto alarmado. Desde que me había sacado de la de Haymarket para llevarme a la suya, era la primera vez que yo salía.

Le tranquilicé respecto de lo que principalmente le interesaba, esto es, referente a

la certidumbre que le daba de mantener la palabra empeñada. Le enteré de lo que ya sabía, puesto que Rowmney se lo había dicho antes que yo. Le dije que conocía al célebre artista de mucho tiempo atrás, y no le oculté los vínculos amorosos que había recientemente contraído con él. Así las cosas, se deslizaron tres meses, concediendo al doctor Graham uno más de lo que él me había pedido. En esto tiempo, Rowmney llevó a cabo una completa serie de estudios basados en mí: terminó una Eugona empezada, hizo una Venus, una Calipso, una Elena, una Judit y una Rebeca.

A mediados del cuarto mes el doctor anunció el final de su curso. Había ganado casi cien mil libras esterlinas. Las últimas sesiones provocaron un frenesí; el público se apretujaba, se ahogaba.

También yo había ganado alguna cosa, unas ocho o diez mil libras esterlinas. Graham me ofreció la mitad de los beneficios si quería continuar. Rehusé la oferta. Estaba cansada de aquella vida de exhibición, y tenía necesidad de recobrar la mía de placeres. Nunca había poseído tanto dinero, y me imaginaba que no llegaría nunca al fondo de mi caudal.

Rowmney me brindó su casa. Acepté el ofrecimiento, y fui a vivir en ella.

Pasamos así tres meses en la más perfecta armonía. Rowmney recibía en su morada a toda la juventud elegante de Londres. Entre sus más asiduos contertulios figuraba lord Greenville, de quien se decía que era descendiente de la nobiliaria casa de Warwick, el mismo a quien *sir* Harry Featherson había ganado dos mil libras en las carreras de Epon.

Entre las generales lisonjas que se me tributaban, las de lord Greenville eran las más constantes, y, cumple también declarar, que las más respetuosas.

Admirador apasionado de la forma, Rowmney me había reproducido en todas las actitudes clásicas.

Lord Greenville se pasaba horas enteras contemplando aquellas pinturas.

Durante uno o dos meses, su amor no se manifestó más que por medio de su admiración de las copias y por sus plácemes al original, cuando yo reproducía alguna actitud histórica o cuando declamaba algún fragmento de Shakespeare.

Una tarde que yo había recitado el monólogo de Julieta cuando va a tomar el narcótico, se acercó a mí, y, aprovechando un instante en que no podíamos ser vistos ni oídos:

—¡Es preciso que sea usted mía —me dijo—, o de lo contrario me volveré loco!
Yo le miré con la sonrisa en los labios.

—Juro por mi honor —añadió—, que hablo formalmente.

—¿Palabra de caballero?

—Sí.

—Entonces, venga usted cuando esté sola, y hablaremos de eso —le contesté.

—¿A qué hora podré venir, para encontrarla sola?

—Esto no me atañe; es usted el que debe acechar la salida de Rowmney, y aprovechar la ocasión.

—Está bien —dijo—; no pido más.

Dos días después vile entrar, a poco de haber salido Rowmney.

—Heme aquí —dijo con emocionado acento, y postrándose a mis pies.

—No es de rodillas, milord, como podrá usted hablar de un asunto tan importante como el que vamos a resolver; es a mi lado. Siéntese usted, pues, y hablemos.

Lord Greenville me miró asombrado.

—¡Oh! —exclamó—, creía, *miss Emma*, que iba a ser recibido con menos frialdad.

—¿Por qué había yo de recibirle de otro modo? —le respondí—. Amo a Rowmney, no a usted, a lo menos en la acepción que usted quisiera que yo diese a la palabra amor.

—¿Y no me amaré usted nunca?

—No es eso lo que digo, milord. El amor se compone de dos elementos, o, para expresar mi pensamiento con más precisión, diré que hay dos clases de amor: el amor que se apodera de los sentidos de una mujer desde el primer instante y que es el choque de la centella; y el amor que invade poco a poco su corazón y es el resultado de un contacto suave y de un proceder correcto y bondadoso. Aunque muy joven todavía, he sentido va, milord, esas dos naturalezas de amor; y el hombre que ha sido amado por mí de esta segunda manera, no es por cierto el que más pueda quejarse del lote que le cupo en suerte. Si yo pudiese amarle a usted de otro modo, no habría más que hablar, y dejaría en el acto a Rowmney por usted; porque el deseo de la mujer por otro hombre, supone ya una infidelidad. Pero usted es varonilmente guapo, rico, de ilustre abolengo, y puedo amarle, no como he amado a *sir Harry Featherson*, pero sí como he amado a *sir Juan* y a Rowmney.

—Yo creía —observó *sir Carlos Greenville*—, que hay un proverbio francés que dice: *De mal deudor, es preciso sacar lo que se pueda*^[4]. Me someto a este proverbio.

—Con la sola diferencia, *sir Carlos* —repuse—, que un *deudor debe*, y yo *no debo nada*.

—Tiene usted mucha imaginación, *miss Emma*, y siempre he oído decir, por desgracia, que demasiada vivacidad es en perjuicio del corazón.

—No sé si tengo agudeza de ingenio, ya que nadie me lo había dicho hasta ahora, pero sé que tengo un corazón, porque, desgraciadamente, ese corazón ha hablado. Siempre me he visto, pues, en el caso de tener que desconfiar de mi corazón más que de mi inteligencia. Permítame usted que, por esta vez, sea el cerebro, y no el sentimiento, el encargado de resolver mis asuntos.

—Escucho, *miss Emma*, pero crea usted que, oyéndola, me estremezco.

—Aún llega usted a tiempo. Haga lo que Ulises: apártese usted del promontorio de Circe, gritando a su piloto *¡lejos de aquí!*, o, de lo contrario, tápese los oídos.

—Prefiero oír su voz y correr el albur de ser transformado en bestia. Además, ya ve usted que la metamorfosis queda ya verificada a medias, puesto que la escucho, aún después de lo que acaba de decirme.

—¡Bravo! También usted es hombre de ingenio agudo. Veo que nos entenderemos. Escúcheme, por lo tanto, hasta el fin.

—Escucho.

—Voy a cumplir veinte años; nací en un pueblecillo; he vencido los instintos de mi nacimiento; no he recibido ninguna educación; pero, a fuerza de aplicación, de lectura, y secundada por mi feliz memoria, he logrado por vía autodidáctica lo que no pudieron darme en los primeros años. He cometido faltas, y conseguido rehabilitarme; he sido una infeliz, y padecido hambre y sed, como también los rigores de la lluvia, del viento, del frío. Actualmente, visto de seda y terciopelo y vivo rodeada de insignes artistas, y, sin poderme llamar rica, puedo, fijando mi renta en mil francos mensuales, pasar el resto de mi vida al abrigo de las necesidades. Concediendo al doctor Graham otros tres meses de sesiones, habría llegado a millonaria. No quise; Rowmney me gustaba, y preferí entregarme a él.

—¿Ha accedido usted a que viniese a verla cuando Rowmney hubiese salido, para decirme que él, y no otro, es el afortunado mortal que usted ama?

—Exacto; porque, teniendo que hablar con usted de asuntos serios, puesto que de ellos depende el porvenir de usted y el mío, es preciso que me explique con toda franqueza.

Sir Carlos lanzó un suspiro.

—¿Prefiere usted volverse loco? —continuó diciendo.

—No la entiendo.

—¿No me tiene usted dicho: *será mía, Emma, o me volveré loco?*

—Es cierto.

—Pues bien, como yo no puedo ser suya sino bajo ciertas condiciones, necesario es que se las haga conocer.

—Expóngalas.

—He definido ya mi posición. Pie aceptado el amor de Rowmney, sin sentirlo yo muy profundo; pero, como que se cede a un hombre galante, para no continuar viviendo sola en el mundo, para tener un apoyo, Rowmney me ama, y yo le soy fiel. Nuestra vida corre apacible y serena; no tengo ningún motivo para preferir otra, a no ser (óigalo usted bien, milord) que se me brinde una posición, no pecuniaria, sino social más brillante. ¿Me ama usted lo bastante para volverse loco? En este caso, por su amor será usted capaz de hacerme su esposa.

Sir Carlos Greenville dio un salto en la silla.

—¿Casarme con usted? —exclamó.

—Milord —le dije—, cuando esté usted dispuesto a contestarme de otro modo que no sea dando un salto de sorpresa, tendré la honra de recibirle. Entretanto, no tome usted a mal que me prive del honor de su conversación y del placer de su presencia.

Dicho lo cual, le saludé con un movimiento de cabeza y me retiré a mi aposento, dejándole solo en el taller.

Transcurrieron tres o cuatro días sin volver a ver a *sir* Carlos Greenville.

XXV

Rowmney continuaba observando conmigo una conducta intachable; yo llenaba sus ambiciones en la doble esfera del amor y del arte, como amante y como modelo. Es cierto que sus trabajos más notables en pintura salieron de su pincel en la época de nuestra vida marital. Estaba él tan en boga a la sazón, que, a pesar de ser muy dilapidador, economizaba veinte o veinticinco libras esterlinas cada día. Tratábase a lo príncipe: tenía a su servicio tres o cuatro criados, y disponía de cuatro caballos y dos coches.

Recibíamos tres veces por semana; las otras tres noches, íbamos a paseo o al teatro.

Nuestras relaciones participaban de todos los encantos de la simpatía, sin verse jamás turbada por las borrascas del amor.

Cuatro días después de la explicación que había tenido con *sir* Carlos, recibí nuevamente su visita.

Recibíle como si nada hubiese pasado entre los dos, por cuanto no me inspiraba ni repugnancia ni afección. Le había planteado condiciones, sin desear que las aceptase; antes bien, para adoptar una actitud franca ante él, que no movida del deseo de llegar a llamarme *lady* Greenville.

Se me acercó varias veces y me habló en voz baja; pero, como quiera que se abstuvo de abordar la cuestión, no nudo arrancarme una sola palabra relacionada con el estado de su ánimo.

Sea que Rowmney comprendiese que sus celos habrían sido ridículos, sea que tuviese confianza en mí, que vivía con él, sin pedir y hasta sin aceptar cosa alguna, sea, en fin que, al igual que yo, considerase nuestro contubernio como una cosa que no envolvía ninguna obligación ni de su parte ni de la mía, y que no debía durar sino el tiempo que ambos quisiéramos que durase, lo cierto es que no se había mostrado nunca alarmado por los cumplidos que me prodigaban.

Una vez me había dicho: Queda convenido; ¿no es así? que ninguno de los dos somos lo bastante necios para engañarnos mutuamente. Soy doblemente feliz como amante y como artista; pero de ningún modo me obligo a nada, ¿lo entiendes bien? Es probable que no seré yo el primero que se canse de nuestro compañerismo; pero, si eso llegase a suceder, te lo diría, convencido de que me perdonarías la franqueza y que continuaríamos como buenos amigos. Solicito de ti el mismo proceder.

Oído lo cual, tendíle la mano en demostración de asentimiento.

Estaba resuelta a hablarle del amor de *sir* Carlos, tan pronto como ese amor se manifestara de un modo más determinado. Para no tener que dirigirme ningún reproche a mí misma, había resuelto no recurrir a la menor coquetería cerca de *sir* Carlos.

¿Habría que decirlo? Con el instinto de la mujer, yo adivinaba que toda mi fuerza sobre *sir* Carlos, y lo que acaso determinaría mi triunfo, se fundaba en la absoluta ausencia de todo deseo por parte mía.

Al otro día, en ocasión de haber salido Rowmney para ir a pintar un retrato en casa de *lady* Graven, que más tarde fue la famosa marquesa de Anspach, el criado anunció a *sir* Carlos Greenville.

Respondí que estaba pronta a recibirle.

Entró muy pálido y excitado.

Sonriente, le indiqué con un signo que tomase asiento.

—Querida Emma —dijo—, me es imposible continuar en esta indecisión.

—¿Indecisión? —repetí yo—. Me parece que no había en el mundo una situación mejor definida que la planteada por mí.

—¡No estaría yo indeciso si fuese!, ¡libre!... Sepa usted que poco lo ha faltado para que no volviese a verme.

—¿Cómo es eso? ¿Por ventura ha cruzado por su mente la idea de la muerte? Déjelo usted, a lo menos, para el mes de octubre, que es el de los suicidios.

—No, no quiero tampoco aparecer a sus ojos con esta abnegación o con este ridículo. He aquí la verdad llana... Usted, Emma, tal vez ignoro que yo tengo un tío muy rico, marido de una hermana de mi madre. Escocés de nacimiento y hermano de leche del rey Jorge IV, es mi tío un verdadero sabio, profundo conocedor en arqueología, en geología... ¿qué sé yo? Llámase *sir* Guillermo Hamilton, y de él espero toda mi fortuna, porque de mi personal patrimonio, no me queda nada, o casi nada.

—¡Vaya, milord! ¿De dónde proceden, pues, los dispendios que usted sostiene?

—Del empleo que desempeño en el ministerio; pero, si este sufre un cambio, si *míster* Fox, que es condiscípulo mío y mi protector, deja la cartera, pierdo mil quinientas libras esterlinas de sueldo que me produce mi credencial, y no me queda otro recurso que mi tío. Pues bien, querida Emma, ese tío me escribe diciéndome precisamente esto que yo digo ahora a usted, y me ofrece el cargo de primer secretario en la embajada de Nápoles, y para después de su muerte, no solamente la sucesión de su empleo, sino también la perspectiva de su cuantiosa fortuna. Un instante he vacilado entre aceptar o rehusar; pero, comprendiendo que me sería imposible la vida lejos de usted, he rehusado.

—Mal hecho.

—¿Y tiene usted el valor de decírmelo?

—Sí; rehusando, ha cometido usted una primera torpeza, y casándose conmigo (porque usted se casará conmigo si es verdad que por mí ha rechazado aquella oferta), y casándose conmigo, repito, cometerá la segunda.

—No es usted pródiga de consuelos.

—Soy sincera. Créame usted, *sir* Carlos; si no ha cursado todavía la carta para su tío, rásguela; si ya la ha cursado, escriba otra rectificando el sentido de la anterior.

Casándonos, tanto usted como yo haríamos un mal negocio. Yo subiría, quizás; pero usted, en cambio, resultaría con toda seguridad perjudicado.

—¿Equivale esto a decirme que se retracta, que retira su promesa, y que, ni aun con el ofrecimiento de tomarla por esposa, nada puedo esperar de usted?

—No digo eso, milord; mi palabra está empeñada, y la cumpliré.

—¡Ay de mí! —exclamó *sir* Carlos—, la desgracia consiste en que ni siquiera soy libre de cometer lo que usted llama una locura. Jamás, antes de mi mayoría de edad, permitirá mi padre que me case con otra mujer que no sea la que él me elija; y en llegando a ser mayor de edad, tendré, para casarme a mi gusto, que querellarme con él e invocar mis derechos ante la ley.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintidós años y medio.

—Pues bien, milord —le dije riendo—, opino, contra su parecer, que es usted muy afortunado. En los dos años y medio que faltan para llegar a la mayoría de edad, tendrá usted tiempo de convencerse de que realmente me ama, y entonces veremos.

—¿Cómo, viendo lo que sufro, puede usted tomarme por blanco de sus pullas?

—No veo lo que usted sufre; oigo lo que dice, y nada más.

—¿No da usted crédito a mis palabras?

—Recuerde lo que dice Hamlet a Polonio: ¡*Palabras, palabras, palabras!*

—¿Cree usted en mi honor, *miss* Emma? —me dijo seriamente lord Greenville.

—Más que en su amor, *sir* Carlos.

—¿Crearía usted en mi palabra de caballero?

—Durante el lapso de tiempo necesario para que un juramento pierda su naturaleza inquebrantable.

—Se desprende, pues, que usted no cree nada.

—Sí, por cierto, creo en la versatilidad de las cosas humanas.

—Suponga usted, *miss* Emma, que me comprometo formalmente a casarme con usted al ser mayor de edad...

—Eso toma un aspecto más serio, sin revestir, empero, caracteres más formales.

—¿Por qué?

—Porque una mujer de mi posición no pleitea por casarse.

—Pero ¿si yo suscribiese mi compromiso en forma tal, que, faltando a él, resultase quebrantado mi honor?

—Siendo así, valdría la pena de pensarlo.

—¿Lo pensará usted?

—Si obrase en mi poder el compromiso, tal vez...

—Está bien, hoy mismo lo tendrá usted.

—¡No me provoque usted, milord!

—*Miss* Emma —me dijo *sir* Carlos, poniéndose en pie—, la amo sobre todo lo de este mundo, y si solamente el matrimonio puede hacerla mía, usted será mi mujer.

—Y en su obsequio, milord, no abriré las cartas que reciba hoy ni mañana, a fin

de que hasta pasado pueda usted cambiar de resolución. Puedo esperar veinticuatro horas, después de haber esperado dos meses.

Besome la mano, y salió.

Todo esto pasó y fue dicho entre los dos con la mayor naturalidad y resolución.

Por lo demás, *sir* Carlos gozaba de una reputación de leal que no daba lugar a ninguna sospecha, no con respecto al cumplimiento de su promesa, sino en cuanto a su intención de cumplirla.

Por mi parte, yo comprendía que con mi actitud, no cedía a un cálculo de interés ni a un deseo de ambición, pero que recobraba en cierto modo la fuerza inexplicable y desconocida que disponía de mi destino y lo empujaba adelante, haciéndome subir, cada vez que daba un paso en la vida, un peldaño de la escala social.

Es verdad que una vez había caído, y que la caída había sido profunda. Pero de ella, me rehabilité, a lo menos en parte. El amor de *sir* Harry no era más que la apoteosis de mi belleza; el de Rowmney era la consagración del arte.

Consideraba que la historia tiene sus escalafones hasta para las cortesanas; que después de haber sido Friné, habíame trocado en Laïs, y después de Laïs, debía ascender a Aspasia.

Aspasia, amiga de Sócrates y de Alcibíades, Aspasia, mujer de Pericles, emitiendo su opinión en la vida pública de Grecia, decidiendo de las guerras de Samos, de Megara y del Peloponeso; Aspasia era algo más que una vulgar cortesana.

Pues bien, yo no sabía qué voz secreta me decía que no era bastante para mí el ser Laïs, y que sería Aspasia.

Rowmney regresó a casa. Era demasiado buen amigo para que le ocultase nada de lo que sucedía.

—Mi querido Rowmney, ¿qué consejo darías a una mujer de mis condiciones a quien se presentase ocasión de ser la esposa de un futuro par de Inglaterra?

—¡Muy bien! —exclamó Rowmney—, ¿se ha declarado por fin *sir* Carlos Greenville?

—¿Habías sospechado su amor?

—Sí, por cierto.

—¿Y no me decías nada?

—Estaba convencido de que, llegado el momento, serías tú la que tomarías la iniciativa, hablándome de lo que ocurre.

—Mi querido Rowmney, eres un hombre admirable, y, francamente, temo que nunca tendré valor para separarme de ti.

—Persuádate de una cosa, querida Emma: nunca nos separaremos.

—Pero, si me caso con *sir* Carlos...

—No son los cuerpos los que se separan, sino las almas; así que, desde el momento en que tú me guardes un recuerdo agradable, tan agradable como lo será el que yo consagraré a ti, ¿no existirá, acaso, la verdadera unión, la unión efectiva, y, como dice la Iglesia en su lenguaje simbólico, la comunión de nuestras almas? A

quinientas leguas, a mil leguas, lejos el uno del otro, estaremos más juntos que ahora, que todavía no nos hemos separado.

—Eres un filósofo platónico, Rowmney.

—Los antiguos decían: «Aquellos que mueren en la juventud, son amados de los dioses». Pues bien, siempre he pensado que un amor sin mácula, intachable, sería aquel que no hubiese tenido tiempo de marchitarse, que siempre se hubiese conservado en flor, embalsamado en un recuerdo, y que, parangonado con los demás amores, conservase su juventud y lozanía como una aurora de primavera.

—Entonces, Rowmney, tu parecer es...

No terminé.

—Mi parecer, Emma, es que debes abandonarte a tu destino.

—¿Crees, pues, que algún día llegaré a ser la mujer de un Par de Inglaterra?

—Ignoro lo qué serás; pero, si al cabo de una ausencia de cuatro o cinco años, a mi regreso a Londres, me dijese que eras tres veces reina, no me extrañaría. No fuera yo Rowmney, es decir, el primer pintor de Inglaterra, si no creyese en la omnipotencia de la belleza.

—Rowmney, lo que me dices, también me lo tiene dicho a menudo una voz interior; y, casi con terror lo confieso, yo creo en mi destino.

—Pues sigue ese destino, que sería una impiedad rebelarse contra él, si es la Providencia la que lo rige.

A la noche, recibí la carta de lord Greenville; pero, conforme le había dicho, no la abrí.

En su ardor, no tuvo paciencia, y vino a verme el mismo día, algo más tarde.

Le mostré la carta tal como la había recibido, o sea, cerrada todavía.

En cuanto a Rowmney, estuvo tan afectuoso con él como siempre, acaso más si cabe.

—¿A qué hora recibiré su contestación? —preguntó *sir* Carlos.

—Mañana, antes de mediodía.

—¡Quiera Dios que me sea favorable! —dijo *sir* Carlos.

Al día siguiente, rasgué el sobre que encerraba la carta, cuyo contenido decía simplemente así:

Me comprometo por mi honor a tomar por esposa, al llegar a mi mayoría de edad, a *miss* Emma Lyón; y si faltare a mi palabra, me someto a ser tratado como caballero desleal.

LORD GREENVILLE
1.º de mayo de 1780.

Presenté esta carta a Rowmney.

—No hay que titubear un solo minuto —me dijo—. Su fortuna va encerrada en estas líneas, y si lord Greenville no cumpliera su empeño, yo me encargaría de difamarle.

—Guarda tú este documento —dije a Rowmney—; estará más seguro en tu poder

que en el mío.

—A partir de este momento, querida Emma —dijo Rowmney guardando la carta en un cofrecito donde encerraba sus objetos más preciosos—, eres mi hermana y yo soy tu hermano. Si me sucediese alguna desgracia, procuraría que este manuscrito volviese a tus manos; por lo demás, puedes reclamarla en toda ocasión, puesto que va dirigida a tu nombre.

Me retiré a mi aposento, y escribí a *sir* Carlos Greenville:

Solicite usted del ministro una licencia de ocho días; venga esta noche a buscarme, y lléveme adondequiera.

EMMA LYÓN.

Una hora, después, me entregaban este billete:

Estaré a sus órdenes. Solo, que ha cometido usted una omisión: al pie de *Emma Lyón*, debía usted haber escrito estas palabras: *lady Greenville*.

El más feliz de los mortales

C. G.

Aquella noche, un carruaje del que tiraban cuatro caballos, rodaba por la calzada de Edimburgo. En él nos ausentábamos *sir* Carlos y yo; en tanto que Rowmney decía con acento de convicción a todos nuestros amigos que a la vuelta de dos años y medio volverían a verme, ostentando el nombre y el título de *lady* Greenville.

XXVI

Creo haber explicado lo suficiente el sentimiento que me unía a *sir* Carlos.

Por lo pronto, era la convicción de que me amaba de veras, la certidumbre de que me las había con un hombre honrado; luego (y acaso constituía el motivo principal) entraba esta ambición que me arrastra, que mantiene en mí el afán de los honores, del esplendor, de la riqueza. En esto me parezco a la mariposa que revolotea alrededor de la llama que debe consumirla.

Sir Carlos poseía, del patrimonio de su madre, un pequeño castillo en Escocia, sobre el Forth, entre Musselbourg y Preston-Pans, a ocho leguas de Edimburgo. En dicha propiedad hicimos alto.

Había obtenido de *míster* Fox una licencia de un mes, y no de ocho días, conforme era su primitiva intención. Probablemente tuvo buen cuidado en ocultar el verdadero móvil de su solicitud, tan bien acogida por el ministro.

Estas relaciones que duraron cerca de tres años y que decidieron de mi vida, son acaso, desde el punto de vista de las emociones, las más pobres en lo que atañe a sucesos dignos de ser narrados.

Con arreglo al compromiso contraído, *sir* Carlos me trataba como se mira y se trata a una esposa. Por mi parte, viendo en él a mi futuro marido le consideraba como si lo fuese ya.

Comprendía perfectamente el sacrificio que se había impuesto al empeñarme su palabra de hacerme su esposa, y, por consiguiente, quería yo, sobre todas las cosas, hacerle bastante feliz para que, en los dos años y medio que faltaban para nuestra unión legítima, no tuviese ni un solo instante que arrepentirse de su promesa.

En el castillo de *sir* Carlos solo permanecemos el tiempo necesario para descansar de nuestro viaje, y luego emprendimos un viaje de recreo por Escocia.

Sir Carlos me guardó toda suerte de atenciones; no habrían sido mayores las que hubiese guardado a una princesa. Mi viaje en su compañía fue un verdadero curso de historia en el cual aprendí las lenguas de Wallace y de Roberto Bruce, de Montrose y de Carlos-Eduardo; visité el aposento donde fue asesinado Rizzio, y el castillo que guardó, prisionera, a María Estuardo.

El mes transcurrió rápidamente; regresamos a Londres. En nuestra ausencia, el administrador de *sir* Carlos había alquilado una casa que miraba a Green Park, y en la cual nos instalamos. Con sus honorarios y su fortuna particular, *sir* Carlos disfrutaba de unas dos mil libras esterlinas anualmente; era poco con relación al lujo que yo sostenía; pero el ministro le había prometido, caso de conservar la cartera, buscar el medio de poder aumentarle el sueldo.

Sir Carlos escribió a su tío lord Hamilton que, ligado a la suerte de Fox, permanecería en Londres mientras su amigo continuase en el Ministerio, y al propio

tiempo Le pedía algún apoyo de índole económica.

Sir Guillermo Hamilton le envió una libranza de mil libras esterlinas.

Lord Greenville me preguntó con la mayor delicadeza si estaba dispuesta a completar mi educación práctica y de recreo. Reconocí que el caudal de conocimientos que eran suficientes para Emma Lyón, mujer aventurera, no lo serían para *milady* Greenville; por lo que respondí a *sir* Carlos que él mismo me trazase un plan de instrucción. A partir de entonces, tuve maestro de francés, de italiano, de canto, de dibujo y de baile.

Ya se sabe cuánta era mi facilidad en aprender y que estaba dotada de prodigiosa memoria. A pesar de haber empezado simultáneamente el estudio de todas las indicadas materias, hice rápidos progresos en cada una de ellas. Mi voz era afinada; se habría dicho que la música constituía para mí un arte olvidado, y que tan solo con simples ejercicios volvería a poseerlo. El italiano lo aprendí cantando.

Con respecto al francés, puse en su estudio tanto afán, que, todo el tiempo que me dejaban libres las demás materias, conservaba siempre en la mano un libro de prosa o de versos escrito en la lengua de Racine y de Voltaire.

Mi vida había, pues, sufrido un cambio radical; esos mil placeres que son el corolario de la vida de una mujer hermosa, habían sido reemplazados por los estudios propios de una joven reposada, y hasta de una madre de familia. Al cabo de diez meses, el nacimiento de una niña vino a imprimir a nuestra unión un sello más acabado de legitimidad.

Pero, dos meses antes, habíamos sufrido un fuerte quebranto en nuestra fortuna.

Había ocurrido lo previsto por *sir* Guillermo Hamilton: después de haber caído el Ministerio de Pitt, Carlos Fox, encargado, en 1782, de la cartera de Estado, firmó la paz con América y Francia; en ese triunfo creyó ver la razón y medida de un poder ilimitado, y en su indignación contra los fraudes cometidos por la Compañía de las Indias, los había públicamente denunciado en la tribuna y pedido una información; pero, habiendo fracasado en la Cámara, viose obligado a presentar la dimisión, y, una vez se hubo retirado del Ministerio, entró en la oposición.

Según costumbre, Greenville recurrió a su tío, asegurándole que antes de poco volvería Carlos Fox a figurar en el Ministerio, y que con ello su posición mejoraría como nunca, puesto que su adhesión al amigo no podía dejar de obtener la merecida recompensa.

Lord Hamilton envió a su sobrino una nueva libranza de mil libras esterlinas.

Con esa cantidad y los recursos particulares de *sir* Carlos, más los réditos de mis ocho o diez mil libras, habríamos podido vivir modestamente en espera de días mejores, y a ese fin tendieron todos mis esfuerzos; pero, sea que realmente creyese en la subida de Carlos Fox, sea que sus hábitos de dilapidador ejerciesen más fuerza en él que los consejos de la razón, ello es que continuamos llevando la misma vida.

Y resultó que no tardamos en tocar el fondo de nuestro bolsillo.

En semejante circunstancia, solo me quedaba un recurso: poner mi pequeña

fortuna a disposición de aquel cuyo nombre iba yo a llevar muy en breve.

Y así lo hice.

En el transcurso de un año y medio desapareció mi capital.

Por tercera vez, *sir* Carlos escribió a su tío; pero la petición no fue atendida, si bien le invitaba a reunirse con él, en las condiciones que anteriormente le había ofrecido.

Esa partida habría sido nuestra separación eterna; *sir* Carlos no pensó en ella ni un solo instante.

Nuestra prole había, crecido; la componían dos niños, y, al crecer la familia, había también aumentado nuestra penuria.

Es verdad que a la vuelta de tres meses *sir* Carlos iba a entrar en su mayoría de edad y que sin duda alguna cumpliría acto continuo su promesa. Yo pasaría a ser *lady* Greenville, lo cual cambiaba en cierto modo nuestra posición, pero no el estado de nuestras arcas.

Nuestra penuria iba degenerando en miseria.

Yo no sé describir estas situaciones en que el orgullo, las costumbres, los instintos entran cada día en lucha con la necesidad.

No podía dejar de estar reconocida a *sir* Carlos, que sufría todas las adversidades en aras del amor que me profesaba; pero su tristeza, su abatimiento, sus pesares no eran un secreto para mí. Vencí su resistencia a escribir por cuarta vez a su tío, y le escribí.

La respuesta de lord Hamilton fue para nosotros un golpe terrible.

Decía que, habiéndose informado acerca de su situación, había sabido que las causas de sus apuros procedían del amor depositado en una cortesana indigna de su amor; anunciaba su próxima venida a Londres, diciendo que quería formarse por sí mismo un juicio de los hechos, y que su futura conducta dependería del resultado de su investigaciones.

Sin embargo, añadía, en postdata, que, si era de su agrado aceptar las proposiciones formuladas en anteriores ocasiones, no tenía más que emprender su marcha a Nápoles, dejando en Londres a aquella mujer indigna de él, en cuyo caso, no quedaría abandonada, por cuanto estaba dispuesto a atender a su subsistencia.

Debo declarar en honor de *sir* Carlos que esta carta, a la que ni siquiera contestó, le produjo más enfado que pesadumbre.

Pero los sentimientos generosos no modificaban mucho ni poco nuestra situación. Después de habernos privado de lo superfluo, nos vimos en el trance de tener que privarnos de lo necesario; habíamos vendido todas nuestras joyas; debíamos un año, o más, de inquilinato, y, desahuciados ya por falta de pago, estábamos amenazados de ser lazados a la calle, junto con nuestros hijos.

Nos encontrábamos en esa situación extrema en que hasta se llega a desear que sobrevenga una nueva desgracia, considerando que ninguna, por cruel que fuere, puede empeorar la situación presente.

Cuando menos lo pensábamos, supimos que *sir* Guillermo Hamilton se encontraba en Londres en su hotel de Fleet street, hacía ocho días.

No habíamos sido prevenidos de su llegada. Seguramente *sir* Guillermo había empleado ese tiempo en hacer averiguaciones respecto a nosotros, lo cual equivalía a ser amenazados de una gran desgracia.

Apenas tuvo *sir* Carlos noticia de la presencia de su tío en Londres, tomó una resolución rápida.

—Mi querida Emma —me dijo—, exceptuando una separación, nada puede hacernos más desgraciados de lo que ahora somos; pues bien, nuestra suerte está en tus manos.

Yo le miré asombrada.

—Escucha —continuó—; conozco a mi tío; es un arqueólogo devoto de toda belleza plástica; se pasa la vida entre los más admirables mármoles de Grecia. Ahora bien: yo no sé de ninguna estatua, ni aun siendo del propio Praxíteles, que te iguale en belleza. Preséntate a mi tío, arrójate a sus pies, aboga por nuestra causa, y podemos darla por ganada.

Miré a *sir* Carlos sin poder volver de mi asombro ante semejante proposición.

—¡Cómo! —repliqué—, siendo yo el blanco, el motivo de su enojo, ¿cómo quieres que me exponga a su cólera?

—Está enojado contigo, querida Emma, porque no comprende mi amor, y no lo comprende porque no te conoce. Pero, cuando te haya visto una vez sola, cuando oiga el acento irresistible de tu voz, cuando tus lágrimas hayan corrido suplicantes, lo comprenderá todo y perdonará.

Sacudí la cabeza. Sentía una viva repugnancia en aventurarme en aquella tentativa.

—En este caso, no nos queda más remedio que resignarnos con nuestra suerte —dijo *sir* Carlos—, porque estoy convencido de que no obtendré nada de mi tío, que está esperando mi visita, apercibido contra mí, en tanto que tú...

—Oye —repuse—, asaltase la idea de que, habiendo podido corresponder a tu cariño, he rehusado por considerar humillante el medio de hacerlo. Déjame tiempo hasta mañana, para prepararme a esa entrevista, y mañana iré.

—Harás lo que quieras, Emma —respondió *sir* Carlos—, pero creo que el tiempo vuela y que es imprudente el perder un solo minuto. De hoy a mañana, lord Hamilton puede anticiparse a nosotros, y conviene que sea lo contrario, que nos anticipemos nosotros a él. Ponte el vestido más sencillo; nunca estás más hermosa que ataviada con sencillez. Llégate a Fleet street (todo el mundo conoce el hotel Hamilton), entra resueltamente, habla con el corazón en la mano, en tu nombre, en el mío, en el de nuestros hijos: Dios hará lo demás.

Sir Carlos hablaba con tal convicción, que empecé a darme por vencida. Solicitando un plazo hasta el día siguiente, había hecho lo que hace el condenado que implora una dilación; había probado a retardar el instante supremo, pero, formada ya

una resolución, lo mismo daba llevarla a término acto continuo.

Me fui, pues, a mi gabinete con la entereza que comunican las resoluciones desesperadas; me vestí las prendas más modestas de mi ajuar; me até los cabellos (que nunca llevaba empolvados) con una simple cinta; me toqué con un amplio sombrero de paja; echeme sobre los hombros una pequeña manteleta, y volví a reunirme con *sir* Carlos.

Al ruido que hice entrando en el cuarto donde estaba, levantó la cabeza y lanzó un grito.

—¡Oh! —me dijo—, nunca has estado tan hermosa, querida Emma. ¡Estamos salvados!

XXVII

A pie, para mostrarme sencilla en todo, me dirigí a Fleet street.

Sir Carlos tenía razón: no tuve más que preguntar por el hotel de *sir* Guillermo Hamilton para que me lo indicasen.

Al llegar junto a la puerta, me sentí desfallecer; me apoyé en la pared y procuré serenarme.

Lord Hamilton estaba en casa.

Un lacayo me pidió el nombre, para anunciarme. Temí que, si lo daba, me prohibirían la entrada.

—Diga usted solamente a *sir* Guillermo —respondí—, que una señora desea hablarle.

Aunque ya había cumplido veinticuatro años, parecía tan joven, que el criado, resistiéndose a reconocerme como *señora*, me anunció como una *joven*.

Oí la voz de *sir* Guillermo que decía:

—Que entre.

Puse la mano sobre mi corazón para comprimir sus latidos.

El lacayo me franqueó la puerta e invitome a entrar.

Sir Guillermo estaba sentado ante una mesa corrigiendo las pruebas de su obra intitulada *Observaciones sobre el Vesubio*.

Yo permanecí de pie en el umbral, esperando que levantase la cabeza.

Por fin, advirtió mi presencia; quedó un instante inmóvil y mirándome.

Luego se levantó, dando un paso hacia mí.

—¿Qué se le ofrece a usted, hija mía? —me preguntó.

Me faltó la voz y caí desvanecida.

Viendo la palidez de mi rostro y el temblor de mis miembros, tocó el timbre, y el ayuda de cámara se presentó.

—¡Esta joven se encuentra mal! —exclamó *sir* Guillermo—; ¡ayúdame!

El sirviente obedeció, entre los dos me colocaron en un canapé. Con el movimiento, se me soltó el sombrero y los cabellos se desdoblaron.

—¡Sales, que traigan sales! —pidió *sir* Guillermo.

El criado salió corriendo y volvió con un frasco de sales, que lord Hamilton me hizo aspirar.

Abrí los ojos que mantenía cerrados, debido más al miedo que a mi desfallecimiento.

—¡Ah, milord —murmuré—, cuán bueno es usted!

Y me arrojé a sus pies.

Él me miró con creciente asombro.

—Es preciso que usted venga a pedirme alguna cosa imposible, señorita —me

dijo—, para que dude de obtenerla.

Apoyé mi cabeza entre ambas manos, y rompí a llorar.

—¡Oh, milord, milord —sollocé sin levantar la cabeza—; si usted supiese quién soy!

—¿Quién es usted?

—El ser que más odia usted en el mundo.

—Yo no odio a nadie, señorita —replicó *sir* Guillermo.

—Pues, en tal caso, el ser que mayor desprecio le merece.

Se llevó la mano a la frente.

—¡Emma Lyón! —balbucí.

—¡Imposible! —exclamó retrocediendo—; ¡imposible!

—¿Por qué es imposible, milord?

—Una mujer perdida no puede tener semejante rostro.

—Un corazón generoso como el de su sobrino, milord, no se habría entregado a una mujer perdida.

—¿Es verdad lo que me han dicho, o es un tejido de mentiras?

—¿Qué le han dicho a usted? Estoy pronta a responderle francamente. En mi situación, la primera de las virtudes es la franqueza.

—Hanme dicho que su madre era una moza de labranza y que usted había guardado rebaños...

—Es verdad, milord.

—Que más tarde había sido criada de servicio en una pequeña población de provincias...

—También lo es.

—Que usted había venido a Londres; que había encontrado asilo en casa de un excelente sujeto, el médico Hawarden, que le encontró colocación en una joyería, pero que usted, con sus malévolas inclinaciones, dejó presto esa colocación.

—Todo eso es verdad.

—Ahora, sin duda, empieza la calumnia. Fue usted la querida de *sir* Juan Payne, de *sir* Harry Featherson...

Hice simplemente un signo afirmativo de cabeza.

—Luego, descendió usted todavía más. Se constituyó en la cómplice del charlatán Graham, vino a ser la amante de Rowmney, y finalmente la de mi sobrino, a quien, según se dice, no se entregó usted sino a condición, de que la haría su esposa y solo después de haberle obligado a firmar una promesa de casamiento, documento que le permite a usted retenerle esclavo suyo.

—Pido a usted diez minutos para sincerarme —respondí.

Y poniéndome en pie, me precipité fuera de la habitación.

—¿Dónde va usted —gritó *sir* Guillermo—, dónde va usted?

—Vuelvo en seguida, milord.

Bajé la escalera, volando, que no corriendo, y tomando el primer coche de

alquiler que pasaba, grité:

—¡Cavendish *square*!

Cinco minutos después llegaba a casa de Rowmney.

Afortunadamente, no había salido.

—¡El compromiso de casamiento de lord Greenville! —exclamé—; entréguemelo, mi querido Rowmney.

—¿Qué le sucede, qué pasa, mi pobre Emma?

—Nada... El documento, por favor. ¡Pronto... pronto!

Rowmney corrió hacia un armario, abrió el cajón y me devolvió el compromiso de matrimonio de lord Greenville.

—Toma —dijo Rowmney—. ¿Pero, no quieres consultarme acerca de lo que te propones hacer?

—Cuando se trata de asuntos que afectan a la dignidad, no se consulta más que a la propia conciencia. Gracias Rowmney.

Salí precipitadamente, y me hice conducir al hotel Fleet street; subí la escalera con igual celeridad, y encontré a *sir* Guillermo que se paseaba cabizbajo y a grandes pasos.

No le di tiempo de interrogarme, y le mostré el compromiso suscrito por *sir* Carlos.

—¿Qué es esto? —me preguntó.

—Dígnese usted leer.

Sir Guillermo leyó:

Bajo palabra de honor, me comprometo a tomar por esposa a *miss* Emma Lyón, al llegar a mi mayoría de edad; y, si faltase a la palabra empeñada, consiento en que se me califique de mal caballero.

LORD GREENVILLE.

1.º de mayo de 1783.

—¿Y qué? —dijo—. Ya sabía que este compromiso existía.

—Se equivoca usted, milord; este compromiso ya no existe.

Y, acercándome al fuego, tiré el papel a las llamas.

—¿Qué hace usted? —preguntó *sir* Guillermo.

—Nada sujeta ya a su sobrino, milord —respondí—. Ahora, es usted quien debe conseguir de él que me abandone.

Y, sin responder a su voz que me llamaba, salí de la habitación y regresé a mi casa.

Sir Carlos esperaba lleno de ansiedad.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, viéndome agitada y el semblante encendido.

Le conté, con todos los detalles, mi entrevista con su tío.

—¿Conque, has quemado mi compromiso de casamiento?

—Sí, lo he quemado, lo cual te devuelve la libertad.

—Ello se reduce, mi querida Emma, a un cambio de forma: la deuda escrita ha

pasado a tomar un carácter de deuda de honor. Eso es todo.

—Óyeme, Carlos, y reflexiona maduramente. Te encuentras en uno de esos momentos de la vida en que se decide el porvenir del individuo. Si me abandonas, todo el mundo aprobará tu proceder, y, además, tu porvenir quedará asegurado; si, al contrario, te obstinas en vivir conmigo, la sociedad te rechaza y lord Hamilton te deshereda. Materialmente, tú no puedes vivir conmigo, y materialmente yo no puedo vivir sin ti. En siendo rico, me devuelves las diez mil libras que hemos gastado juntos, procura obtener de tu tío que vele por la suerte de nuestros hijos, y ellos y yo viviremos; en cambio, siendo tú pobre, tu pobreza se extenderá a nosotros, y llegará inevitablemente un día en que te arrepentirás de tu amor y en que nuestros hijos me echarán en cara su desgracia.

—¡Basta, Emma, basta! —exclamó *sir* Carlos, abrazándome como para impedir que me separase de él—. Será lo que Dios quiera, pero ningún humano poder podrá separarnos.

Apenas proferidas estas palabras, lanzó un grito. La puerta del cuarto se abrió; su tío, que había subido sin permitir que le anunciaran y sin que nosotros le viésemos, estaba de pie en el umbral y había oído lo que habíamos hablado.

—¡Mi tío! —gritó *sir* Carlos, dando un paso atrás.

—Ya ve usted, señor —dijo a lord Hamilton—, que yo hago cuanto está a mi alcance y que no es culpa mía.

—Déjeme usted solo con esta joven, caballero —dijo *sir* Guillermo a su sobrino.

Sir Carlos saludó respetuosamente, y salió.

Lord Hamilton se acercó a mí y me tendió la mano.

—Estoy contento de usted, señorita —me dijo—, y espero que perseverará en la actitud que ha tomado.

—Perdón, señor —le respondí—, pero ya ve usted que no necesito de sus consejos; creo que los de mi conciencia bastarán.

—¡Muy bien! Pero, según he oído, tienen ustedes hijos.

—Ese es asunto aparte, y mi deber de madre me obliga a recomendarlos a usted.

—Conforme decía usted, mi sobrino le debe diez mil libras esterlinas.

—Es posible, señor, pero esa es cuestión entre su sobrino y yo.

—Si mi sobrino se aviene a dejarla a usted, triplicaré esta suma.

—No presto con usura ni mi dinero ni mi amor.

—¿Pero, qué liará usted con doscientas o trescientas libras de renta?

—Procuraré utilizar mis aptitudes.

—¿Dará usted lecciones?

—¿Por qué no?

—¿Qué lecciones?

—De francés e italiano.

—¿Habla usted estos idiomas?

—Sí.

Sir Guillermo me dirigió la palabra en ambas lenguas; yo contesté con la suficiente corrección para que pudiese quedar satisfecho.

—A juzgar por el piano y el harpa que aquí veo, colijo que también es usted instrumentista.

—En efecto, toco estos dos instrumentos.

—¿Sería indiscreción pedirle que se dejase oír?

—Tiene usted el derecho de exigir, señor.

—¿Y si en vez de exigir, me limitase a suplicar?

—En tal caso, se servirá usted excusarme si le canto algo en armonía con el estado de mi corazón.

—Cante usted lo que guste; sea la canción que fuere, la escucharé con agrado.

Confieso que en aquella situación eché mano del arte de la coquetería. Como no podía adivinar el sentimiento que impulsaba a *sir* Guillermo a dirigirme esta serie de preguntas, solo vi el lado insensible y egoísta, y me parecía que había crueldad en rogarme que cantase en semejante coyuntura; por lo que, obligada a obedecerle, quise a lo menos sacar todo el partido posible de mi obediencia en provecho de nuestro amor.

Llamé en mi ayuda a todos los recursos mímicos de que la naturaleza me había dotado; tomé asiento frente a mi harpa, y, la frente apoyada en ella, sueltos al aire mis cabellos que me caían sobre los hombros, desesperada y quejumbrosa como *Desdémona*, recorrí las cuerdas del instrumento arrancando algunos acentos lastimeros y entoné una emocionante balada del *Sauce*.

En casa de *sir* Harry y en la de Rowmney, había cantado con frecuencia esta poética queja, y siempre con grande éxito; pero esta vez, más que ninguna otra, me sentía conmovida.

Hice una pausa. Observé que *sir* Guillermo tenía el alma entera suspendida de mis labios.

Continué:

Un cristalino arroyo murmuraba en el erial
antes de perderse en el desierto...
del verde sauce tejeré mi guirnalda.
¡Canta, canta, sauce verde!

Me detuve pensando haber dado a *sir* Guillermo una prueba suficiente de mis talentos musicales y mímicos.

—¡Oh, por favor, continúe! —me dijo.

Continué la melancólica canción. Y después de haber arrancado al harpa su grito más doloroso, dejé morir lentamente sus acordes como un suspiro postrero.

Conmovida, anhelante, la cabeza inclinada sobre el hombro, yo esperaba nuestra salvación o nuestra condena.

—Señora —me dijo *sir* Guillermo—, ahora comprendo, la adoración que mi sobrino siente por usted. Dígale que le ruego vaya a hablarme mañana.

Y saludándome respetuosamente, se retiró.

No bien hubo traspasado la puerta, *sir* Carlos, que desde el dormitorio todo lo había visto y oído, entró precipitadamente en el salón, y abrazándome, llenos de alegría los ojos y de esperanza el corazón, exclamó:

—¡Bien lo sabía yo que tú serías nuestra salvación!

XXVIII

Fácilmente se comprenderá las emociones que aquel día experimenté. *Sir* Carlos alimentaba una esperanza de la que, sin poder explicármelo, no podía yo participar.

Parecíame que algo desconocido se ocultaba tras la aparente derrota de *sir* Guillermo. A todo lo que lord Greenville me decía, a todos sus proyectos, yo respondía:

—Mañana lo veremos.

Llegó el esperado mañana.

Sir Guillermo Hamilton no había indicado hora. A las nueve de la mañana, *sir* Carlos se encaminó a su casa.

Me quedé esperándole, y esperé una hora, que me pareció un siglo.

Al cabo de este tiempo, *sir* Carlos regresó a casa. Al verle, adiviné que ninguna de sus esperanzas se habían realizado. Estaba pálido y completamente abatido.

—¿Y qué? —le pregunté temblando.

Sacó una carta de su bolsillo.

—¡Inflexible! —me respondió—; exige nuestra inmediata separación.

—¿No lo decía yo?

—Si la aceptamos —prosiguió diciendo *sir* Carlos—, asegura quinientas libras esterlinas a cada uno de nuestros hijos, una renta revertible en caso de muerte; a mí, me señala una pensión de mil quinientas libras, y te devuelve las diez mil libras esterlinas que hemos gastado juntos.

—¿Y cuál ha sido tu respuesta?

—He rehusado.

—¿Qué carta es esa?

—Una carta para ti.

—¿De tu tío?

—De mi tío.

—Leámosla.

—Ya dirigida a ti, y he prometido que tú sola la leerías.

—Dámela.

—¿Quieres que te diga una cosa? —añadió *sir* Carlos mirándome tristemente.

—¿Qué cosa?

—Mi tío está enamorado de ti.

Yo me estremecí.

—Estás loco, Carlos.

—Lo juraría.

Incliné la cabeza sobre mi pecho.

Un rayo de luz acababa de iluminar mi mente.

Recordé la escena del día anterior, las miradas de *sir* Guillermo llenas de admiración, su voz tierna y acariciadora.

Con la carta en la mano, me acerqué a la chimenea, resuelta a arrojarla al fuego.

Sir Carlos me detuvo.

—Emma —me dijo, con firme acento—, ayer eras tú la que me infundías ánimo y era yo el que se resistía a todo cuanto me decías relacionado con el interés de nuestros hijos y el mío; hoy, soy yo quien te hablo y digo lo que vas a oír: Emma, lee esa carta y medita bien las proposiciones en ella contenidas, pues tengo la certidumbre de que encierra proposiciones, y no otra cosa. El instante es decisivo, y si ayer me creía en el derecho de disponer de mi destino y del de mis hijos, no creo que me asista ahora el de disponer del tuyo, ni la facultad de ser un obstáculo a tu porvenir y a tu felicidad.

Le miré con asombro; pero, conociendo la generosidad de su corazón, no me inspiró la menor duda el verdadero móvil de sus palabras.

—He prometido a mi tío —continuó—, dejarte en toda libertad de leer esta carta. Lee, querida Emma, y si, conforme creo firmemente, es el ultimátum de *sir* Guillermo Hamilton, decide de nuestra suerte.

Y, con los ojos arrasados, en lágrimas, abrazome y se fue a la alcoba, dejándome sola en el salón.

Permanecí unos instantes en pie, temblando y llena de sudor, y luego me desplomé sobre un sillón. Comprendía, en efecto, que el destino de todos nosotros dependía de mí. Abrí la carta; pero una nube obscurecía mis ojos, y al pronto no pude leer.

Poco a poco los caracteres se hicieron más visibles, mi vista se esclareció, y leí:

Señorita:

Desde ayer, he reflexionado con toda la serenidad y con todo el sosiego que es posible conservar después de haberla visto a usted, aun tratándose de un hombre de mi edad.

La pasión de mi sobrino me la explico considerando las cualidades que adornan a usted, y sus méritos y el encanto de su persona; comprendo, no solamente que se sienta amor por usted, sino también que ese amor sea eterno.

Pero, existen en la vida ciertos fatalismos contra los cuales sería insensato el querer luchar, puesto que todo humano esfuerzo se rompería sin poder vencerlos. Esa fuerza irresistible se ha manifestado ayer estando juntos, y está encerrada en las confesiones que tuvo usted la franqueza de hacerme.

Medite usted, y dígame si es posible que, en la misma ciudad que sucesivamente ha visto en usted a la querida de *sir* Juan Payne y de *sir* Harry Featherson, a la asociada de Graham, a la modelo de Rowmney, dígame usted si es posible que pueda ser en Londres la esposa de *sir* Carlos Greenville, sin exponerse a topar a cada paso con un recuerdo de ese pasado, contra el cual nada puede el arrepentimiento, y que no lograría borrar ni el mismo poder de Dios.

Su matrimonio con mi sobrino, en el supuesto de que yo lo autorice y asegure su posición, equivale a su infortunio y al de sus hijos.

Tiene usted veinticinco años —lo sé por usted, que yo solamente le atribuía diez y ocho—; tiene usted veinticinco años, mi sobrino, veinticuatro; es, pues, un año más joven que usted, y empieza para él la edad de las pasiones. Por hermosa, por seductora y perfecta que usted sea, ¿acaso no es posible que llegue un día en que la abandone y le exprese su disgusto por el sacrificio que creará haber hecho en aras de usted?

Soy el primero en reconocer que, si se casan ustedes en las actuales circunstancias, el sacrificio será de parte de usted; así lo siento y lo declaro; pero, a los ojos del mundo, el sacrificio será para él.

He aquí lo que paso a proponer a usted: en vez de ser mi sobrina, sea usted mi hija.

Viudo y sin hijos, estoja solo en el mundo; mi sobrino, separado de mí desde su juventud, viene a ser un extraño para mí. Le quiero por el amor que yo profesaba a mi hermana, y no por el que me haya podido inspirar directamente; a su vez, y sin que él se dé cuenta, mi sobrino no siente por mí sino un afecto cuyo móvil es el cálculo de los beneficios que puedo proporcionarle.

Si usted se aviene a ser mi hija adoptiva, todos esos obstáculos que se oponen a una vida tranquila y dichosa para usted, en Inglaterra, desaparecerán por sí mismos, como desaparece la estela de un navío que pasa de un mar a otro mar. La llevo conmigo a Nápoles, donde nadie la conoce, donde nadie la ha visto, donde no se llama usted ni Emma Lyón, ni *miss Hearte*, donde no es usted ni la manceba de Payne, ni de Featherson, ni la compañera de Graham, ni la modelo de Rowmney; donde es usted, con el nombre que más le agrade, mi hija adoptiva, mi muy querida hija.

Nada digo de mi fortuna. Mi renta es de siete mil a ocho mil libras esterlinas, sin contar lo que me produce mi cargo de embajador, que no baja de cinco mil libras anuales. De esta fortuna, hago tres partes: una para usted, otra para mi sobrino y otra para sus hijos.

Cuento ya cincuenta y ocho años; tengo necesidad de cuidados, de amistad, ya que no de amor; necesito que se me ame como se ama a un anciano. ¿Cuánto tiempo puedo vivir aún? Seis, ocho años, quizás diez. Considere usted cuán velozmente transcurren diez años a su edad; pues, en el caso más desgraciado, dentro de diez años, esto es, a los treinta y cinco, en que la mujer aparece todavía en el apogeo de su vigor y de su belleza, se encuentra usted libre, rica y —permítame usted que añada sin el más leve átomo de intención mortificante— purificada por su abnegación.

Vivo en Nápoles, una de las más hermosas ciudades del mundo, y todo me hace creer que viviré allí hasta el día de mi muerto; soy amigo del rey y de la reina; me muevo en el seno de una sociedad, en la que prontamente ocupará usted el sitio preeminente a que tiene usted derecho por su belleza, por sus talentos, en fin, por su condición superior; esa sociedad, la forman todas las aristocracias, desde la aristocracia de la sangre a la aristocracia del genio; y, por último, séame permitido decir que, esclava del pasado, aquí, será usted allí la reina del porvenir.

Ahora, queda impuesta de cuanto dejo dicho. Reflexione. Espero su respuesta con más impaciencia que si fuese un joven enamorado: espero con la impaciencia de un viejo egoísta.

Por lo demás, cualquiera que sea su contestación, ella no será óbice a los sentimientos afectuosos, a la estimación que usted me inspira.

GUILLERMO HAMILTON.

Esta carta tan sencilla, tan noble, tan digna, me conmovió profundamente. Incliné la cabeza sobre mi pecho, y caí en hondas meditaciones.

Cuando levanté la cabeza, *sir* Carlos estaba en pie delante de mí. En su sonrisa melancólica, se comprendía fácilmente que adivinaba lo que por mi alma pasaba.

Le tendí la carta.

—Lee —dije.

Empezó a recorrer su contenido.

—No —objeté con viveza—; no en mi presencia. Léela a solas, como lo acabo de hacer yo. Después de todo, cumple reconocer que tu tío posee un corazón muy noble.

Sir Carlos se fue a su cuarto, y yo me quedé sola de nuevo en el salón.

¿Sola?... ¡Oh, no! La carta de *sir* Guillermo lo había poblado de un mundo de fantasmas. Una vez más la suerte, el azar, el destino, la fatalidad, la Providencia parecía querer disponer de mí, sin consultar mis propios deseos, sin dejar campo a mi libre albedrío. No podían ocultárseme la fuerza y la verdad de los razonamientos de *sir* Guillermo Hamilton referentes a mi casamiento con su sobrino; todas esas ideas me habían asaltado más de una vez, y conforme veía acercarse el objeto creado por mi ambición, decrecían, en realidad, mis deseos de alcanzarle.

Al contrario, el horizonte que ante mí abría *sir* Guillermo, resplandecía con todos

los fulgores de aquel sol del Mediodía que hasta entonces no había entrevisto más que en las estrofas de Tasso y Ariosto. Mi funesta imaginación, siempre dispuesta a arrastrarme hacia el mundo sin límites de la fantasía, descubría los más resplandecientes espejismos. La diadema de reina de la sociedad que se había desprendido de mi cabeza con la partida de *sir* Juan, el abandono de *sir* Harry, la ruina de *sir* Carlos, todo sería reconquistado con creces, de un modo más amplio, más elevado, a favor de la posición que ocupaba en la diplomacia *sir* Guillermo Hamilton.

Si un embajador no es un rey, es la representación de la realeza; la más exigente ambición femenina puede contentarse con el título de embajadora. Es verdad que, siguiendo a *sir* Guillermo Hamilton, mi condición sería, no de embajadora, sino simplemente de hija adoptiva de un embajador, lo cual era bien distinto, ya que el fastidio, el capricho, la fantasía de un viejo, podía en cualquier momento, al cansarse de mí, dejar caer nuevamente a la hija adoptiva, puesto que nada garantizaba la adopción, al nivel de Emma Lyón y aun de *miss* Hearte.

No para hija adoptiva, sino para mujer debía haberme solicitado *sir* Guillermo.

A este pensamiento, cruzó por mis ojos una imagen deslumbradora.

¿Por qué mi espíritu se sentía deslumbrado? ¿Por ventura no era la parentela de lord Greenville tan ilustre como la de lord Hamilton? ¿No descendía de los Warwick, o cuando menos, no pertenecía a esa familia, cuyo fundador había sido el famoso conde Ricardo Nevil, denominado el fabricante de reyes? *Sir* Guillermo pertenecía a una buena familia de Escocia; helo aquí todo. Luego, si un Greenville, esto es, un Warwick, se había dignado empeñarme su palabra, ¿por qué *sir* Guillermo Hamilton, que, si bien era rico y ocupaba una brillante posición, no poseía los mismos atractivos de aristocracia y de juventud que su sobrino, por qué, repito, podía *sir* Guillermo resistirse a hacer *lady* Hamilton a la que con una sola palabra podía ser *lady* Greenville? ¿Habíame jamás detenido en mi marcha ascendente? ¿No habían sido siempre mis caídas algo providencial que me remontaba a regiones superiores?

Siendo casi *lady* Greenville, ¿había más distancia hasta ser *lady* Hamilton, de la que hubo entre la querida de Rowmney y *lady* Greenville?

Yo sería la una o la otra; decididamente, sería *lady*.

XXIX

Había permanecido más de una hora bajo la influencia de esas reflexiones; el reloj, dando horas, me sacó de mi abstracción.

Levanté los ojos, buscando a *sir* Carlos.

Había tenido tiempo suficiente de leer la carta de su tío. ¿Por qué no había vuelto a mi lado, a hablar de su contenido conmigo?

Me levanté para ir a su lado, y fui al dormitorio. Lo encontré vacío, lo mismo que el cuarto de vestirse.

¿Había salido *sir* Carlos?

Miré en torno mío para dar con la llave del enigma, y sobre el bufete vi desplegada la carta de *sir* Guillermo.

Junto a la carta había estas líneas de lord Greenville:

No me engañaba, Emma; mi tío está prendado de ti. No quiero, por la influencia que puedo ejercer en tu corazón, influir en tu destino. Durante ocho días, no volveré a esta casa, y es muy probable que a mi vuelta, no te encuentre.

Pero, por el porvenir de nuestros hijos, por nuestro honor, no seas menos que *lady* Hamilton.

CARLOS GREENVILLE.

Así que, también él había visto el camino que se me abría y creído que podía yo pretender, alcanzar las alturas que al principio me deslumbraron y que poco a poco me acostumbré a mirar como el águila mira el sol, sin pestañear.

Cogí la pluma y escribí:

Milord:

He comunicado a lord Greenville la carta con que se ha dignado honrarme usted.

Ha abandonado acto seguido la casa, diciéndome que no volvería hasta dentro de ocho días, a fin de dejarme en completa libertad de decidir de mi suerte, de la suya y de la de nuestros hijos.

Estoy, pues, en el caso de responderle, milord, y lo haré con la franqueza que hasta ahora he usado.

¿Cómo puedo yo ser digna de llamarme hija adoptiva de Guillermo Hamilton, siendo indigna de ser su sobrina?

No, milord, hay una cosa más sencilla que todo esto: consiste en no ser ni su sobrina ni su hija, y continuar simplemente Emma Lyon.

Soy yo la que abandona Londres. Hace dos años, pasé tres meses (acaso el período más feliz de mi vida) en una pequeña y encantadora ciudad llamada Nutley. Vuelvo a ella.

Conforme a la voluntad de *sir* Carlos, a quien prometo a usted no volver a ver y a quien dejo completamente libre de su destino, viviré allí sola, entregada a la educación de nuestros hijos.

Estos niños, milord, se los he recomendado a usted; por consiguiente no debo inquietarme por ellos.

Me había equivocado, milord, cuando creí que podía ser una esposa honesta, buena madre y labrar la dicha de un gentilhombre. Pero usted también se ha engañado, al suponer que yo podía, perdiendo una posición falsa, aceptar una posición más falsa todavía.

Mi posición, como amante de lord Greenville se había formado en Londres; ¿quién me asegura que llegaría a formarme la de hija adoptiva suya en Nápoles?

No, milord, no es para mí tanto honor. Nacida en la obscuridad, en la obscuridad moriré; los días de esplendor, no han sido los más felices de mi vida.

Adiós, milord. Busque usted para su sobrino una esposa noble y pura; hágala su hija adoptiva, y deje a la pobre Emma en su miseria y en su deshonor.

Me considero su servidora y no ambiciono otro título de usted.

EMMA LYÓN.

Mandé llevar inmediatamente esta carta a *sir* Guillermo Hamilton, y me puse a hacer los preparativos de marcha.

Apenas la recibí, vino corriendo a mi casa.

Encontrome ocupada llenando y cerrando baúles.

—¿Conque habla usted en serio? —exclamó.

—No puede ser más serio —respondí—. Considero que no puede usted suponer que yo me atreva a bromear con usted.

—¿Y si su carta no me hubiese encontrado en casa, y en vez de venir en seguida no hubiese venido sino de aquí a dos horas?...

—No me habría usted encontrado.

—¿Creería, usted haberse librado de mí?

—¿Librarme de usted? No comprendo, milord. No buyo de usted, no huyo de *sir* Carlos, ni de nadie; simplemente, me aparto, me retiro.

—Yo hubiese estado en Nutley una hora después que usted, y tal vez una hora antes.

—¿Qué objeto le habría llevado a Nutley, milord?

—Decirle que, ahora que la conozco, Emma, no puedo pasar sin usted, y que con el título que usted misma quiera elegir, permanezca a mi lado.

El orgullo hizo estremecer mi corazón.

—Milord —le dije—, bien sabe usted que no hay más que un título que yo pueda aceptar del tío: es el que he rehusado del sobrino.

—Emma, ¿es la ambición lo que pone en sus labios estas palabras?

—No, milord, es la dignidad.

—¿No la aconseja nadie sobre la actitud que debe usted observar conmigo?

—Sí, por cierto, milord.

—¿Quién es?

—Uno sin cuyo consejo no puedo lealmente tomar ninguna decisión.

—¿Quién?

—*Sir* Carlos.

—¿Mi sobrino?

—Pase usted a ese cuarto, milord, y encima del bufete está la carta que él me ha escrito antes de salir de casa. Léala.

Sir Guillermo entró en el dormitorio, y segundos después volvió con la carta en la mano.

Apenas había tenido tiempo de leerla.

—*Miss* Emma —me dijo—, ¿quiere usted dispensar el favor de aceptar por esposo a un hombre que nunca será sino su padre?

Las piernas me flaquearon; caí sobre un sillón; un frío sudor inundó mi frente.

¿Era un sueño?

El orgulloso *sir* Guillermo Hamilton, venido expresamente de Nápoles para desbaratar el matrimonio que yo estaba próxima a contraer con su sobrino arruinado, me ofrecía su nombre, su posición social, su fortuna.

—Milord —le dije—, aceptar de buenas a primeras una proposición tan espléndida, podría, más adelante, parecerle una sorpresa. Renuévela mañana, y le daré una respuesta.

—Acepto, pero a condición de que usted me la dé en la capilla del hotel, y de partir para Nápoles el mismo día.

—Mañana, seré yo la que obedeceré sus órdenes, milord.

—¿Permitirá usted, entretanto, que *sir* Guillermo, en calidad de amigo, pase la velada con usted?

—Rehusarlo sería, milord, privarle de la fortuna de arrepentirse.

—¿Cree usted que me aburriré?

—El embajador amigo de reyes, el sabio rodeado de lo más selecto de la sociedad, encontrará un interés mediocre en la conversación de la pobre pastora del ducado de Gales.

—Es usted como las princesas de nuestros cuentos populares, Emma; su madrina hubo de ser alguna hada, y usted suprimió una letra del nombre que le puso, para mejor conservar el incógnito. Usted no se llama Emma, sino Gemina.

—Milord, milord, está usted acostumbrado a hablar con una reina. No olvide que se encuentra en Londres, y no en Nápoles.

—Esa reina será una amiga, Emma; esa reina solicitará de usted lecciones de gracia y de buen gusto; esa reina, si usted quiere eclipsarla, se verá obligada a cederle su corona.

—¿Le da ella a besar su mano, milord, cuando usted le dice estas cosas?

—¿Por qué?

—Porque me siento dispuesta a hacer mi aprendizaje de virreina.

Y le tendí la mano.

Lord Hamilton la cogió y besó con el mismo respeto que le hubiese merecido la reina María Carolina.

—Con los proyectos que tengo para mañana —me dijo saludándome—, usted no extrañará si le digo que tengo muchos quehaceres. Permita, pues, que la deje, y resérveme la velada que me ha prometido.

Yo misma sentía deseos de encontrarme sola para darme cuenta de las sensaciones que agitaban mi alma. Hice a *sir* Guillermo una graciosa reverencia y le dije que lo esperaba a las ocho de la noche.

Cuando hubo salido, hundí mi cabeza entre ambas manos; parecíame que iba a estallar.

¿Tengo necesidad de describir la extraña situación en que me encontraba, y, por

decirlo así, de deshojar los detalles a los ojos de mis lectores?

No. Conforme lo había adivinado, *sir* Guillermo Hamilton estaba locamente enamorado de mí. Me dejó a la una, embriagado, deslumbrado.

Al otro día, a favor de las licencias compradas por *sir* Guillermo para dispensar la publicación, un pastor protestante nos casó en una cámara del hotel transformada en capilla, sin ruido, sin pompa, sin otros asistentes que los testigos obligados.

Terminada la ceremonia, el pastor nos entregó a cada uno de los dos un certificado de su registro para dar fe de la validez del acto.

Esta vez, no era una promesa de matrimonio como la de lord Greenville; era una verdadera boda, secreta, pero válida.

El mismo día salimos para Nápoles, después de haber *sir* Guillermo dejado arreglados los asuntos de su sobrino y de nuestros hijos con la munificencia de un príncipe.

XXX

Atravesamos parte de Francia, de Bélgica, de Alemania; nos detuvimos en Viena el tiempo preciso para que *sir* Guillermo pudiese ofrecer sus respetos al emperador José II, a quien había tenido el honor de ser presentado cuando, cuatro años antes, Su Majestad había venido a Nápoles de incógnito, sin acompañamiento y bajo el nombre de un simple gentilhombre. Después, salimos para Venecia, Ferrara, Bolonia y Roma.

En Roma, *sir* Guillermo decidió empezar a introducirme en la sociedad italiana. Sus investigaciones arqueológicas le habían llevado más de una vez, no diré a la metrópoli del mundo cristiano, sino a la capital de los Césares, y estaba en intimidad con las familias más distinguidas.

Llegamos a Roma a principios de la primavera de 1788.

Pío VI ocupaba la silla de San Pedro hacía trece años, y tenía de edad setenta y uno. El bello Angel Braschi, que, al ser nombrado papa en sustitución de Clemente XIV, había titubeado en ponerse el nombre de Formoso II, continuaba siendo el adorador de su propia belleza, y corrían las más ridículas versiones acerca de la admiración que a sí mismo se profesaba. Las malas lenguas, que hasta en Roma las hay, decían que Su Santidad debía alguna gratitud a esa notable hermosura, la cual no había sido ajena a su encumbramiento, al que había eficazmente contribuido el cardenal Ruffo, decano del Sacro Colegio, quien, según rumores, amaba al joven prelado con un amor cuyo semejante debía buscarse en la antigüedad y que no podía ser comparado más que al de Sócrates por Alcibíades.

Esta belleza, que había originado su fortuna, la impulsó y cimentó; y conste que hablo al igual que las malévolas lenguas de Roma. Habiendo Angel Braschi perdido a su protector, aspiró a reemplazarle por una protectora, y vino a ser el amante de la querida del cardenal Rezzonico, sobrino del papa, que le nombró gran tesorero, cargo que el bueno de Ganganello le quitó nombrándole cardenal. Es cierto que Clemente XIV no podía conducirse de otra suerte, por tener derecho al capelo cardenalicio todo gran tesorero de la Santa Sede al perder su empleo, justa o injustamente.

A nuestra llegada a Roma, se presentó una ocasión de poder ver a Su Santidad, que, según se sabe, *encuentra a las mujeres*, pero no las recibe; en efecto, cuando algún ilustre extranjero o alguna noble dama romana desea ver al Sumo Pontífice, manda pedir este favor a Su Santidad, el cual responde que en un día y hora determinados se paseará por los jardines del Quirinal, si es verano, o del Vaticano, si es invierno. La señora se encuentra el día y a la hora indicada, con Su Santidad, y recibe la bendición pontificia.

Pero, en mi condición de protestante, yo no podía ni siquiera esperar tal gracia, que debía alcanzar por un medio aún más sencillo.

Los directores del colegio de la Propaganda habían conseguido que Su Santidad asistiese a una de sus discusiones académicas. En su condición de embajador, fue a *sir* Guillermo sumamente fácil obtener dos asientos reservados, lo cual no nos puso en el caso de tener que esperar. Llegamos precisamente a la hora de empezar.

Apenas nos hubimos sentado, se produjo un prolongado murmullo anunciando la llegada de Su Santidad.

Confieso que mi curiosidad era muy grande.

Realmente, era difícil que hubiese otro anciano de tan correcto físico como el de Pío VI; sus blancos cabellos, que un tiempo fueron rubios, conservaban su graciosa ondulación; el cutis de la cara estaba demasiado remozado para no creer en algún artificio de tocador, pero los dientes eran preciosos y la mirada tenía singular vivacidad.

Aquel día, su mirada era quizás más viva y más acentuados los colores de su rostro. Circulaba por lo bajo el rumor de que Su Santidad acababa de sufrir uno de esos impulsos coléricos que eran el espanto de todos los que le rodeaban y que solía provocar el motivo más insignificante.

Pío VI había, para la solemnidad a la cual debía asistir, encargado a su sastre un hábito nuevo; pero el cortador incurrió en algunas ligeras imperfecciones que perjudicaban la regularidad de formas, de que tan orgulloso se mostraba Su Santidad. Censuró con acritud este vicio del que hizo responsable al pobre sastre, que se excusó con toda humildad, sin conseguir, empero, aplacar la iracundia de su exigente cliente, de quien recibió una dura reprimenda. El miedo, más que el daño ocasionado, determinó un desmayo en el infeliz, del que no volvió sino después de una copiosa sangría.

Dio comienzo el acto. Todo marchó perfectamente durante las dos terceras partes de la sesión, pero, creyendo halagar al soberano pontífice haciéndole ver cómo la Iglesia extendía su influencia hasta las más apartadas regiones, los directores presentaron a un joven negro del Congo, y este neófito cristiano empezó un discurso que me pareció de los más elocuentes, pero que, ya en el exordio, fue interrumpido por el Papa, que se levantó y salió dando visibles señales de descontento. Pocos segundos después se conoció la causa de esta desazón. Pío VI no se había preocupado ni de la belleza de la peroración, ni del Congo, ni de su situación en el globo terrestre; solo había visto una cosa, un negro muy feo, cuya irritante fisonomía hirió la susceptibilidad de sus órganos visuales, y abandonó la sala recomendando que en lo sucesivo no le pusiesen más delante de sus ojos semejantes monstruos.

Tal fue el resultado alcanzado por los directores del colegio de la Propaganda.

En desquite, algunos meses antes, el 6 de octubre de 1787 —la fecha quedó grabada en la memoria de los que rodeaban a Su Santidad— la Providencia había otorgado una viva satisfacción a Pío VI: la *princesa-duquesa*, la señora Constanza Onesti, había dado a luz un robusto varón.

Llámase en Roma *princesa-duquesa* a la mujer de uno de los sobrinos del papa a

quien este nombra príncipe-duque; los demás sobrinos son, en general, cardenales.

La princesa-duquesa, esto es, la mujer del príncipe-duque Onesti-Braschi, era por varios conceptos, según se decía, estimada de Su Santidad: por lo pronto, como sobrina, por haberse desposado con su sobrino; luego, como hija de la querida del cardenal Rezzonico, la bella Julia Falconieri, de quien el propio pontífice había sido el amante. Muchos decían, por consiguiente, que la princesa-duquesa conservaba con respecto al papa unos vínculos que este afectaba desconocer; y, en efecto, Pío VI rechazaba con todas sus fuerzas esa paternidad, respetuoso de los principios religiosos, que no le prohibían el adulterio, pero que se revelaban contra el incesto.

Con motivo de este alumbramiento, habíanse celebrado grandes festejos en Roma, y todos los cardenales y prelados habían testimoniado su regocijo y su adhesión a Su Santidad colmando de regalos a la princesa-duquesa.

El marido de esta, que yo encontré en las reuniones de la princesa Borghese, era un hombre bastante guapo, de formas atléticas, venido para recibir el título de príncipe-duque, de su pequeña ciudad de Cesena. Su ignorancia era extrema; y cuando, en Roma, se quería hablar de un hombre llegado a los últimos límites del idiotismo, se decía: «Bruto como el príncipe duque».

La primera vez que vino a casa de la princesa Borghese, a su llegada de Cesena, orgulloso de su condición de príncipe-duque y de la genealogía que un erudito romano acababa de descubrirle, pidió un vaso de agua a la dueña de la casa.

El príncipe-duque estaba recostado en la chimenea.

—Tire usted dos veces del cordón que está a sus espaldas —le dijo la princesa—, y será usted servido.

El príncipe-duque obedeció; ignoraba el manejo de las campanillas. Su asombro fue mayúsculo, no bien hubo sacudido dos veces el cordón, viendo entrar un criado con una bandeja llena de pastas y refrescos. Se le explicó, para satisfacer su curiosidad, el mecanismo de las campanillas, lo cual excitó su admiración en sumo grado.

Tanto fue su asombro, que en vez de volver a su casa, el príncipe-duque se encaminó al Vaticano, y despertó a su tío para comunicarle el descubrimiento que había hecho.

El papa, que estaba acostado, tiró del cordón de la campanilla pendiente en la cabecera de su cama, y dijo al camarero que acudió al llamamiento:

—Acompañe a monseñor Onesti, y otra vez, antes de permitirle entrar a estas horas, averigüe si lo que viene a decirme vale la pena de interrumpir mi sueño.

Esta ignorancia del príncipe-duque se extendía a todo. Algunos días después encontré a Su Alteza en el domicilio de la marquesa Bocca Paduli-Gentili. Se habló de la literatura inglesa y de la francesa; de Shakespeare, de Ben Johnson, de Racine, de Corneille, de Molière.

El príncipe-duque permanecía con la boca cerrada; no conocía a ninguno de esos señores y oía hablar de ellos por vez primera. *Sir* Guillermo, a propósito de la

tragedia de *Mahomet*, dedicada a Ganganelli, pronunció el nombre de Voltaire.

—¡Ah! —exclamó el príncipe-duque saltando de alegría en su sillón—, a ese le conozco. Es un monje alemán que ha dado mucho que sentir a la Santa Iglesia.

El buen príncipe había confundido a Voltaire con Lutero.

Al día siguiente nos encontramos juntos en la Embajada de Venecia. Se habló de Viena y de la galería imperial de cuadros.

El príncipe-duque, en su entusiasmo artístico, dijo:

—Si yo residiese en Viena, pasaría mi vida en esa galería, contemplando el cuadro de *la Noche*, de Correggio.

Nos miramos. Todos sabíamos que *la Noche* de Correggio había sido comprada por Augusto III, elector de Sajonia, y que ese cuadro se encontraba en Dresde.

Lord Hervey, duque de Bristol, obispo de Derry en Irlanda, no pudo dejar sin su merecido tamaño rasgo de ignorancia.

—¡A fe mía, monseñor —le dijo—, que me pesa tener que contradecir a un hombre de su saber, pero no vacilo en afirmar que está usted equivocado, y que el cuadro que le hace desear vivir en Viena para poderlo contemplar a su gusto, está a la hora de ahora, no en Viena, sino en Dresde!

—¡Bueno! —repuso el príncipe-duque—; ¿querrá usted saberlo mejor que mi tío, que me lo ha dicho, y que, en su cualidad de papa, es infalible?

—Monseñor —replicó lord Hervey—, aduce usted un mal argumento; yo soy obispo protestante, y, por lo mismo, no reconozco la infalibilidad de su tío.

Ya tengo dicho algo referente al orgullo del príncipe-duque fundado en la genealogía que él había inventado.

He aquí la verdad sobre la tal genealogía.

Angel Braschi pertenecía a una familia noble, pero pobre, de Cesena; su hermana se había casado con un modesto burgués de dicha población llamado Onesti, comerciante que nunca tuvo la intención de ocupar un sitio en la carroza del rey de Francia.

Así que, cuando el sobrino del papa fue nombrado príncipe-duque, por Su Santidad, hubo necesidad de buscarle una descendencia digna de su jerarquía.

Afortunadamente, un genealogista leyó estas palabras en la *Vida de San Romualdo*, escrita en latín:

Romualdus, ex Honestis parentibus natus

El genealogista asió la ocasión de los cabellos, tomó el adjetivo *honestis* por el nombre patronímico del santo, e hizo imprimir con gran lujo tipográfico una obra en la que demostraba que San Romualdo pertenecía a una familia Onesti, de la que descendía en línea recta el sobrino del papa.

En virtud de esa genealogía, el primogénito del príncipe-duque, el niño cuyo nacimiento, en 6 de octubre de 1787, había promovido tan viva satisfacción en la

corte de Roma, recibió de su tío en la pila bautismal, el nombre de Romualdo.

XXXI

He dicho que las conversaciones romanas eran aburridas; pero rectifico, diciendo que yo las encontraba divertidas y hasta extraordinarias.

Las romanas son guapas sin duda alguna, pero más en el pueblo que en la aristocracia. No es raro encontrar entre las transtiberianas y entre las campesinas de los alrededores de Roma tipos que recuerdan las madonas de Rafael; pero repito que esos tipos son casi todos populares.

En el mundo nobiliario, las bellezas escasean; así que, mi aparición en los salones romanos fue un acontecimiento sensacional.

Era casi una revolución entre los prelados y cardenales.

Es preciso, en primer término, decir en qué consiste generalmente una tertulia romana, cuando un gran suceso como el de mi presencia no origina confusión ni trastorno.

En las tertulias de Roma, el tiempo transcurre entre formulismos impuestos por la etiqueta. La alegría no existe, ni siquiera en el seno del elemento juvenil. El temor se oculta en todos los corazones; la desconfianza se refleja en todos los ojos. En vez de entregarse a las expansiones, como en Francia y en Inglaterra, los contertulios se miran los unos a los otros, se examinan, y todos enmudecen de miedo de comprometerse. Los extranjeros no participan de los mismos terrores, pero la frialdad de los demás se extiende a todos en general.

Toda la sociedad tiene el aspecto de un inmenso reloj cuyas, ruedas están paradas a intervalos, tomando de nuevo su movimiento mediante sacudidas, para volverse a parar. Afortunadamente, se juega de firme; pero, aunque yo era muy aficionada al juego, prefería entregarme al estudio de lo que me rodeaba, calculando que siempre tendría ocasión de tomar la baraja. Si la dueña de la casa no juega, se apodera de alguna Eminencia o de algún ministro, y conversa con él mientras dura la reunión; los demás personajes revestidos de alguna dignidad hacen otro tanto, y sus conversaciones son tan graves y silenciosas, que entre cincuenta interlocutores se percibiría el vuelo de una mosca. La inmovilidad de todos ellos, me recordaba la de los senadores de la antigua Roma sentados en sus sillas curules y esperando la muerte de mano de los Galos.

Cuando en la tertulia hay tres o cuatro cardenales, la situación se hace más incómoda para los presentes; esas Ilustrísimas Eminencias se pasean sin cesar; hay que cederles el sitio preferente, saludarlos profundamente y tener cuidado de no pisar la enorme cola de su hábito. Los modestos prelados que los rodean, caminan inclinados y aplauden a cada palabra que la Eminencia se digna dejar escapar de sus sagrados labios.

Mi llegada a Roma y mi introducción en los círculos sociales levantó un

verdadero trastorno. Las Eminencias, en vez de pasearse, formaban corro en torno mío, y, como yo hablaba el italiano con soltura, y pocos de ellos el francés y ninguno el inglés, estaban encantados de poderme ofrecer sus cumplimientos, tan insulsos como afectados, en la lengua donde vibra el *sí*, como dice Dante.

Uno de los más asiduos en cumplimentarme, era lord Hervey, obispo de Derry, y como quiera que me hablase en inglés, que tenía, si no ingenio a lo menos originalidad, y que nos reíamos de lo que mutuamente nos contábamos, los encumbrados personajes que nos rodeaban se entregaban a toda suerte de comentarios.

La conversación que yo encontraba más agradable, era la de la marquesa de Santa-Croce, en cuya intimidad solo se admitía a una sociedad selecta y compuesta casi exclusivamente del cuerpo diplomático; por lo que fui admitida, en mi calidad de consorte de lord Hamilton.

Había yo solicitado con mucha insistencia ser presentada a la marquesa de Santa-Croce, porque sabía que a las diez de la noche se encontraba a su lado el cardenal de Bernis, y deseaba conocer a ese admirable anciano cuyas poesías denominadas por él sus *pecados de juventud*, me eran conocidas, por haberlas leído.

El cardenal de Bernis tenía a la sazón setenta y tres años y nada había perdido de su imaginación, y aun diré que ni de su juventud. Ostentaba en Roma el título de protector de Francia. Se sabe que después de haber desempeñado un papel en la diplomacia europea, recibió órdenes menores, se trasladó a París, donde publicó versos galantes, se condecoró con *madame* de Pompadour, entró en la Academia a los veintinueve años, progresó rápidamente después de la muerte del cardenal Eleury, fue nombrado embajador en Venecia, y llegó a cardenal. Como ministro de Estado, firmó el tratado de alianza con Austria, y durante la guerra de los Siete Años viose privado del favor de que gozaba, por haber aconsejado la paz, contra el parecer de *madame* de Pompadour; pero, habiendo fallecido esta en 1764, el cardenal de Bernis fue nombrado arzobispo de Alby, y cinco años más tarde embajador en Roma. Durante los primeros años de residencia, desempeñó un papel muy brillante; y cuando España recobró su influencia cerca de Roma, el cardenal mantuvo a Francia en buen lugar.

El mismo día de ser presentados a Su Eminencia, nos invitó para el siguiente a comer en su compañía.

Sabíamos de antemano que la mesa del cardenal de Bernis era excelente, y que, contra la costumbre observada en Roma, la servidumbre no iba a exigir de los convidados el precio de la comida del día antes.

El cardenal vivía con mucho boato, y bastaba haber sido presentado a él una sola vez para tener un cubierto en su mesa. Sus gastos no interrumpidos, mejor dicho, sus continuados despilfarros, le conducían a la ruina, tanto más cuanto que su familia, encargada de la administración de sus bienes en Francia, *inventaba* cada año, para no tener que enviarle fondos, ora una sequía, ora una inundación; y, cuando no podía achacar la culpa a los elementos de la Naturaleza, eran las reparaciones sufragadas lo

que les impedía hacer el envío de dinero.

El amable viejo me contaba riendo todas estas cosas, y, coqueteando conmigo, me decía:

—Por fortuna, tengo setenta y tres años, y siempre me quedará lo suficiente para llegar hasta el fin.

¡Ay! el digno varón se engañaba. Destituido tres años más tarde, por su oposición a la Revolución francesa, despojado de toda su fortuna, pasó de una renta de cien mil escudos romanos a una penuria que degeneró en miseria, falto de los socorros que para él había obtenido de la corte de España el caballero de Azara, amigo suyo.

Encontramos en casa del cardenal de Bernis a este digno español, sobre cuya honradez y cortesía no había en toda Roma más que una sola opinión. Él y su corte (la de Carlos III), estaban momentáneamente en cuestiones de delicadeza con Su Santidad, a propósito de un pequeño escamoteo que el Papa había hecho y del cual, a pesar de sus instancias, no había podido obtener justicia.

Como todo el mundo sabe, la compañía de Jesús fue expulsada, en 1767, de España y de Nápoles, y abolida por fin en 1773 por Clemente XIV, que sobrevivió solo dos años a dicha abolición.

Aunque el rey Carlos III tenía ojeriza a los miembros de la mentada Compañía, por haber, en ocasión de su nacimiento, propalado la especie de que era hijo del cardenal Alberoni, y no de Felipe V, su venganza se limitó a expulsarlos de sus Estados y de los de su hijo Fernando; pero continuaba pagándoles sus pensiones en excelentes pesos fuertes españoles.

Destinada al pago de dichas pensiones, había llegado a Civita-Vecchia una importante cantidad en efectivo.

Pío VI hizo depositar aquellos fondos en la casa de la Moneda.

En vez de proceder a su distribución entre los jesuitas, Su Santidad mandó fundir las monedas con un cuarto de aleación, y fabricar otras nuevas con el sello de las italianas, y con ellas hizo el pago, obteniendo con esta combinación un beneficio que, según aseguró Jenkins, el banquero de *sir* Guillermo, se elevaba a veinticinco por ciento.

Los jesuitas y el caballero de Azara reclamaron, pero sus reclamaciones fueron inútiles; por lo que elevaron un memorial al rey Carlos III pidiendo que en adelante se les pagase directamente y por mediación del embajador de España.

Nada significa esto, comparado con lo que se cuenta de los medios empleados por el soberano pontífice para procurarse dinero, o más bien para aumentar la fortuna del príncipe-duque y del cardenal Onesti, sus dos sobrinos.

En los días de nuestra llegada a Roma, Pío VI, a pesar de su poder temporal y espiritual, estaba a punto de perder un pleito que indudablemente habría ganado, en condiciones más ventajosas para Su Santidad. Pero se tratada de un asunto injusto, inicuo.

He aquí el hecho.

Había en Roma un ganapán de los suburbios de Milán, que, con su trabajo de mozo de cordel, había amasado la respetable suma de ochocientos mil escudos romanos (cuatro millones cuatrocientas mil pesetas).

Llamábase Lerí.

Tenía tres hijos: Amasis, José y Juan.

Repartió su fortuna entre ellos, poniendo por condición que la parte de cada uno de los hermanos que falleciese sin dejar hijos varones, pasase a los demás.

Juan, el mayor, murió sin descendencia poco tiempo después que su padre; después murió José, dejando una hija, Ana María. Quedaba el tercero, Amasis, que se había hecho sacerdote y que, por lo tanto, estaba exento de tener hijos.

Lo justo hubiese sido que todo, hasta la herencia del sacerdote pasase a la hija, ya que ninguno de los fallecidos había dejado hijos varones.

Pero no fue así. El sacerdote pretendió que todo debía ser suyo, y se apoderó de la fortuna total, con perjuicio de Ana María, a cuya madre no profesaba ninguna estimación.

Ana María incoó un pleito contra su tío.

Entonces, el sacerdote, abusando de su influencia, sobornó a los testigos para que declarasen, como así lo hicieron, que Ana María no era hija legítima.

Esta captación sublevó los ánimos de todo el mundo.

El ruido del pleito llegó a oídos del Papa, que olfateó un buen negocio. Encargó a un tal Nardini que fuese a ofrecer a Amasis un capelo cardenalicio y una renta cuyo monto se fijaría más adelante; haciéndole presente al mismo tiempo, que, habiendo su padre ganado toda su fortuna en les Estados de Su Santidad, era de justicia que fuese revertida a Su Santidad.

Amasis vio en aquella proposición un medio de satisfacer su orgullo y su odio; hizo donación de todos sus bienes al Papa, remitiéndose a su generosidad en lo tocante a la indemnización prometida.

El Papa puso en el acto al príncipe-duque en posesión de esta fortuna; pero no se acordó de la renta ni del capelo ofrecido.

Amasis reclamó, pero sin resultado.

El remordimiento de haber cometido sin provecho una mala acción, se apoderó de Amasis. Plizo testamento en el que consignaba que la donación hecha a Su Santidad era a consecuencia de una captación y de malos consejos, añadiendo que lo que principalmente le había movido, era el rencor que sentía por su cuñada, cuyo perdón demandaba, confesando su crimen y revocando la donación.

Nardini, el agente de Su Santidad, a quien sin duda no se le había pagado comisión, se alió con Amasis, declarando que se arrepentía de haber secundado a Pío VI en aquella acción abominable.

El testamento de Amasis y las confesiones de Nardini fueron públicas muy pronto, y la murmuración se extendió por todas partes. Pero el Papa se limitó a declarar que los actos de munificencia de Amasis en su favor eran un milagro del

apóstol San Pedro, y que no podía oponerse a una protección manifiesta del santo a favor del que había de sucederle en la silla apostólica.

Como quiera que en aquella época el Papa tenía setenta y un años, Ana María y su madre decidieron esperar a la muerte de Su Santidad, para dirigir el pleito, una vez acaecida, contra el príncipe-duque.

Esta resolución asustó a Pío VI.

Muerto él, no quedaría quien tuviese poder bastante para hacer inclinar la balanza de la Justicia.

Obligó, pues, a Ana María a hacer valer sus derechos; pero el interés que inspiraba la pobre muchacha a quien se quería despojar, se hizo tan general, la injusticia contra la cual ella reclamaba era tan evidente, que los jueces advirtieron a Su Santidad que no podían dejar de dictar sentencia contra él, y le aconsejaron una transacción.

En su virtud, el Papa hizo proposiciones a Ana María, de quien se decía que aceptaría la mitad de los bienes de su abuelo, dejando la otra mitad al príncipe-duque, el cual vendría a percibir dos millones doscientas mil libras.

No era para él un arreglo muy honroso, pero, en cambio, era muy conveniente.

XXXII

Se explica que, dada mi afición al teatro, lo primero que hiciera en llegando a Roma fuese pedir a *sir* Guillermo, que me llevase a un espectáculo teatral.

Mi curiosidad crecía de punto recordando haber oído que en Roma se acostumbraba hacer representar por mozalbetes los papeles de mujer.

Después de todo, no sé si pueden ser llamados mozalbetes esas criaturas neutras encargadas de reemplazar a las mujeres. Entre los griegos, apasionados adoradores de la belleza, la fantasía plástica había inventado al hermafrodita, conjunto de todo lo que determina la belleza en los dos sexos, y que era a la vez Hebe y Ganimedes.

Los romanos han inventado un ser especial, que no pertenece ni a un sexo ni al otro, y que no es ni Plebe ni Ganimedes.

Por esos singulares individuos los prelados romanos cometen, en toda edad, todo género de locuras, lo mismo que nuestra juventud dorada, en Londres y en París, por las bailarinas y coristas de la Opera.

Sir Guillermo me acompañó al teatro Valle. Se representaba *Armida* de Cluck, y el papel de la protagonista estaba a cargo de un joven cantante que gozaba entonces del más alto favor de la prelación romana.

En el momento de salir a escena y antes de haber emitido la primera nota, la sala en masa estalló en aplausos. Graves prelados, viejos cardenales, cuyo severo aspecto me había impresionado, llevaron su contento a un grado máximo, cuando aquel... ¿cómo lo diré?... cuando aquel *objeto* salió de entre bastidores.

Su éxito fue inmenso.

En nuestro palco estaba el cardenal Breschi-Onesti, hermano menor del príncipe-duque, que, salido apenas de una grave enfermedad, había considerado que una pasión por ese nuevo *Sporus* no tenía nada de peligrosa para un convaleciente. Nos contó con orgullo que la enfermedad de que acababa de salir tenía por origen un completo agotamiento de fuerzas, sobrevenido a consecuencia de una orgía en la que había apostado triunfar de los cinco mejores bebedores y de las cinco cortesanas más hermosas de Venecia.

Estuvo en trance de muerte, pero ganó la apuesta.

El cardenal Breschi-Onesti era uno de los más entusiastas adoradores de la estrella escénica que a la sazón estaba en boga. Ofreció a lord Hamilton acompañarle al camarín de *Armida*, prometiéndole que presenciaría el tocado de la maga, que cambia de traje en el segundo entreacto.

Pregunté si las señoras concurrían.

Respondiome que no era costumbre, pero que seguramente, en mi condición de extranjera, sería bien recibida por el *signor* Veluti (nombre del transformista), máxime si yo le dirigía algunos elogios, y que, por lo demás, el *signor* Veluti era un

ferviente devoto de las mujeres bonitas.

El cardenal hizo abrir la puerta de comunicación entre la sala y el teatro; atravesamos el escenario y penetramos en un corredor que conducía al camarín, de Armida, delante de cuya puerta se agolpaba una multitud de amigos y admiradores.

Pero, a la vista del cardenal, todos se apresuraron a dejarnos franco paso.

Entramos en un aposento cuya elegancia podía competir con la del tocador de la más atildada señora del gran mundo.

El ídolo estaba delante de su altar, es decir, de su tocador. Recibió al cardenal con la más encantadora sonrisa, y le preguntó cómo se atrevía a presentarse ante él sin ofrecerle un ramillete o una caja de bombones.

El cardenal Breschi-Onesti sacó de su dedo meñique un brillante evaluado en unos mil escudos romanos, y lo colocó en el índice del *signor* Veluti, rogándole que aceptase aquella sortija en sustitución del ramillete. Teniendo —dijo—, el honor de acompañar al espectáculo al embajador y a la embajadora de Inglaterra, ignoraba si le iba a ser posible pasar a ofrecerle sus respetos; pero *sir* Guillermo Hamilton y su esposa habían manifestado deseos de ver de cerca al gran cantante, y él había aprovechado esta oportunidad para venir a expresar a su artista favorito la admiración que había producido en el primer acto de *Armida*. Esto dicho, el cardenal nos presentó al *signor* Veluti, que tuvo a bien dispensar a *sir* Guillermo Hamilton el honor de darle a besar su mano, y a mí el de invitarme a tomar asiento.

Sea que nuestra condición de extranjeros fuese una recomendación a sus ojos, sea que se sintiese halagado de recibir la visita del embajador de una potencia de primer orden, el *signor* Veluti se mostró muy deferente para, con nosotros; dirigiome las más tiernas miradas, y nos dijo que, si lo permitíamos, se consideraría muy feliz en devolvernos la visita.

Fácil es comprender que no tuvimos inconveniente en aceptar tan señalada honra.

Luego, dirigiéndose a mí, me suplicó le dijese la clase de opiata con que me frotaba los labios y la marca del dentrífico de que me servía. Le respondí que nunca me había servido, para mis dientes, más que de agua pura, y que, con respecto a los labios, eran naturalmente del color que veía.

El *signor* Veluti no creyó en la posibilidad de semejante milagro, cogió la bujía y me pidió permiso para mirar de cerca mis labios y mis dientes, examen a que accedí con el mejor agrado, y después del cual el *signor* Veluti manifestó que, a no dudar, era yo una de las más hermosas criaturas que en su vida había visto.

Y se acercó a su tocador, coqueteando con sus admiradores y dejando de vez en cuando escapar de su garganta algún gorgorito, que los concurrentes se apresuraban a aplaudir.

Todos, o casi todos los visitantes pertenecían a la alta prelación, y era cosa digna de ver los empeños que ponían para obtener una mirada, una sonrisa, una palabra de la apócrifa Armida. Viendo todo aquello, creía estar soñando; y sonreía al ver tales demostraciones de respeto dadas por hombres que el pueblo consideraba venerables a

aquel ídolo que sumaba una unidad más en el número de los falsos dioses reunido en el panteón de las herejías humanas.

El sonido de una campanilla anunció que iba a levantarse el telón.

El *signor* o la *signora* Veluti, como quiera entenderse, me dijo:

—No puedo hacer que sea usted más bella de lo que es; pero puedo hacer por usted lo que la sibila de Cumea olvidó de pedir a Apolo: puedo, por mi arte mágico, hacer que sea usted eternamente hermosa.

Y pronunciando algunas palabras que tenían la pretensión de ser cabalísticas, me hizo una reverencia y se alejó contorneándose y vocalizando con una nitidez y precisión que, ciertamente, no dejaban nada que desear.

Salí muda de asombro y volví a mi palco, situado bastante cerca del escenario para poder ser reconocida del *signor* o la *signora* Veluti, que tuvo la amabilidad de hacerme blanco de sus miradas más penetrantes, y de dedicarme sus más difíciles trinos.

Al día siguiente recibí la visita del conde de Bristol, a quien expliqué los inauditos acontecimientos de la noche anterior. Se echó a reír y me dijo que en la alta prelación de Roma existía un octavo pecado capital denominado *pecado noble*; los prelados lo prohibían, pero con tanta benignidad, con tan rara fatuidad, que, incurrir en él, antes bien parecía motivo de satisfacción que de censura.

Es verdad que, cerca del conde, inglés y obispo protestante, los prelados guardaban, cierta reserva; pero eso no impedía que monseñor de Bristol no tuviese, acerca de las costumbres romanas, los pormenores más curiosos y más increíbles.

El *signor* o la *signora* Veluti vino a devolverme la visita a las cinco de la tarde; pero mandele decir que los preparativos de viaje me obligaban a suspender toda recepción.

La misma noche que precedió a mi partida; ocurrió un hecho extraño que dará idea de la manera cómo se conduce la policía en Roma y cómo Su Santidad Pío VI entendía la aplicación de la justicia.

A cincuenta pasos de nuestro hotel, en la plaza de España, se había intentado un robo, sobre las dos de la madrugada, en la relojería del Vaticano. Rovaglio, el relojero, sus hijos y dos criados se habían defendido; uno de los ladrones quedó tendido, y otro fue encontrado moribundo en una esquina de la calle del Babuino.

Pocas horas después todo Roma sabía que Rovaglio se había hecho justicia con su propia mano.

No era la primera vez que habían intentado robar su joyería, muy bien surtida de relojes y alhajas.

Cada vez había prevenido a la policía; pero el prelado Busca, encargado de la seguridad pública, respondía siempre con evasivas, sin decidirse a tomar medidas eficaces contra los ladrones.

Viéndose así abandonado de quien estaba en el deber de protegerle, Rovaglio, aprovechando la ocasión de ir a dar cuerda a los relojes del Vaticano, procuró

encontrar al Padre Santo, a quien contó lo que sucedía, pidiéndole protección directa contra los malhechores que robaban a mano armada.

—Mi querido Rovaglio —le respondió el Papa—, comprendo la crítica situación en que se encuentra usted; pero no puedo hacer nada. Puesto que monseñor Busca no quiere protegerle, no puedo obligarle a hacerlo. Defiéndase usted mismo.

—¿Cómo hacerlo, Santo Padre? —preguntó Ravaglio.

—Ocúltese usted con sus hijos y con sus criados, bien armados, y cuando los ladrones se presenten en su casa, háganles fuego. Les doy por anticipado la absolución más amplia, y maten cuantos puedan.

Rovaglio siguió el consejo del Papa. Tomó el partido de defenderse, y dio muerte a dos bandidos.

El Papa le cumplió la palabra, absolviéndole públicamente de aquellos dos homicidios.

XXXIII

No puedo dejar Roma sin hacer mención en este lugar de algunos apuntes sobre los hombres y las cosas. La comparación que hice de nuestras costumbres septentrionales con las del Mediodía quedaron tan hondamente fijadas en mi memoria, que, treinta años después, el retrato de los hombres y el relato de los hechos son de una exactitud tal, como si las líneas que se siguen hubiesen sido trazadas en 1788, a mi paso por Roma.

Lo que desde un principio llamó mi atención al llegar a Roma es la diferencia relativa que había en los precios de todo. Un coche de alquiler cuesta en Londres una guinea diaria; en París, diez y ocho libras; en Roma, siete u ocho solamente.

La misma proporción rige en los hoteles. En Londres, una habitación mediana, cuesta una guinea al día; en París, quince libras; en Roma, apenas diez libras.

Lo caro en Roma, no es el carruaje, ni los alquileres, ni la comida; es innegable que se come muy mal, pero lo que resulta caro, es la *buena mano*, en otros términos, la propina. No se visita la casa de una persona distinguida, un cardenal, por ejemplo, sin que al otro día los criados dejen de presentarse en la vuestra pidiendo una propina.

El arzobispo de Viena había encargado a *sir* Guillermo un paquete para el cardenal Buoncompagno; *sir* Guillermo, que no tenía ninguna necesidad de ver a dicho prelado, mandó el paquete a su destino por medio de un camarero. Al siguiente día, un mocetón vestido de librea, vino a cumplimentar a *sir* Guillermo en nombre de su amo, y en el suyo, a pedirle una *buena mano*.

Sir Guillermo le respondió que nunca había visitado al cardenal Buoncompagno; que se había limitado a remitirle un paquete del que se había hecho cargo por pura complacencia, y que, por lo mismo, antes correspondía al cardenal Buoncompagno dar una propina al camarero de lord Hamilton, y no a este gratificar al camarero del cardenal.

El perillán insistió, y *sir* Guillermo le hizo poner en la calle.

El banquero de mi esposo en Roma era un hombre demasiado notable para que yo no me ocupe de paso en dedicarle algunas palabras. Llamábase Tomás Jenkins, era inglés de nacimiento, y primitivamente había cultivado la pintura; pero, habiendo comprendido que nunca pasaría de ser un pintor adocenado, se contentaba, sin descuidar las funciones de banquero, con ser un conocedor hábil, muy versado en la teoría de todo lo relacionado con la pintura, y al mismo tiempo un arqueólogo cuya opinión era mirada como infalible o poco menos, en materia de camafeos y de cuanto cae en el dominio de la arqueología.

La antigüedad le era muy familiar, y, para completar su elogio, diré que a menudo se le consultaba en casos de duda, y uno de los que a él acudían era el cardenal Alejandro Albani —que no se debe confundir con el cardenal Francisco— por el célebre Winkelmann, autor de la *Historia del arte en la antigüedad*; y también el

ilustre Rafael Mengs, uno de los mejores pintores de la escuela moderna, fallecido hace diez años.

Esta amalgama del comercio de estatuas, medallas y camafeos, con el de banquero, había hecho de Jenkins uno de los más opulentos capitalistas de Roma.

Sir Guillermo retiró el dinero necesario para continuar el viaje, y, además, compró a su banquero dos o tres de sus más hermosas sortijas y de sus más hermosos camafeos, todo lo cual me regaló. Testigo de aquellas operaciones de compra venta, conservo de ellas un recuerdo imborrable.

Si era una medalla, Jenkins empezaba por hacer la historia de la reliquia aquella, que acababa vendiendo a buen precio. Cerrado el trato y pagándole el importe convenido, rompía en sollozos y suspiros. Un padre a quien arrancasen a su hija de su lado, no manifestaría un dolor tan agudo, que llegó al extremo de enternecerme.

—Milord —dijo a *sir* Guillermo—, si algún día se arrepiente de la compra que acaba de hacer, tráigame estos camafeos, estas sortijas y medallas, y le devolveré íntegro el importe que por tales objetos ha satisfecho usted, y con ellos, me devolverá usted calma y consuelo.

Pero, lo raro del caso es que algunas veces, cogiéndole la palabra, le habían devuelto los artículos comprados, y Jenkins, siempre fiel a su promesa, había restituido íntegramente el dinero recibido, dando muestras de la más viva alegría viéndose nuevamente en posesión de las lloradas reliquias.

Fuese cálculo, fuese sentimiento verdadero de un arqueólogo que, como Cardillac, no se podía decidir a separarse de su tesoro, este proceder de Jenkins era una garantía para el comprador, que no podía creer haber pagado un objeto más de su valor, desde el momento que se le brindaba la restitución del mismo por una cantidad exactamente igual.

Presumo de expresar con el semblante las diferentes emociones del alma; pero reconozco que si Jenkins fingía, me dejaba muy atrás en el arte de reír y de llorar.

A nuestro paso por Roma, vimos también, aunque sin trabar intimidad, a un prelado que más adelante desempeñó tan importante papel en la corte de Nápoles, que considero deber presentarlo al lector. Me refiero al gran tesorero de Su Santidad, monseñor Fabricio Ruffo.

Era este prelado sobrino del cardenal Ruffo, decano del Sacro Colegio, que con aviesas intenciones tan eficazmente protegió a Angel Braschi en su carrera eclesiástica.

Hagamos justicia a Su Santidad, quien, ya en el trono de San Pedro, conservó tal gratitud al que le había allanado el camino, que su primer cuidado, una vez exaltado al solio pontificio, fue conceder al sobrino del cardenal muerto la misma dignidad que anteriormente había él recibido de Rezzonico por la protección de la hermosa Julia Falconieri. Nombró al joven Fabricio Ruffo gran tesorero, cargo que, he dicho ya en otro lugar, concede al que lo deja, derecho al capelo cardenalicio.

Monseñor Ruffo pasaba en Roma por hombre de muy claro entendimiento.

Ferviente devoto del bello sexo, profesaba, al contrario, profundo desprecio hacia los cantantes del género de aquel *signor* Veluti de quien he hablado. A la sazón cortejaba con gran asiduidad a una *signora* Lepri, emparentada con Ana María, de quien también tengo hecha mención; y, como no se ocultaba, sus amores eran del público dominio, lo cual les valió el honor de hacerse populares en unos versos satíricos, cuyo autor, un periodista de Florencia, fue castigado con un prolongado arresto. Desde el famoso libelista condenado a galeras por Sixto V, no se había visto un ejemplo de rigor semejante. Como aludo a una anécdota muy conocida en Roma, pero ignorada fuera de la ciudad eterna, acaso sea conveniente abrir aquí un paréntesis, y narrarla a título de exposición de costumbres.

Bajo el pontificado de Sixto V, un poeta llamado Marera compuso una sátira en la que se ultrajaba a la mujer de un alto funcionario, el cual se quejó al Papa. Severo, pero equitativo, Sixto V, envió a buscar al poeta, y le preguntó los motivos que le impulsaron a semejante atrevimiento. Después de algunas explicaciones que no satisficieron completamente al pontífice, por más que le hicieron sonreír a menudo, Su Santidad le preguntó cómo había, bajo su responsabilidad, podido señalar como cortesana a una mujer cuyo nombre era casi un símbolo de virtud.

—¿Tiene usted algún resentimiento de ella? —añadió Sixto V.

—No, Santidad —respondió el poeta—, ninguno.

—Entonces, ¿por qué la ha calumniado?

—Tenía necesidad de una rima, y su nombre me la proporcionó.

—¿Y usted, señor poeta, cómo se llama? —preguntó el Papa.

—Marera —contestó el interpelado.

—Pues bien, ahora voy a versificar yo, y puesto que su nombre me brinda una rima, allá van los siguientes pareados:

Cumple a usted, señor Marera,
Ser remero de galera.

La sentencia pronunciada por el Papa se cumplió, y a cuantas solicitudes se le dirigieron en favor del culpable, Su Santidad respondió:

—A fe mía, es tan raro el consonante de las voces razón y rima, que, una sola vez que concierten, constituyen un acontecimiento digno de ser comprobado y de formar época.

Y el señor Marera, o Marero, fue destinado a empuñar los remos en las galeras de Civita-Vecchia, donde murió dejando dos volúmenes de poesías inéditas, perdidas para la posteridad, pues ningún editor tuvo el valor de publicarlas.

La víspera de nuestra partida, al salir del teatro Valle, fuimos a despedirnos del cardenal de Bernis, que Voltaire había bautizado con el nombre de *Babel la bouquetière* (la ramilletera).

En el domicilio del cardenal encontramos al conde de Bristol, obispo de Derry,

que iba con la misma intención.

—¿Conque Su Grandeza abandona Roma? —preguntó a ese singular prelado cuya originalidad me llamaba la atención.

—Sí, hermosa compatriota.

—¿Cuándo es la marcha?

—Mañana.

—Si no es indiscreción, preguntaré a qué punto se dirige Su Grandeza.

—Mañana lo sabrá usted.

Al otro día, cuando habíamos almorzado, se presentó en nuestra casa y pidió hablar a solas con *sir* Guillermo, quien lo condujo consigo a su despacho.

Cinco minutos después, *sir* Guillermo volvió riendo y llevando de la mano al obispo.

—Querida Emma —dijo—, aquí tienes a milord Hervey que se lisonjea de haberse enamorado de ti, con tanta vehemencia, que le mataría la pena si se separase de tu lado. Solicita, pues, permiso de acompañarnos a Nápoles. Como supongo que no quieres la muerte de uno de nuestros más ilustres pares y más encumbrados dignatarios eclesiásticos, he accedido a su ruego, y Su Grandeza no espera más que tu asentimiento para ser el más orgulloso de los hombres y el más feliz de los obispos.

No inspirándome ningún temor los setenta y dos años de monseñor de Bristol, estimé que no debía ponerme en abierta oposición con *sir* Guillermo Hamilton por causa de una tan inocente solicitud.

Tendí la mano a monseñor de Bristol, que él besó con señales de viva alegría, y se determinó que desde aquel momento quedaba agregado monseñor Bristol a la embajada de Inglaterra con el carácter de gentilhombre a mi servicio.

XXXIV

Salimos de Roma en dos coches de posta, acompañados de los seis criados del conde de Bristol y los dos nuestros, todos ingleses, fuertes y animosos, formando una verdadera escolta capaz de defendernos en el probable caso de ser asaltados por los bandidos que infestaban las campiñas romanas.

Siempre he tenido grandes deseos de aumentar el caudal de mis pobres conocimientos, por lo que era para mí motivo de verdadera satisfacción viajar en compañía de *sir* Guillermo Hamilton, porque, muy al corriente de la historia antigua, cuando narraba un hecho, citaba una fecha, describía un monumento, se podía aceptar todo lo que él decía como artículo de fe.

Salimos de Roma por la vía Apia, es decir, por la antigua puerta Apiana, dejando a nuestra izquierda el valle de Egeria, el circo de Caracalla, la tumba de Cecilia Metella, y a la derecha, las catacumbas de San Sebastián y los monumentos de la familia Aureliana.

Sir Guillermo mandó parar nuestro carruaje ante la tumba de la hija, de Metelo el Crítico, donde reposaron las cenizas de aquella inteligente joven que conoció a César, a Pompeyo, a Cicerón, a Lúculo, y acaso los había reunido en su hogar, antes de separarlos la guerra civil con sus odios irreconciliables. No obstante sus setenta y dos años, mi escudero, el conde de Bristol, descendió del carruaje, y quiso a todo trance subir hasta la cima de la tumba de Cecilia Metella, para arrancar y traerme una rama de un granado que vegetaba entre las ruinas.

En llegando a Aqua-Ferentina, *sir* Guillermo nos mostró el sitio donde Clodio fue herido mortalmente por los gladiadores de Milán.

En Genzano, dejamos un instante los coches, y acompañados de cuatro de nuestros guardias armados, subimos hasta el lago de Nemi, uno de los más espléndidos de la campiña romana.

El conde de Bristol, que parecía haber retrocedido a los veinte años, no se separaba de nosotros un momento, y caminaba a nuestro lado, cuando no a la vanguardia.

La excursión duró una hora aproximadamente. Volvimos a ocupar los carruajes, y por una pendiente bastante rápida, rodamos hacia la laguna Pontina, que Pío VI tenía empeño en desecar, no por el bien público, no para conseguir el saneamiento de Roma, sino para aumentar los dominios territoriales de su sobrino el príncipe-duque.

A la mitad del descenso, nos cruzamos con una carroza que ya de lejos nos pareció como perteneciente a algún príncipe de la Iglesia. Y en efecto, al cruzarnos, reconocimos a monseñor Ruffo.

Nos detuvimos a indicación suya, que nos pidió un vaso de agua fresca para un pobre diablo que llevaba a Roma en su propia carroza, atacado de la terrible fiebre de

la laguna Pontina.

Lo había encontrado tendido al pie de un árbol, se lo echó al hombro, lo acomodó en el vehículo y lo conducía a Roma para que le cuidasen.

En su calidad de gran tesorero, monseñor Ruffo iba a menudo a visitar los trabajos que se llevaban a cabo por cuenta de Pío VI, y a pagar a los obreros.

En uno de esos viajes, se le había presentado ocasión de realizar la obra meritoria de que fuimos testigos. Los odios ciegos de las guerras civiles nos hicieron a Hamilton, a Nelson y a mí, durante un cierto tiempo, enemigos encarnizados del cardenal Ruffo; pero, hoy día que los odios han cedido y que escribo puesta la mano en el corazón, debo declarar que el cardenal, capaz de actos de la naturaleza del que he mencionado, abogó frecuentemente por la causa de la humanidad, a despecho de la ciega venganza, en la que desgraciadamente tomé parte demasiado activa.

Por lo demás, cuando llegue el momento de narrar los terribles acontecimientos a que aludo, le haré toda la justicia merecida.

Le dimos el agua que pedía para el calenturiento, que no cesaba de pedir de beber. En el coche-furgón que nos acompañaba, teníamos toda una cantina.

El gran tesorero se separó de nosotros, diciéndonos que probablemente nos veríamos en Nápoles.

En efecto, el cardenal era napolitano, descendiente de una gran familia de San Lucido en Calabria, su nobleza era proverbial. Cuando se quiere citar una nobleza rancia e indiscutible, suele decirse, en Italia: «Los Evangelistas, en Venecia; los Borbones, en Francia; los Colonnas, en Roma; los Sanseverini, en Nápoles; los Ruffo, en Calabria».

Nos separamos, continuando cada cual su respectivo camino: él, el de Roma, nosotros, el de Terracina.

Nada más pintoresco que ese camino de albañales Pontinos, en cuyas márgenes los braceros de Su Santidad abrían un canal. Solo veíamos semblantes pálidos y enfermizos, por estar todos aquellos infelices más o menos atacados de la fiebre *malaria*. Cada quince días había necesidad de reemplazarlos por otros obreros de repuesto, en tanto que iban a recobrar en las alturas la salud perdida en los pantanos.

Con la noche, el paisaje adquirió tonos fantásticos; pero, lo que me impresionó sobre todo y que nunca olvidaré, es el carácter de cuanto nos rodeaba en las paradas que hacíamos para el relevo de los caballos.

En los pantanos aquellos hay solamente dos o tres postas señaladas por algunas chozas de madera donde habitan los postillones con sus familias.

Los caballos, pequeños, delgados, peludos, pacen libremente.

Al oír el chasquido del látigo de nuestros conductores, vimos salir cinco o seis hombres armados de largas pértigas; montaron en pelo sobre el primer caballo que tuvieron a mano, y, formando un cerco alrededor de los que pacían en libertad, y, a galope y profiriendo grandes voces, los empujaban hacia las cabañas. Los demás hombres apostados allí, los asían por la crin, y después de una lucha porfiada,

acababan por colocarles un arnés hecho jirones, y los enganchaban a nuestro coche, entre relinchos y sacudidas con que parecía que protestaban de la violencia que se ejercía en ellos.

Cuando todo estaba a punto, partían en un galope frenético, entre dos jinetes que, junto con los postillones, conservaban con sus gritos y sus golpes, la rapidez de la carrera. Nuestros vehículos parecían un torbellino devorador del espacio.

Sobre las tres de la mañana llegamos a Terracina. Desconfiando de la limpieza de las sábanas, rechazamos las camas, y nos acomodamos en sillas, descansando en ellas un par de horas.

A las seis reanudamos la marcha, hasta Mole-de-Gaeta, donde nos detuvimos. Mientras los sirvientes de monseñor de Bristol sacaban el desayuno de un furgón y lo ponían en la mesa, nos hicimos conducir a las ruinas de la villa de Cicerón. Con Plutarco en la mano, *sir* Guillermo nos representó la muerte del gran orador, desde el instante en que, poniendo pie en tierra entre los cuervos que le seguían —¡presagio de muerte cercana!— hasta aquel en que, huyendo de la villa, oyó tras sí el paso de los asesinos que le perseguían, hizo parar la litera, y, después de haber pasado toda su existencia en mortales zozobras, murió con la serenidad de un mártir y con la tranquilidad de un héroe.

¡Cosa singular! El miedo que impulsaba a los romanos a cometer tantas bajezas, los abandonaba de repente cuando al fin se encontraban cara a cara con la muerte tan temida, que arrostraban con pasmoso arrojo. La historia de los tiempos antiguos es fecunda en esas anomalías, que ofrecen Petronio, Lucano y Séneca, esos tres aduladores de Nerón.

A la hora, volvimos a Mole-de-Gaeta; donde almorzamos. Luego, continuamos el camino con dirección a Nápoles, a cuya ciudad llegamos a eso de las nueve de la noche.

Una sensación indeleble me invadió a mi llegada a Nápoles, cuando, me vi, en una noche de espléndida luna, delante del hirviente Vesubio, por encima de cuyo cráter parecía balancearse, envuelto en una atmósfera vaporosa, el satélite de la tierra en todo su esplendor.

Tomamos por la puerta Capuana, por el castillo Viejo, la Marina y el Piliero; dejamos a la izquierda el castillo Nuevo; la plaza Medina a la derecha; pasamos por delante del pórtico de San Carlos, que aparecía iluminado profusamente con motivo, de una representación extraordinaria, y por fin nos detuvimos en el palacio Calabrita-Capella-Vecchia, residencia del embajador de Inglaterra.

Aquella noche, milord Bristol durmió en la embajada. Pero, como afortunadamente había un departamento desocupado encima del de *sir* Guillermo, que habitaba los dos primeros pisos, monseñor de Derry la alquiló y se instaló en ella al día siguiente.

Por fin, me encontraba en Nápoles, ocupando una posición que nunca había vislumbrado, ni siquiera en mis ensueños más insensatos de ambición; Emma Lyon,

miss Hearte habían desaparecido; todo su inmundo pasado, quedaba en los cienos de Londres; allí solo existía *lady* Hamilton, embajadora de Inglaterra.

En mi propio interés estaba no olvidarlo.

XXXV

Antes de empezar el relato de los acontecimientos políticos en que me vi envuelta, voy a dar una idea más completa de lo que era ese singular personaje ya presentado al lector y llamado lord Hervey, conde de Bristol, obispo de Derry.

Era el más joven de sus numerosos hermanos, y, habiendo sobrevivido a todos, heredó los bienes, títulos y dignidades de toda la familia.

Lord Bristol no tenía residencia fija. Cuando nos encontramos con él, hacía sobre veinte años que faltaba de su diócesis. Ni su manera de vestir ni su conversación le descubrían como hombre perteneciente a la Iglesia. Habitualmente llevaba un sombrero blanco y ropas exteriores de tonos claros unas veces, muy vivos otras; negras, muy pocas. Sus costumbres eran muy libres. Lo primero que hizo, al llegar a Nápoles, fue tomar un abono en San Carlos. No abrigaba ninguna creencia religiosa, ni siquiera en los dogmas fundamentales de la Iglesia, que era el primero en poner en ridículo; hablaba de la inmortalidad del alma con una indiferencia rayana con la duda, y solo le agradaban las conversaciones mundanas, y escuchar o contar anécdotas de color subido y hasta escandalosas.

En su primer viaje a Francia, visitó el valle del Ródano y el convento de los discípulos de San Bruno.

Llegó en hora de estar comiendo la comunidad. Llamó a la puerta, y el portero le advirtió que estaba prohibida la entrada cuando los religiosos se encontraban en el refectorio; pero el visitante, sacando de su bolsillo una carta en la que aparecían grabadas sus armas, y debajo de estas, las palabras *Lord Bristol, obispo de Derry*, hizo pasarla al abad, el cual, no viendo más que las voces *obispo de Derry* y creyéndole un obispo católico, le recibió de rodillas a la cabeza de toda la comunidad, arrodillada también, y le pidió su bendición, que lord Hervey dio sin ninguna dificultad, al abad y a sus cartujos.

Era uno de los recuerdos que tenían el privilegio de excitar en el grado más alto la hilaridad de monseñor de Derry, el pensar que monjes católicos habían recibido, muy compungidos, la bendición de un obispo protestante.

Después de una representación del *Matrimonio segreto*, fue tal su entusiasmo, que a los dos días envió al espectáculo a sus seis criados ingleses, recomendándoles que escuchasen la música de Cimarosa con la mayor atención.

Cuando regresaron del teatro, los llamó a su cuarto y les preguntó si habían cumplido sus instrucciones.

Habiéndole contestado afirmativamente, les dio orden de que en lo sucesivo no hablasen más que en recitados del *Matrimonio segreto*, tanto para recibir sus órdenes y decirle que estaba servido, como para anunciar el nombre de las visitas.

Los sirvientes se miraron tomándole por loco; pero, en vista de lo terminante del

mandato, solicitaron permiso para cambiar impresiones entre sí, y responderle al otro día.

Llegado este, dos criados, en representación de todos, se presentaron al milord-conde y le dijeron que les parecía incompatible con la dignidad de servidores ingleses hablar modulando la voz, como histriones de teatro.

Lord Bristol les dijo que si accedían a sus deseos, les doblaría el salario, y les concedió un plazo de veinticuatro horas para resolverse.

A las veinticuatro horas, los mismos comisionados del día antes manifestaron que cualesquiera que fuesen las ventajas ofrecidas por monseñor, sentían tener que insistir en su negativa. Milord Hervey les pagó seis meses de sueldo y los envió a Inglaterra, y después tomó a su servicio a seis napolitanos y les hizo las siguientes proposiciones:

No dirigirían la palabra a monseñor de Bristol sino empleando aires de recitativo del *Matrimonio segreto*, a cuya música adaptarían las palabras convenientes.

Por este servicio especial, superior a la inteligencia de los sirvientes en general, les asignaba cuarenta y cinco ducados al mes, esto es, casi cuatro veces más de lo que percibían, en Nápoles, los criados mejor retribuidos.

Era condición *sine qua non* que durante los primeros seis meses no se les entregaría ninguna cantidad, pero al final del sexto mes, cobrarían todos los emolumentos devengados en el semestre.

Si alguno de los sirvientes dejaba el servicio de monseñor antes de cumplirse el primer semestre, no tendría derecho a ninguna indemnización.

Los criados napolitanos aceptaron, llamaron a un *paglietto* que redactase el contrato, y al cabo de seis meses, monseñor de Bristol contaba a su ser, vicio con un conjunto cromático muy satisfactorio.

Un día que comía en casa de *sir* Guillermo, uno de sus domésticos le trajo una carta de luto. Lord Hervey abrió la carta, la leyó y guardola; y continuó hablando y bromeando como de costumbre.

A las once se retiró. Solía hacerlo una hora más tarde.

Al otro día, *sir* Guillermo, temiendo que estuviese indispuesto, mandó preguntar a lord Bristol si estaba visible.

Monseñor respondió que no podía recibir a nadie, a causa de una desgracia reciente.

Alarmado *sir* Guillermo, quebrantó la consigna, y encontró al pobre viejo anegado en lágrimas y sollozos.

—¿Qué le pasa a usted? —le preguntó *sir* Guillermo.

—¿Observó usted que ayer, durante la comida, me entregaron una carta de luto? —respondió el conde de Bristol.

—Sí.

—Pues bien, en ella se me anunciaba que mi hijo acaba de fallecer en Liorna. Disimulé mi emoción, porque no quise que la comida se resintiera de mi tristeza;

pero, una vez me separé de ustedes, di rienda suelta a mi dolor. Por eso, para llorar a mis anchas, no quería recibir hoy a persona alguna, sin excluirle a usted.

La sociedad oficial de *sir* Guillermo era, naturalmente, el cuerpo diplomático; la íntima componíanla sabios y literatos distinguidos.

El más antiguo ministro extranjero en Nápoles era el conde de Sa, embajador de Portugal. En el curso de treinta años, esto es, desde que había sido nombrado para tal cargo, fue a Lisboa una sola vez, y regresó lo más pronto que pudo. En cierta ocasión su espanto no tuvo límites: tratábase de suprimir la embajada de Portugal en Nápoles como un gasto inútil, y de encargar los asuntos de ambas cortes al ministro de Portugal en Roma. Pero, habiendo muerto el rey José I, la reina María, su hija, decidió dejar las cosas como estaban, y el conde de Sa pudo al fin verse libre de aquella amenaza.

Pocos diplomáticos disfrutaban de una prebenda tan saneada como era la de ese ministro, cuya misión se reducía a transmitir a su corte las noticias corrientes, que hacía redactar por su secretario. Su única ocupación era pasear. Se hablaba mucho del harem del conde de Sa, compuesto de bailarinas del teatro San Carlos. En cuanto a él, no hablaba, de nada, por haber olvidado el portugués y no haber podido jamás aprender correctamente el francés ni el italiano. Era alto, tenía anchas espaldas y facha de búfalo, retratada en su fisonomía de simplón.

Nada diré de sus talentos o de sus méritos: en los siete u ocho años que le vi tres veces por semana, no logré descubrirle uno solo.

El ministro más importante era el conde de Lemberg. Era un hombre tan notable bajo todos aspectos como insignificante el conde de Sa. Generalmente se le tildaba de orgulloso; pero sea que ese reproche fuese injusto, sea que M. de Lemberg juzgase que ante el ministro de la Gran Bretaña sería ridículo semejante defecto, nunca tuvimos ocasión de notarlo. Lo que le había dado esta reputación entre los napolitanos era su malquerencia hacia los cortesanos de que estaba plagada la corte de Nápoles.

Desde el primer día que le vi, observé una cosa: daba su opinión acerca de los más altos personajes de la corte con los miramientos que le habría merecido el último de los *lazzaronis*.

La conversación recavó sobre el caballero Acton, y el ministro de Toscana se aventuró a hacer el elogio de este favorito.

Pero el conde de Lemberg, dibujando en sus labios una expresión de supremo desdén, dijo:

—Ese hombre habría sido un buen corsario, y nada más. Posee las aptitudes y tiene las trazas de un pirata, a lo cual debe probablemente su encumbramiento.

Se asegura que en una discusión que tuvo con la reina, le dijo, a propósito de ese mismo Acton:

—Yo no prejuzgo en pro ni en contra de las cualidades ocultas de ese ministro; las ignoro y no deseo conocerlas; pero lo que sé, es que las que revela en el ministerio

no corresponden al cargo con que ha sido honrado.

Su nombre iba asociado a todas las intrigas cortesanas.

Ocurrían frecuentes querellas entre el rey y la reina, algunas de las cuales, que presencié, contaré en lugar oportuno. El embajador veíase obligado a intervenir en esas desavenencias conyugales, a censurarlas, a ejercer de juez de paz, una vez al mes cuando menos.

El pobre Lemberg no podía vivir en paz, ya que estaba continuamente expuesto a ser llamado para restablecerla entre los augustos cónyuges. Algunos días después de nuestra llegada, daba una gran comida; uno de los convidados nos contó que a mitad de esta, llegó un aviso de la reina. Fue preciso que el conde de Lemberg partiese al instante, dejando a los comensales que acabaran de comer sin él.

A propósito de la marquesa de San Marco, dama de confianza de la reina, se había suscitado una disputa en Caserta.

—¡Malditas mujeres! —exclamó el conde tirando la servilleta—; van a volverme loco.

Terminaré esta revista de hombres de Estado dedicando algunas palabras a un átomo diplomático llamado Bonnacchi, cónsul imperial y agente de Toscana.

Muy pequeño, muy viejo, hablador sempiterno, husmeador infatigable, siempre al acecho de noticias, el *signor* Bonnacchi era corresponsal del emperador Leopoldo, a quien hacía semanalmente el relato de las anécdotas escandalosas ocurridas en la corte y en la ciudad. Si, por casualidad, las anécdotas faltaban, las inventaba. Al principio tenía un sueldo fijo; pero, como este no le satisfacía, las noticias escasearon, en términos que el emperador juzgó conveniente pagarle a destajo, en vez de hacerlo anualmente.

Hacía un año que el *signor* Bonnacchi cobraba dos luises por cada anécdota juzgada por el emperador como digna de interés.

De esta suerte, venía a percibir unos veinte luises al mes.

Debido a ese estímulo desplegaba singulares disposiciones para introducirse en las casas y conseguir que le invitasen a todas las fiestas. Se sabía muy bien a lo que iba; pero, como se presentaba a nombre del emperador y hasta, según voces, en el de la reina Carolina, que confiaba su espionaje privado al espía público de su hermano, nadie se atrevía a cerrarle la puerta ni a recibirle de mala manera. Luego, ya en su casa, recopilaba todo lo que había oído, sacaba consecuencias, establecía resultados, añadía, reducía, alteraba, y enviaba semanalmente a su soberano una crónica nutrida a expensas de los más conspicuos personajes.

Pasemos a los médicos, a los sabios y a los literatos que formaban la sociedad particular de *sir* Guillermo, y habremos terminado con la camarilla que va a seguirme en la nueva vida a que me arrastraron los sucesos que acabo de narrar, y los aún más estupendos y sobre todo más dramáticos que me quedan por contar a los lectores.

XXXVI

Poco tiempo antes de su último viaje a Londres, había perdido *sir* Guillermo a dos de sus más asiduos comensales.

El uno murió a la edad de treinta y ocho años; era el ilustre Cayetano Filangieri, a cuya mujer siento haber inferido no pocos agravios.

El otro, anciano de ochenta años, era el famoso abad Galiani, que pasaba por el hombre más espiritual de Nápoles.

A la circunstancia de haber vivido mucho tiempo en Francia, acaso debía semejante reputación.

Habiendo muerto esos dos sujetos sin haberlos conocido, no puedo hablar más extensamente de ellos. En el número de nuestros amigos más constantes, se contaban el médico Cotugno y su colega el caballero Gatti, dos personajes de los más singulares en Nápoles.

Además de ser una eminencia médica, el doctor Cotugno era, al decir de *sir* Guillermo, uno de los hombres más versados en los clásicos griegos latinos e italianos. Nunca he comprendido cómo podía dedicarse a las lecturas donde adquiriría su inmensa erudicción, sin dejar de atender a su numerosa clientela, sin abandonar sus servicios en los hospitales. De los que iban a su casa jamás quería cobrar nada; pero se hacía pagar tres ducados por visita (precio invariable), lo cual le rendía tres mil libras esterlinas al año.

Poco antes de nuestra llegada a Nápoles, había asistido al vizconde de Eriza, embajador de España, que estaba atacado de parálisis e imposibilitado de todo movimiento del brazo derecho.

Un mes y medio y cincuenta visitas bastaron a Cotugno para curar completamente al diplomático.

El embajador de España le envió mil ducados. Cotugno le contestó:

Su Excelencia se ha equivocado al enviarme mil ducados por cincuenta visitas. El precio fijo de mis visitas es el de tres ducados, y no lo modificaría aunque se tratara del mismo rey.

Cincuenta visitas a tres ducados, son ciento cincuenta piastras.

Tengo el honor de devolver a Su Excelencia la diferencia.

COTUGNO.

En cambio, el doctor Gatti era tan avaro como desinteresado Cotugno.

Era uno de los más vehementes propagandistas de la inoculación, arte que ejerció en París y que le proporcionó grandes sumas de dinero.

Dos cosas habían hecho de *sir* Guillermo el amigo predilecto del doctor Gatti: nuestra mesa, que encontraba suculenta, y nuestro coche, del que disponía libremente. Al revés de Cotugno, que se preocupaba mucho de las clases menesterosas, el doctor

Gatti declaraba en alta voz que él no descendía a tratar con la gente de segundo orden. En oposición también al proceder de Cotugno, nunca abría ningún libro científico, y solo leía gacetillas y libelos. En vez de conservar, como su ilustre colega, su independencia ante los grandes, el doctor Gatti era el cortesano más asiduo del valimiento. Sostenía que los dos pueblos más felices del mundo eran el napolitano y el español, porque el rey Fernando y Carlos III no tenían tiempo de ocuparse en sus pueblos, a causa de sus aficiones cinegéticas, y que todo pueblo a quien su soberano no dedique sus cuidados, está en el camino de la felicidad.

Respecto a esta última teoría, creo yo que *sir* Guillermo participaba un tanto del parecer del doctor Gatti; toda su privanza cerca de Fernando tenía por razón su afición por la caza y su destreza en este ejercicio.

Al día siguiente de su llegada, el rey le escribió de su puño y letra:

Venga usted pronto, mi querido Hamilton, a una partida de caza conmigo en Caserta. Desde su salida, no he tenido un día de satisfacción. Usted se me llevó la suerte, que espero recobrar con su regreso.

Su afectísimo

FERNANDO B.

El tercer familiar del hotel, fuera del cuerpo diplomático, era el marqués del Vasto, descendiente en línea recta de aquel a quien Francisco I entregó su espada, no queriendo entregarla al condestable de Borbón. El marqués del Vasto pertenecía a la casa de Avalos, una de las más considerables de Italia; poseía cien mil ducados de renta. Tales fortunas, bastante comunes en Inglaterra, son muy raras en Italia.

La espada de Francisco I se conserva en la tesorería de la casa de Avalos.

Sir Guillermo recibía también con frecuencia al duque de Termoli, que descendía de una familia genovesa establecida en Nápoles desde mucho tiempo atrás.

El duque de Termoli era escudero del rey o hijo del duque de San Nicandro; pero este último título nunca era invocado por él. En efecto, el duque de San Nicandro, nombrado preceptor del rey, a fuerza de amaños, según unos, de dinero, según otros, había educado al rey de un modo tan deficiente, que en sus accesos de cólera contra sí mismo, viéndose tan ignorante, decía al duque de Termoli:

—Tu padre es causa de mi desgracia y de la de mis súbditos; pero soy demasiado justo para reprocharte el que tu padre haya hecho un asno de mí.

Es verdad que más de una vez he oído a Fernando lamentarse de la educación que había recibido, y achacar su ignorancia al duque de San Nicandro, el cual, desde el punto de vista de la instrucción, no le colocó a un nivel mucho más alto que el de los *lazzaroni* del muelle.

Por otra parte, la reina, avergonzada de la ignorancia de su marido, de la que, empero, se aprovechaba para alejarle de los asuntos públicos y concentrarlos todos en sí misma, decíame frecuentemente que no era el duque de San Nicandro el responsable de ello, sino el ministro Tannucci, que hizo de manera que la educación del joven príncipe fuese tan incompleta, a fin de que, más adelante, siendo el rey

incapaz de dedicar sus cuidados a la administración del Estado, tuviese necesidad de declinarlos en su ministro.

Había mucho de verdad en todo eso; pero no convenía creer absolutamente a la reina cuando hablaba del viejo ministro toscano, al que no podía sufrir, considerando que, enfeudado a Carlos III, a quien debía su fortuna, Tannucci representaba la influencia española, al paso que ella, hija y hermana de emperador, representaba la influencia austríaca.

En aquella época se hicieron los más estupendos comentarios con motivo del odio de Carolina hacia todo lo que era español o francés, odio en el que estaban comprendidos su marido y sus hijos varones, y de su simpatía por todo lo austriaco. Se llegó hasta a decir que ella había fraguado un complot para anexar el reino de las Dos Sicilias a Austria; pero debo confesar, hoy que la amistad real no ofusca, que, sobre este particular, la reina daba pábulo a la calumnia.

Nunca he podido explicarme efectivamente, de dónde procedía la antipatía de la reina de Nápoles hacia sus hijos varones, cuando, al contrario, profesaba viva ternura por sus hijas. Esa antipatía, so pretexto de una disciplina necesaria, tanto para regularizar la educación de los jóvenes príncipes, como para corregir su carácter, se manifestaba mediante correctivos verdaderamente crueles; con lo cual su madre les infundía un temor que no era nada exagerado. Jamás, en su presencia, he visto reír a esos infelices príncipes, que temblaban al menor ruido y se refugiaban instintivamente en su padre apenas oían la voz de la reina.

El mayor de los reales niños murió a los siete u ocho años, en el de 1778, a consecuencia de un agotamiento progresivo que los enemigos de María Carolina atribuyeron a los malos tratos de que había sido víctima. Cuando cayó realmente enfermo, la reina se dio a discutir con los médicos las causas y la naturaleza de la enfermedad, en tanto que su marido, reconociendo su ignorancia, se contentaba con llorar; cuando, al fin, el joven príncipe falleció, las lágrimas del rey fueron más copiosas; pero asegúrase que María Carolina se conformó repitiendo las palabras de la madre espartana: «Cuando le puse en el mundo, sabía yo que un día u otro moriría».

Durante mi estancia en la corte de Nápoles, presencié la muerte del infante don Alberto, que murió en mis brazos y era el joven príncipe predilecto mío. Oportunamente hablaré de su muerte, y ahora solo quiero decir que este prematuro fin pareciome que redobló el odio de la reina contra los franceses y republicanos, en vez de moverla a buscar en el fondo de su corazón esas fibras amorosas que hacen verter a las madres lágrimas de sangre sobre la tumba de sus hijos.

El único que, al parecer, quería la reina, era el príncipe de Salerno, nacido, según creo, en 1790, y que su madre retenía entre sus brazos mientras espiraba en los mios el príncipe Alberto. A aquel, habría la; reina sacrificado a todos los demás, y hasta se dice, por más que me resisto a dar crédito a semejante atrocidad, que hacia el año 1812, cuando el príncipe parecía adoptar, en Palermo, el partido inglés y las ideas

inglesas, intentó envenenarle, peligró del que le salvó su ayuda de cámara, Carlomagno Viglia, según el público rumor. De ahí el valimiento inexplicable de ese hombre, más poderoso cerca de su amo que ningún miembro de su familia, que todos los favoritos y ministros.

El rumor público, pues, se empeñaba en afirmar que la reina Carolina prefería su hermano José II a sus hijos y puso los intereses de la monarquía austríaca por encima de los intereses de la realeza de las Dos Sicilias.

Por lo demás, contaré lo que he presenciado, con la misma sinceridad que he contado lo que me ha sucedido a mí misma. El lector sacará de los hechos las consecuencias que mejor le convengan.

XXXVII

La casa de *sir* Guillermo Hamilton, a nuestra llegada a Nápoles, no estaba preparada para recibir a una mujer; era un museo de sabio y de anticuario consagrado por completo a la geología, a la numismática y a la estatuaria. El pasado tuvo necesidad de ceder un puesto al presente.

Debo hacer justicia a *sir* Guillermo, declarando que no me escatimó ninguno de sus tesoros, y que escogí, en el inmenso primer piso del hotel ocupado por la embajada inglesa, tres cámaras destinadas a formar mi departamento particular, sin haberse permitido a las lavas del Vesubio, a las medallas de los Césares, a los fragmentos de los Apolos y de las Venus la menor protesta contra mí.

Por otra parte, es tal mi coquetería instintiva, que quise halagar a todas esas antigüedades, nuestros viejos sabios inclusives. Al cabo de un mes, había podido catalogar las ochenta y tantas especies de lavas del Vesubio; distinguir a simple vista un César contemporáneo del mismo César, de uno de los Césares en tiempos de Adriano; reconstruir, en fin, una estatua por un simple fragmento.

Sir Guillermo estaba embelesado viéndome adoptar sus gustos tan fácilmente y amoldarme a su vida de arqueólogo y de anticuario.

Acostumbrada a hacer los honores de la casa, en el período de mi permanencia en la de lord Greenville, uno de los hombres más pulcros de Inglaterra, no tuve nada que aprender para colocar el salón de *sir* Guillermo a la altura de los salones más elegantes de Nápoles, que bajo este punto de vista, eran muy inferiores a Londres.

En aquellos días consideré oportuno, para acrecentar el entusiasmo de mis admiradores, dar a conocer mis aptitudes para la mímica. Como la mayoría de nuestros contertulios eran italianos, no juzgué a propósito darles representaciones de escenas de Shakespeare; sus estómagos delicados no habrían soportado este vigoroso alimento; me contenté con actitudes plásticas, y, en una misma sesión, alterné el manto judío con el capelo griego, el turbante otomano con la diadema asiática, hice pasar ante sus ojos a Judith, Aspasia, Roxelana, Elena, y arriesgué los primeros pasos del *baile del chal*, que más tarde obtuvo tan ruidoso éxito, no solamente en Nápoles, sino hasta en París, Londres, Viena y San Petersburgo.

En la capital del reino de las Dos Sicilias, solo se hablaba al poco tiempo de la maravilla traída de Londres por *sir* Guillermo Hamilton; todos los hombres distinguidos de Nápoles, y hasta algunas mujeres, solicitaron el honor de ser recibidos en la embajada de Inglaterra; pero, con mucha humillación de mi parte y no poco asombro de la de *sir* Guillermo, no veíamos llegar ninguna invitación colectiva de la corte.

Sir Guillermo acompañaba siempre al rey en sus ejercicios de caza y de pesca, y pocas veces le hablaba de mí sin hacerle mi elogio. El rey le felicitaba por tener una

mujer tan hermosa, tan distinguida e instruida; pero la cortesía real se detenía aquí.

Yo sabía que varias veces habían hablado de mí a la reina María Carolina; pero esta la desviaba siempre con marcada afectación.

Me aconsejaron que procurase encontrarme con la reina, como por casualidad. La cosa era fácil: la reina se paseaba a menudo, con sus hijas, por los jardines de Caserta, cuya entrada, sin ser pública, estaba abierta a las personas distinguidas, y aun a veces a las del pueblo que iban a pedir algún favor. Supliqué a lord Hamilton que la primera vez que tuviese necesidad de ir a Caserta, me llevase consigo, pues tenía vivísimos deseos de ver los jardines, cuya esplendidez tanto me habían ponderado.

Sir Guillermo sospechó probablemente la verdadera causa de mi petición, y como, acaso más que a mí, le molestaba aquella especie de menosprecio de que era objeto yo, no tomaba a mal que un hecho agradable o desagradable diese lugar a una explicación.

Así que, cierto día que tenía que comunicar al rey despachos del gabinete de San Jaime, fuimos a Caserta. *Sir* Guillermo disponía allí de un departamento en el que era atendido por la servidumbre de Su Majestad. Antes de su viaje a Inglaterra, había usado frecuentemente de esta concesión; pero, después que yo llegué a Nápoles, aunque menudeaba sus idas a Caserta, nunca había pasado la noche en aquel lugar.

Después que hubo comunicado sus despachos, *sir* Guillermo recibió invitación del rey para quedarse en el castillo con objeto de acompañarle al otro día en una gran partida de caza. *Sir* Guillermo objetó mi presencia en Caserta, pero el rey le respondió:

—¡Pues, qué! ¿No tiene usted aquí sus habitaciones? Si *lady* Hamilton precisa algo, mis criados la servirán como si fuesen suyos.

Y todo quedó convenido.

Sir Guillermo aceptó en su nombre y en el mío, y preguntó al rey si había inconveniente en que yo me pasease por el jardín.

El rey se encogió de hombros, dando a entender que la petición era inútil.

Sir Guillermo vino a reunirse conmigo, y me contó todo lo que había pasado.

A la comida, al servirnos ciertos vinos, el sirviente decía:

—De la bodega del rey.

Nos fue servido un faisán, y el criado dijo con énfasis:

—De la cacería real.

Era evidente que *sir* Guillermo recibía aquellas atenciones por encargo particular de Su Majestad; pero, a lo menos de un modo ostensible, ellas no se extendían a mí.

Por la noche, *sir* Guillermo fue invitado a la tertulia del rey; pero, como yo no iba incluida en la invitación, recurrió a un pretexto vulgar para eludir su presencia.

Al otro día, al rayar el día, llamaron a la puerta de *sir* Guillermo de parte del rey. Su Majestad salía muy temprano, y, lo mismo que a su abuelo Luis XIV, no le gustaba esperar.

Sir Guillermo sentíase profundamente afectado viendo que su matrimonio era

considerado como hecho no realizado. Me dijo que si se malograba mi plan de encontrarme con la reina, y que si yo me consideraba con motivo de queja, nada le retendría en Nápoles, ni las costumbres de veinte años, ni su afición a las antigüedades, ni el clima, tan propicio a su salud. Pediría al rey Jorge su regreso a Londres, o que se le destinase a otra corte, la cual yo indicaría de antemano.

Me arreglé con mucha sencillez, sin poner ningún cuidado en hacer resaltar ninguno de mis méritos. Ostentar una belleza peregrina ante una reina celosa de la suya, constituye un grave inconveniente. Mi orgullo me había ya advertido varias veces que la reina, cuya juventud florida había desaparecido, temía probablemente mi proximidad.

Las ventanas del departamento de lord Hamilton daban a los jardines, y desde ellas se podía ver la entrada de la reina. Sabía yo que después del almuerzo, de diez a once, la reina daba un paseo por los jardines en compañía de las jóvenes princesas.

A las diez y cuarto, la vi, en efecto, acompañada de tres de sus hijas, de la princesa María Teresa, que tenía diez y siete años, y al siguiente sería archiduquesa, y emperatriz de Austria dos más tarde; de la princesa María Luisa, de diez y seis, la cual, algo más adelante, iba a ser gran duquesa de Toscana, y de la princesa María Amelia, que solo tenía seis años.

Además de estas tres princesas, estaba la princesa María Cristina, de nueve años, que fue reina de Cerdeña, la princesa María Antonieta, de cuatro años y medio, que fue princesa de Asturias; la princesa María Clotilde, de dos años, que debía morir en 1792, y María Enriqueta, todavía en mantillas, y que no debía sobrevivir a su hermana más que algunos meses.

Había llegado el momento de poner en ejecución mi proyecto. Viendo a la reina y a las princesas en el jardín, cogí un libro y bajé. Fingía leer, lo cual me permitía ver sin demostrarlo.

Di un rodeo de modo de no encontrar a la familia real sino en el otro extremo del jardín. Quería que la reina creyese que nuestro encuentro era pura obra de la casualidad, y, además, deseando y temiendo al mismo tiempo este encuentro, quería disponer de algunos instantes para prepararme.

Tomé por la alameda que infaliblemente debía conducirme a la reina. Tenía puesta la mirada en mi libro, pero me sería difícil saber su título. Veía sus letras, pero estas no decían nada a mi pensamiento. El pensamiento mío estaba lejos del libro.

Mi corazón latía con inusitada violencia.

Súbitamente, a la vuelta de una alameda, me encontré a veinticinco o treinta pasos de la reina.

La princesita Amelia, que corría delante de su madre, se encontraba a diez pasos de mí.

Afecté no ver nada, como absorta en mi lectura; no era aún el momento de levantar los ojos y aparentar una respetuosa sorpresa. Es sabido que soy muy hábil en expresar todos los sentimientos y en reproducir los más delicados matices del alma.

Un incidente me hizo levantar los ojos antes de lo que yo me proponía.

La princesita Amelia vino corriendo hacia mí, y, arrancando una flor de un manojito que llevaba, me la ofreció.

Esto era de buen augurio.

Levanté la cabeza; simulé que solamente entonces veía a la real niña, lo mismo que a sus hermanas y a la reina; y, haciendo una profunda reverencia, me preparaba a aceptar la flor que se me ofrecía.

Pero, en aquel momento, con voz vibrante, y como sorprendida por mi presencia, la reina exclamó dos veces: ¡*Amelia!* ¡*Amelia!* La niña, reconociendo en la voz de su madre ese acento imperativo que tan bien sabía imprimirle, se volvió temblando, corrió hacia la reina con su ramillete intacto, y, antes que yo volviese de mi sorpresa, María Carolina cogió de la mano a su hija, la empujó con dirección a una avenida transversal, y tomó por ella con sus otras dos hijas, demostrando así querer dejarme el camino libre.

Recibí el golpe en pleno corazón.

Saltáronseme las lágrimas, y, con acelerado paso emprendí la dirección de mi departamento; di orden de enganchar, y regresé a Nápoles, dejando escrito a *sir* Guillermo, lo que sigue:

No te preocupes por mi salud, que nada tiene que ver con mi partida. He creído deber mío salir de Caserta. Cuando te cuente lo que ha sucedido, espero que aprobarás mi decisión.

EMMA.

Dos horas más tarde me encontraba de regreso en la embajada, y después de haber hecho cambiar los caballos, envié el coche a *sir* Guillermo.

XXXVIII

A las siete llegó *sir* Guillermo.

Al volver de la cacería, se enteró de mi partida, y por más que el rey lo invitó personalmente a comer, salió de Caserta, mandando decir a Su Majestad que una circunstancia imprevista le obligaba a regresar a Nápoles.

Sir Guillermo sospechaba lo que había ocurrido; no tuve necesidad de contarle más que los pormenores. Debo hacerle justicia, manifestando que la afrenta le ofendió aún más profundamente que a mí. Me propuso salir de Nápoles la misma noche, sin despedirse siquiera; pero eso era retroceder, eso era abandonar el campo de batalla, equivalía a confesar la derrota.

Y no era eso precisamente lo que yo quería.

Quería yo ser presentada; recibida en la corte, a lo que me daba derecho mi condición de embajadora de Inglaterra; alcanzar los éxitos que siempre y en todas partes me habían acompañado; quería, en fin, triunfar, vengarme de aquella reina insolente, obligando a declarar a sus propios cortesanos que yo era más hermosa que ella, y más espiritual y más inteligente.

Insistí, pues, para que *sir* Guillermo pidiese al rey una explicación sobre el proceder desdeñoso de la reina.

Cuando ahora pienso en el ciego orgullo que en mí había hecho nacer mi suerte inesperada, me asombro de tanta audacia.

Sir Guillermo no vaciló un solo instante en ceder a mi voluntad. Tenía por mí una adoración tan insensata que parecía más asombrado que yo misma de la conducta observada por Su Majestad.

Se fue a Caserta, buscó al rey, abordó francamente la cuestión, y no le ocultó que su permanencia en Nápoles dependería en lo sucesivo del proceder que se observara conmigo.

El rey quería mucho a *sir* Guillermo, no por ser este quien era, sino por propia conveniencia. Este príncipe, de suyo egoísta, era incorregible en su modo de ser. Lord Hamilton era buen andarín, buen cazador, buen escudero, chistoso y alegre compañero. Hacía muchos años que el rey estaba acostumbrado a su presencia, que hubiera echado de menos seguramente.

Además, el horizonte político empezaba a obscurecerse por la parte de Occidente. El rey de Nápoles, por poco versado que estuviese en los asuntos internacionales, comprendía que *sir* Guillermo, hermano de leche del rey de Inglaterra, compañero de infancia de Jorge III, podía, en el probable caso de una ruptura con Francia, ser para él un poderoso apoyo cerca del Gabinete de San Jaime. Acogió, por consiguiente, muy benévolamente la declaración, y con el acento bondadoso que, en él, era unas veces natural y otras fingido, pero en este último caso, con tanta habilidad que era

imposible descubrir la simulación, le dijo:

—Mi querido lord, ¿sabe usted lo que por aquí se susurra?

—No, pero espero que Su Majestad querrá dispensarme el favor de decírmelo.

—Pues se dice que usted no está casado.

Sir Guillermo había previsto el golpe. Sacó de su bolsillo el certificado del pastor protestante, y lo presentó al rey.

—Tome, sire, he aquí mi contestación.

El rey leyó el certificado, no sin algún embarazo.

—No le diré nada de nuevo si le digo que hay en Nápoles un gran espíritu de maldad, ¿no es verdad?

Pues bien, aunque hiciese usted fijar este certificado en todas las esquinas y yo ordenase, por medio de un edicto, dar crédito a su contenido, serían aún capaces de la duda, al paso que, si usted hubiese anunciado su boda a la corte de Inglaterra, si usted hubiese presentado a *lady* Hamilton al rey Jorge III, lo cual le habría sido sumamente fácil, no habría habido medio de rehusar... ¿Cómo no ha pensado usted en ello?

Sir Guillermo miró al rey con penetrante mirada; pero era imposible leer en su fisonomía, bonachona si las hay y que le hacía parecer el más inocente de los hombres, a él, que era el rey astuto por excelencia.

—Está bien, sire —respondió *sir* Guillermo—. Su Majestad me dará licencia por un mes, ¿no es así?

—Sí, muy a mi pesar, porque quisiera no separarme un solo día de tan excelente compañero; pero, en vista de su solicitud, y sobre todo por tratarse de una cosa tan grave como la de hacer reconocer su matrimonio, bien comprenderá usted que no sabría negarle lo que pide.

—Así, pues, no tengo más que escribir a Londres para que mi llegada no cause sorpresa...

—Hasta puedo evitarle esta dilación.

—Su Majestad me proporcionará un servicio.

—Las cartas que recibo de mis cuñados el emperador de Austria y el rey de Francia, pueden ser consideradas bastante importantes para ser comunicadas sin retardo a *Mr.* Pitt... Digo a Pitt, porque entre ustedes sucede poco más o menos lo que aquí: el rey nada es, y el primer ministro es todo. Si no fuese así, hubiese dicho: al rey Jorge III. Pues bien, voy a confiarle los mismos originales de esas cartas, con otra autógrafa para mi hermano el rey de la Gran Bretaña. Y al mismo tiempo que llene la misión que le confío cerca de él, despache usted sus asuntos en la forma que mejor le parezca.

No podía *sir* Guillermo desear cosa que más le agradase. Le fueron entregadas las cartas que debía llevar al rey de Inglaterra y a su ministro, y el mismo día partimos para Liorna a bordo de un buque de la marina real que pusieron a nuestra disposición.

Sir Guillermo debía entregar, a su paso por Florencia, una carta al gran duque Leopoldo; luego debíamos continuar el viaje en posta; el jabeque real esperaba

nuestra vuelta a Liorna.

Habríase dicho que el tiempo estaba de acuerdo con nuestra impaciencia, el viento nos fue favorable constantemente, y la travesía fue hecha en tres días.

Sir Guillermo cumplió su cometido cerca del gran duque Leopoldo, a quien encontró muy alarmado por el sesgo que tomaban los asuntos de Francia. Todo anunciaba una próxima revolución, y los primeros acontecimientos del año 1789, en el que nos encontrábamos, indicaban que esa revolución sería grave y tendría resonancia en el resto del mundo.

No pudo, por consiguiente, dejar de aprobar el viaje de *sir* Guillermo a Londres y el fin aparente de este viaje. Tampoco estaba muy tranquilo con respecto a su hermano José II, emperador de Alemania, cuya salud iba decayendo.

—Veremos —decía—, cómo saldrá de todo eso nuestro cuñado Fernando IV, el cual se lisonjea de tener la dicha de no sustentar a ningún filósofo en sus Estados.

En todo caso, era opinión que el emperador de Austria, el rey de Nápoles, el Padre Santo y todos los príncipes de Italia, debían formar una liga ofensiva y defensiva, y establecer una especie de cordón sanitario para impedir el paso de los Alpes a las ideas revolucionarias.

Salimos de Florencia, y, a través del San Gotardo y de Suiza, llegamos a los Países Bajos, donde nos embarcamos con rumbo a Inglaterra.

Llegamos a Londres a los diez meses justos que lo habíamos dejado *sir* Guillermo y yo, y fuimos a parar en el hotel de Fleet street.

El mismo día, *sir* Guillermo fue recibido por el rey.

Yo le esperaba con alguna ansiedad. Encontrándome nuevamente en Londres, había vuelto, por decirlo así, a la vida pasada, y recordé la miseria y la vergüenza de mis primeros años. Un escrúpulo podía apoderarse del rey, y si mi presentación era denegada a *sir* Guillermo, por más *lady* Hamilton que yo fuese, volvía a caer más bajo que antes.

Sir Guillermo regresó henchido de gozo: mi presentación pública debía tener lugar el lunes siguiente. El rey no había opuesto ninguna dificultad y se había mostrado con su amigo Hamilton más afectuoso y comunicativo que nunca.

El mismo día, *sir* Guillermo me manifestó deseo de llevar a Nápoles un retrato mío hecho por Rowmney, que continuaba siendo el pintor en boga. Era imposible que *sir* Guillermo no conociese mis antiguas relaciones con Rowmney; pero se me demostraba tan pocas veces como marido, que comprendí perfectamente que no se manifestase celoso del gran artista.

Convinimos que al día siguiente por la mañana iríamos a sorprenderlo en su taller de Cavendish *square*. Estaba yo harto penetrada de la delicadeza de Rowmney para considerar necesario advertirle por medio de una carta que solo viese en mí a *lady* Hamilton. Es más; segura del predominio que ejercía sobre *sir* Guillermo, me regocijaba ante la perspectiva de la sorpresa que mi presencia inesperada causaría a Rowmney.

Como *sir* Guillermo deseaba tener mi retrato en carácter de odalisca, me puse un magnífico traje turco, y en un coche cerrado nos encaminamos a *Cavendish square*, poco distante del hotel de *sir* Guillermo.

La casa me era conocida, y es preciso declarar que conservaba para ella algunos de mis buenos recuerdos. Sin haber jamás estado enamorada de Rowmney en el sentido que se da a esta palabra, le había profesado un afecto tierno, y su memoria no se presenta nunca a mi espíritu sin dedicarle una sonrisa.

El ayuda de cámara, que era el mismo de antes, me reconoció; le miré, indicándole con un signo significativo a mi marido que me seguía. Demostró haberme comprendido, preguntándome si debía anunciar a *sir* Guillermo y a *lady* Hamilton. Le respondí que no, que veníamos a hacer a su amo una visita de confianza, y que nosotros, personalmente, nos anunciaríamos.

El sirviente se apartó y me dejó pasar.

Entramos en el taller de Rowmney. Las cinco partes del mundo habían sido puestas a contribución para adornar aquel espléndido templo del arte. Reunidos en trofeos, veíanse las más hermosas armas de los pueblos salvajes y de los pueblos civilizados; las flechas de los indios y los damascos de Asia; las pieles de tigre de Bengala, las de león del Atlas, de oso de la Siberia, de pantera de Persia, aparecían encima de los muebles, se extendían por el suelo, tapizaban las paredes, en combinación con los maravillosos esbozos del maestro que íbamos a visitar. En una palabra, en esta amplia sala no había un sitio que no ofreciese a la mirada algún objeto precioso como valor material, o como valor artístico.

Al ruido de la puerta, no hizo ningún movimiento para volverse a mirar quien entraba. Sin duda creyó que era su criado que venía a poner en orden alguna cosa.

Le toqué el hombro; se volvió y, reconociéndome, lanzó un grito. En seguida, viendo a mi marido, se levantó, y se inclinó ante mí.

—¡Aún más hermosa que antes! —me dijo—; solo viéndolo puedo creerlo.

Y, dirigiéndose a *sir* Guillermo, añadió:

—Acepte usted, milord, la más cumplida expresión de mi respeto; y sírvase decirme si puedo tener la dicha de serle útil en algo.

Después, con su refinada cortesía, Rowmney, como si me viese por vez primera, nos hizo los honores de su taller.

Sir Guillermo le manifestó lo que deseaba: un retrato mío con el traje que llevaba puesto. Rowmney, lleno de satisfacción, cogió al instante un gran lienzo y trazó un bosquejo.

Se acordó que las sesiones serían diarias y Rowmney prometió que a los ocho días el retrato quedaría terminado.

Al otro día, *sir* Guillermo me acompañó de nuevo a *Cavendish square*; pero, como tenía que hacer varias diligencias, me dejó en el taller, y salió, quedando en venir a buscarme al cabo de dos horas.

Durante esas dos horas, Rowmney tuvo el feliz acierto de no proferir una palabra,

de no hacer una alusión a nuestra intimidad de otro tiempo. Me habló de Roma y de Nápoles, y prometió hacernos una visita en esta última ciudad.

Confieso que me sentía casi mortificada de semejante delicadeza, que me explicaba, pero que me oprimía el corazón.

La mujer, aun cuando olvide, no quiere ser olvidada.

Sir Guillermo volvió más tarde de lo que había anunciado, lo cual permitió adelantar algo más en el trabajo del retrato. Había visto a *Mr.* Pitt y, después de haberle presentado las cartas de la reina María Antonieta y del emperador José II, conversó largamente con él acerca de los asuntos del continente.

Las cosas iban de mal en peor en Francia. El frío y el hambre parecían haberse concertado para convertir a los franceses en verdaderos demonios.

Se hablaba de la reunión de los estados generales para el 4 de abril. Míster Pitt señalaba para entonces el comienzo de la revolución.

Sir Guillermo había recibido plenos poderes para tratar en Nápoles los asuntos de Inglaterra como mejor entendiese, salvaguardando, por supuesto, el honor y los intereses de la Gran Bretaña.

Delante de Rowmney, no dijo nada de todo eso, que se reservó para contármelo a mí sola mientras regresábamos al hotel.

XXXIX

El lunes siguiente, 20 de marzo de 1789, día de mi presentación, no hubo sesión en casa de Rowmney. Todo el día se consagró a los preparativos de la gran ceremonia, y singularmente a los cuidados de mi tocado.

Después de mi presentación, debía haber un gran baile en la Corte.

El Rey, apenas me vio, vino a mi encuentro con una galantería encantadora, me ofreció la mano y rae condujo a mi sitio, no dejando de hablarme sino para conversar con *sir* Guillermo.

No bien Su Majestad se hubo separado de mí, se me acercó el príncipe de Gales. Entonces, bien a pesar mío, mi espíritu fue dominado por un solo pensamiento: me veía en la azotea de *miss* Arabela, la noche que esta recibió al príncipe de Gales; veíalos aún en la ventana, radiantes de juventud y de deseos.

No sé lo que el Príncipe me dijo, ni lo que yo le respondí; todas las fibras del recuerdo arrastraron a mi alma fuera del presente para hacerla retroceder a lo pasado.

Debí de parecer muy torpe al Príncipe.

Aquella noche fue para mí una noche de orgullo y al mismo tiempo de sufrimientos: de orgullo, porque había llegado a la meta, porque había sido recibida oficialmente en la Corte de Inglaterra, como esposa de *sir* Guillermo Hamilton; ninguna otra Corte podría negarse a recibirme, y, en mi calidad de embajadora de una gran potencia, venía a ocupar una posición social inmediata a la de los príncipes de la sangre; de sufrimientos, porque toda sonrisa, toda mirada de reojo, toda palabra murmurada al oído, me parecía un insulto que se cernía amenazador sobre mi cabeza.

Sir Guillermo mostraba una tranquilidad y una satisfacción asombrosas; si, para hacerme su esposa, me hubiese sacado del claustro más austero, no habría parecido más orgulloso de mí.

La noche me pareció larga, y, aunque nos retiramos a la una, me sentía muy cansada.

Al día siguiente, procuré no faltar a la sesión de Rowmney; tenía necesidad de ver la cara de un amigo; porque comprendía que la víspera solo había visto máscaras.

Había salido por un asunto urgente, pero me suplicaron, en su nombre, que lo esperase.

Sir Guillermo, a quien aquella mañana quedaban todavía algunas diligencias por despachar, me dejó en casa de Rowmney.

Esperé a este con mucha impaciencia: era yo la que debía informarle de los sucesos del día anterior, y me parecía que él, a su vez, me traería noticias.

Así que, cuando oí sus pasos y vi que aparecía en el umbral de la puerta, me precipité hacia él con expresión interrogativa.

—¿Y qué? —le pregunté.

Algo parecido a lo que causaba mi turbación pasaba probablemente por su espíritu, pues, aunque la pregunta era muy vaga, él respondió directamente a mi pensamiento.

—Sí —me dijo—; ayer has obtenido un éxito inmenso. Esta mañana he recorrido la ciudad en busca de noticias referentes a ti, y solo he dado con mujeres enfurecidas. Se dice que tres duquesas están enfermas de celos; susurrase que otras, viendo al Rey acompañarte a un sillón, y al príncipe de Gales platicar contigo, estuvieron a punto de desmayarse o de ser acometidas de un ataque de hidrofobia. Vengo de bosquejar el retrato de *lady* Craven, que es una inglesa de buena cepa y que recientemente ha conseguido el divorcio, después de catorce años de unión con lord Craven; se encontraba allí, y ha reído con ganas viendo el semblante que te ponían. Le he indicado que esperaba encontrarte en mi casa, y me ha dicho sencillamente: «Presénteles usted mis respetos, y dígame que es la mujer más hermosa que he conocido».

Cogí la mano de Rowmney y la estreché con todas mis fuerzas. Tenía ganas de arrojarme a su cuello. Acababa de infiltrarme, hasta lo más profundo de mi ser, el sentimiento divino de la venganza cumplida.

Al otro día todos los diarios hablaban del baile de la Corte; algunos eludían el hablar de mí; pero, ¡bah!, mi causa estaba ganada ante la reina de Nápoles.

Al cabo de siete días, mi retrato quedaba terminado; pero, como debido a los accesorios orientales de que Rowmney lo había rodeado, antes parecía un cuadro que un retrato, *sir* Guillermo, celebrando de todos modos el talento desplegado por el artista, pidió a este que hiciese un segundo retrato tan desprovisto de adornos como sobrecargado de ellos resultaba el primero.

Rowmney no deseaba otra cosa; demostraba tanto placer en trabajar teniéndome por modelo a mí, que bien hubiese querido no servirse nunca más de otro distinto.

El mismo día que terminó el primer retrato, empezó el segundo. Este era de una verdadera simplicidad griega.

Estaba de frente, la cabeza descubierta y un poco inclinada sobre el hombro derecho; mis largos cabellos, sueltos y flotantes, caían sobre mi pecho, medio velado por una túnica de muselina; un manto de cachemir encarnado caía sobre mis hombros; la única alhaja era un cinturón de oro labrado al estilo árabe, conteniendo un camafeo con el retrato de *sir* Guillermo Hamilton.

Este segundo retrato, que, a mi ver, superaba al primero, fue pintado en cinco días; es el mismo que *sir* Guillermo regaló a lord Nelson, quien lo conservaba en su camarote del *Froudroyant*, y volvió a poder mío a la muerte del almirante; es el mismo que, formando juego con el de Nelson, se ostenta en la miserable choza donde escribo estas *Memorias*, En mis días de miseria me han ofrecido hasta doce mil francos por ambos retratos, pero nunca he querido desprenderme de ellos, que reservo para dote de mi Horacia.

Durante nuestra estancia en Londres, *sir* Guillermo dio algunas reuniones, a las

cuales invitó a la burguesía de la capital. Algunas gazmoñas no se dignaron honrarlas con su presencia, pero no dejó de concurrir ninguna joven de la aristocracia. *Sir* Guillermo quiso que en dos de esas tertulias fuesen representadas varias escenas de carácter: en una de ellas recité el monólogo de Julieta; en la otra, imité y canté la Nina.

Aquella noche produjo un verdadero entusiasmo. Rowmney, singularmente, estaba fuera de sí.

Un día después escribía a uno de sus amigos lo que sigue:

Creo haberle dicho en mi carta anterior que iba a comer en casa de lord Hamilton. Varios individuos de nuestra sociedad más distinguida se habían reunido para oír cantar a *lady* Hamilton. En lo serio como en lo cómico, por su gracia y por su talento, despertó la admiración de todos; pero su Nina superó a todo lo que se puede ver, y creo que no es posible igualarla. Toda la concurrencia estaba suspensa; tan espontánea, terrible y patética es su interpretación.

Mis dos retratos fueron embalados con el mayor cuidado, y *sir* Guillermo, no queriendo separarse de lo que él llamaba *su tesoro*, se arregló de manera que saliesen con nosotros.

Salimos de Londres el 20 de abril. *Sir* Guillermo tuvo el capricho de pasar por París. Inglaterra, que pronto iba a entrar en guerra cruel con Francia: estaba aún en paz con ella; nada, pues, se oponía a que *sir* Guillermo satisficiese su deseo.

Llegamos el 26, a tiempo de presenciar un motín, que se desarrolló en el arrabal de San Antonio.

Sir Guillermo había procurado asistir a la apertura de los Estados generales, que debía tener lugar el 27. A nuestra llegada supimos que había sido diferida para el 4 de mayo.

En vez de la apertura de los Estados generales, tuvimos, el incendio y el saqueo de los almacenes de Reveillon.

Sir Guillermo obtuvo permiso para visitar la Bastilla, el cual aprovechamos al otro día.

A medida que nos acercábamos a la Bastilla, la multitud se hacía más compacta; creíamos no poder llegar a la puerta de la fortaleza.

Llegamos, al fin, no sin haber sido blanco de insultos y rechiflas. El pueblo francés me pareció muy cambiado desde la época en que lo vi por primera vez.

M. de Launay, advertido de que el embajador de Inglaterra y su mujer visitarían la Bastilla, nos esperaba para hacernos personalmente los honores.

Empezó por preguntarnos si queríamos ver los prisioneros, a lo menos los que le estaba permitido mostrar.

Pregunté si me sería dable librar a algunos de ellos.

M. de Launay me respondió que su galantería no podía llegar a tal extremo.

—Entonces —le dije—, ya que no puedo hacer nada en su obsequio, prefiero no verlos.

—¿Qué desea, pues, ver usted?

—París desde lo alto de las torres.

Era muy fácil. M. de Launay tomó la delantera, sombrero en mano, resistiéndose a cubrirse a pesar de mis instancias reiteradas.

Me preguntaba cómo un gentilhombre tan cortés podía, ser tan severo con los prisioneros puestos bajo su custodia.

Contábanse de él cosas increíbles. Todos los empleos de la Bastilla dependían de su autoridad. Con sesenta mil libras de sueldo, encontraba el medio de hacerse ciento veinte mil. El vino, los víveres, la madera eran las principales fuentes de sus beneficios. El terrado de un baluarte se había convertido en jardín donde paseaban los prisioneros. Hasta con el jardín comerció, arrendándolo por cien francos al año.

Ya en lo alto de las torres, descubrió nuestra mirada todo el bulevar del Temple, el Jardín del Rey, Vincennes, los Inválidos.

En aquellas alturas pudimos apreciar cuán numerosa era la multitud a través de la cual habíamos pasado.

La masa popular se corría hacia el arrabal de San Antonio. Parecía muy excitada, y algunos hombres, al pasar, amenazaban con el puño a la Bastilla.

Esas manifestaciones hacían reír a M. de Launay.

Le pregunté el motivo de aquellos clamores.

Respondiome que el pueblo de París, en el vértigo de sus pasiones, quería perecer de hambre. El papelero Bèveillon, uno de esos aristócratas del comercio, que forman lo peor de la aristocracia, había dicho que el obrero ganaba demasiado, y que era necesario rebajar los jornales a quince sueldos; se aseguraba que iba a ser condecorado con el cordón negro de San Miguel, con lo cual la Corte se atraía un nuevo elector realista.

Toda aquella multitud se encaminaba hacia sus almacenes, profiriendo gritos de muerte contra el papelero, quien no pudo ser habido por haberse ocultado.

En un instante hicieron un muñeco de paja; un ropavejero proporcionó un traje viejo, con el que fue vestido el maniquí; echáronle después un cordón negro al cuello, lo colgaron al extremo de un palo, y en esta disposición lo pasearon por las calles de París.

La comitiva pasó por delante de la Bastilla para ir a quemar el monigote en la plaza del Hôtel-de-Ville; y al pasar, algunos, que parecían los directores del movimiento, anunciaron que al otro día volverían y pondrían fuego a la casa.

—Si ustedes quieren presenciarlo —nos dijo galantemente M. de Launay—, vuelvan mañana a la misma hora. Paréceme que será cosa digna de verse.

—Pero —advertí yo—, desde el momento en que esa gente anuncia sus intenciones, la policía tomará sus medidas y las desbaratará.

—¡Oh! *milady* —replicó M. de Launay, riendo—, se conoce que cree usted estar aún en Inglaterra, donde un oficial de policía, con solo tocar con el bastón al jefe del motín, dispersa una reunión de cien mil hombres. Desengáñese usted, *milady*; estamos en Francia, y en Francia, cuando el pueblo empieza a hacer de las suyas, no

se detiene fácilmente. Háganme ustedes el honor de venir mañana a almorzar conmigo; pondré un centinela en las torres para que nos avise cuando el espectáculo comience, y, para postre, les prometo alguna escena dramática, de esas que no son corrientes ni se ven a diario.

Miré a *sir* Guillermo, que leyó en mis ojos el deseo de ser testigo de los acontecimientos del día siguiente; y, como mis deseos eran los suyos:

—Señor —dijo—, salvo el almuerzo, aceptamos *milady* y yo el ofrecimiento que usted nos hace.

M. de Launay se inclinó.

—Hay un inconveniente, señor —objetó—: los dos ofrecimientos van juntos y no pueden separarse. Se me ofrece una ocasión de sentar a mi mesa a uno de los primeros sabios del mundo y a la más hermosa mujer de Inglaterra, y no voy a dejar escapar esa ocasión.

Yo estaba asombrada y al mismo tiempo halagada de esta galantería francesa que brotaba, como flor natural, hasta en las piedras de una prisión.

—Pues bien, señor —respondí—; acepto en nombre mío y en el de mi marido, pero con una condición.

—Una condición impuesta por usted, *milady*, es aceptada de antemano, aunque fuese de entregarle las llaves de la Bastilla. Exponga usted esa condición.

—Que nos haga usted servir la comida ordinaria de los prisioneros, a fin de que algo me recuerde que almuerzo en una prisión.

—Será usted complacida, *milady*.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de gentilhomme.

Tendí la mano a M. de Launay.

—Ya sé que, cuando un francés habla en tales términos, preferiría hacerse matar antes que faltar a su palabra. Hasta mañana, señor.

Y nos despedimos del galante gobernador de la Bastilla.

XL

En espera del espectáculo prometido para el siguiente día, *sir* Guillermo me preguntó dónde deseaba pasar la noche. Dicho está que respondí: «En la Comedia Francesa». El teatro era y fue siempre mi pasión dominante, y si, en tiempo de mi penuria, no se hubiese incendiado Drury-Lane, habría probablemente debutado en su escenario, y quizás habría llegado a ser la rival de *mistress* Siddons, en vez de haberlo sido de Aspasia.

Ello hubiese, sin duda, sido mejor a la salud de mi alma y a la tranquilidad de mi conciencia.

Se representaba la *Bérénice* de Racine.

Sir Guillermo encargó un palco, pero se le dijo que no quedaba ya ninguno.

¡Despachadas todas las localidades de un teatro en pleno período de asonadas populares y de hambre!

Aquello era increíble.

Preguntamos la causa de tanto público, y se nos dijo que un joven trágico que había debutado hacía solamente dos años y que alcanzaba grandes y merecidas ovaciones, representaba aquella noche el papel de Tito.

Pregunté su nombre: llamábase

Francisco Talma.

Viéndome *sir* Guillermo tan apenada por este contratiempo, escribió en el acto a su colega el embajador de Inglaterra en la corte de Francia, preguntándole si por casualidad tenía palco de abono en la Comedia Francesa.

El Embajador, que tal vez no era casado, o si lo era tenía por esposa a una mujer, que no sería aficionada al teatro, respondió que muy a su pesar no podía complacer a *sir* Guillermo por carecer de palco.

Estaba tan desesperada, que rogué a *sir* Guillermo que llamase al huésped para preguntarle si conocía algún medio de procurarnos localidades, cualesquiera que fuesen, en la Comedia.

—No conozco más que un recurso —nos dijo—: escribir al mismo Talma.

Sir Guillermo hizo un ademán negativo.

—Es un joven muy bien educado —repuso nuestro huésped—; que se comunica con la mejor sociedad de París, y es un excelente patriota. Si Su Señoría se digna darse a conocer, es seguro que M. Talma hará todos los posibles para cumplimentar sus deseos.

Sir Guillermo volvióse para mirarme, indeciso sobre lo que debía hacer. La suplicante expresión de mi rostro le trazó el camino.

—Sea, pues que tú lo quieres —dijo.

Cogió la pluma y escribió:

Sir Guillermo Hamilton, embajador de Su Majestad Británica, y *lady* Hamilton, su esposa, tienen el honor de ofrecer sus respetos a M. Talma y de expresarle el deseo que sienten de verle representar esta noche el papel de Tito. Todos sus empeños por conseguir un palco han resultado infructuosos; así que, con riesgo de ser importunos, vense obligados a recurrir a él, para pedirle dos asientos, sean los que fueren, siempre que una *lady* pueda concurrir al espectáculo.

27 de abril de 1789.

—¿Se encargará usted de mandar esta carta a M. Talma? —preguntó *sir* Guillermo al huésped.

—Sí, por cierto; es la cosa más fácil del mundo.

—¿Y de enviarnos la contestación?

—Más que eso, milord —respondió el huésped—. Para mayor seguridad, yo mismo desempeñaré la comisión.

Y sin esperar más, se fue, llevándose la carta.

—En verdad —murmuró *sir* Guillermo, pesaroso—, hay que reconocer que el pueblo francés es muy culto. ¡Qué lástima que sea tan irreflexivo!

Sir Guillermo estaba lejos de sospechar que los franceses estuviesen tan cerca de corregirse de la cualidad que les encomiaba y del defecto que les reprochaba.

Al cabo de media hora, el huésped volvió, radiante de contento; traía un billete en la mano.

—¿Trae usted un palco? —le pregunté apenas le vi.

—Ya lo decía yo —exclamó, agitando al aire el billete—; helo aquí.

Me apoderé del billete, que contenía estas palabras manuscritas:

Vale para mi palco.

TALMA.

Y debajo:

Entrada de artistas.

—Hay más —me dijo *sir* Guillermo.

—Tito nos hace el honor de respondernos.

—¡Ah, veamos!

Y leí las siguientes líneas:

El ciudadano Talma siente vivamente no poder ofrecer al ilustre *sir* Guillermo Hamilton y a *milady* Hamilton otra localidad que su propio palco, situado en el escenario; pero lo ofrece tal cual es, con la expresión de su gratitud por haberse dignado pensar en él.

27 de abril de 1789.

Era imposible encerrarse mejor en los límites de las conveniencias más absolutas.

Huelga decir que a las siete y media en punto estábamos en el teatro. Un portero

nos esperaba; nos hizo atravesar el escenario y nos acompañó al palco.

Fácilmente se veía que aquel a quien pertenecía lo había preparado con todo el gusto de que es capaz un artista. Un gran espejo adornaba una de las paredes; los muebles estaban cubiertos de telas turcas bordadas en oro. Este palco me recordaba, en miniatura, el taller de Rowmney.

Estaba encantada de verme entre bastidores; eso me complacía diez veces más que si hubiese estado en la platea, o en el mismo palco real.

Esperé con impaciencia que se levantase el telón; pero, en espera de ese instante, disfruté de un espectáculo más curioso que el de la tragedia, desarrollado entre bastidores.

Todos los artistas hablaban de su compañero Talma, y se preguntaban qué extravagancia en el vestir se permitiría aquella noche. Llamaban *extravagancia* al trabajo lleno de saber al que Talma se entregaba para llevar el teatro a la verdad histórica. Por fin, se dio la señal; los actores se prepararon y se levantó el telón.

Al aparecer Tito, en la primera escena del segundo acto, lancé un grito de admiración. Me parecía que veía caminar una estatua romana.

La cabeza, sobre todo, era soberbia; los cabellos, cortados a la usanza antigua, la corona de laurel de oro ceñida a su frente, el manto de púrpura caído con negligencia sobre los hombros; todo eso imprimía un sello a la fisonomía del artista, que hacía retroceder al espectador diez y siete siglos atrás.

Todos los demás actores parecían máscaras.

El papel de Bérénice estaba a cargo, si mal no recuerdo, de una joven y bella actriz llamada Vestris.

Cuando se presentó, en la cuarta escena del segundo acto, al encontrarse frente a Tito, hizo de pronto un movimiento de sorpresa, y a seguidas reprimió un violento acceso de hilaridad. Tito iba desnudo de piernas y brazos, al paso que los otros llevaban calzones de seda.

Empezó a declamar su parte con gran entusiasmo. Luego que hubo dicho los primeros versos y que Tito responde, en vez de escuchar a este, le miraba de arriba abajo.

—¡Por Dios, Talma! —murmuró la actriz—, ¿no tiene usted peluca ni calzones?

—Querida amiga —le respondió Talma—, los romanos no los llevaban.

Me corrí al fondo del palco para reír a mis anchas en tanto que *sir* Guillermo, en su condición de anticuario, no cesaba de repetir:

—¡Tiene razón! ¡Bravo, joven, bravo! Tiene usted todo el aspecto a propósito para confundirle con una estatua de Pompeya o de Herculano.

El trágico se inclinó ligeramente en señal de agradecimiento.

—¿Quiénes son los que ocupan tu palco? —preguntó con desabrido acento *madame* Vestris, mientras representaba.

—Unos artistas ingleses —respondió Talma con una ligera sonrisa.

—¡Sí, señor Talma —repuse yo mientras aplaudía—; somos artistas, verdaderos

artistas!

Mis aplausos se renovaron a la salida de Tito. Esta salida, llena a la vez de desorden, de amor y dignidad, era ejecutada admirablemente por el novel trágico.

Al caer el telón, después del acto segundo, estallaron grandes aplausos en la sala, acompañados de ¡bravos! Desde nuestro palco no podíamos ver lo que pasaba; pero algunos actores se acercaron al telón y miraron por el agujero abierto en él.

—¿Qué sucede? —preguntaban los otros que no podían ver la sala.

—¡Bueno! —respondió uno de los mirones—; ¡no faltaba sino eso!

—¿Qué es ello?

—¡Cómo!, ¿por ventura hay en la platea algún espectador sin calzones? —preguntó uno de los cómicos.

—No, pero hay en la orquesta un joven que, en el entreacto, ha ido probablemente a que le cortasen el cabello; está peinado *a lo Tito*, y es él a quien se aplaude.

Entre el segundo y tercer acto, el ejemplo fue imitado por tres o cuatro jóvenes. Al último acto, Talma tenía veinte imitadores en la sala.

Inútil es decir que de aquella noche arranca la moda de llevar los cabellos a estilo Tito.

Terminada la función, *sir* Guillermo Hamilton, adelantándose a mis deseos, mandó preguntar al *ciudadano* Talma si podíamos cumplimentarle en su camarín.

Nos contestó diciendo que lo consideraba un honor tan señalado, que no se habría atrevido a esperarlo, pero, que toda vez que se lo queríamos dispensar, lo aceptaba reconocido.

Nos dirigimos a su camarín.

Tito nos aguardaba a la puerta, para hacernos los honores. Nuestra sorpresa fue grande cuando, dirigiéndose a nosotros en excelente inglés, preguntó si Su Señoría quería o no guardar el incógnito.

Sir Guillermo respondió que no había ninguna razón para ocultar *el honor que se hacía a sí mismo* viniendo a dar las gracias a un gran artista y a ofrecerle sus respetos; y que, al contrario, deseaba ser presentado a la sociedad que se encontraba en el camarín, y que, a juzgar por las apariencias, debía de pertenecer a la clase intelectual.

Sir Guillermo no se engañaba. Talma nos presentó al poeta María-José Chénier, cuyo *Carlos IX* se disponía a representar de nuevo; al joven Arnault, autor de *Marius à Minturnes*, que el trágico iba a estudiar; a La Harpe, que le acosaba para que representase su *Vasa*; al pintor David, que le dibujaba sus trajes; al caballero Bertin, que cinco o seis años antes había publicado su libro de los *Amores*, y que se disponía a partir para Santo Domingo, donde debían acabar sus días al año siguiente; a Parny, y, finalmente, cinco o seis jóvenes de ingenio y que estaban en vías de crearse una reputación.

Sir Guillermo tuvo su corte, y yo tuve la mía. Los poetas vinieron a mi lado, y los pintores se fueron al de mi esposo. A propósito de la indumentaria antigua, *sir* Guillermo se enzarzó en una erudita discusión con David y Talma, mientras yo

ensalzaba los versos de Bertin y de Parny, que me correspondían elogiando mi belleza.

Sir Guillermo, siempre atento a mis triunfos, me procuraba uno más.

Invitó a Talma, rogándole que extendiese la invitación a todos sus amigos que se encontraban presentes, a que viniesen a pasar la velada del día siguiente en el Hotel de los Príncipes. Si Talma accedía a declamar versos de Corneille, de Racine y de Voltaire, *lady* Hamilton, por su parte, recitaría los de Shakespeare.

Todos fueron advertidos de que la velada terminaría con una cena.

Aceptada por unanimidad la invitación, nos retiramos.

Se recordará que a las diez de la mañana estábamos citados en la Bastilla, para almorzar en compañía del gobernador.

XLI

Agradecí a *sir* Guillermo Hamilton la agradable noche que me había proporcionado. El arte, al fin y al cabo, me parecía el elemento a que estaba yo destinada, y si, siguiendo mi vocación, hubiese podido entrar en un teatro, habría, fuera de toda duda, conquistado una reputación igual a la de *mademoiselle* Champmeslé o de *mistress* Siddons.

A la mañana del siguiente día llamé a dos costureras, a quienes encargué, dos vestidos, uno de Ofelia y otro de Julieta, con expresa condición de que por la noche, a las ocho, estuviesen confeccionados. Ambas costureras me dieron palabra de que sería complacida en mis deseos.

A las nueve y media, *sir* Guillermo y yo nos dirigimos en coche a la Bastilla; pero, cuando llegamos al bulevar del Temple, el gentío era tan grande, que no pudimos avanzar. Tomamos por la calle del Temple y volvimos por el Arsenal. De ese lado, el camino estaba libre, por haberse concentrado el movimiento popular en el arrabal de San Antonio.

M. de Launay nos esperaba, y la mesa estaba preparada con mucho lujo. Nos invitó a almorzar sin perder tiempo, puesto que, según todas las probabilidades, el motín llegaría a su apogeo a eso del mediodía.

Viendo desde un principio la profusión de platos y lo exquisito de los vinos, acusamos a M. de Launay haber faltado a su palabra, por no servirnos la comida ordinaria de los prisioneros.

A lo cual replicó:

—*Milady*, usted me impuso condiciones, pero dentro de esas condiciones me dejó usted toda mi libertad de acción. Tenemos en la Bastilla prisioneros y prisioneros, desde los príncipes de la sangre a los libelistas. Ahora bien: para la manutención de un príncipe de la sangre, hay asignadas cincuenta libras diarias; para la de un mariscal de Francia, treinta y seis libras; para la de los generales y brigadieres, veinticuatro; quince para la de un consejero; diez para la de un juez ordinario; seis para la de un eclesiástico, y, finalmente, para la de un libelista, un escudo.

—¿Y qué? —le pregunté, no alcanzando a comprender a qué fin iba encaminada esta larga enumeración.

—Pues, que trato a ustedes como a príncipes de la sangre —respondió—. Tienen ustedes un almuerzo principesco; a eso se reduce todo.

—¿El almuerzo de M. de Beaufort? —pregunté.

—Te engañas, querida —me dijo *sir* Guillermo—. M. de Beaufort ha sido encerrado, pero no en la Bastilla, sino en Vincennes; el que lo ha sido en la Bastilla es M. de Condé.

—¡Cómo!, ¿aquí es donde M. de Condé cultivaba sus claveles? Si sobra uno, ¿me

lo dará usted, señor gobernador?

—También en eso estás engañada —replicó *sir* Guillermo—: el que se había metido a jardinero, era Luis II, el gran Condé, y ese estuvo asimismo en Vincennes, salvo que no se admita que haber estado encerrado en la Bastilla equivale a haber nacido en ella.

—¡Enhorabuena! —exclamó M. de Launay—, he aquí un sabio inglés que es capaz de enseñarme la historia de mi fortaleza... ¡Ea!, ¡un brindis por la torre de Londres! y que ello libre siempre a los reyes de Inglaterra de sus enemigos, como la Bastilla libra al rey de Francia de los suyos. Puedo asegurar a Su Señoría que el duque de Clarence nunca se ha ahogado en un vino mejor que el que está usted bebiendo ahora.

Acabábamos de apurar nuestros vasos para hacer válidas las palabras de M. de Launay, cuando se nos anunció que si queríamos ver el motín en toda su magnitud, no debíamos perder un momento.

M. de Launay quería retenernos a la mesa, diciéndonos que nos quedaba tiempo para todo; pero la curiosidad nos obligó a insistir, y subimos a la torre más inmediata al arrabal de San Antonio.

En efecto, desde aquella altura no podía ocultárenos ningún detalle, y vimos la espantosa escena en toda su repugnante desnudez.

—¡Cáspita! —dijo M. de Launay, tocando suavemente el hombro de *sir* Guillermo—; no solamente puedo mostrarles el saqueo del almacén de Réveillon, sino también al mismo Réveillon.

—¿Cómo es ello?

—Olvidaba decirles que ayer por la mañana, comprendiendo el grave peligro que corría, vino a pedirme hospitalidad, que le concedí. ¿Ven ustedes a ese hombrecillo de crespos cabellos, que está gesticulando y que tanto interés demuestra en lo que ocurre, que parece que va a arrojarse de las torres abajo de las murallas?

—¿Es él?

—El mismo.

Y, para que no lo dudásemos:

—¡Eh! señor Réveillon —dijo—, ¿qué opina usted de lo que sucede por allá?

Réveillon se estremeció.

—Opino, señor gobernador —respondió el cuitado—, que si la Corte no tuviese necesidad de un motín para ganar tiempo con respecto a los Estados generales, habría fácil y prontamente dado buena cuenta de esas turbas de pillastres. ¿No es una irrisión? ¡Los asaltantes de mi casa son en número de dos mil, y para contenerlos, M. de Bezenval opone treinta hombres! Y eso sin contar que el espectáculo divierte a cien mil espectadores, que excitan a los otros a proseguir su obra.

—¡Señor Réveillon, señor Réveillon! —dijo de Launay—. ¡Cuidado! Paréceme que habla usted muy a la ligera del gobierno de Su Majestad, y podría muy bien suceder que se quedase usted en la Bastilla.

—¡Oh! —dijo Réveillon, que se exasperaba a la vista de sus muebles destrozados —, estoy bien tranquilo; la Bastilla no se construyó para hombres como yo, sino para los grandes; y véase, usted mismo, por ejemplo, si quisiese...

Se detuvo, indeciso.

—¿Qué? —preguntó riendo el gobernador.

—No tendría más que pronunciar una palabra, y me salvaría usted; de lo contrario, mañana seré reducido a la miseria.

—¿Y qué palabra es esa?

—No tendría usted más que decir ¡fuego!, y uno de estos cañones haría muy pronto limpieza.

—Me parece —dijo *sir* Guillermo al gobernador— que este desgraciado no anda descaminado.

—Ciertamente —repuso M. de Launay—, tiene mucha razón; pero, yo tengo el mando de un castillo real, y no puedo hacer funcionar un cañón sin orden del Rey.

Entretanto, el saqueo continuaba; después del saqueo, vino el incendio. El fuego empezó a salir por las ventanas. Entonces comparecieron algunas compañías de guardias franceses, e hicieron fuego; dos o tres revoltosos cayeron, pero los amotinados rechazaron a los soldados a pedradas. Busqué con la mirada a Réveillon; ya no estaba allí. Seguramente, no pudiendo presenciar el saqueo de su casa, se había retirado a algún aposento de la Bastilla.

En fin, al cabo de dos o tres horas, durante las cuales se dejó en completa libertad a los saqueadores e incendiarios, llegaron los suizos. Los amotinados pretendieron hacer con ellos lo que habían hecho con los guardias franceses; pero los suizos no eran de tan buena condición. Hicieron fuego de veras, y mataron unos veinte hombres, dispersando además a los amotinados y a los curiosos.

Después, penetraron en la casa incendiada, de donde sacaron algunos hombres que, en estado de embriaguez, fueron encontrados en las bodegas. Algunos de ellos, creyendo que era vino, habían bebido las drogas de la fábrica, y murieron envenenados.

Bien examinado, reconocí que una asonada no era cosa tan divertida como yo me figuraba. La que había empezado colgando un muñeco, terminaba con el saqueo e incendio de una casa, y con la muerte de cinco o seis soldados y de una veintena de hombres, que no por ser unos miserables, perdían su condición de tales.

Agradecemos a M. de Launay el habernos proporcionado el espectáculo del motín y el ofrecimiento del almuerzo; pero le declaramos que la vista de aquel nos impedía continuar el otro.

Dejamos, pues, a mitad la comida ordinaria de los príncipes de la sangre, que, por lo demás, era exquisita, y regresamos al hotel más fácilmente que a la venida.

Cuando, cuatro meses después, supimos en Nápoles la toma de la Bastilla y la muerte de M. de Launay, ambas noticias nos produjeron una impresión tanto más profunda cuanto que conocíamos la fortaleza y a su gobernador.

Cuando se ha visto la altura de las torres, el espesor de las murallas, la solidez de las puertas, uno se pregunta cómo es posible que un pueblo mal armado y mal dirigido, sin cañones ni máquinas de guerra, pueda tomar una fortaleza como la Bastilla.

La pregunta es planteada hace veinticinco años, y continúa sin respuesta.

Una vez en el hotel, no me ocupé más que de los preparativos de la noche. Dedicaba mucho cuidado para conseguir los plácemes de los hombres notables que debían venir. Temía únicamente que los acontecimientos del día no desbaratasen mis proyectos para la noche.

Pero, aún no conocía a los franceses, ese pueblo múltiple que encuentra tiempo para todo, que maneja, en un mismo día, con tanta indiferencia como habilidad, el fusil, el lápiz y la pluma; que, por la mañana, promueve una revuelta callejera, y por la noche cultiva el arte, demostrando alternativamente una ferocidad y una delicadeza que son patrimonio tan solo de él.

A las ocho, recibía los dos trajes que había encargado a las costureras. La exactitud observada por nuestros invitados, que llegaron de nueve a nueve y media, me demostró que habían acogido con agrado la invitación.

Al principio, se habló de la nueva del día, de la asonada; vi asombrada que todos aquellos artistas, poetas y publicistas, si no achacaban toda la culpa a la Corte, participaban, a lo menos, del parecer del pobre Réveillon, en lo que se refería a la pasividad de las autoridades en atajar el movimiento.

El poeta Chénier y el pintor David fueron más lejos; sostenían que la revuelta había sido fomentada por las propias autoridades. Se esperaba que la multitud famélica, que los cincuenta mil obreros sin trabajo harían causa común con los revoltosos y se precipitarían al saqueo de las casas de los ricos. Entonces, todo cambiaría de cariz; la Corte tenía un excelente motivo para concentrar un ejército sobre París y sobre Versalles, un admirable pretexto para aplazar los Estados; pero, contra todo cálculo, las masas se habían abstenido de tomar parte en el motín.

Hablaban con tanta convicción y el auditorio se mostraba tan inclinado a participar de su opinión, que yo no sabía qué pensar de todo ello. En cuanto a *sir* Guillermo, su reserva diplomática no le permitía ser abiertamente de ese parecer; pero noté que la dejaba traslucir sin combatirla con palabras ambiguas.

Mas, como la reunión no tenía un fin político, poco a poco se abandonó aquella conversación para pasar a la poesía y a la literatura. M. Talma era, conforme se nos había informado, un hombre de espíritu superior, y, en tanto que se preparaba para interpretar el *Hamlet* de Ducis, se lamentaba de haberse sacrificado tantas veces en aras del gusto francés.

Calculé que era llegado el momento de inclinar la balanza del lado de Shakespeare, y, sin decir palabra, me retiré a mi habitación. Cinco minutos me bastaron para vestirme de Ofelia; y la discusión, alimentada por *sir* Guillermo, que había adivinado mi intención, duraba todavía cuando, de repente, se abrió la puerta y

de entre la obscuridad, hábilmente producida en la pieza inmediata, aparecí pálida y fija la mirada, como el espectro de Ofelia.

Un grito unánime resonó en el salón, y todos retrocedieron instintivamente para hacerme paso.

La locura de Ofelia y las escenas de Julieta constituían mi triunfo, según pude comprobarlo siempre que, en Londres, las había representado. En Francia, tenía a la vez una ventaja y un contra: la cosa era completamente nueva, y, por lo tanto, debía producir un efecto más hondo; pero, por otra parte, como muy pocas personas entendían el inglés, era preciso que con la fisonomía se lograra traducir la intención del poeta.

Afortunadamente, la espléndida escena de la locura de Ofelia no tenía necesidad de explicación; casi a cada verso me interrumpían los aplausos, los cuales, lejos de aumentar el efecto, lo aminoraban forzosamente.

El mismo Talma, adelantándose a mis deseos, suplicó que, cuando menos, me dejasen llenar, sin interrumpirme, los diferentes períodos que presenta la escena.

Le di gracias con un movimiento de cabeza, y, sin interrumpirme ni ser interrumpida, continué hasta el final de la primera escena.

Entonces estalló una verdadera tempestad de aplausos. Talma, pidiéndome que le disculpase la familiaridad, se adelantó hacia mí, diciendo que yo no era la embajadora de Inglaterra, sino *mistress* Siddons que viajaba de incógnito.

Y me besó la mano.

Quiero, de paso, hacer una manifestación: jamás ningún gran señor, príncipe o rey, al besarme la mano, me otorgó tanto honor como en aquel momento me proporcionó Talma.

Y *sir* Guillermo, artista como era, lo comprendió bien, porque, a su vez, cogió la mano de Talma y la estrechó con una efusión que participaba de gratitud.

Me retiré del salón entre aclamaciones y voces que me llamaban. Creíase que la escena había terminado; pero Talma advirtió que faltaba aún la segunda mitad, que era la más pintoresca y la más dramática.

No quise dejar enfriar el entusiasmo de mis admiradores, y reaparecí al poco rato, sueltos los cabellos, coronada de amapolas y el velo cubierto de flores silvestres.

Ya en otra ocasión he hablado del efecto que producía en ese papel, y séame permitido que lo repita. Lo único que no me ha dejado remordimientos, son los triunfos, ese lado puro de mi vida, esa llama artística que me coronaba con su aureola.

¿Por qué Dios no permitió que yo viviese en el mundo de la inteligencia en vez de vivir en el mundo de las grandezas?

Inútil es decir que mi éxito, en la segunda parte, superó al de la primera. La cosa acabó con una verdadera disputa que Talma promovió al pobre Ducis por haber desfigurado el *Hamlet* de Shakespeare, al punto de no haberse atrevido a introducir las dos escenas que yo acababa de representar. Ducis parecía amoldarse al

pensamiento de Talma; pero me pareció que prefería dejar su *Hamlet* tal como estaba en vez de rehacerlo. Lo mismo que el abate Vertot, había tomado su partido.

—¡Bien se lo tengo dicho! ¡Bien se lo tengo dicho! —repetía Talma—. ¡Con su afán rabioso de arreglarlo todo! Así me ha echado usted a perder mi monólogo y el famoso *To be or not to be*. ¿Quiere usted saber cómo era en inglés? Mire y escuche.

En el acto todo el mundo se apartó de él. Se llevó su mano a la cara para dar tiempo de transformar su fisonomía; luego, bajando suavemente la mano, en actitud meditabunda, empezó en inglés, con excelente acento, el famoso interrogatorio en el que la vida advierte a la muerte que ha llegado el momento de revelar su secreto.

Talma estuvo sublime. ¡Oh! si yo hubiese sido libre, si me hubiese sido permitido romper mi cadena dorada, con cuánto afán le habría dicho: «Acépteme usted, lléveme consigo a las alturas donde usted se cierne, y no me deje caer en la tierra sino apoyada sobre su corazón».

—¡Ay de mí! Mi destino era otro. Perdóneme Dios si no supe elegir, o mejor, si no supe esperar.

¿Para qué hablar del resto de aquella velada de embriaguez? Después de veintidós años, su recuerdo brilla en la noche del pasado, más luminoso que mis días más hermosos.

Estuvimos reunidos hasta muy entrado el día, sin que a ninguno, desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana, se le ocurriese una sola vez saber la hora.

XLII

Dos días después, el 30 de abril, recibimos de la embajada de Inglaterra billetes para asistir a la apertura de los Estados generales en Versalles. Nuestra partida había sido señalada para el día siguiente de esta ceremonia, o sea para el 5 de mayo.

Si la apertura se hubiese diferido, habríamos de todos modos continuado nuestro viaje, pues *sir* Guillermo no estaba dispuesto a prolongar por más tiempo su permanencia en París.

El 3 de mayo nos trasladamos a Versalles. El embajador de Inglaterra había alquilado una casa por un semestre, calculando que allí se manifestaría de un modo especial el espíritu de la nación, y nos cedió dos habitaciones en el primer piso de dicha casa, situada en el trayecto que debía seguir la comitiva.

Primeramente fuimos a oír la misa de Espíritu Santo en una tribuna. No sé si muchos de los concurrentes pensaron en estas palabras de la Escritura: «Vas a crear pueblos, y la faz de la tierra será renovada». Un poco antes de terminar el *Veni Creator*, nos retiramos para ir a ocupar nuestros sitios donde poder presenciar el paso de la procesión. Las amplias calles de Versalles, ocupadas en toda su extensión por guardias franceses y suizos, y adornadas con tapices de la Corona, no podían contener a la muchedumbre.

Todo París se encontraba en Versalles. Las puertas, las ventanas, los techos, los árboles, estaban atestados de espectadores; los balcones, cubiertos de telas brillantes, aparecían ocupados por mujeres llenas de plumas y de flores. Habríase dicho que al precipitarse en la arena de la guerra civil, las mujeres que iban a impugnar las leyes suntuarias de la igualdad, habían aprovechado esta ocasión para mostrarse una vez más en todo su esplendor.

Era evidente que se iniciaba algo extraordinario. ¿Cuál sería su resultado? Todos lo ignoraban aún.

Primero vimos que avanzaba una masa negruzca: era el Estado llano, las clases trabajadoras. Quinientos cincuenta diputados, entre los cuales había trescientos legisladores, abogados, magistrados, todos desconocidos, o casi todos, excepto uno, conocido por sus escándalos, llamado Honorato Piquetti de Mirabeau.

Su nombre repercutía en Francia y en el extranjero: sus amores, sus raptos, sus adulterios, sus prisiones, formaban una novela más conmovedora, más animada y terrible que ninguna de las novelas soñadas por la imaginación de los poetas.

Mi única pregunta era esta: «¿Dónde está Mirabeau?».

Alguien me lo señaló.

De lejos, vi, echada hacia atrás, aquella cabeza dominadora, de una fealdad imponente y que sacudía, con ademanes de león, una selva de cabellos. Era toda la sociedad de la época reunida en un hombre. Y digo en un hombre, porque, cerca de

él, los demás parecían sombras.

Le seguí con la mirada hasta que le hube perdido de vista.

Su paso provocó una tempestad de bravos y aplausos, que cesó al aparecer la nobleza.

Todo lo contrario del Estado llano, que se distinguía por la sencillez y uniformidad de su vestir, la nobleza, vestida pie seda y terciopelo, presentaba una variedad de los colores, más vivos, realzados con los más suntuosos bordados.

Pregunté por los nombres de algunos de aquellos ilustres audaces. Ningún nombre me era conocido. Me mostraron a La Fayette, el héroe de América. Yo esperaba ver una de esas vigorosas naturalezas llamadas por la Providencia a sostener con la voz, con la pluma o con la espada, los grandes principios; vi a un joven delgado, pálido, rubio, que en nada descubría la importancia del papel que había desempeñado en lo pasado y sobre todo del que iba a desempeñar en el porvenir.

Desfiló la nobleza. El duque de Orleáns fue el único a quien aplaudieron, y los aplausos estallaron frenéticos. Estas demostraciones eran obra de la venganza, porque se sabía que con ellas la Reina se sentía muy mortificada.

Hacía mucho tiempo que Felipe de Orleáns y María Antonieta estaban en guerra; se atribuían a esa hostilidad las causas más extrañas, y esa lucha, esa antipatía, que se remontaba a ocho o nueve años atrás, solo debía extinguirse en el cadalso, donde subirían ambos con veintidós días de diferencia el uno de la otra.

El clero seguía a la nobleza. El mismo silencio. En el clero solamente parecían estar comprendidas las dos clases que acababan de pasar: pueblo y nobleza.

A su frente venían unos treinta prelados con roquete y hábito morado.

Después, un grupo de cantores, y a estos, seguían unos doscientos curas vestidos de negro.

Instintivamente, el pueblo se acercaba a estos últimos, aunque no los aplaudía. Eran ellos el pueblo de la Iglesia, el pueblo que primitivamente tenía la representación popular y que hasta llegó a ser la salvaguardia de las libertades populares.

Más tarde, hubo de separarse de esta misión; pero se deseaba ardientemente perdonarle su extravío, si volvía otra vez al buen camino.

El Rey, a su vez, obtuvo algunos aplausos; pero distaban mucho de ser como los prodigados a Mirabeau y al duque de Orleáns.

Luego venía la Reina. Desde mi primer viaje a París, se había operado en ella un cambio terrible; la encantadora bondad, de su semblante tenía ahora una expresión hosca, desagradable.

A sus oídos se repetía: «¡Viva el duque de Orleáns!», y entre aquellas exclamaciones se oyó un silbido. La Reina palideció al extremo que parecía que iba a desvanecerse.

Pero, casi en el acto, recobrando su entereza, irguió la cabeza, dirigió en torno suyo una mirada de desafío, preñada de rencor y de iracundia, y tomó su actitud

habitual, de desdén, y ceñuda.

Cuando hubo pasado la Reina, me retiré de la ventana y fui a sentarme. Un frío glacial invadía mi corazón.

Descansamos breves momentos, y emprendimos el regreso a París.

En el camino, *sir* Guillermo me explicó la situación. Era una verdadera lucha empeñada entre el bajo clero, entre el Estado llano y los prelados y la nobleza sostenida por el Rey.

Todas esas cuestiones eran harto serias para que mi espíritu se detuviese en ellas. Mi adversa estrella quiso inmiscuirme en la política de otro país; pero me arrastró a ello mi profunda amistad con la reina Carolina y mi amor irresistible a Nelson. Llegado el momento, ni la una ni el otro me servirán de pretexto, bien lo sé; pero prefiero, teniendo que rendir una cuenca tan terrible, rendirla invocando mi amor y mi adhesión, pero no el de mi personal interés.

Salimos de París al otro día, 5 de mayo de 1789. Pasamos por Bélgica y Suiza, atravesamos el San Gotardo, descendimos al lago Mayor, llegamos a Liorna en posta, donde nos esperaba la embarcación en que habíamos venido, y el 20 de mayo desembarcamos al pie de la *Inmacolatella*.

Al llegar a la Embajada, *sir* Guillermo encontró una esquila del Rey, concebida en estos términos:

Al día siguiente de su llegada, mi querido *sir* Guillermo, le espero a comer con nosotros en el castillo de Caserta; pero la Reina, que desea entablar con su encantadora mujer un conocimiento más íntimo que lo es una presentación oficial, la esperará de once a doce.

Dedíquese usted a sus asuntos hasta las cuatro, y envíenos a *lady* Hamilton, como la paloma del arca, para anunciarnos que ha puesto usted pie en tierra.

Su afectísimo

FERNANDO B.

Sir Guillermo respondió:

Sire:

La paloma estará en el palacio de Vuestra Majestad a la hora señalada; pero no esperen que les llevo el ramo de olivo. Sospecho que el cultivo de este árbol no es posible en Francia, desde hace mucho tiempo.

Por mi parte, me presentaré a la hora que me ha sido designada, para agradecer a Vuestra Majestad sus bondades para conmigo.

Su respetuoso servidor,

G. HAMILTON.

Como se ve, mi triunfo era completo.

XLIII

Había traído de Francia un montón de vestidos. Estuve perpleja sobre la elección del que debía ponerme para presentarme a la Reina. Me resolví por el más sencillo.

Uno de satén blanco, una pluma blanca en los cabellos, un chal azul claro en los hombros: a eso se redujo todo el lujo que desplegué.

No es necesario decir con cuánta violencia me latía el corazón.

Abriéronse y se cerraron alternativamente tres o cuatro puertas; por fin, abriose la última, y, sintiéndome presa de un desvanecimiento, oí decir al criado que me precedía:

—¡*Lady* Hamilton!

Entré sin ver nada; una nube obscurecía mis ojos; quise hacer una reverencia, me tambaleé y tuve necesidad de apoyarme en un sillón.

Sentí que me sostenían por la cintura.

—¿Qué tiene usted, *milady*? —me dijo una voz afectuosa.

—Perdón, señora —balbuceé—; la emoción que causa el honor tan deseado y tan esperado de encontrarme en presencia de Vuestra Majestad...

—¡Ah, Dios mío! ¿Conque, tan imponente soy?

—Es reina, señora.

—He aquí su error; soy mujer, y una mujer que busca una amiga. Esa amiga, si usted me la trae, tendrá para mí un valor tal, que nunca podré retribuirlo. Esto supuesto, siéntese usted y deje que la mire a mi sabor.

Hice un movimiento para ocultar mi cabeza entre las manos.

—¿Quiere usted dejarme ver esta hermosa cara, que, hasta ahora, solo he podido ver de sesgo y furtivamente?

Lancé dos o tres gritos ahogados, y rompí en llanto.

—¡Ah! —exclamó la Reina—; no la creía a usted tan insensata. Vamos a ver, ¿es preciso que yo dé satisfacciones?

—¡Oh! señora —murmuré.

—¡Coqueta! —dijo la Reina—. Al revés de las mujeres que llorando se ponen feas, sabe usted que las lágrimas aumentan su hermosura. Ea, aquí no hay más que una mujer; por lo tanto, es inútil hacer *la civetta*. Deje usted que le seque las lágrimas, y conversemos.

En efecto, la Reina quiso secarme los ojos; yo me arrojé a sus pies, y le besé las manos.

—Eso es preferible —dijo la Reina—, y cuando haya impreso un ósculo en sus mejillas, estaremos en paz.

Así lo hizo, y añadió:

—¡Vaya! ahora no más niñadas, ¿no es así? Venga usted a mi lado, y seamos

buenas amigas... salvo que usted no lo quiera, en cuyo caso no sería mía la culpa.

No supe qué responder, y le sonreí con expresión de la más profunda gratitud.

—¡Enhorabuena! —dijo jugando con mis cabellos—; no soy partidaria de los días que comienzan con lluvia.

—¡Oh, señora! —murmuré—; ¡quién hubiese podido decirme nunca que una gran Reina, que la augusta hija de María Teresa!...

—¡Chitón!... o antes bien, con respecto a lo de Reina, sé que usted ha visto a mi hermana en Versalles; en su última carta me escribe que todo va de mal en peor en Francia, que sufre mucho y que está completamente cambiada. ¿Qué hay de verdad en todo eso?

—¡Ay, señora! Hacía ocho años que no veía a la reina de Francia, y debo confesar que en este espacio de tiempo, parece haberse despedido de todo lo que supone belleza y felicidad.

—¡Y yo, que no la he visto hace diez y nueve años! ¿Qué sería si la viese?... ¡Pobre Antonieta!

—Sin embargo, no tiene más que treinta y tres años, y a esta edad aún puede uno llamarse joven —repliqué yo.

—No cuando se ciñe la corona de reina —respondió Carolina, frunciendo el ceño—. Por lo demás, si las cosas empeoran, será prudente tomar precauciones. Ahora, déjeme usted mirar su vestido. No puedo precisar si es usted la que realza el vestido, o si este es el que realza a usted; pero, lo cierto es que viste usted con un gusto encantador. Mandaré que me hagan uno exactamente igual; tengo un chal azul como el suyo, y parecerá que somos hermanas.

—¡Oh! señora...

—Dicho está que usted será la menor. ¿Qué edad tiene usted? ¿Veintitrés años?

—Veintiocho cumplidos, señora.

—Su semblante tiene un defecto inapreciable, y consiste en mentir de un modo favorable a usted. Yo, al contrario, siempre he representado más edad de la verdadera... Queda convenido que mañana me enviará usted su vestido, para que yo mande confeccionar desde luego otro igual... ¡Bah!, ¿quién viene a molestarnos?... ¡Ah! es el Rey; le conozco en el paso.

—¿El Rey, señora? —exclamé, poniéndome en pie—. Ya habrá comprendido Vuestra Majestad que estoy poco al corriente en asuntos de etiqueta. ¿Qué debo hacer?

—¡Cómo!... debe usted permanecer aquí. Por otra parte, Su Majestad no me hace nunca visitas demasiado largas.

En aquel momento se abrió la puerta para dar paso al Rey, que entró precipitadamente.

Por fortuna, la Reina me había prevenido, diciéndome que *conocía al Rey por sus pasos*; porque, a la verdad, no le hubiese yo reconocido en aquella especie de campesino que invadía las habitaciones de María Carolina.

Figúrense un hombre todavía joven, de alta estatura, bien proporcionado, aunque tenía demasiado desarrollados pies y manos, calzado con zapatos de caza y grandes polainas de cuero, vestido con un chaleco de piel de gamo, chaqueta y calzones de terciopelo, de tez curtida, barba y fuente salientes, enorme nariz, que le daba el aspecto, no de un águila, sino de un papagayo; llevando en la mano y cogidas por las patas tres pavas que se movían vivamente; añadan a eso unos ademanes comunes y un acento vulgar, y tendrán una idea de lo que era el rey Fernando IV.

—¡Ah, Dios mío! —dijo la Reina—. ¿Qué le pasa, señor? Estoy acostumbrada a verle regresar de caza; pero hoy paréceme que sale Vuestra Majestad de un gallinero.

—¡Ah! mi querida maestra —dijo Fernando; este era el nombre que daba a su mujer en sus ratos de buen humor, en atención a que ella había sido su maestra de lectura y escritura—. Me decís siempre que si no fuese Rey no sabría ganarme la vida. Pues bien, estas tres pavas os probarán lo contrario.

—Ya las veo.

—Hacedme el favor de tocarlas.

—Las he tocado.

—También usted, *milady*.

Y me las presentó. Yo no sabía qué hacer.

—¡Tiente, tiente! —dijo—. Toda vez que usted comerá de ellas, no está de más que se asegure de que están gordas. Espero que *sir* Guillermo vendrá a comer.

—Tendrá el honor de acudir a la invitación de Vuestra Majestad.

—Y hará muy bien, pues comerá pavas ganadas por mí.

—Pero, en fin, señor —dijo la Reina con impaciencia—, acabad la historia de estas malhadadas aves.

—¡Ah! decid mejor la mía, pues está íntimamente ligada a la suya, en términos que no deben separarse la una de la otra. Imaginad que yo me paseaba ayer por el jardín, cuando encontré a una pobre mujer que me detuvo y me dijo: «Señor, me han dicho que entrase aquí para poder encontrarme con el Rey. ¿Le parece a usted si el Rey pasará pronto?». «Nada más probable, buena mujer». «¿Cómo irá vestido, para que yo pueda reconocerle?».

»Tenía intención de darle las señas de San Marco o de Ascoli; pero preferí seguir la aventura hasta el fin.

»“Oiga usted” le dije, “como el Rey no pasea todos los días y podría usted esperarle hasta la noche inútilmente, si tiene usted que hacerle alguna petición, yo me encargo de transmitírsela”. “Le quedará muy reconocida” repuso la buena mujer; “yo no soy más que una pobre viuda, y solo tengo tres pavas, y se las doy a usted, si me cumple su palabra”. “¿Están gordas?” pregunté.

»Es de suponer que yo no quería comprar gato por liebre.

»“Como patos, mi querido señor” respondió la interpelada. “Entonces, asunto concluido” repliqué. “Venga usted mañana con sus tres pavas. ¿Tiene usted su petición?”. “Sí” me contestó. “Démela... Mañana se la traeré anotada por el Rey;

usted, por su parte, me entregará las tres pavas, y quedaremos en paz”.

»Bien se comprenderá que no he faltado a la cita. Había puesto a un hombre de centinela; tan pronto como ha venido a decirme: “Hay abajo una campesina con tres pavas”, he ido a su encuentro; he entregado a la buena mujer su petición visada por el Rey, y ella a mí sus tres pavas. ¡Pobre mujer! Temo que vayan a robarla.

—¿Por qué?

—Porque los jueces no tendrán en gran estima mi recomendación. Pero, esta vez, estoy resuelto a dar un golpe de Estado, si es preciso, para que se haga justicia a esa pobre viuda... si sus pavas son tiernas.

Y el Rey salió riendo a mandíbula batiente, sujetando sus tres pavas, que llevó personalmente a las cocinas.

La Reina le siguió con una mirada llena de desdén; y, mirándome después, dijo:

—Usted lo ha visto; nada tengo que decir.

Entonces, clavando mis ojos en ella, la observé atentamente.

Tenía treinta y siete años, de suerte que, en ella, la belleza de la matrona sucedía a la de la joven; su cutis era blanco como el de las mujeres del Norte; sus cabellos de un rubio admirable, sus ojos azules podían expresar todas las pasiones, desde el amor más tierno al odio más invencible; en este último caso, su fisonomía adquiriría una dureza que no podía concebirse en aquel semblante. La nariz era recta y bien formada, y la boca, aunque bonita, resultaba perjudicada por esa prolongación del labio inferior común a las princesas de la casa de Austria; hombros, brazos y manos, eran magníficos; pero hay que reconocer que la costumbre, o mejor dicho, el ambiente de la realeza imprimía a todo eso una rigidez que restaba a la Reina una buena porción de la gracia de la mujer.

Los italianos han inventado una palabra para ese género de gracia que falta sobre todo en Italia: lo llaman *morbidezza*; la encantadora negligencia de los criollos expresa esta idea del modo más completo.

En tanto que yo contemplaba a la Reina, ella, por su parte, me observaba a mí, y parecía que estaba entregada a un examen igual a este que yo hacía respecto de su persona. El mismo pensamiento nos asaltó a la vez: nos echamos a reír las dos; me rodeó con su brazo, me atrajo hacia sí, y me abrazó con un ardor que mejor habría convenido a un amante que no a una amiga.

Me estremecí. Esto me recordaba la amistad de *miss Arabela*.

A la comida, nos fueron servidas las pavas asadas y en pastel. Estaban gordas, pero duras; eso era debido a que el Rey no había querido esperar algunos días para asegurarse de su calidad.

Terminemos pronto esta historia de pavos.

Según había pensado Fernando, su firma no había alcanzado la menor influencia; el juez leyó la recomendación, y, mirándola como una de esas recomendaciones que la impertinencia arranca a los soberanos, se encogió de hombros y puso de lado la petición.

Quince días después, el Rey encontró a la viuda, la cual lo recriminó rudamente y le acusó de haber abusado de su bondad, haciéndole creer que conocía al Rey.

—Vuelva usted de hoy en quince días —le dijo D. Fernando—, y si su pleito no ha sido ganado, me comprometo a entregarle cien ducados por cada una de sus pavas.

La buena mujer movió la cabeza; era evidente que no creía ni en el triunfo del pleito ni en el cobro de los dineros prometidos, y entre dientes dijo que había intrigantes que prometían mucho, se hacían pagar por adelantado y no cumplían sus promesas.

El Rey tomó el nombre del relator y escribió al tesorero de los tribunales que no le abonase el sueldo de aquel mes, ordenando que, si pedía una explicación, se le dijese que cuando hubiese despachado el pleito recomendado por el Rey, le pagarían sus honorarios, pero no antes.

Quince días después, el Rey enviaba a la buena mujer la sentencia judicial fallando la causa en su favor, y, dándose a conocer, añadía los trescientos ducados prometidos por las tres pavas.

XLIV

Como mi vida, durante un período de diez años, va a deslizarse en Nápoles, para la mejor comprensión de los hechos que se siguen, debo dar a mis lectores un conocimiento más completo de los dos personajes que acabo de presentarle, esto es, del rey Fernando y de la reina Carolina.

No tengo necesidad de decir cómo Carlos III, tronco de los Borbones de Nápoles, segundo hijo de Felipe V y primogénito de Isabel Farnesio, subió al trono de las Dos Sicilias en 1734, y fue reconocido rey en 1745.

A la muerte de su hermano mayor, que no dejó sucesión, fue llamado al trono de España, y hubo de elegirse un sucesor.

Decimos *elegirse*, porque en aquella ocasión el derecho de primogenitura tuvo que ser invertido, por haberse vuelto idiota el infante D. Felipe, a consecuencia, según se dice, de los malos tratos que sufrió de su madre.

No había, por lo tanto, que pensar en él.

El rey Carlos III lo dejó en Nápoles para que allí muriese de su enfermedad, declarada incurable; llevose consigo a su hijo Carlos, príncipe de Asturias, quien, a la muerte de su padre, acaecida según creo en 1788, fue reconocido Rey bajo el nombre de Carlos IV, y designó como heredero del reino de las Dos Sicilias a su tercer hijo, cuya edad era de siete años.

Antes de partir para España, quiso elegirle un preceptor; pero, como a causa de su tierna edad, ese cuidado incumbía más a la madre que al padre, fue por desgracia la Reina la que hizo aquella elección: sacó la plaza a pública subasta, y el príncipe de San Nicandro, uno de los hombres menos dignos de misión semejante, fue elegido para desempeñarla.

Una de las recomendaciones del rey Carlos III fue la siguiente:

—Sobre todo, haga de mi hijo un buen cazador; la caza es el solo placer verdaderamente digno de un rey.

Carlos III ponía, en efecto, la caza por encima de todo, hasta de la felicidad de su pueblo.

A este propósito, no citaré más que una anécdota.

Habiendo destinado la isla de Prócida a la caza especial del faisán, publicó un edicto ordenando la extinción total de los gatos; poseer uno de estos animales era, a partir de entonces, incurrir en un crimen que por sí solo podía acarrear un castigo aflictivo y hasta infamante.

Un hombre, contraviniendo el edicto, conservó su gato, y fue denunciado, detenido y condenado a ser azotado por mano del verdugo, y paseado por toda la isla, llevando al cuello la prueba de su delito, o sea el gato, y, por fin, enviado a galeras.

Convengamos en que semejante procedimiento era duro por demás.

¿Qué sobrevino?

Los topos, las ratas y ratones, libres de los gatos, sus enemigos naturales, crecieron y se multiplicaron libremente y en tal cantidad, que algunos niños fueron, en la cuna, devorados por esos roedores. Entonces, exasperados los isleños, empuñaron las armas, y reunidos en corporación, resolvieron emigrar a países berberiscos antes que vivir bajo un gobierno tan inicuo; de manera que, en definitiva, Carlos III se vio obligado a revocar su edicto.

Citemos otra anécdota, que pone de manifiesto el fanatismo del propio rey Carlos III por sus perros; ella presenta el lado opuesto de su odio a los gatos.

Un oficial del regimiento de los guardias italianos estaba de servicio en Caserta. Con tal motivo, llevaba puesto su uniforme de gala; y, dado lo módico de la paga, era de suponer que no sin sacrificios había comprado su uniforme. El rey Carlos III pasó por allí, al regresar de caza y seguido de su jauría. Uno de los perros, cubierto de lodo, saltó encima del oficial, con la plausible intención de acariciarle, y le ensució el traje. Sin parar mientes en la intención del can, y viendo el estado en que había quedado su ropa, el oficial lo rechazó aplicándole un puntapié. El animal lanzó un aullido que llamó la atención del Rey. Carlos III se volvió, miró al oficial, y encarándose con él, le dijo:

—¿No sabes tú, bicho repugnante, que al animal por ti maltratado indignamente lo quiero más que a cincuenta de tus semejantes?

El oficial, aterrado, viéndose tratar así por haber aplicado un puntapié a un perro, se estremeció de ira, fue atacado de fiebre, cayó enfermo y murió al día siguiente.

Volvamos al joven Fernando y a su preceptor el príncipe de San Nicandro.

No he conocido al príncipe de San Nicandro, que ya había fallecido a mi llegada a Nápoles; pero, acerca de su persona, la opinión se mostraba unánime, y la educación del Rey confirmaba esta opinión, la cual le tenía por indigno del honor que la Reina le otorgara.

El príncipe de San Nicandro era un craso ignorante; en su vida no había leído más libro que el *Officio parvo*, buen libro, pero insuficiente para un hombre encargado de la educación de un rey. Así que, no sabiendo nada, no podía enseñar nada a su discípulo, el cual, cuando se casó, apenas si sabía leer y escribir, y solo hablaba el dialecto napolitano. Por lo demás, habiendo recibido del rey Carlos III la única recomendación de hacer del joven Príncipe un buen cazador, entendía que no debía preocuparse de otra cosa. Por su parte, el antiguo ministro toscano de Carlos III, Tannucci, que durante veinticuatro años había gobernado en nombre de su señor, y que había sido nombrado jefe de la regencia del joven Príncipe, no deseaba otra cosa que habérselas con un rey imbécil, para continuar gobernando como antes. No dio ningún consejo sobre la educación del joven Rey, a no ser el de despertar en este la afición a la pesca no menos que la de la caza; de esta suerte, descansando de un placer fatigoso por otro tranquilo, el joven Rey no tendría tiempo de dedicarse a los asuntos públicos.

Lo único que preocupaba al príncipe de San Nicandro y de lo que se quejaba con tristeza, era la gran bondad del joven Rey.

En su virtud, se impuso el cuidado de corregir ese don del cielo, tan raro en los reyes.

El príncipe de Asturias, a quien no se podía reprochar las mismas disposiciones a la mansedumbre, se complacía en desollar conejos vivos. El príncipe de San Nicandro ponderó en altos términos esta distracción; pero, viendo que a su discípulo le repugnaba, puso en prensa su imaginación y encontró una variante, que consistía en colocar al joven Príncipe detrás de una puerta con gatera, donde, armado de un bastón, Fernando esperaba que los conejos pasasen por el agujero, y entonces los mataba a golpes. Eso ya era algo. A esta distracción, el príncipe de San Nicandro pronto añadió otra: consistía en aleccionar a su alumno en mantear conejos, perros, gatos, niños, campesinos y obreros. El rey Carlos III, a quien se daba cuenta de estas distracciones de su hijo, las encontró plausibles, y escribió que tan solo era necesario hacer una excepción con los perros, animales nobles, puesto que servían para la caza; y el joven Príncipe continuó mantear a los conejos y a los gatos, a los niños, obreros y campesinos, los cuales, no siendo animales nobles, no tenían derecho a ser exceptuados.

Cierto día distinguió entre los espectadores a un joven clérigo toscano, de cuerpo débil y semblante pálido. Ocurriósele a Fernando la idea de mantearle, y en voz baja dio órdenes a sus criados, que se apoderaron del infeliz clérigo, le tendieron sobre un cobertor y lo mantearon hasta que se desmayó. Loco de vergüenza al volver en sí, el joven se retiró a Roma, donde enfermó y murió a los dos meses. Llamábase Marrighi.

En medio de tales distracciones, fue creciendo el Rey, y se hizo cazador intrépido, buen jinete, pescador incomparable, luchador de primera fuerza.

Sin ocuparse lo más mínimo en los asuntos de Estado, llegó a los diez y ocho años, edad de contraer matrimonio.

Su casamiento estaba de mucho antes acordado con la joven archiduquesa de Austria María Josefa, hija del emperador Francisco I; pero, estando ya cambiados los retratos y regalos de boda, dispuestos los festejos en el trayecto que debía recorrer la joven Princesa, fijado el día de su partida, María-Josefa cayó enferma y falleció.

Entonces, en sustitución de la que había muerto triste e inesperadamente, fue designada su hermana menor, María Carolina, que salió de Viena en el mes de abril de 1768.

La flor imperial entraba en su reino con el mes de la primavera; nacida en 1752, apenas contaba diez y seis años. Estaba al corriente de los secretos de Austria, los cuales llevaba a su nueva residencia, y tenía el encargo de dirigir la política de la corte de Nápoles en el sentido que le indicase María Teresa. Su madre, que la quería entrañablemente, podía confiar en ella. Carolina poseía un entendimiento nada común en su temprana edad; más que instruida, era ilustrada; más que inteligente, era pensadora. Hermosa en toda la extensión de la palabra, era encantadora cuando se

proponía serlo.

He dicho que tenía treinta y siete años en la época que la conocí, y por lo que entonces era, júzguese lo que sería a los diez y seis.

Hablaba y escribía cuatro idiomas: el alemán, francés, español e italiano. Solo cuando se acaloraba sentía cierta dificultad en la expresión; pero, sus ojos brillantes y la claridad de sus ideas hacían olvidar esta pequeña imperfección.

Llevábase consigo al ardiente Mediodía todos los sueños de la nebulosa poesía del Norte; iba a ver eso fabuloso país de las sirenas, donde nació el Tasso, donde murió Virgilio; iba a coger con su propia mano el laurel que crecía sobre la tumba del cantor de Augusto y sobre la del poeta de Godefroy. Su marido tenía diez y ocho años; ¿sería Eurialo o Tancredo, Niso o Renaud?

¿Por qué no? ¿Acaso no era ella Venus y Armida?

María Carolina se unió al Rey que he intentado describir, de enorme nariz, de pies y manos descomunales, de vulgares ademanes y que se expresaba en dialecto napolitano.

Un artículo del contrato matrimonial de la Reina, en el que Tannucci no había reparado, debía cambiar de cuajo la política del reino de las Dos Sicilias.

Decía así el capítulo: «Cuando la Reina dé a Nápoles un heredero de la Corona, tendrá derecho a entrar en consejo».

Estuvo seis años sin dar ese heredero; pero a los veintidós estaba capacitada para cumplir los deseos de su madre.

Al principio, la Reina creyó que podría modificar la educación de su marido, lo cual le parecía cosa fácil de conseguir, considerando que, después de haberla oído hablar con Tannucci y las contadas personas instruidas de la Corte, Fernando quedó asombrado; incapaz de distinguir la verdadera ciencia del charlatanismo, el Rey exclamaba con admiración:

—¡La Reina es, en verdad, la ciencia universal!

Pero tal admiración cedió en breve, y más de una vez le oí exclamar:

—¡Cuántas torpezas, a pesar de ser tan sabia, no comete la Reina más que yo, que soy un asno!

Sin embargo, en los primeros tiempos de su matrimonio, Fernando se sometió a las lecciones que la Reina quiso darle, y le enseñó a leer y escribir casi regularmente. A esas lecciones aludía el Rey, cuando en sus ratos de buen humor, la llamaba *mi querida maestra*.

Pero lo que nunca pudo enseñarle, fueron los modales elegantes de las cortes del Norte y del Occidente, el dulce y gracioso hablar de la galantería que hace del amor un lenguaje que participa del aroma de las flores y del canto de las aves.

La superioridad de Carolina humillaba a Fernando; la grosería de Fernando humillaba a Carolina.

Veremos lo que resultó de esta disparidad de caracteres y de esta oposición de temperamentos.

XLV

He aquí a nuestros dos personajes uno enfrente del otro: de un lado, la Reina, hermosa, altiva, graciosa, distinguida, delicada, sensual, algo pedante, pronta al enojo, tardía en aplacarse, despreciando a su marido por la vulgaridad de sus palabras y la debilidad de su entendimiento; del otro lado, al Rey, divertido, ingenuo hasta la ignorancia, independiente hasta la grosería, nada cuidadoso de su persona ni delicado en sus maneras, parecido, no a un soberano, no a un príncipe ni siquiera a un gentilhombre, sino a un *lazzarone*, a un mendigo napolitano.

Una de las cosas que causaban la desesperación de la reina Carolina, y que la obligaron a dejar casi por completo de asistir al teatro, fue el modo que el Rey tenía de conducirse en él, descendiendo a las más ínfimas demostraciones durante los entreactos.

Entre la ópera y el baile, le traían la cena al palco. Uno de los elementos de esa cena era un plato de macarrones; el Rey lo cogía, se adelantaba hacia el antepecho del palco, y con grandes aplausos de la platea, engullía el plato de macarrones a la napolitana, sirviéndose de sus dedos a guisa de tenedor, y respondiendo con saludos a las aclamaciones de los espectadores.

La Reina creyó al principio haber adquirido sobre él un predominio mucho mayor del que en realidad ejercía. Habiendo un día cobrado ojeriza contra el duque de Altavilla, favorito de Fernando, le insultó y acusó de emplear medios indignos de un caballero para conservar su autoridad cerca del Rey. El Duque, ofendido en su dignidad, se quejó al Rey y le pidió permiso para retirarse de la Corte; el Rey, irritado por el proceder de su mujer, fue a las habitaciones de esta, y le dirigió vivos reproches; pero ella, en vez de calmar su enojo, lo exacerbó con sus respuestas, en términos que la discusión terminó con una recia bofetada que, por espacio de tres o cuatro días, dejó huella en la mejilla de la Reina.

Entonces, al igual que Aquiles, la Reina se refugió en su tienda; pero el Rey se mantuvo firme, y obligó a la Reina a humillarse, al extremo de tener que suplicar al duque de Altavilla que interviniese para lograr la reconciliación, la cual vino en definitiva a conseguir el emperador José, que a la sazón viajaba por Italia y llegó a Nápoles.

Durante algún tiempo, el Rey se sintió afectado de los desdenes de la Reina; pero pronto resolvió consolarse, prescindiendo de ella, lo que fue para Carolina motivo de desazón, pues con semejante actitud no sabía cómo ni cuándo poder recobrar su influencia sobre su marido.

Incansable cazador como era, Fernando no dejaba un solo día de salir a caza. En todos, sus bosques había hecho edificar grandes chozas cuyo interior contenía un mobiliario sencillo y cómodo. Cuando, so pretexto de descansar, entraba en alguna de

dichas chozas, siempre encontraba allí, bajo el traje elegante de las contadines de los alrededores de Nápoles, alguna bonita campesina que esperaba los obsequios de Su Majestad, y ponía gran cuidado en recomendar a los complacientes criados mucha discreción, a fin de que la Reina no viniese al corriente de aquel detalle amoroso.

—¡Bah! —le dijo cierto día un mayordomo a quien había comunicado sus íntimos pensamientos—, ¿para qué tanto misterio, toda vez que, por su parte, la Reina hace otro tanto, y quién sabe si todavía más?

—¡Calla, calla, y dejemos este asunto! —dijo el Rey—; así se cruzan las razas.

Y hoy día, que he prometido no ocultar nada de la verdad, debo decirlo, declarando que el mayordomo no mentía; la Reina, cuyo primer amante fue el príncipe de Caramanico, y después Acton, y simultáneamente con este, sin que Acton se preocupase más que Pothemkine se preocupaba de los amantes de Catalina II, y al mismo tiempo que Acton, digo, el duque della Regina, cuyo nombre, según se ve, parece predestinado; y Pie d'Anceni, que ha, si no inventado, a lo menos perfeccionado la danza en Italia. Al igual que la gran Catalina, quería recompensar a sus amantes; pero, menos rica que ella, se arruinaba, y debido a ello, siempre se encontraba sin un ducado.

Volvamos al Rey.

Además de los placeres de la caza, el Rey tenía de vez en cuando caprichos pasajeros por las damas de la Corte y de otra condición. Carolina no estaba celosa de su marido, a quien no amaba y antes bien despreciaba; con todo, temía que una mujer, más hábil que las demás, se apoderase de una autoridad de que no quería desprenderse a ningún precio. En determinados momentos, con destreza e insistencia femeninas, la Reina descubría el secreto de las intrigas amorosas de su marido, y se vengaba de sus rivales. Así que, al cabo de algunos meses de intimidad con la duquesa de Luciano, el Rey confesó esta intriga a la Reina, y esta mandó desterrar a la Duquesa. Indignada la de Luciano, se vistió de hombre, y, saliendo al encuentro del Rey, le afeó su proceder. El Rey mostrose tan débil en aquella ocasión como lo había sido con la Reina, y reconoció su culpa; pero la Duquesa no consiguió que se levantase la orden de destierro, en el que vivía aún a mi llegada a Nápoles.

Un caso análogo ocurrió a la duquesa de Cassano-Serra, aunque producida por motivos absolutamente contrarios. Fernando se fijó en ella; pero, a pesar de sus reiteradas instancias, no logró obtener lo que deseaba. El Rey se quejó a su mujer de tales rigores, y la Reina encontró medio de hacer desterrar a la duquesa de Cassano por haber sido demasiado discreta, de igual manera que lo había encontrado para desterrar a la duquesa de Luciano por no haberlo sido bastante.

La pobre Duquesa pagó su virtud dos veces más caro de lo que otra habría pagado sus faltas, y por desgracia suya, en 1799, le fue levantado el destierro.

He dicho que el príncipe de San Nicandro estaba obligado a hacer de su discípulo el primer cazador y el primer pescador del reino, y esto, con el fin egoísta, inspirado por Tannucci, de impedir que el joven Príncipe tomase parte en los asuntos del

Estado; en efecto, cuando asistía al consejo, el Rey llevaba a tal extremo la preocupación de la pesca y de la caza, que no permitía que pusiesen tintero en la mesa de deliberaciones, de miedo que se tuviese la ocurrencia de redactar algún decreto que él se vería en el naso de firmar.

Entre el rey de Nápoles y el margrave de Anspach existía, una correspondencia íntima semanal sobre todo lo que se relacionaba con la caza. Cada uno de estos príncipes llevaba un registro exacto en el que aparecían anotados día por día, hora por hora, los altos hechos que los ilustraban.

Igual registro e igual correspondencia se llevaba entre el rey de Nápoles y el de España, su padre. Sucedió con frecuencia que ambos monarcas se malquistasen por diferencias políticas; mas, por muy acentuadas que fuesen sus desavenencias, nunca sufrió la menor interrupción el registro cinegético.

La lista de los animales monteses sacrificados a los placeres del monarca fue siempre regularmente redactada; la caza menor se anotaba de igual modo que las piezas mayores, desde el faisán, al papafigo. En una columna *ad hoc* se registraban las dificultades que los cazadores habían tenido que vencer, los accidentes ocurridos, las personas que habían acompañado al Rey y las proezas realizadas por dichos acompañantes, que eran mencionadas en términos laudatorios.

De estos dos registros, el destinado al margrave de Anspach era el preferido por la simple razón de que, a pesar de ser tan diestro Fernando, no era tan buen tirador como Carlos III, al paso que en este ejercicio superaba al margrave de Anspach.

La mejor lisonja que se podía tributar al Rey, era decirle que tiraba mejor que el margrave de Anspach; lo cual confirmaba el número de piezas cobradas por Fernando y que sobrepujaba a las cazadas por el margrave; al paso que, si el número de las piezas muertas por el rey Carlos III era superior a las del rey de Nápoles, debíase, no a la habilidad de aquel, sino a la extensión y a la abundancia de caza de los bosques de España.

Citaré otras dos anécdotas que completarán el retrato que he trazado del Rey; luego relataré los acontecimientos que perturbaron el reino de Nápoles y en los cuales tomé parte, más bien por amistad al Rey y a la Reina, que por antipatía razonada al pueblo francés y a los patriotas italianos.

El Rey cazaba en uno de sus bosques; una pobre mujer se encontró con él. No le conocía, y, al parecer, estaba muy desconsolada. Sin poseer el corazón ni la inteligencia, de Enrique IV, Fernando tenía una especie de instinto para las aventuras populares. Se acercó a la pobre mujer y la interrogó. Díjole esta que era viuda, que tenía siete hijos a quienes alimentar, para lo cual solo contaba con un pequeño campo que acababa de ser devastado por la jauría del Rey.

—Así que, usted reconocerá, señor —añadió la viuda llorando—, que es muy sensible tener por soberano un cazador cuyos placeres son causa de lágrimas vertidas por sus súbditos.

Fernando le respondió que sus quejas eran justas y que, como quiera que él estaba

al servicio de Su Majestad, no dejaría de enterarle de lo ocurrido.

—¡Oh! —dijo la pobre mujer—, haga usted lo que mejor le parezca, pues nada, espero. Solo un hombre sin corazón puede, destruir, para dar satisfacción a sus gustos, la propiedad de los infelices, que no pueden nada contra él.

Estas palabras de la viuda no fueron obstáculo para que el Rey la acompañase hasta su choza, a fin de ver por sí mismo el estrago en cuestión.

Una vez en la mísera vivienda, llamó a dos campesinos vecinos de la mujer y les suplicó que justipreciasen el valor de lo destruido. Hecho el cálculo, se evaluó el perjuicio en veinte ducados.

El Rey sacó de su bolsillo sesenta ducados, de los que entregó cuarenta a la viuda, diciendo que era muy justo que un rey pagase doble que un particular.

Los otros veinte ducados fueron distribuidos entre los dos árbitros.

Un día a la semana, el Rey daba audiencia en Capodimonte, palacio construido por Carlos III expresamente para la caza de los papafigos; aquel día, todo el mundo podía presentarse a él, sin necesidad de previo permiso. Solamente era cuestión de esperar turno, por lo que las antesalas quedaban atestadas de visitantes.

Un viejo cura de los alrededores de Capodimonte, que tenía que pedir un favor al Rey, resolvió aprovechar ese día de audiencia pública y dirigirse directamente a Su Majestad.

Pero, como la antesala podía ser más o menos larga, tomó precauciones contra el hambre, y se puso en el bolsillo un pedazo de pan y otro de queso. No era que tuviese la intención de comer en la antecámara; por nada del mundo hubiese cometido semejante falta de respeto. Pero, teniendo que recorrer tres leguas a pie para regresar a su aldea, pensaba, una vez obtenida la audiencia, detenerse en la primera fuente que encontrase y comer allí sus provisiones, rociándolas con algunos tragos de agua, a fin de reanudar la marcha hacia su curato después de haber reparado sus fuerzas.

Al cabo de tres o cuatro horas de espera, le tocó el turno, y entró.

El Rey estaba sentado en un sillón, y, acostado a sus pies, había un gran perro de lanas, que era su favorito a causa de la delicadeza de su olfato.

No bien apareció el cura, el perro levantó la cabeza, y, moviendo la cola, empezó a olfatear.

Todas sus demostraciones cariñosas iban dirigidas al cura, o, por mejor decir, al pedazo de queso que el visitante llevaba en el bolsillo. Conocida es la irresistible afición que los perros de caza tienen por dicho comestible.

Conforme el cura se adelantaba haciendo profundas reverencias, el perro se levantó y se puso a su lado.

El presbítero, que no atinaba cuál podía ser la causa de aquellas demostraciones, lo miraba no poco alarmado.

Esa inquietud se trocó en terror viendo que el perro se colocaba a sus espaldas. Y creció de punto el espanto cuando, en plena exposición de su demanda, sintió el hocico del can introducirse en su bolsillo.

El cariño del Rey por los perros era notorio; no era cosa de desembarazarse de aquel predilecto del Rey por medio de un puntapié, y, con todo, el atrevido empezaba a llevar la indiscreción hasta lo insufrible.

En cuanto al Rey, saltaba de gozo; insensible a un chiste, a una burla de buena ley, el ridículo vulgar le complacía en extremo.

Interrumpió al cura en medio de su discurso, diciendo:

—Perdón, padre; pero ¿qué tiene usted en su bolsillo que tanto atrae la atención de mi perro?

—¡Ah, señor! —respondió indeciso el cura—, un simple pedazo de queso destinado a mi comida de esta noche; son las cuatro de la tarde, tengo aún que salvar tres leguas para llegar a mi curato, y mis recursos no me permiten quedarme a comer en la ciudad.

—A fe mía, dice usted verdad —replicó el Rey—, porque he aquí a *Júpiter* (este era el nombre del perro) que, por fin, se ha apoderado del queso. Prosiga usted en su petición, porque es probable que ahora le dejará tranquilo.

Mientras *Júpiter* se comía el queso, el cura acabó de decir al Rey el objeto de su visita, lo cual Fernando escuchó con la mayor atención.

—Está bien —dijo el Rey cuando el cura hubo terminado—, ya veremos.

Pero, contra los cálculos de Su Majestad, *Júpiter*, después de haberse comido el queso, parecía codicioso del pan.

—Vamos —dijo el Rey—, no haga usted las cosas a medias; vacíe usted completamente su bolsillo.

—Muy bien, señor; pero ¿y mi comida?

—No se preocupe usted por cosa tan insignificante; Dios proveerá.

El cura dio su pan, y salió.

Mientras *Júpiter* comía el pan, el Rey llamó a un criado, y le dijo:

—Retengan al cura que acaba de salir, y désele abundante comida, procurando que tenga necesidad de permanecer una hora en la mesa.

La orden de Fernando fue ejecutada; durante la hora señalada, el Rey volvió a Nápoles y despachó el asunto del cura, de modo que al llegar este a su curato, confortado con una opípara comida, se encontró con que le había sido concedido lo por él solicitado.

Me he extendido mucho hablando de la caza, lo cual me ha hecho olvidar la pesca. Diré cuatro palabras acerca de esta segunda diversión del Rey.

Decir que Fernando pescaba, sería no decir nada; el verdadero placer del Rey no consistía en pescar, sino en vender personalmente el pescado. Más de diez veces he presenciado este singular espectáculo.

Veamos cómo este se desarrollaba.

El Rey pescaba ordinariamente en una parte del mar reservada, frente a una pequeña casa de su propiedad, en el cuartel del Posilipo. Cuando había logrado una buena pesca, volvía a tierra, mandaba llevar su pescado a la Marina, llamaba a los

compradores que, como es de suponer, no dejaban de acudir al real llamamiento. Ponía el pescado a subasta; todo el mundo podía pujar. Cuando le parecía que el precio era demasiado bajo, pujaba por su cuenta, y si, por fin, se quedaba con la mercancía, llevaban esta a palacio, donde era servida en la mesa real. En semejante circunstancia, todos se acercaban al Rey, y podían hablarle y hasta buscarle cuestiones, lo cual no dejaban de hacer sus buenos amigos los *lazzaroni*, que no se tomaban la molestia de tratarle de *Majestad*, pero en cambio le llamaban *Nasone*, a causa de su descomunal nariz, tres veces más grande que una nariz ordinaria.

Esta venta era, en general, muy cómica. El Rey vendía al precio más alto que podía, ponderaba la calidad de su pescado, lo cogía por las agallas y lo mostraba al público, abofeteaba a los que ofrecían un precio demasiado bajo, si los tenía a mano; por su parte, los *lazzaroni* lo respondían con injurias, cual si trataran con un vendedor corriente; tales invectivas le hacían reír a mandíbula batiente. Terminada la venta, completamente mojado y oliendo a pescado, volvía a palacio, y, antes de lavarse y sin cambiar de ropas, iba riendo a contarle todo a la Reina, la que, según la disposición de ánimo en que se encontraba, le escuchaba con paciencia o lo despedía afeándole sus groseros placeres, a los cuales, sin embargo, no deseaba la Reina que su marido renunciase, puesto que, anteponiéndolos a los asuntos públicos, podía ella gobernar el reino a su antojo.

XLVI

Conforme he dicho, la Reina, me había pedido mi vestido, para mandar confeccionar uno igual. Se lo envié en seguida.

Tres días después, una de sus camareras vino a decirme que Su Majestad se encontraba en el palacio real y me mandaba llamar, recomendándome que me pusiese mi chal azul.

Apenas hacía diez minutos que había llegado de Caserta, y, para que no la hiciese esperar, me enviaba a buscar en uno de los coches de palacio.

Previne a *sir* Guillermo de mi salida, y en el acto fui a reunirme con la Reina.

Los departamentos de María Carolina estaban en el ángulo del palacio más cercano al mar y miraban a un terraplén completamente cubierto de naranjos y limoneros.

Encontré a Su Majestad vestida con el nuevo traje que se había mandado hacer sobre el modelo del mío. La Reina llevaba una sola pluma blanca en la cabeza; el chal azul aparecía sobre un sillón.

Quise saludarla con el ceremonial de rigor; pero, después de haberme abrazado, dijo:

—¡Vamos, pronto, pronto; a vestirse!

No comprendía yo el significado de la invitación; pero la Reina me mostró mi vestido colocado en un sillón, y yo comprendí que quería satisfacer el capricho de que nos viesen a las dos vestidas del mismo modo.

Efectivamente, esa era su intención.

Entonces le pregunté si me permitía pasar a una pieza contigua para cambiar de ropa.

Se encogió de hombros, y respondió:

—¿Para qué tales ceremonias entre nosotras?

Yo me encontraba bastante cohibida.

—Déjeme hacer —añadió—, seré su camarera, y usted verá que lo hago bien.

Estaba yo tan confundida, que no sabía lo que hacía; balbucía, temblaba, me pinchaba los dedos con mis alfileres, y procuraba desprenderme de las manos de la Reina.

—Pero ¿está loca? —decía—. Deje usted; se lo mando.

Para demostrarme que la orden, aunque pronunciada con tono imperativo, envolvía un nuevo favor, me dio un abrazo.

Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

Estaba tan lejos de esperar semejantes familiaridades por parte de una reina que pasaba por ser la mujer más altiva e imperiosa de su reino, que creía estar soñando. Me preguntaba si aquella mujer era realmente la hija de la emperatriz María Teresa, y

si era yo, en efecto, la hija de una pobre moza de cortijo.

Me sentía presa de una especie de desvanecimiento moral.

De grado o por fuerza, tuve que dejar hacer a la Reina su voluntad. Me ayudó a quitar el vestido con que yo venía; me puso uno de satén blanco, y en la cabeza una pluma blanca. Después acercó nuestras cabezas al espejo, y miró un instante.

Con acento un tanto mollino:

—A fe mía —dijo—, hago aquí un triste papel. Decididamente, *milady* Hamilton, usted es más bonita que yo.

Yo estaba confusa, colorada hasta las orejas y no sabía dónde esconderme.

—Vuestra Majestad —contesté—, me permitirá que no participe de su opinión. Tal vez soy bonita; pero Vuestra Majestad... ¡oh! Vuestra Majestad es hermosísima.

—¿Siente usted lo que dice, o es por pura adulación?

—¡Oh!, ¡se lo juro! —exclamé desde el fondo de mi alma.

—Así que —dijo lanzando una mirada a sus magníficos hombros—, si usted fuese hombre, querida *lady*, ¿se enamoraría de mí?

—Más que esto, señora; la adoraría de rodillas.

María Carolina sacudió la cabeza, sonriendo con melancolía.

—Ser amada, es ya de por sí cosa extraña, sobre todo para una Reina. No pidamos lo imposible... Y, sin embargo...

Aquí se detuvo, lanzando un suspiro.

La miré con un interés cuya sinceridad no daba lugar a dudas.

—¿Y sin embargo?... —dije a mi vez.

Echome el brazo alrededor de mi cuello, y me hizo sentar a su lado en un sofá.

—¿Cuántas veces ha sido amada usted? —me dijo.

—Dos veces: una, con tierna amistad, otra con amor profundo.

—¿Y cuál de estos dos sentimientos le ha proporcionado mayor felicidad?

—El primero.

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí, usted... De todos sus adoradores, ¿cuál de ellos ha sido el más amado por usted?

Yo sonreí.

—¿Debo responder con franqueza? —pregunté.

—Conmigo, ¡siempre!

—Uno, el tercero, que no me amaba.

—Esa es la verdad —dijo María Carolina—; tal es la condición de nosotras las mujeres. Yo también, pobre Emma mía, he sacrificado un amor verdadero, un amor real, a un amor engañoso e interesado; pago las consecuencias. Tengo un marido al que no amo, al que no puedo amar, y un amante que desprecio... Se asombra usted de que le diga esto con semejante desenvoltura; ¡qué quiere usted! Poseo un instinto que me arrastra a quererla. Por lo demás, es un secreto que casi todo Nápoles conoce, por

lo que, mi confianza carece de mérito, y, según toda probabilidad, va a deber usted saber desde hace tiempo lo que ahora le cuento.

—Lo que me cuenta Vuestra Majestad no me incumbe.

—Mi Majestad es una triste Majestad desde el punto de vista de la felicidad; pero, al pisar el suelo de Nápoles, luego que observé al hombre que me había sido destinado, me sentí condenada.

—En efecto, ¡qué diferencia, Dios mío, entre el Rey y Vuestra Majestad! —exclamé.

—Tú acabas de exponer mi única excusa, querida Emma. Tú, naturaleza delicada, fina, exquisita, ¿comprendes mi desaliento?... Yo era joven, apenas tenía quince años; me habían dicho que iba a reinar en la tierra donde murió Virgilio, en el país que vio nacer al Tasso; que iba a casarme con un joven príncipe de diez y ocho años, un descendiente de Enrique IV. Llegaba, por decirlo así, con la *Eneida* en una mano y la *Jerusalén libertada* en la otra; llegaba con todas las esperanzas de un corazón virgen, todos los ensueños de un espíritu nutrido con las baladas de nuestra vieja Alemania. Me encontré con... Tú le conoces, no tengo necesidad de hacer su retrato... Me encontré con una especie de campesino ignorante, que no hablaba más lengua que su dialecto napolitano; un pordiosero del muelle, que comía macarrones en el palco real; un pescador de Mergellina, vendiendo su pescado lo mismo que los marineros del puerto; un cazador grosero; un *buscón* de lugareñas, un sultán de villorrio, que se ha formado un harem de vaqueras. ¡Ah! te lo aseguro: mi ilusión no fue muy duradera. Un día creí poder aún ser feliz. Había tropezado con un hombre dotado de todas las cualidades de que el Rey carecía: joven, hermosa, elegante, espiritual, príncipe...

—El príncipe de Caramanico —dije yo, sin considerar lo inconveniente de mi interrupción.

—¿Sabes su nombre? —repuso la Reina.

Me puse colorada.

—No te ruborices —añadió—. El pobre José me amaba de veras, no como el otro; y me consta que sigue amándome.

—¿Qué razón impide, pues, a Vuestra Majestad volver a verle?

—Han procurado alejarle de mí.

—Haga Vuestra Majestad que vuelva, llámele a su lado... ¡Oh! si yo fuese reina, si amase a un hombre y detestase a mi marido, nada en el mundo me impediría vivir cerca del que fuese objeto de mi amor.

—Si tal cosa hiciese yo, temo que ocasionaría su muerte —dijo la Reina con sombrío acento.

Yo me estremecí.

—¿Y quién podría cometer un crimen semejante? —pregunté.

—El que le ha reemplazado, y que podría temer que el primero recobrase su puesto.

—Vuestra Majestad abriga esta convicción, y sin embargo no se desprende de ese hombre.

—¡Qué hacerle!... En las regiones que nosotros habitamos existen lazos políticos; cuando se cae en ellos, no hay más remedio que resignarse. Gritar, está prohibido; todo un pueblo está escuchando, y le dice a uno en las narices: «¡Bien hecho!». Quejarse... sí, es un gran alivio; mas, para quejarse, es necesario tener una amiga. Y con todo, yo me quejo, ya lo ves, y ni siquiera sé si tengo una amiga.

—¡Oh!, ¡tiene Vuestra Majestad, una, señora! que la amaré, no por ser, Reina —exclamé, tentada a echarle los brazos al cuello, como si fuésemos iguales.

Reprimí ese impulso.

—Pero que se apartará de mí, precisamente porque soy Reina —dijo Carolina con una triste sonrisa—. ¡Ay, pobre Emma! Las regiones del trono son como las cumbres de los Alpes, estériles a cierta altura; no germina en ellas ni el amor ni la amistad.

—Se engaña Vuestra Majestad, señora, puesto que ese hombre la ama, y que yo...

—Y tú, ¿qué?

—Yo, alentada por lo que Vuestra Majestad me dice, me atrevo a declararle que también la amo.

—¡Oh! a menudo he soñado con una amiga. Pero no he encontrado más que falsas apariencias de amistad: la San Marcos y la San Clemente me piden incesantemente para sí, o para sus amantes, o bien para sus maridos... ¿Esas son amigas?

—Yo, señora —exclamé—, nada tengo que pedirles para nadie, ni para mí ni para mi marido, y, en cuanto a un amante, no tengo ninguno, y sospecho que nunca le tendré.

—Precisamente porque no tienes nada que pedirme, ni para ti ni para los demás —dijo la Reina con amarga sonrisa—, no te tomarás la molestia de ser mi amiga.

—¡Oh, sí, sí! —exclamé, no pudiendo resistir más la atracción que ella ejercía en mí, y echándole los brazos al cuello—; ¡sí, os lo juro!...

—Así sea —repuso Carolina—. Pues bien, voy a corresponderte, y vas a ver lo que no he mostrado a nadie: su retrato.

Se detuvo un instante, y continuó:

—Más adelante, dentro de diez años, sabrás que en la vida de una mujer, tanto si es reina como si es lavandera, hay siempre un amor que deja un surco más profundo que los otros. Este amor es a menudo el primero. A cada hombre que pasa en realidad, o que pasa en recuerdo delante de ese espejo que se llama el corazón, sacúdense tristemente la cabeza y se dice: «¡No es él!». Luego, poco a poco, el espejo se empaña y no refleja ninguna otra imagen; y, sin embargo, cuando se mira a través del vaporoso velo extendido en la superficie, siempre se ve la misma reproducción, siempre el mismo hombre.

Bajé la cabeza. El único hombre que yo había amado, o creía haber amado, era *sir* Harry, y me parecía que ninguno de los que había conocido logró trazar en mi

corazón el profundo surco de que hablaba la Reina.

—¿Estaba yo destinada, según eso, a no amar otra vez?, ¿o es que no había sentido aún el verdadero amor?

La Reina se acercó a su bufete, pieza maestra de Boule, regalo de Luis XVI, abrió una gaveta, y volvió a mi lado, llevando en la mano una pequeña cajita.

En esta cajita se encerraba un medallón con su correspondiente estuche, un paquete de cartas y algunas flores y hojas secas.

Me sonreí. Pensaba en esa Reina altiva, poderosa, absoluta, en esa mujer de quien se decía que tenía un corazón empedernido, y que, a la par de otra cualquiera, me mostraba un puñado de flores secas, un paquete de cartas y un retrato.

El cetro puede secar la mano, la corona puede quemar la frente de la Reina; pero existe un rincón del alma donde la mujer permanece siempre mujer.

Me sonreí ante esa nueva demostración de nuestra fuerza o de nuestra debilidad.

—¿Ríes —me dijo la Reina— y te parece que estoy loca? Bien, ríe más fuerte, si te place; una parte de mi corazón está donde él se encuentra; la otra, con estas flores, con estas cartas y este retrato. Frecuentemente, después de haber soportado un día entero a un marido que aborrezco y a un amante que desprecio, me encierro a solas en esta pieza, saco mi querida cajita de este bufete, la abro, y me digo: «Esta hoja de laurel la cogimos una tarde en la tumba de Virgilio»; la luna, que se elevaba espléndida tras el monte Sant'Angelo, proyectaba extensas sombras sobre el Posilipo; él y; yo estábamos perdidos en uno de aquellos ángulos de tinieblas y como arrancados del mundo de los vivos que se agitaba a nuestros pies; el reloj del convento de San Antonio daba las once; él estaba a mis plantas, como un pastor de Teócrito o de Gessner, y me suplicaba... Nos habíamos dicho que nos amábamos, pero yo no le había entregado aún más que la virginidad de mi corazón... Al extinguirse el eco de la oncenava hora, cogí esta hoja, la llevé a mis labios e incliné la cabeza hacia él; su boca se posó en el otro lado de la hoja, cuyo espesor era el único tabique que separaba sus labios de los míos; de repente separé con rapidez la hoja; nuestros labios se tocaron... Él lanzó un grito como si un hierro candente le hubiese penetrado en el corazón; le vi palidecer, cerrar los ojos y echarse atrás; le retuve en mis brazos, le acerqué a mi pecho... Era una hermosa noche de mayo; el mar brillaba como un lago de plata derretida; Júpiter se elevaba por encima del Vesubio, rojo, como si saliese del cráter... ¡Ah, pobre hoja marchita! Hace catorce años que fuiste arrancada, y, sin embargo, ya ves que nada he olvidado. Cada una de estas plantas o de estas flores es un jalón de nuestros amores y tiene su historia como esta hoja de laurel; con ellas, podría yo recomponer todo el poema de mi dicha y de mi juventud. Esta rama de brezo está asociada con los recuerdos de cierta noche inolvidable. El Rey tenía un regimiento privilegiado que denominaba sus Liparistas, porque todos o casi todos los individuos que lo formaban procedían de las islas Lipari. José era capitán de ese regimiento. Vigilada como estaba yo, en aquella época, por el viejo Tannucci, que me aborrecía, que me detestaba, no nos podíamos ver sino arrojándonos

mil peligros. Induje al Rey a celebrar una fiesta en honor de su regimiento. Se acordó que nos disfrazaríamos, él de hostelero, yo de hostelera, y que daríamos albergue a los oficiales del regimiento. Se levantaron dos tiendas muy espaciosas, en una de las cuales presidía el Rey, que tenía por ayudantes los principales señores de la Corte. Yo, vestida al estilo de las mujeres de Prócida, el pañuelo encarnado anudado en la cabeza, el corsé bordado de oro ceñido al talle, la falda corta, tenía por sirvientas a las más encopetadas señoras. Caramanico vino a sentarse a una de las mesas servidas por mí, lo cual me permitió dedicarme a él sin desatender a los demás. ¡Con qué placer era su criada y le servía, viendo que bebía a la salud de la Reina, que en su fuero interno no era otra que María Carolina! Pasaba cerca de él; mi vestido rozaba sus rodillas, mi brazo sus hombros, pasaba y pasaba sin cesar, y siempre tenía algo que hacer en aquella dirección. La música preludió los primeros compases de un baile. Como uno de los principales oficiales del regimiento, tenía la facultad de invitarme. Tres veces bailamos juntos. Notando el ramito que adornaba mi cintura, aprovechó un momento de reposo para hacer otro igual; me lo dio, y yo le di el mío... Es el que ahora te muestro; es este brezo rodeado de claveles. ¿Quieres ver la carta que al día siguiente me escribió? ¡Hela aquí!

Cogí la carta de las crispadas manos de la Reina, y leí:

¡Oh, Carolina amada! heme de nuevo caído del Cielo a este desierto que llaman la tierra, desierto para mí cuando no te veo. ¿Es un sueño? ¿Es una realidad? Una diosa, Hebe o Venus, no sé cuál, las dos son rubias, jóvenes y hermosas, me han servido néctar y ambrosía... ¡Oh! he saboreado el manjar divino... ¿Por qué eres Reina? ¿Por qué no eres una de esas sencillas hijas de la isla helénica cuyo vestido llevabas ayer? Entonces, no más palacios rodeados de centinelas, no más corredores guardados por damas de honor, no más cámara real custodiada por un Rey. Entonces habría una barca y el mar se extendería a nuestros pies; el cielo sobre nuestras cabezas; un promontorio que se llamaría Meseno, un golfo de amorosos recuerdos llamado Bala; bosques de naranjos, donde nos perderíamos, a los que daríamos el nombre de Sorrento. ¡Ah, contigo, la vida, la libertad, el infortunio, la muerte! Pero, sin ti, nada, ni gloria, ni dicha, ni siquiera un lugar a la derecha de Dios. Tu

JOSÉ.

Dejé caer la carta suspirando.

—¿Crees que me ama? —preguntó la Reina llevándola a sus labios.

No respondí.

—¡Oh! comprendo. Te preguntas a ti misma, por no atreverte a preguntármelo a mí, cómo siendo amada de semejante hombre, he podido consentir en alejarle de mi lado; te preguntas cómo, habiéndole amado, he podido amar a otro... No he amado a otro; he sido la amante de otro: eso os todo. ¡Qué quieres! Cleopatra, después de haber sido la amante del divino César, fue la concubina del beodo Antonio. No hablemos más de ello, que es un borrón para mí. ¿Quieres ver su retrato?

Y con violencia, casi colérica, abrió el estuche, y puso ante mis ojos una preciosa miniatura.

Era el retrato de un hombre de veintiocho a treinta años, de fisonomía más bien severa que tierna, de ojos y cabellos negros y hermosos.

Vestía el uniforme de capitán de los Liparistas.

En aquel instante llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó vivamente la Reina, guardando con presteza todos aquellos objetos, como si temiese que miradas extrañas los profanasen.

—Yo, señora —contestó una voz de hombre.

La Reina frunció el entrecejo y su fisonomía adquirió una increíble expresión de dureza.

—He dicho que no recibía a nadie —respondió Carolina.

—¿Ni siquiera a mí? —preguntó la voz:

—Cuando digo a *nadie* —replicó la Reina con acento rudo—, no hago excepciones.

—Yo tenía importantes noticias políticas que comunicar a Vuestra Majestad.

—Comuníquelas al Rey; por hoy, le transfiero plenos poderes.

—Empero, cuando Vuestra Majestad sepa...

—Hoy no quiero saber nada —dijo con impaciencia la Reina y golpeando con el pie.

—¿Vuestra Majestad está con *lady* Hamilton?

—¡Me parece que usted me interroga! —observó la Reina.

—No, señora; pero *sir* Guillermo ha venido para advertir a mi *lady* que, habiendo recibido las mismas noticias que yo, sale para Caserta.

—¿Sabe que mi *lady* se encuentra aquí?

—Sí, Majestad.

—Pues bien; que se vaya a Caserta.

—Entonces, me voy con él —añadió la voz.

—Parta usted, señor.

Oí el rumor de pasos que se alejaban.

—Con todo, señora —me atreví a decir—, si las noticias que lo traían son realmente tan graves como parecen...

—Hoy, que en una mano tengo su retrato, y con la otra estrecho a una amiga sobre mi corazón —respondió Carolina—, hoy daría mi trono por un carlino^[5]; ¡con mayor razón el de los otros!

XLVII

Es de comprender que la conversación entro la reina Carolina y yo, se refería al príncipe José de Caramanico, a la sazón virrey de Sicilia. Era ministro del Rey y amante de la Reina, cuando propuso, con el fin de crear una marina a Nápoles, llamar de Toscana al capitán de fragata Juan Acton.

¿Por qué ese hombre, casi desconocido y desprovisto de toda aptitud superior, era elegido por el príncipe. Caramanico, que poseía un entendimiento privilegiado?

En este mundo no hay más que suerte e infortunio. Nacido en Besanzón, de una familia irlandesa, Juan Acton entró en la marina francesa, donde sufrió humillaciones que se decía eran merecidas, y se fue de Francia, sintiendo por ella un rencor que más tarde se convirtió en odio encarnizado.

Consiguió que la reina Carolina participase de ese rencor, mucho antes de tener este motivos hartos justificados con la muerte de Luis XVI y de la reina María Antonieta. Un solo hecho dará idea del odio de Acton hacia Francia. Durante una carestía, en la que el hambre hacía estragos, rechazó un barco cargado de trigo, por el hecho de que el buque venía de Francia, enviado por Luis XVI.

En una expedición contra los berberiscos, en la que mandaba una fragata, fue el único que demostró cierta capacidad. El rumor de una hábil maniobra llevada a cabo bajo su dirección, llegó a oídos del príncipe de Caramanico, el cual, apasionado de la gloria del trono en el que se sentaba la mujer amada, propuso al Rey los servicios de Acton. Un simple signo de asentimiento de la Reina fue bastante para que el Rey aceptase.

Ahora, bien: ¿cómo pudo el Príncipe, modelo de elegancia y lealtad, ser reemplazado por un simple oficial irlandés, brutal, no joven ni guapo? Es uno de esos misterios que el amor o el capricho realiza, pero que la inteligencia no explica.

El hecho inexplicable ocurrió, empero. Juan Acton sucedió al príncipe José de Caramanico, que fue enviado, o por mejor decir, desterrado a Londres con el título de Embajador, y que al cabo de dos o tres años volvió a Sicilia con el de Virrey.

Se encontraba en Parma cuando la Reina me hacía confidente de lo que acabo de contar.

El señor Juan Acton había escogido un momento muy desfavorable para llamar a la puerta de la Reina.

Sin embargo, como si esta interrupción hubiese bastado para cambiar el curso de sus ideas, Carolina cerró la pequeña cajita, la volvió a colocar en la gaveta, de su bufete, corrió la tablita que disimulaba aquella, detúvose delante de un espejo, se arregló el peinado, y, con afectado acento de indiferencia:

—Vámonos a pasear —dijo, tirando del cordón de la campanilla.

Un instante después golpearon en la puerta.

—Entre —dijo la Reina, colocándose el chal sobre los hombros.

—Vuestra Majestad olvida que ha cerrado la puerta por dentro.

—Es verdad... Abre, Emma.

Obedecí.

La Reina se volvió para ver quién entraba.

—¡Ah!, ¿eres tú, San Marco? —dijo—. Esta noche cenamos entre mujeres: tú, la San Clemente, Emma y yo. El gabinete rosa y el saloncito estarán iluminados; se pasará aviso a nuestros contertulios habituales: Rocca-Romana, el viejo Gatti, Maliterno, Pignatelli; pero, nada de gente fastidiosa y dada a sermonear, nada de diplomáticos. Si viene Termoli, será bien venido.

—¿Es preciso invitarle? —preguntó la marquesa de San Marco.

—No, por cierto; dejemos algo a la casualidad.

Luego, dirigiéndose a mí:

—Es el hijo de San Nicandro —dijo—, del idiota que ha educado al Rey. Se siente tan avergonzado de la obra de su padre, que ha tomado el nombre de uno de sus feudos, Termoli. Es hombre de corazón, y he resuelto que la falta del padre no recaiga en el hijo, a quien he perdonado... Pero Lemberg, bajo ningún pretexto; ¡nada de sabios! En todos los países del inundo, querida mía, los sabios son enfadosos; en Italia, lo son con exceso; en suma, diez o doce personas a lo más, todas íntimas mías.

Después, mientras bajábamos por la gran escalera, añadió:

—Hay personas de mi intimidad y otras de la del Rey; es verdad que los íntimos del Rey no son numerosos.

Bajamos; en el patio nos esperaba una calesa arrastrada por dos caballos, sin más distintivo que una F y una B debajo de una corona cerrada; el cochero iba de media gala.

La Reina y yo nos habíamos vestido exactamente igual la una que la otra; un traje de satén blanco, una pluma blanca en los cabellos, un chal azul componían nuestro vestido. La sola diferencia que había entre nosotras era que la Reina tenía los cabellos dorados y los míos eran de un castaño subido.

Salimos del palacio. Al pasar por enfrente de una casa de apariencia bastante agradable, la Reina extendió el brazo.

—¿Ves esta casa? —me dijo.

—Sí, Majestad.

—Pues bien, es la pescadería de mi augusto marido. Aquí es donde él vende el pescado, empleando un lenguaje que no cede en nada al de sus buenos amigos los *lazzaroni*. ¿Nunca has visto ese curioso espectáculo?

—No, Majestad, ni deseo verlo.

—Estás equivocada; ello te ciaría probablemente de la majestad real una idea totalmente opuesta de la que tienes formada.

Esto diciendo, se hundió en el respaldo del carruaje, con uno de los movimientos de impaciencia y de desdén que en ella eran peculiares cuando hablaba de su marido.

Era la hora de pasear. Había una enorme afluencia de vehículos, que, siguiendo la costumbre, iban hasta el extremo de Mergellina, regresaban por el riachuelo de Chiaïa, subían por la calle de este último nombre hasta la iglesia de San Fernando, luego seguían por la de Toledo hasta el Mercatello, y volvían al punto de partida, recorriendo siempre el mismo trayecto. En Nápoles no hay más que un solo paseo, si este nombre puede darse a un piso polvoriento y a una calle que, caldeada durante el día a una temperatura de cincuenta grados, mantiene la de treinta en las horas de la noche.

Durante todo el paseo, la calesa real fue objeto de la curiosidad pública. Era yo aún poco conocida en Nápoles, de suerte que aquel honor otorgado a una persona extraña, causaba el asombro de todos. Tan solo algunas damas de la corte se levantaban de sus asientos como movidas por una sacudida eléctrica, y exclamaban, las unas: «¡Lady Hamilton!», otras: «¡La embajadora de Inglaterra!». Dos o tres exclamaron: «¡Emma Lyon!»; lo cual era, desgraciadamente, una demostración de que también con este nombre me conocían.

Nos cruzamos con mi viejo adorador el obispo de Derry. Al verme en el coche de la Reina, su semblante se iluminó con un rayo de alegría; pero no pareció asombrarse en lo más mínimo. Si me hubiese visto sentada entre Juno y Minerva, apenas le habría parecido digno de mí aquel puesto de honor.

A todas esas exclamaciones, la Reina sonreía con su altiva sonrisa, que parecía decir: «¿Por qué, si tal es mi voluntad?».

Ya de noche, regresamos a palacio.

Contiguo al comedor, iluminado *a giorno* y en el que estaba preparada la mesa para nuestra pequeña e íntima reunión, se hallaba el gabinete reservado de que había hablado la Reina; ese misterioso retiro solo aparecía iluminado por una lámpara de alabastro que esparcía su luz blanquecina sobre los muebles y tapices; las ventanas daban al terraplén, y, al través de las hojas de los naranjos, se veía brillar el mar, encendido con los postreros reflejos del sol poniente.

María Carolina atravesó el comedor y me condujo al gabinete en cuestión.

Dudo que la reina de la voluptuosidad, la misma Venus Astarté, cuando era amada de Adonis y adorada por Pericles y Alcibíades, hubiese inventado algo más suave, más perfumado que aquel encantador nido de paloma. Evidentemente, aquel recinto, que parecía hecho de nácar y hojas de rosa, no podía repetir, no podía tener eco para ninguna palabra o murmullo que no fuesen palabras tiernas o murmullos del corazón; respirando su perfumado ambiente, uno se sentía rodeado, envuelto en las más voluptuosas corrientes magnéticas de la Naturaleza. Apenas hube entrado, experimentó una rara sensación, como si algún dulce encanto adormecido en mí se despertase de súbito. Era un encanto parecido al que había sentido aquella noche en que *sir* Harry se acercó a mi lecho para ocupar el sitio de su amigo *sir* Juan. Todos los sentimientos de misteriosa languidez aletargados en mi alma desde mi enlace con *sir* Guillermo, y que yo consideraba muertos y sepultados, se estremecieron y palpitaron

nuevamente. Mis labios se secaron, entornáronse mis ojos; mi pecho se inflamó, y caí sobre los cojines, murmurando:

—¡Ah!, ¡cómo no amar aquí!

—¿Y quién te impide amar? —preguntó la Reina—. ¿Acaso no estás en la edad del amor?

—Sí —respondí—; pero ¿a quién amar?

—*¡He ahí la cuestión!* como dice tu poeta —respondió la Reina—. ¿A quién amar? Es lo que Safo pedía al Amor antes de ver a Faón; le vio, y pagó con la vida el haber puesto su mirada en el hermoso Lesbiano. ¡Pobre Emma! —añadió la Reina a media voz—; tienes razón: ¿a quién amar? Porque el amor de los hombres es mortal, y las verdaderas amistades, créeme, son las amistades de mujer.

Me levanté y la miré con extrañeza.

—Mira a mi pobre hermana María Antonieta —dijo—; durante siete años ha sido la esposa de su marido sin ser su mujer. Pues bien, estos siete años han sido los más felices de su vida. Ha tenido, ciertamente, la dicha de encontrar dos amigas, dos amigas tal como yo quisiera encontrar una: la princesa de Lamballe y la señora de Polignac. Te mostraré las cartas que mi hermana me escribía en aquella época; por ellas se adivina que en su corazón no anidaba la tristeza. Los Dillon, Coigny, los Fersen han desencadenado la tormenta sobre ella... ¡Lamballe y Polignac! Era el tiempo de bonanza, de luz y calor. ¿Quieres, Emma, ser para mí —dijo la Reina, rodeándome con su brazo—, lo que aquellas dos tiernas amigas fueron para mi hermana María Antonieta?

—¡Oh, sí! —exclamé con toda la ingenuidad de mi alma—; ¡oh, sí! lo quiero de todo corazón.

—¡Gracias! —repuso la Reina, poniendo, en un movimiento rápido y vehemente, sus labios sobre los míos—. ¡Oh! comprendo que te amaré más de lo que nunca he amado.

Lancé un débil grito; no esperaba aquella caricia poco menos que viril. Parecíame que las fuerzas me abandonaban, que una nube obscurecía mi vista, que iba a desvanecerme. Me levanté con esfuerzo, rechazando suavemente a la Reina.

—¡Oh! —murmuré—. ¿Qué tengo? Me parece que me sofoco.

—No hay nada de extraño en esto —dijo la Reina, levantándose a su vez y sosteniéndome por el brazo—; no es de extrañar, dado este calor de julio y estas ropas de satén y estos corsés de ballena que llevamos... Créeme, querida amiga, y aprovechemos los minutos que nos quedan para la cena despojándonos de todas estas prendas y poniéndonos simples peinadores. Esta noche no habrá sino amigas, y, por otra parte, tú no necesitas de adornos para ser bonita. Inútil que te lo diga, pues lo sabes, y a la una de la madrugada, cuando se hayan retirado, nosotras dos encontraremos nuestro baño preparado, y te pondrás fresca como Venus saliendo de esas aguas que ves centellear allá abajo.

Diciendo esto, la Reina me desabrochaba el vestido y desataba el lazo de mi

corsé. Vestido y corsé cayeron al suelo.

Yo respiré, lanzando un suspiro de bienestar.

—Cuando una mujer es bien formada como tú, es pecado llevar otro traje que no sea el de Aspasia. Espera, que voy a ponerte la túnica, bella griega mía. ¡No vayas a coquetear, a lo menos esta noche, con Rocca-Romana! Me sentiría celosa.

—¿Alguno de esos dos señores —pregunté sonriendo— tiene la dicha de ser mirado con interés por Vuestra Majestad?

—¡No digo que me sintiese celosa de ellos, inocente! —repuso la Reina—. Digo que estaría celosa de ti. En ese sillón, cerca de mi cama, encontrarás preparado el traje de noche...

Y mientras así hablaba, abría una puerta que comunicaba con el dormitorio.

—¡Póntelo! voy a llamar para que me traigan otro igual.

—¡Igual!

—Desde luego; ¿no hemos convenido en que somos dos hermanas, más aún, dos amigas?

María Carolina tocó el timbre.

Pasé al dormitorio, amueblado asimismo con refinado y caprichoso gusto.

El trajo de noche de la Reina se componía de una túnica de batista, ceñida en el talle por un cordón de seda, y un par de chinelas de satén rosa.

Apenas me lo hube vestido, la Reina entró con otro semejante.

Me miró un instante, y con encantadora sonrisa me dijo:

—Estoy tentada a hacer por ti lo que mi hermana María Antonieta hizo por la pequeña princesa de Lamballe, esto es, aumentar el presupuesto de la Corte creando la plaza de *dama de noche*; así conseguiría tenerte constantemente a mi lado... Es verdad, empero, que me indispondría seriamente con *sir* Guillermo.

Me eché a reír.

—Yo no sé si Vuestra Majestad reñiría o no con él —respondí—; pero lo que sé es que esa plaza de *dama de noche* que Vuestra Majestad piensa crear en el palacio real, no existe en la embajada de Inglaterra, o existe en tan mínima proporción, que ni vale la pena de ser mentada.

—Heme tranquilizado por ese lado; pero tiemblo por otro...

—¿Cuál es, Dios mío? —pregunté.

—Cuando el Rey te vea tan hermosa, se va a prender de ti.

—¡Ah, Dios mío!, ¿qué me dice Vuestra Majestad?

—¿Me permites que te defienda contra él?

—Se lo agradezco... pero me figuro que me basto para defenderme a mí misma.

—¿Quieres que te aconseje un buen medio? Perfúmate con el perfume que prefieras, no importa cuál, cada vez que vengas a la Corte. El Rey es como su antecesor Enrique IV: detesta los perfumes. Yo, al contrario, los adoro. Ahora, mírame, veamos... Decididamente, eres encantadora, diez veces más encantadora que cuando vas ataviada con lujo y adornos. Deja tan solo que adorne un poco tus

cabellos.

La Reina abrió un cofrecito que había en un tocador, sacó de él un rosario de perlas y brillantes y me lo colocó en la cabeza.

Carolina parecía haber abdicado toda su coquetería personal en favor de mi hermosura, a expensas suyas. No se habría dicho que era una mujer componiendo a otra mujer, sino un amante ataviando a su querida.

—¡Oh! —dijo— la San Marco y la San Clemente van a morir de envidia... Se nos había anunciado la venida de una inglesa, y cuando creíamos ver a una inglesa de las corrientes, he aquí que, por el contrario, nos llega del país de las lánguidas *mistress* una especie de Cleopatra, de cabellos castaños, ojos de no sé qué color, y cutis... ¿de qué está hecho tu cutis, mi buena amiga?... ¿De armiño o de cisne? A fe mía, estoy arrepentida de haber invitado a toda esa gente; habríamos estado solas. Tengo ganas de no recibirlos... Pero, no; los recibiré; serás coqueta como una gata, ¿no es verdad? Se dice que eres una actriz maravillosa y un prodigio en la danza.

Me puse colorada.

—Es *sir* Guillermo el que lo dice... Recitarás versos, cantarás, harás cuanto sepas para enloquecerlos. En todo Nápoles, mañana no se hablará más que de ti, y cuando me hablen de *lady* Hamilton, diré: «¡Sí, es mi amiga, mi Emma!». Y los hombres me tendrán envidia, y las mujeres odio... ¡Ah!, ¡yo te comería viva!

Desnudome el hombro y estampó un beso en él.

En aquel momento se abrió la puerta, y dijeron:

—Vuestra Majestad está servida.

—¡Ven! —dijo la Reina.

Y entramos en el comedor.

XLVIII

Las damas de la Reina, las que eran consideradas como amigas suyas, no siendo más que sus confidentes, la marquesa de San Marco y la baronesa de San Clemente, estaban en traje de Corte, lo cual hacía un singular contraste con nosotras. Llevaban los cabellos empolvados y colorete en las mejillas. Por vez primera me di cuenta del lado ridículo de tales composturas. Las pobres mujeres parecían dos máscaras.

Con todo, ambas eran hermosas, la marquesa de San Marco especialmente; pero era la belleza sin gracia, sin flexibilidad, sin atractivos.

La Reina, al contrario, aunque un tanto obesa por virtud de sus treinta y seis años, estaba encantadora. Habríase dicho que, bajo el peso de una noticia desagradable que ignoraba aún, pero que indefectiblemente debía conocer al día siguiente, se había apresurado a robar al tiempo, a los acontecimientos, a la política, algunas horas felices.

Estuvo amable con aquellas dos señoras, pero adorable conmigo; me hizo sentar a su lado, y durante toda la cena, me sirvió ella misma.

Estaba yo acostumbrada a beber agua pura, o cuando más, a teñirla con un poco de vino francés; pero, para acceder a las instancias de la Reina, tuve que probar todos los fuertes vinos de Sicilia y Hungría, que parecían encender la sangre de mis venas.

Estando cenando, nos fue anunciada la llegada de los invitados por la Reina a la recepción, los cuales esperaban en el salón.

La Reina mandó abrir las puertas, se apoyó en mi brazo y se presentó.

He dicho que aquella noche estaba más hermosa que nunca. Parecía feliz; su frente se mostraba serena, una sonrisa plácida se dibujaba en sus labios, que comúnmente expresaban desdén.

Al verla, se levantó un murmullo de admiración, seguido de aplausos.

María Carolina dio su mano a besar a Rocca-Romana y a Maliterno.

Rocca-Romana, que se estrenaba en la vida de aventuras que ha hecho de él el Richelieu de Nápoles, era todavía joven, casi un niño; tenía fama de guapo y elegante, y lo era en verdad.

En él se manifestaba el hombre nacido en la aristocracia y destinado a vivir en la Corte.

Maliterno era de más edad y no tan guapo; su cara, más severa y varonil, y algunos años más tarde, en 1796, en el Tirol, un sablazo que recibió en el rostro y que le reventó un ojo, dio a su fisonomía un aspecto aún más sombrío.

En cuanto al doctor Gatti, creo que ya he hablado de él; era un cortesano que, a favor de su título de médico, entraba por todas partes, no para ejercer de médico, sino para intrigar. La Reina sentía por él escaso afecto, y, sin embargo, le concedía alguna influencia.

El príncipe Pignatelli, que adquirió después una grande celebridad como vicario general del reino, cuando la familia real abandonó a Nápoles y huyó a Sicilia, era entonces un hombre de treinta y dos a treinta y cuatro años, sin ningún rasgo notable, ni en lo físico ni en lo moral; era uno de esos ministros complacientes y sin energía que se someten incondicionalmente a la voluntad de los reyes.

Viendo a la Reina tan radiante de satisfacción, todos los semblantes adquirieron la misma expresión.

La Reina me presentó a los siete u ocho familiares del palacio real que habían acudido a su invitación, y de los cuales he nombrado los principales.

Como todas las alemanas, Carolina era una apasionada de la música. En el salón había una variedad de instrumentos musicales, destacándose en primer término un clavicordio y un arpa. La Reina me preguntó si tocaba alguno de estos instrumentos. Yo tocaba los dos.

Cogí el arpa. Era evidente que iba a hacer mi *debut* más solemne.

Algunos meses antes había sido descubierto en Herculano un manuscrito que contenía versos de Safo.

Estos versos habían sido traducidos en italiano por el marqués de Gargallo y puestos en música por Cimarosa.

Desaté mis cabellos, que eran muy largos y abundantes, y que cayeron sobre mi espalda, más abajo de la cintura. Ya se sabe que yo sobresalía en la mímica, aptitud que me permitió imprimir a mi fisonomía los rasgos de inspiración de la poesía antigua, y, a seguidas de un preludio que me valió los primeros aplausos de aquella noche, entoné los siguientes versos:

Hija de Júpiter, ¡oh, Venus inmortal! Que sobre un trono de oro riges el universo.

No sumerjas a mi alma en la cruel angustia.

¡Venus, perla divina encerrada en el seno de los mares!

.....

¿Tengo necesidad de recordar a mis lectores el grado de perfección a que había llegado en esa clase de representaciones, mitad cantadas, mitad gesticuladas? Desde la primera estrofa, me identifiqué completamente con el personaje, y por consiguiente, me apoderé de mi pequeño público. Si los aplausos no me interrumpían al final de cada estrofa, era porque el auditorio temía perder un acento de mi voz, una vibración del instrumento; pero, cuando en el último verso de la última estrofa, cayendo de rodillas, par esta la mirada en el cielo, dirigí a la diosa esta súplica:

«Yo te imploro de rodillas. ¡Socorro, Venus, socorro!...».

Se produjo un movimiento general de admiración y asombro.

Era innegable que acababa de producir un efecto desconocido, una emoción ignorada, algo completamente nuevo, no esperado.

La Reina me abrazó con efusión.

—¡Otra vez, otra vez! —exclamó—. Emma, yo te lo pido.

—Majestad —le dije—, debo mi éxito a una sorpresa; desde el momento en que ya no habría sorpresa, dejaría de haber éxito. No exija, pues, de mí una repetición; pero intentaré otra cosa, si así lo quiere Vuestra Majestad.

—Todo cuanto quieras; pero ¡pronto, pronto! Estamos ansiosos por aplaudirte. ¿Ha visto usted nunca algo parecido, Gatti? ¿Y usted, Rocca-Romana?

Como es de suponer, la respuesta fue unánime y favorable para mí.

Todo el mundo se unió a la Reina para pedirme otra cosa.

Estaba yo segura, del efecto que produciría en la escena de la locura de Ofelia.

Pedí a la Reina un velo de tul y adornado de flores.

—Ven a mi gabinete —me dijo—, y escogerás entre todos mis velos el que más te agrade. En cuanto a las flores, en la azotea encontrarás todas las que quieras.

La Reina y yo pasamos a su dormitorio. Elegí un velo sencillo, y luego fuimos a la azotea.

—¿Quieres este geranio? ¿Quieres esta rama de naranjo, esta flor de adelfa?

Lo era precisamente esto lo que yo necesitaba; esas flores de la civilización y de la aristocracia hacían contraste con la locura de Ofelia. Las flores que a esta convenían eran amapolas, acianos... ¿qué sé yo? Las flores que me ofrecían eran buenas para la hija de María Teresa, pero no para la de Polonio. Mas yo empezaba a no mostrarme ya tan exigente, y a tomar perlas y diamantes cuando no encontraba otra, cosa.

La Reina quería quedarse para ayudarme a vestir, a lo que no accedí. Gracias a mi habilidad en esa clase de transformaciones, apenas Carolina hubo vuelto al salón y tomado asiento en su sillón, me presenté ante el auditorio, pálida, con espanto en los ojos y los labios contraídos por la locura.

Si mis espectadores no estaban muy familiarizados, no obstante ser descendientes de los atenienses, con la poesía de la musa de Lesbos, menos podían estarlo con los cantos del poeta de Straffort-sur-Avon; ninguno de ellos conocía la lengua inglesa lo bastante para comprender a Shakespeare. Así que, aquella fue para ellos una simple escena de pantomima.

Pero ¿qué me importaba? ¿No era en la pantomima donde yo sobresalía?

Debo declarar que nunca, a mi ver, ni aun en mis inspiraciones más felices, llegué a la altura que alcancé en aquella ocasión. ¡Oh! era verdaderamente la cándida Valentina de Hamlet, la hija desesperada de Polonio, la hermana insensata de Laërte... Era a la vez poeta y actriz; allí donde faltaba el verso, recurría a la improvisación; estoy convencida de que el mismo Shakespeare habría quedado satisfecho de mi labor.

No intentaré expresar el asombro de mi auditorio; probablemente, era la primera

vez que la poesía del Norte, pálida y quejumbrosa, penetraba en sus almas. Solo la Reina reconocía en ello algo de los poetas de su nebulosa patria.

Un grito de todos los pechos me acompañó al retirarme, y el rumor de los sollozos, confundido con el de los aplausos, me siguió hasta mi gabinete.

La Reina se precipitó tras de mí, y me cogió entre sus brazos.

—¿Quién hay? —preguntó, oyendo el ruido de pasos que se acercaban.

La importuna, que era o la San Marco o la San Clemente, o se volvió al salón, o no dio un solo paso más adelante.

La Reina pareció reflexionar un instante; de repente, dijo:

—Aguarda, y no vuelvas al salón.

Yo no deseaba otra cosa; estaba muy cansada.

Me dejé caer sobre un sillón; la Reina se separó, y oí que decía:

—Nuestra inglesa, para mayor gloria de su poeta y para mejor recrearnos, se ha excedido, de suerte que se siente poco menos que muerta de cansancio. Les pido conmiseración para ella. Buenas noches, señores.

—¿Está permitido, cuando menos, aplaudirla? —preguntó Rocca-Romana.

—¡Oh! cuanto ustedes quieran —dijo la Reina—, en el bien entendido de que jamás aplaudirán bastante. ¡Reconozcan que es maravilloso!

Estalló una tempestad de aplausos y aclamaciones; la Reina dio las gracias a sus damas de honor que le ofrecían sus servicios, y cerró la puerta tras ellas.

Cuando volvió, me vio levantando la cortina de seda del salón.

—¡Ven, sirena!, ¡ven, Circe!, ¡ven, Armida! —dijo.

Y echándome el brazo alrededor de mi cuello, me empujó hacia el canapé.

Enlazadas, caímos cerca del arpa.

—¡Oh! —dijo la Reina—, has cantado las estrofas de Safo empezando por este verso:

¡Hija de Júpiter, oh, Venus inmortal!

No eran estos versos los que me debías haber cantado, sino estos que empiezan así:

Sentado a tu lado, este que suspira...

—Yo no podía cantárselos, querida Reina —le dije— porque no los sabía.

—Bien, yo los sé —replicó—, y voy a decírtelos.

Hundió una rodilla en la mullida alfombra, a mis pies, y, con fiebre en la mirada, pulsando las cuerdas del arpa con una especie de delirio, cantó con admirable voz de contralto unas estrofas llenas de pasión y de deseo.

Al extinguirse en sus labios el último verso, llamaron suavemente a la puerta.

—¿Quién hay? —preguntó la Reina con impaciencia.

—La servidumbre y el coche de *lady* Hamilton —dijo una voz.

—Que se vuelvan al hotel de la Embajada —contestó la Reina—; no son necesarios aquí. Hoy retengo conmigo a *lady* Hamilton.

Y empujándome, me condujo a la sala de baño, diciéndome:

—¡Ven, ven!... *Sir* Guillermo Hamilton está en Caserta, y no volverá hasta mañana...

XLIX

La desgracia que desde la víspera cerníase sobre la Reina, era la toma de la Bastilla.

Ciertamente, nada podía sumir a Carolina en más profundo estupor; era como si le hubiesen participado que los napolitanos habían tomado el castillo de San Telmo.

Esta noticia, aunque no se conocía por otro conducto que el mensajero llegado de Francia, y aunque este quedó detenido y encerrado en el palacio, se esparció por toda Nápoles y produjo honda sensación.

Cuando, algunos años antes, la francmasonería en Francia, los iluminados en Alemania y los prosélitos de Swedemborg en Suecia, empezaron a formar sociedades secretas, la francmasonería había realizado algunos progresos en Italia, sobre todo en la Meridional. Esta invasión masónica tuvo lugar al iniciarse los amores de la Reina con él príncipe de Caramanico, y Carolina, que buscaba todas las ocasiones de encontrarse con su amante, le había inducido a hacerse masón, a lo que él accedió sin vacilar, y ella misma, amparándose en la ley que permitía fundar logias a las mujeres, se nombró venerable de una de ellas, a la cual estaban afiliadas algunas damas napolitanas. En cuanto al Rey, siempre se mostró refractario a afiliarse a ninguna, a causa de las pruebas físicas y morales a las que no quería someterse, por no estar seguro de salir airoso de ellas.

Luego, poco a poco, habiendo la Reina adquirido más libertad, pudo verse con su amante tantas veces como quería, después de la muerte del ministro Tannucci; y las logias masónicas se reunían y crecían con toda libertad, a cuya sombra conspiraban contra la realeza.

En aquella época, varios hombres notables aparecieron y formaron doctrina en Italia.

Eran los herederos de Vico, Genovesi, Beccaria, Filangieri, Pagano, Cirillo, Corforti y, en fin, todos los que querían el triunfo de los mismos principios, o sea el progreso caminando al través del mundo a la luz de esa filosofía que acababa en Francia de convertirse en incendio.

Todo lo que, en la Italia meridional, tenía puesta la mirada en Francia, sabiendo de antemano que el movimiento vendría de París, se estremecía de júbilo ante la noticia de la toma de la Bastilla.

Se comprenderá que la corte de Nápoles experimentase una sensación completamente opuesta.

La Bastilla tomada, y tomada sin asedio, en un día, en tres horas, por un pueblo ayer desarmado, hoy poseedor de treinta mil fusiles; la escarapela blanca, ese emblema de la monarquía, convertida en escarapela tricolor, emblema de la Revolución; Luis XVI, adoptando ese emblema y colocándolo en su sombrero; todo eso era inaudito, inesperado, increíble, y debía llenar de estupor a la corte de Nápoles.

Las relaciones políticas, debido al odio de Acton hacia Francia, y a la influencia que este había adquirido, se enfriaron entre ambos reinos; pero las relaciones de familia entre María Carolina y su hermana eran más tiernas que nunca, y raramente se pasaban quince días sin un cambio de cartas, en las que ambas archiduquesas se contaban sus alegrías, sus pesares, y sobre todo sus decepciones conyugales.

Sea que el ministro Acton, en su instinto de odio, adivinase los sucesos que se preparaban en Francia, sea que él no cediese más que a su sentimiento de venganza, exageró, en vez de aminorar, los terrores del rey Fernando, y le hizo prever el caso de una intervención armada, en la que Nápoles tendría que desempeñar un papel o cumplir una misión.

Tenía un poderoso auxiliar en *sir* Guillermo Hamilton, que sentía amor rayano en el fanatismo por su hermano de leche, por el rey Jorge y por Inglaterra, su patria.

En cuanto a mí, ajena a toda cuestión política e ignorante de los derechos de los pueblos y del poder de los reyes, debía naturalmente seguir a ciegas el impulso que me comunicasen, máxime si ese impulso procedía de un hombre como *sir* Guillermo, a quien todo el mundo reconocía una inteligencia superior, y de una mujer como María Carolina, que, desde el primer día que la vi, había ejercido sobre mí un gran influjo.

A partir de aquel instante, participé de los odios y de las simpatías de las personas que me rodeaban, sin razonar ni unos ni otras. Es, pues, de comprender que tales sentimientos, más bien instintos, acabasen por convertirme en agente pasivo de aquellos que me los inspiraron, o, en otros términos, de las personas que los sembraron en mi alma.

Las noticias de Francia no se limitaron a la toma de la Bastilla y a un cambio de escarapela. Se supo de las jornadas de los días 5 y 6 de octubre, durante las cuales habían sido invadidas las habitaciones del palacio de Versalles, con muerte de dos guardias, y conducidos violentamente a París el Rey y la Reina.

Esta última noticia entristeció sobremanera a la reina Carolina; habíame mostrado una carta de su hermana María Antonieta, en la que esta le comunicaba un proyecto que consistía en huir de Francia, o bien reconquistar todo el poder perdido por la realeza desde el mes de julio.

Este proyecto debía producir un incendio en toda Europa, y por eso mismo llenaba los deseos de María Carolina, que, entrando en lucha contra la Revolución, se encontraba en su elemento.

He aquí el desarrollo de aquel proyecto. Por lo que en breves líneas voy a exponer, se verá que la idea fundamental era la fuga a Verennes.

Debíase atraer y reunir alrededor de Versalles nueve mil hombres que componían la llamada casa del Rey; de esos nueve mil hombres, las dos terceras partes pertenecían a la nobleza, y, por consiguiente, eran adictos.

Se apoderarían de Montargis, ciudad situada a veinte leguas de París, aproximadamente, y en la cual gobernaba el barón de Viomesnil, conmillón de La

Fayette en América, pero que, por envidia a este, que se había hecho constitucional, él, a su vez, se pasó al partido contrarrevolucionario

Diez y ocho regimientos elegidos entre los carabineros y dragones, es decir, entre las dos armas más realistas, ocuparían los caminos y cerrarían el paso a todo convoy de víveres que se dirigiese a París.

El Rey y la Reina se retirarían a Montargis, y desde allí avisarían lo que debía hacerse; probablemente reducir, a París por medio del hambre.

El dinero no faltaría; además del que el Rey podría llevar de París, se contaba con las dádivas voluntarias; un solo agente de benedictinos había ofrecido cien mil escudos.

María Carolina exclamó:

—Yo daré un millón, aunque tenga que vender mis joyas.

A esta ofrenda real, añadí humildemente, en nombre de *sir* Guillermo y en el mío, la nuestra de cincuenta mil francos, que fueron aceptados.

Pero las jornadas del 5 y 6 de octubre hicieron imposible la ejecución de aquel plan.

Todas estas noticias gravitaban sobre la reina de Nápoles; tenía ella el presentimiento de que un día, en circunstancias parecidas a las de su hermana, se vería obligada, como esta, a huir, o bien a inclinar la cabeza bajo el peso de la voluntad popular.

Calculó que era llegado el momento de estrechar los lazos de familia con Austria, y, por méritos de esta unión, de ofrecer a su hermana María Antonieta, cada vez más divorciada del pueblo, el único punto de apoyo que podía invocar contra su pueblo, la familia.

La Reina me demostró tal confianza, que me imponía de todos los acontecimientos y además me consultaba sobre todas las cuestiones.

Dos de sus hijas estaban en edad de contraer matrimonio; entre las cortes de Nápoles y de Austria, se acordó casarlas con los archiduques Francisco y Fernando, y que el príncipe heredero Francisco de Nápoles, duque de Calabria, que a la sazón contaba solamente trece años, se casaría, al llegar a edad para ello, con la joven archiduquesa María Clementina, que tenía diez años menos que él.

Por su parte, María Antonieta mantenía activa correspondencia con su hermano José II, por mediación de sus consejeros, que, por desgracia, eran todos austríacos. Esos consejeros eran el abate Vermond y el conde de Breteuil. El embajador de Austria en París, conde de Mercy-Argenteau, recibía las cartas de Viena y enviaba a Viena las cartas de París.

El 20 de febrero de 1790, el emperador de Alemania, José II, falleció, y algunos días después la Reina supo este fallecimiento, que, por otra parte, era esperado hacía mucho tiempo. El Emperador murió tuberculoso, desesperado de haber reinado sin gloria, después del reinado glorioso de María Teresa, y previendo en su lecho de muerte los peligros que amenazaban a su familia.

El gran duque de Toscana Leopoldo subió al trono; gozaba reputación de filósofo profundo y gran reformador. La reina Carolina temía que la filosofía de su hermano llegase al extremo de permitir, sin oponerse, que se desarrollasen los acontecimientos de Francia.

Esta consideración, la determinó a efectuar un viaje a Viena con su marido. El objeto aparente era ponerse de acuerdo con el nuevo Emperador, que quería mucho a su hermana María Carolina, respecto a los concertados enlaces de familia; el objeto real era ponerse de acuerdo con respecto a los medios de salvar a María Antonieta, sea facilitándole la fuga, sea operando una contrarrevolución en Francia, o bien formar una coalición para intervenir con las armas.

La Reina no podía resolverse a dejarme; yo era, decía ella, la única persona cuya ausencia sentiría. Hizo que le prometiese escribirle tres veces por semana.

Le propuse acompañarla, y aceptó con gratitud; pero mi presencia en la corte de Viena, como mujer del embajador de Inglaterra, pareció demasiado significativo a *sir* Guillermo en aquellas circunstancias en que se tramaba en aquella Corte una coalición contra Francia.

Expuso sus razones a la Reina, que las encontró justificadas y que fue la primera en decirme que me quedase.

María Carolina se separó de mí con verdadera desesperación, algunos días después de la muerte de su hermano. Me obligó a jurarle que, en su ausencia, no vería a nadie más que a mi viejo adorador el conde de Bristol, al cual me recomendó encargándole que guardase su tesoro; se llevó consigo mi retrato y me dio el suyo, y, como suprema prueba de confianza y de amistad, me rogó que le guardase su cofrecito.

Durante su estancia en Viena, recibí carta suya semanalmente. Me contaba las fiestas de la coronación, a las que asistió, tanto en Viena como en Pesth, pues, como rey de Hungría, el Emperador debía recibir la corona real en ambas capitales. En cuanto a los asuntos políticos, a las medidas para salvar a María Antonieta o coligar a Europa contra Francia, una sola línea, en postdata, aludía a esos extremos y contenía estas tres palabras solamente: *todo va bien*.

En efecto, durante ese viaje, Carolina, reunida con su hermano, preparó la fuga a Varennes y se resolvió tener preparado un ejército para sostener al rey y a la reina de Francia en seguida que hubiesen pasado la frontera.

El rey Fernando, a su regreso a Nápoles, pondría a su ejército en disposición de obrar combinado con el austriaco.

En los primeros días de abril recibí una carta de la Reina anunciándome su regreso; pero, obligada a pasar por Roma para arreglar algunos asuntos con el papa Pío VI, se detendría allí una semana.

Apenas llegó a Roma, me escribió. La frialdad de relaciones que existía entre la corte de Roma y la de Nápoles desde algunos años atrás, y que tenía por causa el haberse negado el rey Fernando, o mejor dicho el viejo ministro Tannucci, a pagar

cierto tributo, esa frialdad, repito, desapareció ante él común peligro. Entre ambos soberanos se acordó abolir el referido tributo y que los soberanos de Nápoles ofrecerían una importante cantidad en metálico al Sumo Pontífice, en señal de su devoción a los apóstoles San Pedro y San Pablo.

En la carta que me anunciaba su salida de Roma, la Reina me indicaba el día y hora de su llegada a Caserta, a donde me decía que fuese a esperarla, para adelantar el momento de vernos y poder hablar con más intimidad.

Solo yo tenía conocimiento de su llegada; nadie, ni siquiera sus hijos, la esperaba aquel día, sino al siguiente.

El Rey seguiría el viaje hasta Nápoles, y, mientras la Reina descansaría en Caserta, él celebraría consejo con Acton y *sir* Guillermo, para quien no tenía secretos la corte de Nápoles.

Para demostrar, a mi vez, una impaciencia igual a la de la Reina, había adelantado mucho la hora de su llegada, y cuando se divisó su carruaje en el camino de Capua, pude saludarla de lejos agitando mi pañuelo. La Reina me vio y agitó el suyo para responderme. El coche real aumentó la rapidez de su marcha, y solo tuve el tiempo necesario para bajar la escalera y recibir a Su Majestad en mis brazos.

Según estaba convenido, el Rey continuó el viaje, y la Reina y yo quedamos solas en Caserta.

L

Gracias a la precaución tomada por Su Majestad, pudimos estar juntas veinticuatro horas.

María Carolina rebosaba de satisfacción. Además del placer que decía sentir viéndome de nuevo, venía con la seguridad que el emperador Leopoldo alimentaba en una coalición contra Francia, tan odiada de ella; y se esperaba que en esa coalición entraría Prusia. Durante su permanencia en Viena, la habían visitado algunos emigrados, que unánimemente le presentaron a Francia desgarrada por diez diversos partidos y clamaban a voces por una intervención armada. Según ellos, sería cuestión de un simple paseo, desde la frontera a París, el cual ni siquiera tendría el mérito del peligro. En cuanto a Luis XVI y María Antonieta, todo estaba pronto para su huida; el 12 de junio saldrían de París, y por la vía de Châlons, Verdún y Montmèdy, alcanzarían la frontera, donde los esperaba el rey de Suecia, Gustavo, que se pondría en el acto a la cabeza del ejército destinado a marchar sobre París.

En el ínterin, la Reina debía procurar que entrasen en la coalición todos los pequeños príncipes de Italia y el rey de España, cosa que se consideraba muy fácil, por ser el rey Carlos IV hermano del rey Fernando.

María Carolina no dudaba del éxito de esta doble operación política, y saboreaba por anticipado la alegría del odio satisfecho y del orgullo vengado.

No sé si la Reina tenía tanta dicha en descender hasta mí como yo la sentía en subir hasta ella: lo dudo. En las amistades reales que quieren olvidar la dignidad del trono, existe una rara atracción, en que esas amistades hablan simultáneamente al corazón y a todas esas fibras orgullosas que, en la mujer sobre todo, corresponden a las más secretas ambiciones del alma. Por ninguna mujer del mundo hubiese yo sentido del modo profundo que sentía por la Reina, por lo mismo que era Reina, que se llamaba María Carolina y era hija de María Teresa; al paso que yo, ¿qué representaba, qué era a su lado, aun olvidando que había sido Emma Lyón, para acordarme solamente que era *lady* Hamilton?

No hay, pues, motivo de extrañeza si la sugestión de esta real privanza me arrastró a tan grandes faltas, a tan grandes crímenes. ¡Ay de mí! yo soy una esclava del orgullo.

Mientras la Reina y yo estábamos en Caserta, el Rey reunió el Consejo, y al día siguiente de su llegada se acordó hacer todos los preparativos para la guerra con Francia, y que se vigilase escrupulosamente el espíritu revolucionario que parecía querer extenderse en Nápoles, pues había el peligro de que produjese los mismos desórdenes que en Francia.

Era una muy peligrosa decisión el hacer la guerra a Francia, porque ni el rey de Nápoles ni el pueblo napolitano tenían temperamento bélico.

Las inclinaciones belicosas del Rey se limitaban a una pasión inmoderada por la caza, y si, por casualidad, había alguna vez desviado la dirección de su fusil para dirigirla contra un hombre, procuraba que este fuese algún inofensivo campesino, con quien el Rey se entretenía tomando su sombrero por blanco de su puntería. Pero como quiera que alguna vez ocurrió haber dado en el cráneo del infeliz en lugar de hacerle volar el sombrero, renunció a ese género de diversión, limitándose a disparar contra los gamos y jabalíes.

En cuanto al pueblo napolitano, aparte algunas revueltas, de las cuales la de Masaniello había sido la más seria y durado catorce días, aunque valiente en las luchas individuales, siempre se mostró poco aficionado a los combates colectivos. Los siete millones de hombres que en aquella época lo formaban, no tenían ninguna preparación en el ejercicio de las armas; y después de las batallas de Bitonto y Velletri, en las que los napolitanos no habían tomado parte, puesto que se habían librado entre españoles y austríacos, Nápoles no había oído el estampido del cañón. La última, la de Velletri, había tenido lugar cuarenta y ocho años antes, y su eco había tenido tiempo de extinguirse para la generación actual, que se componía de los nietos de aquellos que la habían presenciado.

No sin razón sospechaba la Reina que los nuevos principios proclamados en Francia habían repercutido en Nápoles. Todo el *mezzo ceto*, formado principalmente de abogados, médicos y artistas, estaba imbuido de tales principios. La juventud, sobre todo, que había devorado los libros de Voltaire, de Rousseau, de los filósofos y enciclopedistas, y que veía prohibir severamente y perseguir con saña esos libros, autorizados antes, la juventud se preguntaba con qué derecho, cuando un pueblo vecino caminaba hacia la luz, se le quería mantener en las tinieblas.

Empujado por la Reina, por Acton y *sir* Guillermo, el rey Fernando hacía los preparativos de guerra, sin abrigar muchas esperanzas en el triunfo de su ejército; pero no podía retroceder. Fernando se había comprometido a tomar parte en la gran contienda que se preparaba, y al propio tiempo tenía formado el firme propósito de no arriesgar su vida.

Entretanto, los días transcurrían, y se aproximaba el 12 de junio, señalado para la fuga del Rey. La Reina me hablaba todos los días de esta tentativa desesperada de su hermana y de su cuñado, y no se le ocultaba que en aquel golpe se jugaban el todo por el todo.

Sin explicar con qué objeto, María Carolina encargó, para el 12 de junio, rogativas en todas las iglesias.

Aquel extraño organismo encerraba dos opuestas tendencias: era a la vez supersticiosa y entendimiento bien equilibrado; y los instintos devotos luchaban en ella con la educación filosófica.

Llegó el 12 de junio; todo el día se lo pasó arrodillada en la capilla del castillo, sin permitirme que la acompañase, temiendo que, siendo yo herética, mi presencia le atrajese la desgracia; pero, por la noche, envió a buscarme, me retuvo a su lado, y

estuvo largo rato siguiendo, sobre un mapa, la huida que tan preocupada la traía.

—A esta hora, deben abandonar las Tullerías —decía—. A esta hora, habrán llegado a Bondy; estarán ya en Meaux, en Montmirail.

Se recogió a las cinco, y se durmió a las ocho.

Por la tarde llegó un correo de Francia, portador de una carta de María Antonieta.

Yo estaba al lado de la Reina cuando llevaron esa carta. La abrió con temblorosa mano, y a la primera línea exclamó con impaciencia:

—¿Oyes, Emaná? ¡No han partido el día 12!

Y sacando su pañuelo, se enjugó la sudorosa frente; luego continuó en estos términos:

—*Madame* de Rochereul, querida de un ayudante de La Fayette, se encontraba al servicio del Delfín hasta el 13 por la noche; se temo una delación... Es prudente —murmuró—, pero hubiese sido mejor haberlo pensado antes.

Leyó de nuevo algunas líneas.

—La partida se ha diferido para el 18 —dijo—. ¡Todavía ocho días de angustia!

Estrujó el papel con la mano, y se lo puso en el pecho.

—¿Quién ha sido el portador de esta carta? —preguntó.

—El que Vuestra Majestad envió, hace tres semanas, a la reina de Francia.

—¿Ferrari? —preguntó.

—Sí, Ferrari.

—Háganle subir; seguramente tendrá algo que decirme de viva voz.

—Así debe ser, pues ha encargado que se diga su nombre a Vuestra Majestad.

Momentos después, se presentó Ferrari.

Era un hombre de veintiocho a treinta años, y hacía unos diez que estaba sirviendo en el castillo. Excelente jinete, recorría sin descansar distancias de cien y doscientas leguas. María Carolina lo había recomendado a su hermana como hombre en el que podía fiar a ciegas.

María Antonieta, no obstante la vigilancia que sobre ella ejercía M. de La Fayette, consiguió hacer entrar a Ferrari en las Tullerías, y le había dado todos los detalles de la forma en que se esperaba burlar la vigilancia del general de la guardia nacional.

Para tener una idea de las dificultades que presentaba la fuga, hay que saber cómo estaba guardada la familia real.

La Fayette, respondiendo de ella con su propia persona ante la Asamblea, tenía tomadas todas las precauciones.

Seiscientos guardias nacionales montaban día y noche la guardia en las Tullerías.

Dos guardias a caballo permanecían constantemente frente a la puerta exterior.

En todas las puertas del jardín había centinelas apostados.

En el interior, las precauciones no eran menos.

Colocáronse centinelas en las salidas que conducían al gabinete del Rey y de la Reina, en los corredores, en los patios.

El Rey y la Reina no salían nunca sin la escolta de dos o tres oficiales de la

guardia nacional.

En medio de todas estas dificultades, he aquí lo que el Rey y la Reina habían combinado:

La primera dama del Delfín, de la cual se desconfiaba, abandonaba su servicio el 12, conforme la reina María Antonieta lo decía en su carta.

La pequeña habitación que ocupaba en las Tullerías iba a quedar desocupada.

Ese cuarto comunicaba con un departamento vacío hacía seis meses, y que pertenecía a M. de Villequier, primer gentilhombre de cámara; estaba vacío porque M. de Villequier había emigrado. Ese departamento, situado en la planta baja, tenía dos salidas: una al patio de los Príncipes, otra a la calle Real.

La Reina diría que se reservaba para *madame* Royale la habitación de *múdame* Rochereul, que quedaba vacante por haber esta cesado en su servicio.

Respecto al departamento de M. de Villequier, el Rey, hábil cerrajero, forjaría una llave con que poder abrirlo; por muy numerosos que fuesen los centinelas, se había olvidado de poner uno a la puerta de dicho departamento; por lo demás, después de las once, los centinelas de los patios estaban acostumbrados a ver salir muchas personas a la vez, por haber terminado a tal hora el servicio del castillo.

Había, pues, medio de salir, sin ser reconocido, confundido con los demás que iban y venían.

Una vez fuera de las Tullerías, un sueco fiel a la Reina, M. de Fersen, se encargaría de lo demás. Disfrazado de cochero, esperaría a los fugitivos, y los conduciría a la barrera de Clichy, donde tendría preparada una berlina de viaje en casa de uno de sus amigos, M. Crawford.

El Rey saldría disfrazado de intendente, cuya indumentaria consistía, en chaqueta de satén, calzón gris, medias de igual color, zapatos con hebillas y un pequeño tricornio.

Un camarero del Rey, llamado Hue, de estatura igual al Rey, salía desde hacía dos o tres días, y continuaría saliendo hasta la noche de la evasión, a fin de despistar a los vigilantes que se acostumbrarían a ver pasar a un hombre vestido de gris.

El Delfín sería vestido de niña.

La Reina, *madame* Elisabeth, *madame* Royale, saldrían entre las mujeres de servicio, y se esperaba que pasarían inadvertidas.

A todos ellos les faltaba pasaporte. M. de Fersen se encargó de arreglar este punto: una de sus amigas, *madame* de Korff, iba a salir de París; tenía pasaporte para ella, sus dos hijos, un camarero y dos camareras. Entregó ese pasaporte a M. de Fersen, quien, a su vez, lo puso en manos de la Reina.

M. de Bouillé, hombre de pensamiento y de acción, en quien el Rey podía contar, tenía bajo su mando todas las tropas de la Lorena, de Alsacia, del Franco Condado y de la Champaña; estaba encargado de hacer explorar el camino que conduce de Châlons a Montmédy de paso para Varennes.

Tropas escalonadas en ese camino y mandadas por oficiales de confianza,

esperarían la llegada del Rey y le servirían de escolta.

Para atender a todos los gastos, se envió a M. de Bouillé un millón en papel moneda.

Tal era la situación cuando el 13 de junio llegó Ferrari a Nápoles. Había empleado nueve días en el viaje, y, por lo tanto, su salida de París había sido el 4.

La reina María Carolina dio doscientos ducados a Ferrari, le invitó a que fuese a descansar y dijo que estuviese preparado para cualquier acontecimiento que pudiera ocurrir. Ferrari respondió a Su Majestad que le bastaban veinticuatro horas y que también antes podía disponer de él.

LI

Durante todos estos días de zozobra que siguieron a la llegada del correo, la Reina exigía que yo permaneciese a su lado; era brutal, violenta, impaciente para todo el mundo; solo se mostraba dulce y bondadosa conmigo, y solo a mí contaba sus temores y sus esperanzas.

El correo de la Embajada llegaba cada semana. El 16 era el día de su llegada. Este día, paseando la Reina y yo por el viejo parque de los duques de Caserta, un secretario del ministerio de Estado se presentó a nosotras, introducido por uno de los ujieres del palacio. La Reina vio de lejos que ese secretario tenía una carta en la mano; levantose del banco en el que estábamos sentadas y rápidamente salió a su encuentro.

El joven se inclinó y le entregó la carta.

La Reina la abrió con rapidez, la leyó, hizo un signo de impaciencia, y me la pasó.

—¿Tiene Vuestra Majestad algo que ordenarme? —preguntó el joven.

—No, señor; solo tengo que darle las gracias.

El joven se inclinó, y al retirarse, pidió que se autorizase al ujier para darle un recibo de la carta y certificar que había sido entregada a la misma Reina.

El ujier recibió orden de hacer lo que se le pedía. Él y el secretario se alejaron.

La Reina echó un brazo alrededor de mi cuello, y leyendo por encima de mi hombro:

—¿Comprendes? —preguntó.

—Sí —respondí—, perfectamente.

Y leí en voz alta:

La caza ha sido aplazada; para el 21. Saldremos a las doce de la noche, para llegar al lugar convenido al amanecer. Esta demora es debida a una carta de crédito que vence el 20 por la mañana.

La carta carecía de firma; pero la Reina reconoció el carácter de letra de su hermana María Antonieta.

—¡Cómo! ¿Su Majestad no entiende? —pregunté.

—Sí, por cierto —dijo la Reina—. Partirán el 20 a media noche, en vez del 18, porque es el 20 por la mañana cuando el Rey percibe su pensión.

—¿Y a cuánto asciende lo que debe cobrar?

—A seis millones.

—¡Cáspita! Vale la pena —dije yo sonriendo.

—Sí —respondió la Reina—; pero ¡otros dos días de retardo! ¡Quién sabe lo que puede ocurrir en estos dos días!

Luego, sacudiendo la cabeza:

—¡Ah! mi pobre Emma —dijo—; ¡abrigo tristes presentimientos!

Es de notar que la Reina reservaba todos sus temores para sí y para mí, y no hablaba de ellos ni una palabra al Rey ni al ministro.

Los días transcurrieron. Carolina no iba a Nápoles, no salía de Caserta y yo no me separaba de su lado; *sir* Guillermo, para quien no teníamos secretos, y que conocía el desasosiego de Su Majestad, me instaba a que le fuese fiel compañera.

Todo el día 20 María Carolina estaba visiblemente agitada; habríase dicho que se proponía, por medio de fatigas corporales, alejar de su ánimo las preocupaciones de odio. A partir de las doce de la noche, su agitación adquirió, si cabe, mayores proporciones.

Momentáneamente, tuvo la intención de despachar de nuevo a Ferrari para París; pero, reconociendo que, por muy de prisa que fuese, no llegaría antes de la salida de la familia real, desistió, optando por retener a Ferrari consigo, para un caso de necesidad.

María Carolina esperaba que en el acto de la salida, el Rey o la Reina le enviaría un correo dándole aviso de la misma; en tal caso, el mensajero era esperado por todo el día 29 de junio.

Los días 29 y 30 y las primeras horas del primero de julio, transcurrieron sin noticias; pero, dicho día, sobre las once de la mañana, *sir* Guillermo vino personalmente y me hizo llamar.

La Reina, para quien todo era objeto de alarma, me instó a que bajase sin perder tiempo.

Sir Guillermo me esperaba en un saloncito de los bajos. Al verle, comprendí que era portador de malas noticias.

—¿Qué ocurre? —le pregunté en inglés.

—El Rey y la Reina han sido detenidos en una ciudad llamada Varennes —me respondió *sir* Guillermo—, y a esta hora deben haber sido conducidos a París.

—¿Será verdad, *sir* Guillermo?

Volví al lado de la Reina, que me esperaba con la mayor impaciencia en el umbral de la puerta. Había oído, sin comprenderlas, las palabras de *sir* Guillermo; pero, en la entonación con que este hablo, adivinaba que no encerraban nada bueno.

Se dirigió a mi esposo, interrogándole en francés.

—Señora —respondió el interrogado—, yo anunciaba una gran desgracia a *milady*.

—¡Mi hermana ha sido asesinada! —gritó la Reina.

—¡No, señora! Dios no ha permitido semejante crimen. Su hermana vive, pero ha sido detenida en su huida, y llevada prisionera a París.

—¡Prisionera! ¡Mi hermana! ¿Se han atrevido a poner la mano en una persona real?

—Su primer impulso, señora, ha sido pensar que su hermana había sido

asesinada.

—Comprendo que se asesine a una Reina; un loco o un fanático puede hacerlo; mas, para arrestarla, es preciso una rebelión abierta, un levantamiento popular, una revolución.

—¿Qué nombre dará Vuestra Majestad a lo que ocurre en Francia, sino el de revolución?

—Espero, a lo menos, que la Reina esté prisionera en su palacio; ¿no es así?

—No sabemos nada todavía, señora, sino que a cuarenta o cincuenta leguas de París, en una pequeña población llamada Varennes, han sido detenidos el rey y la reina de Francia. Por la embajada de Inglaterra me ha sido enviado un correo portador de un despacho que no contiene otras noticias. A la salida del mensajero, los Reyes habían sido ya conducidos a Châlons, y tres representantes del pueblo salían de París para ir a su encuentro y protegerlos.

—¡Protegerlos! —exclamó María Carolina—. ¡Tres abogados probablemente, protegiendo al rey y a la reina de Francia! ¡Es sorprendente!... ¿Puedo ver a ese mensajero?

—Lo he traído aquí pensando que Vuestra Majestad desearía interrogarle.

—¡Gracias! hágale venir. Tú, Emma, me servirás de intérprete, ¿verdad?

—Creo que habla francés —dijo *sir* Guillermo.

—Tanto mejor —observó la Reina.

Cinco minutos después, el viajero estaba en presencia de María Carolina.

Pero, por desgracia, no sabía nada más que lo recogido de entre los rumores callejeros. Oyó decir que, al saberse la fuga del Rey, quisieron matar a M. de La Fayette, a quien se acusaba de haber favorecido la evasión. Los habitantes de París estaban excitados, y el Rey podía temerlo todo a su entrada en la capital, si no se tomaban grandes precauciones para su seguridad.

Le repente, mientras daba estos detalles a María Carolina, se acordó que oyendo vocear en las calles: *¡Arresto del rey Luis XVI!* había comprado el diario que daba esta noticia.

La Reina alargó la mano ávidamente. El mensajero sacó de uno de sus bolsillos un número del periódico *Révolutions de France et de Brabant*, de Camilo Desmoulins.

La Reina recorrió las columnas del diario, y, estrujándolo con ambas manos, exclamó con una expresión de ira imposible de describir:

—¡Oh, miserables!, ¡fuera mejor que la matasen diez veces, cien veces, antes de insultarla cual lo hacen!

Me apoderaré del diario, para devolverlo al mensajero.

—¡Oh! lee, lee —dijo la Reina—; quiero que veas cómo esos infames franceses tratan a su Rey.

Leí un párrafo que terminaba con estas palabras:

... Él no se acuerda ya del proverbio: *Plures occidit gula quam gladius*. La dilación en los preparativos le ha sido fatal.

—Tales ataques no merecen más que el desprecio —dijo a la Reina.

Pero ella, sin escucharme:

—Y viendo cómo tratan a su hermano —exclamó—, todos los reyes deberían levantarse como un solo hombre, y caer sobre París, no dejando piedra sobre piedra en la villa maldita. ¡Oh, reyes, familia de cobardes! ¿No veis que lo que ocurre allí equivale a vuestro proceso?... ¡*Sir Guillermo!*

—Señora —dijo este, inclinándose.

—¿Regresa usted en seguida a Nápoles?

—Si Vuestra Majestad así lo desea...

—Sí, lo deseo. ¿Puede usted cederme un puesto en su coche?

—Será un gran honor para mí, señora.

—No, mejor que eso; parta usted; nosotras le seguiremos dentro de un cuarto de hora. Vaya a palacio y diga de mi parte al Rey que reúna el Consejo. Quiero hablar a todos los consejeros; no veo ningún preparativo de guerra, y, sin embargo, estamos comprometidos con nuestro hermano Leopoldo. Sería una vergüenza para nosotros que él estuviese preparado y nosotros desprevenidos. ¡Vaya usted, *sir Guillermo!* vaya y procure saber si podemos contar con. Inglaterra.

Generalmente, cuando la Reina se expresaba así, había tal poder en su palabra, tal dignidad en sus ademanes, tal majestad en su persona, que los que la rodeaban no podían dejar de obedecerla.

Sir Guillermo se limitó a saludar, subió en el coche y gritó al cochero:

—¡Al palacio real; corriendo!

Quince minutos después, conforme la Reina había anunciado, íbamos en coche por el camino que hacía *sir Guillermo*.

LII

Aunque la Reina hubiese dado al cochero el mismo encargo que *sir* Guillermo en el sentido de acelerar la marcha, este llegó veinticinco minutos antes que nosotras merced a la bondad de sus caballos, que eran los mejores de Nápoles, sin exceptuar los del Rey.

Al entrar en el palacio, la Reina encontró el Consejo reunido. El ministro Acton había también recibido la noticia de la detención del rey de Francia, y consideró que el hecho valía la pena de ser llevado al Consejo.

No supe más que de oídas lo que pasó, pues me separé de la Reina, y en el mismo coche me fui al hotel de la Embajada.

Al comenzar el Consejo, el Rey manifestó que otros asuntos más importantes solicitaban su atención, por lo cual pensaba retirarse sin esperar el final. Súbitamente, en lo álgido de la discusión, alguien hubo de llamar a la puerta.

La Reina preguntó contrariada quién era el audaz que llamaba a la puerta del Consejo; pero el Rey hizo un signo.

—Querida maestra —dijo—, no te impacientes; vienen por mí; sé quién es.

Y esto diciendo, salió.

La Reina pudo ver a un montero que esperaba al Rey.

Casi en el acto, el Rey volvió a entrar, y dijo:

—No puedo quedarme; tengo que hacer; reemplázame, querida Carolina. Como siempre, lo que tú hagas, estará bien hecho.

Y saludando a la Reina y a los ministros con un movimiento de mano, cerró la puerta, y se oyeron pasos que se alejaban precipitadamente.

La Reina estaba acostumbrada a este proceder del Rey, que, por lo demás, no la preocupaba gran cosa; pero, en aquella ocasión, consideraba las circunstancias harto graves y le parecía que Fernando debía haber continuado en el Consejo hasta su terminación, porque, al fin y al cabo, también en todo lo que ocurría se jugaba en algo su proceso.

En plena deliberación, trajeron a la Reina una carta recibida de Viena; era de su hermano Leopoldo, y le anunciaba cosas de la mayor importancia.

El Emperador le comunicaba que en el mes siguiente, hacia el 20 de agosto, celebraría una entrevista en Pilnitz con Federico Guillermo, rey de Prusia. Era probable que de esa entrevista resultaría una declaración de guerra a Francia.

El Emperador suplicaba a su cuñado Fernando que tuviese dispuesto el contingente que había ofrecido cuando estuvo en Viena. El Emperador ignoraba aún el arresto de Varennes, pero debía va conocerlo cuando su carta fue recibida en Nápoles.

Carolina tuvo la satisfacción de saber, por los datos aportados por Acton, que si

las hostilidades con Francia no se habían roto aún, cuando menos todo estaba dispuesto para la invasión del territorio francés. Treinta y cinco mil alemanes avanzaban hacia Flandes; otros quince mil en dirección a Alsacia; quince mil suizos se apercebían a marchar sobre Lyon: un ejército piemontés amenazaba al Delfinado, y veinte mil españoles estaban prontos a pasar la frontera.

El general Acton, como ministro de la Guerra y de Marina, prometió a la Reina que se organizarían manufacturas de armas y fábricas de pólvora.

Todo esto, por lo que se refería al exterior; pero la Reina tenía resuelto someter el interior a una vigilancia que previniese todo acontecimiento que pudiese tener alguna analogía con los sucesos de Francia. Se acordó poner número a las casas de la ciudad que no lo tuviesen; se establecieron comisarías exclusivamente encargadas de una policía política. En fin, un joven que el general Acton creía poder recomendar a la Reina como osado y hábil, además de *ambicioso*, recibió un título abolido hacía mucho tiempo, pero que aquellos momentos de agitación volvían a poner en uso.

Ese joven era el caballero Luis de Médicis, que, una vez se hubo hecho cargo de su destino, no debía ya soltarlo.

La Reina no tenía por qué estar disgustada; en una sola sesión se trabajó más y se hizo más labor que en diez sesiones ordinarias. A la salida del Consejo quiso saber cuál era el asunto tan urgente que motivó la brusca salida de Fernando.

El montero vino a decir al Rey que una magnífica bandada de papafigos se había posado en Capodimonte. Ese era el importante asunto que impidió al rey Fernando continuar presidiendo el Consejo en que se debatían tan graves y trascendentales cuestiones.

María Carolina me había dicho que a las seis en punto estuviese yo en palacio. Hacía media hora que la esperaba cuando salió del Consejo. Me contó, encogiéndose de hombros, la ocurrencia del Rey; pero, a la postre, ella era la que salía ganando, pues, con la actitud de Fernando, asumía las funciones del Rey, y su despotismo quedaba satisfecho.

Tomamos el coche y volvimos a Caserta.

En el camino nos cruzamos con una silla de posta llena de polvo y que parecía haber hecho un largo trayecto. Al reconocer la librea real, una mujer dio orden de parar a su postillón.

Era evidente que aquella mujer venía en busca de la Reina.

La Reina hizo parar el carruaje, y esperó.

La viajera saltó de su silla, y en un instante estuvo a nuestro lado.

—¡De parte de la reina María Antonieta! —dijo.

—¿Viene usted de parte de mi hermana?

—Sí, señora.

—¿Tiene usted una carta suya?

—En mi cartera...

—¿De ella misma?

—¿Conoce Vuestra Majestad la clave de la Reina?

—Perfectamente. Diga a su postillón que nos siga, y suba usted con nosotras...
¿Su nombre?

—Mi nombre es desconocido para Vuestra Majestad, señora; pero creo que diciéndole que soy *Inglesina*...

—¡Ah! sí, sí; es usted inseparable de la princesa de Lamballe. ¡Suba con nosotras, suba!

La joven dirigió al postillón algunas palabras en perfecto italiano y subió con nosotras.

—¿Qué día salió usted de París?

—El 26 de junio, señora; el día siguiente de la entrada de la Reina, prisionera.

—¿Cómo se encontraba mi hermana?

—Perfectamente, señora, aparte las emociones y fatigas de tan terrible viaje.

—¿Cuál es su situación en las Tullerías?

—Prisionera, señora, no hay para qué ocultarlo, y continuará prisionera hasta que el Rey haya jurado la Constitución.

—Que la jure y que espere hasta que nosotros podamos llegar en su socorro.

—¡Ah! señora; ese socorro es lo que yo vengo a pedir urgentemente a Su Majestad.

—Esté usted tranquila, que no lo hemos olvidado.

Entretanto, la Reina abría la carta de su hermana; pero en vano intentaba descifrar su sentido.

—No puedo leer sin tener la clave a la vista —dijo con impaciencia.

—Es la palabra *Ludwico* repetida tres veces y seguida de una D.

—Sí, pero la leeré en Caserta con la imaginación en reposo. Dígame quién la envía; deme detalles de su viaje; dígame lo que se decía en París a su salida.

—Corriendo gran riesgo, quise asegurarme de que Su Majestad se encontraba de nuevo en palacio sin haber sufrido ningún accidente, y, como se conocía el itinerario de los soberanos, me aposté desde muy de mañana en el jardín de las Tullerías. No bien la Reina hubiese entrado, debía yo ir a notificárselo a la princesa de Lamballe, que estaba en casa de su padre, el duque de Penthièvre. Debo declarar a Vuestra Majestad que el aspecto de la población era por demás amenazador.

—¿Contra quién?

—Contra el Rey y la Reina, señora.

—¡Oh, malditos franceses!

—Vi de lejos acercarse el coche real. Venía protegido por granaderos, que también tenían el encargo de proteger a los tres guardias que acompañaron al Rey en su huida, y que habían rehusado evadirse a Meaux, dispuestos a seguir la suerte del Rey.

—¿Sabe usted cómo se llaman esos bravos? —preguntó la Reina.

—Moustier, Malden y Valori.

La Reina tomó nota de estos nombres.

—Continúe usted —dijo en tanto que escribía.

—M. de La Fayette, con todo su Estado Mayor, esperaba el coche en la reja de las Tullerías. Al verle, la Reina le dijo: «Señor de La Fayette, salve usted a los tres guardias; ellos no han hecho más que obedecer al Rey».

La reina Carolina se enjugó con su pañuelo el sudor que inundaba su frente.

—¡Oh! —dijo—; ¡cuando considero que acaso estamos destinados a ver grandes y semejantes horrores!... ¡Oh!, ¡no, no! —continuó apretando los dientes—; ¡yo los exterminaré a todos muy pronto!

Yo le cogí las manos.

—¡Oh!, ¡jamás, jamás! —le dije—; estad tranquila, señora.

—¡Si supieses cuánto me odian estos napolitanos! Acaso más de lo que los parisienses odian a mi hermana... Pero, sepamos, ¿cómo llegó mi hermana a palacio?

—En cierto modo, fue conducida por sus dos más grandes enemigos, M. de Noailles y M. d'Aiguillon; así que, cuando se vio en su poder, se consideró perdida. Se engañaba: estaban allí, no para perderla, sino para salvarla.

—¿Y el Rey?

—El Rey bajó el último, señora. Me pareció muy sereno; caminaba con su paso natural, entre M. de Barnave y M. Pétion.

—¿Y entonces... usted?...

—Volví al hotel de Penthièvre a dar a la princesa de Lamballe la buena noticia de que la Reina se encontraba en palacio sin novedad. Por la noche, vino *madame Campan*. Traía de parte de la Reina esta carta que he tenido el honor de entregar a Vuestra Majestad; en nombre de la reina María Antonieta, rogaba a Vuestra Majestad que se envíe un duplicado al emperador Leopoldo, a quien no tuvo tiempo de escribir. La noche del 23 al 24 la pasó en Meaux, y en el obispado encontró el medio de escribir a Vuestra Majestad.

—¡Ah!, ¡pobre María mía!, ¡pobre María!... —exclamó la Reina—. ¿Por qué no es ella, en vez de esta carta, la que yo pueda estrechar contra, mi pecho? ¡Que se salve, huya y venga a encontrarme! ¡Será mucho más feliz en Nápoles y Caserta que en Versátiles y París!

—Si ella pudiese, señora —dijo *Inglesina*—, no dejaría de hacerlo, y ciertamente se sentiría muy dichosa.

En esto, entramos en el palacio de Caserta.

—Encárgate de nuestra querida *Inglesina* —dijo la Reina dirigiéndose a mí—. Procura que nada le falte. Voy a leer la carta de mi pobre María y seguir las instrucciones que me da.

Una hora después salía para Nápoles un mensajero, portador de una invitación al general Acton para que viniese el día siguiente a Caserta, y de una orden para el correo del emperador Leopoldo, en la que se le comunicaba que antes de partir viniese a recibir los despachos de la Reina.

LIII

La historia de nuestra *Inglesina*, a la cual continuaré llamando así por haberme recomendado que no la llamase con su verdadero nombre, era muy sencilla. Única descendiente de una familia noble arruinada, y protegida por el duque de Norfolk y *lady* María Duncan, que habían conocido a su familia y la habían colocado, en el convento irlandés de la calle de Bao, recibía allí lecciones de Sacchini, profesor de música de la Reina. Admirado de los progresos que hacía su discípula, y, además, habiéndole oído hablar con intachable corrección el italiano y el alemán, el autor de *Edipo en Colonia* habló con tanto elogio de esa joven a María Antonieta, que esta manifestó deseos de verla. La princesa de Lamballe dijo a Su Majestad que iría de incógnito al convento a la hora en que Sacchini diese su lección. Efectivamente, fue al convento, y a su regreso a las Tullerías aseguró a María Antonieta que los elogios del ilustre compositor no eran exagerados. Al día subsiguiente, *Inglesina* fue recibida por la Reina, quien, pensando en los servicios que podría prestarle, en las graves circunstancias por que atravesaba una mujer que hablaba el inglés, el alemán e italiano, se atrajo a la joven, más bien con buenas palabras que por medio de promesas, que en aquella ocasión la Reina no se habría atrevido a formular temiendo no poder cumplirlas.

La propia *Inglesina* nos contó que había recibido de la reina de Francia la misión que a la sazón desempeñaba cerca de la reina de Nápoles. Había salido de Francia siendo portadora de dos cartas: una para María Carolina, la otra para la duquesa de Parma. Encontrándose Parma en el camino de Nápoles, la carta de la Duquesa fue la primera que entregó.

Inglesina, al llegar a Parma, había sabido que la Duquesa se encontraba en Colorno, su casa de campo.

Partió en el acto para Colorno, y llegó en el preciso momento que la Duquesa iba a salir a caballo; hizo señal a un criado que se acercase a su coche, y le dijo que previniese a la Duquesa de su llegada. El criado volvió al lado de la Duquesa y le anunció que una señora joven, llegada de París, tenía que hablarle, como portadora de una carta que no podía entregar sino a Su Alteza personalmente.

Inglesina siguió con los ojos al criado intermediario, y vio que la Duquesa se estremecía y se turbaba al oír las palabras *una señora joven llegada de París*; pero, tan pronto como advirtió su presencia, la Duquesa se acercó al coche, e *Inglesina* le repitió en alemán, para no ser entendida ni de los franceses ni de los italianos que rodeaban a Su Alteza, lo que le había comunicado por medio del sirviente, a saber, que venía comisionada de la reina María Antonieta con una carta que no podía entregar sino a la propia Duquesa.

Esta invitó entonces a *Inglesina* a bajar del coche, la hizo entrar en el palacio, la

siguió y leyó la carta, mientras la mensajera tomaba un refrigerio.

No bien hubo la Duquesa leído la primera línea, exclamó en italiano:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!, ¡todo se ha perdido; es demasiado tarde!

A medida que iba leyendo, repetía:

—¡Inútil, absolutamente inútil! ¡Todo se ha perdido!

Después, volviéndose hacia *Inglesina*, añadió:

—Siento que no le sea posible a usted detenerse aquí y descansar un poco. Si vuelve usted a Parma, tendré mucha satisfacción, en verla.

Esto dicho, sacó un pañuelo, y se enjugó una lágrima, diciendo:

—Las circunstancias son hoy día de tal naturaleza, que responder a esta carta sería peligroso, tanto para mí como para mi hermana, y hasta para usted.

Y montando nuevamente a caballo, partió al galope, después de haber deseado a *Inglesina* un feliz viaje.

Inglesina encontró a la duquesa de Parma un tanto reservada con respecto a los peligros que corría su hermana; pero, teniendo necesidad de llegar a Nápoles, se puso en camino sin tornar descanso.

A los contratiempos siguieron las catástrofes. *Inglesina* viajaba, conforme he dicho, en una silla de posta, llevando un criado en el pescante. Ese criado cuidaba del cofrecito en que la viajera guardaba el dinero y sus más preciosos objetos. Queriendo llegar de día a Roma, encargó al doméstico que fuese a preparar los caballos; pero, no quedando nadie allí para guardar el cofrecito, se lo robaron entre Agua-Pendente y Monte-Rosa, de modo que, al llegar a Roma, la infeliz vio que solo le quedaba dinero para pagar la posta, pero no para continuar el viaje hacia Nápoles. Afortunadamente, llevaba consigo una carta de recomendación para la duquesa de Paoli, que residía en Fontana-Trevi. Al otro día de su llegada fue a casa de la Duquesa, le entregó la carta y le contó sus desdichas.

La Duquesa le prestó cien ducados, que le permitieron proseguir la marcha. *Inglesina* sabía que, una vez en Nápoles, no tendría necesidad de nada.

La Duquesa, además, le entregó una carta de recomendación para... *sir* Guillermo precisamente. Ignorando quién era yo, *Inglesina* me preguntó si conocía al embajador de Inglaterra, si era un hombre servicial y si podía recomendarla a él. Por toda respuesta, con gran asombro de *Inglesina*, abrí la carta dirigida a *sir* Guillermo. La duquesa de Paoli rogaba a mi esposo que mandase practicar todas las diligencias necesarias a fin de que la pobre *Inglesina* pudiese recobrar el cofrecito. No sabiendo si yo vería a *sir* Guillermo antes de la salida del correo del Emperador, cogí una pluma y escribí al cónsul inglés en Roma, suplicándole que insistiese cerca de las autoridades pontificias para que se hiciesen todas las gestiones oportunas y del modo más serio. Señalaba a los dos postillones a quienes, antes que nada, era conveniente detener, por haberme dicho *Inglesina* que eran dos ladrones de oficio. Terminada la carta, la di a leer a *Inglesina*, la cual comprendió todo el misterio de mi indiscreción, viendo que firmaba *lady* Hamilton. Al propio tiempo, saqué de mi dedo un hermoso

bridante, y le supliqué que lo aceptase en recuerdo del modo original con que nos habíamos conocido.

Estábamos allí cuando la Reina entró y tuvo la bondad de preguntar a *Inglesina* si había sido bien atendida por mí. Esta respondió cogiéndome con vehemencia la mano, que besó sin darme tiempo de evitarlo.

La Reina continuó interrogándola, y en forma que le probase que se interesaba mucho más que la duquesa de Parma en los acontecimientos de Francia y por los peligros que amenazaban a su hermana. Después, observando que la pobre *Inglesina*, a pesar del respeto que le inspiraba su real presencia, se estaba cayendo de sueño, la mandó descansar.

Pero, en la puerta, la joven casi tropezó con el general Acton, el cual, aunque citado para el día siguiente, sabiendo que se trataba de un mensajero, o por mejor decir, de una mensajera procedente de Francia, acudió para demostrar su celo y ponerse a disposición de la Rema.

—¡Perdón, señora! —dijo Acton—; iba a anunciarme cuando la señorita ha abierto la puerta y me he encontrado en presencia de Vuestra Majestad.

—Venga usted pronto, general —repuso la Reina—. No es cuestión de etiquetas en los actuales momentos. Sabe usted lo que ocurre; sabe usted que mi hermana y su marido están prisioneros en las Tullerías. Luis XVI se encuentra precisamente en la misma situación que el rey Carlos I de Inglaterra. Será decapitado lo mismo que este.

—¡Oh! señora —dijo el general—, crea usted que se exagera.

—¡Entre usted, *Inglesina*, entre usted! —exclamó la Reina—, y precise los hechos. Me irritan con su apatía.

—¿Cuándo salió usted de París? —preguntó el general.

—¡Dios mío!, ¡señor! —dijo la Reina con impaciencia—; cuando todo estaba perdido...

—¡Por favor! deje Vuestra Majestad hablar, señora —interrumpió Acton—, y verá cómo no se ha perdido todo. Tenga un poco de paciencia.

—¡Paciencia! —repuso la Reina—, ¡paciencia! Desde la toma de la Bastilla, o sea desde hace dos meses, no oigo pronunciar otra palabra.

Dejose caer sobre un sillón y, dirigiéndose a *Inglesina*, a quien la emoción de la Reina había reanimado:

—Cuénteselo usted todo, y cuando lo sepa, veremos si se atreve a decir: ¡paciencia!

A medida que *Inglesina* se explicaba, la Reina movía la cabeza, repitiendo:

—¿Y bien? ¿Y bien?

Cuando la mensajera hubo terminado:

—He recibido una carta de mi hermano el Emperador —dijo Carolina—. Me escribe que el día 27 de agosto debe celebrar en Pilnitz una entrevista con el rey Federico Guillermo. Escríble usted en nombre del rey Fernando que nos adherimos de antemano a todo lo que haga, y que puede contar con 25.000 hombres y 25

millones.

El general sonrió.

—Los hombres, pase —dijo—; pero el dinero, será más difícil. Las cajas están vacías; ya lo sabe Vuestra Majestad.

—¡Bueno! se llenarán, aunque sea preciso ocurrir a los diamantes de la Corona. Por lo demás, si usted no le escribe en nombre del rey Fernando, le escribiré yo, o más bien, le he escrito ya; he aquí la carta.

—Vuestra Majestad sabe —dijo el general Acton— que siempre participo de su opinión; pero le haré observar que la señorita (y señaló a *Inglesina*) tiene aspecto de estar enferma a causa de lo muy fatigada que se encuentra.

—Lo estoy menos de mi viaje que de mi pesar —replicó *Inglesina*—, pensando en la desgracia que amenazaba a los ilustres personajes que he dejado hace poco.

—No importa, no importa —dijo la Reina—, retírese usted a su aposento, acuéstese y duerma, si puede, veinticuatro horas.

Y, en efecto, la pobre *Inglesina* estaba más enferma de lo que creía, o de lo que no quería confesar. Por la noche, a las nueve, fue acometida de violenta fiebre y tuvo necesidad de guardar cama ocho días.

Durante esa semana, la Reina no dejó un solo día de ir personalmente al cuarto de la enferma, para enterarse de su estado.

Inútil decir que, a pesar de cuantas pesquisas mandamos practicar *sir* Guillermo y yo, el cofrecito de *Inglesina* no pareció. Averiguamos solamente que uno de los dos postillones era ahijado de un cardenal: lo cual le permitía añadir al oficio de ladrón el cargo de postillón.

Al cabo de ocho días, completamente restablecida, partió para Francia, llevando una carta cifrada de la reina de Nápoles para María Antonieta.

El 27 de agosto, el emperador Leopoldo celebró en Pilnitz la entrevista anunciada con el rey Federico Guillermo. Los dos testigos que concurrieron a ella eran los únicos que habrían podido dar a conocer el objeto de la conferencia; el uno era M. de Bouillé, que acababa de dar al Rey tan grande prueba de lealtad, en Varennes, procurando hasta el último instante arrancarle de las manos del pueblo; el otro era M. de Narbonne, aquel bizarro ministro de la Guerra a quien *madame* Staël quiso vanamente infundir algo de su genio. El nacimiento de dicho ministro estaba rodeado de misterio; pero ese misterio lo hacían bien transparente las habladurías de la Corte, donde se susurraba que Narbonne era nada menos que el fruto de un incesto entre el rey Luis XV y su hija *madame* Adelaida, que entonces se encontraba en Roma, y que ocho años más tarde debíamos ver con sus dos hermanas en Palermo.

En tanto, las noticias de Francia eran mejores. La Asamblea nacional había terminado el acta constitucional, conocida luego con el nombre de constitución del 91. El 14 de septiembre el Rey se había presentado en las Constituyentes y prestó juramento a la Constitución, comprometiéndose a mantenerla por todos los poderes que le eran delegados.

Inmediatamente, como si la Asamblea no hubiese esperado más que este acto solemne para reconciliar a la nación con el Rey, fue concedida a Luis XVI la facultad de dar todas las órdenes que juzgase convenientes para su salvaguardia y la dignidad de su persona; los sellos de sus habitaciones fueron levantados, y el jardín, lo mismo que el castillo de las Tullerías, entregados al público.

Empero, los preparativos de guerra continuaban con igual actividad, tanto por parte del rey de Prusia, como del emperador Leopoldo y del rey Fernando, cuando repentinamente cundieron por la corte de Nápoles las noticias más estupendas e inesperadas. Se supo que el emperador Leopoldo había fallecido el día primero de marzo; que Gustavo III, rey de Suecia, había sido asesinado el 16 del propio mes; en fin, que el 20 de abril Francia había declarado la guerra a Francisco I, rey de Bohemia y de Hungría.

No sabré decir si, en el estado de ánimo que se encontraba la Reina, deploró mucho la muerte de su hermano Leopoldo. No obstante el tratado de Pilnitz, a pesar de los preparativos exteriores de guerra, se decía por lo bajo que existía inteligencia entre el ministro francés Delmare y el gabinete de Viena para mantener la paz; en su condición de filósofo, Leopoldo no era partidario de la guerra, y, además, no estaba para ella.

El emperador Francisco, al contrario, el sobrino de la Reina que sucedía a su padre, caracterizaba completamente la contrarrevolución y era el hombre que respondía a las ansias de la reina María Carolina.

Era un alemán nacido en Florencia, y por consiguiente, falso italiano y falso alemán, pero participando de ambas naturalezas. La reina de Nápoles creía poder ejercer una influencia fácil sobre aquel hombre de entendimiento limitado, sobre aquel carácter débil y violento. Cuando yo le vi, diez años más tarde, era todavía un hombre joven, en el supuesto de que fuese un hombre y no una estatua; caminaba tieso y como movido por resortes, parecido al espectro de Banquo; su cutis era fresco y rosado. *Sir* Guillermo solía decir:

—Ese hombre nunca tendrá remordimientos; comete el crimen a sabiendas y no sin conciencia.

La contrarrevolución había, pues, ganado mucho con la muerte de Leopoldo, puesto que a un emperador filósofo sucedía un santurrón e hipócrita; y la prueba no se hizo esperar, con gran satisfacción de María Carolina. Luego que el emperador Leopoldo hubo muerto, el embajador de Francia en Viena, M. de Noailles, quedó poco menos que prisionero en su palacio. Por lo que atañe a Prusia, había seguridad; los emigrados conspiraban bajo su protección, y en una audiencia pública, el rey Federico Guillermo volvió la espalda a *Mr.* de Ségur, embajador de Luis XVI, o mejor, de la Asamblea nacional, y preguntó en alta voz al enviado de Coblenza o sea de los príncipes, cómo seguía el conde de Artois.

El asesinato de Gustavo era ciertamente un gran crimen, pero no una gran desgracia, a lo menos para la causa de los reyes. Sin ningún fundamento se decía que

Gustavo había sido asesinado por los revolucionarios; no era cierto, pero, propalándose esta versión, podía achacarse un crimen más a nuestros enemigos. Es verdad que era designado como futuro general en jefe de la Revolución; pero ¿era de temer ese general en jefe? Se decía de él que odiaba a Francia como un amante odia a su querida infiel, y su gran preocupación al morir era saber lo que Francia pensaría de su muerte.

—¿Qué dirá Brissot? —murmuró mientras expiraba.

En cuanto a la declaración de guerra de Francia a Austria, siendo notorio que era el ministerio girondino, y no el Rey, el que la declaraba, y que la determinó un ultimátum del emperador Francisco; en fin, como esta guerra colmaba todos los deseos de la Reina, fue recibida antes con satisfacción que desagrado.

El doble luto que se guardó en Nápoles por la muerte del emperador de Austria y del asesinato del rey de Suecia, fue, pues, a mi ver, un luto más oficial que de sentimiento.

En 1801, cuando atravesé el territorio alemán, a mi regreso de Viena con *sir* Guillermo y lord Nelson, vi en el destierro al hombre que, en 1792, había inducido al rey Luis XVI a declarar la guerra a Austria.

Este hombre era Carlos Francisco Dumouriez, que, por nuestro mal, salvó a Francia en Valmy y Jemmapes.

Tanto había oído hablar de él en la corte de Nápoles, que lo miré con la mayor curiosidad, y no perdí una sola palabra de la conversación que sostuvo con milord^[6]. Al llegar a ese período de mi vida, explicaré el efecto que me produjo.

Queda dicho que después de haber jurado la Constitución, se estableció una cierta paz entre la Asamblea, representante de la nación, y el Rey, que representaba el derecho divino, pero que, a despecho suyo y de la Reina, fue arrastrado a constituirse en adalid de los principios revolucionarios del 89. Hubiese sido más apropiado decir tregua, en vez de paz.

Esa tregua se quebrantó a la primera ocasión, y esta ocasión la ofreció la destitución de los ministros que habían hecho declarar la guerra.

Por una carta de la reina María Antonieta, a fines de junio nos enteramos del asalto de las Tullerías bajo la dirección del famoso Santerre, que, lo mismo que Cromwell, empezó siendo cervecero, pero que, careciendo de igual genio, se detuvo en el tercio del camino que recorrió el diputado de la Universidad de Cambridge. Esta carta era el penúltimo grito de desesperación de María Antonieta. El último, lanzado el 10 de agosto, no llegó a nuestros oídos. A partir del primero de julio de 1792, la reina Carolina solo recibió noticias indirectas de su hermana, y lo que ocurría en Francia se vio únicamente como se ve de vez en cuando el resplandor a través de la tempestad.

La carta de la reina María Antonieta era extensa; en ella explicaba cómo Luis XVI había accedido a la guerra con Austria y sido el primero en proponerla a la Asamblea nacional.

María Carolina reconocía que su cuñado había procedido contra su voluntad; pero ignoraba la verdadera situación en que este se encontraba. La carta de su hermana la exponía con toda precisión.

El Rey, a quien los jacobinos, Robespierre principalmente, acusaban de querer la guerra, la quería, en realidad, menos que nadie. En una guerra, él iba a salir perdiendo siempre; y la Reina lo demostraba muy bien. Una victoria de La Fayette o de otro general cualquiera no afianzaba el trono más que para someterlo a una tutela; por otro lado, una derrota exacerbaba los ánimos en París, formaba el motín en las calles, y de las calles lo arrastraba a las Tullerías, en donde no había penetrado aún; porque el

Rey sería naturalmente acusado de haber preparado esa derrota, o cuando menos de mirarla con agrado. En fin, si, contra toda probabilidad, el Rey no desaparecía en la tormenta, si la realeza de derecho divino triunfaba, ¿de quién sería el provecho del triunfo? Sería en provecho de *Monsieur*^[7] y de la emigración, porque este no ocultaba sus propósitos: quería la abdicación de Luis XVI y la regencia hasta la mayoría de edad del Delfín.

La Reina, particularmente, tenía que temerlo todo, y, aunque su carácter enérgico, que tanto se parecía al de María Carolina, la impulsaba a afrontar el peligro, no se le ocultaba que no contaba con amigos ni en París ni en el extranjero. En París llamábanla *madame Déficit* y *madame Véto*, y todo el pueblo era su enemigo. En Coblenza era objeto de injuriosos cantares, y tenía por enemigos mortales a *Monsieur* y al antiguo ministro Calonne, quien, después de haber sido su servidor, se sintió poseído de odio hacia ella y tenía sujeto a su albedrío al conde de Artois, antes adepto a la Reina, pero que luego se pasó al campo de sus adversarios.

Así que, la victoria de Francia equivalía probablemente a la ruina de la Reina; vencedora los Príncipes, era peor: era el repudio y un convento.

La guerra había sido declarada por el rey de Francia a Austria el 20 de abril. El 28 había tenido lugar, en Quièvrain, el primer encuentro. Los revolucionarios fueron vencidos y asesinaron, en un granero, al general Teobaldo Dillon, hermano de Arturo Dillon, de quien se decía que había sido el primer amante de María Antonieta. El odio contra la pobre reina de Francia era tan profundo, que los soldados, confundiendo a Teobaldo con Arturo, mataron a este en odio a su hermano.

El otro fue más infortunado aún, pues murió en el cadalso el año 94.

Por desgracia, los prusianos no supieron sacar partido de estas primeras victorias. Tenían tan grande confianza en sí mismos, que el duque de Brunswick, a quien María Carolina había escrito recomendándole a su cuñado y a su hermana, le contestaba en los siguientes términos:

Tranquilícese Vuestra Majestad. No es una guerra lo que vamos a emprender, sino un paseo militar. Nuestras etapas están señaladas de antemano, y sobre el 15 de septiembre estaremos en París.

Y, en efecto, el 23 de agosto el general Clerflayt se apoderaba de Longwy, después de un bombardeo de veinticuatro horas, y el rey de Prusia personalmente entraba en Verdún y se ponía en marcha sobre París.

Pero antes de estas noticias algo tranquilizadoras, habíamos recibido otras de índole fatal.

El 10 de agosto las Tullerías habían sido tomadas por asalto, y el 13 el Rey y la familia real sido encerrados en el Temple.

Después se supo la matanza llevada a cabo en las prisiones. En el primer momento se dijo a la Reina que todos los prisioneros habían sido sacrificados, sin excluir al Rey ni a la Reina. La de Nápoles creyó volverse loca de rabia y de dolor.

Pero se recibió simultáneamente una carta de M. de Breteuil, agente de Luis XVI,

y otra de M. de Mercy-Argenteau, que tranquilizaron a María Carolina sobre este particular. El Rey y la reina de Francia vivían, pero se hablaba de procesar a Luis XVI.

M. de Mercy-Argenteau anunciaba, además, en postdata, que la Vendée se había sublevado. Así que, los republicanos tenían enfrente la espada del extranjero y en las entrañas llevaban el puñal realista.

Al propio tiempo tuvimos noticia de la victoria de Valmy, de la proclamación de la República, del proceso incoado al Rey y de la probable paz con Prusia. El paseo militar del rey Federico Guillermo no había pasado de las orillas del bosque de Argonne y se había detenido en el campo de la Luna.

Entonces la reina María Carolina resolvió hacer entrar en acción al gobierno napolitano.

El primer signo de hostilidad por parte del rey Fernando a la nueva República, fue rehusar reconocerla en la persona de su embajador el ciudadano Mackau, e instigar para que se hiciese lo mismo en Constantinopla con el ciudadano Sémonville. Luego, la Reina hizo redactar por el general Acton una nota dirigida a los gobiernos de Venecia y de Cerdeña. Esta nota, que tendía a una liga italiana, estaba concebida en los siguientes términos:

Sea cual fuere en el Rhin la situación de los ejércitos alemanes, importa al italiano tener en los Alpes fuerzas que le sirvan de baluarte y para impedir a los franceses, vencidos o vencedores en otros puntos, que vengán a molestar a los gobiernos italianos. Si el reino de Nápoles, la Cerdeña y Venecia se aliasen con dicha finalidad, el soberano pontífice se uniría a esta santa causa, los pequeños Estados intermediarios se plegarían de grado o por fuerza al movimiento general, y resultaría un núcleo de fuerzas capaz de defender a Italia y darle peso e influencia en las guerras y consejos de Europa. El objeto de esta nota es proponer el establecimiento de una confederación en la que el rey de las Dos Sicilias adquiriría la mayor responsabilidad, aunque sea el último que pueda preocupar a las armas de Francia. Pero cree deber suyo recordar a los príncipes italianos que la esperanza de escapar aisladamente al peligro de una invasión ha sido siempre la ruina de Italia.

Se acababa de recibir la respuesta de Cerdeña, que aceptaba; en vísperas de recibirse la de Venecia, el 16 de diciembre, estando los ministros en Consejo con *sir* Guillermo, y yo en compañía de la Reina, con quien había almorzado, llamome súbitamente María Carolina y señalándome el mar cubierto de buques en todo el espacio que media entre la punta del Posilipo y Capri:

—¿Qué es eso? —me preguntó.

Miré, ignorando como ella la procedencia y nacionalidad de aquellos navíos. Pero, cuando la escuadra estuvo, a la vista de Nápoles, izó sus pabellones, y en sus tres colores, tan aborrecidos de la población de Nápoles, se reconoció una flota francesa.

En aquel momento oímos pasos precipitados en la habitación inmediata; la puerta se abrió con violencia, el Rey apareció muy pálido y agitado, y, arrojándose en un sillón, dijo a la Reina, señalando con el dedo en dirección al mar:

—¡He ahí su obra, señora!

La Reina palideció intensamente, pero de cólera; su labio inferior, su labio de

austriaca, se plegó con desdén, frunció el ceño y mirando cara a cara a su marido, le dijo:

—¿Queréis hacerme el obsequio de explicaros, pues no entiendo lo que decís?

—¡Pardiez! —repuso el Rey—; es bien fácil de entender. Lograsteis que me negara a recibir a M. *Magot* (el Rey, en su jerigonza napolitana, corrompía, adrede o involuntariamente, el nombre del embajador de la República francesa); me impulsasteis a escribir a mi buen amigo el Gran Turco, a quien no he visto en los días de mi vida, en el sentido de que, por su parte, se negase también a recibir a M. Sémonville; me habéis puesto a la cabeza de una confederación de príncipes italianos, de los cuales la mitad me abandonarán en medio del peligro, para formar una coalición contra Francia. Pues bien, aquí tenéis a Francia, que se amosca y me envía una escuadra. ¿Con qué objeto? Sábelo Dios. ¡Quizá para bombardear a Nápoles!

—Bien, y después, ¿qué? —dijo la Reina.

—¿Qué lenguaje es ese, señora?... ¿Después que Nápoles sea bombardeada?

—Nápoles será bombardeada si no se defiende.

—Al contrario, será bombardeada si se defiende.

—¿Os proponéis, pues, dejar entrar a los franceses en el puerto sin disparar un cañonazo?

—¡Ya lo creo! Por lo pronto, la pólvora que se elabora en Nápoles no vale nada, puesto que contiene diez veces más carbón que salitre; si mi pólvora para la caza fuese de Nápoles, no cobraría la tercera parte de las piezas que derribo; por eso empleo pólvora venida de Inglaterra.

—De manera que habéis ordenado...

—Que salgan al encuentro del buque almirante para recordar al jefe de la flota que por un antiguo tratado no se permite la entrada en el puerto más que a seis barcos de guerra franceses.

—¡Enhorabuena! —exclamó la Reina.

—Escuchadme... Y para decirle —continuó el Rey— que una golondrina no hace verano y que solamente le ruego, antes que ningún oficial de la flota salte a tierra, me haga conocer la feliz circunstancia que me facilita el honor de su visita.

—¿Lo oyes, Emma? —exclamó la Reina con impaciencia y golpeando con el pie.

El Rey afectó no reparar en este movimiento de María Carolina.

—¡Ea! —dijo el Rey—, allá va el capitán Francisco Caracciolo, en la canoa real, a cumplir mi mandato.

—¡Os admiro, señor! —repuso la Reina con acento burlesco—. Enviáis un príncipe a gente republicana.

—Señora, como entiendo que la República francesa me envía lo que tiene de más selecto, yo, a mi vez, también le envío lo más escogido de que dispongo. ¡Esos bribones de franceses, esos diablos de jacobinos no temen nada! Ved el buque almirante cómo fondea a medio tiro de cañón del castillo del Huevo. Seguramente

saben que nuestra pólvora es de mala calidad, pues de lo contrario no se expondrían a ser echados a pique.

—¡No! —murmuró la Reina—, no es eso lo que saben, sino otra cosa...

—¿Que yo soy incapaz de sacar partido de su imprudencia? —dijo el Rey con ese tono burlón que no permitía adivinar si hablaba en serio o en broma, si decía una agudeza o una necedad—. Tienen razón esos queridos desharrapados. Ahora, toda la flota se extiende en línea de batalla, maniobrando con maravillosa precisión. Y cuando se considera que hace ocho o diez años que mi ministro de Marina, el general Acton, consume ocho o diez millones anualmente prometiéndome una escuadra que nunca veo construida; con cien millones podría yo disponer de una flota dos veces más numerosa que esta. Asistid al Consejo, señora, y haced esta observación al señor Juan Acton. Vuestras palabras le producirán más efecto que si fuese yo el que le hablase; porque, en fin, si yo tuviese una escuadra dos veces más numerosa que esa francesa que acaba de anclar en nuestras aguas, podríamos defendernos, por mala que fuese nuestra pólvora, al paso que ahora, con pólvora mala y cinco o seis malos barcos, la defensa es imposible.

La Reina, que comprendía la intención del Rey, se mordió los labios. Las palabras de Fernando significaban: «Tienes un marido que es un cobarde y un amante que es un ladrón».

—Tenéis razón, señor —dijo María Carolina—; iré al Consejo y hablaré en el sentido que me indicáis.

—¡Oh! tenéis tiempo sobrado. Caracciolo sube ahora a bordo. ¡Y cómo se muestra intrigado este pueblo bonachón! Todo Nápoles está en el muelle...

—¡Qué cinismo! —murmuró la Reina—. ¿Lo oyes?

—¡Diablo! —continuó diciendo el Rey—; la entrevista no ha sido larga. Caracciolo abandona el barco almirante. Antes de diez minutos estará aquí. ¿Nos dispensaréis el honor de asistir al Consejo, señora? Ya sabéis que tenéis derecho a ello, por haber dado un heredero a la Corona; usando de ese derecho, se ha desprendido, ha suprimido a Tannucci; él se inclinaba hacia la política francesa, vos optabais por la austríaca. ¡Oh!, ¡si Tannucci estuviese aquí, nos daría un buen consejo!

Y el Rey salió meneando la cabeza y diciendo:

—¡Pobre Tannucci!

Declaro que mi estupefacción había llegado al colmo. Sabía que el rey de Nápoles era muy poco celoso de su propia dignidad; pero ignoraba que la hubiese olvidado hasta tal grado.

Miré a la Reina.

—¿Irá Vuestra Majestad, señora? —lo pregunté.

—¡Oh! ciertamente, iré; y tú vendrás conmigo —dijo.

—¡Yo, señora!, ¿y con qué carácter?

—Vendrás conmigo —repuso María Carolina con viveza—. Quiero que puedas contar a *sir* Guillermo lo que ocurra.

Nada había que objetar; no era una invitación, sino una orden. Seguí a la Reina, y a los cinco minutos entramos en el Consejo, que era formado por el general Acton, Carlos de Marco, Fernando Corradini, Severo Simonetti y Luis de Médicis. El Rey presidía el Consejo, pero, como de costumbre, desapareciendo a intervalos.

Fernando había calculado bien el tiempo que el capitán Caracciolo emplearía en regresar del buque almirante francés. No bien hubo la Reina ocupado su puesto en la mesa, frente al Rey, y yo me hube sentado en un ángulo, se abrió la puerta y anunció al mensajero.

Era la primera vez que yo veía al personaje en cuya muerte debía, siete años más tarde, tomar tan cruel participación. Caracciolo era a la sazón un hombre de cuarenta años, de ojos negros y facciones enérgicas. Había en él algo de áspero y dominador que denunciaba al noble de abolengo; y, en efecto, era príncipe, o por mejor decir, era una rama de los príncipes Caracciolo, descendiente de los famosos Caracciolo que tan importante papel desempeñaron en las guerras civiles de Nápoles, y uno de los cuales, Sergiani, amante de la reina Juana II, fue asesinado en el castillo Capuano, en venganza del bofetón que en un momento de ira había aplicado a su real amante.

Caracciolo entró, miró en torno suyo, pareció asombrarse de ver a dos mujeres, una de ellas desconocida, asistir al Consejo, saludó profundamente y permaneció en silencio.

—¿Y qué? —preguntó Fernando con impaciencia.

—¿Me ordena hablar Su Majestad? —dijo Caracciolo.

—¿Tienes necesidad de una orden para dar una respuesta al Rey?

—El Rey estaba solo cuando me envió...

—Sí —dijo la Reina—, y ahora se encuentra acompañado; pero me parece que usted debe de conocer a las personas ante quienes ha sido introducido.

—Tengo el honor de conocer a Sus Majestades y a Sus Excelencias —respondió con firme acento Caracciolo—; pero no tengo el honor de conocer a la señora.

—Esta señora es mi amiga íntima —dijo la Reina.

—Es un título a nuestro respeto, señora —repuso el Príncipe inclinándose—; pero, como se trata de asuntos de Estado...

—¿Quiere usted ordenar al capitán Caracciolo que hable, general? —dijo la Reina al ministro Acton—. Quizá una orden suya sea más eficaz que la invitación del Rey y la mía.

—¡A ver, habla! —dijo el Rey.

—Señor —repuso Caracciolo—, el oficial que manda la flota francesa, es el almirante de Latouche-Tréville.

—¿Quién es ese almirante de Latouche-Tréville? —preguntó Fernando.

—Uno de los mejores marinos de Francia, señor. Es el que, en 1781, sostuvo con el capitán La Perouse —La Perouse mandaba la *Astrea*, y él la *Hermione*— un combate de cinco horas contra cuatro fragatas y dos corbetas inglesas, y, no obstante la superioridad numérica, obtuvo los honores de la jornada.

—¿Y a qué viene aquí?

—Se ha negado a revelarme sus intenciones; pero ha dicho que dentro de una hora enviaría a un mensajero encargado de dar toda suerte de explicaciones sobre el particular.

—Pues bien, señores —dijo el Rey—, esperemos las explicaciones del señor... digo mal, del ciudadano Latouche-Tréville.

—Mucho temo que no estemos amenazados de una escena semejante a la que, en el puerto de Nápoles, en los comienzos del reinado del augusto padre de Vuestra Majestad, provocó el almirante Martin cuando vino en representación de Inglaterra y de Austria a manifestar al gobierno italiano la necesidad de mantenerse neutral en la guerra de Italia.

—Sí, sí —dijo Fernando—; el oficial comisionado por el comodoro fue muy insolente; sacó un reloj de su bolsillo y fijó el plazo de dos horas para firmar un tratado de neutralidad y enviar a Montemar la orden de volver a entrar en el reino con sus tropas.

—¿Y qué hizo el Rey vuestro padre? —preguntó la Reina.

—¡Cáspita! —respondió el Rey—; hizo lo que Inglaterra exigía.

—Porque en aquella época —exclamó Caracciolo olvidando que nadie le interrogaba—, porque en aquella época, señor, la ciudad estaba indefensa, sin trincheras, sin guarnición, sin abastecer; porque la Corte no era militar, porque los ministros eran hombres timoratos, al paso que hoy día...

—¡Calla! —dijo el Rey no te pedimos tu opinión.

—¡Al contrario, hable usted! —replicó la Reina—. Queremos tener antecedentes.

Y volviéndose hacia el Rey:

—Vuestra Majestad lo permite, ¿no es verdad?

—¡Oh! bien sabéis que yo lo permito todo —respondió Fernando—; lo cual no impide que obre según mi gusto.

Y se levantó y salió.

—Decía usted, señor —añadió la Reina dirigiéndose a Caracciolo—: «Al paso que hoy día...».

—En tanto que ahora —continuó diciendo el capitán—, la ciudad posee numerosa artillería y tiene en abundancia hombres, armas y municiones. Con un fuego bien dirigido del castillo del Huevo o del castillo Nuevo, se mantendrá a raya a la flota francesa.

—El Rey asegura que la pólvora es de pésima calidad —dijo la Reina.

—Pues bien, señora —repuso Caracciolo—, se intentará el abordaje. Déjenme organizar trescientos botes en el puerto, y a la cabeza de ellos iré yo personalmente a atacar al buque almirante.

El Rey entró de nuevo, y, al oír las últimas palabras de Caracciolo, se encogió de hombros.

—Pido a Vuestra Majestad que me perdone —dijo Caracciolo—, pero los corsarios berberiscos y malayos no proceden de otra suerte.

—Señor —dijo la Reina—, en nombre del Cielo escuchad lo que le dice el capitán. Se trata del honor de vuestra corona.

—Hay más, señora —añadió Caracciolo, dirigiéndose a la Reina—, estamos en una estación nada favorable al puerto de Nápoles para su defensa. Según el conocimiento que tengo formado de nuestro clima —continuó interrogando al cielo con la mirada—, me atrevería a asegurar que antes de veinticuatro horas el viento obligará a la escuadra francesa a levar anclas. El señor ministro de la Guerra, que es marino, podrá dar fe de mis palabras.

—¡Hable usted, general! —dijo Carolina.

—En efecto —repuso el ministro—, en lo que dice el señor Caracciolo hay mucho de verdad; pero se nos apremia.

—No, general —replicó el capitán—, porque a la vista de la primera vela, he tomado todas las disposiciones a bordo de mi corbeta, considerando que se trataba de un enemigo; y creo que todos mis compañeros de estación en el puerto habrán hecho otro tanto.

—Y a todo esto, ¿qué dice Vuestra Majestad, señor? —preguntó la Reina a su marido.

—Ya lo veis, señora —respondió este—; me callo.

—¿Y qué hará?

—Esperar.

Al pronunciar el Rey esta palabra, se oyó un cañonazo, seguido de dos más.

—¡Ah! —exclamó la Reina, levantándose y corriendo hacia la ventana—, me parece que el castillo del Huevo ha roto el fuego.

—Sí, señora —dijo Caracciolo—, pero sus disparos son con pólvora sola.

El fuerte saluda al comisionado de M. de Latouche-Tréville. Y oiga usted también las salvas del castillo Nuevo.

En efecto, las detonaciones se sucedían con regularidad, y pudimos contar que

eran en número de veintiuna, que constituyen el saludo obligado entre potencias amigas.

—¿Me autoriza Vuestra Majestad para que me retire? —dijo Caracciolo, dirigiéndose a la Reina—. No tengo nada más que hacer aquí.

—Ni yo tampoco —repuso la Reina—; así que, me retiro al tiempo que usted. Ven, Emma.

María Carolina me hizo señal de que la siguiese, y yo la obedecí. Caracciolo se apartó para dejarnos pasar, saludó profunda y respetuosamente a la Reina, pero se irguió cuando pasé yo, y me lanzó una mirada tan llena de desdén, que mi frente enrojeció de vergüenza.

Era el segundo insulto que Caracciolo me infería en aquella ocasión.

La Reina caminaba de prisa y sin darse vuelta a mirar si yo la seguía. Entró precipitadamente en su gabinete, y arrojándose en un canapé y mesándose los cabellos, exclamó:

—¡Ya lo has visto! Mi cuñado Luis XVI es un león comparado con ese hombre. ¡Oh! cuántas vergüenzas nos están reservadas, mi pobre Emma, si tu gobierno no viene en nuestra ayuda.

—Señora —respondí—, yo no soy más que una pobre mujer extraña a la política; pero me parece que en todo lo que ocurre, la culpa es tanto de los ministros como del Rey.

—¡Qué hacerle! Esos hombres no son lacayos... ¡Ah, pobre José mío!... Si te encontrases aquí, no permitirías que insultasen a tu Reina... Pero, ya vuelven a recrear nuestros oídos con el estampido de las salvas que se repiten. La República toma posesión del territorio de Nápoles... Sin duda, ese Caracciolo es todo un carácter.

—Permita Vuestra Majestad que yo no participe de esta admiración, y no exija que le profese simpatía. No se ha mostrado ese caballero nada cortés conmigo.

—Todos los nobles napolitanos son lo mismo: serviles como mendigos, o altivos como un antiguo noble alemán. Los Caracciolo presumen descender de los emperadores griegos; son altivos, pero a lo menos no dejan de ser valientes. Ya lo has visto; si Caracciolo recibiese orden de atacar con su *Minerva* al buque almirante, la recibiría como si se tratara de concurrir a una fiesta. Bien examinados, prefiero esos hombres a otros que, cual veletas, giran a todos los vientos.

La reina se acercó a la ventana.

—¿Te gustaría presenciar un combate desde aquí? —me preguntó—. ¡Mira con qué insolencia flota al viento el estandarte revolucionario! «Estos colores, ha dicho La Fayette al Rey, darán la vuelta al mundo». Espero que Inglaterra no permitirá que se cumpla esta orgullosa predicción. ¡Oh! cuando pienso que al otro lado de este palacio hay un francés que viene a imponernos leyes en nombre de un Gobierno que tiene prisionera a mi hermana y que acaso se prepara a cortar la cabeza a mi cuñado; cuando este pensamiento me asalta, la ira, la locura se apoderan de mí.

En aquel instante llamaron a la puerta.

Un cortesano anunció al embajador de Inglaterra.

—¡Que entre, que entre! —exclamó la Reina.

En seguida, tendiendo la mano a *sir* Guillermo:

—¡Ah! llega usted oportunamente —le dijo—. ¿Sabe usted lo que ocurre?

—Solo tengo noticia de lo que se dice; pero, ante todo, permita Vuestra Majestad que pregunte por el estado de su salud.

—¡La salud del reino, y no la mía, es la que debe preocupar! Estamos muy enfermos, mi querido Hamilton, y si *Mr.* Pitt no viene a socorrernos, temo que, al igual que hicieron con mi cuñado Luis XVI el 20 de junio, vayan a calarnos hasta las orejas el gorro frigio.

—*Mr.* Pitt, señora —dijo *sir* Guillermo—, vendrá en su ayuda, no lo dude Vuestra Majestad. Pero él pertenece a un partido que yo no sabría patrocinar, puesto que está en contradicción con los deseos de Vuestra Majestad: *Mr.* Pitt es un liberal que se ha pasado al bando conservador, no lo olvidéis, señora; quiere que Francia se declare por sí misma privada de sus derechos.

—Sí, esto es, que en vez de salvar a Luis XVI, lo cual habría conseguido uniéndose a la coalición, lo vengará después que los franceses le hayan decapitado. Por lo demás, reconozco que soy harto exigente queriendo que el ministro de una nación que cortó la cabeza a Carlos I tome a mal el que un país vecino quiera imitar su ejemplo.

¡Oh, si odiase a los franceses como yo!

—Voy a decir a Vuestra Majestad una cosa que le parecerá imposible, y que, sin embargo, es verdad: *Mr.* Pitt aborrece a los franceses más que Vuestra Majestad.

—¿Más que yo?

—Sí, señora.

—Mucho lo dudo.

—Creedme, señora; he conocido al padre, lord Chatam, he conocido al hijo, a quien he visto en su niñez; nació enfermo, atacado de un furor innato; es una criatura excitable, melancólica, de condición violenta. Fox y Sheridan, a quienes he escrito, han hecho todos los posibles para que el gobierno interviniese cerca de la Convención, a lo que Pitt se ha negado. Es triste decirlo, sobre todo a Vuestra Majestad, pero él especula con el horror que producirá en Europa la obra de la Revolución. Dos veces en su vida ha reído Pitt: la primera, cuando tuvo noticia de la sublevación de Santo Domingo, en la que los negros cometieron todo género de excesos. Se rio, y dijo: «Los franceses podrán ahora tomar su café con azúcar». La segunda vez, hace quince días, fue cuando Fox y Sheridan, alentados por mí, le observaron que, si no intervenía, los franceses podría llevar la locura al extremo de matar a su rey. «En ese caso, dijo luego que hubo reído, habrá un blanco en el mapa de Europa».

—¡Pero, vuestro Pitt es un monstruo! —exclamó la Reina.

—No tengo formada opinión sobre *Mr. Pitt*, cuyo Embajador me cabe el honor de ser, señora —dijo *sir* Guillermo sonriendo—; pero me consta que ha tenido la habilidad de hacerse adorar de las tres Inglaterras.

—¿A qué llama usted las tres Inglaterras, *sir* Guillermo? ¿Inglaterra, Irlanda y Escocia?

—¡Ah, no!: de la vieja Inglaterra, de la Inglaterra feudal que, desde el año 89 creía con terror que cada barco procedente de Francia conducía a sus playas los Derechos del hombre; de la Inglaterra comerciante, que considera que el mar es feudo suyo y a la que Pitt ha prometido el aniquilamiento de la marina francesa; en fin, de la Inglaterra ociosa, especuladora, agiotista. Francia segrega su territorio; los ingleses dividen sus rentas. Cada inglés tiene su cupón, y todas las mañanas calcula lo que le ha producido en las últimas horas. Cuando Francia, caminando hacia la bancarrota, emitió dos billones de asignados^[8], nuestro cinco por ciento, que estaba a 92, subió a 120. ¡Pitt fue un gran hombre! El cuatro, que se cotizaba a 75, subió al 105. ¡Pitt fue un héroe! Finalmente, el tres, que estaba a 57, vale ahora 97. ¡Pitt es un dios!

—¡Triste dios!

—¡Ay, señora! bien sabe Vuestra Majestad que los hombres se forman de los dioses, según su amor o su odio. Dos indios adoran una vaca, los mongoles un llama, los siameses un elefante blanco. Déjenos usted adorar el becerro de oro; es la religión más extendida entre nosotros.

En aquel momento retumbó nuevamente el cañón, anunciando que el mensajero de M. de Latouche-Tréville entraba en el bote almirante, y vinieron a decir a *sir* Guillermo que el Rey le suplicaba que fuese a reunirse con él.

LVI

Por las disposiciones del Rey y del Consejo, se ha podido comprender que el enviado de M. de Latouche-Tréville, no encontraría grandes dificultades para el éxito de su gestión. En efecto, el Rey estaba decidido a conceder a Francia todo cuanto esta pidiese; y, durante la sesión, había declarado que estaba pronto a recibir al ciudadano Mackau, y a tratarlo como embajador de potencia amiga.

Había prometido guardar la más estricta neutralidad en las guerras de Francia con Europa, y a llamar a su embajador en Constantinopla. En una palabra, había accedido a todos los extremos y dado a Francia todo género de satisfacciones.

La flota francesa se hizo a la vela aquella misma tarde, y al amanecer del siguiente día se habían perdido de vista todos los buques que la componían.

Pero antes de partir, el almirante Latouche-Tréville había desembarcado al embajador de Francia en Nápoles, el cual estaba acompañado del embajador en la corte de Roma, el ciudadano Basseville.

El espectáculo de una escuadra transido maniobrando en el golfo, había sido contemplado por una multitud inmensa, que aumentó y presentó un aspecto más tumultuoso en el sitio donde desembarcó el enviado del almirante francés. La bandera tricolor que tremolaba en la popa del barco almirante había despertado, flotando tan cerca de la tierra napolitana, emociones bien opuestas: los *lazzaroni* la miraron con una especie de idiotismo rencoroso; pero toda la juventud esclarecida de Nápoles, todos los hombres dedicados a profesiones liberales, sintieron latir su corazón ante la perspectiva de una revolución que el partido adelantado deseaba. Todos estos detalles fueron comunicados a la Reina, y hasta se le aseguró que algunos jóvenes, entre los cuales figuraba un tal Manuel de Deo, no habían podido reprimir su entusiasmo, y en el momento de pasar junto a ellos el enviado del almirante, habían gritado: «¡Viva Francia!».

Por la noche, al regresar al palacio de la embajada inglesa, observé la presencia de algunos grupos situados en la calle de Chiatamone; esos grupos estaban apostados frente a una casa en cuya fachada ondeaba la bandera tricolor, y en aquella casa se alojaba el ciudadano Mackau.

Al otro día por la mañana sucedió lo que había vaticinado el capitán Caracciolo: estalló una horrorosa tempestad. Si Nápoles hubiese resistido veinticuatro horas solamente, la escuadra francesa habría tenido que levar anclas, o, de lo contrario, todos sus navíos, desde el primero al último, habrían zozobrado.

Viendo lo que ocurría, la Reina no pudo contenerse, y afeó al Rey su cobardía, reproche que no mortificaba demasiado a Fernando; en vez de felicitarse por aquella tempestad, que podía, sin necesidad de intervenir las baterías napolitanas, causar terrible daño a la división del almirante francés, deploraba haber tenido que renunciar

a una partida de caza en el bosque de Persano. Sin embargo, logró tranquilizar un tanto a la Reina, mostrándole su modo de entender la fe debida a los tratados, y se comprometió formalmente con *sir* Guillermo a separarse de Francia tan pronto como los ingleses se uniesen a la coalición; *Mr.* Pitt no tendría más que hacerle una indicación, y hombres y barcos estarían a la disposición de Inglaterra.

El 20 de diciembre, esto es, cuatro días después, de la partida de la flota, vino a interrumpir mi sueño un inmenso clamoreo; una masa del pueblo invadía ruidosamente los jardines de la embajada.

Toqué el timbre para averiguar la causa de aquel rumor, y supe que la escuadra francesa entraba de nuevo en el puerto.

Vestime precipitadamente, calculando que la Reina me mandaría llamar, como así sucedió, pues a poco recibí una tarjeta suya invitándome a trasladarme a su castillo. Casi al mismo tiempo, entró *sir* Guillermo en mi habitación. Acababa de recibir del Rey análoga invitación, y se ofreció para acompañarme.

Ocupamos el coche y dimos al auriga orden de tomar por Santa Lucía.

No bien llegamos al muelle, vimos a toda la flota francesa que entraba en el puerto, no con el orden admirable de pocos días antes, sino como una bandada de aves marinas espantadas buscando cada una por su lado ponerse a cubierto de la intemperie.

Llegamos al castillo. El consejo había sido convocado, y, al subir por la escalera dé honor, encontramos al capitán Caracciolo, a quien se había considerado oportuno llamar, por más que, la vez anterior había discrepado con la opinión del Rey.

Sir Guillermo me dejó en la puerta de las habitaciones de la Reina, y se encaminó a la sala del Consejo.

Enteré a la Reina del encuentro que acababa de tener en la escalera, oyendo lo cual, María Carolina se apresuró a tocar el timbre.

—Digan al capitán Caracciolo que ahora, ese enemigo se ha convertido en nuestro aliado.

—¿Nuestro aliado?

—Sin duda, señora; ha sido empeñada una promesa, ha sido firmado un tratado. El almirante de Latouche-Tréville venía entonces a imponer condiciones a una nación enemiga; hoy, viene a pedir socorro a un reino aliado. En aquella ocasión, combatir era un deber, a mi juicio; atacar en la presente, sería una traición.

—¿Y si, con todo, recibiese usted orden del Rey?

—¿De atacar?

—Sí.

—Espero, señora, que el Rey no me dará semejante orden.

—Pero ¿en el supuesto de que la diese?

—Tendría el sentimiento de presentarle mi dimisión.

—¡Ya lo oyes, Emma! —dijo la Reina volviéndose hacia mí—. Por este, juzga a los otros. ¡He aquí hasta dónde llega su adhesión a nuestra causa!

Después, dirigiéndose a Caracciolo, añadió:

—Está bien, señor; he sabido de usted todo lo que quería saber; puede usted retirarse.

Caracciolo hizo una reverencia y salió.

—Todo se explica ahora —continuó diciendo la Reina—. La flota ha sufrido averías, y viene a repararlas en Nápoles. ¿Por qué no? Nápoles, conforme ha dicho el *ciudadano* Caracciolo (y recalcó la palabra *ciudadano*), Nápoles es el aliado de esa República francesa que acaba de declarar la guerra a los reyes, y que va a cortar la cabeza a mi cuñado.

Yo permanecí sin despegar los labios.

—¿Y qué?, ¿no me respondes? ¿Nada tienes qué decirme?...

—Temería mortificar a la Reina, expresándole mi franca opinión.

—¿Mortificarme, tú? ¡Estás loca! ¿En qué podrías tú lastimarme?

—Participando del criterio de ese hombre.

—¿De qué hombre?

—Del príncipe Caracciolo, y sabe Dios que no es por afecto hacia él.

—Luego, ¿te parece que los franceses tienen razón en ponernos el pie encima?

—Me parece, señora, que se ha cometido un error al pactar con ellos.

—¿Y tenemos que sufrir las consecuencias del pacto? Acaso tengas razón. Consultaremos a *sir* Guillermo.

Entretanto, la escuadra francesa había entrado en el puerto, como en casa de un amigo, y echado anclas.

Una hora después supimos que todas las prevenciones del capitán Caracciolo se habían cumplido. Apenas en alta mar, la escuadra francesa había sido batida por una horrible tormenta; siete unidades, de las once que la formaban, habían sufrido graves averías, y el almirante de Latouche-Tréville, amparándose en el tratado pretendía que le concediera las ventajas acordadas a las naciones más favorecidas, y venía a reparar sus maltrechos navíos, a renovar su provisión de agua, y comprar víveres, jarcias y velamen.

Fue complacido en todas estas peticiones.

Hay más: en la prisa que el Gobierno napolitano tenía en alejar a aquellos peligrosos huéspedes, se facilitó al almirante obreros, materiales, vituallas, y, por medio de un conducto provisional, condujeron hasta la punta del muelle las aguas de Carmignano, las más puras y límpidas de Nápoles.

En cuanto a la Reina, a fin de no ver a cada instante aquellos uniformes, aquellos estandartes odiosos, se retiró a Caserta, aunque nos encontrábamos en lo más riguroso del invierno, en pleno enero, y me llevó consigo.

LVII

Durante nuestra estancia en Caserta se cumplieron en Nápoles todos los cálculos de la Reina. Sea que Latouche-Tréville tuviese realmente necesidad de reparar sus barcos, sea que esa reparación no fuese más que un artificio y que obrase según las instrucciones secretas de la República, que eran fomentar la revolución en todos los pueblos con los que Francia se ponía en relación, sea lo que fuere, el almirante aprovechaba su presencia en la capital del reino de las Dos Sicilias, arrastrando a los patriotas napolitanos a organizarse en sociedades secretas y a preparar para la Italia meridional el triunfo de los principios que a la sazón imperaban en Francia. Sabido es que los oficiales de la marina francesa son, en general, instruidos y de finos modales. Diariamente bajaban a tierra y se diseminaban por la ciudad, donde hacían prosélitos y sembraban en los juveniles cerebros la semilla de las revoluciones, que años más tarde debían hacer correr tanta sangre. La víspera del día en que la flota se disponía a levar anclas, el elemento joven de la sociedad napolitana ofreció una gran comida a los oficiales de la escuadra. Entonáronse allí cantos revolucionarios, y entre ellos la *Marsellesa*, que acababa de componer Rouget de Lisie, y que tan terrible inmortalidad ha proporcionado a su autor. Se enarboló el gorro frigio y se hizo juramento de proporcionar también a Nápoles una enseña tricolor, en sustitución al blanco pendón de los Borbones. Además, todos los que asistieron a la fiesta, implantaron la moda francesa que Talma había creado en la tragedia de *Titus* y que consistía en llevar el cabello cortado a rape. La Reina no me hacía ninguna confianza, pero me parecía preocupada por algo sombrío; a menudo, estando juntas ella y yo, venían a hablarle en voz baja y a decirle que la llamaban. Se levantaba en seguida sin hacer ninguna pregunta, como si de antemano conociese el motivo de aquella molestia; luego, al cabo de un cuarto de hora, de media hora, volvía, y, estrechándome la mano, me decía:

—¡Todo va bien!

Un día que la Reina se encontraba en una de esas conferencias secretas, bajé al jardín, y vi a un hombre vestido de negro, que me era desconocido.

Sin sospechar que aquel hombre estaba destinado a adquirir una terrible reputación, llamó en extremo mi atención.

Era más bien alto que bajo, llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho; su mirada era fija y taciturna, pero se me figuró que no veía lo que miraba. Su tez era blanquecina. Su paso era irregular, como el de los animales salvajes, ora receloso, ora rápido. Pasó cerca de mí, sin verme, al parecer; hablaba consigo mismo, y oí estas palabras escapadas de su boca, como masculladas entre dientes:

—¡La tortura!, ¡necesito la tortura! Sin ella, ¿qué quieren que haga? ¡Jamás confesarán!

Aquel hombre me infundió espanto.

Le seguí con los ojos; vinieron a buscarle de parte de la Reina.

Me senté en un banco; mis piernas temblaban.

Pronto vi aparecer a la Reina en la puerta del jardín; miró en torno suyo. Me levanté, y fui a colocarme a su lado.

—¿Quién es, mi querida Reina, ese hombre que he encontrado en el jardín y que musitaba palabras de suma tristeza?

—¿Cuál? —preguntó la reina.

—Uno que Vuestra Majestad ha mandado llamar.

—¡Ah! —dijo la Reina riendo—, ¿lo has visto?... Es mi sabueso. Al igual que el Rey, me siento dominada por la pasión de la caza; como él, quiero tener mi jauría, y dentro de poco, podremos emprender la caza del jacobino; es un animal muy peligroso, pero solamente cuando el cazador se descuida y le deja tomar ventajas sobre él.

—Pero, en fin señora, ¿ese hombre?

—Pues bien ese hombre...

—¿Es el verdugo?

—No tanto, pero espero que será su proveedor.

Y extendiendo el brazo en dirección a Francia, exclamó:

—¡Oh, hermana mía, mi pobre hermana! Ellos te sujetan, a ti, pero yo los tengo a ellos; y está tranquila, pues, ya que todos los hombres son hermanos, los hermanos de Nápoles pagarán por los hermanos de París.

No desplegué los labios. Comprendía el odio de la Reina hacia la Revolución; pero tanta energía, en una mujer, rae impresionaba. Ello es cierto que aquella mujer era la hija *del rey* María Teresa.

Caminaba silenciosa apoyada en el brazo de la Reina, que el estado nervioso de María Carolina mantenía rígido y fuerte como, el brazo de un hombre.

—¡Qué hacerle, mi pobre Emma! —me dijo Carolina—, es preciso que tomes una decisión. Creías venir a un país delicioso; habrás oído contar maravillas de su flora, de su cielo y de su ambiente; te habrán dicho que la vida se deslizaba aquí entre placeres y festines. Pero quizás no te hayan dicho que hay una montaña que encierra el infierno en sus entrañas, que parece sonreír, como el resto de la creación, y que de repente, conmoviendo los edificios cual frágiles castillos de naipes, cubría con lluvia de candente lava a Pompeya y Herculano... olvidaron decirte eso; pero yo, corrigiendo el olvido, te lo digo.

Yo la miré, casi asustada.

—Empezamos una lucha terrible en la que podemos ser vencidos, aunque tenemos noventa probabilidades contra cien de ser vencedores; pero será preciso combatir, y el combate será rudo. Hija de las frescas praderas y de los verdes céspedes, acaso te sientas demasiado débil para acompañarme en mi puesto, de batalla. Si es así, abandona a tu Reina, regresa a tu país de Gales, y vuelve a tu punto

de partida, como el diáfano riachuelo que, temeroso de mezclarse con las agitadas olas del mar, retrocede a su nacimiento.

—¡Oh, no, no! —exclamé, echándole mis brazos al cuello—; la quiero demasiado para abandonarla en el peligro. Soy débil, pero Vuestra Majestad es fuerte, y me sostendrá, si desfallezco. No he profundizado bastante los secretos de la política para saber de qué lado está la razón en esa cruenta lacha de los pueblos contra los reyes; pero, si Vuestra Majestad se equivoca, mi querida Reina, quiero equivocarme yo también, y si el Vesubio o la Revolución estalla sobre Nápoles, quiero que me abrase la misma lava y ahogada por la misma ceniza en que perezca Vuestra Majestad.

La Reina me rodeó con uno de sus brazos y me estrechó contra su corazón.

—¡Enhorabuena! —dijo—; me parecía, de algún tiempo acá, que te había casi perdido, pero felizmente te recobro. Ya me entristecía, considerándome sola. ¡Oh! no tendré secretos para ti. Sí, estoy laborando en una obra sombría; lo mismo que las Euménides, formo serpientes en las tinieblas. Con oro y con títulos, se hace aquí lo que se quiere. Ese hombre que has visto, y que te ha producido tan profundo miedo, es una de mis víboras; se llama Vanni. Los otros dos, se llaman Guidobaldi y Castelcicala. El último es príncipe; era nuestro embajador en Londres. Le propuse regresar para ser el jefe de mis espías, el presidente de mi consejo de Estado, y aceptó la proposición. ¡Oh! concederé tales recompensas a los delatores, que, a imitación de la Roma antigua, haré, convertir en cosa honorable la delación, o cuando menos, envidiada, deseada.

—Entonces —objeté—, no me explico por qué ese Vanni habla de torturas, y decía que sin la tortura, no se obtendrían las revelaciones.

—Sí, la tortura es su obsesión, y desde un punto de vista que le es particular, no carece de razón. Ese hombre es ambicioso. Cuando los demás se contentan con decir: *Nuestro rey*, él dice *Mi rey*, como si el Rey fuese para él solo, y como si solo él estuviese encargado de guardarle. Así que, no escasearán las denuncias ni los acusados; pero quizás no aparezcan los culpables, porque, para ciertos espíritus obstinados, solo pueden considerarse como culpables aquellos que confiesan su crimen; y aquí, nadie confiesa. Pues bien, Vanni entiende que a favor de ciertos procedimientos ideados por él, conseguiría hacer hablar a las piedras. Por mi parte, le he dicho que no me oponía, y que la verdad os cosa tan precisa, que todos los medios son lícitos para alcanzarla. Ahora se presenta una dificultad: parece que las leyes no han previsto el caso. Los jacobinos no caen dentro de la ley, porque el jacobinismo no es crimen previsto. No se puede, pues, aplicarle la ley, y, toda vez que está fuera de ella, cabe servirse, para reprimirlo, de medios extralegales. Bien comprenderás que no poseo bastante ciencia jurídica para saber todo esto: tal argumento me lo ha planteado mi víbora, mi Vanni. Ha citado a Cicerón estrangulando a Léntulo-Sura y a Cayo Cetego, a pesar de la ley que prohibía atentar contra la vida de los ciudadanos romanos. Es hombre muy sabio, ese Vanni. Le haré marqués y caballero de la orden de San Jorge Constantino.

Miré a la Reina con una expresión de asombro no exento de cierto terror.

María Carolina notó la impresión que sus palabras me producían.

—Sí —dijo—, lo comprendo, encuentras que hay diferencia entre la Carolina de hoy y la de los primeros días; aquella cifraba todos sus anhelos en vestir como tú, toda su ambición en parecer hermosa, hasta al lado tuyo; aquella conocía el sufrimiento, más aún, el odio; si se encerraba a solas contigo, era para buscar las chispas de una dicha que pasó, en las cenizas de su amor; era para decirte: «He amado y no amaré otra vez»; era para decirte: «Aunque reina, también yo he tenido un corazón». La Carolina de ahora no tiene tiempo de soñar en el pasado; es preciso luchar por el porvenir. ¿Qué supone un amante desterrado en Sicilia, al lado de una hermana prisionera en Francia, y de un hermano que tiene un pie en las gradas del patíbulo? Felicidad, poesía, amor, no son cuestiones de actualidad. ¡Se trata de la vida! No hay un solo animal, desde el águila hasta la paloma, que no defienda su existencia y que no luche por sus hijuelos. Matar al que quiere matarnos, no es venganza sino instinto de conservación. Si entre nosotros surgen los Vergniaud, los Pétion y los Robespierre, no esperaremos que hagan un 20 de junio o un 10 de agosto; haremos contra ellos un San Bartolomé. Los Valois han enseñado a los Borbones que es mejor disparar del Louvre a la calle, que dejar tirar de la calle al Louvre. Llámenme *madame Veto* o *madame Déficit*, llámenme como se les antoje; pero no me llamarán Juana Grey ni María Estuardo.

—¡Líbrenos Dios de semejante desgracia! —dijo una voz a dos pasos de nosotras.

La Reina y yo nos volvimos rápidamente, y nos encontramos en presencia de un hombre en cuya indumentaria se descubría a un dignatario de la Iglesia.

En el modo de mirar de la Reina, comprendí que no conocía al extraño que tenía la audacia de sorprendernos y entrometerse en la conversación.

Pero yo le reconocí y exclamé:

—¡Monseñor Fabricio Ruffo!

—Puesto que *lady* Hamilton me dispensa el favor de reconocerme, ¿querrá añadir el de presentarme a la Reina, a quien, por otra parte, vengo a hablar comisionado por el Rey?

Consulté a la Reina con la mirada; habiéndome oído nombrar al favorito del papa Pío VI, con el cual la corte de Nápoles conservaba la mejor armonía, su semblante adquirió una expresión de benevolencia que me permitió interpretar los deseos del noble prelado.

—Señora —dije—, ¿permite Vuestra Majestad que, correspondiendo al deseo que le mueve, tenga yo el honor de presentarle a monseñor Fabricio Ruffo, tesorero de Su Santidad?

—Señora —dijo el prelado inclinándose—, al paso que agradezco a *lady* Hamilton su atención, permita Vuestra Majestad que rectifique dos pequeños errores en que ha incurrido y en que debía incurrir. Ya no soy tesorero, sino cardenal.

—Le felicito, señor —dijo la Reina—. Pero ¿no ha dicho Su Eminencia que venía

de parte del Rey?

—Lo he dicho, señora, y digo ahora que le traigo una gran noticia, una noticia que bien podría tener las más graves consecuencias. El embajador de la República francesa en Roma, el ciudadano Basseville, acaba de ser asesinado en un motín popular.

La Reina se estremeció.

—¡Ciertamente, es una gran noticia! ¿Y cómo ha ocurrido el hecho?

—Tal vez Vuestra Majestad no ignore que el almirante francés conducía a bordo de su buque al ciudadano Mackau, embajador en la corte de Nápoles, y al ciudadano Basseville, embajador en la corte de Roma.

El cardenal silabeó la palabra *ciudadano* dos veces repetida, lo cual no desagradó a la Reina, debido al acento empleado por su interlocutor.

En los labios de María Carolina se dibujó una sonrisa de desdén, y con un signo indicó que estaba atenta a lo que el cardenal iba a decir.

Este continuó hablando así:

—La noticia levantó mucha polvareda y cundió por nuestra campiña. No tengo, señora, necesidad de decirle hasta qué punto nuestros dignos sacerdotes infunden en la conciencia de sus fieles el terror hacia la República francesa; pactar con ella, equivale a pactar con el infierno. Al ser, desde los púlpitos, divulgada esa noticia, el populacho de Roma, ciego y feroz, se situó en el camino por donde debía pasar el embajador. Esperaron durante tres días. Los sacerdotes repetían, en los confesionarios, que el embajador francés se dirigía a la ciudad santa para izar el estandarte de Satanás. Las mujeres oraban, los hombres apretaban los dientes y afilaban sus cuchillos.

—¡Pueblo valiente! —exclamó la Reina.

—En fin, anteayer, 13 de junio, un gran vocerío anunció que el coche se acercaba; todo el pueblo se precipitó a su encuentro. El embajador vestía su traje republicano, y en el mismo carruaje iban dos amigos suyos. Al verlos, estallaron los gritos y exclamaciones. Los tres viajeros parecían sordos o indiferentes, y continuaban su camino; las ruedas y los caballos del vehículo habían desaparecido: parecía un barco surcando entre olas humanas. En tal situación llegan al palacio del cardenal Zelada, entran y le intiman a reconocer sus poderes. El cardenal, que tenía instrucciones concretas de Su Santidad, se niega a ello, y manifiesta que, para la corte de Roma, la República francesa no existe ni existirá jamás. El embajador saluda al cardenal, toma de nuevo el coche y, sea para sostener el honor de Francia, sea para hacer un llamamiento a los patriotas italianos, enarbola una bandera tricolor al lado del cochero. Entonces crece el griterío y empieza una lluvia de piedras sobre el embajador y sus amigos. El cochero, despavorido, lanza los caballos al galope y el carruaje llega al domicilio de un banquero francés. Por desgracia o por fortuna, según el punto de vista que se mire, la puerta que da entrada al vehículo no se cierra a tiempo; el pueblo se abalanza, y en el tumulto, sin que se sepa cómo fue la cosa, Su

Excelencia el ciudadano Basseville ha resultado con el vientre abierto de un navajazo.

—¿Y se conoce al asesino? —preguntó vivamente la Reina.

—Sí y no —respondió monseñor Ruffo—. Su Santidad le conoce, pero no el gobierno de Su Santidad. Así que, el Papa, ya comprometido por la guerra de la Vendée, lo está ahora mucho más por la muerte del embajador francés; por más que, cual Pilatos, se lavo las manos, la sangre de Basseville salpicará de todos modos la punta de sus dedos. La muerte de Basseville es la guerra con Francia. Vengo, en nombre de Su Santidad, a preguntar al Rey Fernando si se encuentra en situación de prestarle su apoyo, y, en este caso, pongo a disposición del defensor de la Iglesia mis escasos talentos y mi limitada ilustración.

La Reina sonrió.

—¿Pertenece, pues, Su Eminencia a la Iglesia militante?

—¡Créalo, señora! yo soy de la cepa de la Valette y Richelieu. En la Edad Media, habría yo llevado espada y coraza, y hecho la guerra a los turcos y hugonotes. En el día, estoy pronto a hacerla a los franceses, que son paganos de peor ralea.

—Pues bien, señor cardenal —dijo la Reina—, procuraremos darle trabajo. Desgraciadamente, la cosa no dependo solo de mí.

—Lo sé —contestó Ruffo—; pero —añadió, dirigiéndome la mirada—, si la señora quiere secundarnos...

—¡Yo, señor Cardenal! ¿Y qué quiere usted que yo haga, Dios mío?

—¡Ah, señora! Pericles hizo la guerra de Sanios, las de Megara y del Peloponeso siguiendo los consejos y por la influencia de Aspasia... Aspasia no era más hermosa que usted, y Pericles no ejercía más influencia en los asuntos de Grecia que *sir* Guillermo Hamilton en los de Inglaterra. ¡Declare Inglaterra la guerra a Francia, y estamos salvados!

—¿Lo oyes? —me dijo la Reina—. El cardenal habla en nombre de nuestro Santo Padre el Papa, y este es infalible.

—¡Pues bien, sea, mi querida Reina! —respondí—; pondré todo mi empeño. ¡Hola! precisamente aquí tenemos a Pericles que viene a ponerse a nuestra disposición.

En efecto, *sir* Guillermo venía en nuestra dirección. Como era la hora de comer, entramos en el castillo. Su Majestad invitó a *sir* Guillermo y al cardenal, y en tanto que comíamos trazamos los más belicosos proyectos.

Cuando ahora pienso que contribuí, siquiera con el peso de un grano de arena a inclinar el platillo hacia el lado de una guerra que duró veinte años, y que no está quizás completamente acabada, me espanta la responsabilidad que un grano de arena puede tener ante Dios.

LVIII

Tenía razón el cardenal: el asesinato de Basseville repercutió profundamente en Francia. La Convención anunció que la víctima sería cumplidamente vengada y que el hijo de esta iba a ser adoptado por la patria.

Pero la excitación cedió presto ante una catástrofe mucho más terrible. El 27 de enero se supo en Nápoles que Luis XVI había sido condenado a muerte; el primero de febrero se supo que había sido ejecutado.

Al recibirse la noticia en Londres, Pitt anunció al ministro de Francia que debía salir de Inglaterra dentro de las veinticuatro horas. Incitado por mí, si bien cúpleme declarar que no tenía necesidad de ningún estímulo, *sir* Guillermo había escrito directamente tres o cuatro cartas al rey Jorge, y este le había contestado de su puño y letra diciéndole que Inglaterra, queriendo que toda la responsabilidad fuese de Francia, esperaba que los franceses hubiesen ejecutado al Rey, pero que inmediatamente después de la ejecución se rompería con la República.

Recibimos en Nápoles ambas cartas simultáneamente: la que anunciaba la ejecución de Luis XVI el 21 de enero, y la que anunciaba la destitución y salida de Londres del embajador francés.

Aunque ya se esperaba la muerte de Luis XVI, la noticia de la misma fue un golpe terrible para la Reina. La carta del embajador era en papel de luto, y a su vista, Carolina lo comprendió todo. Lanzó un grito y se desmayó, profiriendo estas palabras:

—¡Lo han asesinado!

En el acto se dio orden de suspender todas las fiestas de Carnaval, de vestir luto toda la corte y todas las autoridades y de rezar en todas las iglesias.

Castelcicala, Guidobaldi, Vanni fueron advertidos de que podían empezar la obra para que habían sido llamados.

Se llevaron a cabo varias detenciones, y cuando el número de los jacobinos encarcelados no bajó de trescientos, solo entonces volvió a sonreír la Reina.

El Gobierno napolitano se preparó para la guerra, si bien continuaba siendo aliado de Francia. El ejército terrestre fue elevado a 36.000 hombres, y la escuadra a ciento dos buques de toda clase de tonelaje.

El cardenal Ruffo había, en todas las circunstancias, querido obtener una importancia militar o política que sin duda le hacía desear la conciencia de su mérito, y a la cual le daban derecho no solamente la recomendación del soberano Pontífice, sino también sus estudios realizados en el arte de la artillería, estudios que, si no me engaño, consistían en un sistema especial de preparar los proyectiles; pero, sea que el ministro Acton no participase de la confianza, que el cardenal tenía en su propio mérito, sea que temiese la influencia de un hombre superior a él, sea, en fin, que la

Reina, sintiendo cierta aversión por el cardenal, hubiese neutralizado las buenas intenciones del Rey, que lo había tomado bajo su protección, ello es que transcurrieron dos o tres meses sin que el cardenal Ruffo alcanzase ninguna posición oficial en la corte.

María Carolina estaba, a la sazón, lejos de sospechar, el servicio que, seis años después, debía prestarle, como soldado, el cardenal a quien en la actualidad excluía de los asuntos militares.

Pero el Rey, que, por el contrario, sentía viva simpatía por Su Eminencia, quiso por fin darle una prueba de esa simpatía; mas, como quiera que solía mezclar la burla con el favor, le confió el cargo que menos se amoldaba a un hombre de condición eclesiástica: le nombró inspector de su colonia de San Leucio.

Quisiera entrar aquí en algunos detalles sobre esta colonia de San Leucio, de la que solamente he dado una idea sumaria en un capítulo anterior de estas Memorias.

La cosa es difícil de decir, pero no importa. Tantas cosas difíciles he dicho ya, y tantas otras me quedan por decir aún, que vacilar ahora sería ridículo. Por otra parte, concederé la palabra al propio rey Fernando, y se juzgará si fue bondad, hipocresía o cinismo, lo que pudo sugerirle la idea de fundar la colonia de San Leucio, harem campestre en el que ejercía de sultán no menos que el Gran Turco en el suyo. Reproduzco el manuscrito original del Rey, que me dio a conocer la reina Carolina y que se intitulaba: *Origen y aumento de la población de San Lucio*.

Uno de mis deseos más vehementes —dice Fernando en ese documento—, ha sido constantemente encontrar un lugar agradable y apartado del bullicio de la corte, donde pueda yo emplear con provecho las pocas horas de ocio que me dejan los graves asuntos de mi reino. Las delicias de Caserta, y la magnífica habitación empezada por mi padre y terminada por mí, no brindan el silencio y la soledad necesarios a la meditación y al descanso del espíritu, pero formando por decirlo así, una segunda capital en medio de la campiña, con las mismas aficiones al lujo y a la magnificencia que en Nápoles me rodean, pensé en la conveniencia de elegir, dentro del mismo parque del castillo de Caserta, un sitio más retirado, una especie de Tebaida, que vino a ser el paraje de San Leucio.

Véase de qué manera el rey Fernando entendía la meditación y el reposo del espíritu.

En consecuencia, habiendo hecho, en 1773, tapiar el bosque, en cuyo recinto existía el viñedo y el antiguo casino de los príncipes de Caserta llamado el *Belvedere*, hice construir, en una altura, un pequeño pabellón para mi personal comodidad en mis excursiones cinegéticas. Además, hice reparar una vieja casa medio derruida, y edificar unas cuantas encargué a cinco o seis individuos el cuidado del bosque y la misión de vigilar los viñedos, el pabellón y las plantaciones, y en general todo el terreno comprendido en el recinto. En 1776, el salón del antiguo casino fue convertido en iglesia, y esta iglesia erigida en parroquia, por reclamarlo así el incesante aumento de la población que pronto alcanzó el número de diez y siete familias. Fue, por tanto, necesario aumentar las habitaciones en razón de la cifra de habitantes.

El Rey continúa:

Cuando el pabellón fue ensanchado, iba a pasar allí el invierno; pero, habiendo tenido la desgracia de perder a mi primer hijo y habiendo, por tal causa, adquirido la costumbre de ir solamente de vez en cuando, resolví destinar aquella vivienda a un empleo más útil. Los moradores de quienes he hablado, con otras catorce familias que habían engrosado la masa de población, elevaron la cifra de la misma a ciento treinta y cuatro

individuos, merced a la pródiga fecundidad determinada por la pureza del aire y por la tranquilidad y la paz doméstica en que vivían; por lo que vine a temer que un número tal de criaturas de ambos sexos, que aumentaba sin cesar, podía formar algún día, por falta de educación, una peligrosa sociedad de libertinos y canallas, y resolví establecer una escuela para los niños y las niñas, a cuyo efecto elegí mi pabellón de caza. Empecé, pues, a estudiar el plan de desarrollo y a buscar personas idóneas y a propósito para desempeñar los empleos necesarios al fin que yo perseguía.

Luego que lo había puesto casi todo en orden, consideré que todas las fatigas que iba a proporcionarme, todos los gastos que el proyecto me originaría, resultarían desgraciadamente inútiles, pues al terminar los alumnos sus estudios, deberían dedicarse a un oficio cualquiera y abandonar la colonia, o de lo contrario vivir en una ociosidad, dado que para mi servicio no podía ocupar más que a unos cuantos. Y en la alternativa de tener que alejarse, me imaginaba el pesar que la separación causaría a las respectivas familias, y aun a mí mismo, que me veía privado de aquella radiante juventud que miraba como cosa mía y que tantos afanes me costaba. Estudié, pues, otra solución, encaminada a conseguir una vida tranquila y dichosa, inspirada en el santo temor de Dios, para esa colonia que sin cesar crecía y que podía llegar a ser útil al Estado, a la familia y a cada individuo en particular.

Hasta entonces, no me habían dado el menor motivo de queja; al contrario, había gozado, entre ellos, de esa suprema satisfacción tan deseada durante las horas del rudo trabajo que de mí reclamaban los asuntos públicos.

Como se ve, el rey Fernando había por fin encontrado *silencio y la soledad tan necesarios a la meditación y a la tranquilidad del espíritu*.

Habiendo logrado esa conclusión inesperada, el rey Fernando, reconocido a aquella galana juventud que alegraba su alma, resolvió dar a la colonia unas leyes que recordasen las que Saturno y Rea dieran a sus pueblos en la edad de oro.

En su virtud, empezó por abolir los derechos tiránicos, de los padres sobre los hijos, derechos que con mucha frecuencia impiden a los segundos seguir la inspiración de su corazón y los instintos de la naturaleza.

Los hijos, por consiguiente, tuvieron elección libre y fueron dueños de casarse, sin que los padres tuviesen nada que ver en esa importante cuestión del matrimonio, en la que suelen intervenir únicamente para echarlo todo a perder. Anualmente, el día de Pentecostés, al salir de la misa mayor, los jóvenes debían mostrar a todo el vecindario la elección que habían hecho; bajo el pórtico de la iglesia, el joven ofrecía un ramo de rosas a la doncella objeto de su amor; si la favorecida correspondía al sentimiento, del galán, le entregaba un ramo de rosas blancas, y quedaba concertado el compromiso; aquel mismo día eran ambos amantes reconocidos como novios y el domingo siguiente contraían matrimonio.

En este breve lapso de tiempo, el Rey los llamaba a su casa, por supuesto, separadamente; les dirigía un discurso sobre los deberes conyugales, y, entrando en sus cálculos el dotar a los nuevos esposos, según la compunción observada por la joven durante el discurso, el dote aumentaba o disminuía. Es de comprender, por lo tanto, con cuánta atención escuchaba la novia una tan importante arenga. Por lo demás, nada de jueces, nada de tribunales. Si alguna cuestión se promovía, tres viejos, elegidos por la colonia, fallaban, como San Luis, bajo una encina.

Para, evitar las imprudencias que el lujo provoca, aun tratándose de campesinos, todas las jóvenes de la colonia llevaban el mismo vestido, sencillo pero elegante; el Rey lo había hecho dibujar por su pintor de cámara, y, aparte los distintivos

introducidos por el mismo Fernando a favor de las buenas obreras, nadie podía cambiar ninguna prenda ni hacer la menor alteración en la vestimenta.

Además, estaba abolido el servicio militar.

Conforme se ve, para llegar a un resultado tan feliz, el rey Fernando tuvo que reunir la sabiduría del rey Salomón a la ciencia sociológica de Idomeneo.

Pues bien, no sabiendo qué hacer del cardenal Ruffo, el real fundador de la colonia de San Leucio le puso al frente de aquel establecimiento.

Quizás no era la plaza apropiada a un cardenal; pero, según se dice, los hombres de inteligencia privilegiada nunca están fuera de lugar dondequiera que estén, y el cardenal Ruffo era uno de esos hombres.

En cuanto a la Reina, cuyo talento no era inferior al de Ruffo, veía con gran satisfacción el creciente desarrollo y prosperidad de la colonia. Si el Rey había estudiado a Salomón y a Idomeneo ella, en cambio, conocía a *madame* de Pompadour, y mientras Fernando se divertía, Carolina reinaba.

Es cierto que no era cosa agradable reinar en el año de gracia de 1793.

Vamos a comprenderlo claramente volviendo a los asuntos de Estado.

LIX

He dicho que el mismo día en que se supo en Londres la ejecución de Luis XVI, el gobierno inglés había dado los pasaportes al embajador de Francia.

Era un insulto que, en su orgullo, la nación francesa no podía tolerar. Así como había declarado, la guerra a Austria, así también, nueve días después de haber sido expulsado su embajador, declaró la guerra a Inglaterra y a Holanda.

La Gran Bretaña no esperaba otra cosa. En tal ocasión oí a *sir* Guillermo y a la Reina enumerar las fuerzas de ambas potencias, y constatar con satisfacción la superioridad de los elementos materiales de Inglaterra sobre los de Francia.

La última se encontraba sin dinero, sin armas, casi sin ejército; todas sus fuerzas navales consistían en setenta buques de línea y noventa y seis fragatas o corbetas.

Inglaterra estaba económicamente en un estado tan próspero, que *Mr.* Pitt decía que si hubiese bastante dinero para pagar la Deuda, antes de pagarla, arrojaría todo este dinero al Támesis.

Con respecto a sus fuerzas marítimas, eran de ciento cincuenta y ocho navíos de línea, veintidós de cincuenta cañones, veinticinco fragatas y ciento ocho embarcaciones más pequeñas. Es decir, que poseía aproximadamente cuatro veces el número de barcos que Francia podía oponerle.

Añádanse a los enumerados los cien buques de guerra de la flota holandesa, y se verá que las dos potencias aliadas podían presentar quinientas tres unidades contra ciento sesenta y dos.

Este cálculo, hecho y vuelto a repetir cien veces en presencia del rey Fernando, comunicó a este valor suficiente para aliarse con Inglaterra, y el 20 de julio de 1793, sin haber comunicado a Francia ningún propósito de ruptura, el Gobierno de Nápoles firmó un *tratado secreto* con el de la Gran Bretaña.

Este tratado establecía que el rey de Nápoles reforzaría la escuadra inglesa destinada al Mediterráneo, con doce buques, de los cuales cuatro debían ser navíos de línea y otros cuatro fragatas, y con seis mil hombres las tropas que conduciría la referida escuadra.

El Rey había abandonado la presidencia del Consejo, o poco menos; la Reina era la que asistía a las deliberaciones, demostrando en ellas el odio que la movía. Hombres y buques estuvieron preparados a los dos meses, y parte de ellos fue a reunirse a la flota anglo-española que maniobraba en aguas de Tolón.

Por medio de un agente realista que la Reina tenía en dicha ciudad, estábamos al corriente de todo lo que ocurría. Tolón había tomado parte en la formidable insurrección que se había promovido en el Mediodía de Francia contra la Convención.

La ciudad estaba dividida en tres partidos: los jacobinos, los realistas

constitucionales, los realistas puros.

Sabíamos que los realistas constitucionales y los realistas puros, horrorizados por las ejecuciones que los diezmaba, se habían reunido y que se trataba nada menos que de entregar la plaza a los ingleses.

El 10 de septiembre se divisó un barco inglés que hacía rumbo al puerto de Nápoles y parecía venir de las costas de Francia.

Hacía algunas semanas que, en espera de noticias, nos ausentábamos pocas veces de Nápoles.

La Reina fue advertida del acontecimiento, y dio orden de avisarnos a *sir* Guillermo y a mí. He dicho *acontecimiento*, porque, en las circunstancias por qué atravesábamos, la llegada de un navío inglés lo era realmente.

Fuimos a palacio. La Reina estaba en la azotea mirando con un anteojo al buque que entraba en el puerto. Sabíase ya, por señales recibidas, que era el *Agamenón*, navío de línea de Su Majestad Británica, y que procedía de Tolón.

Este lacónico aviso era tan elocuente, que el Rey y *sir* Guillermo no tuvieron paciencia para esperar las noticias que el barco traía, y fueron a su encuentro para adelantar el momento de conocerlas.

Se embarcaron en una canoa de la marina real, y, con desprecio de las leyes de la junta de sanidad, subieron a bordo.

A su llegada, fueron saludados con una salva, y el *Agamenón* desapareció envuelto en una nube de humo.

Al cabo de media hora, el Rey y *sir* Guillermo regresaron a tierra.

Sir Guillermo se encaminó directamente a la embajada y me mandó llamar, pues tenía necesidad de mí para recibir a un huésped inesperado.

Dejé a Su Majestad comunicar a la Reina que esta aguardaba con ansia, y, pensando que, por mi parte, también yo las iba a conocer por boca de *sir* Guillermo, que había servido de intérprete en la conferencia entre el Rey y el capitán del buque, me despedí de la Reina y di orden al cochero de conducirme a la embajada.

Sir Guillermo me esperaba.

—Mi querida Emma —me dijo al verme—, voy a presentarte un hombrecillo que no puede jactarse de hermoso, pero que; a mi juicio, será algún día uno de los más grandes guerreros que jamás haya tenido Inglaterra.

El entusiasmo de *sir* Guillermo me hizo reír.

—¿Y en qué fundas ese vaticinio? —le pregunté.

—En las pocas palabras que hemos cambiado, y te aseguro que ha de asombrar al mundo. Bien sabes que nunca he querido recibir en mi casa a ningún oficial inglés; pero en esta ocasión te ruego que dispenses los honores de la casa a ese de quien hablo. Dispon que se le prepare una habitación y da órdenes para que no le falte nada.

—¿Y cuándo llega ese futuro hombre célebre? —pregunté.

—De un momento a otro. Hoy comeremos todos con el Rey, y mañana iremos a pasar el día en Portici.

—¿Me dirás, cuando menos, cómo se llama tu héroe?

—Horacio Nelson, querida amiga. No olvides este nombre, que un día aclamará la celebridad.

No sé me ocurrió ninguna observación.

El hotel de la embajada era inmenso. Algún tiempo atrás había circulado el rumor de que el príncipe de Gales, aquel príncipe que cierta noche vi yo lleno de juventud y de amor al través de las abiertas ventanas de *miss* Arabela, debía venir a Nápoles; a cuya noticia, *sir* Guillermo habíase apresurado a preparar alojamiento. El príncipe no vino, las habitaciones estaban dispuestas para recibirle; yo consideré que no había otras más indicadas para el gran hombre del porvenir adivinado por *sir* Guillermo, y destiné al capitán Nelson el departamento del príncipe de Gales.

Uno de los más bellos retratos míos hechos por Rowmney figuraba casualmente en aquel aposento.

Cuando volví al salón, encontré a *sir* Guillermo en compañía de un oficial de la marina inglesa.

Al verme, ambos se pusieron en pie, y adelantaron hacia mí. *Sir* Guillermo me presentó al capitán Nelson.

Si se pudiese creer en los presentimientos, afirmaré aquí que, sea atracción instintiva, sea efecto de la preocupación ejercida por las palabras de *sir* Guillermo, ello es que sentí cierta emoción al corresponder al saludo del capitán Nelson. Conforme había dicho mi esposo, el capitán Nelson distaba mucho de ser un hombre guapo.

Desde aquella época han transcurrido diez y ocho años, y, sin embargo, le veo tal como era el día en que me fue presentado, sin las mutilaciones que la guerra le hizo sufrir más adelante.

Era un hombre de treinta y cinco años, bajo de estatura, de pálido semblante, ojos azules, nariz aguileña, barba pronunciada, indicio de tenacidad rayana en la obstinación: los cabellos eran de un rubio leonado, y escasos.

Besome la mano con ademán torpe, pero con galantería. En su persona se reconocía fácilmente al hombre de mar en toda la extensión de la palabra, y en vano se habrían buscado en él los rasgos característicos de los elegantes ingleses de mis primeras relaciones de quienes conservaba recuerdo.

Ya se conocía la noticia que traía; esa noticia era terrible para Francia: su primer puerto militar había sido entregado a los ingleses.

He aquí en cuatro palabras los detalles del suceso, recogidos de los propios labios del capitán Nelson.

He dicho lo que sabíamos de los tres diferentes partidos que había en Tolón: jacobinos, realistas constitucionales y realistas puros.

Los dos últimos, reunidos contra los jacobinos, solo esperaban una ocasión propicia para entrar en guerra, para romper las hostilidades con sus adversarios.

La ocasión se presentó muy pronto. La Constitución de 1793 había sido

decretada, y los jacobinos la hicieron proclamar en Tolón a tambor batiente.

A seguida de esta proclama, se produjo en la ciudad una efervescencia general, y los contrarrevolucionarios resolvieron oponerse a la aceptación del acta constitucional.

Las autoridades jacobinas, preveyendo lo que iba a suceder, mandaron anunciar que sería castigado con la muerte a quienquiera que se atreviese a proponer la apertura de las secciones. El decreto produjo un efecto contrario a lo que de él se esperaba; los partidos coligados se dirigieron en tropel a las secciones, y fue tanta la diligencia desplegada, que las puertas fueron destrozadas en vez de abrirse.

La contrarrevolución se llevó a cabo en un momento; los papeles del club de los jacobinos fueron secuestrados, los principales jefes de la sociedad arrestados y conducidos a la prisión, de la que soltaron a los realistas con objeto de dar cabida a los otros.

El cadalso y las prisiones, después de haber servido para los realistas, sirvieron para los republicanos. El primero, lejos de ser derribado, continuó funcionando, con la diferencia de que ahora segaba cabezas republicanas en vez de segar cabezas realistas.

Una de esas ejecuciones promovió una profunda turbación y estuvo a punto de echarlo todo a perder^[9].

El nuevo tribunal condenó a muerte a un tal Alejo Lambert, hombre muy popular en Tolón. Para salvarle, se formó una conjuración; y, en efecto, al ser conducido al suplicio, una inmensa oleada popular se abalanzó sobre la fuerza armada que lo escoltaba; el fúnebre cortejo había llegado a la callo de los Caldereros, que se convirtió en teatro de un terrible combate. Uno de los individuos de la escolta, viendo que el pueblo iba a triunfar, descargó a boca de jarro su fusil contra el prisionero, que cayó gravemente herido, pero acaso no mortalmente, aunque el proyectil le había atravesado el cuerpo. De todos modos, al fin y al cabo los asaltantes fueron puestos en fuga. Alejo Lambert, perseguido por el rastro de la sangre, como un gamo herido, volvió a caer en manos de sus enemigos que se disputaron la presa. Los unos querían aplazar la ejecución, los otros que esta se cumpliese en el acto. La mayoría optó por la ejecución inmediata, y, en efecto, el mismo día Alejo Lambert fue ejecutado.

La Convención puso a Tolón fuera de la ley. Pero, a pesar de la revuelta, dióse el caso singular de conservar todas las formas republicanas, y la bandera tricolor continuaba flotando en la ciudad. Los realistas creyeron que no habían hecho bastante. Dirigiendo la mirada al mar, vieron el crucero anglo-hispano-napolitano que bloqueaba el puerto; resolvieron entregar la plaza los ingleses y escapar por esta traición al anatema de la Convención nacional.

Se entablaron negociaciones con el almirante Hood, el cual no quería resolver nada sin estar seguro de la cooperación del general conde de Mandés, comandante de la plaza, y del almirante Trogof, que lo era de la escuadra. Estos entraron en la combinación; pero no se hizo comprender tan fácilmente la razón al contralmirante

Saint-Julien, que era un jacobino irreductible. No bien se enteró del proyecto, en vez de secundarlo reunió a su tripulación y la arengó con ardor, y obligó a los oficiales y a la marinería a jurar que nunca las flotas enemigas entrarían en el puerto de Tolón. El contralmirante Saint-Julien había aprovechado, para espetar esta republicana alocución el momento en que su superior jerárquico se encontraba en tierra. Viendo la unánime adhesión de las tripulaciones de todos los barcos, tomó el mando de la escuadra y procedió a cerrar por completo el paso de la rada.

Por esta vez, sin un golpe atrevido, los realistas estaban perdidos. El ejército del general Carteaux, que acababa de apoderarse de Marsella, marchaba sobre Tolón, y el contralmirante Saint-Julien, cerrando la barra, les cerraba toda retirada.

El golpe atrevido fue dado y obtuvo buen resultado.

Los realistas pactaron con los ingleses un tratado por el que se reconocía que al entrar estos en Tolón, tomarían posesión de la plaza en nombre y como aliados de Su Majestad el rey Luis XVII. Luego de celebrado este convenio, declararon en rebeldía a la flota por oponerse a la voluntad general de los habitantes y amenazaron con emplear la fuerza para reducirla. En consecuencia, se pusieron oficiales realistas en todos los apostaderos donde había oficiales republicanos, y particularmente en la gran Torre, a cuyo jefe se le encargó que tuviese las mechas encendidas para disparar sobre la escuadra a la primera señal, al mismo tiempo que el almirante Hood atacaría con sus buques para intentar forzar el paso de la rada.

Estas noticias llegaron a conocimiento del contralmirante Saint-Julien, que respondió anunciando que iba a bombardear la ciudad y mandando tocar zafarrancho de combate en todas las embarcaciones.

Estaba a punto de estallar la guerra civil, y nadie puede decir cómo habría terminado la cosa, cuando la fragata *Perla*, mandada por el teniente Van Kempen, se destacó súbitamente de la escuadra y puso la proa en dirección a la plaza. El almirante Trogof aprovechó también la ocasión. Se hizo trasladar a la fragata, y enarboló en ella la insignia almirante, conociendo el gran prestigio que esta ejerce en los marineros. En efecto, a su vista, una parte de la escuadra abandonó al contralmirante Saint-Julien. Reducido este a siete buques solamente, formó la resolución de pasar por entre la flota inglesa, resolución que llevó a cabo con toda felicidad; pero, a partir de entonces, Tolón quedó sin defensores, y los realistas, dueños de la situación, dieron entrada a los ingleses.

Aunque el relato de estos acontecimientos no parezca corresponder a las memorias de una mujer, lo he querido hacer por dos razones: la primera, porque ellos tuvieron una grande influencia sobre otros hechos en los que más tarde intervine de modo muy activo; la segunda, porque mi intimidad con la reina de Nápoles me ha facilitado el conocimiento de particularidades que eran ignoradas y relacionadas con la época de que hablo.

Con anterioridad a la llegada del capitán Nelson a Nápoles, me presenté en la morada de la Reina, quizás en hora no acostumbrada. Con gran asombro mío, dijéronme que la Reina se había encerrado después de haber dado orden de que, sin permiso suyo, no se permitiese la entrada a nadie.

Como semejante prohibición nunca se hacía extensiva a mí, me retiraba sorprendida de no haber sido objeto de la misma excepción, cuando oí tocar el timbre en la habitación de la Reina.

La servidumbre acudió al llamamiento, y preguntaron:

—¿Qué desea Vuestra Majestad?

—Llaman a Luis Custode —respondió la Reina.

Queriendo entonces saber por qué se me incluía en la consigna general:

—¡Aquí estoy, Majestad! —exclamé.

—¡Emma! —dijo Carolina.

Y abrió la puerta de par en par.

—Ya veo que estás aquí —dijo riendo—, mas ¿por qué estás aquí?

—Porque Vuestra Majestad ha prohibido la entrada a *quienquiera que fuese*.

—¿Por ventura ha rezado alguna vez contigo ese *quienquiera que fuese*? Tú eres Emma, es decir, mi amiga, la única mujer para quien no guardo secretos. ¡Ven, pues, ven!

Y me llamó con la cabeza y con la voz al mismo tiempo.

Yo la seguí.

En su dormitorio, sobre un amplio canapé frente a la cama, había una montaña de papeles que habían rodado, a manera de cascada, del sofá al entarimado.

—¡Dios mío! —exclamé—; creo que Vuestra Majestad no debe estar condenada a leer todo esto.

—No, pero lo he leído sin haberseme condenado a leerlo.

—Eso no me sorprende más que la palidez de su semblante y el aspecto aflictivo que noto en Vuestra Majestad.

—Te lo explicarás si te digo que no he dormido.

—¿Qué ha hecho, pues, Vuestra Majestad?

—Ya te lo he dicho: he leído todos estos papeles que ves, desde el primero al último.

—¿Y con qué objeto, Dios mío?

—Mira a quién van dirigidos estos papeles.

Esto diciendo, me mostró un sobrescrito:

Al ciudadano Mackau, embajador de la República francesa en Nápoles.

Miré a la Reina.

—¡Cómo! —Le pregunté con asombro—, ¿el ciudadano Mackau comunica a Vuestra Majestad las cartas que recibe de su Gobierno?

—¡Oh!, ¡qué inocente! —repuso la Reina.

En aquel momento se oyó una voz que desde la puerta decía:

—Aquí está el hombre que Vuestra Majestad ha mandado llamar.

Carolina fue a abrir la puerta.

Apareció un hombre con trazas de doméstico y que, al ver a la Reina, se inclinó hasta el suelo.

—¿Estás seguro —le dijo la Reina—, de que estén aquí todos los papeles de la embajada francesa?

—Todos sin excepción, Majestad, hasta los que había en el cajón del escritorio del embajador.

—¿No mientes?

—Vuestra Majestad lo verá por la algarada que el embajador va a levantar cuando advierta que ha sido robado.

—Te he prometido dos mil ducados por este robo.

—Sí, Majestad, y he recibido mil a cuenta.

—Aunque los papeles no sean precisamente los mismos que yo esperaba, he aquí los otros mil ducados.

—Gracias, Majestad, pero no es todo lo que me ha sido prometido.

—¿Qué te ha sido prometido?

—Como soy el único que entraba en el gabinete del ciudadano embajador, recaerán en mí las sospechas, y seré detenido sin ningún género de duda.

—¿Y qué te importa, con tal de que los jueces no te condenen?

—De cualquier modo no me libraré de unos cuantos meses de prisión.

—¿Y qué puede importarte eso, si recibes cien ducados por cada mes de prisión?

—El caso es que ello será una indemnización. Sea como fuere, fío en la bondad de la Reina.

—Déjate arrestar, niega con tesón y queda tranquilo.

El ladrón, pues ya se ha visto que lo era, embolsó el dinero.

—¡Cómo! —dijo la Reina—, ¿no cuentas?

—¡Oh! después que Vuestra Majestad...

—Está bien; serás recompensado por tu confianza. ¡Vete!

El hombre hizo nuevamente una profunda reverencia y salió.

—Y bien —me dijo la Reina—, ¿comprendes ahora?

—No, porque no puedo convencerme de que Vuestra Majestad haya encargado a ese hombre que se apoderase de los papeles del embajador francés.

—Con todo, es la pura y exacta verdad.

Confieso que me asusté; parecíame que un robo, aunque ejecutado por orden de una reina, era siempre un robo.

Carolina adivinó lo que por mí pasaba.

—Creía yo encontrar en estos papeles pruebas de connivencia entre los jacobinos de Nápoles y los de París —dijo—. Me engañaba; pero he encontrado en ellos otra cosa no menos interesante.

—¿Qué ha encontrado Vuestra Majestad?

—Espera —dijo—; me parece oír los pasos del Rey... Sí, es él... ¿A qué vendrá a esta hora?

En aquel momento golpearon a la puerta con bastante violencia.

—¿Cuándo yo decía que era él! —repuso la Reina, procurando ocultar los papeles bajo los pliegues de su vestido.

Yo fui a abrir.

El semblante del Rey expresaba el sobresalto.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Carolina riendo—, ¿qué tenéis, señor, y cuál es la causa de esa cara despavorida?

—¿No sabéis lo que ha sucedido esta noche?

—No; pero lo sabré luego que me lo hayáis dicho.

—Dejadme antes besar la mano a *milady* y pedirle noticias de *sir* Guillermo.

Tendí la mano al Rey, que me la besó galantemente.

—*Sir* Guillermo se encuentra perfectamente —respondí—, y se considerará muy feliz de merecer este cordial recuerdo de Vuestra Majestad.

—Ahora —dijo la Reina—, cuéntame esa cosa tan horrible que ha pasado esta noche.

—Pues bien, esta noche han sido robados los documentos de la embajada francesa.

—¡Bah!

—Y esta mañana ha venido el canciller, de parte del ciudadano Mackau, a quejarse al general Acton.

—¿De veras?

—Y la queja ha sido formulada en términos que traslucen la sospecha de que el golpe haya sido dado por alguien de la corte de Nápoles.

—Entonces, resulta ser más inteligente de lo que yo le creía.

—¿Quién?

—El ciudadano Mackau.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que vuestro mejor sabueso no habría seguido con más acierto la pista de los papeles del que ha demostrado el ciudadano Mackau.

—¡Cómo! ¿Tenéis conocimiento de ese robo?

—He oído hablar de él.

—¿Y sabéis dónde están los papeles?

—Le sospecho.

—¿Dónde?

—¿Queréis saberlo?

—Claro está, siquiera para responder a las reclamaciones del ciudadano embajador.

—Pues bien, helos aquí —dijo la Reina, levantándose y descubriendo los papeles sobre los que estaba sentada y cubría con su vestido.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el Rey, palideciendo.

—¡Emma, Emma! —dijo riendo la Reina—, acerca un sillón a Su Majestad que se ha indispuerto repentinamente.

Adelanté un sillón al Rey, que se dejó caer en él.

—Pero, señora —dijo—, se sabrá que somos nosotros los que hemos sustraído esos documentos, lo cual equivale a la guerra con Francia.

—En primer lugar, señor, no somos *nosotros* los que hemos sustraído los papeles: soy yo; en segundo término, no se sabrá que haya sido yo, y, finalmente, habríamos tenido, de cualquier modo, la guerra, con Francia. La sustracción de esos papeles no modifica el aspecto de la cuestión.

—¿Y por qué habríamos tenido la guerra con Francia?

—Simplemente, porque el ciudadano Mackau ha visto nuestros armamentos y contado los hombres y los barcos que hemos enviado a Tolón, y a la hora de ahora, Francia sabe que son cuatro mil hombres y cuatro buques.

—¡No importa! No podemos rehusar al embajador la satisfacción que pide.

—¿Qué satisfacción es esa?

—La persecución del ladrón, en el caso de que este fuese un napolitano.

—Pues, désele esa satisfacción.

—Pero ¿si el ladrón confiesa?

—No lo hará.

—¿Si, con todo, se le condena?

—No será condenado, pues le juzgará un tribunal napolitano.

—¡Oh, señora! —dijo el Rey—, no fieis demasiado en ello; el espíritu actual tiende a la independencia.

—Que es, precisamente, lo que yo quiero reprimir —repuso Carolina, frunciendo el ceño—; y, si es preciso, empezaré por los tribunales.

—¿Conque eso os concierne?

—Sí; eso es de mi incumbencia.

—¿Tomáis a vuestro cargo esto asunto?

—Me encargo de él.

—Entonces, proceda conforme le parezca. Nada me importa lo que puede suceder, si me quedan mis bosques para cazar y mi golfo para pescar.

—Y San Leucio para descansar —añadió la Reina con una sonrisa de desdén.

—¿Por ventura me dispensa Vuestra Majestad el honor de preocuparse por San Leucio? —preguntó el Rey.

—¿Y por qué preocuparme por San Leucio, cuando al frente de esa interesante

colonia se encuentra un hombre de los méritos del cardenal Ruffo? ¡Oh! si en vez de ser inspector, fuese tesorero, a buen seguro que no estaría yo tan tranquila.

—¿Censuráis al pobre cardenal? Creed que es un hombre muy fiel.

—Muy fiel, muy adicto a vuestra persona.

—¡Dios mío!, ¿acaso vos y yo no formamos uno solo?

—¡Oh! Nada de eso, señor, y de ello me felicito.

—Me tratáis muy mal esta mañana, señora.

—Le trato ahora, lo mismo que antes y después.

—¿Qué queréis que piense de mí *lady* Hamilton?

—Las opiniones de *lady* Hamilton son conformes con las mías.

—Es decir —observó sonriendo el Rey— que *lady* Hamilton me dispensa, al igual que vos, el honor de aborrecerme.

—¡Oh! bien sabe Vuestra Majestad que el sentimiento que me inspira, no es el del odio.

—¡Vamos! ya veo que esta mañana no llegaremos a una inteligencia.

—¿Habéis venido a eso?

—No; he venido para veros y comunicaros las noticias del día.

—Yo también, a mi vez, voy a daros noticias que seguramente ignoráis. Hemos acordado Acton y yo enviar de refuerzo a la flota anglo-española, dos barcos y tres mil hombres. Irán al mando de los generales de Gambs y Pignatelli. Os dejo el honor de la iniciativa, si queréis tomarla en el Consejo de hoy, con tal de que apresure el envío; el capitán Nelson reclama este refuerzo a voz en cuello.

—¿Y reconquistaré vuestro favor, mediante la aceptación y cumplimiento de ese compromiso?

—Nunca lo habéis perdido —dijo la Reina con una sonrisa entre desdeñosa, y burlona.

El Rey se acercó a su mujer, le tomó la mano y se la besó, mientras ella le miraba con una expresión indescriptible.

—Entonces, señora, ¿estáis resuelta a la guerra a todo trance?

—¡Completamente resuelta, señor! tanto más, cuanto que no podemos hacer otra cosa.

—Pues, ¡sea la guerra, señora! Ya veréis cómo, llegado el momento de desenvainar la espada, no lo haré peor que otro.

—Lo cual será para vos cosa muy hacedera, considerando que, cuando el rey Carlos III, su padre, salió de Nápoles, le dejó la espada con la cual Felipe V había conquistado a España y él el reino de Nápoles; solamente, que esa espada no ha sido blandida desde la batalla de Velletri, y en el transcurso de cuarenta y tres años se deslizan muchas cosas entre una vaina y un acero.

—Ciertamente —dijo el Rey sacudiendo la cabeza—, tenéis demasiada inteligencia para mí, y os abandono la plaza.

Y, saludándonos, se retiró.

—Ahora —dijo la Reina—, en espera de que mi querido esposo venga a ser un Alejandro o un César, quememos los papeles inútiles, y guardemos los que merezcan ser guardados.

Pusimos manos a la obra, y debo declarar que, por mi parte, sin la menor objeción; aquel carácter resuelto dominaba mi voluntad y me arrastraba, como el astro arrastra al satélite en su carrera.

Lo que acabo de contar pasaba ocho o diez días antes de la llegada del capitán Nelson, de quien ya es hora de volver a ocuparnos.

LXI

Es notoria la respuesta de Desdémona a esta pregunta del Senado de Venecia:

¿Cómo es que usted, joven hermosa y noble, ha puesto su amor en ese hombre, que no es noble, ni hermoso ni joven?

Desdémona respondió:

Me narraba sus viajes, sus peligros, su combates, y mi alma estaba pendiente de sus labios durante horas y más horas.

Así nació en mí el primer impulso de simpatía, ya que no de amor, hacia Nelson.

Era un marino de ruda palabra, una especie de Juan Bull, tipo simbólico del pueblo inglés, que alimentaba ambiciones inauditas, y que, nacido lejos de los tronos, fue deslumbrado por los fulgores que de ellos se desprenden apenas uno se acerca a sus gradas.

He aquí su historia, que nos contó una noche a la Reina y a mí.

Nació el 20 de septiembre de 1758 en un pueblecillo del condado de Norfolk; tenía, pues, treinta y cinco años cuando le conocí.

Todavía no había hecho el sitio de Tenerife ni la campaña de Córcega; de modo, que aún no había perdido el brazo derecho ni el ojo.

Era hijo de un simple pastor protestante. El lugar de su nacimiento se llamaba Burnham-Thorpes.

Su madre murió en edad temprana, dejando once hijos al cuidado del pobre cura de aldea.

El padre los crio con economía y con el tierno afecto que impera entre los miembros de una familia pobre y numerosa. Procuró por la educación de todos, tanto de los varones como de las hembras; en esta empresa, aniquiló sus energías, y tuvo necesidad, para recobrar la perdida salud, de ir a tomar las aguas de Bath.

El mayor de la prole, Guillermo Nelson, tomó, en ausencia de su padre, la dirección de la pequeña colonia.

La modesta familia tenía un pariente, un hermano de la madre, que estaba emparentado con los Whalpole; lazo apartado, pero real. El tío en cuestión era capitán de barco y se llamaba Mauricio Suckling.

Dispuso el azar cierto día que, durante las Pascuas, el joven Horacio Nelson leyese en un diario que su tío había obtenido el mando del *Raisonnable*, navío de sesenta y cuatro cañones.

—Hermano mío —dijo a Guillermo—, escribe sin pérdida de tiempo a nuestro padre, y ruégale que pida a mi tío Mauricio que me embarque con él.

El mismo día fue cursada la carta.

Leyéndola el padre exclamó:

—Indudablemente, es la vocación del muchacho, y tengo por cosa cierta que *llegará a la cúspide*.

Efectivamente, Nelson llegó a la cúspide.

La proposición fue aceptada por Mauricio Suckling, y el pequeño Horacio, frágil como una varilla de sauce, viose embarcado en el *Raisonnable*.

Horacio Nelson hizo dos campañas a bordo de este buque, luego una tercera en el *Triumph*, y, habiendo sido desarmado este barco, pasó a uno mercante.

A su regreso a Londres, encontró a su tío director de una escuela práctica de aspirantes establecida a bordo del mismo *Triumph* en el que había navegado. Consiguió ser admitido en dicha escuela; pero esta condición a manera de supernumerario de agua dulce le era insoportable, por lo que se alistó voluntariamente para formar parte de las exploraciones al polo Norte.

Montaba a la sazón el *Race-Horse*^[10]. Al llegar a los extremos límites del Océano, el buque se encontró preso entre los hielos. En una de las expediciones sobre las heladas aguas, el joven Horacio se encontró con un oso, y, aunque su única arma era un cuchillo, lo atacó. Asido cuerpo a cuerpo con su terrible adversario, estaba a punto de ser ahogado entre los brazos del monstruo, cuando uno de sus compañeros descargó a boca de jarro su fusil en la oreja del oso, y lo mató.

Tenía diez y seis años, y era tan enclenque, que apenas aparentaba doce.

—¿Cómo has podido, con tan exiguo vigor físico, atacar a semejante enemigo? —le preguntó el capitán.

—Quería llevar su piel a mi padre y a mis hermanos —respondió el niño.

Las rudas pruebas a que el mar sujeta a sus devotos, desarrollaron más tarde sus fuerzas y equilibraron su salud.

Libre de los hielos, la expedición pudo continuar su ruta. Nelson fue trasladado al *Sea-Horse*^[11], buque de veinte cañones, y entró en el mar de la India. A los dos años de estar en aquellas costas de atmósfera ponzoñosa, el joven marino volvió a Inglaterra en un estado de depresión que se creía mortal.

Seis meses le bastaron para recobrar la salud. Aprovechando el período de convalecencia, se presentó a exámenes de los que salió triunfante y con el grado de subteniente de marina. Entonces hizo la guerra contra la independencia de América, defendió la. Jamaica contra el almirante de Estaing, pasó a la América del Sur, donde renovó las hazañas de aquellos misioneros cuya historia ha llegado hasta nosotros con todo el prestigio de la novela.

Un día, durante una de esas expediciones en los bosques del Perú, se durmió al pie de un árbol.

Una serpiente se introdujo bajo el capote con que Nelson se cubría. El reptil, que pertenecía, a una peligrosa especie, le mordió, produciéndole una herida que le curaron los naturales del país, salvando, al joven marino, que por segunda vez volvió

casi moribundo a Inglaterra. Sin embargo, aunque se restableció, siempre se resintió de aquella herida.

Tres meses después de su llegada, merced a los empeños de lord Cornwallis, obtuvo el mando, de un bergantín de veintiséis cañones, con el que realizó un crucero por el mar del Norte y reconoció las costas de Dinamarca.

En la primavera, Nelson fue enviado a la América del Norte. Perseguido y rodeado por cuatro fragatas francesas, escapó a la persecución emprendiendo una ruta considerada hasta entonces como imposible, y llegó al Canadá.

Allí era donde Nelson debía sentir su primer amor, y la violencia de esta primera pasión pudo dar la medida de la influencia que el amor ejercía sobre su destino. Para no separarse de la mujer que amaba, quería Nelson presentar su dimisión, renunciar a su empleo y enviar a Inglaterra el bergantín; sus oficiales, que le adoraban, le trataron de loco y resolvieron curarle de su locura. Aparentaron obedecer sus órdenes, y se alejaron; pero, llegada la noche, penetraron en su aposento, le ataron de piernas y brazos, y, teniéndole así dominado, lo llevaron a bordo, levaron anclas y no le devolvieron la libertad hasta que estuvieron en alta mar.

Aquella pasión solo la extinguió otra pasión. De nuevo en Inglaterra, se enamoró de *mistress* Nisbett, joven viuda de diez y ocho años, con la que se casó.

Llevó a su joven esposa junto con un precioso niño fruto de su primer matrimonio, llamado Josué a casa de su padre; y por segunda vez se le creyó perdido para la marina.

Y en efecto, solo la declaración de guerra de Francia contra Inglaterra, pudo arrancarle de la plácida obscuridad en la que se había refugiado. El Almirantazgo, fue a buscarle a su mismo domicilio conyugal, y le dio el mando del *Agamenón*, con el que se juntó con la escuadra de Hood que operaba en el Mediterráneo. Llegó a tiempo de tomar parte en la ocupación de Tolón, después de la cual fue enviado a Nápoles para solicitar refuerzos.

Dejo explicado cómo fue recibido por el Rey y la Reina.

Una vez decidido a la guerra, Fernando no podía desear noticias más gratas de las que Nelson le traía. Se estaba completa y abiertamente en estado de discordia con Francia. La queja del ciudadano. Mackau motivó la detención del ladrón, que fue juzgado y absuelto, por más que eran patentes las pruebas de su culpa. El embajador, según la Reina pudo ver por la lectura de sus documentos, estaba al corriente de todos los actos desleales de la corte de Nápoles, y había podido presenciar la partida de la escuadra y la llegada de Nelson; el rumor de los agasajos que los reyes le dispensaron había llegado a la embajada francesa. En fin, cierta mañana, el embajador recibió de su Gobierno orden de salir de Nápoles, y partió tronando contra el Gobierno napolitano y el Gobierno pontificio, llevándose consigo a la hija y a la viuda de Basseville, asesinado en Roma, aquella llorando a un padre, la otra a un marido.

Desde la azotea del palacio le vimos embarcarse en un barco neutral; y como él, a su vez divisara un grupo de mujeres apostadas en la real morada, adivinó que la

Reina se encontraba entre ellas, y extendió el brazo hacia nosotras en señal de amenaza.

En cuanto a mí, solo vi una cosa en el grupo que acompañaba al embajador: dos jóvenes vestidas de negro y cuyo duelo clamaba venganza en tonos más altos que el gesto amenazador del diplomático.

Nelson estaba entusiasmado con la acogida que el Rey, la Reina y *sir* Guillermo Hamilton le habían dispensado. Hijo del pueblo, nacido lejos de la corte, sentía, lo mismo que yo, más profundamente que los que han nacido en un medio superior, la fascinación que ejerce una real sonrisa.

He aquí la carta que Nelson escribió a su mujer en 14 de septiembre de 1793:

A la señora de Nelson.

Las noticias de que era yo portador, han sido recibidas con viva satisfacción. El Rey me visitó a bordo del *Agamenón*, y luego envió dos veces a preguntar por mi salud. Llama a los ingleses los salvadores de Italia, y singularmente de su reino. Por lo demás, he hablado y trabajado en nombre de lord Hood con un celo que nadie habría podido superar, y le llevo la más galana carta que jamás haya sido escrita por una mano regia.

La he obtenido gracias a *sir* Guillermo Hamilton y al primer ministro, que es inglés. *Lady* Hamilton se ha portado con exquisita amabilidad respecto a Josué.

Es una joven de excelente trato, que hace honor a la clase social a que pertenece y en cuyo seno ha crecido. De aquí, me llevo seis mil hombres de refuerzo.

Recuerdos a mi querido padre, a lord y *lady* Walpole, y, como siempre, soy afectuoso

HORACIO NELSON.

Nelson residió en la embajada durante su permanencia en Nápoles. He dicho que me produjo cierta impresión; más tarde me dijo muchas veces que me había amado desde el primer instante en que me vio. Pero, en este primer viaje, solo me habló con la mirada, y así y todo, de un modo tan incierto, que partió dejándome en la duda de que fuese amor o simplemente un profundo cariño fraternal.

En cuanto a mí, el sentimiento que experimentaba, aunque traspasase los límites de la amistad, se manifestaba por completo en aquel bello adolescente, hijo de *mistress* Nisbett, que ostentaba, a los trece o catorce años, el uniforme del primer grado de la marina; y cuando yo escuchaba, reclinada en un canapé, con el brazo echado alrededor del cuello de Josué el relato de los viajes, de los peligros y de los combates de su padrastró, *sir* Guillermo Hamilton, siempre enamorado de la antigüedad, se complacía en compararme a la reina de Cartago acariciando a Ascanio mientras escuchaba las pláticas de Eneas.

LXII

María Carolina se había momentáneamente olvidado, debido a la presencia de Nelson en Nápoles, de la terrible situación en que se encontraba su hermana; pero inmediatamente después de haber partido el capitán inglés, su pensamiento volvió a la Conserjería, del mismo modo que la aguja imantada, accidentalmente y por un momento vacilante, vuelve con invencible atracción al polo.

El proceso había seguido una marcha rápida y fatal. Trasladada nuevamente al tribunal revolucionario y conducida a la Conserjería el primero de agosto, María Antonieta había sufrido, el 12 de octubre, un interrogatorio y el 16 fue condenada a muerte y ejecutada.

Aunque la reina de Nápoles creía firmemente que la Convención no respetaría a María Antonieta, blanco principal de su odio, no por eso fue menos terrible el golpe que sintió al tener conocimiento de la ejecución. Fue acometida de convulsiones acompañadas de gritos y amenazas, cuyo estado de excitación descompuso en grado tal su semblante, que se podía creer como cosa imposible el que nunca más pudiese recobrar su belleza.

De igual manera que se hizo cuando la muerte de Luis XVI, se decretó el duelo público y ordenó la celebración de actos religiosos.

Durante los ocho primeros días que siguieron a la noticia fatal, no me separé de la Reina ni una hora, durmiendo en su habitación, comiendo en su compañía. Al fin, las lágrimas acudieron a sus ojos, y el llanto alivió su pesar; pero, en el transcurso de aquellos ocho días, había hecho y me había obligado a hacer a mí, mil juramentos de venganza. ¿Cómo se vengaría ella? No lo sabía. ¿Cómo la ayudaría yo a vengarse? Lo ignoraba. Pero, haciendo lo que Amílcar con el joven Aníbal, me colocaba la mano sobre el altar, exclamando: «¡Venganza! ¡Venganza!».

Con respecto al Rey, pareció estar muy afectado, y sobre todo muy atemorizado los dos primeros días; pero, al tercero, so pretexto de distraerse, salió a cazar y no se le volvió a ver en una semana.

En este lapso de tiempo, el odio reconcilió a Carolina con el ministro Acton. Tres veces al día le mandaba llamar, le pedía noticias de la guerra, y al separarse, le decía:

—¡Usted, que es todo un hombre, indíqueme un medio de vengarme!

Acton la consolaba todo lo que era posible consolarla, enterándola de las sangrientas convulsiones en que Francia se agitaba.

Mas, un día, le vi entrar pálido, apretando los dientes y temblando de coraje. La Reina, al verle, comprendió que era portador de alguna noticia fatal.

Se puso en pie, y, apretándome fuertemente la mano:

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Los republicanos, señora, se han apoderado nuevamente de Tolón —respondió

Acton.

—¡Tolón! —gritó la Reina palideciendo—, ¡han vuelto a apoderarse de Tolón! y hace ocho días me decía usted que había recibido una carta del almirante Hood en la que le decía: «Si los jacobinos vuelven a ser dueños de Tolón yo mismo me hago jacobino».

—Pues bien, no le queda más recurso que calarse el gorro frigio hasta las orejas.

—¿Pero, cómo puede ser esto? Según usted, los sitiadores de Tolón eran unos imbéciles. Carreaux, el general Carreaux, decía usted, era incapaz de llevar el sitio de una plaza de tercer orden.

—Y lo digo todavía, señora; pero no es ningún general el que ha recuperado Tolón: al parecer, es un joven oficial completamente desconocido y que hace sus primeras armas.

—¿Cómo se llama?

—Bonaparte.

—¿Qué es eso de Bonaparte? ¿Es un italiano?

—Sí y no.

—¿Cómo, sí y no?

—Es un corso.

La Reina golpeó con el pie.

—¡Tolón recuperado! —exclamó.

Y guardó silencio un instante, frunciendo el entrecejo y retorciéndose los brazos.

—¿No se conocen otras noticias acerca de Bonaparte?

—Le he dicho todo lo que sé, señora. La nueva ha sido traída por un bergantín mercante bloqueado en el puerto, de donde salió con la flota inglesa y la nuestra; pero, siendo más rápido, se ha adelantado a los demás barcos, y en tres días ha llegado a nuestras aguas.

—¿A quién ha preguntado usted?

—Al capitán.

—¿Puedo ver a ese hombre?

—Nada más fácil; pero me ha dicho todo lo que sabía.

—¿Cuándo cree usted recibir otras noticias?

—Hoy mismo, esta noche, o mañana por la mañana, a más tardar.

En aquel momento, el general dirigió maquinalmente una mirada hacia el lado del mar.

—¡Ah! señora, allá se acerca a nuestro puerto un buque a toda vela, y me parece descubrir en el horizonte otros navíos que le siguen.

—Tráeme el antejo, Emma —dijo la Reina.

María Carolina había pedido al capitán Nelson un buen antejo, y Nelson le envió el mejor del *Agamenón*.

El general Acton lo cogió y se puso a reconocer el barco que aparecía en el horizonte.

—O mucho me engaño —dijo—, o antes de dos horas tendremos noticias exactas, suministradas por un hombre que no habrá perdido nada de lo que haya ocurrido.

—¿Ha reconocido usted el buque? —preguntó la Reina.

—Creo que es el *Minerva*, a cuyo bordo va de capitán Francisco Caracciolo.

—¡Ah! —exclamó la Reina—, en ese caso, adviértale usted que deseo hablarle primero que ninguno. Usted le acompañará, si así lo desea; pero que venga aquí en seguida.

El general se inclinó y salió.

Quedamos solas. La Reina cogió el antejo y siguió con la vista a la corbeta hasta, que hubo entrado en el puerto. Pero, antes de haber entrado, el barco había cambiado señales con el castillo del Huevo, de suerte que el capitán, sin esperar que el ancla tocase el fondo, saltó a su canoa que, al remo, tomó la dirección de la dársena.

A lo lejos se divisaban otros cinco o seis barcos que parecían más o menos averiados y navegaban más o menos lentamente, según la importancia de sus averías.

Presa de viva impaciencia, la Reina esperaba por instantes la llegada del comandante de la corbeta.

Al cabo de diez minutos, oímos pasos que se acercaban rápidamente; abrióse la puerta, y el general Acton anunció a su acompañante, diciendo:

—El capitán Francisco Caracciolo.

El capitán entró, hizo un profundo saludo, y esperó el interrogatorio de la Reina.

—¿Es verdad, señor, que los infames jacobinos han vuelto a tomar Tolón?

—Sí, señora —respondió el príncipe Caracciolo sonriendo tristemente—; es preciso que sea verdad, desde el momento que estoy aquí.

—¿Y se ha rendido Tolón sin resistir?

—Ha habido lucha, señora; hemos tenido doscientos hombres muertos y cuatrocientos prisioneros.

—Entonces, explíqueme usted esta derrota, señor, porque sin duda ha sido una derrota, ¿no es cierto?

—En toda la extensión de la palabra, señora, y en toda la realidad del hecho.

—Pero ¿quién ha podido cambiar así, en algunos días, el sesgo de los acontecimientos?

—Un hombre de genio, señora.

—¿Ese Bonaparte?

—Sí, señora, ese Bonaparte.

—Pues, ¿qué ha hecho?

—Ha descubierto el único punto desde el cual era atacable Tolón; lo ha tomado a la bayoneta, y desde allí ha concentrado sus fuegos sobre la ciudad.

—¿Y después?... ¿después?... Continúe...

—Bien, señora, después, cuando se vio que los obuses incendiaban la ciudad, cuando se oyó silbar las balas y viose que los dos fuertes del Eguillete y de Balagnier

se unían con el del Pequeño Gibraltar para arrasar a Tolón, se introdujo la discordia entre ingleses, napolitanos y españoles. Los ingleses, decididos a evacuar la plaza sin comunicarlo ni a los españoles ni a nosotros, incendiaron el arsenal, los almacenes marítimos y los barcos franceses que no podían llevarse consigo, y empezaron a embarcarse bajo el fuego de las baterías francesas, abandonando a los que habían hecho traición a Francia por Inglaterra, y a quienes, a su vez, Inglaterra traicionaba ahora. A partir de entonces, señora, no hubo más que fuga y confusión. Los ingleses disparaban contra los realistas que trepaban por los costados de sus buques para huir de la venganza de los patriotas. Por mi parte, creí que debía proceder de diferente modo; recibí a bordo de mi barco a unos veinte realistas, entre ellos el gobernador de la plaza, conde Mandés. Traigo a esos infelices; tanto da que mueran aquí de hambre, si el Rey no se apiada de ellos, como perecer fusilado o guillotinado.

—Ha procedido usted muy bien, señor —exclamó la Reina—, y esos realistas no perecerán de hambre, yo se lo aseguro; porque, si el Rey se niega a socorrerlos, yo venderé mis joyas para darles de comer.

Caracciolo se inclinó.

—Yo no sé, señor —continuó la Reina—, si mi influencia alcanzará a hacerle nombrar almirante; pero, de todos modos, pediré al Rey y al señor Acton que le sea otorgado este favor, digo mal, esta recompensa.

Carolina hizo un signo con la mano, y el príncipe, saludando, se retiró.

—¿Qué opina usted de esto, señor? —preguntó la reina a Acton.

—Digo, señora, que el príncipe Caracciolo no quiere a los ingleses; de esa malquerencia dimana el papel desairado que ha hecho desempeñar a mis compatriotas en este asunto.

—Lo que quiere decir que usted no apoyará mi opinión cuando, en el Consejo, se discuta si se debe conceder el ascenso que pediré para el príncipe.

—Vuestra Majestad sabe —dijo Acton inclinándose—, que siempre soy de su opinión. Y ahora, ¿no le parece oportuno que se den órdenes para que los barcos y los hombres que van a entrar en el puerto sean objeto de los cuidados y de la solicitud del Gobierno?

—¡Vaya usted, señor, vaya! Haga curar a los heridos, cuidar a los enfermos, dar recompensas a los que merezcan ser recompensados; no somos una gran potencia para tener el derecho de mostrarnos ingratos con nuestros defensores.

Acton se retiró.

Por la noche, el Rey volvió de caza.

A las once, la Reina se enteró de cuanto había dicho y hecho.

Había cenado muy tranquilamente; durante la cena, le contaron lo ocurrido en el día, y después, sin pronunciar una sola palabra, se retiró a descansar.

A las doce, la Reina me pidió que la acompañase. Vi con asombro que cogía un puñal y un lápiz. Le pregunté el objeto que llevaba.

—Ven —me dijo—, ya lo verás.

La seguí a través del corredor siempre solitario por el que el Rey pasaba cuando se dirigía a las habitaciones de María Carolina, y llegamos a una pequeña pieza inmediata al gabinete de su marido.

Una vez allí, se detuvo y escuchó. Reinaba el más completo silencio, tanto en la cámara del Rey, como en la del gentilhombre que estaba de servicio. La Reina se acercó a la puerta del dormitorio de su marido, clavó en ella el puñal, y, entregándome el lápiz:

—Tú, cuya letra no conoce el Rey —me dijo—, escribe alrededor de este puñal lo que voy a dictarte.

Apoyé la punta del lápiz en la madera de la puerta.

—Escribe: *Tutte le mode vengono di Francia*^[12].

Yo escribí.

—Ahora, ven —añadió—; ¡ya veremos si mañana se desayuna tan bien como ha cenado hoy!

A la mañana siguiente, a las ocho, el Rey, pálido de terror, vestido con una bata, corrió a la habitación de la Reina; le mostró con temblorosa mano el puñal, y con voz entrecortada por el castañeteo de los dientes, le repetía las palabras escritas por mí en la puerta.

Carolina no pareció asombrarse.

—Esto prueba —dijo—, que hasta en el mismo palacio tenemos jacobinos.

—Pero ¿qué hacer? —exclamó el Rey con desesperación.

—Todo lo contrario de lo que hicieron Carlos I y Luis XVI —respondió la Reina—: tomar la delantera, y matar para que no nos maten.

—Eso es lo que yo deseo: matar; pero ¿a quién?

—¡A los jacobinos!

—Entendámonos —dijo el Rey, que no podía darse cuenta de lo que la Reina quería decir con la palabra *jacobino*—. En Francia, los jacobinos, según parece, son unos descamisados que llevan gorro frigio, que redactan los diarios blasfemos e incendiarios; aquí, los jacobinos son hombres de fuste, instruidos, sabios, que escriben libros reputados como excelentes. En Francia se llaman Santerre, Collot, de Herbois, Hébert; son cerveceros, cómicos silbados, vendedores de contraseñas; aquí, se llaman Héctor Caraffa, Cirilo, Conforti, es decir, que pertenecen a la primera nobleza, a la medicina, al foro. Existen, pues, jacobinos y jacobinos, como hay manojos y manojillos.

—Sí —respondió la Reina—, hay jacobinos y jacobinos, y puesto que los nuestros son ilustrados, nobles y ricos, son tanto más de temer. En Francia, el pueblo es malo, y la clase alta es buena; aquí, todo lo contrario, los de arriba son los malos, y los de abajo, los buenos.

—¡Vamos! ahora resulta que nuestro pueblo es la bondad personificada. ¿Por qué, pues, lo despreciáis, cuando me aplaude viéndome comer mi plato favorito de macarrones, y cuando salta al estribo de mi carruaje para tirarme de la nariz o

pellizcarme las orejas?

—Porque antes no lo conocía; hoy, le conozco, y le hago justicia. Tengo sobre vos la ventaja de habérsela hecho en todo tiempo.

—Sin duda, tiene cosas buenas, pero también otras malas.

—En fin, no es un hombre del pueblo el que ha entrado en palacio, el que ha clavado el puñal en la puerta y dado este aviso: «*Tutte le mode vengono di Francia*». No es obra del vulgo; lo es del bueno, del angelical italiano.

—He de convenir en ello; tan cierto lo creo, que he estado a punto de hacer prender al pobre Ricardo Sforza; que estaba a mi servicio esta noche; pero, al ver el puñal, se ha puesto aún más pálido y más tembloroso que yo.

La Reina fue a la ventana y la abrió.

—He ahí —dijo al Rey, señalándole los buques que el día antes se habían divisado en el horizonte y que en aquel momento entraban en el puerto, uno tras otro, como aves marinas heridas en las alas por el plomo del cazador—; ahí tenéis un espectáculo deplorable para la humanidad, ¿no es verdad? vergonzoso para el Gobierno sin ningún género de duda. ¡Nuestros soldados muertos o prisioneros; nuestra escuadra rota y maltrecha! Es una calamidad pública, y observad, toda Nápoles se ha reunido en los muelles para presenciar el espectáculo. Pues bien, disfrazaos e id a confundiros con esa multitud procurando no ser reconocido. Veréis cómo todos los ricos, todos los sabios se regocijan de nuestro desastre; y, al contrario, todos los pobres, todos los humildes e ignorantes deploran el suceso y maldicen a los franceses. Si estos vienen, vuestra clase alta se unirá a ellos. ¿Quién los combatirá? ¡El pueblo! ¿Quién se hará matar por su rey? ¡Los *lazzaroni*!

—¡Hum! los perillanes son harto ladinos para hacerse matar por nadie ni por nada...

—¡Qué vengan los franceses, y veréis!

—¡Bueno! —replicó el Rey, haciendo una mueca que le era peculiar—, los franceses están lejos todavía. Es preciso, para venir, que vengan por tierra, puesto que el mar pertenece a los ingleses y estos les han, incendiado, en Tolón, veinte barcos de guerra y hecho prisioneros quince. Aparte eso, si Tolón ha sido reconquistado, Mayence y Valenciennes no lo ha sido; los vandeanos se burlan de la Convención. El ejército republicano ha ganado la batalla de Wattigues, pero ¿dónde está Wattigues? En Francia, según creo, en las cercanías de Lille. Es el camino de Flandes, pero no el de Nápoles. Por otra parte, he oído decir que nuestros aliados los ingleses habían tomado a Santo Domingo.

—Es que yo no digo que tema a los jacobinos de Francia; los jacobinos a quienes yo temo son los de Nápoles.

—En cuanto a estos de Nápoles, querida maestra, tenéis a Médici para hacerlos arrestar; con Vanni, Guidobaldi y Castelcicala para juzgarlos, y a Donato para colgarlos. Se los abandono, señora; haced de ellos lo que mejor os venga en gana. Solo procuraré conservar a Cotugno, que es buen médico y conoce mi naturaleza,

pero todos los demás, vuestros son, literatos, nobles, los Conforti, los Pagano, los Caraffa, no valen para mí una brizna del excelente tabaco de España que me envía mi hermano Carlos IV... A propósito, voy a daros una noticia: he cotejado mi diario de caza con el suyo, y encuentro que he matado, desde enero último hasta la fecha, es decir, en un año menos algunos días, una tercera parte más que él.

—Lo felicito sinceramente —dijo la Reina encogiéndose de hombros—; es una ocupación muy interesante esa caza todos los días, en las circunstancias actuales.

—Señora, si yo no hubiese cazado, ¿creéis que los revolucionarios no se habrían apoderado de Tolón?

—Es verdad, señor —repuso Carolina con desprecio—, no acierto a decir si tenéis más de filósofo que de lógico, o viceversa. Os aconsejo que cultivéis una u otra de dichas ciencias, o ambas a la vez, si así os place, en tanto que yo aprovecharé el permiso que me dais para recurrir a los talentos de Médici, de Vanni y demás recomendados vuestros. Podéis ir, señor, y no olvidad lo del puñal clavado en la puerta de vuestro dormitorio; recuerdo que provocará en vos salvadoras ideas, saludables pensamientos. ¿Vais hoy a cazar?

—No, señora, voy a pescar.

—El momento es bien elegido. Id a pescar, y a vuestro regreso me daréis noticias de vuestros barcos.

El Rey, que ya había dado un paso en dirección a la puerta, se detuvo.

—Tenéis razón —dijo—, voy a dar contraorden. Me contentaré con tirar a los faisanes en Capodimonte.

Y salió.

Carolina hizo llamar al general Acton, y con él se convino:

Que el mismo día sería decretada la enajenación, en provecho del Tesoro, de un gran número de propiedades eclesiásticas; que se impusiera a Nápoles una contribución extraordinaria de cien mil ducados, a lo menos, y a la nobleza ciento veinte mil;

Que las iglesias, los monasterios, las capillas darían sus vasos de oro y plata, con excepción de los que fuesen de absoluta necesidad;

Que los ciudadanos debían vender sus joyas y objetos de valor, y entregar su importe al Tesoro; en pago, recibirían bonos, del Banco pagaderos a cierto plazo;

En fin, que sin cuidarse del clamoreo que tales disposiciones podrían levantar, el Gobierno se incautaría de los Bancos públicos.

Doscientos cincuenta millones fue el resultado de estos acuerdos.

Además, el consejo de Estado recibió de la propia Reina orden de empezar sus funciones; las cuales, en efecto, empezó, arrestando a un centenar de individuos designados por María Carolina.

LXIII

Digamos cuatro palabras del criminal, o mejor dicho del primer inocente que abrió a tantas víctimas la sangrienta vía del patíbulo y de la horca.

Encontrándose en Nápoles la Reina, con motivo de las fiestas de Pascua, que nunca dejaba de celebrar, llegó a nuestros oídos que la iglesia del Carmen, una de las más veneradas en la ciudad, acababa de ser manchada con un acto de espeluznante impiedad.

Conviene decir ante todo algo sobre la iglesia del Carmen.

La fundó la reina Isabel, madre del joven Conradino. Venía la Reina en un navío cargado de oro para rescatar a su hijo de manos del duque de Anjou, o mejor dicho, del rey de Nápoles. ¡Llegó demasiado tarde! El oro que debía rescatar al infortunado niño fue empleado en edificar una capilla en la que se inhumaron sus restos y los del duque de Austria, que, no pudiendo vivir sin él, quiso morir al mismo tiempo.

En 1438, durante el sitio de Nápoles, un proyectil dirigido por Renato de Anjou, amenazó la cabeza del gran crucifijo de madera que se elevaba sobre el altar bajo el cual yacía sepultado Conradino; el crucifijo inclinó la cabeza sobre el hombro derecho, de modo que la bala pasó sin tocarla, y fue a incrustarse en el muro.

Ese crucifijo gozaba ya de una gran reputación de santidad; por un milagro del Cielo, los cabellos crecían en su cabeza lo mismo que en un cráneo vivo, y anualmente, en el día de Pascua, el alcalde de Nápoles los corta con tijeras de oro, y, después de haber separado una porción de ellos para los reyes y el príncipe real, distribuye el resto entre los fieles.

En el claustro de la propia iglesia fue asesinado Masaniello, en 1647.

Así que, debido a esas tradiciones, mitad históricas, mitad religiosas, la iglesia del Carmen, que se levanta junta al Mercado Viejo, esto es, en el barrio más populoso de la ciudad, es muy venerada de todas las clases sociales.

Pues bien, precisamente el domingo de Pascua de 1794, en el momento de levantar el sacerdote la sagrada forma, se oyó una voz que profería abominables, horrendas blasfemias, y un hombre pálido, con los cabellos erizados, cubierta de sudor la frente, echando espuma por la boca, se abrió paso por entre la muchedumbre, se abalanzó al altar, y, abofeteando al celebrante, le arrebató la hostia de las manos y la pisoteó.

En la Edad Media se hubiera dicho que aquel hombre estaba endemoniado, y se le hubiera exorcizado. En el siglo XVII se le consideró como impío y blasfemo, propagandista de los principios sacrílegos de Francia, y se le procesó.

El proceso fue breve. El culpable, no solamente dejó de defenderse, sino que, encarándose con los jueces, negó a Dios, a Jesús y a la Virgen.

Se llamaba Tomás; era de Mesina; tenía treinta y siete años, tres hermanos y una hermana: era huérfano de padre y madre, y carecía de domicilio conocido.

Tal fue, a lo menos, su declaración.

El clero sacó inmenso partido de este acontecimiento. Dijo que el acusado representaba la impiedad de la época y que era un símbolo viviente de la corrupción de la sociedad, arrastrada por los principios revolucionarios.

Respecto a los jueces, todo les parecía poco para expresar fielmente el horror que el crimen aquel les producía. Condenaron al criminal a la horca y a marchar amordazado al suplicio, temiendo que las blasfemias que acaso saldrían de su boca escandalizasen la conciencia de los buenos cristianos.

Además, durante los tres días que precedieron a la ejecución, se celebraron rogativas públicas en todas las iglesias para la expiación del crimen.

Dos jueces solamente, el presidente Cito y el consejero Potenza, se manifestaron contra la pena de muerte y pidieron que se encerrase a Tomás Amato en un manicomio.

El sábado 17 de mayo fue el día señalado para la ejecución.

Pasearon al reo por todas las calles de Nápoles, excepto las inmediatas al palacio real, porque en algunas de estas últimas hubiese podido encontrarse al Rey, encuentro que habría podido equivaler al perdón. El clero quería que toda la población de Nápoles conociese a un blasfemo.

En fin, la comitiva llegó a la plaza del Mercado, donde debía tener lugar la ejecución. El condenado iba acompañado de *bianchi*, o sea, de los individuos de esa cofradía que goza del triste privilegio de sostener moral y físicamente a los reos en sus últimos instantes, y de diez o doce cofradías.

A pesar de esta larga y fatigosa caminata, una especie de exaltación febril sostenía al condenado, que subió la escalera con paso tan firme como si ignorase que cada escalón le conducía a la muerte. Después de la ejecución, quemaron el cuerpo y sus cenizas fueron aventadas.

El mismo día en que esta terrible muerte llenaba de terror a Nápoles, llegó una carta del general Danero, gobernador de Mesina, que reclamaba a un desgraciado llamado Tomás Amato que se había fugado del manicomio de Mesina.

Por más que se procuró guardar el secreto de aquella carta, divulgose su contenido, y Nápoles supo —cosa que los jacobinos se apresuraron a publicar—, que los jueces habían confundido la exaltación de un loco con la impiedad de un ateo.

Este error, que debía haber calmado la vehemencia de los jueces, pareció, por lo contrario, excitarla. Resolvieron que las sesiones del tribunal fuesen permanentes y que solo se interrumpiesen para comer y dormir.

Por aquel entonces; queriendo Inglaterra desquitarse de la derrota sufrida en Tolón, decidió la expedición contra Córcega. El Gabinete de San Jaime había de mucho tiempo atrás preparado a Paoli y sabía que podía contar con ese hombre, que sus compatriotas miraban entonces como el personaje más grande que hubiese dado

su país.

La Reina fue advertida de este proyecto por *sir* Guillermo Hamilton, o, mejor dicho, por mí. Tratábase de obtener de ella, y el empeño no era difícil, que uniese sus tropas a las de Inglaterra, con arreglo a los términos del tratado entre la Gran Bretaña y el reino de las Dos Sicilias. El Rey propaló la voz de que, para esta expedición, había dado diez millones de su tesoro particular, y la Reina se presentó en público con diamantes falsos, diciendo que había sacrificado los legítimos a las necesidades del Estado.

Nelson recibió el encargo de poner cerco a Calvi. Un proyectil, al dar contra el suelo, hizo saltar una granizada de guijarros, y uno de estos, dándole en el ojo izquierdo, se lo vació.

Si se quiere conocer el carácter moral de aquel rudo marino, léase la carta que escribía al almirante Hood el mismo día en que recibió la terrible herida.

Mi querido lord:

Los detalles que le habrán llegado acerca de la batalla, seguramente no explican una cosa de escasa importancia. Se trata de una ligera herida que he recibido esta mañana en un ojo; y bien podrá usted creer que ha sido ligera, puesto que no me impide escribirle esta tarde.

Crea usted en la sincera estima de su fiel.

HORACIO NELSON.

Sir Guillermo y yo nos enteramos de esta noticia, y sospechamos que la *ligera herida* suponía nada menos que la pérdida de un ojo.

La Reina, que estaba lejos de prever los servicios que algunos años más tarde le prestaría Nelson, se interesó un tanto en el suceso. En cuanto al Rey, al saber que Nelson había perdido un ojo:

—¿Cuál? —preguntó.

—El izquierdo, señor —le respondieron.

—¡Bueno! —añadió Fernando—, eso no le impedirá cazar.

Había yo, desde mi llegada a Nápoles, sentido vivos deseos de presenciar una erupción del Vesubio; y, riendo, suplicaba a *sir* Guillermo, dada su intimidad con el volcán, que le encargase, en mi obsequio, un buen temblor de tierra.

Fui complacida en mis anhelos.

El 12 de junio por la noche, *sir* Guillermo regresó a eso de las once, y, como quiera que yo me encontraba aún con la Reina, vino a buscarme.

—Señora —me dijo, después que hubo saludado a los reyes—, vengo del observatorio. Ha deseado y desea usted ver una erupción acompañada de un temblor de tierra. Ya usted a presenciar una, y de las más imponentes.

—¡Bravo! —exclamó el Rey—: solo nos faltaba eso.

—Señor —dijo la Reina—, hay ocasiones en que la Naturaleza parece tomar parte en los sucesos humanos y participar de las pasiones del hombre. ¿Sabéis los presagios que precedieron a la muerte de César?

—No, a fe mía, señora. Un día oí a *sir* Guillermo hablar de un cometa; pero los cometas me tienen sin cuidado, al paso que los terremotos me infunden miedo, como todos los peligros cuya causa no me explico satisfactoriamente; y, además, los temo, porque suponen gastos de reconstrucción. ¿Recordáis lo que me costó el de 1783?

—Espero que, llegado el caso —objetó la Reina—, no haréis las mismas locuras; ahora, podemos hacer mejor uso de nuestro dinero que emplearlo en reedificar las chozas de los calabreses.

—Quizás fuera preferible darle esta aplicación en vez de destinarlo a hacer la guerra a los franceses. ¡Es un fiero volcán este Vesubio! Derrumba, por igual, chozas y palacios.

—¿No teméis que los jacobinos de París se apoderen de Portici y Caserta?

—¡Bah, bah!

La Reina se encogió de hombros.

—Decid lo que gustéis, señora —continuó Fernando—, temo más a los jacobinos de París que a los de Nápoles. ¡Qué mucho! Conozco a mi Nápoles, donde nací, y con tres F hago de él lo que quiero.

—¿Y cuáles son esas tres F? —pregunté riendo al Rey.

—¡Cómo! querida mía, ¿no conocen ustedes el axioma favorito de Su Majestad?

—No, señora.

—Con tres F se gobierna Nápoles: *Forca, Festa, Farina*.

—¿Eso cree usted, señora? —pregunté riendo.

—Mi parecer es que sobran dos, y que con *Forca* hay suficiente.

—Entretanto —dijo el Rey—, vamos a sentir un temblor de tierra; conforme usted supone, *sir* Guillermo.

—Lo temo.

El Rey tocó un timbre; un sirviente acudió al llamamiento.

—Enganchen —le dijo.

—¿Adónde vais? —preguntó Carolina.

—A Caserta. ¿Y vos?

—Yo me quedo aquí.

—¿Y usted, señora? —me preguntó el Rey.

—Si la Reina se queda, me quedará yo —respondí.

—¿Y usted, *sir* Guillermo?

—Señor, no me contraría estudiar de cerca el fenómeno.

—Estúdielo usted, mi querido amigo. Afortunadamente, no es usted ni gordo ni asmático como aquel sabio romano que se ahogó en Stalía... ¿Cómo le llama usted?

—Plinio, señor.

—Plinio, eso es. ¿Qué tal? Diga usted ahora, señora, que no conozco la historia antigua.

—¡Ah, señor! ¿Quién os ha echado en cara jamás semejante cosa? Cuando se ha tenido por profesor a un duque de San Nicandro, se sabe todo.

—¡Ah, señora! Ya es mucho saber que no se sabe nada. El instinto suplo en mí la inteligencia, y eso me salva.

El sirviente volvió para anunciar que el coche estaba preparado.

El Rey salió precipitadamente. Y momentos después oímos el rodar del vehículo que conducía a Su Majestad lejos de Nápoles.

LXIV

María Carolina era por temperamento, intrépida y audaz; cuando el Rey se mostraba pusilánime, tenía ella singular placer en dar una prueba de animosidad, de osadía. Aunque la atmósfera estuviese pesada, aunque el *siroco*, ese viento que todo napolitano mira como a un enemigo personal, soprase con violencia, Carolina me propuso, lo mismo que a *sir* Guillermo, que fuésemos al encuentro del peligro, por decirlo así, dirigiéndonos en coche hasta el puente de la Magdalena.

Sir Guillermo tenía el frío valor de un inglés de buena cepa, y cuando se trataba de cosas de ciencia, iba hasta la temeridad. Aceptó, pues, la proposición con alegría.

Sin participar en nada del entusiasmo científico de mi marido, sin tener el caprichoso deseo de la Reina, ávida de aventuras, no podía yo, cuando ambos iban a buscar un peligro acaso imaginario, resistirme a correr la eventualidad de ese peligro. Hubiese yo preferido, sin duda, quedarme y esperar el suceso; pero, a impulsos de la dignidad, me ofrecí a tomar parte en la excursión.

A las doce de la noche en punto salimos de palacio en carruaje.

—¡Al puente de la Magdalena! —dijo la Reina.

El cochero hizo emprender a los caballos una marcha acelerada.

El aire estaba impregnado de azufre y se percibía ese rumor subterráneo que precede a las grandes catástrofes volcánicas y que comunica a La Naturaleza toda un vago sentimiento del peligro aun antes de manifestarse ese peligro.

Las aguas del mar se agitaban dando la impresión de una marmita puesta al fuego, cuyo hirviente líquido se revuelve y, en la ebullición, sube del fondo a la superficie. Con sus fosfóricos centelleos, el golfo parecía una inmensa balsa de fuego.

La luna flotaba entre cárdenos efluvios, semejando una bomba colossal lanzada por monstruoso mortero.

Todo el mísero pueblo del *basso porto* se había guarecido en sus casuchas; el silencio de las estrechas y sombrías calles que desembocan en los muelles, era turbado solamente por algunos perros vagabundos que dirigían lastimeros aullidos a la luna.

Así la mano de la Reina.

—Tengo miedo —le dije.

—Tranquílice usted a su mujer, milord —dijo la Reina—, pues de lo contrario va a ponerse enferma.

En aquel momento, un hombre, envuelto en una capa, no obstante el sofocante, calor que se sentía, se paró y miró con extrañeza pasar el carruaje; realmente, aunque iba con nosotros *sir* Guillermo, no era aquella hora nada a propósito para pasear las mujeres, y mucho menos por tales barrios de la ciudad.

—¡Reina Carolina —dijo el desconocido—, provocáis a Dios!

Y se perdió por un callejón llamado *via dei Sospiri-del-Abisso*, es decir, calle de los Suspiros del Abismo, porque los condenados van a la muerte pasando por esa calle, desde la cual divisan por primera vez el patíbulo.

—¡Oh! ¡Dios mío, señora! —exclamé—, ¿qué significa eso?, ¿quién es ese hombre?

—Algún jacobino olvidado por Vanni —murmuró la Reina—, y que me amenaza, no pudiendo hacer otra cosa.

Llegamos al puente de la Magdalena, pero a la altura de la estatua de San Javier, los caballos se pararon y obstinaron en no continuar la marcha.

El cochero los fustigó inútilmente; se encabritaron y apoyaron en el parapeto del puente.

—¡Señora, señora! —dije yo, estrechando la mano de la Reina—, ese hombre no era un enemigo, sino un amigo; no vaya usted más lejos; ¡no provoque a Dios!

—¿Qué les pasa a los caballos, Cayetano? —preguntó la Reina.

—No lo sé, señora —dijo el cochero—, pero no quieren de ninguna manera traspasar la estatua de San Javier.

—¿Se descubre en el camino alguna persona o algún objeto que pueda asustarlos?

—No veo nada, señora; pero los animales perciben a veces lo que los hombres no alcanzamos.

—¿Oye usted lo que dice este imbécil? —preguntó la Reina a *sir* Guillermo.

—Señora —respondió este—, su cochero plantea, sin explicarlo, uno de los problemas de la Naturaleza. Se ha demostrado hasta la evidencia que en los eclipses, en los temblores de tierra, en todos los grandes cataclismos de la Naturaleza, los animales son advertidos por su propio instinto antes que el hombre lo sea por su razón. Según toda probabilidad, la montaña no tardará en dar señales de vida.

En efecto, cual si el Vesubio no hubiese esperado más que aquel instante para estallar en furor, se oyó de las profundidades de la tierra un rugido intenso, terrible, y una sacudida violenta hizo rodar hacia atrás el carruaje.

Los caballos relincharon y se cubrieron de sudor como el mar se cubre de espuma.

—¡Señora!, ¡señora! —exclamó el cochero—, bien decía yo que los caballos veían algo que yo no descubría... ¡Vea Vuestra Majestad!

Y señaló con el dedo la cima de la montaña.

Una humareda negra y espesa empezaba a salir del cráter, elevándose verticalmente como una gigantesca torre. La inmensa columna de humo era a intervalos alumbrada por relámpagos seguidos de detonaciones parecidas a las de baterías de cien cañones.

La Reina me cogió la mano y la estrechó; su corazón de bronce empezaba a flaquear.

—Si Vuestra Majestad quiere a todo trance permanecer aquí —dijo Cayetano con voz temblorosa—, le ruego que se apee, porque no respondo de los caballos.

En aquel momento se oyó una detonación espantosa; sentimos una fuerte sacudida y me pareció que todo oscilaba en torno mío.

—¡Señora! —grité—, ¡en nombre del Cielo, volvámonos, volvámonos!

Pero no tuvo la Reina necesidad de dar orden de regreso; los caballos emprendieron una carrera vertiginosa por la pendiente del puente en dirección a la Marina.

—¡Señora, señora! —exclamaba el cochero—, no puedo sujetar los caballos.

—Pues, ¡sea lo que Pies quiera! —dijo la Reina.

Una nueva detonación, más formidable que las anteriores, retumbó en la atmósfera; sentí correr por mis venas un calofrío, y me desvanecí de terror.

Cuando abrí los ojos, el coche estaba parado; Cayetano tenía sujetos a los caballos por el freno, y pude ver que estábamos frente a la calle *dei Sospiri-del-Abisso*.

En el momento en que el vehículo iba a estrellarse contra el ángulo del muelle, el mismo hombre que poco antes gritara a la Reina que no tentase a Dios, se había abalanzado a coger la brida de los caballos, con riesgo de ser aplastado, y con fuerza sobrehumana, los detuvo.

La sacudida fue tan violenta, que Cayetano había sido despedido de su asiento; pero se levantó en el acto y corrió a apoderarse del freno.

El desconocido, viéndole dueño del tiro, desapareció con paso precipitado.

Nada había visto yo. Me despertó como de un sueño. La Reina me hizo aspirar un frasco de sales.

—¡Ah! a Dios gracias —exclamé al recobrar el conocimiento—, Vuestra Majestad ha salido ilesa.

Era una cosa singular, pero la Reina ejercía sobre mí el poder que el magnetizador tiene, según se dice, sobre el hipnotizado; cuando yo me encontraba a su lado, mi alma parecía que anhelaba desprenderse del cuerpo para ir a confundirse con la suya.

Cayetano ocupó nuevamente el pescante; los caballos parecían sosegados como por encanto, y, sin otro accidente, llegamos a palacio.

Me sentía fatigada y como si todos mis miembros se hubiesen dislocado. La Reina me obligó a recogerme en mi habitación que estaba inmediata a la suya.

Sir Guillermo pidió permiso para subir al terrado del palacio para mejor observar el fenómeno del volcán. Creo yo que, para resolver un problema geológico, se hubiese arrojado en el cráter, lo mismo que Empedócles, dejando las chinelas en la cima de la montaña.

No vi nada más; pero he aquí lo que me contaron:

Las sacudidas se sucedieron con rapidez, extendiéndose particularmente de Norte a Sur, esto es, de Portici a Torro del Annunziata.

Como siempre, Nápoles salió indemne.

Sobre las tres de la madrugada, el camino que se extiende a lo largo del Vesubio se llenó de fugitivos que se dirigían a Nápoles abandonando sus viviendas, y venían a

refugiarse tras, el puente de la Magdalena, o mejor dicho, tras la estatua de San Jenaro, que, desde el punto más elevado del puente, protege a la ciudad.

El sol había lucido brillante y en un cielo diáfano; pero la columna de humo y de ceniza que salía del Vesubio se extendió pronto por todo el firmamento; las aguas, que son el espejo del cielo, adquirieron un tinte opaco, y poco a poco, la luz cenital desapareció como en un eclipse.

Cuando me levanté, a las diez de la mañana, me pareció que eran las diez de la noche.

A partir de aquel instante, hasta dos días más tarde, del 13 al 15 de junio, el sol no brilló más, los ruidos de la montaña aumentaron y la obscuridad adquirió tonos más sombríos.

Al día siguiente, día 14, si los relojes no hubiesen marcado el curso del tiempo, habría sido imposible precisar si era de día o de noche. Las tinieblas eran tan profundas, que en Chiaïa y en Toledo, las dos calles más amplias de Nápoles, parecía que se vivía en el interior de una cámara oscura.

El cardenal-arzobispo, acompañado del clero de toda la ciudad, sacó de la catedral la reliquia de San Jenaro, y seguido de toda la nobleza y de todo el pueblo, aquella rezando, este cantando himnos, se dirigió al puente de la Magdalena, invocando la protección del santo tutelar de la ciudad.

La Reina fue a oír la misa que precede a dicha ceremonia; pero yo, como protestante, no pude acompañarla. El pueblo, observando la presencia de una herética en una iglesia, habría sido capaz de atribuirme la catástrofe y descuartizarme.

El arzobispo, el pueblo, la nobleza permanecieron orando en el puente desde las dos de la tarde hasta entrada la noche. Y digo mal, diciendo la noche, pues no había ni día ni noche. Las campanas solamente, tocando el *Ave María*, anunciaban el retorno de las tinieblas.

Durante la noche del 15 al 16, atrajo las miradas de todo el mundo un ruido parecido al de un polvorín que vuela. Toda la población de Nápoles se encontraba en la calle; los más asustadizos tendidos en el suelo, ocultando la cara contra la tierra; otros, menos despavoridos, de rodillas, y todos, en fin, encorvados bajo el peso del acontecimiento.

El cráter del volcán vomitó un inmenso haz de fuego, el cual se elevó y deshizo en restos candentes que cayeron sobre el declive de la montaña; entonces salió de la cumbre un doble río de fuego, uno de cuyos ramales se deslizó con dirección a Resina, y el otro tomó la de Torre del Greco.

Treinta mil personas, hombres, mujeres y niños, siguieron con los ojos y llenos de estupor, aquel doble torrente de lava.

Toda la llanura que se extendía entre el volcán y Resina, todas las casas de campo que se levantaban en esa planicie, fueron cubiertas por la lava; pero la terrible inundación, como obedeciendo a un mandato sobrenatural, se detuvo a las puertas de Resina.

Por desgracia, no ocurrió lo mismo en Torre del Greco. Una antigua erupción había cubierto la mitad de la ciudad, y después, deteniéndose de repente, formó un sombrío escollo que dominaba la parte respetada por el azote.

Sobre ese escollo, cual sobre otra roca de Tarpeya, se había edificado una nueva ciudad, y entre esta y la vieja, establecióse una comunicación por medio de una escalera tallada en la lava.

Esta vez, todo fue invadido, sumergido; la inundación volcánica cortó la ciudad nueva por su base, y de lo alto del escollo se precipitó, como catarata de fuego, sobre la ciudad vieja, que fue cubierta por la lava hasta el nivel de las más altas casas y del campanario de la iglesia. Después, el torrente, arrastrando consigo los restos de ambas ciudades, rodó hacia el mar y formó un rompeolas tras el cual pudieron las embarcaciones encontrar un abrigo.

Todo esto ocurrió en la noche del 15 al 16, como si el terror de la catástrofe tuviese, para llegar a su colmo, necesidad del terror que inspiran las tinieblas.

Por la mañana del 16, el sol, que durante los últimos tres días había permanecido oculto, brilló en un cielo puro.

Una porción del Vesubio había sido arrasada por el propio Vesubio. La parte más alta de la montaña se había hundido en el cráter y precipitándose de una altura de más de mil metros, haciendo saltar aquel ramillete de llamas, que iluminó la superficie del mar a diez leguas a la redonda, e hizo desbordar los dos ríos de lava que inundaron la campiña.

Durante aquellas horas de duelo y espanto, todo se interrumpió en Nápoles, excepto los lúgubres trabajos de la junta de Estado; porque algunos de los actos emanados de ella datan de los tres días de la erupción. La cólera divina no había logrado apaciguar la cólera de los reyes.

Al día siguiente de la noche en que los caballos, al desbocarse, habían puesto en peligro nuestras vidas y que habíamos sido salvados por la milagrosa intervención del misterioso desconocido, la Reina mandó llamar al jefe de policía y le dio encargo de descubrir a su salvador. Todas las diligencias practicadas resultaron inútiles; ninguna mano pudo descorrer el velo que ocultaba el extraño suceso.

El día 15 el Rey escribió diciendo que, habiendo serenado el tiempo, se proponía cazar el día 17, y que, por consiguiente, no regresaría hasta el 18.

De lo que había podido ocurrir en Nápoles, o en sus alrededores, no decía una sola palabra; nada había llegado a su noticia, con lo cual queda patentizado lo poco que todo ello le importaba.

En pocas palabras he explicado la sentencia y muerte de Tomás Amato, una de las primeras víctimas del comité.

Las prisiones empezaron tan pronto como hubo partido el almirante de Latouche-Tréville. Hacía, pues, cuatro años que algunos de los acusados estaban presos.

Esos acusados eran en número de cincuenta y cuatro. El procurador fiscal, Basilio Palmieri, dijo, al empezar la persecución, que tenía pruebas contra veinte mil personas.

Entretanto, había pedido la última pena para treinta de los acusados, con previa aplicación de la tortura.

Pero el tribunal se dio por satisfecho condenando a muerte solamente a tres, otros tantos a galeras, trece a castigos menores. Los demás fueron puestos en libertad.

El jefe de la conjuración era un tal Pedro di Falco. Hizo confidencias, denunció el plan de los conjurados; pero esas confesiones nunca llegaron a ser del dominio público, y el denunciador fue enviado a la isla de Tremiti sin haber sido careado con sus secuaces.

La decisión de los jueces por la pena de muerte, era singular; se habría dicho que querían aplicarla en holocausto a la Parca.

Los tres condenados eran tres jóvenes, casi niños, pertenecientes a la clase aristocrática, colegiales aún por la edad, ignorantes del mundo, en el que no habían tenido ocasión de entrar, y conocidos tan solo de sus condiscípulos por sus triunfos de colegio.

La edad de los tres juntos no formaban la edad de un hombre viejo.

El mayor se llamaba Vincenzo Vitigliano, y tenía veintidós años; el segundo, Manuel de Deo, de veinte; el tercero, Vicente Gagliani, y era su edad de diez y nueve años.

Un grito de piedad se levantó en toda la ciudad cuando se conoció el fallo y se supo que había recaído contra tres jóvenes cuyo único crimen, ha dicho un historiador contemporáneo, consistía en *haber hablado de cosas que fuera mejor haber sido calladas, y en haber aplaudido aquello que tenía necesidad de ser examinado.*

Su gran crimen era haberse hecho cortar los cabellos y propuesto, los primeros, adoptar la moda introducida en Francia por el actor Talma, cuando la primera representación de *Tito* de que he hablado en otro lugar.

Cuando me enteré de lo que ocurría, de la edad de los condenados y de quiénes eran, y cuando se me demostró la imposibilidad de que hubiesen conspirado seriamente, sentí profunda piedad por aquellos tres arbolillos que iban a ser cortados de raíz sin haberseles dado tiempo de producir ningún fruto.

Corrí hacia la Reina, que me recibió con hosco semblante y el entrecejo fruncido.

—¿También tú vienes a interceder por ellos? —me preguntó.

—¿Y si viniese a interceder por ellos, señora, se negaría Vuestra Majestad a escucharme?

—Sí, porque estoy resuelta a dejar que la justicia siga su curso, y tu súplica no sería más que una importunidad inútil.

—¡Oh, señora! —le dije, juntando las manos—, ¡tan jóvenes y tan poco peligrosos!

—No son, ciertamente, de condición tan dañina, que merezcan ser extirpados; convengo en ello.

—¡Oh, señora! vos misma lo reconocéis.

—Hay momentos en que me pregunto si esos miserables jueces han condenado a los tres muchachos por falta de entendimiento o por traición; pero debo decirte que me inclino por la traición.

La miré con extrañeza.

—¿No entiendes? Si los perdonara, sentaría un precedente que me obligaría en adelante a perdonar a todos, porque todos se declararían también inocentes. Si los dejo ejecutar, todos los padres me aborrecerán y todas las madres me maldecirán. No habrá una sola madre que tenga un hijo de veinte años que no le estreche entre sus brazos, diciendo: «¡Líbrete Dios de la reina extranjera, de la austríaca!» como llamaban a mi hermana.

—¡Ah, señora, Vuestra Majestad está indecisa, y eso es simplemente indicio de que los jueces han fallado injustamente!

—La justicia no puede en ningún caso ser injusta, Emma. Su justicia, pues, se cumplirá.

Lancé un suspiro e incliné la cabeza sobre mi pecho, pronunciando algunas palabras en voz baja.

—¿Qué murmuras? —preguntó la Reina.

—Doy gracias a Dios, por no haberme hecho reina, señora —le respondí.

Hubo un momento de silencio que la Reina interrumpió.

—Después de todo, la sentencia ha sido dictada esta mañana; tenemos, pues, tres días por delante para tomar una resolución... Tú te quedarás hoy aquí; la noche es buena consejera.

En aquel momento se presentó el Rey; me saludó, según costumbre, con mucha cortesía, indicándome con un signo que volviese a sentarme y haciendo él lo propio al lado de su mujer.

—Mi querida maestra —le dijo—, os participo que me ausento por tres o cuatro días.

—¿A dónde vais?

—A cazar en Persano.

—¿Habéis recibido aviso de estar amenazados de una nueva erupción volcánica?

—No, porque en tal caso no iría por el lado de Salerno, sino hacia Capua... No es

un temblor de tierra, una erupción, lo que yo temo en los actuales momentos.

—¿De qué tenéis miedo?

—Bien lo sospecháis.

—¿Pero dudáis de la verdad de su axioma, de la eficacia de una de sus tres *efes*?

—No de la eficacia, pero sí de la oportunidad.

—¿Y en la duda?

—En la duda, me ausento... ¿Acaso no es de sabios semejante parecer?

—¿Es decir que no quiere usted estar presente a lo que va a ocurrir?

—Decís bien, no quiero presenciar nada. ¿Soy yo, por ventura, el que ha reunido la junta, ni el que ha hecho regresar de Londres a Castelcicala? ¿Soy yo el organizador de esa famosa cámara obscura, cuya existencia solo conozco, afortunadamente, de oídas? No; todo eso es obra vuestra, señora. Yo me dedico a la caza, a la pesca, yo me entrego al reposo en San Leucio; soy lo que se llama, históricamente hablando, un rey holgazán. Vos, señora, vos sois quien reina; vos lleváis el cetro y sois una Catalina II; un día seréis llamada la Semíramis del Mediodía, así como la czarina ha sido llamada la Semíramis del Norte. Y eso será muy glorioso para vos y para mí; pero justo es que, ya que disfrutáis de las ventajas de esta situación, os alcancen también sus inconvenientes.

—¿Conque os proponéis dejarme, ante Nápoles, ante Europa, la responsabilidad de la muerte de esos tres jóvenes?

—¿De qué jóvenes habláis?

—De los que han sido condenados por el comité esta mañana.

—¡Ah!, ¿el comité ha condenado esta mañana a tres jóvenes?

—¿Lo ignorabais?

—Sí, por mi fe; ejerzo tan secundaria influencia en el Gobierno, que nadie se toma la molestia de ponerme al corriente de los asuntos públicos.

—Basta de bromas sobre este particular, señor. El asunto es grave; así que, hablemos de él seriamente, o de lo contrario, no hablemos.

—No hablemos, es lo que deseo. Sabéis que tengo la costumbre de no entrometerme sino en aquello que me atañe. He venido a deciros que salgo para Persano, donde me propongo pasar algunos días. Si vos lo hubieseis ignorado, habrías podido estar intranquila, y no quiero apartar un solo instante su atención de las altas especulaciones de la política, para detenerla sobre mi persona mísera. ¿Decís que tres jóvenes han sido condenados a muerte? ¡Pobres jóvenes! Lo siento; pero ¡qué hacerle! si son culpables, si han conspirado contra vos...

Yo tomé la palabra.

—Eso es, precisamente, señor, lo que preocupa el excelente corazón de Su Majestad la Reina, quien no está segura de que esos jóvenes sean culpables, ni siquiera de que no sean inocentes.

—¡Cáspita! en este caso, mi querida embajadora, no faltaría más sino que la Reina los dejase ejecutar. La muerte de aquel loco que fue colgado el otro día, ha

causado va muy mal efecto; la de tres inocentes sería mucho peor. Reflexionadlo bien, señora, reflexionadlo.

—Pero, señor —objetó la Reina visiblemente contrariada de llevar la desventaja en una discusión con su marido—, aunque yo quiera perdonar, ¿tengo facultades bastantes? Yo no soy el Rey.

—¡Cómo, no sois el Rey!

—No, no soy el Rey, sino la Reina.

—¿A mí me lo decís?... ¡Pardiez! ¿Quién es el Rey? El que preside el Consejo; el que da órdenes a los ministros; el que declara la guerra y hace la paz. ¿Dónde diablo habéis visto que yo me ocupe en tales cosas? Sois vos la que se consagra a ellas, señora; por consiguiente, en realidad, sois vos el Rey.

—El Rey, señor, es aquel que tiene la firma.

—Bien sabéis, señora, que soy tan perezoso, que para no tener siquiera el trabajo de firmar, me mandé hacer una estampilla.

—Que está encerrada en una arquilla cuya llave guardáis vos, señor.

—En eso precisamente he caído, al disponerme a emprender el viaje para Persano; y heme dicho que, pues todo está en vuestras manos, debe estarlo igualmente esta llave, y os la traigo.

—¡Oh, dénosla, señor, dénosla! —exclamé.

—Señora —dijo Fernando a la Reina que le miraba con expresión taciturna—, os advierto que la firma real está ahora en manos de *lady* Hamilton, y que sería peligroso dejársela, porque podría con la mayor facilidad vender Malta o Sicilia a Inglaterra, que no desea otra cosa; ¡y eso sería un gran perjuicio para nuestra corona!

Y saludándonos a la Reina y a mí con el ame burlón que le era característico, salió haciendo un movimiento indicando que se lavaba las manos.

—Sí, comprendo —dijo la Reina—, te lavas las manos. Pilatos también hizo lo mismo, y sin embargo, no por eso ha dejado de perseguirle la maldición de la historia durante diez y ocho siglos... Dame esa llave, Emma; veremos lo que hay que hacer de ella.

Se la presenté poniéndome de rodillas.

En aquel momento anunciaron que el procurador fiscal Basilio Palmieri solicitaba el honor de ofrecer sus respetos a la Reina.

—¡A las mil maravillas! —dijo la Reina—. Si no hubiese venido, yo le habría mandado buscar... ¿Quieres ver, Emma —continuó, dirigiéndose a mí— la fisonomía de un vulgar bribonazo?

—Estoy dispuesta a quedarme o a salir, según Vuestra Majestad disponga y me ordene.

—No, eres tú la que debes resolver, y conforme sea el estado de tu ánimo.

—Pues bien, señora, ya que Vuestra Majestad lo deja a mi elección, es tal el interés que tomo en todo lo que se relaciona con nuestros infelices jóvenes, que opto por quedarme.

—Quédate, pues...

Y volviéndose al servidor que acababa de anunciar la visita del magistrado:

—Que entre el señor procurador fiscal Basilio Palmieri —dijo la Reina.

LXVI

Ninguna cara como la de don Basilio Palmieri denunció jamás tan fielmente a un vulgar bribonazo, como así le calificaba la Reina.

Se presentó, encorvado hasta el suelo; si hubiese podido arrastrarse desde la puerta a los pies de la Reina, lo habría hecho.

La Reina le recibió en pie.

El señor procurador fiscal intentó primeramente excusarse por lo poco que había obtenido del tribunal. Había pedido treinta cabezas: no era culpa suya si se le habían concedido tres solamente; había pedido la tortura; tampoco era culpa suya si se le había denegado.

—Está bien, señor —respondió fríamente Carolina—; será usted más afortunado otra vez.

—Vengo a poner mis humildes respetos a los pies de la Reina y a preguntar a Vuestra Majestad si puedo serle útil en algo.

—Puede usted prestarme dos servicios, señor —respondió Carolina.

—¡Yo! —exclamó el procurador fiscal con asombro—, ¿yo, prestar servicios a Vuestra Majestad? Recibir sus órdenes, señora, querrá decir.

—Usted puede —continuó la Reina— decirme cuál de los condenados tiene su domicilio más cerca del palacio real.

—El joven Manuel de Deo, señora —respondió el procurador fiscal, no explicándose el objeto de semejante pregunta.

—¿Tiene padre y madre? —preguntó a Reina.

—Padre solamente.

—¿Sabe usted su dirección?

—Sí, señora.

—Démela.

—José de Deo, calle de Santa Brígida, cerca del mercado de granos, a la mitad de la calle.

—Gracias, señor. Anota esta dirección, Emma.

Saqué de mi bolsillo mi librito de memorias, y anoté con diligencia la dirección dada por el procurador fiscal.

—¿En qué prisión están los condenados? —preguntó la Reina.

—En la Vicaría, señora.

—Aquí tiene usted papel, tintero y pluma; ¡escriba usted, señor! —le dijo la Reina, señalándole una mesa en la que había recado de escribir.

Don Basilio Palmieri, no atreviéndose a sentarse delante de Su Majestad, puso una rodilla en tierra, y, con la pluma en la mano, se dispuso a escribir.

—¿Está usted pronto? —preguntó la Reina.

—Sí, señora.

La Reina dictó:

El director de la Vicaría obedecerá ciegamente las órdenes que le dé la persona portadora de esta esquela...

—Ya está, señora.

—Ahora, ponga la fecha y la firma, y advierta al referido alcaide que usted ha dado una orden para él.

—¿Y debo decirlo qué augusta persona...?

—Nada debe usted decirle, señor; porque usted no conoce mis intenciones, y deseo que no se proponga conocerlas.

—¿Tiene Vuestra Majestad otras órdenes que comunicarme?

—Ninguna.

—Entonces, tendré el honor de despedirme y de poner a sus pies mis profundos respetos.

La Reina hizo un ligero signo de cabeza, y el procurador fiscal se retiró sin volver la espalda.

—¿Qué debo hacer de esta dirección, señora? —pregunté a la Reina.

—Guárdala; oportunamente te daré mis instrucciones.

En cuanto a la orden que se había hecho dar para el alcaide de la Vicaría, la leyó de nuevo, para cerciorarse de que estaba tal como había sido redactada. Después, viendo que no sobraba ni faltaba una sílaba, dobló el papel y lo puso en una carterita que solía llevar consigo.

Yo la seguía con la mirada, procurando adivinar su pensamiento.

—Veo con satisfacción, señora —le dije—, que la precaución del Rey, al dejarle la llave del sello real, no habrá sido inútil.

—Nada he resuelto aún; todo dependerá de los propios condenados —respondió la Reina—. En todo caso, te reservo un papel en el desenlace, sea el que fuere; así que, prepárate a desempeñarlo.

—¿Qué preparativos me son necesarios?

—Estar aquí a las ocho de la noche, vestida de negro.

—¡Oh, señora! el negro es mal presagio.

—Tranquilízate, es solamente para que no nos vean.

—¿Saldremos, pues, esta noche, señora?

—Quizás salgamos juntas, acaso saldrás tú sola.

—¿Qué quiere hacer Vuestra Majestad de mí?

—Lo que Dios hizo sin consultarme: una embajadora.

Quise proseguir el interrogatorio, pero la Reina llevó su mano a mis labios.

—Todo se hará en su tiempo, amiga mía, y no tendré misterios para ti. Ten, pues, paciencia y espera la noche.

Entonces, me retiro, señora, porque, continuando a su lado, no tendría bastante fuerza de voluntad para dejar de hacerle preguntas.

—Es lo mejor que puedes hacer, porque tus preguntas no obtendrían, ninguna explicación.

—¡Está Vuestra Majestad hoy muy cruel conmigo!

—¿Qué importa mi crueldad si a favor de tu protección se salvan tus protegidos?

—¡Oh! con esta condición, señora, soy toda suya. Aquí está mi brazo; muerda Vuestra Majestad, hasta que sangre.

María Carolina lo cogió como si realmente quisiese morderlo; pero se limitó a rozarlo con sus labios.

—¡A fe mía, sería lástima! —dijo, trocando el mordisco propuesto en una caricia—. Por otra parte, no se sabe si es de carne o de mármol, y temería hincar en él mis dientes. Vete, y no dejes de estar aquí a las ocho en punto.

—Esté tranquila Vuestra Majestad no me haré esperar.

A las ocho de la noche en punto entraba en la cámara de la Reina completamente vestida de negro.

La Reina me esperaba, vestida también de negro.

—¡Oh! —dijo al verme—, es la primera vez que te veo de negro. ¿Sabes que te sienta a maravilla y que eres hermosa hasta lo indecible?

—Y Vuestra Majestad también, señora, pero no importa; preferiría verla vestida de otro modo; tenemos el aspecto de dos viudas.

—¿Te parece que sería un gran infortunio para nosotras?

—Con respecto a mí, lo sería, se lo juro; amo mucho a *sir* Guillermo.

—Al extremo, de erigirle una tumba, como la Reina Artemisa —dijo riendo María Carolina—; pero sin llegar a la heroicidad de quemarte sobre su hoguera.

—Yo le juro que si hubiese nacido en Malabar...

—Pero, según creo, has nacido en el ducado de Gales, lo cual me tranquiliza. Mas ahora no se trata de eso. Te he dicho que esta noche tenías que desempeñar una misión de embajadora. ¿Estás preparada?

—Espero las órdenes de Vuestra Majestad.

—¿Tienes la dirección que te ha dado don Basilio?

—Aunque no la tuviese, la recuerdo: calle de Santa Brígida, cerca del mercado de granos, a la mitad de la calle.

—¿Y el nombre del padre del condenado?

—José de Deo.

—Pues bien, vas a subir en un carruaje sin armas ni blasones, que he mandado disponer para ti; harás subir en el carruaje a José Deo, y le conducirás aquí.

—¡Cómo, señora! —exclamé con viva alegría—; ¿quiere Vuestra Majestad ver al padre de ese desgraciado joven?

—Sí, es una fantasía, un capricho mío.

—Entonces, está salvado.

—Todavía no.

—¿Y soy yo la que debo ir a buscarle?

—Salvo que te niegues.

—¡Yo negarme a ser el ángel salvador de un desgraciado, el mensajero celeste enviado a una pobre familia!

—Bien; puesto que así lo crees, no pierdas tiempo, y llena tu cometido.

—¡Oh! voy corriendo, señora. ¡Mi manteleta, mi manteleta!

Al llegar, la había colocado encima de un sillón.

La Reina la cogió y me la puso en los hombros.

—Y ahora —me dijo—, anda, paloma del arca, y trae el ramo de olivo.

Salí precipitadamente y bajé los peldaños ligera como el ave que la Reina había nombrado; y, saltando al interior del carruaje, grité al cochero:

—¡Calle de Santa Brígida!

LXVII

Del palacio real a la calle de Santa Brígida solo median cuatro pasos. En un instante, pues, salvé la distancia. Bajé del coche en la dirección indicada. Como eran poco más de las ocho de la noche, la tienda de granos estaba aún abierta, y mandé preguntar por el domicilio de José de Deo.

El comerciante en granos, que era el proveedor de las caballerizas reales, reconoció al cochero que le preguntaba, y viendo a una señora junto a la puerta del carruaje, se me acercó, adivinando una parte de la verdad o sea que iba por encargo del Rey o de la Reina.

Me habían visto tan a menudo recorrer las calles de Nápoles en el coche de Su Majestad, y sentada al lado suyo, que el negociante me reconoció a mí también.

—¡Oh! *milady* —me dijo—, el individuo por quien pregunta usted, está muy acongojado actualmente; su hijo ha sido, esta mañana, condenado a muerte por el comité.

—Lo sé —respondí—, y es precisamente por eso por lo que deseo verle; y como es usted su vecino, desearía saber la casa y el piso donde habita.

—En esa casa, señora, piso tercero.

Y esto diciendo, me indicó la casa contigua a la suya.

—Haga usted abrir —dije al cochero.

—Pero —añadió el negociante—, dudo que lo encuentre usted en su casa, señora.

—¿Dónde puede estar?

—Le he visto salir.

—¿A tales horas?

—Sí.

—Habrá ido, seguramente, a implorar a alguno de los jueces.

—¡Oh! señora, a la hora de ahora, ningún juez puede hacer nada, ni por el infortunado padre, ni por el infortunado hijo.

—Pues, entonces, ¿adónde ha ido?

El comerciante me miró.

—¿Quiere usted saberlo en absoluto? —me preguntó.

—Sí, quiero absolutamente saberlo, y ahora mismo.

—¿Es en bien suyo? Perdone usted, si la interrogo, señora; pero el pobre padre lleva ya sobre sus viejos hombros tan enorme costal de dolores, que si usted añadiese a esa carga un solo adarme más, haría una obra caritativa aquel que le ocultase a usted su actual paradero.

—No puedo prometer nada; pero vengo con una intención de misericordia.

—En este caso, voy a acompañarla, y que Dios me perdone si usted me engaña.

Me dispuse a seguirle.

—¿Tenemos que recorrer mucha distancia? —pregunté.

—Diez pasos.

El hombre empezó a caminar delante de mí; yo le seguí. Efectivamente, después de haber recorrido unos diez pasos, se detuvo, junto a la portezuela de la iglesia de Santa Brígida.

—¡Ah! —murmuré—, comprendo por qué no estaba en su casa.

Mi acompañante llamó, y la puertecita se abrió en el acto. Un sacristán nos introdujo en la iglesia, que estaba a oscuras, excepto una capilla, que era la única parte alumbrada.

Entramos. El negociante en granos me mostró un viejo que aparecía, no ya arrodillado, sino recostado sobre las gradas del altar y pegada la frente en el mármol.

—Aquí tiene usted al hombre que busca —me dijo.

Le di gracias, se fue y me dejó sola; pero, al llegar a la puerta, la curiosidad le retuvo, y, en compañía del sacristán, se quedó mirando lo que iba a suceder.

Sin hacer ruido, me acerqué al viejo; estaba orando, y, no habiendo notado mi presencia, le toqué en el hombro: levantó una rodilla y apoyó una mano en la grada del altar.

—¿Quién es usted y qué quiero? —me preguntó—. ¿Es usted el ángel que yo invocaba?

—No, no soy el ángel que usted llamaba —le dije—; pero, aunque no sea un ángel, no dejo acaso de venir en nombre de Dios.

—¿Qué quiere usted decir, señora? ¿Sabe usted quién soy yo, y por quién estoy rogando?

—Usted es don José de Deo, y ruega por su hijo Manuel.

—¡Sí, sí!

—Entonces, sígame.

—¿Adónde?

—A la morada de la Reina.

El asombro se reflejó en su semblante.

—¿A ver a la Reina? —dijo dudando entre la alegría y el temor—. ¿Qué puede decirme la Reina? ¿Sabe usted que corre el rumor de ser ella la que quiere las ejecuciones? Sí, así es, Dios la perdone; pero, por más reina que sea, preferiría continuar siendo el que soy, en vez de ocupar su alto puesto.

—Venga usted —repetí—. Creo que, luego de haber visto a Su Majestad, modificará usted sus juicios acerca de ella.

—Al fin y a la postre —dijo el viejo—, las cosas no pueden tomar peor cariz del que tienen; la sigo, señora.

Y se levantó.

Yo inicié la marcha. Al llegar a la puerta de la iglesia, don José se me adelantó, mojó sus dedos en la pila y me ofreció el agua bendita.

Viendo que mi mano no se movía para humedecer mis dedos en los suyos:

—Soy protestante —le dije.

Esta manifestación pareció desvanecer el resto de esperanza que brillaba en su frente; maquinalmente hizo el signo de la cruz, lanzó un suspiro, inclinó la cabeza sobre el pecho y me siguió.

Subimos en el coche.

—¡Al palacio real! —dije al cochero.

Cinco minutos después, el carruaje paraba al pie de la escalera que conducía a las habitaciones de la Reina.

El viejo estaba sombrío como la desesperación y pálido como la muerte.

Antes de entrar en la sala donde nos esperaba la Reina, me cogió la mano y se apoyó en el marco de la puerta.

Estaba a punto de desfallecer.

—¡Un momento, por favor! —me dijo.

En el fondo de mi alma había desaparecido toda alegría. ¡En qué opinión se tenía a la Reina! Ella era la que sentenciaba por boca de los jueces, la que ejecutaba por mano del verdugo.

Por fin, don José recobró sus fuerzas; hice un signo al ujier, y se abrió la puerta. La Reina oyó el ruido de nuestros pasos, y preguntándose a sí misma qué hacíamos en la pieza inmediata, se puso en pie y vino a nuestro encuentro.

Su semblante tenía una expresión hosca, casi de enfado; porque María Carolina adivinaba lo que había ocurrido.

Empujé a don José a los pies de la Reina, diciéndole

—Aquí está la que tiene en sus manos el perdón de su hijo. Pídaselo usted como se lo pedía a la Virgen, y lo obtendrá.

El pobre viejo cayó de rodillas, con las manos entrelazadas, y diciendo por toda súplica:

—¿Es verdad, señora?

—¿Qué? —preguntó la Reina con acento breve e imperioso.

—¿Que Vuestra Majestad me concederá el perdón de mi hijo, si se lo pido?

—Creo que nadie se habrá comprometido en mi nombre —dijo Carolina mirándome con la dureza que a veces despedían sus ojos.

—No, señora —respondí—; pero he dicho a un padre que pedía, postrado en el altar de la Virgen, por la vida de su hijo: Venga, y le llevaré ante una reina, hermosa y misericordiosa como una Virgen.

—¡Señora, señora! —dijo don José, que recobraba un poco de valor, sintiéndose apoyado por mí—. Vuestra Majestad lo puede todo; Vuestra Majestad es la Reina, más aún Vuestra Majestad es el Rey. ¡Perdón, señora, perdón para mi hijo! Ha cumplido veinte años, hace tres días. Es mi único hijo, señora. Contaba con él para ayudarme a morir; jamás había cruzado por mi mente la idea de sobrevivirle. ¡Señora, por sus hijos, por el príncipe Francisco, por el príncipe Leopoldo, por su último hijo, en cuna todavía, por el príncipe Alberto, yo ruego, suplico y conjuro a la señora, a la

Reina, a la Majestad, para que tenga compasión de mi hijo!

—¡Señora, señora! —dijo a la Reina, juntando mi súplica a la de don José y besándole la mano.

—Y si yo hiciese algo por su hijo, señor, ¿se negaría él, por su parte, a hacer algo por mí?

—¿Por Vuestra Majestad, señora?, ¿por Vuestra Majestad, rica, joven, bella, poderosa? ¿Y qué quiere Vuestra Majestad que haga, Dios mío? ¡Dígalo, dígalos! y toda mi autoridad paternal será ejercitada para que él la venera y la sirva de rodillas durante el resto de su vida.

—Su hijo es un jacobino, señor —dijo la Reina.

Don José la interrumpió.

—¡Él, jacobino! ¿Por ventura sabe lo que es un jacobino? ¿Sabe Vuestra Majestad, señora, que hace tres años que está encarcelado? Tenía, cuando lo fue, diez y siete años. ¿Acaso tiene opinión un niño de diez y siete años? Se hizo cortar los cabellos, señora: ese constituye su único crimen. Pero, en estos tres años de prisión, sus cabellos han tenido tiempo de crecer.

—No importa, él sabe algo de la conspiración que nos amenaza; que haga revelaciones, y le perdonaré, lo mismo que a sus dos compañeros.

—¡Revelaciones! —exclamó el infortunado padre—, ¡revelaciones! Pero ¿tiene algo que revelar?, ¿podría hablar, ignorando esa conjuración de que Vuestra Majestad habla, señora, y que solo existe en la imaginación de los jueces? ¿Cómo quiere usted que revele lo que no sabe? Por otra parte, ¿quién le comunicará esas condiciones?, ¿quién tendrá una palabra bastante autoritaria para vencer sus escrúpulos, si los tuviese?, ¿quién le mandará en nombre de su padre vivir a tal precio? ¡Ah! nadie, acaso solamente yo... ¡y quién sabe!

—Usted, señor, es el que irá a ver a su hijo.

—¿Voy a ver a mi hijo, a mi Manuel? —dijo, apretándose con ambas manos la frente.

—He aquí un papel para don Benito Palmieri, el procurador fiscal. Le digo que le permita a usted ver a su hijo y dejarle conversar con él por espacio de una hora, sin testigos.

—¿Cuándo, señora, cuándo?... Considere Vuestra Majestad que hace tres años que no le veo.

—Esta noche, de diez a once.

—¿Y si no encontrase a don Basilio en su casa?

—Vería a su hijo mañana, en vez de verle esta noche.

—Son las nueve, señora, y no tengo que perder un solo instante.

—Pues, no le retengo; ¡vaya usted!

—¡Ah! me parece que voy a enloquecer de alegría.

—¿Qué busca usted?

—Su mano, señora, su mano para besarla.

La Reina le tendió su mano. María Carolina estaba fuertemente impresionada; y si el pobre viejo hubiese podido leer, como yo, en su corazón, habría insistido y obtenido, sin condición, la vida de su hijo.

—Por desgracia, no lo hizo; se precipitó fuera de la cámara real, repitiendo:

—¡Mi hijo, mi hijo, mi Manuel!...

Y el ruido de sus pasos se extinguió al mismo tiempo que el eco de su voz.

LXVIII

La Reina y yo quedarnos solas.

María Carolina estaba conmovida; pero su corazón de acero tenía necesidad, para rendirse, de otras emociones.

—¡Ahora, nosotras! —dijo.

Yo no me había despojado de mi chal; la Reina se puso el suyo, se bajó la toca hasta los ojos, y, cogiéndome del brazo, me condujo hacia la escalera.

Subimos en el mismo coche del cual yo me había servido para ir a la calle de Santa Brígida.

El lacayo cerró la portezuela.

—¡A la Vicaría! —dijo la Reina.

El carruaje empezó a rodar velozmente, y se internó en el dédalo de calles que conducen al viejo palacio Capuano.

Varias veces había yo pasado junto a aquellas murallas; pero ahora iba a penetrar en el fúnebre recinto donde los condenados, puestos en capilla, sufrían una agonía de tres días.

Era evidente que iba a presenciar alguna cosa sombría, terrible, nunca vista por mí.

Me apoyé temblando en la Reina, que estaba rígida y fría como el mármol. Era preciso que hubiese sufrido horriblemente, para haber llegado a tal grado de insensibilidad.

Llegamos, y en el acto se abrió la puerta que daba acceso al patio.

Al pie de la escalera, con una linterna en la mano, veíase a un hombre.

El lacayo abrió la portezuela del coche, la Reina se apeó y dirigióse hacia aquel hombre.

La seguí tropezando.

—¿Es usted el alcaide? —preguntó la Reina con el acento autoritario que le era propio.

—Sí, señora.

—¿Me esperaba usted?

—Espero a una persona que debe entregarme una orden del señor procurador fiscal.

—He aquí esa orden.

—¿Me permite usted que la lea?

—Es su obligación.

El alcaide leyó la orden consabida, dobló el papel y lo llevó al bolsillo.

—Ahora, señora —dijo—, es usted la que debe mandar, y yo el que debo obedecer. ¿Qué quiere usted?

—El padre del condenado Manuel de Deo ha obtenido del señor procurador fiscal permiso para pasar una hora con su hijo; quisiera yo asistir a esa entrevista, y oír lo que hablen, si es posible, pero de modo que no sospechen que se los escucha.

—Nada más fácil, señora; los tres prisioneros están en la cámara de los muertos. Denomínase así la pieza en la que los condenados pasan los tres últimos días de su vida. Ese aposento comunica, por un lado, con la capilla; por el otro, con el guardarropa donde la cofradía de los *bianchi*, que acompaña a los reos al patíbulo, guarda sus largas y blancas túnicas. En dicha estancia, a la que se entra por una escalera secreta, sin necesidad de atravesar la capilla ni la cámara de los muertos, hay agujeros invisibles, abiertos con objeto de que los jueces puedan escuchar las conversaciones de los condenados y hasta sorprender sus movimientos. Usted podrá ver y oír desde allí todo lo que ocurra en la cámara de los muertos.

—Está bien. ¡Vamos!

El alcaide abrió la reja; la Reina franqueó la entrada y subió resueltamente la obscura escalera que se encontraba a pocos pasos.

—¡Oh!, ¡señora, señora!, ¡espéreme! —exclamé.

La reja volvió a cerrarse.

Carolina había llegado al primer rellano; yo la busqué a tientas, porque, debido a nuestros vestidos negros, estábamos completamente invisibles en la obscuridad.

El alcaide pasó cerca de nosotras, y su linterna derramó una pálida luz sobre las ennegrecidas paredes.

En el primer piso, una segunda reja cerraba la escalera en todo su ancho.

El alcaide la abrió, la franqueamos, volvió a cerrarse y yo me sentí doblemente oprimida. A todos los que entran en una prisión les parece que sus puertas siniestras no han de volver a abrirse.

Penetramos en un corredor húmedo y estrecho. Le vez en cuando, a la luz de la linterna, veíamos en el interior de los calabozos, a los prisioneros incorporarse en sus lechos de paja. Me sentía presa de terrores infinitos, y parecidos a los que se experimentan en los lugares desconocidos y terribles. A trechos, nos deteníamos, al encontrar una reja que nuestro acompañante abría y volvía a cerrar; y cada vez que eso ocurría, parecíame, como a Dante, que bajaba, un nuevo escalón del infierno. Si hubiese estado sola con el hombre que nos guiaba, me habría desmayado; si me hubiese encontrado absolutamente sola, me habría muerto de espanto.

Llegamos al extremo de un corredor que conducía a una escalera estrecha y cerrada por una reja de barrotes entrecruzados.

El alcaide dijo en voz baja:

—Solo falta abrir esta reja y subir la escalera, y habremos llegado.

—Abra usted —dijo la Reina, con un acento en el que era imposible percibir la menor emoción.

El carcelero obedeció, pero con unas precauciones que denotaban que, realmente, íbamos a terminar nuestra jornada y que no quería ser oído de los que eran objeto de

la misma. Los goznes y cerrojos de esta última reja se abrían y cerraban sin producir el más leve ruido.

Llegamos a una especie de amplio gabinete en el que la Reina entró con resuelto paso; pero yo me quedé en el umbral.

Le las paredes pendían, semejando sombras inmóviles, las largas túnicas blancas de los *bianchi* destinadas a los condenados al ser estos conducidos al suplicio.

La Reina vio mi terror y adivinó su causa. Sin desplegar los labios, llevó la mano a uno de aquellos vestidos y lo sacudió de modo que yo pudiese convencerme de que nada se ocultaba en él, ni siquiera una fantasma. Y después, me hizo un signo para que entrase.

El carcelero le mostró unos agujeros practicados en el maderamen, hechos de modo que eran invisibles del lado de la cámara de los muertos. Pollo demás, una vez en esa cámara, los prisioneros, privados de la libertad de sus movimientos, no podían escudriñar nada absolutamente.

Además, una especie de tubo de hojalata, a manera de bocina, se adaptaba al oído, al mismo tiempo que el ojo a la abertura; de modo que la persona oculta en el gabinete, podía, a la vez, oír y ver lo que pasaba en la cámara de los muertos.

Había dos de esas aberturas, e igual número de tubos.

El alcaide los puso a nuestra disposición.

—Espérenos usted en la escalera, al lado de la reja —le dijo la Reina.

El carcelero dejó la linterna en el suelo; la Reina la recogió y se la puso nuevamente en la mano.

Quedamos a obscuras; sin embargo, como la cámara de los muertos, para ser digna de su nombre de capilla ardiente, estaba iluminada *a giorno*, pollos resquicios de las paredes aparecían dos puntos luminosos, indicando la dirección exacta, del sitio en que debía aplicarse el ojo. Nos acercamos a la pared, y nos pusimos a observar.

En una sala cuadrada, de mediana capacidad, había tres colchones en el suelo y acostados encima de ellos vimos a los tres condenados Manuel de Deo, Gagliani y Vitagliano. Tenían las manos y los pies sujetos por argollas empotradas en el pavimento. Las argollas de las manos, colocadas en la extremidad de una cadena de tres o cuatro, pies, les permitía sentarse en la cama y levantar la mano a cierta altura.

Los tres colchones estaban arrimados a la pared, uno al fondo de la habitación, frente a nosotras, los otros dos a derecha, e izquierda, respectivamente. El de la derecha, ocupado por el joven Manuel de Deo, estaba adosado a un fresco pintado, en la pared, el cual representaba a Jesús en cruz y a María, arrodillada a sus pies.

Frente a ese fresco ardían unos veinte cirios cuya luz formaba alrededor del prisionero algo, parecido a un muro de fuego.

Estaba sentado en su lecho, tal como el cuadro de David nos representa a Sócrates en el momento de beber la cicuta; pero, en vez del viejo sabio, de frente surcada de arrugas, diciendo a los atenienses: «No valía la pena de quitarme la vida; bastaba con

haberme dejado morir», veíamos a un bello joven de griego perfil, pálida tez, ojos llenos de luz, largos y negros cabellos que caían en bucles sobre sus hombros; porque, según había dicho su padre, sus cabellos habían crecido durante los tres años de prisión.

No sé qué sentimiento de piedad o de admiración la vista de Manuel pudo inspirar a la Reina; pero, en cuanto a mí, después de haber dirigido una rápida mirada a sus compañeros, clavé en él mis ojos sin apartarlos mientras permanecimos en aquel lugar.

Un pintor habría trazado un cuadro magnífico de aquel joven, profusamente iluminado por los cirios que le rodeaban, encadenado sobre un colchón al pie de ese fresco en el que se apoyaba su cabeza, hablando a sus compañeros acerca de la inmortalidad y la muerte, lo mismo que un profeta.

Estaba realmente soberbio, magnífico, y se habría dicho que era Juan, el discípulo predilecto de Cristo, si en vez de ser negros sus cabellos, hubiesen formado la rubia cabellera con que representa al apóstol el inmortal autor de *la Cena*, Leonardo de Vinci.

LXIX

Cuando nosotras entramos, llegaron a nuestros oídos los acentos de una dulce melodía, y en el metro de los versos y su forma enérgica reconocí que el joven napolitano estaba, declamando versos de Dante.

Como nuestra llegada no produjo ningún ruido y los prisioneros no podían sospechar que se los miraba y escuchaba, el condenado continuó recitando.

Ya he hablado de la impresión que experimenté al verle; he dicho también que tenía la actitud de Sócrates y la expresión inspirada de un profeta.

Seguramente él creía que sus dos compañeros estaban necesitados de un consuelo, porque les recitaba el canto XIV del *Paraíso*, en el que Dante, guiado por Beatriz, sube a las regiones de Marte, y encuentra allí a las almas de los que combatieron por la fe verdadera, las cuales, bajo la forma de lenguas de fuego, cubren la cruz y glorifican el santo crucifijo.

La verdadera fe, a los ojos de aquel joven entusiasta, era la libertad en aras de la cual se disponía a morir, y su esperanza, de la que procuraba hacer participar a sus compañeros, había de ser, un día, una de aquellas melodiosas lenguas de fuego.

Ahora, después que he dicho lo que vimos, diré lo que oí.

Cuando la voz llegó con claridad a mis oídos, Manuel había va recitado aproximadamente las tres cuartas partes del canto, y con voz vibrante, puesta la mirada en algo invisible, estaba en este verso:

Qui vince la memoria mia l'ingegno^[13]

Sus amigos le escuchaban con la boca abierta y la sonrisa en los labios. Habríase creído que le decían: «¡Canta por vez postrera, hermoso cisne de la libertad!».

Continuó recitando. Al terminar uno de los versos, el condenado aparecía tan radiante de belleza, tan lleno de entusiasmo, tan convencido, que sus dos compañeros aplaudieron lo mismo que habrían aplaudido a un actor en el teatro, confundiendo el ruido de sus cadenas con el de sus aplausos.

De repente, se oyó de la cámara inmediata, es decir, de la capilla, esto grito:

—¡Mi hijo!, ¿dónde está?, ¿dónde, mi hijo?

Manuel reconoció aquella voz.

Y olvidando que estaba encadenado, hizo un movimiento tan vigoroso para salir al encuentro de su padre, que una de las cadenas, la del brazo derecho, se rompió.

Pero, detenido en medio de su impulso por las argollas de las piernas y la cadena del brazo izquierdo, el joven cayó desplomado sobre su colchón rompiendo en gemidos.

En el mismo instante el viejo José de Deo apareció en la puerta y se arrojó en los brazos de su hijo, exclamando:

—¡Manuel!, ¡querido Manuel!

Y ambos, padre e hijo, permanecieron un momento abrazados, mezclados los negros cabellos del joven con los blancos cabellos del anciano.

Se produjo un silencio de algunos instantes, durante el cual solo se oían los sollozos de José de Deo.

Este fue el primero que interrumpió aquel silencio.

—Ustedes saben —dijo a los dos carceleros que le habían acompañado—, que tengo el derecho de estar solo con mi hijo.

Sin duda los carceleros estaban advertidos de esa gracia acordada al pobre padre, porque, cuando este les habló en los términos expuestos, ya habían empezado a soltar las cadenas que sujetaban a los otros dos jóvenes, que fueron conducidos a la capilla.

El padre y el hijo quedaron solos.

—¡Oh! señora —murmuré al oído de la Reina—, ¿no le quitarán las cadenas, a fin de que en este instante de dicha que debe a Vuestra Majestad pueda olvidar que está prisionero?

—Si él pide ese favor —dijo la Reina—, le será otorgado.

Cual si los carceleros se hubiesen conmovido a su vez de semejante situación, volvieron a entrar, libraron de las argollas los pies de Manuel de Deo y lo desembarazaron de la cadena que sujetaba su mano izquierda.

El joven se levantó, sacudió la cabeza como un león que acaba de recobrar su libertad, y lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Ah, mi buen padre! —exclamó jovialmente como si hubiese desaparecido todo peligro—, ¡cuánto placer hay en volver a verse!... ¿Y a qué milagro debo yo la dicha de su presencia y este instante de libertad?

—Es un milagro, en efecto, mi querido Manuel, y a duras penas puedo creer en él —respondió el viejo—. Estaba yo en la iglesia de Santa Brígida, rogando a Dios que viniese en nuestra ayuda, cuando una señora vino a buscarme de parte de la Reina.

—¿De parte de la Reina? —exclamó Manuel con el más profundo asombro.

Y, anublándose visiblemente su frente:

—¿De parte de la Reina? —repitió—. ¡Imposible!

—Lo mismo decía yo en el primer momento; pero tuve que rendirme ante la evidencia. Seguí a la señora, subimos en un coche y me condujo a palacio.

—¿Conoce usted a esa señora? —preguntó vivamente el joven.

—No —respondió titubeando el anciano.

—Usted la conoce, padre —replicó el joven—. ¿Es la marquesa de San Marco, la baronesa de San Clemente?

El viejo sacudió la cabeza.

—¡Vamos, padre, diga usted!

—Yo creo —respondió don José con manifiesto temor de que su declaración

fuese mal acogida—, yo creo que es la embajadora de Inglaterra.

—¡La embajadora de Inglaterra!, ¡*lady* Hamilton! ¡Emma Lyon! ¿Y quién ha autorizado a esa perdida para entrometerse en nuestros asuntos?

—Hijo mío —exclamó el viejo—, no hables de ella en tales términos. Juraría que es ella la que ha pedido tu perdón a la Reina.

—¿Mi perdón a la Reina? ¡Qué dice usted, padre mío! Puesto que la Reina es la que nos hace condenar, no puede querer nuestro perdón.

—Sin embargo, yo te lo traigo, hijo mío.

—¿Usted me lo trae?

—Sí, pero con una condición.

—¡Ah! —repuso Manuel, haciendo un movimiento de desdén con los labios—. Sepamos esa condición, padre mío.

Y el joven se dejó caer sobre un escañuelo.

Su padre le puso la mano en el hombro.

—Es preciso que, por lo pronto, consideres, hijo mío —dijo el anciano—, cuán grande es el amor que te profeso, y en qué profunda tristeza, en qué suprema soledad me dejaría tu muerte...

—Padre mío, dígame en seguida qué condición es esa, de lo contrario, creeré lo que ya empiezo a sospechar, que es imposible aceptarla.

—Nos iremos, hijo mío, saldremos de Italia, de Europa, si es preciso. Con tal de estar a tu lado, ¿qué me importa el rincón del mundo que habitemos?

—Confiese usted, padre mío —dijo el joven con una amarga sonrisa—, confiese usted que se exige una villanía de que usted mismo se asusta.

—Piensa en el baldón que una ejecución pública arrojará sobre nuestro nombre, ¡piensa que estás condenado a una muerte infamante!

—Es preferible una muerte infamante a una vida infame, padre mío. ¿Cuál es la condición que se me impone a trueco de mi vida?

—Piensa, hijo mío, que, haciendo lo que la Reina desea, salvas, no solamente tu vida, sino también la de tus dos compañeros.

—En fin —gritó Manuel de Deo, golpeando el suelo con el pie—, ¿qué desea la Reina?

—Lo que te ha condenado, Manuel mío —dijo el anciano—, ha sido tu obstinación en no hacer revelaciones ante los jueces.

—Ciertamente, y creen que las haré ante el patíbulo. ¡Y han elegido a mi padre para venir a hacerme semejante proposición! ¡Han constituido a mi padre en emisario de oprobio!

Don José cayó de rodillas delante de su hijo, y ocultó la cabeza en su pecho.

—¡Hijo mío!, ¡querido hijo mío! —exclamó.

Y prorrumpió en sollozos, en medio de los cuales solo se oían estas palabras:

—¡Te quiero tanto! ¡Tú no sabes lo que es el amor de padre!

—¡Oh! no, pero lo sé ahora, pues veo que no se ha resistido usted a venir aquí

con tal proposición. Sin duda, usted me quiere de un modo terrible, puesto que acepta mi vergüenza, la suya, la de toda la familia, a cambio de mi vida.

—Hijo mío —dijo el anciano, abrazándole—, compadécete del estado en que me ves.

—Levántese usted, padre —repuso el joven—, y escuche en pie lo que voy a decirle.

El viejo obedeció, porque él era el que suplicaba y su hijo el que mandaba.

—Parece —prosiguió Manuel de Deo—, que la tiranía, en cuyo nombre viene usted, no se satisface con la sangre de los patriotas; parece que quiere su honor, y en compensación de la vida que me brinda, pide... ¿cuántas cabezas más?... ¿No lo sabe usted, padre mío? ¡Deberían haber fijado un número! ¡Ah! bien decía yo que nada bueno podía venir de esa mujer; y cuando usted la ha nombrado, cuando usted ha nombrado a su digna amiga, todas mis esperanzas se han desvanecido... No, no, déjeme usted morir, padre mío. ¡Oh! bien lo sé: la libertad será muy cara para Nápoles, y por afianzarla, habrá de correr mucha sangre; pero no olvide usted que la primera sangre derramada será la más honrada y la más esclarecida. Piense usted en la existencia odiosa que usted me propone. ¡Huir!, ¿en qué país desconocido, en qué parte del mundo ocultaríamos nuestra vergüenza? No; calme usted su dolor, consuéllese con la certidumbre de que muero inocente y de que mi muerte es un homenaje a la lealtad. Sobrellevemos con valor, usted y yo, nuestro martirio de un instante. Día llegará en que mi nombre reclame una página gloriosa en la historia, y usted dirá con orgullo: «Ese, que yo puse en el mundo, murió de los primeros por su patria».

—Bien, comprendo que rechaces la vida a tal precio; pero, déjame que vea nuevamente a la Reina para pedirle tu perdón sin necesidad de que puedas avergonzarte de haberlo aceptado. Estoy cierto de que, al verme a sus pies, al oír mis súplicas, me lo concederá.

—¡No haga usted eso, padre mío, oh, por el Cielo, no lo haga! ¿No ve usted que esa mujer camina por la senda de la perdición y que una buena obra la podría regenerar? A los tiranos les ha llegado su hora. Al igual que su hermana María Antonieta, Carolina es una adúltera y una traidora a su nación. Los amores impúdicos no la satisfacían, y ha recurrido a los amores infames. Al príncipe de Caramanico, a ese valiente y leal caballero, ha sucedido un intrigante irlandés, de dudoso origen, expulsado de la marina francesa, no sé por qué odioso crimen, que no sueña más que en cebarse con el oro napolitano, y que, vil ministro de una ramera coronada, ni siquiera tiene para herirnos el pretexto de sus particulares rencores; en fin, ese Acton es reemplazado actualmente en los favores de María Carolina, por una cortesana de baja estofa, una joven recogida por un charlatán en el arroyo de Haymarket, una prostituta que la Reina cree encumbrar hasta el trono en que se sienta, cuando, por lo contrario, desciende hasta el lupanar de donde su amiga ha salido... No, no, padre mío; no pida usted nada a esa trinidad sin alma. Hasta hoy hemos vivido puros;

¡muramos como hemos vivido!

—¡Oh, sí! —murmuró la Reina—, ¡tú morirás, miserable! y nada en adelante podrá salvarte. ¡A Dios mismo, si viniese del cielo a pedirme tu perdón, se lo negaría! ¡Ven, Emma, ven! hemos oído lo bastante.

Y cogiéndome la mano con una especie de rugido largo rato contenido y que aumentaba a medida que bajábamos la escalera, me sacó de aquella estancia.

¡Era la primera vez que oía yo maldiciones lanzadas contra mí!

Durante el trayecto, la Reina no me dirigió ni una sola palabra; me retenía la mano en la suya, y por sus movimientos convulsivos, podía yo comprender el grado de cólera a que había llegado.

Al llegar a palacio se dejó caer en un sillón, siempre silenciosa y agitada.

Súbitamente, exclamó:

—¡Cómo me aborrecen estos odiosos napolitanos! ¿Le has oído? Pues bien, él es el intérprete de toda su generación... ¡Oh!, ¡cuán satisfecha me siento de haber visto y oído todo aquello!... Tenía remordimientos; quería perdonar... ¡Perdonar! ¡Que vengan ahora a pedirme gracia! Sabré lo que debo contestarles: «¡Habéis vivido puros, morid puros!» ¡oh!, ¡sí, morirán, y con ellos, todos los que no doblen la cabeza y la rodilla!

Después de un instante de silencio, añadió:

—Ese comité es absurdo; nombraré otro. Se le pide treinta cabezas, y concede tres, y escoge precisamente las más jóvenes, las que, al caer, causarán más emoción en el público. Pero, por lo pronto, no caerán; los condenados no tendrán el honor de ser decapitados; serán colgados como vulgares ladrones, como asesinos de baja condición. Cuento con gente versada, y daré a esos miserables jacobinos un tribunal que no los tratará con miramientos. Vanni, Castelcicala, Guidobaldi, son hombres de mi entera confianza. Castelcicala es príncipe, y no puedo concederle un título más elevado; pero haré marqués a Vanni, conde a Guidobaldi, y los hartaré de oro para que ellos me harten de sangre.

Se levantó, semejante a Némesis, y lanzando gritos de rabia, se revolcó sobre su cama.

Yo la seguí, y arrojándome a sus pies:

—Por piedad, señora —le dije—, sosiéguese Vuestra Majestad.

—¡Oh!, ¡no poder nada contra ellos! ¡Matarlos!, ¡a eso se reduce todo! Tú has visto cómo desafían a la muerte y cómo, presentándose a la manera de mártires, la llaman a voces. Dime: ¿crees que sería mejor encerrarlos en el foso de Favignana o de Marítimo?

—Sí, señora —exclamé—, es una inspiración del Cielo; tendrían tiempo de arrepentirse.

—¿Arrepentirse, ellos? ¡Jamás! Dispondrían de más tiempo para odiarme. Por otra parte, no hay ninguna prisión, por muy cerrada que esté, de la cual no sea posible la evasión. Me contaron que un preso francés, llamado Latude, se evadió tres veces de la Bastilla. No; solo de la tumba es imposible escapar. En su suplicio, solamente será modificado el género de muerte.

—¿No teme, señora, que estalle algún tumulto?

—¡Oh, bien lo quisiera yo! quisiera una ocasión de poder incendiar a Nápoles y exterminar la tercera parte de su población. No existe de bueno más que el pueblo, no existe la fidelidad sino en los *lazzaroni*; todos los que llevan ropas de paño están contagiados por los Vico, los Genovese, los Beccaria, los Filangieri, los Pagano, los Conforti. Es una suerte el que ese Manuel de Deo no haya recriminado al pobre Caramanico; si hubiese dicho de él lo que ha dicho de Acton, le habría hecho arrancar las carnes con tenazas candentes.

Aproveché la ocasión que la Reina me ofrecía de imprimir otro curso a sus ideas.

—¿Hace mucho tiempo que no recibe Vuestra Majestad noticias tuyas? —le pregunté.

—¿Noticias de quién?

—Del príncipe de Caramanico.

—¡Oh! hace mucho tiempo que no me escribe. Cuando yo le escribo (creo que ya te lo dije en otra ocasión), es por mediación de su mujer, que se quedó en Nápoles; ella cursa mis cartas, creyendo que se trata de asuntos de Estado; pero él no me da noticias tuyas, y yo soy la primera en aconsejárselo. Aquí, no estoy segura de nadie, salvo, de ti, que eres la única excepción que establezco. Si sospechasen que él se acuerda aún de mí, supondrían que quiere volver a ser primer ministro, y sabe Dios lo que entonces sucedería... Has hecho bien hablándome de él, Emma, porque me siento más sosegada... ¡Ah!, ¡si él estuviese aquí!...

Y, sollozando, se abrazó a su almohada.

—¿Quiere la Reina que la ayude a meterse en la cama y que ponga a su alcance la arquilla que contiene las cartas y ramitos?

—Si —dijo—, tú eres mi consuelo; tú sola conoces la única cosa que puede devolver la paz, la calma a mi corazón. ¡Y, sin embargo, te insultan, a ti también!

—No piense Vuestra Majestad en mí, señora. En cuanto a mí, desgraciadamente tienen razón, porque no me reprochan nada que no sea verdad, y aun les quedo agradecida por no haberla dicho toda. No piense Vuestra Majestad, pues, en mí; piense solamente en él, que acaso a la hora presente esté pensando en Vuestra Majestad.

—¡Oh, tú estás loca! Hay allí muy hermosas sicilianas. Ya soy vieja, con mis treinta y siete años; él, a los cuarenta, continúa siendo un joven. A partir de los treinta, cada año se cuenta por dos; tú también lo sabrás algún día.

—¡Chitón, señora! —dije yo riendo—, ya lo sé. Aunque no conozco de un modo exacto la fecha de mi nacimiento, que no se cita, como la de Vuestra Majestad, en el *Almanaque de Gotha*, calculo que debo tener unos treinta y dos años, o cuando menos, treinta y uno bien cumplidos.

—Tú —dijo la Reina—, tú tienes veinte años, y, Dios me perdone, creo que nunca pasarás de esa edad.

—¿Quiere Vuestra Majestad darme la llave del bufete?

—No, es inútil. Voy a acostarme; estoy rendida; tú te sentarás cerca de mí, y

hablaremos de él. Es indecible cómo me tranquiliza su solo recuerdo. No sé por qué me quejo, pues durante dos o tres años fui muy dichosa, y dígaseme si hay alguna mujer, singularmente siendo Reina, que pueda contar tres años de felicidad.

Había pasado de la cólera a la agitación, y de esta a la melancolía. La ayudé a desnudarse, y se acostó; acerqué un sillón a su cabecera, y le cogí la mano.

Entonces, aquel pecho agobiado se desahogó; durante una hora repasó mentalmente, uno tras otro, todos los más insignificantes detalles de aquellos tres años de dicha; ningún pormenor se le escapó, y por espacio de una hora, todo fue echado al olvido, hasta los insultos sangrientos que le habían sido inferidos; ¡tal es el poder de los recuerdos de un primer amor en el corazón de una mujer!

Después, lentamente, su voz se apagó, aflojó la mano, cerráronse los ojos, y una respiración suave como la de un niño salió de sus labios, rugientes dos horas antes.

Dormía.

Consideré que, después de las emociones que acababa de recibir, su sueño sería profundo y duradero. Di órdenes en las antecámaras para que, al otro día por la mañana, nada turbase su reposo; luego, mis retiré a mi gabinete, inmediato al de la Reina, dejando abierta la puerta de escape.

Al día siguiente, o más propiamente, al mismo día, 3 de octubre de 1794, la Reina se despertó a las diez, y me llamó.

Hacía unos cinco minutos que yo me había levantado, y corrí a su cama.

—En verdad —me dijo—: eres la más irresistible hechicera que jamás haya existido; tú dominas en los corazones y en las pasiones; he dormido siete horas con sueño infantil... Tú no me abandonarás nunca, ¿no es verdad? Tú eres mi ángel tutelar.

Me alargó los brazos.

Me incliné hacia ella, y la abracé.

—Pregunta si alguien ha venido a pedir audiencia —dijo.

Adiviné su pensamiento; esperaba que, a pesar de todo lo que pudo haberle dicho su hijo, aquel padre desesperado haría una nueva tentativa cerca de la Reina.

Fui a las antecámaras y pregunté a las damas y hasta a los ujieres. No había venido nadie.

Volví al lado de la Reina, y le comuniqué el resultado de mis averiguaciones.

Al oírme, frunció el ceño.

—Ellos lo habrán querido —murmuró—, y no tendré nada que echarme en cara.

Volviéndose hacia mí, dijo:

—Te dejo libre por todo el día. Tengo que escribir varias cartas, ver a varias personas y dar muchas órdenes para mañana. Ven a las seis; esta noche salimos para Caserta.

—Y... ¿si volviese el padre? —le dije con acento de súplica.

—Si el padre volviese, veríamos —respondió—; pero, está tranquila, no volverá.

Ya en la calle, y subiendo por el lado de la iglesia de San Fernando, para llegar a

la calle de Chiaïa, vi mucha gente encaminarse en dirección al Castello. Di orden a mi lacayo de informarse del motivo de aquel gentío; bajó del pescante, se aproximó a un grupo, preguntó y volvió a comunicarme las noticias adquiridas.

Me pareció que los hombres que formaban el grupo de referencia me miraban con aire amenazador.

—¿Qué ocurre? —pregunté al lacayo.

—*Milady* —me respondió—, parece que mañana hay una ejecución capital. Están levantando el cadalso.

—¡Al hotel!, ¡al hotel! —grité, ocultando la cabeza entre mis manos.

Subí a la habitación de *sir* Guillermo.

—¿Sabes lo que sucede? —le pregunté.

—Sí —me respondió—; parece que el tribunal ha condenado a muerte a tres jacobinos, y que mañana se los ejecuta.

—La Reina teme que se produzca alguna revuelta con motivo de esa ejecución, y nos invita a pasar el día en Caserta.

—Ve tú con ella. Yo no puedo salir de Nápoles; ¡tengo que dar al gobierno detalles de lo que ocurra, y si me encontrase en Caserta no podría estar seguro de la autenticidad de mi información!

—Espero que no asistirás al suplicio de esos desgraciados.

—No lo sé; el banquero inglés Leigh me ofrece un sitio en sus ventanas, y como reside en la plaza del Castello, puede que acepte. En todo caso, mañana por la noche, o lo más tarde, pasado por la mañana, iré a buscarte y te daré pormenores de lo que ocurra.

Me estremecí ante la idea de esos pormenores que tan tranquilamente me prometía *sir* Guillermo. Este, por su parte, ignorando del todo lo que había ocurrido la noche anterior, no comprendió nada de mi agitación; pero, acostumbrado a no interrogarme jamás, no me hizo ninguna pregunta.

A la hora fijada, estaba yo en palacio. Había ordenado al cochero que tomase por Chiatamone y Santa Lucía para huir de la proximidad de la plaza del Castello.

Con todo, yendo a Caserta, hubimos de pasar por la calle de Toledo; pero ocupábamos un coche cerrado, y corrí las cortinas.

Pasamos sin llamar la atención de la muchedumbre; pero yo no levanté las cortinas ni respiré libremente hasta que no estuvimos en plena campiña.

No tenía yo necesidad de hacer ninguna pregunta a la Reina para saber que nadie había ido a palacio y que ella no se había visto en el caso de conceder o negar favor alguno.

Llegamos a Caserta a las siete y media de la noche. Al entrar en aquel sólido y macizo edificio, me pareció que entraba en una tumba.

Es de comprender lo triste que pasamos aquella noche; la Reina y yo estábamos bajo la presión del mismo pensamiento, y, sin embargo, ni ella ni yo queríamos hablar de lo que constituía nuestra obsesión.

Con respecto a mí, tenía constantemente ante mis ojos a los tres jóvenes, y particularmente al que, en esta tragedia, desempeñaba el papel más importante; su hermosa cabeza, sus ojos elocuentes, su voz vibrante, su ademán solemne, todo esto venía a mi memoria tan a lo vivo, que, si hubiese estado sola, no habría podido resistir al deseo de coger un lápiz y trazar en el papel toda la escena por mí presenciada.

La Reina tomó un libro; pero noté que nunca daba vuelta a las hojas, lo que me hizo creer que no leía. A cosa de las dos, nos trajeron un refrigerio; pero solo tomamos una taza de té.

A intervalos, la Reina y yo intentábamos cambiar algunas palabras, de esas palabras indiferentes que en ausencia de las grandes preocupaciones, son el recurso de las conversaciones ordinarias; pero cada una de ellas parecía una piedra caída en un remolino y que muere en él sin producir ningún eco.

El reloj de la chimenea era de porcelana, y representaba al Tiempo armado de una guadaña. Nunca alegoría alguna fue más apropiada ni más sombría. El reloj dio sucesivamente las diez, las once y las doce; con la última vibración, hacía su entrada el día 4 de octubre, día de la ejecución.

La Reina se levantó, fue a la chimenea, alzó el globo del reloj y paró el regulador.

Se anticipaba para impedir al reloj dar las cuatro; porque a las cuatro, el péndulo debía hacer algo más que medir el tiempo; debía anunciar la eternidad.

El suplicio de los jóvenes había de ser a las cuatro; yo lo ignoraba, pero la Reina lo sabía, y estábamos ella y yo tan aferradas a la misma idea, que cuando la Reina detuvo la marcha del balancín, me sentí totalmente sobrecogida, adivinando su intención.

LXXI

No sé cómo durmió la Reina; de mí, sé decir que tuve sueños horribles. Hasta el amanecer no se disiparon las visiones que invadían mi cerebro, y solo entonces pude reconciliar el sueño.

Lo primero que vi al despertarme, fue la Reina, de pie junto a mi ventana. En la superficie del vidrio empañado con su hálito, la Reina había, con la yema de sus dedos, trazado un bosquejo del calvario y dibujado en la cumbre tres cruces.

Al oírme incorporar en mi cama, sacó vivamente su pañuelo del bolsillo, y enjugó el cristal.

—¡Qué fastidió! —dijo—; me he levantado temprano con la esperanza de poder dar un paseo, y he aquí que está lloviznando, lo cual acaso nos impedirá salir en todo el día.

Era un proyecto de solaz y distracción que el tiempo frustraba.

—¿Hace mucho que Vuestra Majestad está aquí? —pregunté.

—Mi Majestad está aquí desde hace una hora, puesto que Mi Majestad ha dormido muy mal. Conque, levántate, y vamos a ver lo que hacemos.

Me levanté.

—¡Ah! —dijo la Reina mirándome—, tendré el gusto de verte una vez algo menos hermosa que de ordinario. Esta mañana estás pálida y ojerosa, querida amiga.

—¡Ay! señora —respondí—, temo que esta tarde lo estaré más.

Aparentó no entender la intención de mis palabras.

—¿No has invitado a *sir* Guillermo para que venga a Caserta?

—Sí, señora; pero sus quehaceres le han retenido en Nápoles. Vendrá hoy, o mañana por la mañana.

—Tanto mejor —dijo la Reina, haciendo un visible esfuerzo sobre sí misma—; nos traerá noticias.

La conversación terminó en este punto.

Carolina se fue a su gabinete, y yo me levanté.

A las dos, cesó la lluvia. Se dio orden de preparar el coche, y bajamos a dar un paseo por el parque.

A medida que transcurría el tiempo, crecía de punto la agitación de la Reina. Llevó la conversación sobre el cautiverio, los sufrimientos y muerte de su hermana María Antonieta, ejecutada el 16 del mes en que habíamos entrado. Comprendí que buscaba un consuelo a los remordimientos, disculpándose en los martirios que los franceses habían hecho sufrir a una mujer que por su condición debía haber sido inviolable.

El cielo se encapotó, y regresamos al castillo. El carruaje se detuvo al pie de la escalera principal.

Carolina dio nuevo curso a la conversación.

—Esta escalera es soberbia —dijo—, y aunque no hubiese en Caserta otras cosas admirables, ella bastaría para labrar la reputación de Vantivelli.

Y, mientras subíamos, me hacía notar las preciosidades de la escalera.

Llegamos a la sala. Carolina estaba presa de nerviosa excitación, de esas que, en ella, se resolvían en una crisis. Caminaba con paso rápido, y se habría dicho que se proponía sofocar la agitación que, contra todos sus esfuerzos, revelaba el estado de su espíritu.

De repente, al entrar en la sala, se detuvo mirando fijamente el reloj.

Este señalaba las cuatro, y en aquel preciso instante, el martillo se levantó y con vibrante sonido dio la hora.

La precaución tomada por la Reina, la víspera, había resultado inútil, y ¡caso singular! el péndulo, en el momento de aparecer la Reina, acababa de tocar la hora fatal que Carolina se había propuesto detener.

El hecho se explica, con decir que un ujier, viendo parado el reloj, lo puso en marcha: he ahí el milagro.

Si yo no me hubiese encontrado a su lado para sostenerla, creo que la Reina se habría desplomado sobre la alfombra que cubría el aposento.

Quise llamar, pero se opuso.

—¡Oh, no! no hay para qué divulgar mi debilidad. Pero, como no creo que Dios se haya entretenido en hacer un milagro con motivo de esos tres miserables jacobinos, quiero saber ese misterio del reloj. Ayúdame a recostarme en mi cama, y averígualo.

Acompañé a la Reina hasta su lecho, se tendió vestida en él, y yo salí a interrogar a los criados.

El ujier me dijo que, habiendo entrado en la cámara y visto parado el reloj, consideró deber suyo darle cuerda y ponerlo a la hora.

Volví junto a la Reina, y le di esta explicación.

Su semblante se tranquilizó, enjugó el sudor que bañaba su frente y probó a sonreír; pero fue en vano: los músculos de su cara no perdieron un átomo de rigidez.

—Al fin y al cabo —dijo mirando el reloj y viendo que eran las cuatro y media—, a esta hora todo ha terminado. Se ha dado un gran ejemplo, del que Nápoles tenía suma necesidad.

Yo no respondí.

—¿No eres de mi parecer?

—¡Ah! señora, permítame Vuestra Majestad que no tenga opinión acerca de esas cosas terribles de la vida y de la muerte. He nacido muy lejos de aquellos a quienes Dios ha concedido el derecho de disponer de la vida ajena, lo cual jamás me ha permitido filosofar sobre tan grave cuestión. Soy mujer, y por lo tanto, una criatura débil y misericordiosa, y confieso que habría preferido que este reloj hubiese dado la hora del perdón en vez de la del suplicio.

—Pero —exclamó Carolina con vehemencia—, si este reloj ha señalado la hora del suplicio, no es culpa mía. ¿No hemos hecho, tú y yo, todos los posibles para salvarlos? ¿No esperé ayer todo el día, en Nápoles, que algún miembro de sus familias viniese a implorar por ellos? Esperé inútilmente desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde, temblando de emoción cada vez que oía el ruido de pasos cerca de mi habitación. Pero ¡qué quieres! despreciaron mi perdón; se consideran dichosos de morir por la santa causa de la libertad; se figuran que algún día Nápoles les erigirá una estatua, y en esa creencia, irán al patíbulo como mártires... ¡Estatuas en Nápoles! —añadió Carolina prorrumpiendo en una risa estridente y forzada—. Los pueblos saben destruir, pero no edificar. Quizás se derribará la estatua de los reyes, pero no será para levantar en su lugar la de los jacobinos.

Aquí, Carolina enmudeció.

Me guardé muy bien de interrumpir aquel silencio. Con la cabeza apoyada en su mano, yo contaba maquinalmente sus febriles pulsaciones, cuando de súbito repercutió bajo las bóvedas del palacio el rodar de un carruaje.

La Reina salió de su abstracción, y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Probablemente, es *sir* Guillermo que cumple su promesa de venir a reunirse con nosotras, respondí.

—Si es él, hazle entrar —dijo la Reina—. Tengo prisa por saber lo que ha ocurrido.

Efectivamente, era él; traía noticias, y noticias tan inesperadas, que no quiso retardar el momento de contárnoslas. Gracias a sus excelentes caballos, solo empleó en el trayecto una hora y quince minutos.

He aquí lo que había pasado y que *sir* Guillermo pudo ver con sus propios ojos desde las ventanas del banquero Leigh:

Según costumbre, los *bianchi* fueron a la prisión de la Vicaría a buscar a los condenados, los cuales salieron a pie, custodiados por dos compañías de infantería y un destacamento de caballería.

En la catedral se hizo una primera parada, y luego reanudaron la marcha, subiendo a la calle de Toledo, a la que llegaron por el ángulo del palacio Maddalone.

En la calle de Toledo, los soldados tuvieron necesidad de abrir paso a la lúgubre comitiva por entre la inmensa multitud que invadía la vía pública. Los jóvenes, colocados cada uno entre dos penitentes y precedidos de un sacerdote que de vez en cuando se volvía a ellos para darles a besar el crucifijo, caminaban con paso firme, saludando a las personas conocidas, las cuales respondían al saludo agitando sus pañuelos y gritando:

—¡Adiós!, ¡adiós!

A las cuatro menos cuarto, el cortejo llegó a la iglesia de San Fernando, y, pasando delante del teatro San Carlos, desembocó en la plaza del Castillo, en cuyo centro se había levantado el cadalso, con tres horcas dispuestas en forma de una H

mayúscula.

Vitagliani, que iba delante y era el de más edad, gritó:

—¡Amigos! aquí tenéis el instrumento del martirio.

—¡Sea bien venido! —exclamó Manuel de Deo—. ¡El martirio conduce a Dios!

—¡Y la muerte a la libertad! —añadió Gagliani, el más joven de los tres.

Estas palabras fueron recogidas, y los que las oyeron las propalaron entre la multitud.

El gentío era inmenso, y a duras penas, una hora antes de la ejecución, cuatrocientos soldados de infantería invadieron la plaza y formaron un gran cuadro vacío al pie del patíbulo.

Luego, a una voz de los oficiales, los soldados cargaron sus fusiles.

En el lado opuesto, los artilleros del castillo Nuevo enfilaron los cañones en dirección a la plaza del Castillo, y sus sirvientes se colocaron detrás de las piezas, prontos a disparar contra el público, al primer intento encaminado a libertar a los condenados.

A estas tropas se añadieron las que acompañaban a los reos.

En el momento de entrar estos en el círculo fatal, muralla de hierro que se interponía entre ellos y la vida, empezaron a batir doce tambores, señal de que iba a comenzar el sombrío drama.

Gagliano subió el primero a la plataforma. Ya he dicho que aún no había cumplido diez y nueve años.

Al aparecer aquella juvenil cabeza, un inmenso estremecimiento recorrió de uno a otro extremo, y se oyeron algunas voces que pedían perdón.

—¿Nuestro perdón? —dijo Gagliani levantando la voz—. Nos lo han ofrecido a cambio de nuestro honor, y lo hemos rechazado.

El verdugo estaba montado en el travesaño de la horca, sus ayudantes empujaron a Gagliani hacia la escalera, cuyos cinco o seis peldaños subió lentamente el reo, y le pasaron alrededor del cuello el nudo corredizo.

—¡Viva la libertad! —tuvo aún tiempo de gritar.

Pero, en el acto, el ayudante del verdugo derribó de un puntapié la escalera; el cuerpo flotó en el espacio; el verdugo saltó sobre sus hombros, el ayudante se cogió a sus pies; un grupo informe agitado con las convulsiones de la agonía, aterró un instante a los espectadores; después, el verdugo saltó al suelo, el ayudante se desprendió, y el cadáver del primer mártir, rotas las vértebras cervicales, quedó inmóvil y suspendido de la horca.

Tocaba el turno a Manuel de Deo.

Subió con rapidez los peldaños de la plataforma, y pareció que buscaba con a vista a alguien entre la muchedumbre.

Entonces, en medio del silencio se oyó una voz que, con profundo acento de dolor, gritó:

—¡Soy yo a quien buscas! ¡Aquí estoy, hijo mío!

Y se vio al anciano padre de Manuel de Deo que, alzándose sobre la punta de los pies entre la multitud, inundado de lágrimas el rostro, agitaba el pañuelo, para cumplir seguramente la promesa de dar el último adiós a su hijo en aquel fatal momento.

—¡Adiós, padre mío! —gritó el joven—. Muero por mi patria. ¡Que mi patria se acuerde de mi muerte, y la vengue!

Y corrió hacia la escalera, la subió a reculones, presentó el cuello al siniestro nudo, y empezó el segundo acto del horrible drama.

Pero, cuando el verdugo se desplomó sobre la espalda del condenado y el ayudante se colgó a sus pies, los gritos desgarradores del viejo que se retorció desesperadamente los brazos, levantaron un formidable clamoreo de piedad y de amenaza. Oyose la voz demandando *¡preparen armas!* seguida del chocar de los fusiles; en lo alto de una de las torres apareció una nube de humo, y segundos después vibró en el espacio el estampido de un cañonazo con pólvora sola; el *¡sálvese quien pueda!* napolitano: *¡Fuga!*, *¡fuga!* se escapó de millares de bocas, las filas de los soldados fueron deshechas, no con intentos de atacar, sino con afanes de huir; el verdugo, temiendo que en medio de la confusión se le escapase su última víctima, y perder en ese caso los diez ducados que cada ejecución le valía, se abalanzó, cuchillo en mano, sobre Vitagliano, y le hirió en el corazón.

Y en tanto que la muchedumbre, despavorida, huía por las numerosas calles de la plaza del Castillo, el verdugo y sus ayudantes llevaron a Vitagliano moribundo a la plataforma, donde exhaló el último suspiro, y, no pudiendo hacer otra cosa, colgaron un cadáver en vez de un hombre con vida.

Tales fueron las escenas desarrolladas, y que nos contó, con su diplomática exactitud, *sir* Guillermo, testigo ocular de aquel terrible episodio.

LXXII

María Carolina escuchó este relato, del principio al fin, impasible, sin denotar el menor signo de emoción. Después, pidió un vaso de agua.

Yo misma fui a buscarlo en el tocador, y se lo llevé. Noté que su mano temblaba y que sus dientes castañeteaban contra el cristal.

—¿Se siente mal, señora? —pregunté.

—Me parece que tengo un poco de fiebre.

Me estrechó la mano con cierto terror, y me dijo:

—Pasarás la noche conmigo, ¿no es verdad?

—Líbreme Dios de abandonarla un solo instante; pero convendría llamar a un médico.

—¿Para qué?

—Porque temo que no se encuentre Vuestra Majestad seriamente indispuesta, y un calmante bastaría para contener a tiempo la dolencia.

La Reina meditó un instante, y dejó caer la cabeza sobre el almohadón.

—Lo cierto es —dijo—, que no me encuentro bien; los oídos me zumban, y todo lo veo rojo. Envía un emisario a Nápoles con una carta para Domingo Cirillo diciéndole que venga a verme mañana lo más temprano posible.

—Si Vuestra Majestad quiere que la pulse... Tengo algo de médico —dijo *sir* Guillermo.

—Pulse usted —respondió Carolina, alargándole el brazo.

Sir Guillermo se quitó el guante, sacó el reloj, que conservó en una mano, y con la otra pulsó a la Reina.

Comprobó ochenta y dos pulsaciones por minuto.

—Señora —dijo—, el médico debe venir hoy mismo, y no mañana; y como tengo que regresar a Nápoles para despachar la correspondencia, me encargaré de avisarle. Si no encuentro a Cirillo, le enviaré a Cotugno...

—Envíe usted al que quiera, milord, con tal que no sea un médico inglés. Detesto los calomelanos, que es el remedio único que emplean en todas las enfermedades; diríase que han encontrado la panacea universal.

Sir Guillermo se despidió de nosotras, aconsejando a la Reina que, si empeoraba, no llamase a ningún médico del lugar, y que aguardase la llegada del que vendría de Nápoles.

Sir Guillermo no se engañaba; la fiebre se acentuó rápidamente, y a las dos horas de su partida, la Reina deliraba.

En su delirio, evocaba el suplicio de los tres jóvenes y repetía todos los pormenores relatados por *sir* Guillermo.

A las doce de la noche, aproximadamente, llegó un coche a palacio. Se sabía que

era esperado un médico de Nápoles, y todo estaba dispuesto para que pudiese subir sin pérdida de tiempo.

Corrí a su encuentro. Era el doctor Cotugno. Venía en compañía del secretario de *sir* Guillermo, que me entregó una carta de este.

Domingo Cirillo se negó a venir, diciendo que a las cinco de la tarde había enviado a la corte su dimisión de médico de cámara.

Sucedió esto una hora después de la ejecución; la intención era, pues, clara y categórica, y el motivo de la dimisión de Domingo Cirillo no necesitaba ser explicado.

Sir Guillermo, que conocía las opiniones políticas de Cirillo, no extrañó su actitud, y llamó a Cotugno.

Cuando este entró en el dormitorio, el estado de la Reina se había agravado: su pulso latía febrilmente a razón de noventa pulsaciones por minuto.

Cotugno, con la rapidez de acción que lo distinguía, no hizo más que mirar a la Reina.

—Aquí se presenta —dijo— el caso de la materia excitada por una causa moral, y ahora se trata de que la moral influya sobre la materia.

Y sacó su estuche.

Después, volviéndose hacia mí:

—Señora —me dijo—, ¿me ayudará usted a sangrar a Su Majestad, o quiere usted llamar a alguna de sus camareras?

—¿Es muy difícil, señor, lo que tendría yo que hacer? —pregunté.

—No, a fe mía. Se trata simplemente de que usted no se indisponga. ¿Puede usted responderme de ello?

—Sí, señor; no me falta valor.

—A veces, uno lo tiene para sí, pero no para los otros. Por lo demás, no es cuestión sino de sostener la jofaina.

—Cuenta usted conmigo.

—Pues bien, no perdamos tiempo.

El doctor vendó el brazo de la Reina, y sin más ayuda que la mía, la sangró abundantemente por la vena humeral.

Era la primera vez que yo veía correr sangre, y sangre preciosa de una amiga coronada. Mi impresión fue muy honda.

Estaba arrodillada frente a la cama de la Reina; sostenía la jofaina en que se vertía la sangre en cantidad que me parecía exorbitante. Ignoraba lo que más adelante me explicó *sir* Guillermo, que el cuerpo humano contiene diez y seis o diez y siete libras de sangre; así que, a medida que corría la de la Reina, sentía obscurecerse mi vista y un sudor frío inundaba mi frente. Sin embargo, me mantuve firme hasta que el médico me dijo:

—Puede usted poner la jofaina en el suelo, señora; hemos terminado.

Como si hubiese agotado todas mis fuerzas, y sobre todo mi voluntad, con la

cooperación que acababa de prestar al doctor, no bien hube dejado en tierra la jofaina, me sentí desfallecer, y mi cabeza se desplomó sobre la almohada de la Reina.

—¡Ya se lo había dicho! —exclamó Cotugno.

—No es nada, doctor, no es nada; pero ¡le ha sacado usted tanta sangre!

—Cinco o seis onzas, nada más. Es preciso dominar la fiebre cerebral. Ha habido conmoción, y hay que restablecer el equilibrio. Si la fiebre y el delirio continuasen, Su Majestad tomaría un pediluvio a la temperatura más alta que pudiese resistir, cuidando antes de diluir en el agua tres o cuatro onzas de mostaza en polvo; y si esto no bastare, aplíquese usted dos sinapismos. Es absolutamente indispensable atraer a las extremidades la sangre que ha afluido a la cabeza.

—Deje usted escritas estas indicaciones, doctor —le dije—. ¿Por qué no se queda usted al lado de la Reina?

—¿Quién prestaría mi servicio en los hospitales?... A las dos de la tarde estaré aquí nuevamente. Es muy probable que el delirio ceda, y nuestra augusta enferma entrará en estado de convalecencia dentro de tres días... Observe usted que el sueño empieza ya a invadirla.

El reloj dejó oír su metálico sonido.

A la primera vibración, la Reina abrió los ojos y pareció escuchar con ansia.

Yo escuchaba casi con tanta ansiedad como ella, porque conocía la causa de la atención manifestada por la Reina.

El reloj dio las tres.

—¡Bueno! —dijo Carolina—, ¡una hora todavía!

Y su cabeza cayó sobre la almohada.

—Convendría —dijo el doctor—, impedir que este reloj continuase dando las horas, y sobre todo la que seguirá.

Cotugno dijo esto con tan ingenua expresión, que era imposible adivinar si en sus palabras había otra intención que la de imponer silencio al reloj.

Fui a la chimenea, y paré el péndulo.

Cotugno pulsó a la Reina. Las pulsaciones habían disminuido en número de doce.

—Todo marcha bien —dijo—, y si no sobrevienen complicaciones, dentro de tres días Su Majestad estará buena.

Enjugó con gran cuidado la lanceta, la colocó de nuevo en el estuche, y me encargó que conservase la sangre extraída para examinar su descomposición, y salió, aconsejándome que me procurase un poco de descanso.

Tenía, en efecto, mucha necesidad de él. Hacía tres noches que no dormía apenas. Salvos algunos sobresaltos, el sueño de la Reina fue tranquilo. Arrastré un sillón junto a su cama, cogí su mano entre las mías, a fin de despertarme al menor movimiento, y quedé dormida.

No sé cuánto tiempo duró mi sueño; pero, cuando abrí los ojos, despertada por el ruido que hacían en la habitación inmediata, era ya muy entrado el día.

Aquel ruido lo promovía una persona que decía con acento vehemente:

—¡He de ver a la Reina!, ¡digo que tengo necesidad de verla!

Salté de mi sillón y fui corriendo a la pieza contigua.

Encontré en ella a una mujer de aire distinguido, de treinta a treinta y cinco años de edad, con el semblante alterado por el dolor.

—¡Oh! señora —exclamó al verme—, haga usted que pueda yo ver a la Reina, ¡hágalo por favor!

Y me cogió las manos, inclinándose como si fuese a arrodillarse a mis pies.

—¡Imposible, señora! —le respondí—. La Reina está gravemente enferma. Esta noche la han sangrado, y el médico ha prohibido la entrada a quienquiera que sea.

—¡Oh! pero yo —exclamó la señora—, yo no debo ser incluida en esta regla... porque soy... una amiga de la Reina.

—Dispense usted, señora, pero nunca la he visto en palacio.

—¿A qué habría yo venido a la corte? Nada tenía que hacer en ella. Pero usted, que conoce la letra de Su Majestad, lea usted, señora.

Esto diciendo, sacó varias cartas de su bolsillo.

—¡Lea usted, señora, lea usted!... ¡Querida princesa!... ¿No reconoce usted su letra?

—Sí, pero ¿quién es usted? —pregunté con el mayor asombro.

—Soy... soy la princesa de Caramanico.

—¿La mujer del...?

Me detuve.

—Sí —añadió—, la mujer del hombre a quien tanto amó Su Majestad... Pues bien, vengo a decirle que no puede dejar morir a aquel por quien sintió tan intenso amor.

—¡Dejarle morir!, ¿qué ocurre, pues? —oímos que decía una voz detrás de nosotras.

Nos volvimos, la Princesa y yo, y lanzamos un grito. La Reina, que también había sido despertada por el ruido, oyéndome hablar con una mujer, saltó de su cama, y con los pies descalzos, en camisa, sueltos sobre los hombros sus largos cabellos, estaba de pie en el umbral del dormitorio.

Reconoció a la princesa de Caramanico, lanzó un grito, la asió del brazo y la condujo a su gabinete, diciendo:

—¡Ven, Emma, ven!

Seguí a la Reina y a la Princesa, y cerré la puerta.

LXXIII

La Reina nos miró a las dos con mirada extraviada, se pasó la mano por la frente, y después, fijando la vista en la Princesa, dijo:

—He oído mal, ¿no es verdad? Usted no ha dicho seguramente: «La Reina no puede dejarle morir».

—No, señora, no —exclamó la Princesa—, Vuestra Majestad no ha oído mal; he dicho y repito: «No, no, la Reina no puede dejarle morir».

—Pero ¿quién es el que la Reina no puede dejar que muera? —preguntó Carolina.

—¡El que fue amado por ella!

—¿El príncipe de Caramanico? —Sí.

—¿Está en peligro de muerte?

—¡Lea Vuestra Majestad, lea, señora!

Y cayendo de rodillas, la Princesa mostró una carta a la Reina.

Carolina leyó con acento áspero y castañeteo de dientes:

Querida amiga...

Miró a la Princesa con ojos que despedían fulgores.

—Lea, señora, lea —repitió esta con acento de súplica.

La Reina continuó:

No sé lo que me pasa; de quince días a esta parte, mis cabellos han encanecido y mis dientes se caen... Me siento dominado por una mortal languidez, y sospecho que me quedan pocos días de vida.

No puedo decirte lo que pienso, pero tú podrás adivinarlo.

No le digas nada, y sufre en silencio; desgraciadamente, no hay remedio.

El padre era médico, y el hijo ha resultado con aptitudes para la química.

JOSÉ.

La Reina dio un grito; parecía que los ojos le saltaban de las órbitas.

—Conque, al parecer, ha sido envenenado —dijo Carolina.

—¡Ay, señora!

—Pero ¿por qué le habrán envenenado, si yo no le amaba ya, o cuando menos, ignoraban que lo amaba todavía?

—Vuestra Majestad no ignora, señora, lo muy popular que era él —repuso la Princesa—; se hablaba de su vuelta a Nápoles; se decía que Acton había perdido el favor de la Reina y que Vuestra Majestad abrigaba el propósito de nombrar ministro a un verdadero napolitano, por ser los extranjeros, en períodos de revolución, instrumentos de poca seguridad. Todo eso se decía, señora. Tales rumores se propalaron y, al extenderse, han ocasionado su muerte.

—¡Oh!, ¡si yo llego a convencerme de ello! —murmuró la Reina, apretando los dientes.

—Créalo Vuestra Majestad, señora, créalo, porque es la pura verdad, la verdad fatal, terrible. ¡José, nuestro José, muere envenenado!

—¿Cuándo ha recibido usted esta carta?

—Esta mañana.

—¿Qué fecha lleva?

—Data de cuatro días.

—Primero de octubre... Escribía el mismo día de la condena. ¡Oh! —exclamó Carolina, retorciéndose los brazos—, ¡es un castigo del Cielo!

Con este esfuerzo, su reciente herida, mal cicatrizada, se abrió, y de ella salió un chorro de sangre que enrojeció su camisa.

—¡Oh! —grité—, ¿lo ve, señora, lo ve? ¡Usted la está matando!

En efecto, debilitada por la emoción y por la pérdida de sangre, la Reina palideció, dejó escapar un débil suspiro y se tambaleó.

Acudí a tiempo de recibirla en mis brazos: se había desmayado.

La Princesa y yo la llevamos a la cama. Me apresuré a ejecutar, lo mejor que supe, las operaciones que había visto que hacía el doctor, y procuré contener la hemorragia antes de que la enferma recobrase el conocimiento.

—Ya ve usted —dije a la Princesa—, el estado en que la Reina se encuentra. Desgraciadamente, no puede hacer nada por el Príncipe. Solo usted, señora, puede hacer algo.

—¿Qué puedo hacer yo, Dios mío?

—Sin perder un instante, usted puede salir para Palermo con el mejor médico de Nápoles, e informar a la ciencia del crimen que se intenta.

—¡Yo confiaba en la Reina! —dijo la pobre Princesa—. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—La Reina no puede servirle en nada, señora, como no sea para castigar, y aun eso, ¡quién sabe! Bien sabe usted que el culpable, o los culpables, están demasiado altos para que el castigo pueda alcanzarles. Puesto que se trata de la salvación del Príncipe, y no del castigo de sus asesinos, piense usted en la vida de aquel, y, por lo demás, esté tranquila, que si la Reina puede castigar, no dejará de hacerlo.

—¡Oh!, ¡castigará! ¿Cree usted que castigará?

—Sí, pero para castigar, precisa estar en pleno uso de su razón, de su fuerza, de su poderío. Deje usted que se reponga, vaya usted allí donde la llama su deber y su ternura; salve al Príncipe, si aún es tiempo; reciba su último suspiro, si es demasiado tarde; sea magnánima en su agonía; dígame que la Reina siempre le ha amado. Debe usted este acto de piedad a esos dos corazones que tanto han sufrido, y que no han tenido sino a usted por intermediaria, por confidente y por amiga.

—Está bien —dijo la Princesa—; haré lo que usted me aconseja, señora; y si la ciencia de un hombre y la abnegación de una mujer pueden salvarle, él se salvará. Gracias. Si muere, diga usted a la Reina que declino en ella el encargo de vengarle.

Se arrodilló delante de la cama, besó la mano de la Reina, me dirigió un postrer adiós con un movimiento de la mano y de labios, y salió precipitadamente.

El desmayo de la Reina, era un beneficio de la Providencia; sin él, dada la disposición de ánimo en que se encontraba Carolina, seguramente se habría vuelto loca o bien habría sido atacada de una congestión cerebral.

Salí tras la Princesa para encargar a los criados que no dijese ni una palabra sobre la visita de la Princesa de Caramanico; volví al lado de Carolina, y, viendo que no había recobrado aún el conocimiento, le froté las sienes con agua fría y le hice aspirar unas sales.

Al cabo de pocos instantes, abrió los ojos, pero en la expresión de su rostro, vi que se había reproducido el delirio de la noche.

Toqué el timbre que comunicaba con las camaristas, y dos de ellas acudieron al llamamiento. Recordé la prescripción del doctor, y dimos a la Reina un baño de pies, a base de mostaza; y, como el delirio no cesaba, le aplicamos sinapismos en las piernas. La operación resultó tanto más fácil, cuando que, en medio de su delirio, Carolina me reconocía, y muy sumisa conmigo, me dejaba hacer lo que yo quería.

A eso de la una, cayó en una postración que contrastaba con el estado de exaltación por que acaba de pasar.

A las dos en punto, oí el rodar de un carruaje. Cotugno cumplía su palabra.

Corrí a su encuentro, y en dos palabras le enteré, no de lo que había pasado, pues no me creía autorizada para revelar un secreto de la Reina, sino de que su enferma, después de haber recobrado el conocimiento, había sufrido una fuerte emoción y que la sangría se había abierto nuevamente, lo cual determinó un desmayo. Y añadí que habíamos seguido al pie de la letra sus instrucciones.

El doctor empezó por examinar la sangre, en la que descubrió los signos de una violenta inflamación, y después entró en el dormitorio.

Carolina permanecía inmóvil y con los ojos cerrados.

El doctor la pulsó, auscultó su respiración y le preguntó qué sentía; pero la enferma no abrió los ojos ni respondió.

—Acerque usted la jofaina —dijo Cotugno a una de las camaristas—; Su Majestad no ha perdido bastante sangre, y he de sacarle una o dos onzas más.

La Reina encogió el brazo, señal de que había oído, lo que acababa de decir el médico.

Pero este no quiso advertir aquel movimiento, y le cogió el brazo.

—¡Oh! —dijo la enferma—, ya estoy muy débil; no me debiliten más... No sabría coordinar dos ideas.

—¡Esas tenemos! —repuso el doctor—, el actual estado de Su Majestad exige que no se tenga ni siquiera una idea aislada, y en cuanto a la coordinación de dos, la prohibición es mucho más terminante.

Carolina respondió con un suspiro.

El doctor reabrió la sangría, y la Reina perdió de nuevo otra cantidad de sangre.

Era superior a lo que podía resistir, y se desvaneció.

Cotugno restañó en el acto la sangre.

—¡Vaya! —dijo—; estas señoras se servirán enviar a la farmacia a que preparen la pócima que voy a recetar. Entretanto, hablaremos.

Escribió el r cipe, lo entregó a las dos camaristas y las acompaño hasta la puerta, casi a empujones.

Luego volvió junto a la Reina, que continuaba sin conocimiento, y le asió la mano.

—Vamos a ver —me dijo—, hay que hablar francamente a los médicos, porque de lo contrario pueden equivocarse, y equivocándose, corren riesgo de matar al enfermo.

—¡Dios mío! —exclam —,   existe peligro de muerte?

—Siempre existe peligro de muerte, cuando junto a la cama se encuentran frente a frente la enfermedad y el médico. Pero creo que el espíritu est  más enfermo que la materia.

—Lo juzgo como usted, doctor, y admiro su penetración.

Cotugno se encogió de hombros.

—No hay penetración —dijo—, y la cosa es para mí clara como el día. Voy a decirle lo que ha ocurrido; si me engaño, imp ngame usted silencio; si acierto, déjeme continuar.

—Pero   si la Reina le oye?...

—No hay cuidado; tengo la mano sobre su pulso; cuando est  próxima a volver en sí, lo sabr  un minuto antes...   No es verdad que la ejecución de ayer ha trastornado a la Reina?

—  Cómo puede usted saberlo?

—¡Oh!, ¡lo que es la malicia! Por lo pronto, esa ejecución ha conmovido a muchas conciencias, y con mayor razón la de la Reina, por haber podido evitar tan doloroso desenlace, y no haberlo evitado.

—Doctor, Su Majestad había ofrecido el perdón a los condenados, y ellos lo despreciaron.

—S , he oído contar algo de eso; pero no son asuntos míos. La ejecución tuvo lugar ayer a las cuatro, precisamente a la misma hora en que la Reina cayó enferma.

—  Quién se lo ha dicho?

—*Sir* Guillermo Hamilton; ya ve usted que no quiero pasar por hechicero; pero no tenía necesidad de decírmelo, porque esta noche, en mi presencia, la Reina se ha estremecido oyendo al reloj dar las tres, y ha dicho: «¡Bueno!, ¡nos queda una hora todavía!». Pero no es esto todo: esta mañana, según me dice usted, ha sufrido una violenta emoción.

—S , muy violenta.

—Habrá sabido que el príncipe de Caramanico moría envenenado.

—  C llese usted! —exclam —,   c llese usted!

—He dicho a usted que nada puedo oír.

—Pero ¿cómo puede usted saber?...

—De la manera más sencilla. La Princesa ha venido a mi casa, hace dos horas, a preguntarme si yo quería acompañarla a Palermo. Le he contestado que me era imposible abandonar a la Reina, enferma como está. La he dirigido a Cirillo, a quien debía yo corresponder en igual forma, en atención a la que él tuvo de enviarme a su marido de usted. A la hora presente, la Princesa y él habrán salido ya para Palermo, y si hay medio de salvar al Príncipe, Cirillo le salvará, pues su experiencia es mucha. Mientras yo conversaba con la Princesa, su criado hacía lo propio con el mío, y le ha dicho que su dueña y él llegaban de Caserta.

La emoción de la Reina tiene, pues, origen en la noticia de haber sido asesinado el Príncipe. Fácil me habría sido dejarla a usted en la creencia de que todo eso había sido adivinado por mí; pero, a Dios gracias, no soy, como Gatti, un charlatán. Ahora, ¿quiere usted que le explique mi plan de batalla contra la dolencia de la Reina? Es muy sencillo. La noticia del envenenamiento del Príncipe existe en ella como un ensueño; ignora si ha soñado haber visto a la Princesa, o si realmente la ha visto. Esas son las dos ideas que no puede coordinar, y que no conviene que coordine, y por eso se quejaba de estar demasiado débil para resistir una nueva sangría sin quedar más debilitada. Soy bastante capaz para luchar contra la ejecución de ayer, o contra el envenenamiento de hoy; pero cada cosa por separado. Si las emociones se confundiesen formando una sola, Cotugno se vería entre dos fuegos como un general inexperto, y Cotugno sería vencido. Cotugno debe hacer lo que Horacio: atacar a los Curiáceos separadamente, uno después de otro. ¿Entiende usted? Mi primer Curiáceo, es la ejecución de ayer; mi segundó, el envenenamiento de hoy; el tercero, en fin, que es el menos peligroso, la enfermedad.

—Ciertamente, señor —le dije mirándole—, es usted un hombre prodigioso.

—¡Oh, no! no lo soy más que otro; tengo práctica y observación; eso es todo. Ahora, oiga usted: todo mi trabajo va a limitarse a impedir los recuerdos en la Reina. Si lo consigo durante tres días, no hay absolutamente nada que temer. Lo que receto, es simplemente un calmante, que es necesario administrarle con la mayor precaución y regularidad, pues, si la dosis fuese más alta, la calmaría demasiado.

—¡Dios mío!, ¿qué va usted a darle?

—Simplemente, belladona.

—Pero yo entendía que la belladona era un veneno.

—Lo es, en efecto, pero, tomado como lo tomará la Reina, es un narcótico, un calmante. Usted le hará tomar una cucharada de café cada hora... ¡Ah! Su Majestad vuelve en sí. No olvide usted que la ejecución de los jóvenes tuvo lugar hace quince días, y que el envenenamiento del Príncipe es pura fábula... ¡Chitón!

En aquel momento la Reina abrió sus grandes ojos y miró en torno suyo.

—¡Bravo! —dijo Cotugno levantándose—, Su Majestad presenta una notable mejoría. No olvide usted, *milady*, de hacer tomar cada hora a Su Majestad una

cucharadita de la poción que he recetado, cuanto antes mejor... Pero, aquí están precisamente estas señoras que traen la medicina. Denme una cucharita, y la Reina me dispensará el honor de aceptar de mi mano la primera toma.

Y sin dar tiempo a la enferma de hacer ninguna reflexión, le puso la cuchara en la boca, y le hizo tragar la pócima.

—Mañana, a la misma hora —dijo—, volveré.

Diez minutos después de la partida del doctor, Carolina dormía profundamente.

* * *

Sucedió todo lo que Cotugno había vaticinado. Por espacio de tres días, la Reina estuvo medio aletargada, en un estado de somnolencia que no era ni sueño ni vigilia. Pasados esos tres días, Cotugno permitió que la luz de la razón iluminase un tanto su espíritu, y a los pálidos reflejos de esa luz, la enferma reconstruyó el edificio de todo lo pasado, pero bajo el aspecto vago e incoloro de sucesos acaecidos en época lejana. Yo, que no la abandonaba un solo instante, yo fui la confidente de sus impresiones al volver a la vida y a los dolores.

Estuvo tres o cuatro días sin hablarme del Príncipe. Una mañana, tras de algún esfuerzo:

—¿En mi delirio —me preguntó—, no ha venido a visitarme la Princesa de Caramanico?

—Sí, señora —respondí—; disponiéndose la Princesa a salir para Palermo, por haber sabido que su marido estaba enfermo, vino a preguntar a Vuestra Majestad si tenía algún encargo que confiarle.

La Reina estrechó con fuerza mi mano, y me miró fijamente.

—Emma —me dijo—, ¿ha vuelto la Princesa?

—No, señora.

—¿Se ha recibido carta suya?

—No, señora.

—Da orden de que, a su regreso, la hagan entrar inmediatamente.

—Pero, si las noticias que traiga no son satisfactorias, ¿se siente Vuestra Majestad lo bastante fuerte para recibirlas impunemente?

—Sí, está tranquila; con el sosiego, he recobrado la fuerza. Solo deseo un servicio.

—Mande Vuestra Majestad.

—He aquí la llave de mi escritorio; tú conoces el secreto que en él guardo...

—Sí, señora.

—Pues bien, ve a buscarme mi querida arquilla; tengo necesidad de tenerla a mi lado.

—Voy en seguida.

—Sí, y vuelve pronto. Si por casualidad encuentras al Rey y te pregunta por mí,

dile que sigo bien, pero que necesito algunos días más de reposo y de soledad. Nada me sería tan desagradable como verle actualmente.

—Está bien, señora.

Consulté mi reloj.

—Son las nueve de la mañana; al mediodía estaré de vuelta.

—Gracias... No sé lo que sería de mí sin ti.

Le cogí las manes y se las besé.

—De paso, no te olvides de prevenir mi encargo relativo a la Princesa.

—No, señora, esté Vuestra Majestad tranquila.

—Y di también que pueden dar cuerda al reloj... el estado de mis nervios me permite oír el sonido de las horas, aunque toque las cuatro.

Dejé a la Reina y transmití las dos órdenes que me había comunicado.

Encargué al cochero que emprendiese el paso más rápido posible, y partí.

En Maddalone, me crucé con un carruaje pintado de negro, y cuyo cochero, lo mismo que los lacayos, iban de luto. Me estremecí: un presentimiento me decía que en aquel carruaje iba una viuda.

Llegué a Nápoles. Me detuve en el hotel de la embajada el tiempo preciso de cambiar algunas palabras con *sir* Guillermo; luego, me dirigí a palacio y ejecuté el encargo de la Reina. Para regresar con la misma celeridad, di orden de cambiar el tiro.

A mediodía, menos algunos minutos, estaba de regreso en Caserta. Bajo el peristilo estaba parado el coche con el que me había cruzado a la ida.

Al poner el pie en el primer peldaño de la escalera principal, vi que se abría la puerta de las habitaciones de la Reina.

Salió de allí una mujer completamente enlutada; se llevaba el pañuelo a los ojos y sollozaba, caminando casi a tientas. Me detuve; pasó sin verme, aunque su vestido rozó con el mío.

Subió en el coche y partió.

Entré en el aposento de la Reina en el preciso momento de dar el reloj las doce.

—Tienes palabra, Emma —me dijo—. Ven.

Me acerqué, extrañando no ver ninguna alteración en su voz. Esperaba encontrarla anegada en llanto y desesperada; me engañaba: estaba fría y resuelta.

Le presenté la arquilla; la abrió con la llave que tenía preparada, y sacando de su pecho un rizo de cabellos:

—Mira —dijo—, he aquí todo lo que queda de él.

Lo llevó con fuerza a sus labios y encerró en la misma arquilla, con sus recuerdos de amor, aquel recuerdo de muerte.

Después, colocando la arquilla debajo de su almohada, en la que dejó caer su cabeza, cerró los ojos, murmurando estas palabras que ya una vez había oído yo salir de su boca:

—¡Es un castigo del Cielo!

LXXIV

Por desgracia, los acontecimientos políticos devolvieron pronto a aquella alma indomable, que no podía vivir sin la agitación de las pasiones y que la devoraba la necesidad de amar o de aborrecer, devolvieron, digo, aquel furor, momentáneamente mitigado por los dolores privados.

La reacción termidoriana, hiriendo a los hombres que habían contribuido en mayor grado a las ejecuciones de Luis XVI y de María Antonieta, procuró a María Carolina un alivio, transitorio; pero esa reacción fue como la señal de un acrecentamiento de energía en las armas republicanas. Mi libro de memorias contiene aún hoy día las fechas de las victorias de los generales republicanos, de las que yo tomaba nota a medida que nos llegaban las noticias de esas victorias, llenándonos de sorpresa; porque, rodeada de enemigos cual estaba, nos parecía que Francia debía ser fácilmente sometida.

Los austriacos, que habían entrado en el interior de Francia, se dejaban reconquistar, el 16 de agosto, el Quesnoy, por el general Scherer, y el 27, Valenciennes, por el general Pichegru. El 30, Condé abrió sus puertas a las armas francesas. Landeeries era recuperada el 30 de abril, de modo que, de cuatro plazas conquistadas por el ejército del emperador, solo le quedaba una en su poder.

En la frontera de España, las cosas no iban mucho mejor: Fuenterrabía y San Sebastián eran ocupadas por el general Moncey, y el fuerte de Bellaguardia caía en poder del general Dugommier.

El general Jourdan, al frente del ejército de Sambre y Meuse, alcanzaba ventajas, que nos alarmaban sobremanera. Después de haberse apoderado de Aix-la-Chapelle, había, el 2 de octubre, ganado la batalla de Aldenhoven, y el 3 apoderose de Juilliers, y sucesivamente de Andernach, Coblenza, Maestricht, Colonia, al mismo tiempo que Pichegru se apoderaba de Nimega, ocupaba Amsterdam, de donde huyó el estatúder, y aprisionaba a la flota holandesa en Texel.

Finalmente, el 9 de febrero, se celebró un tratado de paz entre Francia y Toscana, estableciendo la república francesa en el sistema político de Europa.

La Reina mandó formar al general Acton un cuadro de las fuerzas militares de Francia al principiar el año 1795, y de dicha relación se desprendió que Francia tenía en 1.º de marzo, ocho ejércitos en campaña: el del Norte, al mando del general Moreau; el de Sambre y Mosa, por el general Jourdan; el del Rhin y Mosela, por el general Pichegru; el de los Alpes y de Italia, por el general Kellermann; el de los Pirineos Orientales, por Scherer; el de los Pirineos Occidentales, por Moncey; el de las costas del Oeste, por Clanclaux; el de las costas de Brest y de Cherburgo, en fin, al mando de Hoche.

Esta formidable manifestación produjo un efecto más grande aún en la corte de

España que en la de Nápoles; porque el rey Carlos IV, hermano del rey Fernando, se decidió a pactar con Francia y se firmó la paz el 22 de julio de 1795.

Advertido un mes antes, por la Reina de esta defección de Carlos IV, *sir* Guillermo Hamilton la notificó al gobierno inglés, el cual pudo desde luego apercibirás en previsión de una futura hostilidad.

Súbitamente, la noticia de la jornada del 13 vendimiario llegó a Nápoles, y con ella, por segunda vez, el nombre de Bonaparte. Solo que, desde el 19 de diciembre de 1794 al 4 de noviembre de 1795, el oficial había ascendido a general fulminando, a las secciones en las gradas de la iglesia de San Roque.

Este triunfo obtenido en la guerra civil y la protección del general Barras le dieron en menos de un mes el mando del ejército de Italia.

La corte de Viena creyó que Francia estaba loca viendo que confiaba sus destinos a un joven de veintiséis años, conocido únicamente por dos victorias alcanzadas sobre los franceses.

La Reina recibió una carta de su sobrino; todos los viejos generales austríacos se rieron de conmiseración a la vista de aquel niño que se les oponía, a ellos, estratégicos por excelencia.

En efecto, ¡qué suponía ni qué era la reputación del general Bonaparte, comparada con la de un Beaulieu, de un Wurmser, de un Alvinzi y del príncipe Carlos!

Esperábamos con impaciencia el comienzo de las operaciones. Austria había reunido cinco ejércitos, 180.000 hombres aproximadamente. Bonaparte, con 36.000, avanzó por Saboya al encuentro de Beaulieu, quien, a su vez, le salió al paso con 50.000 austríacos.

Casi al mismo tiempo, recibimos noticias de la batalla de Montenotte y de las de Millesimo y Dego.

Nuestro estupor fue inmenso: Beaulieu había sido derrotado; había tenido 6.000 muertos, 8.000 prisioneros y perdido diez o doce cañones.

Pero la consternación subió de punto, cuando se supo que el ejército sardo, separado del austríaco, había sido derrotado, en Mondovi; que los austríacos, en número de 10.000 y con 18 piezas de artillería habían sido puestos en fuga en el puente de Lodi, por dos mil franceses, mandados por Bonaparte; que el general Massena había entrado en Milán, y que se había celebrado en París un tratado de paz entre la República Francesa y el rey de Cerdeña, tratado en virtud del cual, el Rey cedía a la República Saboya, Niza y Tenda, y permitía el paso por sus Estados a los ejércitos franceses.

No me propongo seguir aquella campaña en todos sus pormenores; quiero solamente, constatar los hechos y dar una idea de la impresión que ellos produjeron. Wurmser, sucesor de Beaulieu, fue derrotado en Castiglione, en Roveredo, en Bassano, y obligado a encerrarse en Mantua. Alvinzi, enviado en su socorro, fue derrotado en Arcole y en Rivoli. El príncipe Carlos, que los reemplazó, quedó

vencido, dondequiera que fue encontrado.

¡Todo eso en el transcurso de un año!

Toscana y Cerdeña celebraron la paz con Francia; el duque de Módena y el papa entraron también en pactos con la República. Venecia, que veía a los franceses a sus puertas, ordenó al hermano del Rey salir de Verona y de los Estados de la República.

A partir de aquel momento, los acontecimientos se sucedieron con espantosa rapidez. El general Massena ocupó a Clagenfurth, capital de la Carintía; el general Bernadotte se apoderó de Leybach, capital de la Carniola; el general Augereau entró en Venecia, derrocó al antiguo gobierno y lo reemplazó por una municipalidad democrática.

La situación era tanto más grave para nosotros —digo *nosotros* dado lo mucho que yo me había identificado con la Reina y *sir* Guillermo Hamilton con el Rey— la situación era tanto, más grave para nosotros, cuanto que la corte de Nápoles provocaba sin cesar al vencedor, enviando socorros a Austria y publicando terribles manifiestos.

En esos manifiestos, el Rey no intervenía sino para firmarlos, y a menudo, en vez de estampar la firma de su puño y letra, se empleaba el sello de que he hablado en otro lugar; eran redactados por el general Acton, el príncipe de Castelcicala y la Reina; y como esta tenía una letra bastante mala, ordinariamente era yo la que le servía de amanuense.

Conservo uno o dos de aquellos documentos, y por su fogosidad, se juzgará la peligrosa, posición en que se colocó la corte de las Dos Sicilias, en frente del gobierno francés.

Ninguna consideración sea capaz de inclinarnos a conceder gracia a los franceses, que han trastornado todas las leyes de la sociedad y de la justicia, y que, no satisfechos de sus propios crímenes, las han llevado y hecho germinar en las naciones vencidas o en las que han sido bastante crédulas para recibirlos como amigos.

Pero, colmada la paciencia de los pueblos, se han levantado estos para destruirlos. Imitemos el ejemplo de esos defensores justos y animosos; confiemos en el apoyo divino y en nuestras propias armas, y háganse rogativas en todas las iglesias. Y vosotros, católicos napolitanos, pedid al Señor que conceda tranquilidad al reino; escuchad la voz de vuestros sacerdotes, seguid sus consejos, tanto si son dados desde el púlpito, como si proceden del confesionario.

En todos los ayuntamientos se han establecido listas para los alistamientos voluntarios. Acudan a inscribirse en esos registros honrosos, todos los napolitanos capaces de empuñar las armas. Considerad que se trata de vuestras mujeres, de vuestros hijos, de vuestros bienes, de los placeres de la vida, de las costumbres paternas, de las leyes de vuestros antepasados. Yo estaré con vosotros en vuestras oraciones y en los combates que libréis. ¡Quién no prefiere la muerte a la vida, si esta ha de ser al precio de la justicia y de la libertad!

Después, el Rey, o mejor dicho, los que escribían en su nombre, continuaban en la siguiente forma, dirigiéndose a los obispos, a los curas, a los confesores y a los misioneros:

Es, por lo tanto, voluntad nuestra que se celebren actos religiosos en las iglesias de los dos reinos, pidiendo a Dios la paz de nuestros Estados; y con tal objeto, en el altar, en el púlpito, en el confesionario, recordaréis a

los napolitanos sus deberes de cristianos y de súbditos, de suerte que ofrezcan a Dios un corazón puro y al país un brazo armado para la defensa de la religión y del trono.

Señalad a vuestros feligreses los errores en que Francia ha caído, los embustes de la tiranía que ellos llaman libertad, las herejías de las tropas francesas; en una palabra, mostradles el universal peligro. Excitad al pueblo por medio de procesiones y otras ceremonias religiosas, y demostrad a todos claramente que el movimiento revolucionario, removiendo a la sociedad en sus cimientos, hiere de muerte a sus dos principales columnas: la Iglesia y el trono.

Esta proclama fue publicada en todas las calles y encrucijadas, pegada a todas las paredes, comentada en todas las iglesias.

Las rogativas empezaron inmediatamente en la iglesia metropolitana de San Javier.

Los curas, fuese por convicción, fuese por fanatismo, secundaron más y mejor las intenciones de la Reina. Ambos soberanos se dirigieron con gran pompa a la catedral, ocupada por los ministros, cortesanos, magistrados, por cuantos de un modo u otro dependían del gobierno. El pueblo siguió el ejemplo que le daban, y fue tanta la concurrencia que invadió las iglesias, que casi era imposible transitar por las calles, pues en Nápoles hay pocas calles donde no se levante una iglesia. La gente que, por estar llenos los templos, no podía entrar en ellos, se estacionaba a sus puertas, y allí, al aire libre, se entregaba a sus oraciones.

A partir de entonces, los franceses fueron considerados por los napolitanos como ladrones, asesinos, heréticos, excomulgados, y nadie tenía obligación de conservar con ellos ni las leyes de la fe ni el honor de la palabra; se les podía perseguir, herir por la espalda, envenenarlos, asesinarlos durante el sueño, matarlos, en fin, como perros rabiosos.

Tal es la ceguera de la pasión, que yo misma participaba de esa rabia, por decirlo así, contra una nación a la cual he venido posteriormente a pedir asilo, que me ha concedido, ¡cuando Inglaterra me negaba un pedazo de pan!

Mis sentimientos se conocerán por algunas cartas mías que citaré sin quitarles una sola sílaba.

Pero había en Nápoles una clase social que no participaba de ese odio a los franceses, y que, por lo mismo, no figuraba en el coro de oraciones elevadas al Cielo contra ellos.

Era la clase libre, independiente, instruida del *mezzo ceto*; eran los legisladores, los médicos, los filósofos, los abogados, los poetas. Por lo que la Reina se apresuró a reorganizar la *Junta de Estado* y a poner nuevamente en campaña a sus tres esbirros, Vanni, Guidobaldi y Castelcicola.

Las prisiones se llenaron otra vez, y los principales nombres de Nápoles aparecieron en la lista de prisioneros.

Pero, en medio de todos estos preparativos de guerra defensiva y ofensiva, el armisticio de Brescia, que precedía al tratado de Tolentio celebrado con Pío VI, vino, conforme he dicho, a llenarnos de estupor. Por el tratado de Tolentio, el Padre Santo cedía a Francia Bolonia, Ferrara y Romanía, y las provincias cedidas tenían el

derecho de constituirse en República; lo cual no dejaron de hacer apenas la cesión fue un hecho consumado.

El general Acton y la Reina comprendieron que no había un instante que perder. Sabían que el Directorio incitaba a Bonaparte a vengarse del gobierno de las Dos Sicilias, y que Bonaparte había dicho:

«Somos bastante poderosos para dar a esa venganza todo el aparato que merece; pero llegará un día en que le haremos pagar todas sus traiciones pasadas, presentes y futuras, y el rey Fernando y la reina Carolina no habrán (respondo de ello) perdido nada en esperar».

Esta respuesta había sido comunicada, palabra por palabra, a la corte de Nápoles, y si bien se aplazaba la venganza para un cierto tiempo, el Rey tuvo tanto miedo de esa espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, que envió al príncipe de Belmonte a Bonaparte, con encargo de obtener a toda costa un tratado de paz.

El 11 de octubre de 1797 se firmó el tratado siguiente por los mandatarios de las dos potencias.

Lo reproduzco íntegro para que se pueda juzgar del grado de dependencia a que el miedo había llevado a la corte de Nápoles frente a la República francesa.

Los términos de ese tratado no eran ambiguos.

Nápoles, separándose de sus otras alianzas, permanecerá neutral y cerrará la entrada de sus puertos a todos los buques de las potencias que estén en guerra con Francia.

Cuatro barcos enemigos de Francia podrán ser recibidos en ellos, pero solamente como máximum.

Se pondrá en libertad a todos los franceses presos por motivos políticos.

Se harán serias investigaciones para descubrir a los que robaron los papeles del ministro Mackau.

Los franceses serán libres en el ejercicio de los diferentes cultos que profesen.

Se firmarán con la República francesa tratados de comercio que den a Francia, en los puertos de Sicilia, los mismos derechos que disfruten las naciones más favorecidas.

Se reconocerá a la República báltica y se la comprenderá en el presente tratado de paz.

Además, había una cláusula que debía quedar en secreto y no ser conocida más que de los contratantes. Estaba concebida en los siguientes términos:

El Rey pagará a la República francesa ocho millones de francos (dos millones de ducados).

Los franceses, por su parte, antes de concertarse con el Soberano Pontífice, no pasarán de la fortaleza de Anconia, y no apoyarán ni moralmente, ni de un modo efectivo, los movimientos militares de la Italia meridional.

El curso de los sucesos había cambiado en el espacio de un año.

Aquel insignificante Bonaparte de quien todo el mundo se burlaba, victorioso después de una campaña que se podía parangonar con los más brillantes hechos de armas de Alejandro, de Aníbal y de César, había sido calificado por el Directorio con el nombre de *hombre providencial*, y la República francesa le entregó una bandera en la cual aparecía escrito, en letras de oro:

El general Bonaparte ha destruido cinco ejércitos, triunfado en diez y ocho batallas y en sesenta y siete combates, ha hecho prisioneros de guerra a 160.000 soldados enemigos, enviado a Francia 160 banderas, 1.180 piezas de artillería, para enriquecer nuestros arsenales, 200 millones al Tesoro y 51 barcos de guerra; las obras maestras de arte para embellecer nuestras galerías y nuestros museos, preciosos manuscritos para nuestras bibliotecas; en fin, ha dado la libertad a diez y ocho pueblos.

Fácilmente se comprenderá el pesar que tales honores a nuestro enemigo producían a la corte de Nápoles, a *sir* Guillermo Hamilton y a mí; a mí, como amiga de la Reina, de cuyos odios y de cuyas simpatías participaba; a *sir* Guillermo, como embajador de Inglaterra.

La Reina fue acometida de un acceso de furor, como pocas veces vi en ella, el día en que el Gobierno de las Dos Sicilias se vio obligado a reconocer a la República cisalpina.

El tratado de Campo-Formio, firmado entre Francia y Austria, tenía grande importancia. Francia extendía, de un lado, sus fronteras hasta los Alpes, y del otro, hasta el Rin; Austria perdía en territorio, pero ganaba en súbditos; la República cisalpina crecía, al paso que la de Venecia decaía y pasaba a ser propiedad del emperador.

La paz parecía asegurada; pero *sir* Guillermo se sonreía con su diplomática sonrisa, cuando le hablaban de la duración de esa paz.

—En tanto que Inglaterra esté en guerra —decía—, el mundo, y sobre todo Francia, no sabrá vivir en paz.

La Reina, que tampoco tomaba en serio dicha paz, aprovechó aquel transitorio sosiego para celebrar las bodas del príncipe heredero con la archiduquesa Clementina. Poco diré de ese Príncipe, que desempeñó un papel secundario durante mi permanencia en la corte de Nápoles, y nada de esa Princesa que no desempeñó ninguno.

El Príncipe tenía a la sazón veintiún años, y era un joven muy instruido. Puesta la mirada en Europa, no perdía uno solo de los detalles del gran drama histórico que se desarrollaba en su seno, y, sin embargo, al parecer, no veía nada; asustado de las violencias de su madre, procuraba mantenerse ajeno a las cuestiones que se

presentaban, aunque fuesen de la mayor importancia para el trono de las Dos Sicilias, y por lo tanto, para él, que era su heredero. Lo mismo que el Rey, en medio de todos aquellos trastornos, parecía interesarle más una cacería en Astroni o en Persano que la caída y advenimiento de una república, parecía dedicar más atención a los descubrimientos de Mesmer, de Montgolfier y de Lavoisier, que al armisticio de Brescia o al tratado de Tolentino. Su madre le quería poco, y en la intimidad, decía de él que era tan estúpido como su padre.

El predilecto de María Carolina era el príncipe Leopoldo, que entonces tenía ocho o nueve años. Es verdad que era una criatura adorable, radiante de belleza, muy travieso e inteligente.

El otro Príncipe era un niño de seis años, de poca salud, llamado Alberto, que tuve el dolor, más adelante diré cómo, de ver morir en mis brazos.

Una escuadra napolitana fue a Trieste para buscar a la joven archiduquesa, y la condujo a Manfredonia, en donde la esperaba el príncipe Francisco, por más que las ceremonias del matrimonio debían llenarse en Foggia, o sea, a cinco o seis leguas del interior.

El Rey y la Reina acompañaron a su hijo; dicho está, que yo iba con ellos. *Sir* Guillermo Hamilton se había quedado en Nápoles.

Yo estaba ansiosa por ver a la novia, que, por lo demás, se decía que no valía gran cosa. Esa opinión habría sido acertada, si la inalterable palidez de su cutis y la profunda melancolía de su semblante no hubiesen dado a la fisonomía de la Princesa un gran interés. ¿De dónde procedían esa palidez y esa melancolía? Nadie lo supo jamás. Quizás de algún amor contrariado; quizás fuese ese signo fatal impreso en la fisonomía de los que están destinados a morir jóvenes.

El matrimonio se celebró en la segunda quincena del mes de junio, y con tal motivo se concedieron muchas gracias y favores. Acton, primer ministro, fue nombrado capitán general. Cuarenta y cuatro sillas episcopales fueron ocupadas por otros tantos nuevos obispos; con lo cual, el Rey hacía un verdadero sacrificio, porque, mientras estaban vacantes dichos cargos, él cobraba sus rentas. A los oficiales que en la guerra de Italia se habían declarado contra Francia, se les concedió grados y condecoraciones. En fin, a muchos habitantes de Foggia se les dio el título de marqués, en recompensa de los enormes gastos que habían hecho con ocasión de la boda del Príncipe heredero.

Quiero hablar del asesinato del general francés Duphot.

Lo contaré con algunos detalles, porque este incidente determinó la ocupación de Roma por los franceses, y, por consiguiente, la proclamación de la República romana.

Hoy día, que escribo lejos de los sucesos y singularmente de los odios de la época, espero poner en mi relato la imparcialidad de un historiador.

Después que se hubo autorizado a la Romanía para constituirse en república, se formó un partido republicano en Roma.

Ese partido se componía particularmente de artistas franceses, residentes en la

ciudad, los cuales habrían creído faltar a sus deberes de patriotas si no hubiesen procurado por todos los medios hacer prosélitos a la causa del gobierno que representaban.

José Bonaparte, hermano de Napoleón Bonaparte, era embajador. La familia había progresado al arrimo poderoso del *hombre providencial*, como le llamaba el Directorio.

José Bonaparte, en el que, a la sazón, ni se adivinaba al futuro usurpador del trono de Nápoles, hacía todos los posibles para contener a los republicanos, diciendo que no era aún llegado el momento.

No obstante sus esfuerzos, el 26 de diciembre de 1797, advirtieron al embajador que se preparaba un movimiento; los despidió, suplicándoles que se opusiesen, si podían, a ese movimiento durante algunos días más.

Se retiraron, prometiendo dedicarse a ello.

Al día siguiente, el caballero de Azara, ministro de España, avisó personalmente a José Bonaparte la proyectada demostración.

En efecto, el 28 de diciembre, se verificó el motín. Acometidos por los dragones, fusilados por una compañía de infantería, los republicanos se refugiaron bajo los pórticos del palacio Corsini, que habitaba el embajador.

Como el suceso que siguió ha sido narrado de muchas diferentes maneras, me limitaré a transcribir aquí el parte oficial de José Bonaparte; de ese parte, nos fue remitida una copia, y de ella saco lo que se va a leer. El documento es desconocido, o poco menos, lo cual, a mi ver, le comunicará un cierto interés.

Tomo la narración del embajador en el punto que he interrumpido la mía:

... Un artista francés nos advirtió que la turba era numerosa y que había distinguido entre la multitud a algunos espías bien conocidos del Gobierno que gritaban más fuerte que los demás: «¡Viva el pueblo romano!, ¡viva la República!». Le encargué que bajase inmediatamente a dar a conocer mi voluntad a los amotinados. Los militares franceses que me rodeaban me pidieron permiso para disolver a los grupos por medio de la fuerza, lo cual demostraba su fidelidad; tomé las insignias de mis funciones y rogué a los oficiales que me siguiesen. Prefería hablar personalmente a los revoltosos, cuya lengua me era familiar.

Al salir de mi despacho, oímos una descarga cerrada; era un piquete de caballería que, entrando en mi jurisdicción sin advertírmelo, la había atravesado al galope y hecho fuego por los tres amplios pórticos del palacio. La multitud corrió entonces hacia los patios y escaleras. A mi paso, encontré moribundos, fugitivos acobardados, a gente pagada para excitar y denunciar el movimiento. Una compañía de fusileros siguió de cerca a los jinetes: la encontré que avanzaba por el vestíbulo. Al verme, se detuvo. Busqué con la vista al jefe; estaba oculto entre las filas, y no pude distinguirlo. Pregunté a la tropa con qué orden entraban en la jurisdicción de Francia; les mandé retirarse, y se retiraron algunos pasos. Creyendo haber solucionado el asunto por ese lado, me dirigí hacia los amotinados que estaban refugiados en el interior de los patios. Algunos de ellos avanzaban ya contra las tropas, a medida que estas se alejaban; les dije con resuelto acento que el primero que se atreviera a pasar adelante, tendría que verse conmigo. Al mismo tiempo, el general Duphot, Scherlack, dos oficiales más y yo tiramos de la espada para contener a aquella turba indefensa, o cuando más, armada de alguna pistola y algún puñal.

Pero, mientras nosotros estábamos ocupados en aquel sitio, los fusileros, que no se habían retirado sino para ponerse fuera del alcance de las pistolas, hicieron una descarga cerrada. Algunas balas perdidas mataron a los hombres de las últimas filas. Los que nos encontrábamos en el centro, fuimos respetados. Luego, la compañía volvió a retirarse, para cargar de nuevo.

Aprovecho este momento; doy al coronel Beauharnais y al agregado militar Arrighi, encargo de contener a la turba, que estaba animada de diversos sentimientos, y me adelanto con el general Duphot y el ayudante

Scherlack para resolver a sus jefes a cesar en el fuego; los intimó a retirarse de la jurisdicción de Francia, diciendo que el embajador se encargaría de hacer castigar a los amotinados, y que, si me obedecían, todo se arreglaría bien y sin efusión de sangre. El temerario Duphot se coloca, de un salto, entre las bayonetas de los soldados, a los que se esfuerza por tranquilizar. El general Scherlack y yo le seguimos instintivamente.

Arrastrado por la corriente, Duphot avanza hasta una puerta de la ciudad llamada *Settimiana*; veo un soldado que le dispara en pleno pecho; el herido cae, y vuelve a levantarse apoyándose en la espada. Le llamo, quiere venir a mi lado. Un segundo disparo le derriba; sobre su inanimado cuerpo se hacen más de cincuenta disparos. Scherlack me indica un camino que nos conduce a los jardines del palacio y nos pone a cubierto de los disparos de los asesinos de Duphot y de los de otra compañía que llegaba haciendo fuego del otro lado de la calle. Los dos oficiales, rechazados por esta segunda compañía, vienen a reunirse con nosotros; tenemos que afrontar un nuevo peligro: la nueva compañía podía entrar nuevamente en el palacio, a donde mi mujer y mi hermana, que al otro día debía contraer matrimonio con el bravo Duphot, habían sido transportadas por mis secretarios y dos jóvenes artistas.

Llegamos al palacio por el jardín; los patios estaban atestados de los cobardes iniciadores de esta escena horrible. Había allí unos veinte muertos, entre los cuales figuraban algunos ciudadanos pacíficos. Entro en palacio; los escalones están ensangrentados, los moribundos, los heridos lanzan gemidos. Se consigue cerrar las tres puertas de la fachada que mira a la calle. Los lamentos de la prometida de Duphot, de ese joven héroe que a la vanguardia de los ejércitos de los Pirineos y de Italia, había constantemente salido victorioso, asesinado indefenso por cobardes bandidos; la ausencia de su madre y de su hermano, que habían salido al palacio para ver los monumentos de Roma; el tiroteo que continuaba en las calles y contra las puertas del edificio; las principales habitaciones del vasto palacio Corsini que yo habitaba llenas de gentes cuyas intenciones yo ignoraba; estas circunstancias y otras muchas han comunicado a esta escena un carácter de crueldad inconcebible.

Mandé llamar a mis criados; tres se encontraban ausentes; uno estaba herido. Hice colocar las armas que nos habían servido para el viaje, en la parte del palacio ocupada por mí. Un sentimiento de orgullo nacional que no pude dominar inspiró a los jóvenes oficiales el plan de ir a levantar el cadáver de su infortunado general; llevaron a cabo su propósito con ayuda de algunos criados fieles, pasando por un camino extraviado y bajo el fuego de la soldadesca cobarde y desenfrenada.

Encontraron el cuerpo del general, que poco antes palpitaba con sublime heroísmo, acribillado, desnudo, cubierto de montones de piedras...

A las seis de la mañana, catorce horas después del asesinato del general Duphot, no había yo recibido aún la visita de ningún romano encargado por el gobierno de informarse del estado de cosas. Resolví pedir mis pasaportes y salir de Roma inmediatamente. Partí, en efecto, después de haber dejado asegurada la protección de los pocos franceses que quedan en los Estados romanos. El caballero Angliolini ha sido comisionado para librarles pasaportes para Toscana, en donde me encontrarán con los oficiales y los sirvientes que no me han abandonado en el peligro.

Al terminar este relato, creería injuriar a los republicanos si insistiese sobre la venganza que el Gobierno francés debe tomar de este Gobierno impío, voluntariamente asesino de los primeros embajadores que se ha dignado enviarle y de un general distinguido como un prodigio de valor en un ejército que cuenta tantos soldados como héroes.

Ciudadano ministro: pronto estaré en París, no bien haya puesto en orden los asuntos pendientes, y le daré informes acerca del Gobierno de Roma, y a conocer mi opinión referente al castigo que conviene imponerle.

Este gobierno no se contradice: astuto y temerario para realizar el crimen, cobarde y rastrero cuando lo ha perpetrado, a la hora presente está arrodillado ante de Azara suplicándole que venga a Florencia y me convenza a volver a Roma. Esto me escribe este generoso amigo de los franceses, digno de residir en un país que sepa mejor reconocer sus virtudes y su noble lealtad.

JOSÉ BONAPARTE.

Florencia, 30 de diciembre de 1797.

LXXVI

Siempre que acabo de escribir párrafos como los anteriores, me siento asombrada de mí. ¡Yo, la mujer frívola por excelencia, predestinada por mis aficiones, por mi carácter, por mi temperamento, a vivir apartada de toda intriga política, como el ave o como la mariposa, en un mundo de sedas, de gasas, de cantos y armonías, yo, describiendo extensos relatos manchados de sangre, que llaman a los pueblos a la guerra y a la venganza! ¿Por ventura dejo de parecerme a Venus Afrodita ocultando bajo la máscara de Némesis su rostro de dulce sonrisa, sus ojos de dulces promesas, sus labios de dulces juramentos?

Pero he emprendido la narración de los acontecimientos en los que he intervenido, y ahora no puedo retroceder ante el empeño que me he impuesto; la voz de mi conciencia, y acaso también la de mi arrepentimiento, me grita: «¡Adelante!». Y, obligada a obedecer a esta voz de arriba, prosigo.

Este informe de José Bonaparte produjo en París profunda sensación. Bonaparte era el ídolo del día; tocar a uno de sus hermanos, era un crimen, más que de lesa majestad, de lesa divinidad.

Por lo que, es de leer la carta que el ciudadano Talleyrand, ese termómetro del espíritu público, le dirigió en contestación a su informe.

11 Enero de 1798.

He recibido, ciudadano, la carta desgarradora que usted me ha escrito sobre los acontecimientos ignominiosos que ocurrieron en Roma el 8 nivoso. A pesar del cuidado que usted ha puesto en ocultar todo lo que le es personal en esa horrible jornada, no ha podido dejarme en la ignorancia, de la intrepidez, sangre fría e inteligencia manifestadas por usted en el más alto grado, y de su comportamiento magnánimo en mantener el honor del nombre francés. El Directorio me encarga expresarle en la forma más vehemente y sensible su viva satisfacción por su conducta. Espero que usted creará firmemente que me considero feliz de ser el órgano de esos sentimientos...

El Directorio empezó pidiendo el castigo de los asesinos; pero, sea negligencia, sea complicidad, ninguno de ellos fue entregado a los tribunales, ni molestado en lo más mínimo. Se supo que el jefe de los asesinos, llamado Amadeo, se había apoderado de la espada y del cinto del muerto, que el cura de la vecina parroquia se había adjudicado el reloj, que los restantes, en fin, se habían repartido el dinero y las ropas.

El Directorio ordenó al general Berthier, que, en ausencia de Bonaparte, operaba en Italia, marchase sobre Roma.

Berthier recibió la orden en Milán y se puso en movimiento al siguiente día. El 29 de enero, su vanguardia llegaba a Macerata; el 10 de febrero todas las tropas estaban delante de los muros de Roma, y un destacamento tomaba posesión del castillo de San Ángel, que los soldados pontificios ni siquiera intentaron, defender.

Pero el general Berthier impidió que se fuese más lejos; se limitó a notificar a los directores de la agitación que podían contar con su apoyo.

El 16 de febrero, vigésimo-tercero aniversario de la exaltación de Pío VI al trono pontificio, una muchedumbre de sediciosos se reunió en el antiguo *Forum Romanum*, y desde allí, se encaminaron hacia el Vaticano, en donde, bajo las ventanas del Sumo Pontífice, prorrumpieron en gritos de «¡Viva la República!».

Si no invadieron el Vaticano, fue por respeto al anciano, no al papa; pero se apoderaron de toda la ciudad y redactaron una alocución proclamando la soberanía del pueblo —el cual rechazaba toda complicidad en los asesinatos de Basseville y Duphot—, y aboliendo el poder temporal, y al propio tiempo se anunciaba en dicho manifiesto la constitución de un Gobierno republicano libre e independiente.

Los jefes del movimiento se apresuraron a enviar al general Berthier, con objeto de entregarle estas actas, una representación de ocho de sus miembros.

El general hizo en seguida su entrada por la Puerta del Pueblo, y el mismo día subió al Capitolio, en donde, parodiando a los antiguos triunfadores romanos, saludó, en nombre del Directorio, a la novel República, reconocida libre e independiente por Francia, la que se componía de todo el territorio dejado al papa por el tratado de Tolentino.

Al día siguiente, catorce cardenales que habían tenido la cobardía de firmar el acta de deposición y su renuncia a todo derecho político^[14], cantaron el *Te Deum* en la basílica de San Pedro.

El general Cervoni, encargado de notificar a Pío VI su caída, encontró al santo viejo arrodillado y orando.

Pío VI escuchó serenamente la noticia de la deposición de su poder temporal, y, a la intimación de reconocer al nuevo gobierno, respondió:

—Mi soberanía procede de Dios; no me es permitido renunciar a ella. Tengo ochenta años; la vida, pues, representa poca cosa para mí. En cuanto a los ultrajes y sufrimientos, no los temo.

Pero, como la presencia del Padre Santo en Roma era incompatible con el nuevo gobierno, Pío VI fue invitado a salir de la capital del mundo cristiano, y el día 20 de febrero partió para Toscana.

Todas estas noticias nos llegaron al mismo tiempo y perturbaron hondamente nuestros espíritus. La República, extendida paso a paso por los franceses, hacía a diario progresos en Italia, y no estaba ya más que a treinta leguas de nosotros. El gobierno de las Dos Sicilias consideró que debía tomar precauciones contra ese amenazador adversario.

Sin preocuparse del tratado firmado con Francia el 19 de febrero de 1797, o sea apenas catorce meses antes, Fernando firmó con el emperador, su sobrino, en 19 de mayo de 1798, un tratado que invalidaba completamente el primero.

En virtud de ese tratado, el emperador debía poner 60.000 hombres sobre las armas en el Tirol y Fernando concentrar 30.000 en las fronteras napolitanas.

Por una singular coincidencia, el 19 de mayo de 1798 fue el día en que la escuadra francesa zarpó de Tolón para emprender su expedición a Egipto.

Se conocían los preparativos que Francia realizaba; pero se ignoraba el punto amenazado por aquel formidable armamento.

El comandante de la flota inglesa, *sir* Juan Jervis, después conde de San Vicente, creía ver en los preparativos de la República un plan de excursión al Océano. Se limitó, por consiguiente, a cerrar el estrecho de Gibraltar y bloquear a la escuadra española en el puerto de Cádiz.

Persistiendo en aquella creencia, envió a Nelson, que servía bajo sus órdenes, con tres navíos de línea, cuatro fragatas y una corbeta, a vigilar el puerto de Tolón, prometiendo enviarle nuevos refuerzos, si eran necesarios.

El 9 de mayo Nelson dejó la bahía de Cádiz; pero era ya demasiado tarde. En el golfo de Lyon, una tempestad dispersó sus barcos y dismanteló el que montaba él.

Para reparar averías, entró en el puerto de San Pedro, remolcado por un navío que había sufrido menos que el suyo.

Durante su permanencia en San Pedro, supo la salida de la flota francesa del puerto de Tolón, y envió un buque a *sir* Jervis en demanda de los prometidos socorros.

Pero, hasta el 8 de junio, tres semanas después de haberse hecho a la vela la escuadra francesa, Nelson no pudo concentrar esta flota de refresco, que se componía de diez buques de setenta y cuatro y uno de cincuenta.

Al frente de esta flota, Nelson se puso en busca de la francesa. A la altura de las costas meridionales de Córcega, se enteró de que había sido vista entre el cabo de Córcega e Italia.

Nelson sospechó con algún fundamento que la escuadra francesa se dirigía sobre Nápoles.

A toda vela, hizo rumbo a Nápoles.

El 15 de junio llegaba a las islas de Ponsa, y nos envió a un oficial de su confianza, verdadero amigo suyo, el capitán Troubridge para ponerse al habla con el capitán general y con *sir* Guillermo Hamilton.

Troubridge tenía el encargo de entregarme una carta de Nelson que traía para mí.

No se me ocultaba la impresión que había yo producido en aquel grande hombre: por lo que extrañaba que, pudiendo venir a Nápoles personalmente, se dejase escapar la ocasión que se le presentaba de verme.

La carta me lo explicó todo.

Decía así:

Milady:

Si yo fuese a Nápoles y bajase a tierra, si la viera a usted, correría peligro de faltar a todos mis deberes, que son perseguir a la flota francesa sin perder un instante.

Troubridge le entregará esta carta, que, en vez de ser una prueba de indiferencia, resulta, por la explicación en ella contenida, una demostración de los sentimientos que usted me inspira.

En seguida que Troubridge regrese, según las instrucciones que le den el capitán general y *sir* Guillermo

Hamilton, continuaré mi ruta.

Aunque los franceses se fuesen al fin del mundo, allí los iría a buscar y los encontraré, y usted me verá vencedor y digno de usted, o de lo contrario, no volverá a verme.

Siempre suyo,

HORACIO NELSON.

Esta carta, sin decir gran cosa a mi corazón, lisonjeaba mi orgullo. Nelson, en los cinco años transcurridos, se había batido como un héroe, o mejor, según más tarde me dijo, como hombre que quiere hacerse matar.

Esta vez, prometía volver digno de mí; yo estaba segura de que cumpliría su palabra. Nelson no era de esos hombres que prometen en vano.

De la azotea del palacio contemplé el majestuoso espectáculo de la fleta desfilando frente a Nápoles. Con la ayuda de un antejo, *sir* Guillermo me hizo distinguir el buque almirante. No podía yo ver lo que pasaba a bordo; pero no dudaba de que Nelson tenía puestos los ojos en el palacio, así como yo tenía los míos fijos en su navío.

Frente al peñasco de Capri, la escuadra se dividió; una parte tomó hacia la derecha, y la otra hacia la izquierda. Estuvo tres días sin desaparecer completamente, a causa de la calma.

Esta calma fue causa de que Nelson no llegase al fuerte de Mesina hasta el 25 de junio.

Allí supo que Bonaparte se había apoderado de Malta y dejado una guarnición de cuatro mil hombres, y que después continuó su marcha en dirección a Oriente.

Desde el Faro, y con fecha 25, Nelson escribió a *sir* Guillermo para comunicarle esta noticia, y a mí también, para renovarme la seguridad de sus sentimientos.

Recibimos sus cartas el día 30.

Respondí en el acto, como sigue:

Querido señor:

Aprovecho el ofrecimiento del capitán Hopo para escribirle algunas líneas y agradecerle su amable carta que he recibido por conducto del capitán Bowen.

La Reina ha acogido con viva satisfacción las palabras de cortesía dedicadas a ella. Me encarga darle gracias y decirle que hace votos por su salud; en cuanto a la victoria, no cabe duda de que usted la obtendrá.

Tenemos todavía entre nosotros al regicida ministro Garat, el más insolente, el más descarado animal diplomático que imaginar se pueda, y bien veo que la corte de Nápoles no tendrá más remedio que declarar la guerra, si quiere salvar al país, porque el embajador francés hace diariamente las más amenazadoras demostraciones.

Su Majestad reconoce la verdad de cuanto dice usted a *sir* Guillermo en su carta, fechada en el faro de Mesina. Usted ve las cosas con claridad. Lo mismo le ocurre al general Acton.

Pero, por desgracia, el primer ministro Gatto es un hombre ignorante y superficial; la mitad de Nápoles cree de él que tiene mucho de francés; y yo opino que la otra mitad se engaña creyéndole napolitano.

La Reina y Acton no pueden sufrirlo. No se preocupe usted de él; estando solamente apoyado por el Rey, su poder no puede ser mucho. Pero, así y todo, un primer ministro siempre representa alguna cosa, lo bastante para jugar una mala partida.

A propósito: sepa usted que los trescientos o cuatrocientos jacobinos que estaban presos, han sido, después de tres a cuatro años de encierro, declarados inocentes. A creer lo que de ellos se dice, la mitad, por lo menos, merecerían ser colgados. Garat, con su influencia, y Gatto, con su debilidad, y acaso por simpatía, han tenido la desgraciada ocurrencia de devolver al seno de la sociedad a tan poco recomendables sujetos.

En suma, estoy muy asustada, y considero que aquí todo está perdido, o casi perdido. Lo siento por nuestra querida Reina, digna de mejor suerte.

Bien comprenderá usted, querido señor, que todo esto se lo digo confidencialmente y al correr de la pluma.

Espero que usted no saldrá del Mediterráneo sin antes venir a recogernos. Todo lo tenemos preparado para emprender la partida apenas recibamos aviso; pero, entretanto, ruego a Dios para que le ayude a destruir a esos monstruos de franceses. El reinado de semejantes impíos no puede ser de larga duración.

Si tiene usted una ocasión, escríbanos. No puede usted imaginarse el bálsamo que para nosotros contiene la lectura de sus cartas.

Que Dios le bendiga, mi muy querido *sir*, y considéreme su más agradecida y sincera amiga,

EMMA HAMILTON.

Esta carta llegó a manos de Nelson en el mar, y mientras estaba buscando a la escuadra francesa, sin poder encontrarla.

LXXVII

Efectivamente, Nelson había perdido por completo el rastro de Bonaparte y de los trescientos cincuenta buques que este llevaba consigo. Detenido algunos días en el estrecho de Mesina por el *siroco*, aprovechó un cambio de viento para doblar Reggio y entrar en alta mar.

Convencido al fin de que Bonaparte se dirigía a Egipto, hizo rumbo a Alejandría; pero llegó antes que la escuadra francesa, porque el almirante Brueys, sin duda para despistar a los que pudiesen perseguirle, navegó costeano la isla de Candía.

Recibido con desagrado por el gobernador de Alejandría, que le amenazó con hacer fuego si intentaba forzar el paso, ignorando la ruta de los barcos franceses, suponiendo que se dirigían a Constantinopla, Nelson costeó al azar las costas de la Caramania y de Morea para procurarse noticias, y después de haber recorrido todo el archipiélago, falto de agua y de víveres, se vio en la necesidad de regresar a Sicilia.

Más de una vez me dijo que, desde el 30 de junio, día en que salió del estrecho de Mesina, al 21 de julio, en que arribó al punto de Siracusa, creyó volverse loco.

La situación era grave realmente, y una borrasca temible se formaba contra él en Inglaterra. Cuando se supo que había dejado salir de Tolón a una armada compuesta de casi cuatrocientas velas, y que durante un mes la había buscado inútilmente en el Mediterráneo, es decir, en un gran lago, todo el mundo se preguntaba si era un traidor que merecía ser juzgado; y del almirante Saint-Vincent se susurraba que era una cabeza de chorlito acreedor de una corrección del Almirantazgo por haberle propuesto como contraalmirante a un oficial indigno de tan alta graduación.

La única esperanza de Nelson se cifraba en nosotros, o por mejor decir, en mí.

Yo debía conseguir de la Reina que, no obstante los tratados con Francia, pudiese Nelson recibir todos los socorros necesarios de los gobernadores de los puertos de Sicilia; porque, si la corte de Sicilia se mantenía dentro de los términos pactados con Francia, Nelson se vería obligado a proveerse en Gibraltar, y en tal caso estaba perdido.

Solamente una brillante victoria podía salvarle.

Esta carta que en 22 de julio escribía a lord Saint-Vincent dará una idea del estado de su ánimo:

Siracusa, 22 de julio de 1798.

Mi querido lord:

Tengo un montón de cartas y papeles para enviarle; pero no habiendo ninguna fragata en que poder enviárselos y no pudiendo actualmente separarme del *Orión*, dejo a usted la consideración de mis dificultades. Continúo tan ignorante de la dirección que pueda haber tomado la escuadra francesa como el día que doblé el cabo Passaro. De lo que estoy seguro, es que el día 18 de junio empezaba a salir del puerto de Malta. El martes por la noche, todos los barcos habían salido, y el miércoles por la mañana fue divisada navegando a

toda vela. Esto me lo han asegurado catorce personas; todo lo demás, son conjeturas. Si la flota hubiese hecho rumbo a Poniente, estoy cierto que de todos los puertos que la hubiesen visto se habrían apresurado a advertírmelo. Estoy convencido de que nos traicionan, y es más que probable que esta carta, que estoy obligado a remitirle por Nápoles, no llegará a Nápoles, o cuando menos tengo la seguridad de que el ministro francés tendrá una copia de ella, y acaso la copie él mismo. En cuanto a mí, debo decirle que, si no es absolutamente imposible, yo encontraré a la flota francesa. La nuestra no tiene un solo hombre enfermo. Le he dado detalles de todo y comunicado mi íntimo pensamiento. ¡Dios le bendiga!

Siempre su fiel,

HORACIO NELSON.

P. S. El modo de recibirnos en los puertos de Sicilia, es vergonzoso; el gobernador nos confiesa que, si contase con medios suficientes, se habría visto obligado, en virtud de órdenes recibidas, a impedirnos la entrada. Acton prometió dar órdenes; pero *no se ha recibido ninguna*. ¿Qué opina usted de eso?

El mismo día, Nelson, desesperado, escribió a *sir* Guillermo Hamilton:

Van-Guard, Siracusa, 22 de julio de 1798.

Mi querido señor:

Estoy sumamente admirado de que el rey de Nápoles haya dado orden de no dejar entrar en sus puertos sino a tres o cuatro barcos ingleses, a lo más. Yo entendía que se habían dado instrucciones secretas para nuestra libre admisión. Si se ha de continuar negándome todos los artículos que me son necesarios, hágamele usted saber lo más pronto posible, por el primer barco que salga, a fin de tener tiempo de ir a abastecerme en Gibraltar. La forma de tratarnos es bochornosa para una gran nación. La bandera de Su Majestad Británica ha sido, en realidad, insultada en todos los puertos amigos.

Con el mayor respeto, soy, etc.

HORACIO NELSON.

Esas instrucciones secretas habían sido dadas merced a mí, solo que llegaban un poco tarde. El mismo día en que Nelson escribía esta carta, el gobernador del puerto de Siracusa y los de otros puertos recibían aviso de proveerle de víveres, agua, maderas, de todo aquello, en fin, que necesitase, y sobre todo de no limitar el número de barcos que podían entrar en los puertos.

Un día después, Nelson escribía:

Siracusa, 23 de julio de 1798.

Mis buenos amigos:

¡Gracias por todos sus cuidados! Tenemos vituallas y agua, y por cierto que procediendo esta agua de la fuente Aretusa, hay en ello un presagio de victoria. Nos haremos a la vela a la primera brisa favorable, y crean firmemente que volveré, o bien coronado de laureles, o cubierto de cipreses.

H. N.

Dos días más tarde, Nelson escribía de nuevo a *sir* Guillermo:

Siracusa, 25 de julio de 1798.

Mi querido señor:

La flota está preparada, y apenas empiece a soplar el viento, saldré de esta deliciosa rada, donde han sido pródigamente atendidas nuestras necesidades y se nos han otorgado tantos favores y atenciones. Pero pasé muchas mortificaciones mientras el gobernador estuvo sin recibir las consabidas instrucciones secretas. Abrigo la firme seguridad de encontrar a la escuadra francesa. El resultado dependerá de la Providencia, en la que confío.

Mis cumplidos a *lady* Hamilton, y créame usted su siempre fiel,

H. NELSON.

El viento que Nelson esperaba se levantó en la noche del 25 al 26 de julio, y en el acto se dio orden de levar anclas.

Nelson puso proa a las costas de Grecia.

El 28 de julio, el *Culloden* entró en el golfo de Corón, interrogó al gobernador turco y supo por él que los franceses se encontraban en Alejandría. El *Culloden* se reunió en seguida con el buque almirante, y, por medio de señales, se dio orden de dirigirse a toda vela sobre Alejandría.

Llegaron a este puerto el día 1.º de agosto a mediodía; pero los franceses ya habían salido, internándose mar adentro. Se continuó la persecución por la estela de sus buques, y a las dos y tres cuartos, el *Zèle*, que iba a la cabeza, anunció que veía diez y seis barcos de línea al ancla.

A las tres, Nelson hizo señal de apercibirse al combate.

No me incumbe a mí la descripción de esta terrible batalla del Nilo, que duró dos días. Nunca victoria alguna fue más completa; nunca la superficie del mar se estremeció con desastre de tal magnitud. Un navío francés, el *Orient*, voló; otro navío y una fragata, fueron echados a pique; nueve barcos cayeron prisioneros; estos nueve barcos apresados, tres resultaron tan destrozados, que el vencedor tuvo necesidad de incendiarlos al día siguiente, y dos días más tarde, otros dos buques siguieron la misma suerte.

Desgraciadamente, Nelson había recibido una cruel herida.

Una verga, arrancada por un proyectil francés le cayó encima; la verga cortó y dobló la piel de la frente hasta la boca. Nelson creyó que había sido herido mortalmente; tan violento fue el golpe. Hizo subir al capellán, con objeto de comunicarle su última voluntad; pero, con el capellán, subió el cirujano, que reconoció el cráneo, que no presentaba fractura, lo cual era fácil de ver, pues el hueso estaba al descubierto, y le hizo una cura de primera intención.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, tomó nuevamente el mando del *Van-Guard*, y el fuego continuó hasta la completa destrucción de la escuadra francesa.

Después, empuñando la pluma, nos escribió a *sir* Guillermo y a mí:

2 de agosto, de noche.

Mis buenos amigos:

¡Victoria completa!, ¡la flota francesa está destruida! El capitán Capel, que sale en la *Mutine*, les llevará esta carta y les dará todos los pormenores que yo no puedo dar.

He recibido una ligera herida; no se alarmen ni preocupen.

Siempre su fiel,

Les suplico transmitan, junto con mis profundos respetos, esta agradable noticia a nuestra amable Reina.

El capitán Capel partió, efectivamente, en la *Mutine* y llegó a Nápoles el 4 de septiembre, notificándonos de palabra que Nelson llegaría dentro de pocos días y que había señalado el puerto de Nápoles como punto de reunión de toda su escuadra, cuyos barcos, más o menos deteriorados, marchaban cada uno de por sí según les permitían sus averías.

Una vez llenada su comisión, el capitán Capel escribió a Nelson la siguiente carta:

Señor almirante:

Me es imposible expresarle la alegría que resplandece en todos los semblantes y el fragor de los aplausos y aclamaciones con que nos acogieron a nuestra llegada. La Reina y *lady* Hamilton se desmayaron. En suma, señor, todos le aclaman libertador de Europa. Mañana por la mañana, sale un correo para Viena. Le acompañaré para no perder un solo instante. Recibo todos los favores imaginables de *sir* Guillermo Hamilton y de otros ministros extranjeros, que se han apresurado a enviar a sus respectivas cortes la gloriosa noticia.

Tengo el honor de ser respetuoso, etcétera.

CAPEL.

En cuanto a mí, escribí, en el primer instante, una carta improvisada, que no podría reproducir aquí, por no haber conservado copia, pero que Nelson reprodujo fragmentada en la siguiente que escribió a su mujer:

En el mar, 16 de septiembre de 1798.

El reino de las Dos Sicilias está loco de alegría, desde el Rey al último campesino. En efecto, según lo que me decía *lady* Hamilton en su carta, el estado de la Reina inspiraba verdadera compasión. Transcribo las propias palabras de *lady* Hamilton:

¿Cómo podría yo describirle los transportes de la Reina? Es, en verdad, empresa imposible. La Reina llora, ríe, corre por sus habitaciones como loca; abraza a todos los que encuentra, riendo y llorando a la vez: *¡oh, bravo Nelson!* repite constantemente: *¡Dios bendiga a nuestro libertador!, ¡oh, Nelson! ¡Nelson!, ¡oh, vencedor!, ¡oh, salvador de Italia!*

Tú podrás, querida Fanny, juzgar de lo demás. ¡Adiós! Mi cabeza no me permite decir en esta carta la mitad de lo que quisiera; todos mis desvelos han estado a punto de resultar estériles, pero Dios me ha protegido. Tu,

H. NELSON.

Conviene saber los honores que se tributaron a Nelson y las recompensas que le otorgaron todos los soberanos de Europa, para formarse una idea del odio, del terror, acaso, que inspiraba en aquella época Francia a toda Europa.

Un día hicimos la lista con Nelson. Esta lista comprende de octubre de 1798 a octubre de 1799.

Por lo pronto, el rey y la reina de Inglaterra, la dignidad de par de Inglaterra y una

medalla de oro;

De la Cámara de los Comunes, en un mensaje real del 22 de noviembre de 1798, para él y sus dos herederos más inmediatos, el título de barón del Nilo y de Burnham-Thorpe, con una renta de dos mil libras esterlinas, la que empezaba a correr desde el 1.º de agosto de 1798, día de la batalla del Nilo;

Del Parlamento inglés, para él y sus dos herederos más inmediatos, otra renta de dos mil libras esterlinas;

Del Parlamento de Irlanda, otra renta de mil libras esterlinas;

De la Compañía de las Indias Occidentales, diez mil libras esterlinas;

De la Compañía turca, un juego de vajilla de plata;

De la ciudad de Londres, una espada con empuñadura adornada de brillantes;

Del sultán de Turquía, una argolla de diamantes, con el *chelmik*, o la pluma del triunfo, valuada en dos mil libras esterlinas, y un rico capote, en mil libras;

De la madre del sultán, la sultana Validé, una tabaquera adornada de diamantes, de valor mil libras;

Del emperador Pablo de Rusia, una petaca guarnecida de diamantes, de un valor de dos mil libras esterlinas;

Del rey de las Dos Sicilias, una espada con empuñadura incrustada de brillantes, de un valor de cinco mil libras esterlinas;

Del rey de Cerdeña, una tabaquera adornada con diamantes, de mil doscientas libras esterlinas;

Del gobernador de la isla de Zante, una espada con empuñadura de oro y un bastón con puño del mismo metal;

De la ciudad de Palermo, una tabaquera y una cadena de oro, en una fuente de plata.

Pero, el obsequio más original, y, ni cabe decirlo, el más inglés, y que Nelson aceptó con más satisfacción, fue el dé su amigo el capitán Benjamín Hallowell, comandante del *Sweffsure*.

El buque francés *Orient* voló, según dejó dicho, y sus restos fueron a caer a mucha distancia del lugar de la explosión. Entre aquellos restos, el capitán Ben Hallowell distinguió el palo mayor que había quedado intacto. Mandó arriar todas las chalupas, y, sin preocuparse de los nadadores que luchaban entre los despojos del barco volado, dio orden de recoger solamente el palo mayor del *Orient*, y lo llevaron a bordo del *Sweffsure*.

En seguida, Ben Hallowell llamó al cerrajero y al carpintero, y en el sitio más grueso del mástil hizo tallar un ataúd en cuya construcción fueron empleados los clavos y las herramientas del propio mástil. Construido el ataúd, lo envió a Nelson, con la carta siguiente:

*Al leal y honorable
barón de Nelson*

Milord:

Le envió un ataúd construido completamente con la madera y herrajes del palo mayor del navío *Orient*, a fin de que, cuando usted abandone este mundo, pueda descansar en sus propios trofeos. La esperanza de que ese día aún está lejano, es el deseo de su obediente y afectuoso servidor,

BEN HALLOWELL.
Sweffure, 23 de mayo de 1799.

Nelson recibió este regalo con vivo placer. Durante algún tiempo, lo conservó en su cámara, arrimado a la pared y a espaldas del sillón en que se sentaba para comer. Un antiguo sirviente, a quien ese mueble fúnebre entristecía, obtuvo de Nelson permiso para transportarlo al entrepuente.

Cuando Nelson dejó el *Van-Guard*, el ataúd pasó a bordo del *Foudroyant*, donde estuvo mucho tiempo en el combés del buque.

Cierto día, unos jóvenes oficiales del *Foudroyant* admiraban el presente del capitán Ben Hallowell. Nelson les dijo:

—Admírenlo a su sabor, señores; pero no será propiedad de ninguno de ustedes.

¡Ay! inútil es decir que el pobre Nelson reposa en el ataúd que le fue preparado por Ben Hallowell.

Declaro que la mano me tiembla y que las lágrimas acuden a mis ojos recordando estos fúnebres detalles; pero ellos forman parte de la gloria y de la grandeza, de mi héroe, y no me he creído con derecho a pasarlos en silencio.

LXXVIII

El 19 recibimos aviso de que Nelson estaba el 16 a la altura de Stromboli. No podía, pues, tardar en llegar a Nápoles, y contra lo que podría pensar, decir o hacer el embajador de la República francesa Garat, se organizaron festejos públicos. Tres días antes llegaron el *Alexandrie* y el *Culloden*, que se habían adelantado en cinco días al *Van-Guard*, más castigado que los dos primeros.

Se establecieron vigías en el cabo Campanella y en el punto más elevado de la roca de Capri. Los vigías debían, por medio de señales, anunciar la flota de Nelson y transmitir inmediatamente a Nápoles la noticia de su llegada.

Se adornó espléndidamente una embarcación; se levantó en ella una tienda de púrpura, coronada con las armas de Inglaterra y de las Dos Sicilias; se la cubrió con trofeos de los estandartes de ambas naciones; se prepararon otros doce o quince barcos de menor porte para dar escolta a la capitana, y se pasó orden de que cada cual estuviese preparado para ir al encuentro de Nelson al primer aviso.

En aquellos días, la Reina me hizo objeto de mayores demostraciones de cariño, y no me ocultó ninguno de sus más secretos pensamientos.

María Carolina comprendía que las fiestas que se preparaban en honor del vencedor del Nilo, suponían la guerra con Francia; y aunque esta acababa de perder su escuadra en el Nilo y tenía encerrado en Egipto a Bonaparte con 30.000 hombres, no por eso era un enemigo menos de temer.

Era necesario, por lo tanto, que la corte de Nápoles pudiese, a cualquier precio, contar con Nelson y, tras de este, con Inglaterra.

La altiva María Carolina suplicaba a la embajadora de Inglaterra, como la pobre Fanny Strong suplicó un día a la humilde Emma. ¿No debía yo hacer más por una Reina de lo que hice por una simple lugareña?

Mi vida había empezado por la seducción del almirante Juan Payne y debía terminar con la seducción del almirante Horacio Nelson.

Admiraba a Nelson; pero aún no le amaba. Mi amor por él nació de su inmenso amor por mí. Los sentimientos llevados a su máximo grado tienen la propiedad de contagiarse.

Prometí a la Reina hacer lo que pudiese; pero señalé el inconveniente de *sir* Guillermo.

Carolina se echó a reír.

—*Sir* Guillermo —dijo—, es demasiado patriota para no conceder al vencedor del Nilo la recompensa merecida. Para eso, no hay necesidad de consultarle. Si fuese yo la que amase a Nelson, no me tomaría la molestia de consultar al Rey acerca de mi línea de conducta.

—Señora —repliqué—, el rey Fernando era príncipe real y Vuestra Majestad

archiduquesa de Austria; Vuestra Majestad le ha aportado tanto, o tal vez más, de lo que pudo recibir en cambio. No ocurre lo mismo entre *sir* Guillermo y yo. ¿Quién era yo cuando me hizo su esposa? La querida de su sobrino. Mi marido lo ha olvidado, y temo hacérselo recordar.

La Reina llevó su mano a mi boca, con ademán de sellar mis labios.

—Ya arreglaremos todo eso —me dijo—, lo mejor posible. Aquel que se opusiese a tu felicidad, sería mi mayor enemigo. ¡Mira, pues, si podría yo, a sabiendas, hacerte desgraciada!

Quedé cabizbaja, presintiendo que me encontraba en vísperas de uno de esos acontecimientos que ejercen decisiva influencia en el curso de la vida.

El 22 de septiembre, a eso de las seis de la mañana, se nos anunció que dos o tres barcos de alto bordo eran señalados por los vigías y que en uno de ellos ondeaba el pabellón del vicealmirante.

Hacía cinco o seis días que, en espera del suceso, el Rey se abstenía de salir a cazar, lo cual le arrancaba profundos suspiros que la Reina oía con toda indiferencia.

Diéronse en el acto las órdenes oportunamente para que todo el mundo estuviese en su puesto. Todo se dispuso para que el recibimiento dispensado a Nelson fuese digno de un Rey.

El almirante Caracciolo estaba encargado de la dirección de la flotilla que debía ir al encuentro de Nelson. Conforme es de suponer, montaba la galera capitana en la que debían embarcar el Rey y la Reina. A fin de estar preparado a cualquiera hora del día y de la noche, estuvo a bordo permanentemente desde la llegada del *Culloden* y del *Alexandrie*.

La Reina, había declinado en *sir* Guillermo Hamilton, en su carácter de embajador de Inglaterra y quizás por algún otro motivo que se callaba, el honor de hospedar a Nelson; y particularmente, el día de su llegada debía pertenecernos por completo.

Sir Guillermo hizo grandes preparativos, y, por mi parte, dediqué a esos preparativos, con alegría y hasta con orgullo, los mayores cuidados en todos aquellos detalles que reclaman la intervención de una mujer.

Como de costumbre, pasé la noche en palacio; era difícil que la Reina me dejase volver a la embajada de Inglaterra. *Sir* Guillermo, que frisaba en los sesenta y siete años, no se quejaba de mi ausencia.

La Reina, con sus deseos de que yo apareciese más hermosa que nunca, hacía las más ingeniosas combinaciones para mi vestuario. Pero, mi resolución estaba formada: no quería otro vestido sino aquel en que Rowmney hizo mi retrato cuando *sir* Guillermo y yo fuimos a Londres para hacer público nuestro casamiento. Se componía, conforme tengo descrito en otro lugar, de una larga falda de cachemir blanco a manera de túnica griega, ceñida al talle por un cinturón de tafilete encarnado bordado en oro, que se abrochaba con un magnífico camafeo con el retrato de *sir* Guillermo. Mis cabellos caían sobre mis hombros; me cubría con un chal de la India,

encarnado y con grandes flores de oro, que a menudo me había servido para bailar, en la mansión real y en nuestras tertulias íntimas, la danza del chal, de mi invención, y que más tarde adoptaron todos los bailarines.

La Reina, en cambio, se atavió como correspondía a su clase y adornó con una porción de diamantes. El Rey también debía presentarse en traje de gala, ostentando muchas condecoraciones.

A las ocho de la mañana, todos estaban preparados.

Bajamos al puente militar por el tramo del arsenal. La galera capitana nos esperaba. Francisco Caracciolo, de gran uniforme de almirante napolitano, recibió a los reyes.

Apenas estos estuvieron a bordo, tronaron los cañones de las baterías y las campanas de las trescientas iglesias de Nápoles fueron echadas al vuelo.

La capitana se puso en marcha. Estaba construida al estilo de las antiguas galeras romanas. *Sir* Guillermo Hamilton había proporcionado su diseño, y aseguraba que era exactamente igual al de la galera a cuyo bordo. Cleopatra fue al encuentro de Antonio.

La Reina decía riendo que era una alusión que hacía el embajador de Inglaterra, y que él no se opondría de ningún modo a que una nueva Cleopatra prendada de otro Antonio, reprodujese a lo vivo el tierno episodio de la reina de Egipto.

Toda la flotilla emprendió la marcha, y a la cabeza la capitana con sus cuarenta remeros.

Aquellos doce o quince barcos ofrecían un admirable espectáculo, con sus tiendas de púrpura, flotando al viento sus pendones, avanzando entre las aclamaciones de la población de Nápoles aglomerada en los muelles y que agitaba sombreros y pañuelos gritando frenéticamente: «¡Viva el Rey! ¡Viva Nelson! ¡Abajo los franceses!».

La Reina se mordía los labios con una sonrisa de odio, porque no se oía un solo grito de «¡Viva la Reina!».

Pronto estuvimos lo bastante lejos de la ciudad para dejar de percibir los rumores humanos; el único que todavía llegaba a nuestros oídos, era el de las campanas y el cañón.

A la salida del puerto, descubrimos en el horizonte el buque que íbamos a recibir. Navegaba viento en popa, y la brisa que lo empujaba nos habría impedido avanzar, si, faltos de remos, hubiésemos tenido que navegar a la vela.

Resultaba de esa marcha simultánea de dos flotillas que navegan en opuesto sentido, que el espacio que las separaba se acortaba rápidamente.

El navío más próximo a nosotros llevaba en el palo mayor, conforme habían señalado los vigías, el pabellón de contraalmirante, y el almirante Caracciolo, con el ojo experto de todo marino, reconoció al *Van-Guard*.

Seguramente Nelson, por su parte, había, a pesar de la distancia, divisado la flotilla, porque de su barco dispararon un cañonazo, y fue izado el rojo estandarte de Inglaterra.

No pudimos devolverle el saludo, porque no llevábamos artillería; pero, al instante, la música que venía a bordo, dirigida por Domingo Cimarosa, ejecutó alegres marchas. Y debo decir que, en cuanto a mí, prefería este modo de corresponder a la cortesía de Nelson a la de saludarle con la voz brutal del cañón.

No sin una viva emoción iba yo a recibir al héroe que estaba locamente enamorado de mí. Ningún sentimiento de carácter bastante definido existía aún en mí que me permitiese explicarme la sensación que experimentaría a su vista. Comprendía solamente que esa sensación sería violenta.

El *Van-Guard* dobló el cabo Campanella y nuestra galera dejó atrás Torre del Greco. Estábamos separados por unas tres millas; quince o veinte minutos más, y la galera capitana y el *Van-Guard* se habrían reunido. La Reina notó mi turbación, y como yo estaba sentada a su lado, se inclinó y me dijo al oído:

—¡Vamos, loca, ánimo! Acuérdate de Eanny Strong, del almirante Juan Payne y del marinero Richard; con la diferencia de que esta que ahora te suplica, es la reina de Nápoles; ese a quien vamos a buscar, es el almirante Horacio Nelson, y aquel que se trata de salvar, no es un pobre marinero, sino un opulento reino.

—¡Ah, señora! —le dije—, eso precisamente es lo que me asusta. Si el objeto no fuese tan elevado, mi temor no sería tanto; pero ahora me siento vacilar y sin fuerzas para llenar misión tan grave cual es la de salvar a un reino.

La Reina me cogió la mano y la apretó como para comunicarme su energía por una especie de transmisión magnética. Y así era: mientras mi mano estuvo retenida en la suya me sentí fortalecida y hasta entusiasmada.

Continuamos avanzando, y al fin nos encontramos con el *Van-Guard*.

Yo no veía ni oía nada. Maquinalmente y sin reparar en que quebrantaba la etiqueta, me adelanté a los demás, me así a la baranda y subí. En la escalera estaba Nelson esperando, sombrero en mano.

Una vez allí, recobré la vida; me encontré en presencia de aquel que no había vuelto a ver después de su viaje de Tolón a Nápoles. En el transcurso de este tiempo, había perdido un ojo; una venda negra le cubría la frente, ocultando su reciente herida. Un inmenso sentimiento de piedad se apoderó de mí: para el héroe que tenía delante, solo consideré digna una recompensa, y, abriendo los brazos, me arrojé sobre su pecho, exclamando:

—¡Oh, Dios mío!, ¿es posible?... ¡Querido y grande Nelson!

Estaba a punto de desmayarme; afortunadamente las lágrimas brotaron abundantes de mis ojos y los sollozos aliviaron mi corazón.

Desde aquel instante yo pertenecía a Nelson como si ya me hubiese poseído.

Era más que una sumisión, era más que un amor, era más que una atracción; ¡era una fatalidad!

LXXIX

El Rey y la Reina subieron tras de mí. Me encontraron en el estado que dejo dicho, casi desmayada sobre el pecho de Nelson, que me sujetaba contra su corazón con su único brazo. Su sombrero había caído sobre el puente, y en el éxtasis de la felicidad, inclinaba la cabeza hacia atrás mirando al cielo.

Por fin, los hurras de los marineros subidos a las vergas le hicieron volver la mirada a la tierra, y vio lo que en ella sucedía.

Estaban allí el Rey, la Reina, los ministros y cortesanos, agrupados en torno suyo para rendir pleitesía al héroe de Aboukir, cual lo hubiesen hecho con el mismo dios de las victorias.

El Rey tenía en la mano una magnífica espada guarnecida de diamantes, cuyo valor intrínseco era de cinco mil libras esterlinas, pero de un valor histórico incalculable. Era la espada entregada por Luis XIV a Felipe V al partir este para España, y por Felipe V a su hijo cuando el último partió para Nápoles.

El rey Felipe V, al entregarla a Carlos, le dijo: «Esta espada pertenece al conquistador del reino de Nápoles», y Don Carlos, al legarla a su hijo, habló así: «Esta espada pertenece al defensor del reino que yo te he conquistado».

Fernando contemplaba a Nelson como al salvador del reino y le presentaba la magnífica herencia de Luis XIV.

Por su parte, la Reina ofreció al glorioso lisiado la credencial del ducado de Bronte, espléndido halago, pues habiendo sido Bronte uno de los tres cíclopes que forjaron el rayo, venía a concederse virtualmente a Nelson el título de duque del Trueno.

A ese ducado iba anexo una renta de tres mil libras esterlinas

Además, el Rey notificó a Nelson su propósito de crear una orden militar del mérito de San Fernando y le prometió el primer gran cordón de dicha orden.

Para dar a sus egregios visitantes toda facilidad de subir a bordo, el *Van-Guard* fue puesto al paio. Yo consideré que la lisonja más agradable a Nelson sería rogarle que nos mostrase las averías de su navío, no menos mutilado que su comandante. Esta inspección le llevaría a contarnos los incidentes de la batalla, y, por consiguiente, a hablarnos de sí mismo.

Empezamos, naturalmente, por el camarote del almirante. No bien hubimos entrado, cuando un pequeño pájaro de la familia de los papafigos penetró por la ventana y se posó encima del hombro de su dueño. Admirada de esta familiaridad de aquel nuevo huésped, iba yo a interrogar a Nelson, cuando este lanzó un grito de alegría.

—¡Oh! —dijo—, ¡bien venido seas, y hoy más que nunca, encantador compañero mío!

Cogió al diminuto pájaro entre ambas manos, lo besó y me lo dio a besar, después se lo puso de nuevo en su hombro, donde la avecilla se mantuvo sin preocuparle poco ni mucho nuestra presencia.

Lo que acababa de decir Nelson despertó mi curiosidad, y sentí vivos deseos de saber algo relacionado con el pajarillo que parecía venir a cumplimentar también al vencedor del Nilo. La misma curiosidad se reflejaba en el semblante de la Reina, en el del Rey, en todos los demás visitantes.

—Oigan ustedes lo que voy a decirles —añadió Nelson—, y no crean que sea un cuento de las Mil y una noches. ¡Este pajarillo es mi genio tutelar!

—¿Cómo es eso, milord? —pregunté.

—Se dice que los antiguos no entraban en combate sin antes consultar a los augures; yo tampoco combatiría jamás sin consultar a mi pequeño pájaro, que es mi agorero.

—¡Oh! explíqueme usted, milord —dijo la Reina.

—En verdad, no sé si semejante niñería vale la pena de ser contada a Vuestra Majestad —repuso Nelson.

—¡Oh, sí, sí! —exclamamos simultáneamente la Reina y yo.

—Pues bien, señoras, en cualquiera parte del mundo en que me encuentre, cuando ha de ocurrirme algún suceso afortunado, o cuando he de alcanzar una victoria, un ave de esta especie (no me atrevería a decir que sea este mismo pajarillo) viene a posarse sobre mi hombro. Al contrario, cuando me amenaza un infortunio, desaparece. La primera vez que le vi, fue en la América del Norte, en el Canadá. Perseguido por cuatro fragatas francesas, mi única salida era un paso considerado infranqueable. El pájaro vino a posarse sobre mi hombro. Lancé mi bergantín a través de los escollos, y salvé el paso. Una vez franqueado, el pájaro voló... Cuando, hace cinco años, vine de Tolón a Nápoles, atravesaba el canal de Ischia y encontrándome en el puente, el pájaro se presentó y vino a reposar en mi hombro. Al otro día, Su Majestad el rey de Nápoles se dignaba recibirme como a un amigo y *sir* Guillermo como a un hijo. La Reina me daba a besar su mano; usted, *milady*, usted me decía: «Esta casa es la suya» ofreciéndome alojamiento en el palacio de la embajada... En el sitio de Calvi, donde perdí un ojo, en el de Tenerife, donde perdí un brazo, no vi jamás a mi gentil profeta. Pero, por la mañana del día de Aboukir, recibí su visita, y aquí lo ven ustedes nuevamente. Ha entrado en este camarote al mismo tiempo que ustedes. Tengo, pues, razón ten decir que esta ave es mi genio tutelar. El día en que, en vísperas de una batalla, no lo vea, haré mi testamento, porque el siguiente habrá de ser el último de mi vida... Mas, perdonen ustedes por haberlos entretenido con tales desvaríos. Ya sabe usted, señora, que los marinos somos supersticiosos; mi querida avecilla constituye para mí una superstición, y en adelante creeré en ella más que nunca.

—¿Y nunca se ha colocado en el hombro de ninguna otra persona, no siendo usted? —pregunté a Nelson.

—Nunca.

—¿Ni se ha dejado coger por otra mano que no fuese la suya?

—Jamás... Con todo, si usted lo probase...

Alargué la mano. El pajarillo se dejó coger. No sé por qué, me sentía muy complacida de tener algo de común con el héroe.

Solté el pájaro, que fue a posarse encima del hombro de Nelson.

—¡Ah! señora, pruébelo Vuestra Majestad también.

La Reina alargó la mano, pero el papafigo dio un grito, y, arrancando el vuelo con dirección a la ventana, desapareció.

Nelson me estrechó la mano, a cuya demostración correspondí estrechando la suya.

Este incidente, en el que luego pensé frecuentemente, nos distrajo unos instantes de la iniciada visita al barco. Contando los agujeros abiertos por los proyectiles enemigos en el *Van-Guard*, no se concebía que el buque no se hubiese ido a pique.

Era la una. En el regreso a Nápoles debíamos emplear a lo menos dos horas y media. Después teníamos que asistir al *Te Deum*. Sir Guillermo, que había encargado una comida digna de Apicio, advirtió al Rey que, si continuábamos por más tiempo a bordo del *Van-Guard* encontraríamos fritos y quemados los manjares.

El rey Fernando era muy sensible a esa clase de observaciones; cambió dos palabras con la Reina, la que invitó a Nelson a pasar a la galera capitana.

El almirante Caracciolo, que hacía los honores de la galera, se situó al pie de la escalera del *Van-Guard*; recibió, primeramente, al Rey, a la Reina y a mí; después, al príncipe real y a su hermana; luego, vinieron los ministros, los embajadores, los jefes de alta graduación, todos, en fin, los que habían venido en la galera capitana, y además Nelson.

Los cumplidos entre ambos almirantes fueron breves y ceremoniosos. Por otra parte, Caracciolo no hablaba el inglés mejor ni peor que Nelson el italiano. Se limitó a felicitarle por el combate de las bocas del Nilo.

Nelson acogió el cumplido con un saludo y una sonrisa.

La flotilla puso proa a Nápoles. Caracciolo tomó la dirección de la nave, La Reina hizo sentar a Nelson entre ella y yo.

Al divisar de los fuertes que la flotilla se destacaba del *Van-Guard* con rumbo a Nápoles, empezaron a disparar los cañones y a tañer las campanas con sus más alegres repiqueteos.

En el momento de poner Nelson el pie en la cubierta de la galera, la música, a una señal de Cimarosa, interpretó el *God save the King*, magnífico canto encargado, como se sabe, por, Luis XIV a Lully en honor de Jacobo II, desterrado a San Germán en Laye.

Nelson, simple hijo de un pastor anglicano de Burnham-Thorpe, que no había jamás pisado, la corte ni hablado con un rey, estaba trastornado, casi enloquecido. Mis ojos, que no se cuidaban de ocultarle el interés nacido en mí, acababan de turbar

su espíritu.

Aquel regreso a Nápoles recordaba la antigüedad, cuando entraba vencedor en Atenas Milcíades o Temístocles.

Las exclamaciones, los vítores, los hurras de la multitud se confundían con el estampido del cañón y el repique de las campanas. Nápoles entera duplicó, quintuplo los inmensos rumores que en las ocasiones solemnes son la expresión de la alegría o de la cólera de aquellos quinientos mil habitantes.

Resentido aún de su última herida, dos o tres veces palideció su semblante y pudo creerse que se sentía indispuerto.

Antes de dejar la galera capitana, a ruegos de la Reina, invité al almirante Caracciolo a tomar parte en la fiesta que dábamos a su colega inglés el almirante Nelson; pero, sea por lo que fuese, Caracciolo no aceptó la invitación, pretextando que su presencia era necesaria en el puerto, para vigilar personalmente por la seguridad de los buques ingleses, a los que una posible tormenta podría poner en serio apuro, dado el estado en que muchos de ellos se encontraban de resultados del reciente combate.

Buena o mala, acepté esta explicación; pero, como su hermana y su sobrina estaban invitadas al baile que debía seguir a la comida, le dije que, a lo menos, esperaba tener el placer de su compañía, a lo que cortésmente, pero con frialdad, el almirante respondió que hacía tres días que su hermana se encontraba tan delicada de salud, que no le era posible salir de casa, y que, con gran pesar, no podía aceptar mi invitación.

La primera, excusa, la había yo recibido serenamente y con la sonrisa en los labios; pero, a la segunda negativa, no pude reprimir un movimiento de desagrado.

La Reina lo observó y se acercó a nosotros.

—El príncipe Caracciolo —dijo—, es demasiado galante para haberte dado una contestación descortés, querida Emma; y, sin embargo, tu semblante revela que tienes alguna queja suya.

En vez de justificarse, el almirante me dio tiempo de tomar la palabra.

—No, señora —dije yo—; no es del almirante de quien estoy quejosa: es de la fatalidad.

—Ya sabes, querida Emma, que no me gustan los enigmas; así que, te ruego te expliques —añadió, con el acento indicativo en ella de una tormenta en formación.

—Sin duda, señora, la fatalidad nos priva del placer de recibir a Su Excelencia, porque el tiempo, aunque sereno y tranquilo ahora, amenaza borrasca para esta noche. Y no supone menos fatalidad el hecho de que la hermana del señor almirante se haya sentido indispuerta el mismo día en que ha recibido nuestra invitación, tan seriamente que le es imposible salir de casa; lo cual obliga a la encantadora Cecilia, hija amante, a permanecer junto a su madre. Así que, debido a esta doble fatalidad, las fiestas que se van a celebrar en honor de un almirante vencedor de los franceses, transcurrirán sin que nosotros tengamos a nuestro lado, para mejor cumplimentarle, ni un solo

miembro de la ilustre familia del almirante Caracciolo, y sin que el propio almirante pueda, en nombre de la marina napolitana, brindar en honor de la marina inglesa.

La Reina se puso muy pálida y frunció el entrecejo.

—¡Tenga usted cuidado, señor almirante! —dijo—; los que encuentren excusas, buenas o malas, para no asistir a las fiestas de la embajadora de Inglaterra, no serán invitados a las que dará la reina de Nápoles.

—Señora —respondió Caracciolo, sin inmutarse—, la indisposición de mi pobre hermana se ha manifestado de un modo tan alarmante, que, aunque esas fiestas durasen un mes, tengo la seguridad de que no podría concurrir a ellas.

El Rey se impacientaba, ignorando el motivo de esta prolongada conversación con su almirante; y Nelson, viendo el rubor de mi cara y la palidez de la Lema, se acercó a nosotras un tanto alarmado.

La Reina, para eludir una explicación a Nelson, que se hubiera podido sentir mortificado, y evitarme a mí una humillación, que hubiese podido restarme consideración a sus ojos, me llevó consigo con resuelto ademán, diciendo:

—¡Ven, Emma, ven! la salud de la hermana del Príncipe nos interesa en tal grado, que diariamente mandaremos a preguntar por su estado, mientras dure su enfermedad.

—Es una atención que agradecerá tanto más —dijo el Príncipe—, cuanto verá en ella un favor de Vuestra Majestad, favor que ignora cómo pudo merecerlo.

El almirante pronunció estas palabras tan cortésmente, que la Reina, no sabiendo qué replicar, se alejó.

La seguí con lágrimas en los ojos y el corazón traspasado de dolor.

En medio de mi triunfo, oía una voz que me decía: «¡Favorita de la Reina!, ¡*milady* Hamilton!, ¡acuérdate del lecho de Apolo y del barrio de Haymarket!».

No se esperaba más que a la Reina para desembarcar. Apoyada en su brazo, en vez de apoyarse ella en el mío, lo cual era signo de la más alta distinción, atravesé con la cabeza baja por entre las hileras de cortesanos envidiosos de mi situación en la corte. ¡Llevaba la sonrisa en los labios y la muerte en el alma!

Nunca había odiado; nunca había pensado vengarme de nadie; pero, a partir de aquel momento, sentí el odio y el deseo de la venganza.

Por fin, desembarcamos. Los coches de la casa real y de la embajada aguardaban frente al arsenal.

El almirante Nelson tomó asiento en el primero con el Rey, la Reina y yo; el Príncipe heredero y la Princesa real, en el segundo, junto con *sir* Guillermo. Los demás carruajes fueron ocupados indistintamente por el resto de la comitiva, no sin suscitarse ligeras discusiones por razones de etiqueta.

Los cocheros tenían orden de dirigirse a la iglesia de Santa Clara, en la que debía cantar el *Te Deum* el cardenal arzobispo de Nápoles, monseñor Capeu Zurlo, acompañado del cardenal Fabrizzio Ruffo, de quien ya he tenido ocasión de hablar, y que, sin sospecharlo él ni nadie, debía desempeñar en época, no lejana, tan importante papel en la política.

Pero la orden de encaminarse a la iglesia de Santa Clara, era más fácil de darse que de ser cumplida, a causa de la enorme muchedumbre que invadía la vía pública, interceptando materialmente el tránsito rodado.

Empleamos más de una hora en llegar a la iglesia de Santa Clara. El *Te Deum* duró media y en el regreso unos tres cuartos de hora. Al fin, llegamos al palacio de la embajada de Inglaterra.

El inmenso pórtico del palacio Calabrito había sido transformado en un arco de triunfo, de cada uno de cuyos lados se levantaban mástiles con banderas que ostentaban el nombre de Nelson. Hasta el primer piso, la escalera ofrecía literalmente el aspecto de una bóveda de flores y laureles.

En la galería de los cuadros se sirvió una comida de ochenta cubiertos. A los postres, los ciento veinte profesores de San Carlos interpretaron el *God save the King*, cuyas estrofas entonó una voz maravillosa.

Una de estas se había escrito en honor de Nelson.

Decía así:

Join we great Nelson's name,
First on the rolls of fame,
Him let us sing.
Spread we his fame around,
Honor of British ground,
Who made Nile's shore resound.
God save the King!

Se comprenderá fácilmente el entusiasmo con que se acogió esta estrofa. El Rey, la Reina, el Príncipe real y todos los convidados la escucharon en pie, y los gritos de: «¡Viva Nelson!, ¡viva el vencedor del Nilo!, ¡viva el salvador de Italia!» salieron con entusiasmo de todos los labios.

El incienso de tantas alabanzas debía forzosamente embriagarme. Instigada por la Reina, casi autorizada por la actitud en cierto modo indiferente de *sir* Guillermo, nada opuse para resistir, para evitar una nueva caída. Ninguna mujer en mi puesto hubiese tenido fuerza bastante para salir triunfante de la tentación.

Se ha dicho que yo me había entregado desde un principio. Es una de las tantas calumnias que se me han lanzado. Desgraciadamente, el pasado estaba lejos, no podía defenderme contra la maledicencia. Lo cierto es que pasaron más de seis meses después que dejé entender, con una carta a Nelson, que me sentía dispuesta a corresponder a su amor.

Y en prueba de lo que digo, voy a transcribir la siguiente carta de Nelson.

Lleva la fecha, de 24 de octubre de 1798, un mes después de su entrada en Nápoles; su contenido demostrará que en aquella época no existía absolutamente nada entre nosotros.

Querida señora: Hemos llegado después de una larga travesía. Todo está aquí como yo tenía previsto. Los ministros de Nápoles no saben absolutamente nada de la situación en que se encuentra esta isla. El marqués de Nizza me dice que están muy faltos de municiones, de armas, de víveres, en fin, de socorros. Ignora si hay oficiales napolitanos en la isla, y, de la lista que obra en mi poder, no ha llegado ninguno todavía. Me asegura el marqués de Nizza que no ha sido enviado ningún socorro por el gobierno de Mesina y Siracusa.

No obstante, yo lo quiero saber todo. Apenas se vaya, que será mañana por la mañana, haré indagaciones. Me dice que desea servir a mis órdenes. Le creo, desde el momento en que se conforma en pasar a otro barco. Veremos si se sujeta a nuestra disciplina. Ball tendrá la dirección del bloqueo después de mi partida. Digo *después de mi partida*, porque, al parecer, mi presencia será necesaria en Nápoles a principios de noviembre.

Espero que así sea. Sin embargo, comprendo que mi deber me llama a Oriente, porque, aunque la flota francesa haya sido destruida en Egipto, no tengo la seguridad de que el ejército no vuelva algún día a Europa.

Pero, ante todo, mi objeto es servir y salvar al reino de las Dos Sicilias, y proceder de conformidad con los deseos de sus reyes, aunque estuviesen en pugna con mi modo de pensar. Sobre este particular, cuento con Hablar detenidamente con el general Acton. Estoy seguro de que usted me hace justicia y que la Reina se convencerá de que mi única aspiración es merecer su beneplácito.

Que Dios proteja a usted y a *sir* Guillermo y créame siempre su afectísimo y respetuoso amigo,

HORACIO NELSON.

Nadie encontrará en esta carta una sola palabra que no sea de un amigo, de un amigo tierno, pero que aún no ha traspasado los límites de la amistad.

Ciertamente, no me equivocaba yo, ni la Reina tampoco, al juzgar de la firme adhesión de Nelson por ella y su marido. Si Nelson volvía a Nápoles, era para verme; si no iba a Oriente, adonde le llamaba su deber, era para no alejarse de mí. Y sus conjeturas referentes al Oriente eran tan fundadas, que, si no se hubiese quedado en Nápoles, acaso, cuando el general Bonaparte se embarcó, el día 22 de agosto de 1799, para regresar a Francia, hubiera fracasado su propósito. Pero en 22 de agosto de 1799, Nelson estaba junto a mí, en Palermo, y dudo que me hubiese abandonado un solo día, ni siquiera con la certidumbre de apoderarse de Bonaparte.

LXXX

Algunos días después del recibimiento tributado a Nelson, el ciudadano Garat, so pretexto de haber sido nombrado miembro del Consejo de los Quinientos, se marchó de Nápoles con todo el personal de la embajada francesa. Pero, con gran admiración de todos, Francia, en vez de aprovechar esta ocasión para hacer la guerra a Nápoles, devoró la afrenta, y, en sustitución del ciudadano Garat, envió al ciudadano Lacombe Saint-Michel.

Esa afectada indiferencia ante semejante insulto era una prueba de que Francia no se encontraba en condiciones para la guerra, con lo cual crecieron los atrevimientos de la Reina.

A fuerza de sacrificios de toda clase, el reino de Nápoles había podido reunir un ejército de sesenta y cinco mil hombres, al paso que todos los informes convenían en que los franceses no sumaban en Roma más de diez mil hombres, y se decía unánimemente que estaban faltos de víveres, de vestuario, de calzado; que solo tenían, por toda artillería, nueve piezas sin municiones, y que, a lo más, solo disponían de ciento ochenta mil cartuchos.

El Rey y la Reina coincidían en su odio a Francia; pero el Rey, para atacarlos, quería esperar a que el emperador iniciase la ofensiva, y el emperador, por su parte no quería tomarla sin disponer de los cuarenta mil rusos que le había prometido el czar Pablo.

La Reina, al contrario, quería atacar a los franceses sin pérdida de tiempo. Con sus sesenta y cinco mil hombres, estaba segura de reconquistar los Estados romanos, y, una vez Roma reconquistada, todos los pueblos de Italia, que, según ella, soportaban con violencia el yugo francés, se levantarían y arrojarían de la península al invasor.

En tales circunstancias, yo fui encargada por la Reina de una misión secreta cerca de Nelson, el erial opinaba también por la guerra inmediata. Se trataba de obtener de él que escribiese a *sir* Guillermo o a mí una supuesta carta confidencial que mi marido comunicaría al Rey.

Nelson, guerrero esforzado, era un político mediocre, y como escritor ni siquiera llegaba a la altura del político. Las cuarenta o cincuenta cartas que durante su vida me escribió, brillaban más por la sinceridad que por el estilo. Nelson accedió a escribir las cartas, pero a condición de que las redactásemos nosotros, que él se encargaría de copiarlas.

Eso era precisamente lo que la Reina deseaba y no se atrevía a pedir.

El borrador de la carta fue redactado entre el capitán general Acton, *sir* Guillermo y la Reina. Lo envié a Nelson, y al otro día recibí, dirigida a mí, la siguiente carta, que era simplemente una reproducción literal de la misiva redactada por el triunvirato

que gobernaba a Nápoles.

Nápoles, 3 de octubre de 1798.

Mi querida señora:

El interés que usted y *sir* Guillermo han mostrado siempre por el reino de las Dos Sicilias y por los soberanos que lo rigen, interés que vengo observando desde hace cinco años, me permite hablar, por mi parte, del que yo también siento por este país.

En razón de ese afecto, no puedo ser espectador indiferente de lo que ha ocurrido y ocurre en el reino de las Dos Sicilias y ante los infortunios que preveo amenazan a este reino. Sin tener yo nada de político, he llegado a comprender que las Sicilias eran un pueblo leal y fiel a sus soberanos, y que odia profundamente a los franceses y sus principios. Desde que estoy en Nápoles, todo lo que observo me prueba que el pueblo napolitano ansía la guerra con Francia, que, según es público y notorio, está preparando un ejército de forajidos para entrar a saco estas comarcas y derribar la monarquía.

Con esta convicción y sabiendo que Su Majestad Siciliana tiene un ejército preparado para entrar en campaña, me sorprende que ese contingente no se encuentre aún en marcha sobre Roma.

Creo que la llegada del general Mack decidirá al Gobierno a no perder el momento más favorable que la Providencia haya jamás puesto a su disposición; porque si se espera a que el reino sea invadido, en vez de tomar la iniciativa, invadiendo los Estados romanos, no es preciso ser profeta para decir que este reino será arruinado y derrocada su monarquía.

Si el Rey persiste en este funesto sistema de contemporización, le aconsejo que esté preparado para embarcarse a la primera noticia desfavorable, con todo lo que posea de más valía; entonces será de cuenta mía el cuidar de su seguridad, como también de la seguridad de la Reina y de su familia.

Mientras tanto, permítame usted decirle una vez más que soy su obediente y fiel servidor,

HORACIO NELSON.

Una frase de esta carta de Nelson habrá sido incomprensible para el lector. He olvidado decir que la Reina había pedido a su sobrino, el emperador de Austria, que le mandase al general Mack para ponerle al frente del ejército napolitano; petición que fue atendida por el emperador.

Esta carta produjo en Fernando el efecto que se esperaba. Sin embargo, contra su costumbre, se mantuvo firme en un punto; no entrar en campaña sino al mismo tiempo que el emperador.

En su virtud, pues, se convino en que el Rey escribiría a su sobrino una carta que le pondría entre la espada y la pared. Dicha carta, escrita de su puño y letra, fue llevada por Ferrari, que recibió encargo de entregarla al emperador en persona y de traer la contestación directamente al rey Fernando.

Pero, antes de su partida, Ferrari recibió mil ducados de la Reina, con orden de pasar, al regreso, por Caserta, y entregar a ella, y no al Rey, la respuesta.

Ferrari recibiría dos mil ducados más al entregar la carta a la Reina, que se limitaría a leerla, devolviéndola luego después al mensajero.

Era pagar con esplendidez una pequeña traición, por lo que Ferrari se avino a ello. Por otra parte, sabía que de hecho era la Reina quien mandaba, y eso le tranquilizó respecto a los peligros que hubiese podido correr en el caso de descubrirse esa traición.

Ferrari partió. Sé calculó el tiempo que emplearía en llenar su misión. Si el emperador de Austria no retardaba la respuesta, sería cuestión de diez o doce días.

El general Mack llegó a Caserta el 8 de octubre; el jueves fue convidado a comer con el Rey y la Reina. *Sir* Guillermo y yo recibimos invitación oficial para ese día. Los reyes acogieron al general con las mayores demostraciones de simpatía y estimación, y la Reina dijo, al presentarle a Nelson:

—El general Mack es en tierra lo que nuestro héroe en el mar.

El cumplido no era halagador, y la comparación carecía, de justicia. En Tolón, en Calvi, en Tenerife, sin obtener ventajas decisivas, Nelson se había cubierto de gloria; y en Aboukir demostró genio y heroísmo al mismo tiempo.

Mack, al contrario, siempre que se había medido con los franceses, había sido derrotado por ellos, y, con todo, tenía conquistada en Europa, sin haberse sabido jamás por qué, reputación de uno de los primeros estratégicos de la época.

Por favorable que fuese el concepto en que los otros tuviesen a Mack, no podía compararse al que él tenía formado de sí mismo. Nunca he visto fatuidad más grande que la suya; ni por un momento admitía la suposición de que pudiese ser derrotado, ni siquiera de que los franceses fuesen capaces de resistirle.

Esta presunción me fue antipática a la primera palabra que tuve el honor de cambiar con el ilustre general...

El tiempo corría, y Ferrari galopaba. A los diez días de su partida, *sir* Guillermo propuso al Rey una partida de caza en Persano; y una vez se hubieron ausentado *sir* Guillermo y el Rey, nos marchamos a Caserta la Reina, el general Acton y yo.

Al otro día, sobre las tres de la tarde, llegó Ferrari, portador de la carta del emperador de Austria.

Francisco II decía al rey Fernando que no se pondría en marcha hasta que Suvorof y sus cuarenta mil rusos no hubiesen llegado, y no esperaba que llegasen antes del mes de abril de 1799.

Invitaba, pues, a su sobrino a calmar su impaciencia y hacer lo mismo que él. Atacados a la vez por ciento cincuenta mil austríacos, cuarenta mil rusos y quince mil napolitanos, era indudable que los franceses se verían obligados a salir de Italia.

Pero la Reina estaba demasiado impaciente para esperar, y el proyecto concluido entre ella y el general Acton, fue puesto en ejecución.

Hijo de un médico irlandés, Acton era un químico hábil; con una mixtura preparada de antemano, borró la tinta de la carta imperial, y, variando los términos de su contenido, escribió una promesa formal de ponerse en campaña tan pronto como Fernando hubiese pasado la frontera romana.

Con toda suerte de precauciones, encerrose nuevamente la carta en el sobre y se entregó a Ferrari, que la llevó a Persano y la puso en manos del Rey, asegurándole que él era el primero que la tocaba desde que la recibió de las augustas manos del emperador.

El Rey, que estaba a la mesa, en compañía de *sir* Guillermo, leyó la carta, y con visible satisfacción la pasó a este.

Mi marido, conforme se sabe, formaba parte del complot; así que, no le

sorprendió nada aquella favorable respuesta.

—Ya lo veis, señor —dijo—; Su Majestad el emperador es del parecer de lord Nelson. Por lo tanto, no hay que perder un solo instante.

Y en efecto, se decidió que el general Mack invadiría los Estados romanos sin más tardanza que el tiempo necesario para los preparativos de la campaña.

Era a principios de noviembre.

LXXXI

Aprobada la guerra por el rey Fernando, quedaba por resolver un punto más grave, y era obtener que él se pusiese a la cabeza de su ejército y dirigiese personalmente las operaciones.

Las negociaciones fueron largas; pero la Reina y *sir* Guillermo convencieron a Fernando de que se trataba, no solamente de combatir a los franceses y defender la legitimidad, sino también que, como libertador de los Estados romanos, le correspondería una parte en la división del patrimonio de San Pedro.

El Rey accedió al fin.

Como solo se esperaba este consentimiento, el ejército fue dividido inmediatamente en tres cuerpos: 22.000 hombres fueron enviados a San Germán, 16.000 a los Abruzos, 8.000 a los muros de Gaeta, y se alistaron algunos barcos de transporte para conducir 10.000 combatientes a Toscana, escoltados por la escuadra de Nelson.

Estos 10.000 hombres estaban destinados a cortar la retirada de los franceses después de haber sido batidos por el general Marck.

Los tres cuerpos de ejército fueron puestos bajo el mando de tres extranjeros: Marck, general en jefe, Micheroux y Damas, generales de división; el primero, ya se sabe que era austríaco; los otros dos, franceses.

Cincuenta mil hombres estaban preparados para entrar en los Estados romanos.

Por otra parte, conforme opinaba el almirante Nelson, la ocasión de atacar a los franceses era bien elegida.

El Directorio, advertido por el ciudadano Garat de las intenciones hostiles de la corte de Nápoles, buscó todos los medios de hacer frente a esta agresión; retiró del ejército de la república cisalpina todas las fuerzas que le fue posible, las envió a Roma y dio el mando a Championnet.

Championnet no había tenido hasta entonces sino mandos secundarios, por lo que era todavía poco apreciado y poco conocido. Su mando en Roma, su conquista de Nápoles, le hicieron célebre.

Se cuenta que en el momento de salir de Francia, cuando en recompensa de sus antiguos servicios se le nombraba para este nuevo cargo, el director Barras le puso la mano en el hombro, y díjole:

—Parte para Italia, general, y yo te doy mi palabra de que recibirás la misión de destronar al primer rey que provoque el enojo de la República.

Championnet salió de París y llegó a Roma con esta esperanza.

Pero en Roma encontró en deplorable estado al ejército francés, sin calzado, sin vestuario, sin municiones de boca y con solo nueve cañones y 180.000 cartuchos.

Con el refuerzo recibido de la Cisalpina, ese ejército se elevaba a catorce o quince

mil hombres.

El 22 de noviembre el Rey lanzó el famoso manifiesto firmado por el príncipe Pignatelli Belmonte y dirigido al caballero Priocca, ministro del rey del Piamonte Carlos Manuel II.

Como todos los actos emanados del Rey, este manifiesto había sido redactado por la Reina, el capitán general y *sir* Guillermo Hamilton.

Hoy, que han transcurrido diez años, que han desaparecido las prevenciones, que los odios se han extinguido, este documento me aparece bajo su verdadero carácter, esto es, como un llamamiento al asesinato; y, sin embargo, en Caserta, el 20 de noviembre de 1798, cuando el manifiesto pasó por mis ojos, aplaudí como los demás:

Lanzado el manifiesto, solo faltaba entrar en campaña.

La Reina mandó confeccionar para su marido un magnífico uniforme de general, y nosotros visitamos los campamentos de Sessa y San Germano para que los soldados viesen al Rey.

Estos paseos militares, las aclamaciones que ellos provocaban, los gritos de: «¡Viva el Rey!». «¡Mueran los franceses!», acabaron por trastornar la cabeza al rey Fernando, que se separó de nosotros haciendo a la Reina toda clase de belicosas promesas.

En honor de la verdad, debo decir que, a pesar de tales promesas, la Reina no quedó muy convencida; y, con todo, por desfavorable que fuese el concepto que su marido le merecía, estaba lejos de sospechar la sorpresa que el porvenir le reservaba.

Volvimos a Caserta, y el Rey, al frente de su ejército, marchó hacia la frontera romana.

El 24, ese ejército desembocó en territorio pontificio por tres puntos distintos.

El ala derecha, avanzando por la costa del Adriático, pasó el Tiento, arrojó de Ascoli un pequeño destacamento francés apostado allí, y tomó la dirección de Ponte-di-Fermo.

El centro bajó los Apeninos por Aquila y avanzó sobre Rieti.

En fin, el ala izquierda, donde iban Mack y el Rey, pasó el Garellano, y marchó directamente sobre Roma por los pantanos Valmontone, Frascati y Pontinos.

El mismo día en que el ejército napolitano cruzaba la frontera de los Estados romanos, el general Championnet recibía del Directorio una orden que mermaba su contingente de fuerzas en tres mil hombres, los cuales se destinaban a reforzar la guarnición de Corfú.

Acaso, dado lo grave de la situación, hubiese podido desobedecer dicha orden. Pero Championnet la obedeció, y se desprendió de los tres mil hombres. Al mismo tiempo, tomó apresuradamente todas las medidas necesarias para afrontar el peligro que caía sobre él con la rapidez de un alud.

Diariamente recibíamos mensajes del Rey, los cuales nos ponían al corriente de su marcha triunfal.

El 30 de noviembre, por la noche, recibimos la noticia de que el Rey había hecho

su entrada en Roma en medio de frenéticas aclamaciones. El pueblo lo había llevado casi en brazos hasta el palacio Farnesio.

La carta del Rey nos anunciaba que el general Championnet había salido de Roma, dejando quinientos hombres en el castillo de San Ángel, con prohibición absoluta de rendirse bajo ningún pretexto, y prometiendo estar de regreso en Roma antes de veinte días.

Esta promesa divertía en gran manera al Rey y sobre todo al general Mack.

Fernando añadía en postdata que el pueblo asesinaba a los patriotas y saqueaba sus domicilios, y que, por orden suya, habían sido fusilados dos napolitanos, los hermanos Corona, uno de los cuales había sido ministro de la república romana.

Todo, pues, marchaba viento en popa.

Por lo cual, la Reina ordenó cantar un *Te Deum* en todas las iglesias de Nápoles, que los cañones disparasen y la ciudad se iluminase.

Estas órdenes fueron recibidas y cumplidas con entusiasmo; justo es decirlo así, en elogio de los napolitanos.

Se recordará, que un ejército de ocho a diez mil hombres debía, al mando del general Naselli, partir para Liorna en buques de transporte.

El 22 de noviembre, en efecto, ese ejército salió del puerto de Nápoles, escoltado por el *Van-Guard*, buque insignia de Nelson, el *Culloden* el *Minoaire*, la *Alliance*, la *Bonne-Citoyenne* y el cúter *Flora*, y por los barcos de la escuadra portuguesa.

Barcos de guerra y transportes llegaron a Liorna en la tarde del 28 de noviembre. Los ministros ingleses y napolitanos visitaron inmediatamente al almirante. El general Naselli intimó a la ciudad, que se rindió a las ocho de la noche.

La intimación se hizo conjuntamente por el general Naselli y el vicealmirante Nelson.

Naselli tomó posesión de la ciudad, pero Nelson no salió del *Van-Guard*. Estaba demasiado enamorado para permanecer mucho tiempo separado de mí; así que, el 30 de noviembre abandonó las aguas de Liorna, y el 5 de diciembre estaba de nuevo en Nápoles.

El 6 por la mañana escribía una carta, al capitán general Acton, en la que había el siguiente párrafo que el ministro se apresuró a hacernos leer. Nelson no veía las cosas bajo un aspecto tan risueño como el rey de Nápoles:

He aquí en pocas palabras el estado del país y la situación de las cosas —decía—. El ejército del Rey está en Roma; Civita-Vecchia ha sido ocupada; pero quedan en el castillo de San Angel quinientos franceses. El general Championnet está al frente de 13.000 hombres, y espera a los napolitanos en una posición muy fuerte, en Civita-Castellana. El general Mack marcha a su encuentro con 20.000 hombres. El resultado, a mi ver, es dudoso, y por él se decidirá en seguida la suerte de Nápoles. Si Mack es derrotado, el país se pierde en menos de veinte días. El emperador no ha movido un solo hombre de su ejército, y sin la ayuda del emperador, este país no es capaz de resistir a los franceses. No ha sido su voluntad, sino las circunstancias, lo que ha obligado al rey de Nápoles a salir de su reino en busca de los franceses, que, en habiendo reorganizado sus fuerzas, lo arrojarán de Nápoles en una semana.

Al mismo tiempo recibimos de Roma análogos avisos. El Rey nos anunciaba la

marcha de Mack sobre Civita-Castellana, no con 20.000 hombres, sino con 40.000, y nos parecía imposible que semejante superioridad numérica no nos asegurase la victoria.

Por otra parte, el Rey estaba tan seguro del éxito, que su confianza era para nosotros motivo de tranquilidad. Sus cartas describían minuciosamente los agasajos que se le tributaban. Siempre que salía a la calle, caía sobre él una lluvia de flores; aquella misma noche se celebraba en el teatro Apolo una gran función de gala.

La carta que nos traía estas informaciones llevaba la fecha de 6 de diciembre. La mostramos a lord Nelson, a quien hicimos observar que no eran 20.000 hombres, sino 40.000 los que Mack dirigía contra el enemigo.

Con todo, no se dio por convencido. La opinión que desde el primer día se había formado del general Mack, era bastante desfavorable.

Nos dejó a eso de las cinco de la tarde, y nos quedamos la Reina y yo con algunas damas que formaban nuestra sociedad habitual.

Entre siete y ocho, mientras tomábamos el té, oímos el rodar de un coche que pasaba bajo las bóvedas del palacio, y en seguida un gran ruido producido por los sirvientes que bajaban corriendo por la escalera.

La Reina se puso muy pálida.

La miré interrogándola con los ojos.

—¡Ah! —me dijo—, tengo un presentimiento.

—¿Cuál, señora? —pregunté.

—¡Acaba de llegar el Rey!

—¿El Rey? ¡Imposible, señora! hemos recibido una carta suya esta mañana.

La puerta se abrió, y un ujier anunció:

—Su Excelencia el duque de Ascoli.

El duque de Ascoli entró; la Reina y yo lanzamos un grito de sorpresa. Vestía el traje del Rey, y como era de la misma estatura y de la misma edad que él, y además la habitación estaba envuelta en una penumbra, la Reina y yo le tomamos al pronto por el Rey en persona.

Pero la Reina volvió muy presto de la sorpresa, y bajo aquel disfraz, su instinto conyugal le hizo adivinar algo vergonzoso.

Se levantó, y con tono severo preguntó al Duque:

—¿Qué significa esta mojiganga?

—¡Ay, señora!, ¡nada de índole agradable! —respondió el Duque—; pero cuando menos es una prueba de mi adhesión al Rey.

—¿Al Rey? ¿Y dónde está el Rey?

—Aquí, señora.

La Reina me miró.

—¿Y dónde? —volvió a preguntar.

—En su aposento.

—¡Ah!... ¿y por lo visto, no se atreve a presentarse ante mí?

Luego, tras un momento de silencio:

—Los napolitanos han sido derrotados, ¿no es verdad? —añadió.

Y como el Duque vacilase en responder:

—Veamos —dijo la Reina— si el Rey es una mujer, yo soy un hombre; cuéntelo usted todo.

—Derrotados completamente, sí, señora.

—¡Bravo, Nelson! —dijo María Carolina volviéndose hacia mí—. Ya lo ves, su instinto no le engañaba. ¡Pero, si ese Mack es un verdadero idiota! ¿No es así?

—Nada puedo decir a Vuestra Majestad, sino que las tropas napolitanas han sido completamente derrotadas.

—¿Está usted cierto de la noticia?

—El Rey y yo la hemos recogido de los propios labios del general Mack.

—¿Del general Mack?

La Reina me cogió las manos y las estrechó convulsivamente.

—¡Es decir —murmuró— que he de apurar todas las afrentas!

—Pero, en fin, señor —pregunté al Duque, en tanto que la Reina desgarraba el pañuelo entre sus dientes—, ¿no puede usted dar ningún detalle a Su Majestad?

—No puedo decir más de lo que sé.

—¡Dígalo, entonces —exclamó la Reina—, y termine de una vez! porque tengo afán de saber por qué lleva usted el traje y la cruz del Rey.

—Dígnese Vuestra Majestad escucharme con paciencia —dijo el duque de Ascoli haciendo una reverencia—, o de lo contrario me veré obligado a marcharme para ir a decirle al Rey que Vuestra Majestad no ha querido prestarme atención.

—¡Hable usted!

—Pues bien, señora; estábamos ayer en el palco de Su Majestad, en el teatro Apolo, cuando, sobre las nueve de la noche, se abrió repentinamente la puerta y vimos aparecer al general Mack, cubierto de lodo como hombre que acaba de atravesar por largos y fangosos caminos. «Señor —dijo—, aquí está un hombre que se halla en el desesperado caso de comunicarle la noticia de que hemos sido derrotados en toda la línea y puestos en precipitada fuga; y la única esperanza de salvación para Su Majestad consiste en que parta inmediatamente para Nápoles. Viéndome libre de los cuidados que me impone el vigilar por su preciosa vida, procuraré rehacer el ejército y tomar un desquite».

—¡Miserable orgulloso! —murmuró la Reina.

—Vuestra Majestad comprende —continuó el Duque—, el estupor del Rey ante semejante noticia. Miró silenciosamente a Mack, y, poniéndose súbitamente en pie, salió del palco. Por fortuna, en la sala no se había notado nada. Era necesario que nadie sospechase lo que ocurría: los jacobinos romanos, ansiosos de vengar las ejecuciones ordenadas por el Rey, no le perdían de vista, y podían, después de la derrota de Mack, intentar un golpe de mano contra Su Majestad. Antes que se hubiese podido advertir nuestra ausencia y que la noticia se hubiese divulgado, llegamos al

palacio Farnesio. El Rey montó a caballo, con una docena de oficiales y algunos de sus más fieles servidores, entre los cuales se digna contarme. Salimos por la Puerta del Pueblo, y seguimos a lo largo de las murallas hasta la puerta de San Giovanni. Una vez allí, el Rey tomó el galope seguido de seis o siete hombres que le daban escolta, y a las once de la noche llegamos a Albano. El Rey preguntó si había dispuesto algún coche; no había más que un cabriolé. Mientras enganchaban los caballos, Su Majestad me llamó aparte, y me propuso cambiar mi traje por el suyo, cosa que yo hice al instante...

—¿Y por qué ese cambio de trajes? —preguntó la Reina.

—Lo ignoro, señora; pero, como una súplica de Su Majestad equivale a una orden, obedecí.

—Una orden, una orden —dijo la Reina—; pero, en fin, esa orden tenía un objeto. El Duque se inclinó sin responder.

—¡Oh! quisiera saber lo que el Rey se proponía —dijo la Reina, golpeando el suelo con el pie.

—¿Desea Vuestra Majestad saber lo que me proponía, señora? —dijo el Rey presentándose de súbito y arrojándose sobre un sillón como si llegase de una cacería—. Me proponía, en el caso de ser hechos prisioneros por los jacobinos, evitar que me reconociesen, y esperaba que, confundiendo a uno por el otro, sería Ascoli, y no yo, el que colgarían.

La Reina levantó las manos al cielo.

—¡Oh! —murmuró.

—Pero —añadió el Rey, no comprendiendo la exclamación de Carolina—, es que esos jacobinos lo habrían hecho tal como lo decían.

—¿Y habríais dejado que ahorcasen a vuestro amigo? —preguntó la Reina.

—¡Ya lo creo!, ¡y con mil amores!

—¿Y usted, Duque, se habría dejado ahorcar? —preguntó la Reina levantándose y adelantándose hacia Ascoli.

—El deber de un súbdito es sacrificar la vida por su señor —respondió con gran naturalidad el Duque.

—¡Ah! señor —exclamó la Reina, dirigiéndose a su marido—, sois muy feliz contando con tal amigo. Conservadlo bien, que si llegáis a perderle, no es probable que encontréis otro semejante.

Y volviéndose hacia mí:

—Por lo demás —añadió—, no tengo para qué quejarme; porque estoy segura de que Emma haría, por mí lo que el Duque estaba dispuesto a hacer por el Rey.

Echome el brazo alrededor del cuello, y dijo:

—¡Ven, Emma! Viendo un cortesano como este, el alma se deleita; ¡pero, en cambio, se entristece al ver semejante Rey!

LXXXII

Al entrar en su aposento, la Reina tocó el timbre y dio orden de preparar el coche.

Como yo la mirase para adivinar su pensamiento:

—Ya comprenderás —me dijo—, que no quiero dejar nuestra seguridad a merced de ese egoísta que, para salvarse, quería sacrificar a su mejor amigo. Sería capaz de huir a Sicilia con su escopeta de caza y su jauría, sin preocuparse lo más mínimo de nosotros.

—¡Cómo, huir a Sicilia! ¿Por ventura cree Vuestra Majestad que el Rey piensa salir de Nápoles?

—¿Y qué quieres que haga? Dentro de quince días los franceses estarán aquí. Afortunadamente, nos queda Nelson. ¿En qué situación te encuentras con respecto a él? Espero que no le habrás puesto en trance desesperado.

—Nelson hará lo que nosotros dispongamos —respondí sonriendo.

—Está bien. Ya es demasiado tarde para mandarle decir esta noche que baje a tierra; pero mañana por la mañana, es preciso que conferencemos con él.

—¿Por qué es demasiado tarde ahora? Dos palabras mías le harán venir a cualquier hora de la noche. Son las ocho; a las nueve y media podemos estar en Nápoles; a las diez, puede haber recibido mi aviso, y media hora después estará en palacio.

—Sea. Tú le recibirás y se lo contarás todo. Entretanto, yo platicaré con Acton. Comprenderás que es necesario de todo punto que Nelson nos pertenezca en cuerpo y alma. En ello va nada menos que la vida.

—¡Oh! Vuestra Majestad...

—Además, Nelson puede recibir de lord Saint-Vincent una orden que lo aleje de nosotros. En tal caso, es preciso que no la obedezca, ni aun en el supuesto de que la recibiese del propio Almirantazgo.

—Llegada la ocasión —contesté riendo—, Vuestra Majestad me dirá lo que debo hacer para que Nelson desobedezca: yo lo haré y él desobedecerá.

Anunciaron que el coche estaba preparado.

—¡Ven! —dijo Carolina.

—¿Vuestra Majestad no pasa aviso al Rey?

—¿Para qué?

—¿Y si él llama al capitán general?

—Acton no vendrá sin antes haberme visto a mí. ¡Vamos!

Bajamos rápidamente sin prevenir a nadie. La Reina se cubrió con un mantón de cachemir porque llovía copiosamente y hacía frío. Entramos en el coche, cerramos las ventanillas y el coche partió al galope.

Carolina estaba perezosamente recostada sobre los almohadones. Se habría creído

que dormía. Frecuentes sacudidas nerviosas agitaban su cuerpo, y a ratos murmuraba, temblando, las palabras fatuo y cobarde, aplicadas a Mack y a su desgraciado marido.

—¡Oh, Nelson!, ¡bravo, Nelson! —dijo de pronto—. Él es nuestra única esperanza, Emma.

Le estreché la mano, diciendo:

—Esté Vuestra Majestad tranquila, señora; le respondo de él como de mí misma.

Hora y media después de nuestra salida de Caserta llegábamos al palacio real.

Antes de apearnos del coche, la Reina preguntó si el capitán general Acton se encontraba en palacio.

Por fortuna no había salido.

—Vayan a decirle que le espero en mis habitaciones —dijo la Reina.

Y subimos la escalera.

A cuantos se presentaron para ofrecerle sus respetos, hombres y mujeres, la Reina, apartándose de ellos, respondía:

—¡Gracias!

Entramos las dos solas en su aposento.

El ujier de servicio puso un candelabro encima de una mesa, y pidió órdenes a la Reina.

—No dejen entrar más que al señor Acton, a milord Nelson y a *sir* Guillermo Hamilton —respondió Carolina con acento claro y breve, que era en ella síntoma de estar vivamente irritada.

Con su propia mano colocó en la mesa recado de escribir.

—Escribe —míe dijo.

Cogí la pluma y escribí velozmente estas palabras.

¡Venga! la Reina y yo le esperamos en palacio, por un asunto importante.

EMMA.

—¿Qué le dices? —preguntó Carolina.

—Simplemente, que venga.

—¡Cómo!, ¿eso no más?

—No es necesario decir más.

—¡Emma, Emma! —exclamó la Reina—; tú le dejarás escapar.

—¿Soy o no soy su piloto?

—Sí, ciertamente; pero...

—Entonces, ruego a Vuestra Majestad que me deje hacer.

—Obra como te parezca.

Pero, al paso que daba su asentimiento, Carolina hizo un movimiento de hombros, indicando que, en mi lugar, habría ella procedido de diferente modo.

No me cuidé de ello.

—Ahora —le dije—, ¿por quién va Vuestra Majestad a enviar esta carta?

—Eso incumbe a Acton. Por el puerto militar, en diez minutos llegará al *Van-Guard*.

En aquel momento entró Acton.

—Alguna desgracia, ¿no es eso, señora? —dijo adelantándose hacia la Reina con semblante que denotaba viva inquietud.

—Sí —respondió Carolina—, una gran desgracia. El general Mack ha sido derrotado, y el Rey ha llegado a Caserta hace dos horas, después de haber realizado prodigios de valor.

Al decir esto, rompió en una risa estridente y nerviosa, una risa que le era familiar en la ocasión de profunda irritación.

Y, como Acton la mirase con creciente asombro:

—Usted lo sabrá todo ahora mismo —dijo—; pero, por lo pronto, mande llevar este billete a Nelson. Es necesario que su portador pueda atravesar el puente militar sin obstáculo.

—Voy a la dársena —respondió el general— para despachar yo mismo la barca que irá a buscar a milord, y al mismo tiempo, daré mis instrucciones al oficial.

El general se marchó.

—A lo menos, tiene la buena condición de ser obediente —dijo la Reina siguiéndole con los ojos.

—¿Por qué no le dispensa Vuestra Majestad el honor de llamarle *fiel*, señora?

—Porque es una palabra que no existe en el diccionario de los cortesanos.

—¿Y el duque de Ascoli?...

—Ese no es un cortesano; es el amigo del Rey. Cuando el Rey se siente dichoso, Ascoli le dice las verdades más amargas. No sigue tu sistema, aduladora, que nunca me dices ninguna.

—¿Es culpa mía el que, a Vuestra Majestad, solo sea posible prodigarle alabanzas?

La Reina me abrazó, y se puso a pasear a lo largo de la habitación. De vez en cuando, iba a la azotea, y, a través de la obscuridad, dirigía la mirada a la flota inglesa, cuyos buques se distinguían a la luz de sus faroles.

—¡Oh, Nelson! tú eres nuestra única salvación —murmuraba siempre que miraba hacia aquella dirección.

En una de estas idas y venidas, se acercó a mí y me dijo:

—¿Concibes, puedes explicarte cómo cincuenta y dos mil hombres bien armados y equipados hayan podido dejarse vencer por diez mil o doce mil franceses, medio desnudos, hambrientos, descalzos y sin municiones? Ahora están provistos de todo, menos de zapatos, salvo que nuestros soldados no se hayan descalzado para correr más de prisa. ¡Oh! si yo fuese hombre, ¡con qué afán me lanzara en medio de aquellos cobardes oficiales y les hubiese arrancado las charreteras! Momentos hay ten que me dan ganas de montar a caballo, como mi madre María Teresa, para humillar a ese Rey holgazán.

En esto llegó Acton.

—Aquí estoy, señora —dijo—. La carta ha sido enviada a su destinatario, y si milord Nelson pone al servicio de Vuestra Majestad una sola mitad de la diligencia que yo pondría, antes de quince minutos le tendremos entre nosotros... Ahora, ¿quiere Vuestra Majestad decirme de qué se trata?

La Reina condujo a Acton a la pieza inmediata. Quería dejarme a solas con Nelson; acaso también ella tenía que dar esas secretas y terribles órdenes que frecuentemente yo no conocía hasta después de cumplidas.

En efecto, supe más tarde que entre la Reina y el capitán general se había tratado del mensajero Ferrari. Se temía que Ferrari descubriese el delicado, asunto de la carta y que Fernando llegase a saber la verdad de lo ocurrido, o sea que había sido falseado el contenido de dicha carta en que el emperador Francisco escribía a su tío el rey Fernando que no se moviese antes del mes de abril o mayo, época en que habría llegado el refuerzo de los rusos.

Durante el rato que estuve sola esperando a Nelson, fue probablemente cuando se resolvió la muerte de Ferrari.

Pasados unos quince minutos de espera, el ujier anunció a lord Nelson.

Al verle, le eché mis brazos al cuello, diciéndole:

—¡Querido Nelson, nuestra única esperanza está en usted!

Me estrechó contra su pecho, que palpitaba con violencia; apoyó sus labios temblorosos en mis ojos, y luego me apartó suavemente mirándome con arrobamiento.

—Sepamos qué ocurre —me dijo—. Habla usted con un hombre que daría su vida por la Reina y...

Se detuvo.

—Y su honor por usted —añadió.

—¡Oh, querido Nelson! —exclamé.

Le cogí la mano y quise besarla.

En el movimiento que hizo para retirarla, inclinó la cabeza, yo levanté la mía, y nuestros labios se encontraron.

—¡Oh! —gritó Nelson, retrocediendo algunos pasos—, usted me volverá loco.

Le tendí la mano.

—¡Qué importa —dije—, si le curo!

Dirigió una mirada en torno suyo para ver si estábamos solos. Comprendí la intención de aquella mirada, y con una sonrisa, Le dije:

—La Reina y el capitán general están allí, en esa habitación.

Lanzó un suspiro, se acercó a mí, pasó su brazo alrededor de mi cintura, y me hizo sentar a su lado.

—Usted acaba de escribirme unas líneas diciéndome que quiere pedirme un servicio —me dijo—. Soy un egoísta, por no haber preguntado desde un principio en qué podía serle útil. Reparo mi falta. Hablaremos después de mi locura.

—Cuando usted quiera —respondí con una mirada llena de promesas—, y si usted tarda demasiado, yo tomaré la iniciativa.

—¡Cuidado! —me dijo—, usted es Penélope, y yo no soy Ulises.

Luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo:

—¡Veamos! —añadió—; Mack ha sido derrotado, ¿no es verdad? El ejército está disperso. ¿Han recibido ustedes un correo del Rey?

—Más aún; el Rey en persona ha llegado a Caserta, hace tres horas. Todo se ha perdido. Dentro de quince días los franceses estarán aquí. La Reina quiere huir a Sicilia, y cuenta con usted para hacer el viaje.

—¿Va usted? —preguntó Nelson.

—Yo no dejo a la Reina.

—Y yo no la dejo a usted.

—¿Contra toda orden que pudiese recibir?

—¡Aunque tuviese que rasgar mis cartas sin abrirlas!

—¡Nelson! —exclamé.

Y extendí los brazos hacia él.

Nelson se arrojó sobre mi pecho.

—¡Tenga usted piedad de mí! —murmuró.

—Nelson —repliqué—, no es por piedad por lo que le digo que le amo; es por gratitud, es... ¡por amor!

Loco de pasión, se arrodilló a mis pies, besándome las manos y profiriendo gritos ahogados, gritos que tanto parecían de dolor como de alegría.

En aquel instante, la Reina entreabrió la puerta, y, viendo a Nelson a mis plantas, hizo ademán de Retirarse.

—¡Oh! entrad, señora, entrad —le dije—. No tengo nada que ocultar ni a Vuestra Majestad ni al mundo. Nelson acaba de decirme que era nuestro, que nos pertenecía, y yo, en cambio, le he dicho, que yo era suya, que pertenecía a él. ¡Sea Vuestra Majestad lo bastante benévola para dar a besar su mano a nuestro salvador!

LXXXIII

Al día siguiente, se celebró consejo de Estado. El Rey expuso la situación; no ocultó nada del desastre; a ser posible, habría exagerado sus proporciones.

El almirante Caracciolo, en su condición de jefe de las fuerzas navales, fue llamado a dicho Consejo. Como no había nada que temer por el lado del mar, pues los ingleses guardaban el puerto, pidió que se le permitiese reunir los soldados de marina en un cuerpo de mil o mil doscientos hombres, ponerse a su cabeza y marchar al encuentro de los franceses. Apoderándose de los desfiladeros de los Abruzos antes que el grueso del ejército napolitano llegase a ellos, podría reducir la extensión de la derrota y rehacer a los fugitivos, con el refuerzo de este nuevo contingente. Por crecido que fuese el número de soldados perdidos en los diversos combates con los franceses, el ejército napolitano debía aún ser cuatro veces más fuerte que el otro ante el cual huía.

El Rey rechazó este ofrecimiento; dudaba de la adhesión de Caracciolo y sospechaba que su objeto, queriendo organizar aquella tropa, era reunirse con ella a los patriotas.

Caracciolo se sintió ofendido con esa sospecha, que no merecía, y, retirándose antes de terminar el Consejo, manifestó que regresaba a bordo de su buque, donde esperaba las órdenes del Rey.

Pero, antes de salir de palacio, se hizo anunciar a la Reina.

Esta celebraba también Consejo, el cual se componía de la Reina, Nelson, *sir* Guillermo y yo.

Desde la víspera, Carolina había resuelto, con el capitán general, su huida y la de su familia.

Dudaba si lo recibiría; pero *sir* Guillermo la decidió.

Entonces, la Reina me cogió del brazo, queriendo que yo estuviese presente a su entrevista, con el almirante, sin duda para hacerle comprender la perseverancia de una amistad que, lejos de disminuir, adquiriría mayores proporciones a despecho de las advertencias recibidas directa o indirectamente contra esa amistad.

Supliqué inútilmente a Su Majestad que no me expusiese a algún nuevo insulto del Príncipe napolitano; pero la Reina me manifestó que aquella era su voluntad, y que a la primera palabra equívoca que profiriese el almirante, este sería arrestado.

Pero desde un principio se pudo ver que en tal ocasión no había que temer nada de Caracciolo. En el noble semblante del Príncipe se retrataba la expresión del más profundo respeto.

—Señora —dijo inclinándose—, el Rey acaba de comunicarnos el desastre del ejército de tierra; pero, afortunadamente, la fiel marina está intacta. No soy llamado a dar un consejo a Vuestra Majestad; sin embargo, si Vuestra Majestad me dispensa el

honor de consultarme, se lo daré, y ese consejo será que abandone sus Estados de tierra firme y vaya a refugiarse en Sicilia.

—Esa es mi intención, señor —dijo la Reina.

—Entonces —repuso Caracciolo inclinándose por segunda vez—, suplicaría a Vuestra Majestad que honrase a la *Minerva* embarcando a su bordo para el transporte. La *Minerva* es el mejor velero de la escuadra napolitana, y, dado el estado en que la batalla de Aboukir ha puesto a la flota inglesa, nuestros barcos podrían luchar en velocidad y seguridad con los de lord Nelson. Estamos en mala época para la navegación; conozco nuestros mares, y hasta nuestras tormentas; nadie mejor que yo, pues, podría responder de la vida de Vuestra Majestad y de su augusta familia. En pocos días la fragata puede ser preparada de modo que Vuestra Majestad se encuentre cómoda y dignamente en ella.

La Reina saludó en señal de gratitud.

—Inútil decir —continuó Caracciolo—, que si, conforme es probable, *lady* Hamilton y *sir* Guillermo juzgan oportuno acompañar a Vuestra Majestad, será para mí un gran honor recibirlos a bordo de mi buque, honor que solo podría compararse con el de recibir a Vuestra Majestad.

Todo esto era dicho en un tono tan digno, tan noble y respetuoso, que la Reina no pudo resistirlo, y tendió la mano al almirante.

—Señor —le dijo—, llegada la ocasión, no olvidaré su ofrecimiento, y por lo pronto, le doy las gracias en mi nombre y en el de *lady* Hamilton. ¿Tiene usted algo más que decirme, o se le ofrece algo?

—Tengo que decir a Vuestra Majestad que me considere su más fiel servidor y que pongo a sus pies mis respetuosos homenajes.

Y saludando de nuevo a la Reina y a mí, el almirante salió de la habitación, dando muestra del admirable tacto con que sabía hermanar la dignidad de su persona con la veneración debida a la majestad de la Reina.

María Carolina le siguió con la vista.

—Esta prueba de respeto y fidelidad —me dijo—, me impresiona más aún por ti que no por mí; pero hubiese preferido no haberla recibido.

Volvimos al gabinete donde habíamos dejado a *sir* Guillermo y lord Nelson.

Nelson parecía visiblemente contrariado, y como la Reina no hablaba de su entrevista con Caracciolo y él no se atrevía a interrogarla:

—Señora —le dijo—, espero que Vuestra Majestad no olvidará que el primero a quien usted se ha dirigido, he sido yo, y que también soy yo el primero que se ha puesto a su disposición.

—Esté usted tranquilo, mi querido almirante —respondió la Reina.

—Así, pues —repuso Nelson—, tengo de Vuestra Majestad la promesa de que ningún barco sino el que yo mando tendrá el honor de conducirla a Sicilia.

—Usted lo ha dicho —contestó la Reina—; pero esa promesa no nos obliga sino a mí, a *sir* Guillermo y a *milady* Hamilton. No conozco las intenciones del Rey ni me

propongo influir en ellas.

Nelson se inclinó.

—¿Vuestra Majestad me permitirá obrar en consecuencia?

—Como a usted le parezca, y tenemos la seguridad de que sus disposiciones habrán de redundar en bien nuestro.

—Pediré a la Reina permiso para escribir dos o tres cartas de cuyo contenido Vuestra Majestad se dignará enterarse.

En una mesa aparte preparé plumas, papel y tinta, y con un signo indiqué a Nelson que podía empezar.

Nelson se sentó frente a la mesa, y me hizo señal de que me acercase a leer lo que iba a escribir, que fueron las siguientes cartas:

Confidencial.

Nápoles, 10 de diciembre de 1798.

Mi querido Troubridge: La situación es aquí tan crítica, que deseo que usted se reúna conmigo sin pérdida de tiempo. El Rey ha regresado a Nápoles y todo va de mal en peor. Diríjase usted a este puerto con toda suerte de precauciones.

Recomiende usted a Gages que opere con mucho sigilo y que escriba a Wyndham enviándole instrucciones convenientes a la situación en que nos hallamos.

Todos unen sus saludos a los de su fiel amigo,

HORACIO NELSON.

La segunda carta iba dirigida al capitán Ball, con la misma advertencia de: *Confidencial.*

Nápoles, 10 de diciembre de 1798.

Mi querido Ball: Deseo que me envíe usted directamente el *Goliath* y que dé orden a Foley de no cruzar el faro de Mesina hasta recibir informes. Es muy posible que se encuentre conmigo. La situación de este país es sumamente lastimosa; todos, o casi todos sus habitantes, son unos traidores o pusilánimes. Nada he recibido de Inglaterra; estoy aquí con el *Alcmène* y en compañía de los portugueses.

Su buen amigo,

HORACIO NELSON.

El cúter *Flora* se ha perdido, y no tengo nada que enviarle. ¿Puede usted expedirme el *Incendiare*? Pero, sobre todo, ¡nada de barcos napolitanos! *En la marina, no hay más que traidores*; en una palabra: todo es corrupción^[15].

Se ve, en las palabras subrayadas, despuntar el odio de la marina inglesa hacia la napolitana, y aparecer los primeros síntomas de los celos de Nelson, celos que habían de ser tan fatales para Caracciolo.

Nelson me entregó estas dos cartas que yo pasé a *sir* Guillermo para que este explicase a la Reina los puntos que pudiesen ofrecerle alguna ambigüedad. Nelson

escribía ordinariamente con un laconismo que, en su propia lengua, resultaba algunas veces incomprensible a sus compatriotas, y, por consiguiente, mucho más a los extranjeros.

Mientras la Reina, ayudada de *sir* Guillermo, leía las dos cartas, Nelson permanecía cabizbajo, dando vueltas a la pluma entre sus dedos y como si titubease en escribir una tercera carta.

Por fin, se decidió.

A lord Spencer.

Nápoles, 10 de diciembre de 1798.

Mi querido lord: Permítame usted que en dos palabras le ponga al corriente de lo que acaba de suceder.

El ejército napolitano ha sido completamente derrotado por los franceses, y los fugitivos no tardarán en ser rechazados hasta Nápoles por los vencedores. En estas lamentables circunstancias, la Reina me ha obligado a darle palabra de no abandonarla en tanto no vuelvan días más felices. El Rey ha llegado anoche, portador de su propio desastre. Parece que ha sido perseguido tan de cerca, que se vio precisado a cambiar de indumentaria con uno de sus chambelanes. El peligro, según se desprende, fue real.

Espero, pues, que el Almirantazgo no verá inconveniente en que yo continúe junto a la Reina, a quien, conforme dejo dicho, he empeñado mi palabra. Ayúdeme usted, con su alta influencia, a sostenerla, aun en el supuesto de que, empeñándola, hubiese yo cometido una imprudencia. Así que se reciban noticias más completas, se las comunicaré.

Respetuosamente, quedo su fiel servidor,

H. NELSON.

Estas tres cartas preveían todos los acontecimientos posibles. La Reina dio las gracias a Nelson, y, una vez tomadas estas primeras disposiciones, quedamos todos más tranquilos.

El consejo del Rey no había llegado todavía a ningún acuerdo. Al fin y al cabo, no se sabía sino que el ejército napolitano había sido derrotado y puesto en fuga. Con todo, se redactó una proclama cuyos términos ambiguos disimulaban torpemente la verdad de los hechos, y que fue inmediatamente fijada en todas las paredes.

Habían llegado a Nápoles sordos rumores del suceso; la noticia, en toda su extensión, estalló como una bomba.

El general Mack había dicho la verdad: no existía ya el ejército napolitano, no precisamente por sus pérdidas sobre el campo de batalla, que apenas si llegaban a mil hombres, sino por haberse dispersado al primer choque y evaporado como humo. Nada impedía, pues, a un enemigo imprudentemente provocado, un enemigo llamado impío, cruel, profanador de la religión, perseguidor de sus ministros; nada impedía a ese enemigo invadir el reino y entrar en Nápoles.

El Rey lo sabía tan bien, que, renunciando a defenderse con las armas materiales, puso su causa en manos de Dios, ordenó rogativas en las iglesias para aplacar la cólera celeste, e invitó a los curas y a los monjes más renombrados por su elocuencia a subir al púlpito para excitar al pueblo a defender a capital.

LXXXIV

Fácilmente se comprenderá el efecto que en la ciudad y en las poblaciones rurales produjo la proclama del Rey y las predicaciones de curas y monjes.

Al hablar de los arrestos de jacobinos y de las ejecuciones de Manuel de Deo, Gagliani y Vitagliano, ya he dicho cuál era el espíritu de las clases media y superior de Nápoles; pero la clase formada por los *lazzaroni*, que era la más numerosa, pues acaso se elevaba a cien mil almas, estaba por el Rey, y miraba a los franceses como gente impía, herética y excomulgada.

La proclama del Rey era simplemente un llamamiento al pillaje; y el pillaje es, por decirlo así, una cosa nacional en los Abruzos y en la Tierra de Labor. Cada uno empuña el fusil, el hacha, o el cuchillo, y se pone en campaña, sin otro objeto que la destrucción, sin otro móvil que el latrocinio, secundando a su jefe sin obedecerle, siguiendo su ejemplo, pero no sus órdenes.

Masas compactas habían huido ante los franceses; hombres sin organización marcharon a su encuentro. Un ejército había desaparecido; un pueblo surgía del seno de la tierra.

Respecto a la capital, reinaba en ella una confusión espantosa. Una clase entera de la sociedad, la *mezzo ceto*, los que de por sí se llamaban patriotas y eran por los demás llamados terroristas, jacobinos, no salían de sus casas, por no exponerse al furor del pueblo.

En las plazas, en las avenidas, en los mercados se reunían enormes grupos para escuchar la palabra de los monjes que, con un crucifijo en la mano, arengaban al pueblo en lo alto de púlpitos improvisados.

Allí se improvisaban también los jefes de aquellas muchedumbres, los cuales se ponían a la cabeza de los *lazzaroni* que recorrían las calles de Toledo, Chiaïa y Santa Lucía, gritando: «¡Viva el Rey!». «¡Mueran los jacobinos!». «¡Mueran los franceses!». A su paso, se cerraban todas las puertas y balcones. Durante la noche, como estábamos en diciembre y el tiempo era frío y lluvioso, se encendían grandes fogatas, y alrededor de ellas, se esperaba el nuevo día bebiendo, cantando, vociferando.

La Reina miraba frecuentemente por las ventanas, y, contra su voluntad, se asustaba de aquella tempestad que ella había contribuido a desencadenar, ignorando si el mismo trono no vacilaría a su soplo devastador.

Con todo, viendo esta efervescencia popular y ante las noticias que llegaban de la provincia, el Rey cobraba ánimos, y dejaba entrever la posibilidad de organizar la resistencia y poder esperar a los franceses.

Los campesinos continuaban haciendo milagros de fanatismo, y los oficiales prodigios de cobardía.

Tchudy, un viejo coronel suizo que mandaba en Gaeta, había abierto las puertas de esa plaza, por más que era considerada inexpugnable.

Citivella-del-Tronto, fortaleza situada en la cumbre de una montaña inaccesible, estaba defendida por un español de cuyo nombre no me acuerdo; después de diez horas de sitio, su defensor se rindió prisionero de guerra con toda la guarnición.

Si gobernador del fuerte de Pescara ni siquiera esperó a que el cerco se estableciese: se rindió a las primeras demostraciones de hostilidad.

Pero, en desquite, los campesinos incendiaban, destruían todo lo que encontraban a su paso; mataban, asesinaban a cuantos enemigos caían en su poder. Se apoderaron de la ciudad de Teramo, reconquistada a los franceses. Una multitud de voluntarios procedentes de Tierra de Labor recorrían la línea del Garellano rompiendo los puentes, emboscándose en los caminos, asesinando a los mensajeros, y hasta llegaron a destruir pequeños destacamentos de soldados.

Por otro lado, si Gaeta, Civita del Tronto y Pescara se habían rendido, Capua, en cambio, se mantenía firme, y Macdonald había sufrido un revés y Duhesme sido herido gravemente; el general Mauricio Mathieu fue también herido, y hecho prisionero el coronel de Arnaud; el general Boisregard resultó muerto, y Championnet abandonó la Tierra de Labor pronunciando los nombres de Fra-Diavolo y Mammone, que más tarde debían ser tristemente célebres.

El prestigio se derrumbaba. Si los franceses eran invencibles, al menos no eran invulnerables.

También se decía que la escuadra francesa se concentraba alrededor de Capua, no con el propósito de atacar la plaza, sino para preparar una retirada honrosa.

Todas estas noticias infundían confianza a los napolitanos. Fernando era tan querido, que el pueblo llegaba hasta a olvidar la ojeriza que le inspiraban la Reina y Acton. Aquella precipitada fuga acrecentó el amor que los *lazzaroni* sentían por su Rey.

Además, se aseguraba que aún quedaban cuarenta mil hombres a las órdenes de Mack y Damas; que Naselli podía reforzar aquel contingente con ocho mil o diez mil hombres de Toscana; que las partidas armadas de la campiña llegaban a unos quince mil. Todas estas fuerzas reunidas formaban un total de unos sesenta y cinco mil hombres, apoyados por una ciudad de quinientos mil habitantes y por la flota anglo-portuguesa y napolitana.

Era imposible que una masa tan formidable no llegase a aniquilar fácil y rápidamente el exiguo número de diez mil o doce mil hombres, a que ascendían las fuerzas francesas.

Pero de todos modos no se tranquilizaba Carolina. Tanto ella como Acton medían en toda su extensión el odio que ambos inspiraban a los napolitanos. El miedo se había apoderado también de Castelcicala, Vanni y Guidobaldo, que se consideraban constantemente amenazados y temían ser objeto de secretas venganzas; por lo cual eran partidarios de la proyectada fuga.

Nelson, que respondía de todo en Sicilia, no podía responder de nada en Nápoles. Pero, si el Rey se quedaba en Nápoles, nadie se atrevería a salir de la ciudad.

Era, pues, preciso decidir al Rey por medio de algún espectáculo terrible que produjese en su espíritu una impresión honda y le obligase a huir de Nápoles.

Si hubo crimen en el suceso que voy a narrar (lo que ignoro), ese crimen fue obra de la Reina y de Acton.

En otro lugar he dicho algo del estorbo que Ferrari causaba, y se recordará que Ferrari era el mensajero que llevó al Rey una carta falsificada. Si Fernando llegaba a saber la verdad de lo ocurrido y que había sido engañado, su cólera podía adquirir grandes proporciones.

El día 19 de diciembre llegó un despacho de Viena, y la Reina, siempre en acecho de lo que ocurría, lo interceptó. Si aquel despacho hubiese llegado a manos del Rey, lo descubre todo.

En efecto, el emperador escribía a su sobrino que, habiendo procedido prematuramente, había traicionado la causa de Europa y le decía, además, que merecía ser abandonado a su suerte.

Aquello fue la sentencia de Ferrari, cuya muerte se imponía para espantar al Rey.

Creo haber hablado de un tal Pascual de Simone que la Reina tenía a su servicio, y al que llamaban el esbirro de la Reina.

Recibió, según se dice, cinco mil ducados con orden de repartir parte de ellos entre el pueblo, y singularmente entre la gente del muelle.

Se trataba de deshacerse de un hombre que Pascual Simone señalaría al populacho, designándole como jacobino.

El 20 de diciembre, sobre las diez de la mañana, Ferrari salió de palacio para llevar a Nelson un billete del capitán general.

Pascual de Simone le aguardaba en la calle del Piliero, frontera del muelle.

Por medio de un signo dio a entender a los marineros que aquel era el hombre en cuestión.

Los marineros respondieron con otro signo, indicando que habían entendido.

Ferrari, sin la menor desconfianza, saltó a una barca y ordenó a dos marineros que la tripulaban que remasen con dirección al navío de Nelson.

Los remeros pidieron que les pagase por adelantado.

Ferrari les dio cuatro carlinos; era pagarles con esplendidez.

Los marineros exigieron un peso fuerte.

—¡Cuidado con lo que hacéis! —dijo—; yo soy un correo de Su Majestad.

—¡Tú! —repuso uno de los marineros, animado por un signo de Pascual de Simone—. Te conocemos; tú eres un jacobino.

Apenas fue pronunciada esta palabra, brillaron veinte cuchillos, y el desgraciado cayó materialmente acribillado, cosido a puñaladas...

El día antes había habido una grande manifestación.

Una inmensa muchedumbre se reunió en la plaza del Palacio, gritando: «¡Mueran

los jacobinos!» y pidiendo sus nombres para asesinarlos a todos.

El Rey se asomó al balcón y dio gracias al pueblo. Luego, envió al príncipe Pignatelli con encargo de ponerse al habla con los directores de aquel movimiento popular y decirles que la partida del Rey no era aún una cosa resuelta, y que si el pueblo le daba palabra de apoyarle, no se movería de Nápoles.

Y el pueblo gritó:

—¡Por Dios y por el Rey, estamos dispuestos a hacernos matar desde el primero al último!

Esta demostración era lo que tan vivamente había impresionado a la Reina y a todos los del partido de la evasión.

Al día siguiente, a la misma hora, el Rey percibió el mismo sordo rumor de la multitud, y se asomó al balcón.

La ola popular avanzaba rodeando un objeto informe que el Rey procuraba en vano distinguir.

Solo se oían los gritos:

—¡El jacobino, a muerte el jacobino!

Entonces, el Rey sospechó que aquella masa informe, sangrienta, podía ser el cuerpo de un hombre. Pero, en tal caso, había forzosamente de ser el cadáver de un enemigo; y el rey Fernando participaba un tanto del parecer del rey Carlos IX, que decía ante el inanimado cuerpo del almirante: «El cadáver de un enemigo nunca puede ser cosa mala». Así que, recibió a las turbas con su habitual sonrisa. Pero, cuando estas dejaron el cadáver a sus pies, en medio del arroyo, el Rey lanzó un grito de terror y se echó atrás, desplomándose sobre un sillón, tapándose los ojos con ambas manos.

En aquellos mutilados despojos había reconocido a Ferrari.

La Reina esperaba ese momento. Entró, cogió al Rey por el brazo y, casi a la fuerza, le condujo a la ventana.

—Mirad —le dijo— cómo empiezan por nuestros servidores; mañana lo harán con nosotros. ¡Esta es la suerte que está reservada a vos, a mí, a nuestros hijos!

—¡Disponed la marcha! —exclamó Fernando, cerrando la ventana y refugiándose al fondo de sus habitaciones. La partida estaba ganada.

LXXXV

No bien quedó tomada esta decisión, la Reina escribió a Nelson, que acudió a palacio con su acostumbrada diligencia.

Le anunció oficialmente su partida, cuya fecha no se había señalado aún.

Se acordó que la familia real saldría de Nápoles sin enterar a nadie de su huida.

La Reina se dirigió a Nelson, y no a Caracciolo, por dos razones: la primera, probablemente, por la antipatía que le inspiraba el Príncipe napolitano, aunque reconocía la nobleza de su carácter; pero la otra, la principal, era que Carolina no quería que un napolitano supiese las riquezas que se llevaba consigo, por temor de que la cosa trascendiese a la ciudad.

El embarque de los objetos más valiosos debía efectuarse la misma noche, por lo que Nelson envió en el acto la siguiente orden al capitán Hope, comandante del *Alcmène*:

A las siete y media en punto se encontrarán en la Victoria tres barcas y el pequeño *cúter* de la *Alcmène*. Su tripulación deberá llevar solamente armas blancas. Una sola barca atracará al muelle. Las barcas saldrán de la *Alcmène* a las siete, a las órdenes del comandante Hope. *Los arpeos irán en las chalupas.*

Las chalupas del *Van-Guard* y de la *Alcmène*, armadas de grandes cuchillos, con sus respectivas carronadas, al mando del capitán Hardy, que partirá a las ocho y media en punto con rumbo al *molo Sigilo*.

Cada chalupa llevará de cuatro a seis soldados.

En caso de necesidad, se pedirá auxilio por medio de luces.

H. NELSON.

El punto de reunión se señaló en el muelle de la Victoria por estar frente a la embajada de Inglaterra; y yo, sin llamar la atención, podría llevar o hacer llevar las joyas de la Reina que Su Majestad debía enviarme el mismo día encerradas en tres cofrecitos.

Pero, como se quería llevar también todos los objetos de arte, estatuas y cuadros que se pudiesen reunir, era preciso encontrar otro punto de comunicación.

Una vieja tradición del palacio decía que existía en el castillo un subterráneo que comunicaba con el mar. Se trataba de descubrirlo.

La misma tradición aseguraba que ese subterráneo no había sido abierto desde el tiempo de la dominación española.

La Reina llamó al más antiguo de los sirvientes de palacio; era un hombre de ochenta años; había nacido en 1714, y tenía veintiún años cuando el rey Carlos III fue nombrado rey de Nápoles.

Antiguamente había sido cerrajero de palacio, y ahora, retirado del servicio, cobraba una pensión. Su hijo, de cincuenta y ocho años, le había reemplazado y desempeñaba el mismo cargo en el castillo.

El viejo prometió encontrar el pasaje con la ayuda de su hijo, de quien respondía como de sí mismo. Hasta donde podía recordar, ese pasaje tenía una anchura de una toesa y su alto era de ocho a nueve pies.

Así que, las estatuas y los cuadros podían ser llevados por aquel conducto.

El viejo recibió orden de ponerse a buscar el subterráneo y de advertir a la Reina en seguida que hubiese sido encontrado.

Media hora después vino a decir que la puerta interior había sido reconocida por él; su hijo esperaba instrucciones de la Reina para abrirla, pues se ignoraba qué había sido de la llave.

La Reina no quería confiar a nadie la exploración del subterráneo; su presencia hubiese dado demasiada importancia a la operación, de la que me encargué yo. Provistos de antorchas, bajé tras el viejo.

El subterráneo tenía comunicación con las bodegas del castillo; la puerta estaba oculta por un montón de barricas vacías y polvorientas, allí hacinadas hacía tres cuartos de siglo.

Ordené a un cerrajero abrir la reja, lo cual no se hizo sin alguna dificultad, por estar los goznes y la cerradura enmohecidos.

Con todo, la puerta cedió.

En el momento de entrar en aquel pasaje oscuro y pestífero, me faltó el valor; parecíame que estaba habitado por toda clase de reptiles.

Me interné, sin embargo, con el más joven de los hombres. El viejo se quedó a guardar la puerta.

El subterráneo era tortuoso, por lo que su longitud resultaba doble; el ambiente era húmedo y de la bóveda caían gotas de agua helada.

El vuelo de algunos murciélagos me dio a entender que el extremo opuesto no estaba lejos.

A pesar del horror que me infundía aquel lúgubre revoloteo, continué avanzando, y pronto distinguí la claridad del día.

Conforme habían dicho, la abertura opuesta daba al mar, y el muelle, ancho de doce o quince pies a lo sumo, permitía transportar fácilmente a bordo de las chalupas que debían atracar, todos los objetos que fuere menester.

Aquella misma noche se podía empezar el traslado bajando las cajas a las bodegas.

Subí a anunciar esta buena noticia a la Reina, la cual me dijo que, en mi caso, se habría muerto de miedo, dado el horror profundo que sentía por los murciélagos.

Y, en efecto, debido al horror de la Reina por esos mamíferos, la familia real no aprovechó, para su evasión, aquel nuevo camino del que era yo, si no el Cristóbal Colón, a lo menos el Vasco de Gama.

Todo el día se empleó en hacer cajas y guardar en ellas todo lo que pudo sacarse del Banco, del Monte de Piedad y de otros establecimientos públicos.

Desde el jueves día 19, empezaron en el *Van-Guard* a preparar los camarotes

destinados a los Reyes y real familia. En la noche del jueves al viernes fueron transportadas a bordo las primeras cajas.

El conde de Thurn fue encargado de ese traslado, en el que, como he dicho ya, no se quería ocupar a ningún napolitano.

El viernes se pasó en la misma ocupación, que desempeñaba con toda la cautela posible, porque los tumultos continuaban y a cada instante acudían a la plaza grupos de *lazzaroni* gritando «¡Viva el Rey! ¡Mueran los jacobinos! ¡Mueran los franceses!».

La partida se fijó para la noche del 21 al 22. El Rey no quería embarcarse en viernes; pero la Reina, temiendo que su marido cambiase de resolución, insistió, hizo burla de su superstición, y consiguió que se embarcase la misma noche.

El 20, el almirante Caracciolo había recibido orden de estar preparado para escoltar al *Van-Guard*, y se lo dio a entender que la Reina, la familia real, *sir* Guillermo Hamilton y yo embarcaríamos en el *Van-Guard*, pero que el Rey haría el viaje en la *Minerva*; lo cual habría conciliado todo y no hubiese hecho del almirante napolitano un enemigo.

El 21, a mediodía, Nelson recibió aviso de que la partida sería por la noche, y, en consecuencia, dio sus órdenes al conde de Thurn.

Escribió, además, al marqués de Nizza y al capitán Hope nos cartas que tenían por objeto advertirles que debía ser volado todo buque de la marina napolitana que pudiese convertirse en enemigo cayendo en poder de los franceses o pasándose al bando de los patriotas.

Fácil, es comprender la agitación que reinó en palacio durante aquel infausto día viernes. La Reina, que había precipitado la partida, lloraba de despecho y estaba a punto de revocar la orden.

El príncipe Pignatelli fue nombrado vicario general del reino. Se recibió una carta de Mack anunciando su venida a Nápoles para poner a la plaza en estado de defensa; se dejó para él una credencial de lugarteniente general del reino.

El Príncipe preguntó hasta dónde se extendían sus poderes.

—¡Hasta incendiar a Nápoles! —respondió la Reina—. Tiene usted derecho de muerte y vida sobre el *mezzo ceto* y la nobleza; aquí, lo único bueno, es el pueblo.

A las diez de la noche toda la familia real se reunió en el departamento de la Reina; además, estábamos *sir* Guillermo, yo, el embajador de Austria y su familia. El Rey manifestó deseos de llevar en su compañía al cardenal Ruffo; pero la Reina, que odiaba al prelado, se opuso.

Así, pues, el cardenal embarcó en la *Minerva*.

El almirante Caracciolo supo por conducto del cardenal, que en tal ocasión se le había privado del honor de conducir al Rey. Su orgullo de Príncipe y su patriotismo de napolitano recibieron una cruel herida. Su primer impulso fue enviar en el acto su dimisión al Rey; pero Ruffo le convenció en el sentido de que cumplierse con su deber hasta el fin y solo presentase la dimisión en llegando a Palermo.

A pesar de las muchos precauciones que se tomaron, corrió por la ciudad el rumor

de la partida del Rey. Es preciso conocer a Nápoles para formarse una idea del tumulto que se promovió durante todo el día en los alrededores de palacio.

En Nápoles, los gritos de amor se asemejan tanto a gritos de odio, que bien se hubiese podido creer que todo aquel pueblo que temía perder a su Rey estaba reunido con ánimo de sacrificarlo.

A las diez y media, el conde de Thurn aparejó las chalupas al pie de la escalera conocida con el nombre de escalera *del Caraco*, y subió para abrir la puerta de la escalera principal que da a los departamentos regios, pero al intentar abrir la puerta de esos departamentos, el conde de Thurn había perdido la llave en la cerradura, de suerte que fue preciso derribar la puerta.

El Rey se puso a la cabeza de la comitiva, llevando una bujía en la mano; pero, al llegar a mitad de la escalera, percibió un ruido, y temiendo ser visto, apagó la luz. Nos encontramos en una espantosa obscuridad, y nos vimos obligados a caminar a tientas a través de las tinieblas.

El mar estaba muy agitado, por lo que no nos atrevimos a salir del puerto. Esperamos en las barcas, abrigándonos con nuestros chales y nuestras mantas. Las Princesitas sentían verdadera hambre, pues en palacio habíanse olvidado de darles de cenar. Un marinero tenía anchoas, que las pequeñas Princesas comieron sin pan. Cuando el mar se hubo calmado un tanto, nos dirigimos hacia el *Van-Guard*. Llegamos al navío almirante un poco antes de las doce de la noche.

No obstante las disposiciones tomadas por lord Nelson, el Rey y la familia real no se encontraban con holgura en el *Van-Guard*. Diez personas habían invadido el camarote del almirante y el cuarto de los oficiales, sin contar entre ellas a *sir* Guillermo, ni a mí, como tampoco al embajador de Austria y su esposa.

Esas diez personas eran el Rey, la Reina, el Príncipe heredero, su mujer, el pequeño Príncipe, hijo de los dos últimos y recién nacido, el joven príncipe Leopoldo, el príncipe Alberto, María Cristina, María Amelia y María Antonia.

El descontento del Rey era visible. Hubo un momento en que pensó trasladarse al buque de Caracciolo; pero la Reina se opuso formalmente a que el Rey se separase de su familia.

Amaneció el día con una fresca brisa que, por desgracia, era contraria. Desde el *Van-Guard* se oían los clamores de la ciudad a manera de rugidos de una gigantesca fiera.

Efectivamente, el pueblo acababa de saber que, a pesar de sus promesas, el Rey lo había abandonado, y por medio de carteles fijados en todas las esquinas, plazas y encrucijadas, se anunció que el príncipe Francisco Pignatelli había sido nombrado vicario general con poderes ilimitados, y Mack capitán general del desbaratado ejército, y que el ministro Simonetti dejaba la cartera de Hacienda para cederla al banquero Zurlo.

Todos estos nombramientos quedaban hechos por decreto fechado el día antes y escrito íntegramente por el mismo Rey.

Se comentaba la respuesta de la Reina al príncipe Pignatelli que preguntó a Carolina hasta qué punto alcanzaban sus poderes: «¡Plasta incendiar a Nápoles!».

En los muelles hormigueaba un gentío inmenso; pero el mar estaba demasiado picado para que ningún barco se atreviese a correr el peligro de dejar su fondeadero. Veíanse grupos que sin ningún género de duda eran comisiones; pero, esos grupos, después de haber permanecido estacionados a orillas del mar, desaparecían uno tras otro, ante la negativa de los barqueros que eran solicitados para conducirlos al baque almirante, en cuyo mástil ondeaba el pabellón real.

Durante la noche, el viento amainó, pero sin dejar de ser contrario. Al amanecer, la multitud volvió a inundar los muelles. Miles de pechos prorrumpieron en grandes aclamaciones dirigidas a la flota inglesa, esperando probablemente que el Rey cambiaría de resolución. Y habiendo las aguas del mar recobrado su calma, vimos embarcar a los comisionados y venir con dirección al *Van-Guard*.

Había una comisión representante del clero, capitaneada por el arzobispo Capece Zurdo; otra de magnates del reino, y otra que traía la representación de la magistratura y de la municipalidad. Venían a suplicar al Rey que no partiese y se comprometían a defenderle hasta el último extremo.

Pero el Rey no pudo recibir a nadie, excepto al cardenal arzobispo de Nápoles; mostrose inflexible en su resolución.

Monseñor Capece Zurdo insistió inútilmente.

—Monseñor —de dijo—, la tierra me ha traicionado; voy a ver si el mar me será más fiel.

El arzobispo salió del *Van-Guard* con el corazón traspasado de dolor, y manifestando que le era imposible adivinar lo que Nápoles haría entregada a sí misma.

—¡Oh! —murmuró la Reina—, si usted no sabe lo que Nápoles hará, en cambio sé muy bien lo que haré yo, si algún día vuelvo a poner el pie en su suelo.

LXXXVI

Sobre las cinco volvió a soplar el viento; aparejamos, y a las siete se levó el ancla. Emprendimos la marcha acompañados de la fragata *Minerva* y diez o doce barcos mercantes.

Pero apenas hubimos doblado Capri, se desencadenó una furiosa tormenta. Diríase que, infiel como la tierra, también el mar quería traicionar al Rey; todo aquel día, que era un lunes, se dedicó a luchar contra el líquido elemento. La noche fue terrible; los tres mástiles de juanete y el bauprés se rompieron. Muchas veces creímos que el barco se iba a destrozarse. Crujía de un modo espantoso.

Difícilmente podrá formarse una idea del estado en que se encontraba la familia real. El Rey, loco de terror, se encomendaba a todos los santos, y singularmente a San Francisco de Paula, a quien parecía tener, en aquella circunstancia, particular devoción, prometiéndole, si le salvaba, una iglesia tan soberbia como la de San Pedro de Roma. De su familia, no hablaba. Las jóvenes Princesas estaban muertas de cansancio y muy mortificadas por el mareo; el Príncipe heredero parecía tan abatido como su padre; la princesa Clementina sonreía maliciosamente al cielo. La Reina estaba sombría y como absorta en su pensamiento.

De vez en cuando, Nelson, que permanecía en el puente para velar por la seguridad de sus ilustres pasajeros, bajaba a decirnos una palabra que nos infundiese ánimo, a la que solo yo respondía con un signo de mano o una mirada; y como no era otra cosa lo que él venía a buscar, en habiéndola obtenido, nos dejaba de nuevo para volver a su puesto.

En las primeras horas de la mañana el tiempo abonanzó. Nelson nos dijo que, a su parecer, habría dos horas de tregua, y que si queríamos subir un instante al puente, seguramente nos sentaría bien un poco de aire puro. Además, se aprovecharía ese momento para poner algún orden en los camarotes.

El Rey, que había pasado casi toda la noche orando de rodillas, respiró y nos dio el ejemplo cogiéndose del único brazo de Nelson y subiendo con él a cubierta. La Reina le siguió; viendo yo que se adelantaba hacia la escalera sola y tambaleando, me apresuré a sostenerla. Nelson volvió a bajar con el capitán Hardy, a fin de dar el brazo a la Princesa real y a las Princesitas. En cuanto al Príncipe heredero, se sentía más abatido que ninguno de nosotros. El más joven de los hijos de la Reina se quedó en su hamaca, imposibilitado de hacer ningún movimiento.

El puente del *Van-Guard* ofrecía un espectáculo no menos confuso que el de nuestros camarotes. Los marineros aprovechaban el momento de tregua para reparar los graves desperfectos causados por el temporal, y se apercebían a luchar contra el mal tiempo que se avecinaba.

El Rey, apoyado en un parapeto del barco, miraba con ojos codiciosos la fragata

del almirante Caracciolo que navegaba a babor nuestro y parecía un barco encantado. No había recibido el menor daño, ni en sus mástiles ni en su velamen.

—Ved, señora —dijo el Rey a Carolina, señalando con el dedo en dirección a la *Minerva*.

—¿Y qué? —le preguntó la Reina.

—¿Y qué?... que vos sois causa de que yo esté en este barco en vez de estar en aquel.

—Felizmente —repuso la Reina—, el almirante no entiende el italiano. Os felicito por eso.

—¿Por qué?

—Porque, a mi ver —dijo Carolina—, hay bastante con que haya embarcado en su navío a un rey cobarde; y sería doblemente sensible si llegase a percatarse de que embarcó a un rey ingrato.

Y esto diciendo, volvió la espalda a su marido.

—Todo lo ingrato que queráis —replicó el Rey—; pero no es menos cierto que yo preferiría verme en la fragata de Caracciolo y no en el *Van-Guard*.

Vinieron a decirme que el pequeño Príncipe, que estaba en la hamaca, me llamaba.

Me apresuré a bajar.

Era un niño de seis años llamado Alberto; su madre lo quería medianamente. El verdadero amor de Carolina era por su segundo hijo Leopoldo, de nueve años de edad. De ello resultaba que el pobre Alberto, que instintivamente sentía ese desafecto, se había aficionado a mí, me llamaba su pequeña mamá, y venía a mis brazos siempre que quería evitar un castigo u obtener un favor.

El pobre niño se encontraba, mejor, y me pedía que le subiese a cubierta. A pesar del balanceo del barco, le cogí en brazos y lo llevé a donde deseaba.

El tiempo se encapotó de nuevo y otra vez sopló el viento sudoeste; de modo que el *Van-Guard* estaba obligando a navegar en la dirección del viento. En cuanto a la *Minerva*, parecía que todo le era indiferente, y que el mismo viento contrario le daba alas.

Fácilmente se adivinaba que se preparaba una nueva borrasca.

Nelson nos previno que el plazo acordado por la tempestad había expirado, y que si queríamos bajar a nuestros camarotes, él iría a hacer frente al enemigo.

Dirigí una postrera mirada a la fragata napolitana, cuya superioridad sobre nuestro buque me vi obligada a reconocer, por más que mis sentimientos estuviesen predispuestos en favor de Nelson.

Más fina de proa la *Minerva* que el *Van-Guard*, cortaba las olas con asombrosa facilidad, y, por lo tanto, se balanceaba mucho menos que el navío inglés. En fin, la marcha segura de la *Minerva* justificaba el egoísta deseo del Rey.

Diez minutos después del aviso dado por Nelson, estábamos de nuevo en nuestros camarotes, y la borrasca se cernía por segunda vez sobre nuestras cabezas.

Pasamos así los días martes y miércoles. El jueves se señaló por una sensible desgracia.

Sobre las cuatro de la tarde, el joven príncipe Alberto, mi favorito, fue acometido de convulsiones que por momentos aumentaban de un modo alarmante.

El médico lo asistió solícitamente; pero todos sus esfuerzos resultaron ineficaces. Yo tenía al niño en mis brazos, apretado contra mi pecho, y sentía retorcerse todos sus miembros bajo el aguijón del mal. Dos o tres veces quiso la Reina tomarle en brazos; pero el enfermito agarrábase a mí y no quería dejarme.

La tempestad rugía con más furor que nunca; las olas cubrían la cubierta, el barco se estremecía desde lo alto de sus mástiles hasta la quilla; pero yo no oía nada más que las quejas del pobre niño, solo sentía las convulsiones de aquel cuerpo en la agonía.

Por fin, a las siete de la noche, el moribundo lanzó un grito desgarrador, se retorció entre mis brazos, hizo un esfuerzo para abrazarme y exhaló un suspiro... ¡Era el postrero!

—¡Señora!, ¡señora! —grité casi enloquecida—; el Príncipe ha muerto.

La Reina se acercó a nosotros, miró a su hijo, lo tocó, y se contentó con decir:

—¡Vete, pobre niño! nos precedes en tan poco, que no vale la pena de llorarte.

Después extendió la mano con una expresión que tenía más de Medea que de Niobe.

—Pero si volvemos —añadió—, puedes estar tranquilo: ¡tú serás vengado!

Se habría dicho que la tempestad no esperaba más que esta víctima expiatoria para calmarse; apenas el real niño hubo exhalado el último suspiro, cesó el viento y serenose el cielo.

Solo entonces la familia real se dio cuenta de que acababa de perder a uno de sus miembros.

La que me pareció más afectada, fue la princesa María Carolina Clementina. No gritó ni exteriorizó su dolor; pero, a este grito que se escapó de mi boca: «¡El Príncipe ha muerto!», apretó a su hijo contra su corazón, y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Acosté al pequeño en mi propio camarote, y pasé la noche sentada a su lado.

A las dos de la madrugada oí un gran ruido de herrajes; era que echaban el ancla. Habíamos llegado. Un instante después cesó todo movimiento en el buque.

Habíamos tenido cinco días de terrible travesía, y estábamos 26 de diciembre. Era viernes.

A las cinco, todo el mundo estaba preparado para bajar a tierra; pero yo me quedé junto al pequeño Príncipe para amortajarle.

El Rey, la Reina, los hermanos y las hermanas del muerto, aceptaron, sin tener que insistir mucho, que yo les relevase de ese cuidado. Dijeron que aquel mismo día mandarían a recoger el cadáver para exponerlo en la capilla de palacio, y Nelson se encargó de mandar hacer el ataúd por el carpintero del buque.

La familia real, Acton, *sir* Guillermo Hamilton, los ministros Castelvicala, Belmonte y Fortinguerra bajaron a las chalupas y se dirigieron hacia la Marina, donde su desembarco fue saludado por los burras de la tripulación del *Van-Guard*, subida a las vergas. No funcionó el cañón, porque estábamos en el muelle.

Nelson se quedó a bordo.

Sobre el inanimado cuerpo del pobre niño cuya madre reemplazaba yo, Nelson me juró un amor al que nunca fue perjuro.

A las dos de la tarde el cadáver quedó colocado en su ataúd, y vinieron a decirnos que el coche fúnebre esperaba en el desembarcadero.

Los marineros lo bajaron a la canoa del almirante; Nelson y yo nos sentamos a su lado, cual debían hacerlo su padre y su madre, y los tripulantes del esquife empezaron a remar hacia el muelle.

El féretro fue llevado al coche mortuario; un carruaje de la Corte nos esperaba; subimos en él, y seguimos lentamente por las dos calles principales de Palermo, las vías de Toledo y Maqueda, y llegamos al palacio real, antiguo palacio de Roger.

El cuerpo se depositó en la capilla bizantina donde debía quedar durante tres días, y solo entonces pedí que me acompañasen al departamento de la Reina.

Nelson mandó que le acompañasen al del Rey.

Encontró al Príncipe muy preocupado, no por el descalabro del ejército, no por los progresos de la Revolución, no por la próxima entrada de los franceses en Nápoles, sino por dos cosas no menos importantes.

¿Había caza en la Ficuzza? ¿Cuáles serían, por la noche, las parejas que jugarían con él al revesino?

¡Hacía más de dos meses que el Rey no cazaba, y más de ocho días que no había hecho su partida de revesino!

Le acompañaban sus jugadores habituales: el duque de Ascoli, el príncipe de Castelvicala, el príncipe Belmonte; pero el Rey gustaba cambiar de fisonomías.

Ruffo no jugaba; por otra parte, la Reina sentía por él una antipatía tan extremada, que Fernando acabó por renunciar a recibirle en la intimidad de la familia. Si tenía necesidad de hablarle de política o consultarle algún acto de gobierno, le escribía dos líneas ordenándole que se presentase.

Vivía en Palermo un hombre que era gran jugador y cazador, que reunía precisamente las dos condiciones solicitadas por el rey Fernando y que lo podían ser ofrecidas: una cacería en el feudo de Illice y un compañero infatigable al boston o al revesino.

Ese hombre era el presidente Cardillo.

El Rey profesaba una enemiga invencible a la gente togada; pero el apuro en que momentáneamente se encontraba le puso en disposición de dar vado a semejante ojeriza. Así, pues, mandó que le fuese presentado el presidente Cardillo, que puso a disposición del Rey sus bosques y su jauría.

El Rey, encantado del ofrecimiento, aceptó una cacería para el día siguiente e

invitó al presidente a una partida de naipes aquella misma noche.

Alguien hubo de advertir a Su Majestad que el presidente era el jugador más torpe de toda Sicilia.

El Rey se echó a reír.

—¡Y yo —dijo— que me figuraba ser el peor jugador de mi reino! Conque he encontrado al hombre que me convenía.

El presidente Cardillo no dejó de recibir algunas advertencias encaminadas a que no olvidase que era el Rey con quien tenía el honor de jugar, y recomendándole que se moderase.

El presidente hizo las más halagadoras promesas, y la primera noche la moderación con que se portó fue el asombro de todos, precisamente porque tenían noticia de su carácter irascible.

Una sola palabra se le escapó, y esa palabra le granjeó la simpatía del Rey.

Este, que por momentos esperaba los estallidos de la cólera del presidente, de cuyo violento genio se le había hablado, viendo defraudadas sus esperanzas de entablar una acalorada discusión, consideraba infundados los informes recibidos y ponía al pobre Cardillo en serios aprietos, en tales términos que, olvidando su propio juego, cometió una grave falta.

—¡Cáspita! —exclamó—, soy un asno; podía haber dado el as y no lo he hecho.

—Pues yo —respondió el presidente—, soy aún más asno que Vuestra Majestad; porque podía haber dado la sota de oros, y se me ha quedado entre las manos.

El Rey prorrumpió en una risotada; la respuesta le había recordado la franqueza de sus buenos *lazzaroni*. A partir de aquel momento, el presidente Cardillo le fue altamente simpático, y las cacerías en Tilico no hicieron otra cosa más que arraigar esa simpatía.

Como el revesino era un juego cuya seriedad le restaba atractivos para el elemento frívolo de la Corte, al que yo pertenecía, se estableció para nosotros una banca de treinta y cuarenta.

Siempre había yo tenido pasión por el juego; y en aquella ocasión me entregué a él con furor.

Nelson no jugaba nunca; pero estaba detrás de mí, apoyado su único brazo en el espaldar de mi silla, y hablándome en voz baja de su amor; lo cual a mis ojos imprimía un doble encanto al juego.

¡Ay! ahora que frecuentemente espero con afán una mísera moneda con que poder comer durante la semana, no sin remordimiento me acuerdo de la época en que mis manos arrojaban el oro a puñados sobre aquel tapete.

Y a propósito del que llevaba la banca, es decir, a propósito del duque de S... debo añadir un detalle a estas confesiones que he prometido que sean completas.

El duque de S... era una especie de Casanova, perteneciente a una familia distinguida de Sicilia; era muy conocido en el continente por sus viajes, sus visitas a las principales ciudades, y por sus duelos, que casi todos habían tenido por causa su

extraordinaria fortuna en el juego.

Pero hoy la cuestión no es esa. Yo no sé si, como banquero, el duque de S... era lo bastante escrupuloso en la talla de sus cincuenta, y dos cartas: pero lo que sé es que cada día lucía en el cuello de su camisa un nuevo alfiler o un nuevo brillante en el dedo. Yo era mujer, ese diamante me tentaba. Le pedí que me lo dejase ver de cerca, lo llevé a mi dedo, y supliqué al Duque que me lo cediese. El Duque me lo ofreció con la seguridad de que yo no aceptaría, pero esperando que mi deseo sería satisfecho por la Reina, por Nelson o *sir* Guillermo. En efecto, estaba segura de encontrar al día siguiente en mi tocador el objeto ambicionado por mí la noche anterior.

¿Quién me lo había dado? Ni siquiera trataba de averiguarlo. En aquella, vida de prodigalidades que se deslizaba sobre montones de oro, sin cuidarnos de la precedencia ni del destino de ese oro, ¡qué importaban doscientos o trescientos luisés más o menos!

Y sin embargo, lo he sabido después, aquellas monedas procedían del pueblo, y estaban cubiertas de sudor, cuando no lo estaban de sangre.

En todo caso, puedo responder de una cosa, y es que el duque de S... no hizo malos negocios al desprenderse una tras otra, en mi obsequio, de todas las joyas de su pertenencia.

LXXXVII

El mes de enero transcurrió así; las noticias que se recibían de Nápoles eran desastrosas.

Por lo pronto se celebró un armisticio entre el príncipe Pignatelli, vicario general, y los franceses; pero, habiendo sido este armisticio violado por los *lazzaroni* y olvidado por el vicario, general, los franceses marcharon sobre Nápoles, de la que se apoderaron después de tres días de una lucha encarnizada.

El vicario general se fugó a Palermo.

En fin, el 22 de enero fue proclamada la República partenopea. San Jenaro había realizado el milagro (se dice que mediante el auxilio de Championnet), y el Vesubio había también colaborado en la empresa, pues, al decir de los soldados franceses, una pequeña erupción les permitió engalanarse con el gorro frigio.

El rey Fernando miraba con mucho desafecto a San Jenaro, quien, después de haberse negado a hacer un milagro en su obsequio, lo hizo en pro de los franceses; si bien es verdad que Championnet empleó irresistibles argumentos para decidir al santo.

Por todo lo cual, Fernando destituyó a San Jenaro del grado de teniente general que en su nombre había ejercido el general Mack durante quince días y lo retiró los honorarios correspondientes a dicho cargo.

Pero eso no era todo.

Los jacobinos, mediante sus numerosas relaciones en provincias, laboraban por la causa de la democracia en los Abruzos, en la Tierra de Labor y la Calabria.

Si se conseguía difundir la democracia en Calabria, la Revolución no tenía más que atravesar el estrecho para poner el pie en Sicilia, donde había un buen número de jacobinos que vivían con la esperanza de que, no bien se hubiese alejado la escuadra inglesa, Palermo haría, al igual que Nápoles, una revolución.

El mismo día que se proclamaba la República en Nápoles, o sea, el 22 de enero de 1799, Fernando convocó en Palermo un gran consejo de Estado, con el fin de buscar un medio cualquiera de contener el avance de la Revolución, que caminaba a grandes pasos.

Los horas hacía que se estaba discutiendo sin llegar a ningún acuerdo, cuando un ujier se presentó diciendo que el cardenal Ruffo pedía permiso para entrar en el Consejo y tomar parte en la deliberación.

El cardenal venía simplemente a proponer al Rey que lo pusiese al frente de los reaccionarios calabreses y marchar con ellos sobre Nápoles.

Encerrado, desde su desembarco en Sicilia, en una celda del convento de la Grancia, había meditado mucho tiempo su plan, y no veía el momento de vengarse de la negativa que anteriormente se le había hecho de un cargo militar, para demostrar

que tenía más iniciativa y más valor que todos los generales que habían huido con el Rey para entregarse a las delicias de la caza y del revesino.

Semejante proposición valía la pena de ser tomada en consideración por más que al pronto hubiese sido acogida con dudas y reparos; pero Ruffo, que mantenía activa correspondencia con todos los miembros de su familia y que había enviado cinco o seis mensajeros a Calabria, demostraba con tanta evidencia que aquella provincia solo esperaba su llegada para levantarse, que el Rey dio su aprobación al proyecto del cardenal, y, considerando que no había tiempo que perder para ponerlo en ejecución, prometió a Su Eminencia que de allí a tres días recibiría el nombramiento de vicario general.

Ruffo pidió que, puesto que el Consejo estaba reunido, se redactasen inmediatamente sus credenciales; pero el Rey manifestó que él quería encargarse de la redacción.

Cuando Fernando se expresaba en estos términos, ya se sabe lo que eso significaba: el asunto corría a cargo de su Consejo íntimo, constituido por la Reina, el general Acton y *sir* Guillermo Hamilton.

El Rey volvió muy altivo y satisfecho. Su amigo el cardenal, tan menospreciado por la Reina, ese hombre de iglesia que no era juzgado digno de una modesta plaza en el ministerio de la Guerra o de Marina, acababa de proponer una cosa que incumbía al Príncipe real y de la que este ni siquiera se había formado una sola idea.

Convocó a la Reina, a *sir* Guillermo, a lord Nelson y al general Acton, y les comunicó la proposición de Ruffo.

Todos fueron de opinión que era necesario aceptarla, excepto la Reina, que no aprobaba ni desaprobaba, limitándose a guardar silencio.

Se acordó que al día siguiente por la mañana, Ruffo sería llamado a palacio, y que en su presencia y con sus consejos se discutiría y redactaría el acta de conferirle el título de vicario general.

Aquella misma noche, el almirante Francisco Caracciolo solicitó el favor de ser recibido por el Rey.

Fernando mandó decirle que estaba ocupado en un asunto muy urgente, por lo que no podía recibirle; pero que, en todo caso, formulase sus peticiones por escrito.

Caracciolo contestó dejando su dimisión de gran almirante de la marina napolitana. Además, pedía al Rey permiso para regresar a Nápoles.

El Rey, asiendo la ocasión de desembarazarse del almirante, escribió lo que sigue:

Si accordi; ma sappia il cavaliere Caracciolo che Napoli é in potere del nemico.

Caracciolo no se fijó en el sentido de estas palabras; no vio más que el permiso de salir de Palermo, y con el corazón destilando hiel, se embarcó al otro día por la mañana.

En el momento de su partida, estaba reunido en palacio el consejo íntimo, y Ruffo recibía de manos del Rey, con un manifiesto dirigido a los calabreses, los poderes que

le conferían la vicaría general y le facultaban ampliamente para obrar en nombre y representación de Su Majestad.

Se advirtió al cardenal que, si bien el Rey se había llevado de Nápoles sesenta y cinco o setenta millones, no era posible darle más de tres mil ducados, o sea doce mil francos a lo sumo, para subvenir a los gastos de su proyecto de restauración; pero, una vez en Calabria, podía recurrir al sistema de las contribuciones voluntarias o forzosas para solventar cualquier dificultad de orden económico.

Sin embargo, antes de despedirse del Rey, el príncipe de Luzzi manifestó al prelado, de parte de Su Majestad, que el marqués don Francisco Taccone, tesorero general del reino de Nápoles, acababa de llegar a Mesina con quinientos mil ducados, equivalentes a más de dos millones en papel de la Banca napolitana. Como ese dinero pertenecía al Tesoro público, el Rey lo cedió al cardenal para las atenciones de su expedición. Apresurémonos a decir que ni Ruffo, ni el Rey, ni alma viviente alguna supo jamás de los dos millones en cuestión. Esto no asombrará a quien sepa cuán fácilmente en Nápoles el dinero se pega a las manos de los que lo tocan.

El cardenal no anduvo remiso. El 26 de enero partió para Mesina, y después de haber intentado en vano realizar el cobro de sus quinientos mil ducados, pasó a Calabria, a cuya plaza de Cotrone arribó el 8 de febrero de 1799.

Luego que hubo desembarcado, izó en el balcón de la residencia de su hermano el duque de Bocca-Bella el estandarte real, que representaba de un lado el blasón de las Dos Sicilias, y del otro la cruz, y esta inscripción grabada mil trescientos años antes en el lábaro de Constantino:

¡In hoc signo vinces!

Supimos, al cabo de algunos días, que se le habían reunido un millar de hombres, y que con ellos había emprendido la marcha, hacia Monteleón.

Estas noticias devolvieron la tranquilidad a la Reina y tendieron un segundo velo sobre la tumba del pobre pequeño Príncipe, el velo del olvido.

He dicho cómo transcurrían nuestras veladas: el Rey continuaba regañando al presidente Cardillo, el presidente Cardillo no dejaba de tascar el freno, el duque de S... siempre con la banca y haciendo brillar sus anillos y alfileres, yo, cada vez más codiciosa de esas joyas, Nelson y *sir* Guillermo adquiriéndolas para mí.

La Reina no jugaba; se mantenía en un rincón con las jóvenes princesas bordando una bandera dedicada a los calabreses, con propósito de enviarla al cardenal tan pronto como la hubiese terminado.

Las horas del día eran para nosotros tan placenteras como las veladas. Los meses de febrero y marzo son espléndidos en Palermo. Dos o tres veces a la semana organizábamos paseos por el puerto; almorzábamos a bordo de un barco, comíamos en otro. Carolina intervenía muy poco en esas excursiones de recreo. Después de la derrota del ejército napolitano, después del extraño regreso de su marido y de la huida

de Nápoles, estaba sombría y más que nunca concentrada en su odio, que solía tener crisis de terrible furor, durante las cuales solo yo podía acercarme a ella. Cuando celebrábamos alguna de las mencionadas fiestas, era yo la verdadera reina de ellas.

En aquellos paseos a los cuales concurrían cincuenta o sesenta embarcaciones empavesadas, Nelson y yo navegábamos siempre a la cabeza, en una barca tripulada por doce remeros, al paso que la del Rey solo llevaba ocho. A penas salíamos a la mar, el Rey se entregaba a sus anchas a una de sus distracciones favoritas: la pesca. Respecto a nosotros, después de haber dado un paseo, nos íbamos a bordo del *Culloden*, unas veces, y otras a bordo del *Minotauro*. Terminado el almuerzo, volvíamos a la barca, al son de los instrumentos musicales y entre cantos de alegría; y a veces, cerrando los ojos y transportándome a la antigüedad, me complacía, en creer que no era la primera vez que mi alma vivía en este mundo, y que en tiempos lejanos había sido yo Cleopatra y Nelson vivido en la persona de Antonio. Entonces me acordaba de algunos de los bellos versos del drama de Shakespeare y los lanzaba a la suave brisa que nos impulsaba. Después, cuando los últimos rayos del sol teñían de púrpura la cima del monte Pelegrino, tomábamos la dirección del *Van-Guard*, iluminado *a giorno*. Una larga mesa se extendía de un extremo a otro del puente. En ella yo me sentaba frente al Rey, cual si fuese la Reina, y entre Nelson y el capitán Troubridge, o el comandante Thomas Louis. Estábamos largo rato de sobremesa, y cada brindis nuestro era saludado por los cañones de pequeño calibre, a los que respondían los de las baterías del puerto.

A menudo, Nelson se mostraba inquieto y preocupado; yo comprendía que su conciencia le reprochaba la vida inactiva que llevaba, advirtiéndole que su deber era no estar allí, sino en otros lugares. Cuando esto le ocurría, se levantaba de la mesa, pretextando tener que dar alguna orden, y se iba al puente, a sumirse en sus meditaciones. Un día le seguí, y, acercándome a él sin ser vista, oí que decía entre dientes:

—¡Soy un loco miserable! Mi nave tiene más aspecto de una pastelería que de barco de la escuadra inglesa.

Entonces, yo le eché el brazo alrededor del cuello y le llevé a ocupar nuevamente su puesto en la mesa, muy avergonzado y desesperado de haber sido oído.

Los días de Carnestolendas se acercaban, y, como las noticias del cardenal Ruffo eran cada vez más satisfactorias, se dieron algunos bailes de máscaras en la Corte. Nelson, que a todas luces procuraba aturdirse, tuvo en aquella ocasión la humorada de recorrer las calles disfrazado conmigo. Dos o tres veces hicimos esta locura; pero un accidente que pudo tener graves consecuencias nos curó de ella.

Una noche que errábamos disfrazados por calles y plazas, Nelson, que había bebido mucho después de la comida, según costumbre de los ingleses, me llevó a una casa sospechosa, frecuentada por los oficiales de la escuadra; pero un contraamaestre y un guardia marina que bebían en un ángulo de la habitación, entraron en sospechas; y cuando Nelson y yo salimos, nos siguieron y nos vieron entrar en el hotel de la

Embajada. En aquel instante el Rey salía, y notando la presencia de dos perillanes que, al parecer, estaban de buen talante, quiso saber lo que allí hacían. El contraamaestre chapurraba un poco el italiano, y divirtió en gran manera al Rey contándole la aventura. Fernando le prometió acordarse de él, y le preguntó cuál era la cosa que podía serle más agradable. El interpelado le contestó riendo que la ambición de toda su vida había sido verse nombrado caballero.

—Bien —le dijo el Rey—, está tranquilo, tú lo serás. ¿Cómo te llamas y a qué buque perteneces?

El marinero respondió que se llamaba Juan Baring y que pertenecía a la dotación del *Van-Guard*, y de paso recordó al Rey algunos pequeños servicios que había tenido la dicha de dispensarle durante la travesía de Nápoles a Palermo.

—En efecto —repuso Fernando—, lo recuerdo.

—Está bien —dijo el marinero—, yo creía que Vuestra Majestad lo había olvidado.

—¿Por qué? —preguntó el Rey.

—Porque ni yo ni la dotación —respondió el contraamaestre, animado por la bondad del Rey—, hemos tenido jamás la satisfacción de beber a la salud de Vuestra Majestad con otra moneda que no haya sido la que lleva la efigie de nuestro gracioso soberano Jacobo III.

El Rey se mordió los labios.

—Pues bien —dijo—, mañana beberás a mi salud con dinero acuñado con mi efigie, y tus camaradas, bebiendo a la tuya, te llamarán caballero.

Como el Rey era muy chismoso, fue inmediatamente a contar el lance a la Reina. Contóle lo de mi disfraz con Nelson, la visita que con este habíamos hecho a cierta casa que Fernando bautizó con un nombre más expresivo que el de *sospechosa*, dado por mí, y finalmente la enteró de su encuentro con los dos marineros ingleses, a uno de los cuales había prometido hacerle caballero de la orden de San Jorge Constantino.

Aquella misma noche extendió una orden para que al día siguiente, polla mañana, el príncipe Luzzi, ministro de Hacienda, mandase mil cien onzas de oro a la dotación del *Van-Guard*, en concepto de gratificación.

El príncipe Luzzi tenía que dar aviso de esta decisión al almirante Nelson y prevenirle al mismo tiempo que Su Majestad nombraba al contraamaestre Juan Baring caballero de la orden de San Jorge Constantino, en recompensa de servicios recibidos de él durante la travesía.

Por desgracia para el pobre marinero, el Rey, conforme dejo dicho, lo había contado todo a la Reina, y la Reina, a su vez, me lo confió a mí, aconsejándome que en adelante procurase ser más cauta en mis actos, pues me habían reconocido y seguido.

Apenas vi a Nelson, le enteré de lo que había pasado. En el primer impulso de su enojo, hablaba nada menos que de hacer colgar a Juan Baring. No puedo decir si ello entraba en sus atribuciones; pero, a bordo, se consideraba rey absoluto, y sin duda lo

habría hecho como lo decía.

Tanto supliqué, que se contentó con expulsar al indiscreto subalterno cuyo completo perdón no pude obtener, muy a pesar mío.

Entretanto, los asuntos marchaban a más y mejor en las Calabrias. He dicho ya que habíamos recibido noticia de la llegada del cardenal a Monteleón, a la que siguió su entrada en Catanzaro y Cotrona, que fue saqueada e incendiada por las tropas sanfedistas.

Las noticias que nos llegaban de Nápoles no eran menos favorables a la causa real.

Championnet había caído en desgracia, por su intento de oposición a las exacciones del Directorio, y Macdonald acababa de sustituirle en el cargo de general en jefe.

No bien entró en el desempeño de sus nuevas funciones, los descalabros sufridos por el ejército francés en la alta Italia le obligaron a abandonarla. Suvorof había llegado con cincuenta mil rusos, y el Emperador habíase, por fin, decidido a entrar en campaña. Los franceses, privados de sus mejores soldados, cercados en Egipto, y de su mejor general prisionero con ellos, habían sido batidos en Magnano y perdido la confederación del Mincio, al paso que Suvorof, nombrado general en jefe del ejército austro-ruso, entraba en Verona y se apoderaba de Brescia.

Habiendo Maedonald recibido orden de reunir sus fuerzas a las del ejército francés, que estaba en plena retirada, salió de Nápoles el 3 de mayo, dejando en el fuerte de San Tolmo una guarnición de quinientos hombres solamente.

La noticia de la evacuación de Nápoles llegó a Palermo el 8 de mayo; pero, cuando estábamos, celebrando esta feliz nueva, recibimos otra que vino a neutralizar el efecto de la primera.

El 12 de mayo supimos por el bergantín *Esperanza* que la flota francesa de Brest, burlando nuestro bloqueo, había salido del puerto y sido vista desde Oporto con dirección al estrecho de Gibraltar, con la probable intención de reunirse a la flota española e intentar algún golpe contra Menorca o Sicilia. Era, pues, necesario reforzar la escuadra inglesa, y el almirante dio inmediatamente órdenes para llamar a los buques ingleses que se encontraban en la bahía de Nápoles.

Pero Nelson aún esperaba no tener que ausentarse de Palermo; estaba verdaderamente alarmado, y a la sola idea de separarse de mí, siquiera por algunos días, lloraba como un niño.

Por espacio de seis días estuvo titubeando acerca de lo que debía hacer, reconociendo, empero, que su puesto no era el puerto de Palermo, sino la extensión del mar. Todos los barcos llamados por él llegaron uno tras otro. En fin, el día 18, haciendo un supremo esfuerzo, me dejó, más desesperado que Antonio lo estuvo cuando Cleopatra se separó de él para ir a desposarse con Octavio. Creo que si una vez, una sola vez en la vida de peligros, Nelson tuvo miedo a la muerte, fue en aquella ocasión: tan querida le era la existencia desde que era dueño de mi amor.

Un pretexto le retenía: la falta de viento. Pero, en la noche del 18 al 19, se levantó una brisa, y resolvió la salida de la escuadra.

Nelson pasó a bordo del *Van-Guard*. Sir Guillermo y yo le acompañamos hasta el puerto; saltó a la lancha que le aguardaba hacía más de dos horas, dio orden de remar en dirección al buque, dejó caer la cabeza entre ambas manos, y no volvió a mirar hacia nosotros.

No dejamos la Marina hasta haberle perdido de vista entre los navíos anclados en el puerto.

Pero, apenas había el *Van-Guard* recorrido una milla, cuando cesó el viento. Nelson aprovechó esta circunstancia para escribirme la siguiente carta, que me envió por el teniente Swinay:

Mi querida *lady* Hamilton:

Decir cuán triste y sombrío me parece el *Van-Guard*, es decir que me encuentro encerrado en una tétrica celda, después de haber vivido en compañía de seres simpáticos y queridos. En el presente momento histórico yo soy el hombre del día; pero, sin tener a mi lado a las personas que amo, quisiera de todo corazón volver a ser el hombre obscuro de antes.

Usted y el excelente *sir* Guillermo han borrado para mí el encanto de las cosas y lugares. Mi amor por usted se extiende a todo lo que con usted se relaciona, y no puede usted concebir lo que siento cuando los reúno a todos en mi pensamiento. No olvide a su fiel

NELSON.

La partida de la flota inglesa dejó a la corte de Palermo en un estado de profunda ansiedad. La Reina, sobre todo, que conocía los cortos alcances de su marido y que no confiaba gran cosa en el genio de Acton, estaba fuera de sí. Con todo, se acordó preparar por todos los medios posibles la defensa, ante la eventualidad de que los franceses intentaran operar un desembarco en Sicilia.

Los días 25, 26, 27 y 28 de mayo se pasaron en continua zozobra.

El 29 hubo una alarma. Viose una escuadra que al pronto se creyó que era franco-española; pero en breve se reconoció a la de Nelson, que regresaba.

La Reina, *sir* Guillermo y yo nos trasladamos inmediatamente a la Marina.

El *Van-Guard* echó el ancla, y en el acto Nelson vino a tierra.

Por el modo como la Reina fue a su encuentro y le estrechó la mano, comprendí que el miedo es un sentimiento no menos vivo que el amor.

Nelson subió en nuestro coche, y marchamos juntos a palacio.

Durante los seis u ocho días que había durado su crucero, no distinguió una sola vela de la escuadra francesa. Opinaba que se había dirigido a Tolón para reforzarse.

Su regreso, según decía, era para tranquilizar a la Reina; pero la presión de su mano al estrechar la mía, me lo explicaba de otra manera, diciéndome que solamente yo le había movido a regresar.

Preguntó si teníamos noticias de Nápoles; todo lo que sabíamos era vago e incierto. Él, en cambio, sabía que Ruffo continuaba su marcha triunfal a través de Calabria. Los napolitanos, con una flotilla de pequeñas embarcaciones y dirigidos por

Caracciolo, que se había puesto al servicio de la República, habían intentado aprovechar la ausencia de Nelson y del grueso de la escuadra para recuperar las islas; pero, después de un combate encarnizado contra el *Sea-Horse*, mandado por el capitán Footh, y la *Minerva*, la antigua fragata de Caracciolo, mandada, por el conde de Thurn, la flotilla napolitana fue rechazada.

El 6 de junio, la escuadra de Nelson quedó reforzada con la llegada a Palermo del *Foudroyant*, navío de ochenta cañones, que pasó a ser, en reemplazo del *Van-Guard*, la nave almirante; venía seguido del *Leviathan*, que enarbolaba la enseña del vicealmirante Duckworth, del *Majestic* y del *Northumberland*, destacados de la flota de lord Saint-Vincent.

El 8 de junio fue un día de fiesta:

Nelson trasladó su pabellón al *Foudroyant*, y mandó que trasbordasen con él a este barco el capitán Hardy, cinco tenientes, el capellán y muchos marineros y guardias marinas.

El mismo día se resolvió que Nelson se haría nuevamente a la mar e intentaría una expedición contra Nápoles. El Príncipe real, avergonzado de su inactividad, se decidió, por fin, a partir con Nelson, quien manifestó que si el Rey quería darle instrucciones, se haría a la vela apenas se levantase un viento favorable.

El Rey, la Reina y *sir* Guillermo pasaron la noche redactando esas instrucciones. Por ellas se otorgaba carta blanca a Nelson; pero, con todo, al serle entregadas, la Reina le recomendó de viva voz no pactar con los rebeldes, y me encargó traducirle el siguiente fragmento de una carta que, a este propósito, escribía al cardenal Ruffo:

Deseo vivamente saber que Nápoles ha caído en poder de usted y que se han entablado negociaciones con el fuerte San Telmo y su comandante francés; pero ninguna transacción con los vasallos culpables, a los cuales el Rey perdonará en su clemencia aminorando el castigo por un efecto de su bondad.

En ningún caso y bajo pretexto alguno conviene capitular ni pactar con súbditos rebeldes que están en la agonía de su rebelión y que ya no podrán cometer nuevas maldades, pues, a la hora presente, todos han sido cogidos como ratones en la ratonera. El Rey consiente en perdonarlos, si ese perdón es necesario a la salud del Estado; pero, tratar con tales miserables, ¡jamás!

Entre ellos hay uno sobre todo, que a ningún precio debemos permitir que se escape a Francia: es el indigno Caracciolo, el tres veces ingrato Caracciolo que conoce al dedillo todo el litoral de Nápoles y Sicilia, y que, si escapase a nuestra justicia, podría causarnos serios disgustos y comprometer la seguridad del Rey.

Semejantes instrucciones no dejaban a Nelson más que una sola alternativa: o ejecutarlas al pie de la letra, o renunciar a la expedición, puesto que esta no se hacía sino con el doble fin de reconquistar a Nápoles y vengar a la realeza.

Nelson titubeaba; el jueves 12 de junio continuaba aún en su indecisión. Entonces, Carolina recurrió a su medio de presión habitual, y me dictó esta carta para él:

He pasado la velada con la Reina está verdaderamente trastornada, y dice que aunque el pueblo de Nápoles en general sea partidario de sus legítimos soberanos, la tranquilidad y el orden no podrán restablecerse hasta que Nelson no llegue con su flota a Nápoles. Por eso, mi querido lord, la Reina suplica encarecidamente a usted que sin pérdida de tiempo haga rumbo a Nápoles. ¡Por el amor de Dios, hágalo usted! Y si así lo desea, hasta nosotros iremos con usted. *Sir* Guillermo está enfermo; yo también. Esto nos curará.

Nelson no sabía rehusarme nada; mi carta le decidió, y aquella noche me mandó decir que al día siguiente el Príncipe heredero podía trasladarse a bordo del buque almirante.

El día 13 el Príncipe heredero pasó al *Foudroyant*; todos le acompañamos, el Rey, la Reina, varios individuos de la familia real, *sir* Guillermo Hamilton y yo.

El estandarte real fue izado en el acto y se hizo una salva de veintiún cañonazos. A mediodía salimos del *Foudroyant*, dejando a bordo al Príncipe con su séquito.

Nelson se hizo a la vela inmediatamente después de nuestra partida.

Al otro día, viernes, a las cuatro de la mañana, se le juntaron los buques de Su Majestad Británica *Powerfull* y *Bellèrophon*; venían a anunciarle, de parte de lord Keith, que la escuadra francesa, compuesta de veintidós unidades, había sido señalada en las costas de Italia. Nelson, que no contaba sino con diez y seis barcos de segundo orden y muy escasa tripulación, no consideró prudente exponer al Príncipe heredero a las contingencias de un combate que duplicaba su responsabilidad. Así, pues, hizo al instante proa a Palermo, y el mismo día, a las ocho de la mañana, desembarcaba el Príncipe con todo su equipaje. En seguida se hizo otra vez a la mar con rumbo a Marítimo, esperando que se le reuniesen el *Alexandre* y el *Goliath*.

El 18 de junio estaba a la vista de Marítimo y creía inminente el encuentro con la flota francesa; pero, una orden de lord Keith le obligó a regresar a Palermo para recibir las instrucciones del Rey y marchar luego a Nápoles, a cuyas aguas se suponía que hacía rumbo la escuadra francesa.

En estos últimos días, la Reina y yo acordamos para mantener el celo y entusiasmo de Nelson, embarcar *sir* Guillermo y yo en el *Foudroyant*, en vez de hacerlo el Príncipe heredero.

A eso de las nueve de la mañana, se señaló la presencia de la escuadra. A mediodía entró en la bahía de Palermo, pero no echó el ancla. Nelson bajó a tierra un momento y celebró con el Rey una entrevista que duró tres horas.

Al salir, milord nos encontró preparados para acompañarle. Puso una rodilla en tierra delante de la Reina, y le juró que su voluntad sería fielmente cumplida. La alegría de verme en su buque, que no podía expresar en presencia de *sir* Guillermo, se manifestaba en entusiasmo por la causa de la Reina. Una mirada suya me dijo que era yo ante quien estaba arrodillado, que era mi mano la que besaba.

Nos despedimos de la Reina, que me tuvo largo rato entre sus brazos. Su última palabra fue la de Carlos I:

—*Remember!*

Cuando llegamos a bordo del *Foudroyant*, milord supo por una carta de Allan Gardner, que navegaba por el Mediterráneo con diez y seis buques, que la escuadra, francesa, vigilada por lord Keith, había sido vista en el golfo de Spezzia.

Nelson ordenó hacer provisión de agua; fuimos a comer a bordo del *Sérapius*, mandado por el capitán Duncan.

Por la noche volvimos al *Foudroyant*; levaron anclas y nos hicimos a la mar.

LXXXVIII

El día siguiente transcurrió sin que descubriésemos una sola vela. El tiempo era magnífico, el viento favorable; pasamos las islas, y el lunes 24, al amanecer, encontramos una balandra napolitana que nos pidió le proveyésemos de agua. Una hora después vimos venir hacia nosotros un bergantín que reconocimos por la *Mutine*.

Hizo señales, echaron una canoa al agua, y el capitán Hoste vino a bordo del *Foudroyant*.

El capitán Hoste era portador de un tratado de intervención entre el cardenal Ruffo, el general de las tropas turcas, el capitán Footh del *Sea* los franceses del castillo de San Telmo, y los rebeldes de los castillos Nuevo y del Huevo.

Al tenerse noticia de que se había celebrado un tratado con los rebeldes, lo cual pugnaba abiertamente con las órdenes de Sus Majestades Sicilianas, Nelson se puso pálido de cólera. Despachó una embarcación menor para Palermo portadora del tratado y de una carta dirigida al Rey diciéndole que no se inquietase, que dicho tratado que él miraba como un acto de traición, no sería mantenido; y después que se hubo enterado por el capitán Hoste de todos los detalles que este pudo suministrarle sobre lo ocurrido, le ordenó regresar a la *Mutine* y seguir con él rumbo a Nápoles.

El viento era favorable; pronto llegamos a la vista de Capri, y los barcos avanzaron a toda vela hacia Nápoles.

Nelson bajó a su camarote con *sir* Guillermo, a quien hizo escribir para Ruffo la siguiente carta en francés, lengua que conocía muy bien el cardenal:

A bordo del *Foudroyant*.

25 junio de 1799.

Eminencia: Milord Nelson me ruega participar a Vuestra Eminencia haber recibido del capitán Footh, comandante de la fragata. *Sea Horse*, una copia de la capitulación que Vuestra Eminencia ha tenido a bien celebrar con los comandantes de los castillos de San Telmo, Nuevo y del Huevo; que él desaprueba completamente esta capitulación y que está resuelto a no mantenerse neutral con la fuerza respetable que tiene el honor de mandar. Milord ha enviado a Vuestra Eminencia a los capitanes Troubridge y Ball, comandantes de los buques de Su Majestad Británica *Culloden* y *Alexandre*; dichos capitanes están plenamente informados de las intenciones de milord Nelson y tendrán el honor de exponerlas a Vuestra Eminencia. Milord espera que el señor cardenal Ruffo participará de su modo de pensar y sentir y que mañana, al amanecer, podrá obrar de acuerdo con Vuestra Eminencia.

Muy humilde y obediente servidor de Vuestra Eminencia.

G. HAMILTON.

Mientras *sir* Guillermo escribía esta carta, el barco se había puesto en marcha, de suerte que solo distábamos dos o tres millas de la bahía.

Resultó de ello que, cuando Nelson subió al puente, vio lo que aún no había podido ver a causa de la distancia: las banderas de parlamento flotando en los

castillos ocupados por franceses y rebeldes, y en el buque inglés *Sea Horse*.

Este espectáculo llevó al colmo su indignación. Inmediatamente mandó acercarse al *Culloden* y *Alexandre*, hizo subir a bordo del *Foudroyant* a los capitanes Troubridge y Ball, les entregó la carta de sir Guillermo, y ordenó que fuesen al puerto de la Magdalena para entregar el despacho al cardenal Ruffo.

En un bote tripulado por doce vigorosos remeros, los dos oficiales atracaron al puerto de la Magdalena y encontraron al cardenal Ruffo que los esperaba. Con un anteojo Su Eminencia había seguido todos los movimientos del *Foudroyant* y visto arriar la canoa que condujo a tierra a los dos oficiales.

Estos le entregaron el mensaje de que eran portadores. Ruffo se enteró de su contenido y supuso que Nelson desaprobaba la capitulación por la única razón de haberse atacado a Nápoles sin esperar la llegada de la escuadra inglesa, según estaba convenido.

Consideró que una visita personal a bordo del *Foudroyant*, en la que explicaría al almirante los apremiantes motivos que le habían inducido a atacar a Nápoles, lo conciliaría todo. Llevado de ese parecer, se embarcó en la canoa de los capitanes Troubridge y Ball, y se dirigió al *Foudroyant*, que saludó su llegada con trece cañonazos.

Nelson le aguardaba arriba, junto a la escalera, en compañía de sir Guillermo, que dominaba el francés y el italiano, e hizo a Ruffo los honores del buque y le acompañó al camarote en el que yo me había quedado.

Al verme, el cardenal Ruffo hizo un movimiento; sabía que no era él persona afecta a la Reina, y que, antipatías o simpatías, yo participaba de todos los sentimientos de la Reina.

Saludé con frialdad; se cambiaron los cumplidos de rúbrica, y el cardenal empezó a contar en excelente francés los acontecimientos del 13 y 14 de junio, que habían dado por resultado la capitulación.

Nelson dijo que él no podía ver en el tratado otra cosa más que un armisticio; pero Ruffo señaló uno por uno todos los capítulos y demostró que era, no una suspensión de armas, sino un tratado válido y terminante, tratado que no podía romper la llegada de la escuadra francesa ni la llegada de la inglesa.

A medida que Ruffo hablaba, sir Guillermo traducía sus palabras a Nelson, que escuchaba con impaciencia y que, al oír que Ruffo decía que una capitulación lealmente acordada debía ser lealmente observada, gritó en inglés:

—¡Eh, señor!, ¡los soberanos no deben pactar con sus vasallos!

—Es verdad, milord —replicó el cardenal—, es preferible para los soberanos no tener que capitular; pero, cuando se llega a ese extremo, y se capitula, no hay más remedio que conformarse con lo pactado.

Luego, volviéndose hacia mi marido:

—¿No opina usted así, señor? —preguntó.

Sir Guillermo contestó que su opinión, en este caso, era la de Nelson: oyendo lo

cual, Ruffo empezó a comprender que el asunto era más serio de lo que él había creído al principio.

Entonces se levantó y dijo que, habiendo intervenido en el tratado los turcos y los rusos, no podía por sí solo responder a la objeción de lord Nelson.

Y, despidiéndose, se hizo conducir a tierra.

De regreso a su cuartel general, Ruffo mandó llamar, por lo que después supimos, al ministro Michereux, al comandante Baillie y al capitán Footh; pero, respecto a este último, Nelson había procurado alejarle, enviándole a Prócida.

Este Consejo, reunido por el cardenal, resolvió mantener firme la capitulación y hasta se llegó al acuerdo de salvar por todos los medios posibles a los rebeldes, si Nelson se obstinaba en quebrantar las bases del pacto.

Una buena parte del día 24 se empleó en idas y venidas, del cuartel general al *Foudroyant* y del *Foudroyant* al cuartel general, sin adelantar un solo paso.

En la mañana del 25 de junio Nelson redactó la siguiente declaración dirigida a los jacobinos de los castillos Nuevo y del Huevo.

El contralmirante lord Nelson, al mando de la flota de Su Majestad Británica surta en la bahía de Nápoles, previene a los súbditos rebeldes de Su Majestad Siciliana encerrados en los castillos Nuevo y del Huevo, que les prohíbe abandonar esta plaza y embarcarse. Deben rendirse a discreción a la autoridad de Su Majestad Siciliana.

Para hacer esta proclama, se acercó una lancha al castillo del Huevo, y fue leída en voz alta; pero el comandante del castillo se encaramó a la muralla y gritó al heraldo:

—¡Fuera de aquí!, ¡pronto, pronto, o hago fuego! Existe un tratado, y lo haremos respetar.

A esta intimación de Nelson a los republicanos, el cardenal Ruffo creyó deber suyo tomar una actitud resuelta.

Escribió este billete al almirante:

Si lord Nelson no quiere reconocer la capitulación de los castillos de Nápoles, en la que ha intervenido, entre otros, un oficial inglés representante de la Gran Bretaña, el cardenal declina toda la responsabilidad en él, y se verá obligado a dejar al enemigo en la situación que ocupaba antes de firmarse el tratado, es decir, que las tropas de Su Eminencia abandonarán las actuales posiciones e irán a establecerse en un campo atrincherado, dejando a los ingleses combatir a los republicanos con sus propias fuerzas.

Después de haber leído el precedente escrito, que tan claramente planteaba la cuestión, Nelson se retiró a su camarote con *sir* Guillermo, de donde volvió a salir llevando la siguiente nota en la mano. El mensajero del cardenal recibió al mismo tiempo el original en inglés y la traducción hecha por *sir* Guillermo:

El contralmirante lord Nelson, que a su llegada a la bahía de Nápoles, el día 24 de junio, fue notificado de haberse firmado un tratado con los rebeldes, entiende que ese tratado no puede ser válido sin la aprobación de Su Majestad Siciliana.

El cardenal replicó que, si al día siguiente, los patriotas o los rebeldes, como Nelson

tuviese a bien denominarlos, no recibían autorización para embarcarse, cumpliría la amenaza que había hecho, y se retiraría con todo su ejército.

Esta amenaza era seria; Ruffo, ofendido por la negativa de Nelson, era capaz de cumplirla. Nelson, careciendo de tropas de desembarco, se veía en la necesidad de bombardear a Nápoles.

En consecuencia, *sir* Guillermo respondió:

Eminencia: milord Nelson me ruega asegure a Vuestra Eminencia que está resuelto a no hacer nada que pueda quebrantar el armisticio que Vuestra Eminencia ha celebrado con los castillos de Nápoles.

Tengo el honor de ser, etc.

G. HAMILTON.

Estas líneas fueron llevadas a Ruffo por los capitanes Troubridge y Ball. Como la respuesta de *sir* Guillermo Hamilton no decía nada concreto, el cardenal interrogó a los dos oficiales, quienes dijeron que el almirante no se oponía al embarco de los republicanos. Entonces, el cardenal les preguntó si estaban autorizados a declarar por escrito la promesa de que Nelson no se oponía al embarco de los republicanos.

Ambos oficiales se consultaron, y a los pocos instantes dijeron que no tenían ningún inconveniente en hacerlo.

Troubridge cogió un papel y escribió:

I capitani Troubridge e Ball hanno per la parte di milord Nelson di dichiarar alla Sua Eminenza che milord non si opposa al'imbarco dei ribelli della gente che compone la guarnigione dei castelli Nuovo e dell'Ovo.

Escrita esta declaración, la entregaron al cardenal.

—Ahora, señores —dijo este—, tengan la bondad, de firmar.

—Perdón, Eminencia —respondió Troubridge—, nosotros estamos facultados para los asuntos de la milicia, pero nuestros poderes no se extienden a las cuestiones diplomáticas. Sin embargo, como la nota, aunque no firmada, es de nuestro puño y letra, invitamos a usted a que la considere como un documento fehaciente.

Ruffo no insistió, sea por la satisfacción de haber dado tan brillante solución al asunto, sea por temor de mortificar a los dos oficiales.

Troubridge y Ball regresaron a bordo, contaron lo que habían hecho y merecieron el beneplácito de Nelson y *sir* Guillermo.

LXXXIX

Lord Nelson tenía recibidas, respecto al almirante Caracciolo, órdenes reservadas del Rey y de la Reina, y se había comprometido a cogerle vivo o muerto; por lo que hizo tomar informes en la ciudad, donde le dijeron que Caracciolo se había puesto en salvo durante la noche del 23 al 24 y que debía haber pasado ya la frontera.

Esta noticia trastornó a Nelson, y su furor se desahogaba en imprecaciones que ni aun mi presencia podía contener, cuando sobre las once y media de la noche oímos el grito del centinela, dado a la vista de una lancha que se acercaba al navío.

Nelson, como si hubiese adivinado la importancia de la noticia que aquella barca le traía, puso encima de la mesa la taza de té que llevaba a sus labios y salió del camarote.

El oficial de guardia le dijo:

—Un campesino solicita hablar reservadamente con milord.

—¿Un campesino? ¿Qué me quiere?

—He creído comprender, en su lenguaje provincial, que se trataba de Caracciolo.

—¿De Caracciolo? ¡Diablo! Veamos qué es ello. Haga usted venir a ese campesino, señor.

Este campesino era simplemente un colono de Francisco Caracciolo, en cuyo domicilio se había refugiado el desgraciado almirante.

Venía a vender a su amo, pero quería ser bien pagado.

Se le prometieron cuatro mil ducados, de los que le fueron entregados mi a cuenta.

El hombre reclamaba el mayor secreto, sobre todo cerca del cardenal que pretendía haber favorecido la fuga de Caracciolo.

Se convino que el cardenal ignoraría completamente todo lo que ocurriese sobre esto particular.

El campesino pidió cuatro hombres para ayudarle en su empresa.

Aquí empezaba la dificultad.

Nelson le hubiese dado de buena gana cuatro marineros ingleses; pero cuatro marineros ingleses, por bien disfrazados que estuviesen, habrían despertado sospechas por la circunstancia de no hablar la lengua del país.

Nelson preguntó al traidor si no le era posible encontrar cuatro hombres en quien fiar; el interpelado respondió que los encontraría, y que con dinero conseguiría cuanto se quisiese, pero que habría que dar cincuenta ducados, por lo menos, a cada hombre.

Eran doscientos ducados más que se arriesgaban. Nelson accedió a pagar los doscientos ducados.

En cambio, el colono daba su nombre y su dirección: se llamaba Luis Martino, y vivía en el pequeño pueblo de Calvezzano.

Se acordó que al otro día por la noche una lancha inglesa esperaba en el Granatello, y que, una vez preso el almirante, sería embarcado y conducido directamente al *Foudroyant*.

Era una gran noticia, que hasta parecía inverosímil. Tanto es así, que *sir* Guillermo no le dedicó más que un párrafo accesorio de la caria que el 27 por la mañana escribió al general Acton.

He aquí esta carta: ella dará una idea exacta del estado en que se encontraba Nelson:

Su Excelencia habrá visto, por mi última carta, que el cardenal y lord Nelson no estaban en ningún modo de acuerdo; por lo que, después de haber reflexionado, lord Nelson me ha autorizado para escribir a Su Eminencia que no se opondría al embarco de los rebeldes, y que el cardenal estaba dispuesto a facilitarle, a auxiliarle con la flota de su mando. Este pequeño ardid de guerra ha producido el mejor efecto. La sola idea de que Nelson rompiese el armisticio tenía a Nápoles completamente trastornada; hoy, todo está tranquilo, y el buen cardenal ha hecho cantar un *Te Deum* en acción de gracias al Señor por la felicidad de *sus queridos patriotas*. Ha decidido, con Ball y Troubridge, que los rebeldes de los castillos Nuevo y del Huevo fuesen embarcados esta noche, y que quinientos marineros ingleses saltasen a tierra para guarnecer ambos castillos, en los que, a Dios gracias, flota el estandarte de Su Majestad Siciliana.

Estábamos en el bote de lord Nelson cuando los marineros han desembarcado. La alegría del pueblo era inmensa; los colores ingleses y napolitanos flotaban en todas las ventanas, y cuando tomamos posesión de los castillos, se levantó en toda la ciudad un gran clamoreo de júbilo. En fin, tengo la esperanza de que la llegada de Nelson aquí será en provecho de la gloria y de los intereses de Sus Majestades Sicilianas. Ha sido necesario que yo interviniese entre milord Nelson y el cardenal, de lo contrario, todo se habría perdido desde un principio. El árbol de la abominación que se había plantado frente al palacio ha sido derribado, y el gorro frigio arrancado de la cabeza del Gigante. El capitán Troubridge ha ido a presidir el embarque y los rebeldes que están a bordo de los jabeques no se moverán sin una orden de lord Nelson; porque se ha dicho claramente que lord Nelson *no se opondría a su embarque*, pero no se ha dicho qué se haría de ellos, una vez embarcados.

GUILLERMO HAMILTON.

Efectivamente, en la noche del 27, conforme decía *sir* Guillermo, todos los rebeldes, creyendo que se embarcaban para Tolón, acudieron al embarcadero llenos de confianza; pero, apenas se encontraban dentro de los jabeques, notaban que iban bajo la vigilancia de un buque inglés, cuyos fuegos habrían podido echarlos a pique en el espacio de algunos segundos.

El 29, al amanecer, me despertó un gran ruido que en el barco se levantaba. Me puse una bata y subí a cubierta.

Todas las miradas estaban fijas en una barca distante de nosotros una milla aproximadamente, pero en la que pedía distinguirse, al lado de un hombre agarrotado, al campesino que el día antes vino a proponer la entrega de Caracciolo.

La duda no cabía: el hombre cumplía su promesa, la promesa de entregar a su amo, y, cumpliéndola, venía a cobrar el importe de la venta.

Nelson y *sir* Guillermo no cabían en sí de gozo, y yo, que solo veía con los ojos de mi amiga y de mi amante, después de lo que había oído decir del almirante, a quien tenía por traidor y gran culpable, yo también me regocijaba con ellos.

Y sin embargo, mi corazón se acongojó a la vista de aquel hombre que siempre

que le oí hablar a la Reina, se había mostrado como valiente marino y hombre de honor. Dejé a *sir* Guillermo y a lord Nelson gozar de su triunfo, y, creyendo que una mujer no debía compartir con ellos la alegría que los embargaba, me retiré a mi alojamiento cuya puerta cerré. Conocía las disposiciones de Nelson respecto a su colega; había leído la carta de mi marido al general Acton, y no se me ocultaba la suerte que le estaba reservada al prisionero.

Una carta de *sir* Guillermo al general Acton explica el estado de ánimo en que se encontraba Caracciolo cuando fue transportado de la lancha al *Foudroyant*. Voy a extractar de esa carta los puntos que se refieren al almirante napolitano.

... Acabamos de ver a Caracciolo, pálido, medio muerto, conducido atado a bordo de este buque donde se ha encontrado con el hijo de Cassano, don Julio, el cura Pacífico y otros infames traidores. Supongo que pronto se hará justicia a los más culpables. Sería, en verdad, cosa de conmovér, si no conociese yo su ingratitud. Por eso me he sentido menos impresionado que los otros presentes al espectáculo. Creo que es una gran suerte tener a bordo de nuestros barcos a los principales culpables, sobre todo cuando se prepara el ataque a San Telmo: así podremos cortar una cabeza por cada bala de cañón que los franceses nos envíen.

Dos razones me impulsan a ofrecer al lector este fragmento de carta: la primera, por dar los detalles que se acaban de leer sobre el traslado del infortunado almirante napolitano a bordo del barco inglés; la segunda, porque ella muestra el grado de exaltación a que habían llegado los espíritus más benévolos y apacibles, caldeados por las pasiones de la guerra civil. Ciertamente, *sir* Guillermo, hombre de espíritu benévolo y cultivado, sabio consagrado al culto de la antigüedad, amante de la belleza como un escultor griego, debía, al escribir esta carta, sentir el influjo de un tropel de ideas perturbadoras... La desgracia de los que toman parte activa en los fervidos movimientos revolucionarios, en las enconadas luchas de partido, consiste en que son juzgados por hombres que viven en tiempos ordinarios, en épocas de sosiego. Ese fatal día 29 de junio de 1799 ha dejado una mancha de sangre sobre nuestros nombres; y, sin embargo, Nelson y *sir* Guillermo creían cumplir un deber, y yo, débil personalmente y considerando el crimen con el mismo criterio de la Reina, no hice, para salvar al ilustre criminal lo que, seguramente, en otra circunstancia, me habría dictado mi corazón.

Perdóneseme esta digresión. La muerte del almirante, que probablemente no habrían impedido mis súplicas, ha quedado como la sangrienta herida de mi vida. Hasta entonces, el mundo me despreciaba, quizás injustamente; desde aquel día, me aborrece con razón.

No por eso dejaré de narrar los detalles de aquel terrible día, a pesar de que, narrándolos, se siente desgarrada mi alma.

Apenas Caracciolo pisó la cubierta del *Foudroyant*, se dio orden de iniciar su proceso.

Nelson desplegabá en ese terrible asunto una actividad febril y colérica que no se concibe, ni siquiera por el desprecio que hacia la vida ajena sienten aquellos que exponen la suya propia a diario, a cada instante.

Se ha pronunciado la palabra envidia; se ha preguntado si Nelson veía en Caracciolo un rival de gloria.

La acusación es absurda; ni aun en la marina francesa Nelson tenía rival en aquella época. La batalla de Aboukir le había colocado a la cabeza de todos los marinos del siglo XVIII; ningún hombre, desde la invención de la pólvora, había alcanzado una victoria igual a la de Aboukir.

Por lo tanto, ¿qué era Caracciolo al lado del héroe de Tolón, de Calvi, de Tenerife y Aboukir? Muy poca cosa como marino.

¿Estaba Nelson celoso de la superioridad que Caracciolo le llevaba desde el punto de vista del nacimiento? No es probable. Como todos los hombres superiores que de una cuna modesta se elevan a una alta posición, Nelson estaba orgulloso de su origen. No eran sus antepasados los que habían ilustrado su nombre, sino él quien ilustraba el nombre de sus abuelos.

Creo que emitiré una opinión más justa de Nelson juzgándole por mí misma.

Nelson, lo mismo que yo, había nacido en una condición inferior; se encumbró por obra de su valor, como yo me había encumbrado por obra de mi belleza, y súbitamente, después de la batalla de Aboukir, como yo después de mi matrimonio con *sir* Guillermo, y se encontró en contacto con los grandes de la tierra. El efecto fue el mismo en la mujer y en el héroe, aunque los medios habían sido diferentes. Asombrado de su triunfo, deslumbrado por los rayos de su nueva fortuna, embriagado por las alabanzas y por los honores que recibía de todos los reyes, por los halagos y adulaciones con que le trataban el rey Fernando y la reina Carolina, Nelson no vio más derechos que los de la realeza, y patrocinó con entusiasmo la causa de los reyes contra los pueblos; quien se atrevía a discutir esos derechos era un rebelde a sus ojos; quien se atreviese a combatirlos, le parecía culpable merecedor de la muerte. Nelson creyó haber recibido, cual el arcángel Miguel, la espada flamígera de manos de Dios, y, cual el arcángel Miguel, hirió sin piedad con esa espada a Satanás y a los ángeles rebeldes. En la ejecución terrible de Caracciolo, en la no menos terrible de los republicanos de Nápoles, no titubeó un instante y, una vez cumplida la sentencia, no solamente no sintió remordimiento, sino que hasta se asombraba de que alguien aceptase que podía sentirlos.

El Rey y la Reina le encargaron la captura de Caracciolo, muerto o vivo, y que, en el primer caso, no haya gracia para el prisionero; eso le bastó. En virtud de ese encargo, se le confieren poderes judiciales, y, en caso necesario, también atribuciones de verdugo.

En el asunto de Caracciolo no fui consultada. He dicho que me había encerrado en mi camarote para evitar todo encuentro con el infortunado almirante. Nelson y *sir* Guillermo sabían que si yo lo veía, si lo oía, el corazón de la mujer se iba a quebrantar, y que se verían en el caso de negarse a los requerimientos de mi piedad, cual lo hicieron algún tiempo después, cuando yo pedí a la Reina el indulto de Cirillo, y la Reina, a su vez, lo pidió en vano de rodillas a su marido.

No salí, pues, de mi camarote; pero he aquí lo que oí contar más tarde: Al llegar a bordo, Caracciolo fue inmediatamente desatado y puesto bajo la vigilancia de dos centinelas de vista.

A mediodía, fue convocado el Consejo de guerra: componíanlo cinco oficiales de la marina napolitana, cuyos nombres nunca he sabido, y lo presidía el conde de Thurn.

El interrogatorio duró una hora. Caracciolo respondió noblemente, con dignidad, pero sin el apoyo de ningún abogado y sin haber tenido tiempo de preparar su defensa, que, por lo demás, era difícil, pues había hecho armas contra su rey públicamente, a la luz del día.

Su culpabilidad fue reconocida unánimemente y se llevó a Nelson el proceso verbal, quien, con toda impasibilidad, escribió:

Al capitán conde de Thurn.

Por orden de Nelson.

Visto que el Consejo de guerra, compuesto de oficiales al servicio de Su Majestad Siciliana, se ha reunido para juzgar a Francisco Caracciolo por el delito de rebelión contra su soberano, y que dicho Consejo de guerra, habiendo reconocido el crimen de alta traición, ha pronunciado contra Caracciolo una sentencia de muerte:

Por la presente comunicación se requiere a usted para que se cumpla dicha sentencia de muerte contra el nombrado Caracciolo, ordenando que se le cuelgue de la verga de mesana de la fragata *Minerva*, de la flota de Su Majestad Siciliana, cuya fragata se halla bajo mis órdenes.

Dicha sentencia deberá ser ejecutada hoy a las cinco, y el cuerpo de Francisco Caracciolo permanecerá suspendido hasta la puesta de sol, momento en que será cortada la soga y arrojado el cuerpo al mar.

HORACIO NELSON.

A bordo del *Foudroyant*, Nápoles, 29 de junio de 1799.

Caracciolo esperaba ser condenado a muerte; pero, en su calidad de Príncipe, creía ser decapitado o fusilado.

Cuando oyó la lectura de la sentencia que le condenaba a la horca, experimentó una viva emoción y suplicó a un oficial que en su nombre fuese a pedir a Nelson *el favor* de ser fusilado y no colgado.

Nelson despidió con dureza al oficial, diciéndole que Caracciolo había sido condenado por un Consejo de guerra compuesto de oficiales de su país, y que él no podía intervenir para nada en el juicio.

Caracciolo insistió; el oficial volvió una segunda vez, y yo oí a Nelson que le gritaba ásperamente:

—¡Ocúpese usted en sus asuntos, caballero, y no se cuide de lo que no le incumbe!

El oficial se retiró.

Se me dijo que, entonces, Caracciolo había invocado mi nombre y rogado al oficial que viniese a verme para que yo intercediese con el fin de obtener lo que él solicitaba.

Pero, sin duda, el oficial, después del sofión que de Nelson recibió, no se atrevió a venir a encontrarme. Dijo que me había buscado inútilmente. En cuanto a mí, lo que puedo asegurar ante Dios, es que nadie me habló en favor de Caracciolo, ni para obtener que se le perdonase la vida, ni para conseguir un cambio en el modo de ejecución.

A las tres, sin que yo supiese nada de lo que ocurría, Caracciolo fue trasladado a la *Minerva*, donde debía cumplirse la sentencia.

Momentos después, *sir* Guillermo vino a decirme que Caracciolo ya no estaba a bordo del *Foudroyant*. Aproveché esta circunstancia para subir a cubierta, que bien lo necesitaba, pues desde las siete de la mañana no había salido de mi camarote.

El tiempo estaba encapotado y triste, a pesar de encontrarnos a 29 de junio. Además, el espectáculo que se ofrecía a mis ojos guardaba relación con el tiempo: aquellos jabeques abarrotados de prisioneros, entristecían profundamente el ánimo. Parecía que entre aquellos desgraciados existía una profunda agitación, y entonces supe, por el caballero Micheroux, que vino a bordo, que, después de haberles permitido embarcarse, después de haber puesto guarniciones en los castillos, después, en fin, de haber aprovechado los beneficios de la capitulación, lord Nelson los retenía prisioneros.

He dicho que lo supe por el caballero Micheroux, y véase cómo:

El caballero Micheroux, el cardenal Ruffo y el comandante Baillie habían recibido los tres la siguiente reclamación procedente de los prisioneros:

Todos los individuos de la guarnición de los castillos embarcados en los jabeques que debían hacer rumbo a Tolón, se encuentran profundamente consternados. Esperaban de buena fe el efecto de la capitulación, aunque, desde la evacuación precipitada de los castillos, no hayan sido rigurosamente observados los capítulos pactados. Ahora bien: hace dos días que el tiempo es favorable y, sin embargo, continuamos estacionados sin ver que se haga ningún preparativo de marcha. Es más: ayer, a las siete de la tarde, hemos visto con el mayor dolor, arrancar de nuestro lado al general Mathonet junto con estos otros compañeros: Massa, Basset; Hércules Agnese, presidente de la comisión ejecutiva; Domingo Cirillo, presidente de la comisión legislativa; Manuel Borga, Piatti, y algunos más. Todos ellos han sido conducidos al buque almirante inglés, de donde no han regresado aún.

La guarnición entera espera de su lealtad el esclarecimiento de este hecho y el cumplimiento de la capitulación.

ALBANESE.

Rada de Nápoles, 29 de junio 1799.

Nelson tomó la nota, la leyó tranquilamente y, señalando al caballero Micheroux un cuerpo que elevaban con la ayuda de una polea y que se agitaba atado al extremo de una cuerda en la entena de mesana de la *Minerva*:

—He aquí mi respuesta a los rebeldes —dijo—. Puede usted llevarla a ellos y al cardenal Ruffo.

Micheroux miraba con asombro aquel espectáculo que parecía no comprender.

—Pero —dijo—, ¿quién es ese hombre y qué le hacen?

—Ese hombre —repuso Nelson—, es el traidor Caracciolo, y lo están colgando

por orden mía. Y así se hará con todos los rebeldes que hayan hecho armas contra Su Majestad.

Lancé un grito; también yo lo había visto todo sin sospechar lo que veía.

El caballero Micheroux, consternado con la respuesta del almirante, bajó de nuevo a la lancha que lo había traído y, apoyada la cabeza entre ambas manos, regresó a tierra.

El mismo día, el cardenal Ruffo, viendo que no había podido salvar a Caracciolo ni obtener el cumplimiento del tratado, envió su dimisión a Palermo.

XC

El 2 de julio el Rey recibió en Palermo carta de Nelson y de *sir* Guillermo anunciándole la ejecución de Caracciolo y suplicándole que viniese a Nápoles inmediatamente.

El día 3 salió con dirección a la bahía de Nápoles a bordo de la fragata napolitana *Sirena*, que prefirió al navío *Sea Horse* que le había enviado Nelson. Sin duda, temía divorciarse completamente de la marina, ya resentida de la preferencia que Fernando había concedido a Nelson sobre Caracciolo, y últimamente acongojada por el proceso y muerte del almirante.

Esta segunda travesía fue tan excelente como accidentada había, sido la primera.

El día 6 Nelson recibió aviso de que el Rey llegaría probablemente el 7 u 8.

Nelson resolvió estrechar el cerco del castillo de San Telmo, a fin de que el Rey pudiese ver, a su llegada, su bandera flotando en todas las fortalezas.

El castillo podía ser tomado sin dificultad, dadas las disposiciones de su comandante, el coronel Mejean.

El mismo día que empezaron los preparativos de ataque, el jefe del castillo, suponiendo que el cardenal continuaba siendo aliado de los ingleses, le había enviado un mensajero para decirle que la guarnición francesa estaba dispuesta a capitular, antes que el castillo fuese atacado rápida y vigorosamente, bajo la condición de que se le entregara un millón. Tales proposiciones iban acompañadas de la amenaza de bombardear a Nápoles, si dentro de cuarenta y ocho horas no se le enviaba el millón.

El cardenal mandó responder al coronel que, entre gente arrojada, se hacía con hierro y no con oro; que en todos los países civilizados, las leyes de la guerra prohibían disparar sobre las casas situadas fuera del radio de ataque; que las baterías que debían cañonear a San Telmo se emplazarían probablemente en el lado opuesto de la plaza, y que, por consiguiente, no iban a dirigir sus fuegos contra la ciudad, sino contra las baterías del castillo; además, el cardenal decía que, si el castillo disparaba un solo proyectil sobre un punto indefenso, el coronel Mejean respondería con su cabeza del daño que sobreviniese.

El primero de julio Troubridge desembarcó con mil quinientos ingleses, se reunió a quinientos rusos, y empezó inmediatamente los preparativos del sitio.

En la noche del 8 al 9 el Rey llegó a Prócida; venía acompañado del general Acton y del príncipe de Castelcicala. El día 10 vino a bordo del *Foudroyant*, donde su presencia, fue saludada con treinta y un cañonazos.

La noticia de que el Rey estaba en Prócida había cundido por Nápoles; las salvas disparadas por el *Foudroyant* y el pabellón real izado en el palo mayor anunciaron su presencia a bordo del buque almirante.

Al punto la población entera acudió a Santa Lucía, al muelle y a la Marinella, y

un gran número de pequeñas embarcaciones salieron del puerto con músicas y banderas, con dirección a la escuadra inglesa para dar la bienvenida al Rey.

Apenas hubo Fernando llegado al buque almirante pidió un antejo, subió a la crujía y encaró el antejo al castillo de San Telmo. En aquel instante, la casualidad hizo que un proyectil ruso cortase el palo de la bandera francesa, derribándola. El Rey, supersticioso como siempre, exclamó:

—¡Buen presagio, querido Nelson, buen presagio!

Y, en efecto, como quiera que el coronel Mejean se había puesto de acuerdo con Troubridge para dar una sorpresa al Rey, la bandera que reemplazó a la tricolor fue la bandera blanca, por otro nombre, parlamentaria.

A su vista, la multitud rompió en aplausos, y los cañones de toda la flota respondieron a los del *Foudroyant*.

No bien el cardenal Ruffo comprendió por estas salvas que el Rey se hallaba en la rada, se trasladó a bordo del buque de Nelson, al que no había vuelto desde el día de la ruptura del tratado. Al verle pasar, los prisioneros de los jabeques, que, al fin, habían comprendido que tenían en él un defensor, recobraron alguna esperanza, porque pensaron que venía a abogar por su causa, a interceder por ellos.

Y así era efectivamente, porque el cardenal planteó en el acto el asunto de los tratados y manifestó sin ambages que su ruptura sería un escándalo que repercutiría en todas las cortes de Europa. El Rey respondió que antes de resolver quería oír a Nelson y a *sir* Guillermo.

Los mandó llamar, y se reanudó la discusión. *Sir* Guillermo sostenía la teoría diplomática de que los soberanos no pueden transigir con los súbditos rebeldes, en virtud de lo cual los tratados, según él, debían ser rasgados; Nelson manifestaba un odio implacable a los revolucionarios franceses, y decía que era necesario extirpar la raíz del mal, a fin de evitar nuevos infortunios. En cuanto al cardenal, mantuvo con entereza el principio de que había de respetarse la capitulación. Pero su opinión no prevaleció contra los argumentos de Nelson y *sir* Guillermo, que, en el fondo, concertaban con los deseos del Rey.

Los prisioneros fueron retenidos y, viendo partir al cardenal cejijunto y cabizbajo, comprendieron que, para ellos, todo había concluido.

De vuelta a su cuartel general, Ruffo envió por segunda vez su dimisión.

El mismo día, los prisioneros que estaban a bordo del *Foudroyant* y en los jabeques fueron conducidos a tierra y, atados de dos en dos, trasladados a las prisiones de la Vicaría; después, dado que este castillo no podía contener un número tan crecido de presos (según una carta, del Rey, se elevaban a ocho mil), parte de ellos pasaron a los Granili, convertidos en calabozos por fuerza de las circunstancias.

A la vista de tal espectáculo, los *lazzaroni* consideraron con fundamento que tenían el campo libre. Los días 8 y 9 de julio se señalaron por actos de ferocidad que venían a contarnos como la cosa más natural y eran aplaudidos por Nelson y *sir* Guillermo y hasta por el Rey.

De un modo especial, se decían horrores de un arcipreste llamado Rinaldi, el cual, jactándose de lo que había hecho durante aquellas dos jornadas, elevó una petición al Rey solicitando el mando de la ciudad de Capua, y apoyando su petición en méritos de las siguientes hazañas por él realizadas: haber comido un brazo de jacobino asado a fuego lento, despanzurrado a otros dos terroristas y descuartizado a cinco o seis más.

El Rey le concedió una gratificación en dinero, y una recompensa honorífica, no sé cuál. De mí, puedo decir que me parecía estar soñando y bajo la influencia de una pesadilla sangrienta.

Tan luego como se rindió el castillo de San Telmo, la junta nombrada por el cardenal fue disuelta, por haberse mostrado demasiado benévola: Antonio della Rocca y Angelo di Fiore, los dos miembros más vehementes de dicha junta, fueron los únicos que continuaron en sus puestos.

La nueva Junta, nombrada a bordo del *Foudroyant*, fue encargada de juzgar y castigar a los culpables que el Rey personalmente clasificó en categorías. La lista era extensa, tanto, que hasta se llegó a pensar que el verdugo, que percibía diez ducados por ejecución, se enriquecería demasiado pronto con semejante retribución, y que el procurador fiscal, barón don Giuseppe Guidobaldi, le llamase y obligase a aceptar cien ducados mensuales, en vez de diez ducados por ejecución.

Quédame por contar una cosa terrible, increíble, casi sobrenatural, y cuyo recuerdo me estremece hoy día, catorce años después de haber ocurrido.

Hacía una semana que el Rey estaba a bordo del *Foudroyant*, sin haber querido bajar a tierra ni una sola vez, y sin recibir otras visitas que no fuesen los instrumentos de sus venganzas, cuando una mañana, un marinero que había pasado la noche en el golfo, ocupado en pescar, vino a los costados del barco almirante, y, mientras vendía su pescado, dijo a los oficiales que había visto al almirante Caracciolo salir del fondo del mar y dirigirse a Nápoles flotando entre dos aguas. Los oficiales llevaron el caso a noticia de Nelson, el cual quiso interrogar directamente al marinero, que repitió textualmente lo que había dicho la primera vez, y juró por la Madona que decía la pura verdad. Existe constantemente entre los marinos, por grande que sea su valor moral, cierta dosis de superstición, y, aunque Nelson no creyó una palabra de lo que contaba el pescador, quiso averiguar la causa que pudo originar su relato. El día era hermoso; Nelson propuso al Rey dar un paseo por el golfo. El Rey, que no tenía muchas distracciones a bordo, aceptó la proposición, y Nelson ordenó que el *Foudroyant* se dirigiese al punto indicado por el barquero; pero, no había recorrido media milla, cuando los oficiales de guardia vieron un cuerpo que saliendo de repente a flor de agua, parecía que venía al encuentro del buque almirante. Llamaron al capitán Hardy, quien reconoció que aquel cuerpo era el cadáver de Caracciolo.

Nelson, *sir* Guillermo Hamilton y yo estábamos a popa. El capitán Hardy se acercó a Nelson, le habló al oído, y ambos se dirigieron a la proa, donde milord reconoció, por su parte, a Caracciolo.

Nelson dio acto continuo orden de ponerse al paio.

Tratábase de comunicar al Rey esta singular noticia; *sir* Guillermo se encargó de ello.

El Rey se resistía a darle crédito; sin embargo, palideció intensamente y se trasladó a la proa del navío.

Quise levantarme como los demás, pero no pude; mis piernas se negaban a sostenerme. Apoyé mi cabeza entre ambas manos, y cerré los ojos para no ver nada de lo que pasaba.

Al ver la extraña aparición, Fernando retrocedió algunos pasos.

—¿Qué significa eso? —preguntó a mi marido.

—Señor, es Caracciolo que, después de haber permanecido diez y nueve días bajo el agua, sube ahora a la superficie para pedir perdón a Su Majestad del crimen que cometió contra su Rey.

Pero el capellán, que estaba presente, aventuró estas palabras:

—Acaso demande una sepultura cristiana.

—¡Que se la den! —exclamó el Rey, encaminándose rápidamente hacia el camarote de Nelson.

En consecuencia, Nelson ordenó sacar el cadáver del agua, colocarlo en una lancha y transportarlo a la pequeña iglesia de Santa Lucía, que había sido la parroquia del difunto.

Cuando iba a ejecutarse esa orden, me retiré a mi camarote.

Por mucha que fuese la repugnancia que me inspiraba semejante espectáculo, no pude sustraerme a la tentación de dirigir una mirada de soslayo al miserable cadáver, y vi aquellos cabellos en desorden, aquella barba erizada con que Caracciolo me había aparecido cuando le transportaron maniatado a bordo del *Foudroyant*; solamente que ahora, el color de su rostro era verde, y me pareció que le faltaban los ojos. Seguramente habían sido comidos por los cangrejos.

Comprendí el terror que esta visión hubo de haber infundido al rey Fernando, que había decretado aquella muerte, puesto que yo, que solo era culpable de haberla dejado cumplir, creí volverme loca.

Supe después por *sir* Guillermo que había seguido todos los incidentes del suceso con su habitual serenidad, que el cadáver conservaba todavía a los pies las dos balas de cañón que se le pusieron para sumergirlo, y cuyo peso de doscientas cincuenta libras no pudo impedir que el cuerpo volviese a flor de agua.

El almirante napolitano fue inhumado en la pequeña iglesia de Santa Lucía.

Cuando el *Foudroyant* ancló de nuevo en el puerto y yo, temblando por lo que acababa de ver, subí a cubierta, supe que un marinero acababa de ser condenado a muerte, por haber, en un momento de embriaguez, golpeado a un superior.

Mi corazón estaba predispuesto a la indulgencia; me parecía que si salvaba la vida de un hombre, aunque ese hombre fuese culpable, aliviaría el peso de mi pecho y que Dios me perdonarla el crimen de no haber intentado la salvación de otra vida humana.

Pregunté el nombre del marinero condenado, me dijeron que se llamaba Tomás Campbell.

Este nombre me impresionó; surgía del fondo de los recuerdos de mi juventud.

Traté de coordinar esos recuerdos, y se me representó aquel día en que, siendo yo niñera en Hawarden, encontré a las pensionistas de la señora Colmann, Tas que se burlaron de mí al verme en aquella nueva condición, y que una sola, llamada Fanny Campbell, se había separado de sus compañeras para venir a abrazarme.

No sé por qué, al oír pronunciar este nombre, tuve la certidumbre, por más que es muy común en Inglaterra, de que el condenado era pariente de la joven que me había dado una prueba de amistad cuando las demás me las daban de desdén.

Llamé al capitán Hardy, que era el oficial con quien mantenía yo más frecuentes relaciones por ser el mejor amigo de Nelson; le dije que me diese algunos pormenores acerca del infortunado Tomás Campbell y sobre todo que me dijese cuál era su tierra natal. Hardy no tenía ningún detalle relacionado con el condenado; pero hizo traer el proceso, y vi que el marinero era hijo de la pequeña ciudad de Hawarden. No me cupo ninguna duda de que se trataba del hermano de la pobre Fanny Campbell, y supliqué a Hardy que me acompañase junto al prisionero, sin enterar a nadie de ello. Hardy se resistió al principio, pero acabó por acceder. Me condujo a la bodega del buque, donde el condenado estaba aherrojado.

Al verme, su asombro no tuvo límites. Todos los marineros me conocían, y ninguno de ellos ignoraba mi intimidad con Nelson. Así que, mi presencia fue para el infeliz lo que sería un rayo de luz penetrando en la eterna noche de los réprobos.

Al principio, en su asombro, parecía no comprender mis preguntas, y titubeaba en responderme.

Le pregunté si era de Hawarden; me respondió que sí; si tenía una hermana, y la respuesta fue también afirmativa.

Le dije que yo había conocido a su hermana.

Sacudió la cabeza.

—Le aseguro que la he conocido insistí.

—¿Cómo es posible —objetó— que una señora como usted pueda haber conocido a una humilde muchacha hija del sargento de marina Juan Campbell?

—La he conocido —repetí—, y se llamaba Fanny.

Se estremeció.

—Es verdad —dijo—. Puesto que usted ha conocido a mi hermana —añadió al cabo de un rato—, y que su visita prueba que le merece algún interés un pobre condenado, le dirigiré una súplica.

—Hágala usted, amigo mío.

—Mi hermana se ha casado con el pastor protestante de una pequeña comarca situada entre Hawarden y Northop.

—¿You-Law, quizás?

—Justamente —exclamó Tomás—. ¿Cómo puede usted saberlo?

—No le importe; ya ve usted que lo sé.

—Pues bien, señora, no me olvide usted; y cuando yo haya dejado de existir, escriba a mi hermana (yo no sé escribir) que he muerto, pero sin decirle de qué muerte; dígame usted que niegue por mí, y, como es una joven muy piadosa, no dejará de hacerlo.

—¿Eso es todo lo que usted desea, amigo mío? —pregunté.

—¡Oh, Dios mío, sí, señora! He sido condenado con justicia; he faltado a un superior... Este endiablado vino del Vesubio es el culpable; lo he bebido como si fuese cerveza y sin sospechar que quemaba como el fuego. La cabeza se me fue, y he cometido el crimen. Pero espero que Dios misericordioso tendrá en cuenta que en los diez años que sirvo a Su Majestad Británica no he sido castigado más que tres veces. Es cierto que la tercera valdrá por todas.

—Mi querido Hardy, sé todo lo que quería saber —dije—. Dejemos a este pobre muchacho con sus remordimientos.

Y añadí en voz baja:

—Que espero serán todo su castigo.

Hardy me miró y movió la cabeza.

Subí y fui a encontrar a Nelson.

—Mi querido Horacio —le dije—, tengo necesidad de contarle una historia. Cuando mi madre servía en una granja, pudo, gracias a un pequeño legado que le hizo un antiguo señor a quien había servido, hacerme entrar como pensionista en un colegio, donde, en un año, aprendí a leer y escribir, un poco de música y dibujo. Pero, al año, faltaron los recursos y tuve que salir del colegio para entrar a desempeñar el cargo de niñera en casa de un excelente hombre llamado Hawarden. Cierta día que paseaba por el prado a los niños de la casa, pasaron por allí mis antiguas discípulas a las cuales había yo aventajado frecuentemente en nuestros respectivos ejercicios, y como casi todas eran señoritas distinguidas, ridiculizaron mi humilde posición y mi pobre vestido, que era de camarera.

—¡Pobre Emma querida! —dijo Nelson estrechándome la mano.

—Una sola se apartó del grupo, vino hacia mí, y, viendo que lloraba, enjugó mis lágrimas con su pañuelo, me abrazó y díjome: «¡Oh! Emma, yo no soy como estas ruines muchachas. Yo te amo siempre». Y, mezclando sus lágrimas con las mías, me abrazó por segunda vez, y fue a reunirse con sus compañeras, que la acogieron con risas burlonas.

—Era una buena joven esa que tal hizo —dijo Nelson—, y quisiera saber su nombre y el lugar de su residencia, para dotarla si no se ha casado aún.

—Tiene ahora treinta y cuatro años, está casada y es feliz.

—¡Ah! tanto mejor.

—Pero tiene un hermano que se encuentra en una difícil situación. ¿Debo yo abandonar a ese hermano, o por gratitud a la hermana, intentar sacarle de la posición apurada en que se halla?

—Mi querida Emma —dijo Nelson—, abandonar a ese hombre después de la acción de su hermana, sería una ingratitud, y no creo que sea posible en usted tan bajo defecto.

—¿Secundaría usted mis deseos de desquitarme con Fanny?

—Sí, en el supuesto de que esté en mis atribuciones.

—¿Me da usted su palabra?

—A fe de Nelson.

—Pues bien, mi querido Horacio —le dije rodeándole el cuello con mi brazo y apoyando los labios en la cicatriz de su frente—, esa buena joven se llama Fanny Campbell, y su hermano Tomás Campbell ha sido hoy condenado a muerte por el Consejo de guerra.

—¡Ah! —repuso Nelson frunciendo el ceño—, eso es más grave de lo que yo creía, mi querida Emma.

—¿Se niega usted?

—No digo tanto; busco un medio de conciliarlo todo.

—¡Cómo!, ¿conciliarlo todo? Esto me parece difícil; usted no puede hacer que la sentencia se cumpla y al mismo tiempo que no se cumpla.

—No; pero puedo, hasta el último instante, dejarle creer que será ahorcado, y, llegado ese supremo momento, usted aparecerá y le salvará. ¿No es así, según nos contaba *sir* Guillermo el otro día, como ocurría el desenlace de las tragedias antiguas? Un dios o una diosa se presentaba, y el culpable era salvado. Estamos en el país que simboliza la antigüedad; tomemos su ejemplo.

Sentía cierta repugnancia en aceptar el papel que Nelson me señalaba en aquella comedia que prolongaba quince o más horas las congojas de un desgraciado; pero Nelson no quiso escuchar ninguna forma de transacción, y no hubo más remedio que esperar el perdón en la forma que lo proponía, o de lo contrario renunciar a él.

Al otro día, todo se ejecutó como Nelson quería. Por la mañana, los marineros y los soldados de marina formaron en el puente, trajeron al culpable y los tambores redoblaron; la cuerda fatal colgaba de la antena, el nudo corredizo se había pasado ya al cuello del condenado, cuando, de acuerdo con lo convenido de antemano, yo me presenté y pedí el perdón, que me fue otorgado.

El pobre diablo, que se había mostrado muy entero en presencia de la muerte, perdió su valor cuando se le concedió la vida, y se desvaneció.

Le hicieron volver en sí arrojándolo a la cara un cubo de agua de mar; después le llevaron nuevamente a la bodega y le pusieron los grillos. Al cabo de ocho días vino a darme las gracias.

—¿Y qué —le pregunté—, continuarás bebiendo vino del Vesubio?

—¡Oh!, ¡ni vino ni cerveza, *milady*! —respondió—. He jurado no beber sino agua en lo que me reste de vida.

Supe que hasta 1801, es decir, hasta el bombardeo de Copenhague, donde fue muerto, Tomás Campbell había fielmente mantenido su palabra.

El Rey hizo en Nápoles todo lo que se propuso. Creó un Consejo que entró en funciones inmediatamente: del 6 de julio al 3 de agosto, no transcurrió un solo día sin llevarse a cabo una ejecución capital.

Expuso Nelson su deseo de volver a Palermo. Nelson se hizo a la vela el 6 de agosto y el 8 estábamos de regreso en la capital de Sicilia.

Encontré a Carolina tan buena y afectuosa conmigo como siempre. Díjome que en el espacio de ocho días había recibido dos dimisiones del cardenal Ruffo, y que una y otra vez se había negado a aceptarla, porque, según manifestaba ella, precisaba por algún tiempo más de la popularidad de aquel hombre.

XCI

Algún tiempo después de nuestra llegada a Palermo, el Rey se puso de acuerdo acerca de los regalos que se proponía hacer a los que, en la última campaña, habían desempeñado un papel activo. Nelson estaba ya recompensado, y no podía darle nada más.

Todos los capitanes que servían bajo sus órdenes recibieron una caja o una tabaquera adornada de brillantes; la de Troubridge llevaba el retrato del Rey en el centro, y Su Majestad le hizo además otro presente de una hermosa sortija con un brillante valorada en más de dos mil ducados.

El día 20 de septiembre, fecha en que Nelson cumplía cuarenta y un años, la reina Carolina le escribió de su puño y letra el siguiente billete, que firmó con su nombre de pila, Carlota, que era el que usaba en todos los actos no políticos; Carolina era su nombre de Reina.

Palermo, 20 de septiembre de 1799.

Mi digno y estimado lord Nelson: reciba usted mis sinceros votos en ocasión del aniversario de su natalicio.

Nos ha dado usted motivos para que le estemos eternamente agradecidos. Todo se lo debemos, y crea usted que su recuerdo queda grabado con caracteres indelebles en nuestros corazones; porque, hablando así, me constituyo simplemente en intérprete del Rey y de toda mi querida familia, quienes, haciendo coro conmigo, le aseguran su profunda gratitud y elevan al Cielo fervientes votos por su dicha y por su larga vida. Acepte usted, pues, el testimonio de una familia, de una nación entera que comprende cuánto a usted debe, y crea que mientras viva seré su muy afectuosa

CARLOTA.

Aquel mes de septiembre en que Nelson cumplió cuarenta y un años de edad, y durante el cual un hombre en quien nadie pensaba, por creérsele encerrado en Egipto, hacía rumbo a Francia, aquel mes, digo, vio pasar en Palermo muy extrañas escenas.

La flota turca estaba, con la inglesa, en el puerto de Palermo; pero, aunque ingleses y turcos se hubiesen juntado para la misma causa, existía una grande diferencia en el modo de ser tratados los oficiales de ambas naciones.

Los soldados y oficiales ingleses eran heréticos; pero los turcos eran una cosa muy distinta: eran infieles.

Los oficiales ingleses eran recibidos en el mundo social, y, forzoso es decirlo, no eran tratados mal por las damas sicilianas; los soldados, por su parte, tenían relaciones en la ciudad y parecían muy satisfechos de la acogida que se les dispensaba.

Pero la repugnancia de los sicilianos y sobre todo de las sicilianas por los sectarios del Profeta era tal, que una mujer cubierta de harapos y pidiendo limosna en la vía pública no habría permitido que un turco se acercase a ella, aunque la hubiese

pesado en oro y hecho reina.

Resultaba de ello que los musulmanes, resueltos a tomar por la fuerza ciertos favores que no se les quería otorgar de buen grado, acosaban a todas las mujeres que encontraban en los barrios apartados y hasta en los céntricos, intentando forzarlas si no llevaban compañía, o bien procurando llevarlas a bordo de sus buques, si las encontraban en el puerto o en lugares inmediatos al mar.

Un día, en la Marina, en pleno movimiento de gente y carruajes, dos turcos se apoderaron de una mujer y la llevaron, no obstante sus gritos, hacia una barca donde eran esperados por sus compañeros. Felizmente, a los gritos de la víctima, acudieron algunos marineros. Uno de los dos turcos quedó en la playa, herido de una cuchillada; el otro pudo llegar a la barca y escapar.

Se llegó al extremo de que, no solamente en calles y paseos, sino hasta en el interior de las casas eran ultrajadas las mujeres. Tales desmanes originaban a diario riñas sangrientas, en las cuales salían a relucir los cuchillos y puñales sicilianos contra las armas de fuego de los turcos.

Cuando un soldado o un oficial de la flota turca se aventuraba por algún paraje apartado, era cosa cierta que al otro día se encontraba su cuerpo cosido a puñaladas.

En fin, el odio que inspiraban los turcos era tan profundo, que si se hablaba de ellos delante de un siciliano, este palidecía en el acto o instintivamente acariciaba el mango de su puñal.

He aquí un sucedido que levantó mucha polvareda.

Entre los concurrentes a nuestras tertulias había dos jóvenes de veintidós a veinticuatro años, ambos muy elegantes y buenos mozos; el uno se llamaba el príncipe de Sciarra, el otro el caballero Palmieri de Micciche. Pues bien, cierto día, sea que los turcos hubiesen tomado al Príncipe por una mujer vestida en traje de hombre, sea que para ellos el sexo fuese cosa de poca monta, seis u ocho turcos se arrojaron sobre el joven Príncipe y probaron a llevárselo. Afortunadamente, Micciche acudió en socorro de su amigo, armado de un estoque; pero sin duda habrían sucumbido ambos jóvenes, si cinco o seis hombres del pueblo no hubiesen corrido a protegerlos contra sus agresores. En la refriega, dos sicilianos resultaron heridos y muerto un turco.

A cada instante se esperaba la reproducción de las Vísperas Sicilianas, provocadas esta vez por los desmanes musulmanes.

El 8 de septiembre, a la una de la tarde, en la calle de Montreale, dos turcos entraron de improviso en una zapatería, y mientras uno de ellos se precipitaba sobre la mujer y le ponía un pañuelo en la boca para evitar que gritase, el otro, blandiendo la cimitarra, amenazaba a los obreros; pero estos no se amedrentaron, y, esgrimiendo sus tranchetes, se arrojaron sobre los raptos, gritando:

—¡Mueran los musulmanes!, ¡mueran los turcos!, ¡mueran los infieles!

Al influjo de este clamoreo que, cual reguero de pólvora, se extendió por todos los ámbitos de la ciudad, toda Palermo se levantó lanzando un grito de exterminio, y

cada uno, empuñando la primer arma que tuvo a mano, corrió tras los musulmanes lo mismo que si fuesen animales dañinos.

Bien pudieron ver los turcos que esta vez no se trataba va de una riña individual, sino de un levantamiento general; las puertas se cerraban a los fugitivos que en vano imploraban un refugio; de los balcones se les arrojaba a la cabeza tiestos, mesas y sillas.

Momento hubo en que desde un extremo al otro de la ciudad solo se oían disparos, imprecaciones, gritos de dolor, juramentos de desesperación, estertores de agonía.

Dos horas duró la persecución; los doscientos o trescientos turcos que en aquella ocasión se encontraban en la ciudad, mordieron el polvo; cincuenta escasamente se salvaron, unos tirándose al mar, otros corriendo a los botes que tenían atracados al muelle.

El almirante turco se encontraba a la sazón en su navío; al saber lo que ocurría, apuntó los cañones; pero Nelson, que estaba al corriente de la situación y que hacía mucho tiempo que llegaban a sus oídos las quejas formuladas contra los turcos, desplegó su escuadra en orden de batalla, y mandó advertir a su colega que al primer disparo que hiciesen los cañones otomanos contra la ciudad, la flota inglesa echaría a pique a la turca. Este aviso bastó para que el almirante musulmán volviese de su acuerdo.

He hablado de un hombre que durante aquel lapso de tiempo y sin que nadie llegase a sospecharlo, salía de Egipto, posaba entre Malta y el cabo Bueno, y navegaba con rumbo a Francia, en donde su regreso iba a cambiar la faz de Europa. Ese hombre era Bonaparte.

Se conoce el modo cómo, después de haber reducido momentáneamente a la Sublime Puerta a la impotencia por las dos victorias del monte Thabor y Aboukir, logró embarcarse en el *Muiron* y burlar la vigilancia de los cruceros ingleses; se sabe también cómo llegó el 8 de octubre a Fréjus, el 16 a París, y cómo, en fin, el 9 de noviembre dio el golpe de Estado conocido por el nombre de 18 brumario.

La nueva de estos hechos extraordinarios impresionó profundamente a la corte de Palermo; pero pronto sobrevinieron otros acontecimientos que nos eran personales y que nos obligaron a desviar nuestra atención de los asuntos públicos para dirigirla a nuestras individuales conveniencias.

El sesgo que tomaban las cosas en Francia y la necesidad de estrechar el bloqueo de Malta obligaron a Nelson a separarse de nosotros para efectuar un crucero por las costas occidentales de Italia y golfo de Lyón.

Durante ese crucero, recibió inesperadamente aviso de que lord Keith acababa de ser nombrado comandante en jefe de las fuerzas del Mediterráneo, cargo que Nelson ejercía de hecho hacía dos años. Al mismo tiempo, supimos que *sir* Arturo Paget había sido nombrado ministro de Inglaterra cerca del Gobierno de las Dos Sicilias, en sustitución de *sir* Guillermo Hamilton.

Eso equivalía a desaprobación todo lo que lord Nelson y *sir* Guillermo habían hecho en Nápoles, y era también un rudo golpe, pues suponía la pérdida del favor.

Puedo decir que la corte de las Dos Sicilias lo sintió tanto como nosotros.

Nelson se sentía cruelmente lastimado, en su dignidad de marino y en su amor de hombre.

En cuanto a *sir* Guillermo, estaba sencillamente furioso; se hubiese dicho que estaba más interesado que yo en no separarse de Nelson.

El 3 de febrero de 1800, milord nos escribía, o mejor dicho, me escribía:

Querida *lady* Hamilton: habiéndose nombrado un comandante en jefe, no puedo reunirme con usted sin antes haberle presentado mis respetos. ¡Los tiempos han cambiado!... Pero, si él no viene aquí, no seré yo el que le espere. He enviado a Allen a informarse de cómo sigue usted. Escríbame usted una palabra. Tengo el corazón lleno de angustias.

Que Dios la bendiga, mi querida *lady*, y crea firmemente que nunca dejaré de ser su afectuoso,

NELSON.

Cogí la pluma y me apresuré a responder a Nelson. Sabía lo mucho que sufría y cuánto le aliviarían unas cuantas palabras mías.

El almirante Keith se reunió bastante pronto con su ilustre colega para que este no viniese solo a Palermo. Ambos partieron juntos, el almirante Keith montando el *Reina Carlota*, y Nelson el *Foudroyant*. Llegaron el 6 de febrero, y Nelson vino a ponerse de acuerdo con nosotros. Se convino que *sir* Guillermo y yo dejaríamos la corte de Nápoles, y Nelson presentaría su dimisión, o cuando menos pediría una licencia.

El 9 por la mañana, el Rey fue a visitar a lord Keith a bordo del *Reina Carlota*, y al día siguiente hizo igualmente una visita al *Foudroyant*.

Este último buque recibió algunas tropas sicilianas, y el 12, después de haberse despedido de nosotros, Nelson partió de nuevo para efectuar su crucero, siempre en compañía, del *Reina Carlota*, mandado por el almirante Keith.

En la mañana del 18 encontraron una flotilla francesa, mandada por el contraalmirante Porree, que montaba el *Gèneroux*, barco de setenta y cuatro cañones, y que, procedente de Tolón, transportaba tropas a Malta. Nelson atacó inmediatamente a la flotilla, y después de un combate encarnizado, en el que Perrée cayó mortalmente herido, el *Gèneroux* fue apresado.

El almirante francés murió al día siguiente, 19.

El mismo día, el mayor de división Poulain escribió a Nelson para suplicarle mandase tributar honores fúnebres al comandante de las fuerzas navales de Francia en el Mediterráneo, invocando la fraternidad del valor que combate al enemigo cuando vive, pero que sabe honrarle después cuando ha muerto.

Me es satisfactorio decir que tal solicitud fue atendida.

Algunos días más tarde, el 24 de febrero, lord Keith dio a Nelson orden de dirigirse al bloqueo de Malta, *para llenar cualquier servicio de importancia pública*,

o más bien, en realidad, conforme se verá, para alejarle de mí. Esa orden iba acompañada de instrucciones especiales acerca de lo que habría que hacer en el caso de que la Valette se rindiese. El almirante añadía que, encontrándose demasiado lejos Palermo, Nelson debía elegir, como punto de reunión, Siracusa, Mesina o Augusta.

Esta orden llevó al colmo la desesperación de Nelson. La recompensa que por sus altos servicios merecía, era una mezquina persecución, que ahondaba en lo más íntimo de su vida privada y le hería en lo más profundo de su corazón.

El mismo día respondió en los términos siguientes:

Milord: mi estado de salud es tan precario, que me es imposible continuar aquí. Si me quedo, soy hombre muerto. Ruego a usted, pues, acepte la petición que formulo de obtener algunas semanas de licencia para ir a reunirme con mis amigos, en Palermo. Dejaré el mando al comodoro Troubridge. Solo la absoluta, necesidad me obliga a escribirle esta carta.

Con el mayor respeto, soy etc.

NELSON.

Esta carta no impidió que Nelson fuese retenido, bien a pesar suyo, en el bloqueo de Malta; pero, al fin, el 10 de marzo, sin esperar la rendición de la Valette ni el permiso de lord Keith, se hizo a la vela con rumbo a Palermo, a cuyo puerto llegó en ocasión de celebrarse el matrimonio del general Acton, que contaba sesenta y siete años de edad, con su sobrina, jovencita de catorce primaveras. Digamos de paso que el general tuvo tres hijos de este matrimonio.

Creo haber dejado entender que, de mucho tiempo atrás, no existía ninguna intimidad entre él y la Reina; si yo tuviese que señalar la fecha en que esa intimidad cesó, la haría remontar a la muerte del príncipe de Caramanico.

Grande fue la alegría de Nelson cuando volvió a vernos. Debo manifestar que, salvo el deseo de reunirse con nosotros, estaba realmente muy enfermo; además, un nuevo disfavor, que él consideró como un insulto, llevó al máximo grado su resentimiento hacia la corte de Inglaterra.

Desde la ocupación de la isla de Malta por los franceses, la Orden de Malta había caído en desuso. Pero Pablo I se había declarado Gran Maestro de esta Orden y distribuía los nombramientos de la misma.

A solicitud de Nelson, el Emperador envió una credencial de gran cruz, con una encomienda honorífica, al capitán Ball; y, al mismo tiempo que *sir* Carlos Whitworth pasaba aviso a milord, le anunciaba que yo había, sido nombrada dama pequeña cruz de la Orden.

Sir Guillermo envió a la cancillería de Londres la carta de *sir* Carlos Whitworth y el nombramiento, pidiendo para mí el permiso de llevar esta cruz.

La cancillería no se dignó responder siquiera; Nelson escribió a su vez, y con el mismo resultado.

A partir de entonces, Nelson tomó una resolución: decidió a pedir, sino su retiro, al menos una licencia, que pasaría con nosotros en Londres. Además, como en

este intervalo, *sir* Arturo Paget, sustituto de *sir* Guillermo Hamilton, había llegado, y mi esposo, que no quería darle ninguna cuenta de la situación, le había abandonado la Embajada, el hotel y los archivos, resolvimos, por tales razones, salir de Palermo, embarcarnos en el *Foudroyant* y marchar a Nápoles para pasar un par de meses allí. Transcurridos esos dos meses, volveríamos a Palermo, recogeríamos a la Reina, la acompañaríamos hasta Viena, a donde se proponía ir, y cuando ella volviese a Nápoles, continuaríamos nuestro viaje a Londres.

Así, pues, en los primeros días de abril, *sir* Guillermo y yo nos despedimos temporalmente de la familia real, y partimos en el *Foudroyant*.

Debíamos regresar más pronto de lo que habíamos decidido.

He dicho que la vuelta de Bonaparte a Francia iba a cambiar la faz de Europa, y, en efecto, había cambiado ya la de Francia. Una vez disuelto el Directorio, una vez nombrado primer cónsul, Bonaparte volvió sus miradas hacia Italia, reconquistada por Suvorof y Mêlas.

Solo este se había quedado en Italia; Suvorof, derrotado por Massena en Zurich, había ido a notificar su desastre a Pablo I.

A fines de mayo se supo que Bonaparte acababa de atravesar los Alpes con un ejército de 40.000 hombres.

La Reina consideró que había llegado el momento de ir a hacer una visita a su sobrino. La fortuna de Bonaparte podía acompañarle desde las orillas del Nilo a las orillas del Pó, y en ese caso, ¿quién podía adivinar la magnitud de las consecuencias que para Italia tendría una victoria de los franceses?

Nelson debía, con el *Foudroyant*, ponerse al servicio de la Reina, cuya partida se había fijado para el 8 de junio; pero esa partida sufrió un retardo de dos días.

Por fin, el 10 de junio, la Reina, las tres Princesas, el príncipe Leopoldo, *sir* Guillermo y yo, nos embarcamos en el *Foudroyant*, que partió para Liorna en compañía del *Princesa Carlota*, del *Alexandre* y del correo napolitano. La travesía fue excelente, y con una buena brisa llegamos el 14 a Liorna, o sea el mismo día en que Bonaparte ganaba la batalla de Marengo.

Hasta el 16 no pudimos bajar a tierra, a causa de la fuerte marejada que reinaba.

El 16, a las nueve de la mañana, fuimos a tierra en la canoa de lord Nelson. La llegada de la Reina atrajo un gentío inmenso al embarcadero de los Finocchetti. Al poner el pie en tierra, Carolina fue cumplimentada por el general barón de Fenzel, por el gobernador de Liorna y por el duque de Strozzi, a quien el gran Duque había designado para acompañar a la Reina, mientras que el caballero Sergardi, administrador general de los bienes de la Corona, debía costear todos los gastos que la Reina hiciese durante su estancia en Toscana.

Subimos en las carrozas que nos esperaban, y nos encaminamos a la catedral, donde se cantó un *Te Deum* en acción de gracias por el feliz viaje de la reina de Nápoles.

Al llegar a palacio, encontramos a la duquesa de Atri, que había, venido

expresamente de Florencia para recibir a la Reina, y por la noche fuimos al teatro, donde nos recibieron con frenéticos aplausos.

Ignorábamos todavía que se hubiese librado una batalla, ante los muros de Alejandría.

XCII

El primer cuidado de la Reina al bajar a tierra, fue pedir noticias del ejército de Italia. Un doble motivo la impulsaba: por lo pronto, la influencia que una victoria o una derrota de Bonaparte podía ejercer en los destinos del reino de las Dos Sicilias, y luego la seguridad de su viaje a Viena. Por desgracia, ninguna de las personas a quienes consultó estaba mejor informada que ella. En vista de tal dificultad, envió al barón de Rosenheim, puesto a su servicio, con encargo de que se pusiese en comunicación con los generales austríacos; y le hizo acompañar de dos correos que el Barón debía despachar a medida que fuese adquiriendo noticias del ejército.

El 17 por la noche, M. de Sommariva vino de Florencia; por él supimos que Bonaparte personalmente mandaba el ejército francés; que los franceses disponían de mucha caballería, y que los ejércitos se encontraban entre Alejandría y Tortona, a punto de chocar entre sí. En cualquier caso, M. de Sommariva manifestó a la Reina que podía considerarse completamente segura en Liorna. Sin embargo, era cosa fácil de ver que quien así hablaba, deseando tranquilizarnos, distaba mucho de sentirse tranquilo.

El mismo día por la noche volvió a salir para Florencia.

Al día siguiente circuló la noticia de que los franceses habían sido completamente derrotados. Se cree fácilmente aquello que se desea; la Reina nos dio a todos esta buena noticia.

Pero en la noche del 18 al 19 Nelson recibió la visita de un oficial inglés enviado por lord Keith, con una carta que le anunciaba haberse firmado un armisticio entre los ejércitos francés y austriaco, y que en dicho armisticio quedaba estipulado que los austriacos evacuarían todas las plazas fuertes del territorio de Génova, las cuales serían devueltas a los franceses.

Esta primera parte de la carta del comandante inglés no concordaba mucho con lo que nos habían dicho el día antes, de un supuesto descalabro de los franceses; pero el resto de su contenido era aún más alarmante para nosotros.

Lord Keith ordenaba a Nelson reunir en el acto todos los buques que tenía a sus órdenes y dirigirse con ellos al golfo de Spezzia, a fin de desmontar y llevarse de todos los fuertes y particularmente del de Santa María, todas las piezas de artillería, o cuando menos inutilizarlas en forma que no pudiesen servir a los franceses.

Estas noticias nos consternaron. Indudablemente, semejante acuerdo no podía haber sido firmado sino después de una batalla, y en esa batalla, los austríacos habían sido vencidos, sin ningún género de duda.

La orden transmitida a Nelson de dejarlo todo para encaminarse a Spezzia nos afligía; la Reina veía fundadamente en Nelson a su único apoyo, y sin Nelson, se consideraba perdida.

Pero milord no nos dejó mucho tiempo en este angustioso estado. Manifestó que, bajo ningún pretexto, abandonaría a la Reina, en la situación en que se encontraba, y en consecuencia, para ejecutar las órdenes de lord Keith, envió a Spezzia el *Alexandre* y la *Dorothee*, y se quedó en Liorna con el *Foudroyant*, el *Vasco de Gama*, navío portugués, y las corbetas y fragatas sicilianas que se encontraban en el puerto de Liorna.

Esta resolución nos tranquilizó momentáneamente. Pero bien pronto llegó el barón de Rosenheim, a quien, conforme se recordará, se había enviado a inquirir noticias. Dijo que en Génova se encontró con el general austríaco Hohenzollern, y que este le había hecho leer un convenio entre el general Mélas y el general Berthier, convenio en el que se acordó una suspensión de armas entre ambos ejércitos, que no podían reanudar las hostilidades durante diez días. Entretanto, los austríacos debían entregar a los franceses todas las plazas fuertes que estuviesen en su poder, esto es, Génova, Savona, Coni, Alejandría, Tortona, Mondovi, la ciudadela de Milán, la de Turín, el fuerte de Urbino, conservando en su poder solamente Mantua, Ferrara, Peschiera, Verona y Ancona. La causa que se atribuía a ese desesperante armisticio, era una batalla que hubo de haberse librado el día 14 en Marengo, entre la Bormida y la Scrivia, y en la que Mélas, después de haber obtenido al principio alguna ventaja sobre el enemigo, había sido, al fin, completamente derrotado.

Es de comprender cuál sería la desesperación de la Reina y de toda la familia real ante semejante noticia. La Reina, sobre todo, cayó en una postración profunda, después de haber sido acometida de un violento ataque de nervios. Pero la cosa aumentó, adquirió mayor gravedad cuando Nelson, tan desesperado como nosotros, trajo a *sir* Guillermo, pues no se atrevió remitirlo ni a mí ni a la Reina, el siguiente billete, que acababa de recibir de lord Keith:

Génova, 21 de junio de 1800.

Acabo de ver a un hombre que se ha separado de Bonaparte. Ese Bonaparte dice públicamente que antes de concertar la paz, le queda una potencia por reducir en Italia... Deje que la Reina parta para Viena, lo más pronto que lo sea posible. Si la flota francesa llega a Sicilia un día antes que la nuestra, Sicilia está perdida, porque es incapaz de resistir un solo día.

KEITH.

La carta era tan apremiante, que, no obstante el estado de salud de la Reina, se resolvió enterar a Carolina de su contenido. Con este objeto, se celebró una especie de Consejo en su cámara, a fin de que cada uno diese su parecer acerca de la resolución que tuviese por más acertada en tales circunstancias. Carolina, convencida de la inminencia del peligro, quería partir al instante, conforme le aconsejaba lord Keith; pero *sir* Guillermo y Nelson opinaron lo contrario, esto es, que debía continuar en Liorna, donde tenía siempre a su disposición los buques de la escuadra inglesa, y no partir hasta después de haber recibido noticias de Viena referentes al estado de cosas en la Corte de su sobrino. El príncipe de Castelcicala fue de este parecer, que al

fin prevaleció, y se resolvió no salir de Liorna.

Sin embargo, a fines del mes de junio la Reina decidió proseguir su viaje en dirección a Alemania.

Nelson manifestó a lord Keith su resolución de regresar a Inglaterra, y lord Keith puso a su disposición uno de los barcos de la flota; pero, así como yo quería pasar por Viena para no dejar a la Reina, así también Nelson resolvió hacer el mismo camino para no desarme a mí.

Carolina escribió al comandante de Ancona para preguntarle si en aquel puerto había algún navío que pudiese conducirla a Fiume, y de Fiume a Venecia.

Estando en los preparativos de viaje, la Reina recibió una carta de la emperatriz su sobrina. La Emperatriz suplicaba a María Carolina que por ningún concepto desistiese de su viaje a Viena. Decía que consideraba de verdadera necesidad ese viaje, y la invitaba a enviar un mensajero al general Mélas, a fin de que este le indicase la ruta que debía seguir. Se lamentaba de lo que estaba sucediendo en Italia; pero declaraba que después de la catástrofe de Marengo, Mélas no pudo dejar de firmar el armisticio. Finalmente, nada bueno esperaba de la renovación de las hostilidades, y, por su parte, se inclinaba por una paz sólida y honrosa.

Entretanto, supimos que un destacamento francés, compuesto de trescientos veintiséis hombres, con artillería, había entrado en Lucques, y esta, noticia determinó a la Reina a partir inmediatamente y dirigirse a Ancolia por la vía terrestre.

Partió con sus hijos, las tres Princesitas y el joven Príncipe, y se acordó que nosotros la seguiríamos. Tenía tanto afán de alejarse de los franceses, que se puso en camino hacia Florencia sin esperar los demás carruajes y sin tomar ninguna precaución.

Lord Nelson, *sir* Guillermo y yo partimos al día siguiente, 11 de julio.

Este viaje, además del peligro que ofrecía, no debía hacerse sin grandes fatigas. Malos caminos y malos carruajes, en vez de un mar casi siempre sosegado en el mes de julio, y buenos camarotes con todas las comodidades de la vida. Por colmo de inconvenientes, después de haber recorrido cien leguas en tales condiciones, alguna polacra austríaca, algún barco pesquero de la Dalmacia para transportarnos a Trieste. Por todo eso, lord Nelson había, hasta el último instante, desaprobado esta forma de viajar; como buen marino, Nelson encontraba más cómodo doblar el extremo de Calabria y entrar en el Adriático a bordo del *Alexandre*. Respecto a mí, confieso que prefería el viaje por tierra, por molesto que fuese. En cuanto a *sir* Guillermo, estaba tan enfermo, que creía no llegar vivo a Ancona, pero su fidelidad a la Reina lo obligaba, a seguirla, aun con riesgo de su vida.

Empleamos veintiséis horas en el trayecto de Liorna a Florencia, a causa de las marchas y contramarchas que los franceses nos obligaban a hacer. En Castel-San-Giovanni volcó nuestro carruaje. *Sir* Guillermo sufrió una ligera contusión en la rodilla, y yo la luxación de un hombro. Un médico rural me hizo la primera cura, que me produjo horribles dolores. Un carretero reparó los desperfectos del vehículo; pero

la rueda volvió a romperse en Arezzo.

Como los franceses se aproximaban y eran necesarios dos días para poner el carruaje en buen estado, resolvimos cambiarlo por otro, el primero que nos presentaron. Nuestros sirvientes, que podían caer impunemente en poder de los franceses, por ser individuos de menos importancia, se quedaron en Arezzo, con encargo de que, una vez reparado el coche, viniesen a reunirse con nosotros.

Continuamos, pues, nuestra marcha a través de comarcas miserables y por caminos infernales.

Al llegar a Ancona, la Reina encontró una fragata austríaca, la *Bellone*, preparada para recibirla junto con las personas de su séquito. El mismo día pasó a bordo del buque; pero, una vez instalada, dudó entre quedarse en él o desembarcar, y, cuando tres días después llegamos nosotros, estaba incierta aún sobre el partido que tomaría: sentía, deseos, nos dijo, de pedir hospitalidad a la escuadra rusa, compuesta de tres fragatas y un bergantín. Nelson, que tenía poca fe en los marinos austriacos, la animó en ese proyecto. Por otro lado, para recibir convenientemente a la familia real y a las personas que la acompañaban, la fragata austríaca había tenido necesidad de reducir el número de sus cañones a veinticuatro, y como los franceses eran dueños de las costas de la Dalmacia, hubiesen podido con una flotilla de lanchas, apoderarse de la *Bellone* al abordaje.

Pero, por desgracia, la fragata que montaba el jefe de la escuadra rusa no estaba preparada para el honor que la Reina le dispensaba, y el comandante solo pudo ofrecer su cámara a la familia real; de suerte, que nosotros tuvimos necesidad de embarcar en otra fragata.

Sir Guillermo se sentía tan enfermo, que todos los médicos le habían desahuciado, y los menos pesimistas en sus pronósticos decían que acaso llegaría a Trieste, pero que, con toda seguridad, su mal habría acabado con él antes de llegar a Viena.

Contra todo lo que se esperaba, *sir* Guillermo se encontró algo mejor al llegar a Trieste, después de una buena travesía, y el resto del viaje se realizó en las condiciones más favorables.

En Viena, gracias a la viva amistad que me profesaba la Reina, fui admirablemente recibida por el Emperador, la Emperatriz y toda la familia imperial.

La convalecencia de *sir* Guillermo, que duró seis semanas, nos retuvo en la capital de Austria más tiempo del calculado por nosotros, pero no por eso dejé de concurrir a las fiestas que se organizaron, pues *sir* Guillermo exigió que me presentase en sociedad acompañada de Nelson, lo mismo que si él se hubiese encontrado en buena salud.

Ya era tiempo, en verdad, de que María Carolina se trasladase a Viena para defender sus intereses; en su ausencia, nadie se había ocupado en ellos.

Eso determinó a la Reina a tomar una grande resolución.

Viendo que el emperador Francisco no había hecho ningún pacto que tuviese

relación con ella, viendo que los ingleses defendían la Sicilia, cuyos puertos podían utilizar, pero abandonaban a Nápoles, que de nada podía servirles, resolvió partir para San Petersburgo y pedir un apoyo al Emperador Pablo.

Esta tentativa obtuvo el éxito que la Reina esperaba. Pablo I estaba a la sazón en muy buenas relaciones con Bonaparte, y era evidente que este, deseoso de conservar una amistad tan poderosa, haría todo lo que el Emperador le pidiese.

Pablo I escribió al primer cónsul una carta muy fogosa, pero exigió de Carolina, en el caso de lograr que se firmase un tratado de paz entre Francia y Nápoles, el juramento de que ese tratado sería rigurosamente observado.

El general Lavachef, montero mayor de Pablo, fue enviado al primer cónsul, portador de la carta del czar y fiador de la promesa de la Reina; de suerte que el 6 de abril de 1801 se concertó un armisticio en Foligno entre el caballero Micheroux y el general Murat. A ese armisticio siguió muy pronto un tratado definitivo.

Uno de los artículos del tratado estipulaba que los súbditos del rey de Nápoles que habían sido desterrados, encarcelados u obligados a huir por causas políticas, podrían regresar libremente a su patria y recobrarían la posesión de sus bienes.

¡Desgraciadamente, era demasiado tarde para muchos de ellos! Los tribunales habían funcionado, y todo el año 1799 y principios del siguiente fueron testigos de terribles ejecuciones, entre otras, la del infortunado Domingo Cirillo, a quien no pudimos salvar de la cólera de Fernando, por más que la Reina, a solicitud mía, pidió de rodillas el perdón.

Nuestra estancia en Viena fue una fiesta no interrumpida. El príncipe y la princesa Estherazy particularmente, que, en un viaje que hicieron a Nápoles habían sido espléndidamente recibidos en el hotel de la Embajada inglesa, quisieron correspondernos en igual forma.

Fuimos, pues, invitados a pasar, una semana en el palacio del Príncipe, en Eisenstadt. Vimos allí una cosa singular, y por medio de la cual probablemente creyeron dispensarnos un honor.

Durante nuestra permanencia en el castillo hubo en él una guardia de cien granaderos de los cuales el de menor talla alcanzaba una altura de seis pies. A medida que se relevaban en su servicio, los que entraban de guardia se sentaban a una mesa opípara y delicada, basta que eran reemplazados por otra tanda de veinticinco.

En la capilla de palacio nos dieron un gran concierto bajo la dirección del Venerable Haydn, que entonces tenía sesenta y nueve años. Su famoso oratorio de la *Creación* fue ejecutado en nuestro honor.

A su regreso de San Petersburgo, la reina de Nápoles me rogó con mucha insistencia, y como se ruega a una amiga cuya presencia es indispensable, volviese con ella a Italia. Todo estaba tranquilo, el Rey había hecho su entrada en Nápoles, la paz se había celebrado; Carolina me prometía la vuelta de los hermosos días que

habían seguido a mi llegada y a la aurora encantadora de nuestra amistad.

Pero me hubiese sido preciso dejar a Nelson, lo cual habría sido una profunda ingratitud, dado que él me lo había sacrificado todo en aras de su amor.

Me mostré inflexible.

Viendo la Reina que yo estaba decidida a partir, me suplicó que aceptase, como recuerdo de su real aprecio, una renta o pensión vitalicia de mil libras esterlinas anuales.

Pero, apenas lo insinué a *sir* Guillermo:

—Somos bastante ricos —me respondió—; y, por otra parte, semejante liberalidad provocaría las sospechas del gobierno inglés.

Llegó el momento de la partida; la separación fue cruel y arrancó abundantes lágrimas. Las tres jóvenes Princesas se colgaron una tras otra a mi cuello, dando muestras de gran pesar.

La última noche la pasamos reunidos, recordando los días buenos y malos, y prometiéndonos no olvidarlos nunca.

Nos separamos, al fin, después de haberme hecho jurar la Reina volver a su lado si algún día la desgracia me perseguía. *Sir* Guillermo estaba doliente, cansado, quebrantado por los últimos acontecimientos; la Reina me dejaba traslucir que, una vez viuda y navegando Nelson, yo quedaría sola y abandonada. Esta eventualidad entraba en sus cálculos para hacerme cumplir mi promesa.

Lo que me llamaba imperiosamente a Inglaterra era sobre todo el estado en que me encontraba: estaba en cinta.

Sir Guillermo no ignoraba mi intimidad con Nelson; pero, como nuestras relaciones conyugales habían sido casi siempre las de un hermano y una hermana, nunca había mostrado sentir ni por asomo la tortura de los celos. Solamente debía yo por delicadeza disimular mi estado y alumbrar en el silencio y la soledad. Estaba agradecida a *sir* Guillermo Hamilton por tener cerrados los ojos, y no podía permitir que la malevolencia se los abriese.

Partimos para Praga, invitados por el archiduque Carlos, que nos dispuso un espléndido recibimiento. Después continuamos la marcha hacia Dresde y Hamburgo.

En esta última ciudad nos sucedió una aventura digna de ser contada, y tuvimos un encuentro no menos notable.

Al llegar al hotel, nos anunciaron que un hombre de unos sesenta años y de aspecto un tanto vulgar, insistía en hablarme.

Mandé preguntarle qué deseaba, y respondió que solo a mí quería decirlo.

Di orden de que le hiciesen venir a mi presencia.

Vi entonces a un viejecito de sesenta a setenta años, quien, algo cohibido, balbuceando un mal inglés, venía, sombrero en mano, a decirme que tenía en su bodega un vino del Rin de 1626, muy distinto, por cierto, del vino de que habla Horacio, que solo databa del consulado de Opimio, pues el vino de mi viejecito contaba ciento setenta y cinco años y hacía medio siglo que era propiedad de su

familia.

Ese vino estaba reservado, decía el visitante, para una ocasión extraordinaria, y esa ocasión se presentaba aquel día más oportuna que nunca. El buen hombre, que por espacio de cincuenta años había sido tan avaro de su vino, me suplicaba que interpusiera mis buenos oficios cerca de lord Nelson para que este se dignase aceptar cincuenta botellas de aquel vino que tendría el honor, *al mezclarse con su sangre rosa, de hacer palpitar el corazón del héroe*.

Estando en esto, entró Nelson, y, puesto al corriente del objeto de la visita del viejecito, quiso al principio rehusar; pero, vista la insistencia del obsequiante, acabó por aceptar seis botellas, a condición de que el donador comiese en su compañía el día siguiente.

La cosa fue convenida así, pero el convidado de Nelson envió doce botellas en vez de las seis convenidas, lo cual dio lugar para que Nelson manifestase que serían apuradas desde luego seis botellas, y que las seis restantes se reservarían para beberías después de cada una de las victorias que alcanzase en lo futuro, las cuales era de esperar que llegarían muy fácilmente a sumar la media docena.

Y en efecto, a su vuelta de Copenhague, en una gran comida dada por él, se descorchó una de las seis botellas, y el anfitrión brindó por aquel de quien procedían; pero, ¡ay!, en Trafalgar, aunque la victoria fue completa, las cinco últimas botellas quedaron intactas: el vencedor había caído en medio de su triunfo.

El otro recuerdo que conservo de mi paso por Hamburgo, es la visita que recibimos de Dumouriez.

Nelson nos presentó a *sir* Guillermo y a mí al ilustre vencedor de Vaimy y de Jemmapes, el cual salvó, con toda seguridad, a Francia de una invasión, y más adelante, en circunstancias que son notorias, se pasó a los austríacos con el joven duque de Orleáns, que debía contraer matrimonio con una de las jóvenes Princesas que yo había conocido recientemente en Viena.

Tenía viva curiosidad de conocer de cerca a una celebridad de quien tantas veces había oído hablar.

Dumouriez era en aquella época un hombre de sesenta y seis a sesenta y ocho años, de estatura regular, ágil y nervioso, y que parecía tener cincuenta o cincuenta y cinco años. Su fisonomía, su mirada brillante, y la tez de su rostro denunciaba al soldado que ha recorrido muchos y diferentes climas. En su frente se dibujaba la cicatriz de un sablazo. Había sido ministro de la Guerra bajo el reinado de Luis XVI, y en el período de su ministerio Francia había declarado la guerra a Austria.

Vivía en el destierro y miraba filosóficamente lo que ocurría en Francia. Debo manifestar que con penetrante mirada leía claramente en lo porvenir. Nos habló del general Bonaparte con la más viva admiración, y vaticinó para él una fortuna ascendente cuyo límite no se podía señalar.

Por nuestra parte, le dimos toda suerte de detalles referentes a las cortes de Nápoles, Palermo y Viena, y lo quedamos deudores de uno de los días más

agradables de nuestro viaje.

Solo tres días permanecimos en Hamburgo, el tiempo preciso para dar un poco de reposo a *sir* Guillermo. Nos embarcamos, y el 6 de noviembre llegamos a Yarmouth.

Era la primera vez que Nelson pisaba el suelo de Inglaterra después de la batalla del Nilo. Se le dispensó un recibimiento entusiasta. En el momento de desembarcar, la muchedumbre corrió a recibirle, gritando:

—¡Viva Nelson!

Entre frenéticos aplausos y en triunfo fue acompañado hasta la posada de Wrestler. La infantería de la ciudad desfiló bajo sus ventanas y las músicas de los regimientos le dieron una serenata. El alcalde y la corporación municipal vinieron en seguida a buscarle y le condujeron a la iglesia, donde se elevó al Cielo una acción de gracias. Cuando abandonamos la ciudad, un piquete de caballería nos acompañó un buen trecho del camino. Todos los barcos de la bahía estaban empavesados.

Estas demostraciones de admiración y entusiasmo adquirieron aún mayores proporciones en Londres. Nelson recibió en la gran capital el triunfo de Aboukir, de Nápoles y Malta, todo a la vez. A la noticia de su llegada, todos los navíos del Támesis izaron sus pabellones y banderolas. El pueblo inglés, enemigo de Francia, corrió, lleno de entusiasmo, al encuentro del destructor de la flota francesa. La gloria de Nelson había llegado a ser una especie de leyenda nacional; todo inglés, aparte el personal orgullo de ser compatriota de uno de los más ilustres marinos que han existido, creía deberle la tranquilidad de su hogar, el honor de su mujer, la prosperidad de su campo, la paz de su patria.

Nelson entró en Londres el 8 de noviembre, y se encaminó al hotel de Nèrot en Saint-James street.

Recuerdo que era un sábado.

Allí me esperaba un golpe terrible.

Hacía mucho tiempo que me preguntaba cómo se las compondría Nelson al llegar a Londres, cuando se encontrase entre *lady* Nelson y yo. Todo el mundo ensalzaba la conducta ejemplar de dicha señora. Nunca había yo abordado esta cuestión con Nelson. Con la injusticia natural que inspira una falsa posición, sentía en mi pecho el odio que profesaba a *lady* Nelson, y comprendía que, llegada la ocasión, me mostraría implacable con ella.

¡Ay de mí! confieso que me porté cruelmente con aquella excelente criatura, y que el empeño que puse en alejarla de su marido constituye hoy día uno de mis remordimientos más punzantes.

Júzguese de las emociones que agitaron a mi espíritu cuando, al llegar a la habitación de Nelson, vi a su venerable padre, viejo que pasaba de ochenta años, el cual le esperaba en compañía de una mujer a quien, sin haberla visto jamás, reconocí en el acto por *lady* Nelson.

Me sentí presa de una conmoción tan violenta, que estuve a punto de caer desplomada.

Nelson se volvió a mirarme. Me vio pálida y con los dientes apretados, y fue tan cruel como yo.

Abrazó efusivamente a su padre, y a su mujer la saludó con mucha frialdad, cual si se tratase de una persona extraña.

Se puso muy pálida, me dirigió una mirada que me exasperó, porque me pareció que en aquella mirada había más piedad que enojo, y fue a apoyarse en el brazo del padre de Nelson, como para refugiar su dolor en las canas del anciano.

Salí de la habitación y pasé a la que nos había sido momentáneamente destinada.

Nelson vino a juntarse conmigo al poco rato, y de rodillas me juró que jamás *lady* Nelson sería para él otra cosa que una hermana. Vio que esta promesa no bastaba a tranquilizarme, y entonces —¡Dios nos perdone a los dos!— me juró no volver a verla más, o verla solamente en mi presencia.

El día siguiente era un domingo; el alcalde de Londres quería dar una fiesta a Nelson, pero tuvo que diferirla para el lunes, pues la solemnidad del domingo inglés no permitía entregarse a ninguna, ocupación mundana.

El lunes Nelson se dirigió a la City; pero en Ludgate-Hill el pueblo desenganchó los caballos y tiró del coche a lo largo de Guildhall, lanzando frenéticos hurras; al pasar frente a Cheapside, fue saludado por las aclamaciones de las mujeres que se apiñaban en las ventanas y agitaban sus pañuelos.

Después de los brindis de rúbrica, Nelson fue invitado a recibir la espada que le había sido otorgada. Avanzó bajo un arco de triunfo levantado para recibirle. Allí le esperaba el tesorero de la City que le dirigió un discurso al que Nelson respondió:

—*Sir*, con inmenso orgullo y profunda gratitud recibo del honorable Concejo este testimonio que acredita el juicio favorable que mi conducta lo merece; y con esta espada abrigo la esperanza de reducir a nuestra secular e implacable enemiga, sin lo cual este país no podrá jamás aspirar a una paz sólida y honrosa.

Según es de ver, Nelson quedaba ya empeñado, por sus propias palabras, a renunciar a la vida de reposo que se había prometido al regresar a Inglaterra.

XCIH

El día mismo de su llegada, el 8 de noviembre, milord hizo en el Almirantazgo una visita a lord Spencer, amigo suyo, y le expuso su deseo de dejar el servicio, alegando el motivo que ordinariamente se aduce en tales casos: el estado precario de salud.

Lord Spencer se limitó a sonreír, oyéndole expresarse en esta forma, e hizo votos para que recobrase la salud y consiguiese un segundo Aboukir.

El primero de enero de 1801 hubo una promoción, y Nelson se enteró de que era vicealmirante de la escuadra británica, lo cual equivalía, a la vez, a una recompensa y a un progreso. El mismo día, reconciliado con el mar y con la vida de peligros que le era familiar, trasladó su pabellón al *San José*, que se encontraba en Plymouth.

Mientras tanto, sentía acercarse el día de mi alumbramiento. Probablemente no transcurriría el mes de febrero sin que viniese al mundo el ser que con tanto afán y tantos sufrimientos venía yo ocultando al mundo. Obligada en la corte de Viena, en la residencia del príncipe Carlos, en Hamburgo, a presentarme constantemente en traje de etiqueta, había sufrido, durante el curso de mi embarazo, espasmos e indisposiciones que alarmaban mucho a *sir* Guillermo, quien no sospechaba nada, pues Nelson me mostró un día una carta en la que mi marido le decía:

Emma tiene siempre dolores de estómago, convulsiones y vómitos. Creo que necesita tomar emético.

Una vez en Londres, me vi obligada a guardar precauciones, no menos que en Viena, Dresde y Hamburgo, porque allí estaba toda la familia de Nelson, su padre, su hermano, hasta su mujer. Conseguí de *sir* Guillermo la promesa de dejar el hotel de Nèrot y pasar a ocupar la casa de su sobrino, lord Greenville, situada en el extremo de Piccadilly y con vistas a Green-Park.

A pesar del deseo que tenía de estar junto a mí, seriamente preocupado por mi estado, Nelson tuvo que partir el 13 de enero para Plymouth, a cuya puerto llegó el 17, estableciéndose inmediatamente a bordo del *San José*.

El 19 me escribía:

Mi querida *lady* Hamilton: ninguna carta suya he recibido hasta ahora. Es para mí una verdadera desgracia... Hoy he recibido orden de ponerme a la de lord Saint-Vincent; pero probablemente no nos haremos a la vela hasta el próximo viernes por la noche, que saldremos para Forbais.

Estoy muy delicado de la vista; el médico de la escuadra me ha prohibido terminantemente escribir, pero tengo necesidad de hacerlo, pues he de comunicarme con lord Spencer, con Saint-Vincent y Davison. Pero esté usted tranquila: es usted la única mujer a quien escribo. El doctor me prohíbe también comer manjares fuertes; tampoco puedo beber cerveza ni vino. En fin, he de permanecer en una pieza oscura y resguardar mi vista por medio de una pantalla. ¿Quiere usted, amiga mía, hacerme una o dos? No las quiero de nadie más que de usted. La ocupación de escribir ha sido sin duda la causa de esta dolencia.

Noto que hablo demasiado de mis sufrimientos; pero, viviendo lejos de usted, no se me ocurre hablar de otra cosa.

Créame su siempre fiel

Tres semanas después recibí esta otra carta:

Mi querida *lady*: Davison reclama el privilegio de llevar a usted mi contestación a su amable carta, y tengo la seguridad de que cumplirá con toda exactitud su misión. Me siento abatido moralmente, y si no fuese absolutamente necesario a nuestro país, nada se opondría a que yo mismo fuera el portador de mi carta; pero, querida amiga mía, yo sé que es usted una inglesa leal y verdadera, y que sentiría aversión hacia aquellos que no defendiesen al Rey, las leyes y todo lo que es objeto de nuestro amor. La mujer es la que convierte al hombre en héroe, y si sucumbimos en el honroso cumplimiento de nuestro deber, continuamos viviendo en el corazón de las que nos han amado. Y entre todas, es usted, mi querida amiga, la primera y la mejor. He dado la vuelta al mundo, y en ninguna parte pudo encontrar una que pudiese compararse con usted. Sabe usted apreciar el valor, el honor, la virtud, y jamás se pregunta si es un príncipe, un duque, un lord o un campesino el que tales cualidades atesora.

H. NELSON.

Semejantes cartas, escritas por un hombre de quien hablaba toda Inglaterra, a quien los reyes llamaban su apoyo y le honraban como a un igual suyo, me volvían loca de orgullo. Se ha dicho que yo ejercía predominio sobre Nelson; al contrario, era él quien predominaba completamente en mí. Si me hubiese mandado un imposible, ese imposible habría sido intentado por mí; si me hubiese impuesto la realización del acto más criminal, no habría vacilado en acatar su mandato.

Por eso sobrellevaba con inmenso júbilo los tormentos de mi embarazo. ¿Por ventura no era él, no era Nelson el causante de esos tormentos? ¿Acaso no era suya la criatura que llevaba en mis entrañas?

Frecuentemente hemos hablado los dos de este particular. No había tenido ningún hijo de su mujer, y aseguraba que ese que iba a nacer sería objeto de su adoración. Y por anticipado habíamos forjado los más fantásticos proyectos sobre la educación que le daríamos.

Yo esperaba aún que Nelson podría volver a Londres, cuando se resolvió la coalición del Norte. En tal ocasión, el gobierno decidió enviar una poderosa flota al Báltico, a los órdenes del almirante Parker, con Peí son como jefe segundo. En su virtud, el 17 de febrero de 1801, el Almirantazgo transmitió a Nelson la siguiente orden:

Lord Nelson se pondrá a las órdenes de *sir* Hyde Parker, almirante de la escuadra de Su Majestad. Se le ocupará en servicios especiales.

Cumpliendo estas disposiciones, el 18 del mismo mes se trasladó al *San Jorge* y partió para Spithead, donde debía esperar instrucciones.

Durante este tiempo, había llegado la hora por mí esperada. El 15 de febrero sentí los primeros dolores. *Sir* Guillermo Hamilton se encontraba precisamente ausente de Londres. Había ido a ver, a ocho leguas de distancia, en el condado de Surrey, una magnífica casa de campo, denominada Merton-Place, que yo deseaba ardientemente. Así que, en aquel momento me encontré sola, que era como necesitaba encontrarme.

Afortunadamente, conocía a una mujer madre de numerosa prole y muy entendida en partos, la cual había reemplazado varias veces con gran habilidad a cirujano y comadrona. La hice llamar, y, a las tres o cuatro horas de padecimientos, di a luz a una niña tan débil, que al pronto se creyó que no podría vivir.

La mujer que me asistió fue a encerrarse con la criatura recién nacida en la habitación más apartada de la casa, y durante tres o cuatro días la pobrecita niña vivió alimentada con biberón, pues su debilidad no permitía ser llevada al domicilio de la nodriza que de antemano había yo buscado y encontrado en la calle de Little-Tichfield.

El mismo día escribí a Nelson, aconsejándole que no viniese a Londres hasta seis u ocho días después, so pretexto de que no quería que viese a nuestra querida. Plorada sin estar yo presente; pero la verdadera causa de mi consejo era que temía no viniese al recibir mi carta y se asustase viendo el extremo grado de debilidad de la niña.

Al día siguiente regresó *sir* Guillermo. No le causó ninguna sorpresa el verme en cama. Dijéronle que yo había tenido una crisis y expulsado mucha bilis. Lo creyó, y escribió a Nelson: «¡Emma ha estado muy enferma! Ahora se encuentra mejor; pero, no obstante haber expulsado gran cantidad de bilis, creo que aún tiene necesidad de purgarse».

Al cabo de cuatro días, merced a mi admirable constitución, pude dejar el lecho, y al octavo día me sentí bastante fuerte para salir.

Fui a ver a la mujer que cuidaba de Horacia. La criatura estaba un poco más fuerte, pero seguía delgada como antes. Se juzgará de su delgadez por el siguiente detalle: para sacarla del hotel sin que la viesen, la introduje en mi manguito, donde estuvo con toda comodidad.

La nodriza era una mujer de la clase burguesa inferior, llamada señora Thomson; era guapa, fresca, y de excelente salud. Nelson, sin decir a quien se destinaba, la había hecho escoger por su médico.

Dije a aquella mujer que la retribución que recibiría sería proporcionada a su silencio y a su fidelidad, e interinamente le dejé cinco guineas, en pago del primer mes de lactancia.

Al otro día Nelson llegó repentinamente; había pedido y obtenido un permiso de tres días.

No hubo manera de hacerle almorzar, por más que estaba en ayunas: tanta prisa tenía por ver a la niña. Pretextó una visita benéfica, diciendo que tenía necesidad de mi presencia. Salimos, y en coche nos encaminamos a la calle Little-Tichfield.

Grande fue mi dicha viendo la alegría de aquel hombre que era mi vida. Reía, lloraba, cogía con su único brazo a la criatura; la hizo saltar, bailar, quiso hacerla reír; la llamaba única hija suya, y dio orden a la nodriza de llevársela el día siguiente al hotel de *sir* Guillermo, explicándole lo que tenía que decir:

Al siguiente día la nodriza vino al hotel con la niña. La primera persona que vio fue a *sir* Guillermo, quien la detuvo y le preguntó quién era. La nodriza respondió

que se llamaba Thomson y que tenía un hermano que servía en el buque de Nelson, quien había accedido a ser padrino de la niña que llevaba en brazos y que le traía para que conociese a su ahijada.

Sir Guillermo no dudó ni por asomo de la verdad de esta historia. Tomó a la criatura en sus brazos, le deseó todo género de prosperidades, y la devolvió a la nodriza.

Nelson permaneció un día y medio con nosotros, y transcurrido este tiempo, tuvo que dejarnos de nuevo. Este segundo dolor de su corazón fue todavía más desgarrador que el primero. ¿Volveríamos a vernos? Esta hija que el Cielo nos había dado, ¿había, con su venida al mundo, agotado para nosotros el tesoro de las bondades celestes?

Quedamos en escribirnos en forma que, si nuestras cartas caían en manos ajenas, su contenido resultase incomprendible para quien las leyere. Pero esas cartas secretas no hacían menos frecuentes las que recibía de él con carácter que podríamos llamar oficial.

Así, por ejemplo, el 2 de marzo salía de Portsmouth en el *San Jorge*, y el 3 me escribía:

Mi querida Emma: he merecido de mi jefe el honor de ocupar la primera línea, y seré el primero en el combate. Algo más diría, si no temiese almar a usted, conociendo el vivo afecto que me profesa. El *San Jorge* dará un nuevo destello de gloria a la reputación de Inglaterra si Nelson sobrevive y si la Providencia, que siempre me ha protegido en el peligro, me ampara en las presentes circunstancias.

Acuérdense siempre de mí usted y *sir* Guillermo. Mi último pensamiento será para ustedes, que tanto me quieren. Juzgo del corazón de ustedes por el mío. ¡Que Dios los proteja! Esta es la ferviente súplica de su constante amigo

NELSON.

Permítaseme ofrecer ahora una muestra de nuestra correspondencia privada.

Por ella se verá el ardor con que aquel gran hombre me amaba. Cuanto más profundo era ese amor, tanto más me parece encontrar mi justificación en él.

Me escribía desde las Dunas, frente a Boulogne, por mediación de un amigo de confianza:

No temas de ninguna mujer del mundo, querida Emma, porque, fuera de ti, todas las mujeres me son indiferentes. Una sola conozco que pueda parecerse a ti algún día. Estoy cierto de que jamás harás nada que pueda enfriar el amor que me inspira, y, en cuanto a mí, antes de causarle el menor pesar, quisiera morir en el tormento. Da muchos miles de besos a mi querida Horacia. La conversación recayó ayer en la vacuna. Un gentilhombre afirmaba que su hijo, que estaba vacunado, había sido puesto en contacto con otro niño atacado de viruelas, ¡sin haberse contagiado esa enfermedad! Si eso es verdad, supone el triunfo de la vacuna. El niño vacunado tuvo un poco de fiebre durante dos días y una ligera inflamación en el brazo, y en cambio, el otro estaba cubierto de pústulas.

Por lo demás, haz como mejor te parezca.

Hablé de esta carta al doctor Rowley, como asimismo del milagro que su contenido proclamaba; pero, por desgracia, di con un encarnizado adversario de Jenner. Se opuso resueltamente a que Horacia fuese vacunada; sin embargo, prevaleció mi

opinión, y la vacunó. La operación resultó a maravilla, y tres semanas después, Horacia estaba completamente curada. En aquella ocasión alquilé para la señora Thomson una casa amueblada en Stone street, y todo continuó satisfactoriamente.

Tengo que hacer aquí una manifestación, y la haré por muy violento que me sea, pues he dicho repetidas veces que escribo mis confesiones.

Para satisfacer, sin duda, el injustificable odio que yo profesaba a su mujer, de quien él vivía separado corporalmente, Nelson quiso que esta separación se extendiese a los objetos materiales e insensibles. Un día me escribió diciendo que devolviese a *lady* Nelson todos los objetos de su pertenencia. Mi deber era negarme a ello; debía haber encargado esta cruel misión a alguna mujer de la familia de Nelson, por ejemplo, a alguna cuñada; pero, al contrario, encontraba en ello ese áspero placer de los celos que se vengán, y *lady* Nelson recibió todos los objetos que le habían pertenecido con un papel en el que escribí estas simples palabras: «Por orden y de parte de lord Nelson».

Espero que el Señor, todo misericordia, me perdonará, considerando mi arrepentimiento, el dolor que debí causar a aquella infortunada mujer.

Sir Guillermo, en su viaje al condado de Surrey, no se había arreglado con el propietario de Merton-Place. A medida que envejecía, iba volviéndose más y más avaro, y el asunto de dicha compra había fracasado por cuestión de doscientas o trescientas libras. Cuando Nelson vino a Londres, le hablé de la proyectada adquisición y ponderé las condiciones de Merton-Place. Cuando supo que *sir* Guillermo no había adquirido la propiedad, le escribió comisionándole para que la comprase al precio que por ella pidiesen. Decía que, habiendo siempre tenido la intención de ir a vivir en el campo con gente amiga, compraba Merton para que nos sirviese de refugio a los tres, retiro en el que pudiésemos pasar tranquilamente nuestros últimos días, lejos del ruido de la ciudad y de las intrigas de la política.

Sir Guillermo fue a ver al notario, y adquirió el dominio de Merton-Place a nombre de Nelson por el precio que para sí no había aceptado anteriormente.

Comprendiendo, por mi parte, que Nelson compraba dicha heredad con el exclusivo objeto de regalármela, le expuse algunos escrúpulos, objetando que, si bien el paraje era de mi agrado, podía muy bien no serlo del suyo.

Pero se apresuró a responderme:

No te preocupes por este particular; estoy seguro de que Merton me gustará, y me fundo en el alto concepto que tengo formado de tu gusto y de tu criterio.

Es conocida la terrible campaña de Inglaterra contra Dinamarca en la que Nelson estaba llamado a tomar parte. Encargado del bombardeo de Copenhague, Nelson se adelantó a tal punto, que el almirante Parker, temiendo que los buques ingleses no pudiesen maniobrar, dio, por medio de señales, orden de retroceder.

Advertido por el capitán Hardy de las señales que le nacía su superior, Nelson aplicó el anteojito a su ojo vacío.

—No veo nada —dijo.

Y continuó el combate.

El mal estado de salud de Nelson y sobre todo su deseo de vernos a mí y a Horacia, de la que yo me hubiese sentido celosa, si una madre pudiese estarlo de sus hijos, le indujeron a pedir, cuando consideró casi terminada la campaña, permiso para venir a Londres. El Almirantazgo se lo otorgó, sabiendo muy bien, por otra parte, donde encontrarle al primer cañonazo que se disparase.

Pero se esperaba que durante algún tiempo habría tranquilidad: el Ministerio Pitt, que representaba el partido de la guerra, había caído y sido sustituido por el ministerio Addington, que representaba la paz.

Nelson dejó el mando que venía ejerciendo en el Báltico, y el 18 de junio se embarcó en el bergantín *Kite*, mandado por el capitán Degby, y el primero de julio llegó a Yarmouth.

El buque empleó diez días solamente en el viaje de Kioege-Bay a Yarmouth; así que, cuando menos le esperábamos, vimos a Nelson entre nosotros.

Grande fue mi alegría; al amparo de nuestra estrecha amistad, podíamos afortunadamente, hasta en presencia de *sir* Guillermo, decirnos una porción de cosas de que nuestro corazón estaba henchido. Quince minutos después de la llegada de Nelson, el príncipe de Castelcicala, embajador del rey de las Dos Sicilias, vino para comunicar unos despachos a *sir* Guillermo, que pasó al salón y nos dejó solos.

La primera palabra de Nelson fue para Horacia; sus preguntas se sucedían con tal rapidez, que me era difícil contestarlas.

Me fui al salón, y dije a *sir* Guillermo, al oído, que, deseando Nelson ver a su ahijada, me suplicaba le acompañase a casa de la nodriza.

Mi marido me estrechó la mano, y moviendo la cabeza, me dijo:

—¡Amante y cariñoso padrino! Ve, hija mía.

Dejé a los dos diplomáticos discutiendo asuntos de Estado, en los que, a Dios gracias, había dejado de mezclarme, y tomamos el coche para dirigirnos a Stone street.

En el camino, pedí a Nelson noticias del pájaro.

—¿De qué pájaro? —preguntó.

—El pájaro de Aboukir, el que vino a posarse en tus hombros el día en que te visité en el *Van-Guard*.

—¡Ah! —exclamó con regocijado acento—, me parece que volví a verle en la mañana del bombardeo de Copenhague. Decididamente, tengo la convicción de que esa avecilla es mi ángel bueno.

Al ver a su pequeña llorada, Nelson pareció más dichoso aún que la primera vez. En aquellos cuatro meses transcurridos, la niña había crecido y ganado en robustez; era la más hermosa criatura que podía verse.

Nelson regresó a Piccadilly loco de alegría; durante la comida no dejó de hablar de su ahijada.

El nuevo ministerio había entablado negociaciones con Francia; pero Inglaterra no quería aceptar la paz sino a condición de conservar Malta y de que se le cediese la Trinidad. Bonaparte se opuso enérgicamente a ambas pretensiones y anunció en el *Moniteur* que iba a concentrar una flotilla en Boulogne con objeto de intentar un desembarco en las costas de las islas Británicas.

Y efectivamente, de los puestos de Calvados, Seine-Inférieure, la Somme y Escaut salió una división de cañoneros que se reunieron en Boulogne.

Inglaterra no quiso quedarse a la zaga, y concentró fuerzas considerables para oponerse al proyectado desembarco.

Nelson recibió el mando de la escuadra destinada a vigilar los preparativos de Francia.

Nos fue preciso separarnos de nuevo; pero esta vez teníamos la esperanza de que la separación sería de corta duración: el envío de la flota era más bien una demostración que no una continuación de hostilidades.

Nelson recibió la comunicación el 25 de julio de 1801, y el 27 en arbolaba su pabellón en el buque *Unité*, en la ensenada de Sheerness.

XCIV

El crucero duró unos tres meses, y después se firmó la paz. Ya era tiempo: Nelson estaba realmente enfermo.

El 17 de octubre me escribía:

Mi muy querida amiga: aunque mi indisposición no ofrece ningún peligro, resiste a todos los medicamentos que me han sido prescritos, y debo confesar que me siento postrado. Parecía que el reuma me había abandonado, mas no es así: continúa estacionado en mis articulaciones. Quisiera yo que esos señores del Almirantazgo estuviesen atacados de esta dolencia; pero mi deseo es inútil, porque carecen de entrañas, a lo menos para mí. He pasado bastante mal la noche anterior; con todo, las cartas que de usted y *sir* Guillermo he recibido, han sido para mí un consolador bálsamo.

Tengo la firme resolución de que no me molesten a mi llegada a Londres; no pido otra cosa más que poder retirarme con ustedes a la campiña.

Aunque esta carta pertenecía a la categoría de las cartas oficiales, no dejé de alarmarme; observando aquellos caracteres, me pareció que la mano que los había trazado estaba agitada por la fiebre.

El 23 de octubre Nelson llegó a Merton-Place. Supliqué a *sir* Guillermo que permitiese a la señora Thomson y a su pequeña Horacia venir a habitar una de las dependencias. *Sir* Guillermo, que conocía el amor de Nelson por la niña, accedió al instante. Por otra parte, la casa era de Nelson, y no suya.

Había yo tenido una feliz inspiración, porque inmediatamente después de habernos abrazado, preguntó por su ahijada. Hubo necesidad de acompañarle en seguida a la habitación de la supuesta madre de Horacia; pero la madre verdadera estaba allí, y no perdía una palabra, un gesto, un signo. Aquella alegría de Nelson era mi triunfo.

El 29 del mismo mes, Nelson entró a formar parte de la Cámara de los lores; esa ceremonia, que él tenía por muy enojosa, la había retardado todo lo posible. En su calidad de vizconde, fue presentado y patrocinado por el vizconde Sidney.

Pasamos muy agradablemente el invierno, entre excursiones, bailes y tertulias. *Sir* Guillermo recibía muchas visitas, y como mi lord vivía con nosotros, teníamos siempre de huésped a algún miembro de su familia. Debo decir que los tales huéspedes, que después de la muerte de Nelson, no volvieron a visitarme y hasta dejaron de hablarme, eran, en vida de Nelson, muy deferentes y obsequiosos conmigo.

En el verano de 1803, lord Nelson, su hermano, *sir* Guillermo y yo hicimos un viaje al condado de Gales; pero en Bleenheim mi amor propio sufrió un rudo golpe, ante el desdén que me manifestó la noble familia que moraba en el castillo. Nelson se mostró ofendido en extremo y rehusó los obsequios que lo fueron ofrecidos.

Por lo demás asistí a todas las fiestas que en su honor celebraron los municipios,

las ciudades y corporaciones populares. Con mis habilidades de trágica y cantatriz, contribuía al mayor encanto de aquellas solemnidades. Plasta los periódicos locales dedicaron encomiásticos artículos al éxito por mí obtenido.

A principios de septiembre regresamos a Merton, donde permanecemos casi todo el invierno.

Hacía mucho tiempo que *sir* Guillermo estaba delicado de salud. En el mes de marzo de 1803 su dolencia, recrudesció con alguna gravedad, y, al fin, cayó seriamente enfermo. Sin pérdida de tiempo, le llevamos a Londres, en donde se le prodigaron todos los cuidados; pero la ciencia era impotente contra sus setenta y dos años; fue debilitándose cada día más, y el 6 de abril Nelson y yo estábamos arrodillados al pie de su cama para recibir su último suspiro.

Sir Guillermo murió como un hombre justo, y algunos minutos antes de morir, con voz apagada pero muy serena, dijo a Nelson, tendiéndole la mano:

—Bravo y grande Nelson, nuestra amistad, aunque muy antigua, nunca ha sido empañada por la más ligera nube, y muero orgulloso del amigo que Dios me dio. Espero que, apoyada por usted, mi Emma encontrará justicia cerca de los ministros; porque usted sabe mejor que nadie cuán grandes son los servicios que ella ha prestado, y usted recuerda todo lo que ha hecho por nuestra patria. ¡Proteja a mi querida mujer, y, a su vez, quiera Dios protegerle a usted, bendecirle y darle siempre la victoria!

Luego, volviéndose a mí, díjome:

—Mi incomparable Emma, nunca me has ofendido, ni siquiera con el pensamiento. Permíteme que te expreso el testimonio de mi gratitud más sentida por las pruebas de afecto y fidelidad que de ti he recibido durante los diez años de nuestra dichosa unión.

Y, haciendo un postrer esfuerzo, unió nuestras manos, exhaló un suspiro y dejó de existir.

Lloré a *sir* Guillermo y le lloré sinceramente. Le debía la alta posición, que había ocupado en la Corte y el papel que en ella desempeñé. Quizás hubiese sido preferible, para mi salvación eterna, haber continuado humilde, pobre y en la obscuridad; pero esta reflexión que ahora se me ocurre, no cruzó entonces por mi mente.

Sir Guillermo estaba convencido de que, después de su muerte, yo obtendría, merced a la eficaz influencia de Nelson, el derecho de su pensión, que era de mil quinientas libras esterlinas; sabía que Nelson había comprado para mí la propiedad de Merton-Place, que redituaba quinientas libras aproximadamente; creyó, pues, dejarme rica legándome setecientas cincuenta libras esterlinas; y, en efecto, esas tres rentas juntas formaban un total de setenta mil francos anuales, más o menos.

Mas pronto hube de renunciar a la esperanza de la pensión ministerial; ninguna de las diligencias que hice merecieron siquiera el honor de una respuesta. Nelson no era hombre que me dejase soportar demasiado tiempo una afrenta; me hizo una venta simulada de Merton y me aseguró una renta de mil doscientas libras esterlinas, lo que

me producía, con Merton y el legado de *sir* Guillermo, sesenta mil francos.

Por un codicilo de su testamento, hecho una semana antes de su muerte, *sir* Guillermo donaba a Nelson una preciosa miniatura mía, pintada en esmalte. Por mi parte, le regalé una cadena de oro, y siempre llevó consigo estos dos objetos.

Pero una cosa que me extrañó y llenó de tristeza fue la conducta de lord Greenville, el sobrino de *sir* Guillermo. Aquel hombre, que tanto rae había amado, que cuando me perdió creía volverse loco, se convirtió en uno de mis perseguidores más encarnizados. Al mes de la muerte de su tío, me obligó a salir de la casa de su propiedad.

Viendo Nelson que yo carecía de domicilio en Londres, alquiló para sí un departamento completamente separado del mío; era un gran sacrificio que hacía en aras de mi reputación y por respeto a la sociedad; pero su abnegación no llegó al punto de observar esta separación nuestra casa de campo.

A mi vez, alquilé una casa en la calle de Clerge.

Desgraciadamente, algunas semanas después de esta instalación, perdí el apoyo y la compañía de mi noble amigo, por haber sido llamado a ponerse al frente de la flota del Mediterráneo.

Era a la vez un señalado honor y una inmensa desgracia para mí. En los últimos diez y ocho meses no nos habíamos separado; me había acostumbrado a esa vida íntima que nos era preciso romper, y por una guerra más enconada que nunca. Diríase que la prolongada esperanza de paz que acababa de desvanecerse, había excitado, si cabe, el odio entre Francia e Inglaterra.

La desesperación de Nelson crecía de punto ante la consideración de que, por segunda vez, me encontraba en cinta.

Antes de separarnos, nos hicimos el mutuo juramento de que nada podría desunirnos, y me dio una sortija de oro con la cual reemplacé a la que conservaba de *sir* Guillermo.

En los últimos días de julio recibí esta carta suya:

Mi muy querida Emma: Te tengo escritas varias cartas desde diversos lugares, pero solamente para decirte: *Estoy aquí*, por falta de tiempo para poder decir más. Por desgracia, creo que no podré escribir sino desde mi barco, y aun así, no será con frecuencia, pues tendré que valerme de los buques de pequeño porte de que dispongo.

La travesía de Gibraltar a Malta ha sido larga en extremo; ha durado once días. El 26 llegamos a Capri, y di orden de que la fragata que llevaba a Elliot con rumbo a Nápoles, viniese a juntarse conmigo.

Te envió copia de las cartas del Rey y de la Reina; lamento horriblemente que las últimas no contengan una sola palabra para ti; después de todo, hay que reconocer que son cartas políticas.

En una carta que he escrito a la Reina, le he dicho:

«Dejé a *lady* Hamilton el 18 de mayo; continúa siendo tan devota de Vuestra Majestad, que estoy cierto de que daría su vida por salvar la de Vuestra Majestad. Jamás tuvo Vuestra Majestad una amiga tan sincera y tan leal como su querida Emma. Sin duda, será para Vuestra Majestad motivo de vivo pesar el saber que *sir* Guillermo no la ha dejado en el estado económico que le permitía su fortuna. Todos sus bienes los repartió entre sus parientes; pero no por eso dejará *lady* Hamilton de honrar menos su memoria».

Espero, mi querida Emma, que la Reina te escriba directamente; si fuese bastante ingrata para olvidarte, yo pediría que Dios la olvidase a ella. Pero ¿crees que sea capaz de olvidarte? Ha llegado la ocasión de probar el afecto que le inspiras. Estas copias de las cartas del Rey y de la Reina, no las muestres más que a nuestros

amigos más íntimos.

El Rey está triste y reside la mayor parte del tiempo en Belvedere; nuestro nuevo Embajador, Elliot, no ha visto ni al Rey ni a la Reina desde el 17, día de su llegada.

Debe ser presentado el 22.

Estoy convencido de que el plan de ese miserable corso es conquistar el reino de Nápoles; así que, be aconsejado al general Acton que procure no exponer a la familia real a ser hecha prisionera.

Conforme podrás comprender, tengo mucha prisa por ir a las aguas de Tolón, para reunir la flota...

Julio 1803.

Avanzo hacia Tolón para aplastar a los franceses. Tenemos completamente preparados siete barcos de línea, cinco fragatas y seis corbetas; dentro de una semana contaremos con el refuerzo de tres o cuatro unidades más.

Imagínate, mi querida Emma, cuán feliz me siento cada vez que recibo una de tus cariñosas y extensas, cartas.

Doy gracias a Dios que permite que vivas a cubierto de la necesidad. Cree firmemente que, mientras yo posea seis peniques, de estos cinco serán para ti. Sabes por experiencia que, en cuestiones de dinero, no hay que contar con los amigos, y espero que tu claro entendimiento aprovechará estas dolorosas enseñanzas.

Espero que el ministro habrá hecho algo por ti; pero, si nada hiciese, podemos vivir con los recursos más modestos. ¡La independencia es una bendición! Aunque no se me haya presentado ocasión, hasta el presente, de hacer alguna buena presa, consideraría muy negra mi suerte si en esta campaña no llegase a procurarme recursos con que pagar mis deudas; y, en cuanto me vea libre de acreedores, me sentiré no poco descargado de este peso que ahora me abrumba.

Todavía no he hablado a Acton referente a la renta de mi ducado de Bronte; pero si Nápoles continúa en poder del rey Fernando, plantearé la cuestión. A decir verdad, no espero gran cosa por ese lado.

Según se dice, el rey de Nápoles se encuentra tan desesperado, que de buena gana abdicaría en favor de su hijo, para poder ir a Sicilia, a pasar sus días en el retiro. Bien sabes que *sir* Guillermo pensó siempre que el rey Fernando acabaría así.

Cito las cartas de Nelson, en vez de hablar de mí y continuar mi relato, porque entiendo que es más curioso ver al hombre que ejerció tanta influencia en los sucesos de Italia, recordar los lugares donde tales sucesos se desarrollaron, que no verme a mí sosteniendo los primeros pasos de Horacia, que corría tropezando sobre los céspedes de Merton-Place.

Continúo, pues, o por mejor decir, es Nelson el que continúa.

Victory, delante de Tolón, primero de agosto de 1803.

Mi muy querida Emma: Place dos días que obra en mi poder tu carta 31 de mayo, de que ha sido portador el *Pæbé*. Fácilmente comprenderás la emoción que su lectura me ha causado.

Apruebo tus proyectos y la elección de tu sociedad para el invierno y la primavera próximos. Espero que podré sufragar los gastos que ocasione el adorno de nuestra querida Merton; eso contribuirá a distraerte, y estoy seguro de que tendré motivo para admirar lo que tú hagas, sin excluir las plantaciones de grosellas.

He pasado al *Victory*, en el que hago poner todas las cosas en orden. En este momento, Hardy está ocupado en colocar en mi camarote tu retrato y el de Horacia, que serán los únicos ornamentos del mismo. Podré contemplarlos cada día, y siempre descubriré en ellos nuevos encantos. No tengo necesidad de otra cosa.

En lo referente a la guerra, no esperes grandes noticias; no vemos nada. Vivo en continuo temor de que Nápoles y la misma Sicilia caigan en poder de los franceses. Con todo, he dado mis consejos en tal forma, tan amplios y precisos, que, si el hecho ocurre, no podrá atribuírseme ninguna responsabilidad.

La reina de Nápoles ha enviado una carta a Castalcicala. Yo también he recibido una misiva suya, agradeciéndome vivamente mi interés por la suerte del reino.

El Rey continúa viviendo retirado: se ha negado a recibir al general francés Gouvion Saint-Cyr, que fue a Nápoles para fijar la contribución de guerra. Creo que está dispuesto a abandonar Nápoles y trasladarse a

Sicilia, si los franceses se lo permiten.

Mis recuerdos más cariñosos a todos los de Merton.

Tu más constante y afectuoso

NELSON.

Victory, frente a Tolón, 26 agosto.

Mi muy querida Emma: Decir que día y noche no te apartas de mi pensamiento, es una pálida forma de expresar mi amor por ti. Aunque separado de tu lado por circunstancias imperiosas, cree que jamás te olvido.

La patria impone deberes ineludibles, y si yo no los hubiese acatado, tú misma, en los momentos de serena reflexión, te habrías avergonzado de mí, no pudiendo decir: «¡Ese es el hombre que ha salvado a Inglaterra!».

En cambio, toda mi gloria se refleja en ti; hablando de mí, el mundo dirá: «¡Cuántos sacrificios, qué abnegación la suya, por el bien de su patria, cuando hasta accedió a separarse de la más encantadora de las mujeres!».

Queriéndome tanto, tú debes comprenderme. Mi corazón está contigo; ¡consérvale, amada mía! Volveré vencedor, y, Dios mediante, dejaré, a lo menos, un nombre sin mancha. No me impulsa la ambición; tampoco el afán de riquezas. Nada hubiese sido capaz de alejarme de ti. No, yo me he entregado a la gloria de Inglaterra, porque así estaba en la voluntad del Señor.

Siempre, por siempre más tuyo en este mundo y en la eternidad.

NELSON.

XCV

Gracias a la familia de Nelson, que mientras vivió el noble almirante se mostró correcta conmigo, no me encontré completamente aislada cuando él se ausentó de mi lado. Su sobrina se instaló en casa y la hice discípula mía: bajo mi dirección, estudió francés, italiano, dibujo y música, y puedo decir que al cabo de seis meses, había yo conseguido hacer de ella una verdadera señorita. Aquello era, por mi parte, un acto de condescendencia; pero, por la de la familia de Nelson, era una prueba de la estima en que me tenían.

El doctor Nelson, hermano del almirante y padre de la joven cuya educación había yo emprendido, me invitó a pasar con él una temporada del verano. El doctor Nelson, que con gran asiduidad me presentaba sus respetos, acababa de ser nombrado canónigo de la catedral de Cantorbery.

Vivía conmigo *mistress* Bellington, antigua artista dramática, que en sus tiempos había sido muy hermosa, y revelado un talento nada común para la escena.

Los vecinos de Cantorbery estaban muy intrigados con la presencia de las dos huéspedes del venerable canónigo, y se escandalizaron cuando un día festivo *mistress* Bellington y yo nos brindamos a cantar un dúo sagrado en la catedral. Nuestro ofrecimiento fue rehusado de un modo categórico. Más aún: los respetables burgueses de la vieja capital del reino de Kent, escribían invariablemente en sus tarjetas de visita: «Para el doctor Nelson, *pero no para lady Hamilton*».

Poco tiempo después de la partida de Nelson, di a luz una segunda hija, que nació en Merton y a la que puso por nombre Emma. La pobre niña no hizo más que venir a este mundo, pues murió al año siguiente en un acceso de convulsiones.

En aquella época lo he dicho y lo repito, toda la familia de Nelson me dispensaba las mayores atenciones, lo cual redundaba, naturalmente, en perjuicio de su pobre mujer. Y es que Nelson había dado a entender a sus parientes que él se portaría con ellos según ellos se portasen conmigo. En efecto, después de la muerte de *sir* Guillermo, Nelson, olvidando la existencia de *mistress* Nisbett, como obstinadamente la llamaba, me miraba y trataba como a su única y verdadera, mujer. Por las cartas tuyas que he citado, se ha visto que su amor por mí había crecido más y más. Sin embargo, cuando, cansada de su larga, ausencia y rechazada por aquella ridícula burguesía, le escribí que mi deseo era ir a reunirme con él y vivir en su navío, corriendo todos los peligros, me respondió con una energía que me sorprendió, por lo inesperada:

Tú sabes, mi querida Emma, que en el mar siempre me encuentro mal; imagínate lo que debe ser un crucero en aguas de Tolón, donde, hasta en verano, tenemos viento a lo menos una vez por semana y dos días de mar gruesa. No quiero que ni tú ni Horacia caigáis enfermas. ¡Pobre niña! ¿Qué sería de ella a bordo de un buque?

Por otra parte, yo he sido el primero en prohibir que mujer alguna, sea la que fuere, viniese al *Victory*, y

sería el primero en contravenir la orden dada por mí. ¡Líbreme Dios!

De todos modos, debo confesar una cosa: tan habituada estaba al derroche, que la renta de Merton, el legado de *sir* Guillermo y la pensión vitalicia que Nelson me había asegurado en una compañía, aunque formaban unos sesenta mil francos de renta, eran insuficientes.

Hablé, pues, a Nelson de solicitar de M. Addington, para mí, la pensión de *sir* Guillermo; pero él, que no comprendía nada de mis exigencias ni podía figurarse que con semejante fortuna pudiese verme en apuros, me respondió:

Si M. Addington te concede la pensión se conseguirá una buena cosa, pero no te desveles por conseguirla. ¿Por ventura no posees el dominio de Merton, libre de toda hipoteca? Mi querida Horacia tiene ya el porvenir asegurado, y espero que algún día seas duquesa de Bronte; y, cuando ese caso llegue, el resto del mundo me importará un blede.

Algunas veces me hablaba en términos suaves de las ventajas de la economía. Se adivinaba en él al hombre que, habiendo sentido la pobreza, temía siempre caer de nuevo en ella. Me aconsejaba con insistencia que viviese el mayor tiempo posible en Merton, donde mis gastos debían ser naturalmente más reducidos que en Londres.

Si Nelson hubiese estado a mi lado, sus consejos habrían sido ciegamente observados por mí; pero, en su ausencia, el aburrimiento de aquella vida monótona e inactiva de Merton me impulsaba frecuentemente a desear la de Londres, en donde las recepciones, las fiestas y el juego devoraban mucho dinero.

Tenía la costumbre de pasar una parte del verano en algún balneario de la playa. Allí mis dispendios eran enormes. Esos gastos preocupaban a Nelson, pero yo le decía que los médicos me recomendaban los baños, y entonces él me decía: «¡Ve a los baños!» o bien «¡Continúalos!» según que no hubiese ido todavía o que me encontrase ya en el balneario. Pero, como frase incidental, o en postdata continuada al pie de una muy cariñosa misiva, me decía:

Es necesario, mi querida Emma, hacer todas las economías posibles. El embellecimiento de nuestro querido Merton depende de esas economías, y nuestro querido Merton debe ser antepuesto a todo lo demás.

Y añadía:

Tu excelente corazón me dará ciertamente la razón; porque tú comprenderás que todo está muy caro a causa de la guerra; que algunos amigos nuestros tienen necesidad de nosotros y es preciso ayudarles, y tú encontrarás más placer en el cumplimiento de esta obligación que en alimentar a un hato de parásitos con los cuales no nos liga ninguna amistad.

Cada vez que recibía una de esas cartas, me juraba a mí misma corregirme; pero pronto me entregaba a nuevos gastos más desenfrenados y más inútiles que los anteriores.

Al fin, Nelson comprendió que mis imprudencias pedían comprometer el porvenir de Horacia, y que era necesario ponerla para lo futuro a cubierto de mis locuras. En

marzo de 1804 me escribía:

A mi regreso depositaré cuatro mil libras esterlinas a favor de Horacia, pues no entra en mis cálculos dejarla sin recursos cuando quede sola en el mundo.

Yo disponía de un medio poderoso de reducir a Nelson a mi voluntad: consistía en hacerle creer que algún noble solicitaba mi mano, y entre otros, el viejo duque de Queensbury, que me perseguía y cortejaba con una perseverancia propia de los veinticinco años.

Ya se ha visto que Nelson se ofendió en gran manera viendo que la reina de Nápoles, en una de sus cartas, no me dedicaba una sola palabra. Pero, terminado el Crucero de la flota, Nelson se vio obligado a reconocer una cosa que yo sospechaba hacía mucho tiempo: mi augusta amiga a pesar de sus protestas de eterna gratitud, conservaba solamente un débil recuerdo de mi incondicional adhesión y de los servicios que yo le había prestado. Entonces Nelson resolvió tener una explicación con ella, y enterarla de mi situación económica, de las necesidades que mis costumbres me creaban y de la que tenía de que ella acudiese en mi apoyo; pero la Reina respondió fríamente con evasivas, o bien alegando las dificultades de su propia hacienda.

Nelson, indignado, me transmitía sus observaciones sobre el proceder y el carácter de la Reina, y yo misma, considerando que no estaba obligada a guardar ningún miramiento con aquella amiga infiel, me vengaba contando la escandalosa historia de sus amores, sin pensar que, al compararla con Safo y Mesalina, arrojaba sobre mí una parte del lodo con que me proponía cubrirla.

En aquella época tuve una enojosa y agria discusión con lord Greenville, a propósito del testamento de *sir* Guillermo. Lord Greenville esperaba intimidarme con el miedo que me pudiese infundir el escándalo; pero, cuando vio que yo estaba dispuesta a afrontar las contingencias del pleito, propuso un arreglo que Nelson me obligó a aceptar, por más que con ello resultaba yo perjudicada, puesto que mi renta salió mermada en tres o cuatro mil francos.

Entretanto, Nelson había abandonado el crucero en aguas de Tolón, y estaba persiguiendo a la escuadra francesa que había salido de aquel puerto al mando del almirante Villeneuve, para cooperar a la ejecución de un vasto plan concebido por Napoleón; porque Bonaparte había pasado a ser Napoleón, y el primer cónsul a emperador.

He aquí en qué consistía ese plan, que frustraron circunstancias independientes de la voluntad humana.

Napoleón no había abandonado su proyecto de desembarcar en Inglaterra, y resolvió hacer salir simultáneamente todas las flotas francesas de los puertos donde eran vigiladas por los cruceros ingleses, con rumbo a las Indias occidentales, a fin de atraer a los ingleses hacia las Antillas y volver repentinamente a los mares de Europa, con un núcleo de fuerzas superiores a las de cualquier flota inglesa que se lo pudiese

oponer.

El punto de concentración de los franceses era la Martinica.

El 11 de enero el almirante Missiessy salió de Bochefort en medio de una espantosa tormenta burlando en absoluto la vigilancia de los ingleses. Llevaba consigo cinco navíos y cuatro fragatas.

El almirante Villeneuve debía hacerse a la mar cuando el viento fuese favorable, intentar burlar a Nelson, o en el caso contrario, escapar a su persecución, pasar el estrecho de Gibraltar, llegar a Cádiz, reunirse con el almirante español Gravina, hacerse a la vela para la Martinica, juntarse allí con Missiessy y esperar al almirante Gantheaume. Este, por su parte, al primer viento equinoccial que obligaría a los ingleses a alejarse de las costas, saldría de Brest con los veintiún barcos que tenía bajo sus órdenes, y después de haberse puesto en contacto con la otra escuadra franco-española al mando del almirante Gourdon, se dirigiría al lugar de reunión general. Esta reunión de cinco almirantes y seis flotas debían formar un conjunto de sesenta barcos aproximadamente, enorme fuerza nunca vista en una sola concentración.

En la noche del 30 al 31 de marzo, aprovechando el almirante Villeneuve el viento maestral, salió del puerto de Tolón con once navíos y seis fragatas. Informado de la posición de Nelson, se dirigió a Cartagena, y el 9 de abril pasó el estrecho.

La misma noche estaba a la vista de Cádiz, y se le reunió el almirante Gravina.

Sobre las dos de la madrugada, ambas escuadras reunidas prosiguieron su ruta, y el 11 estaban en pleno Océano, después de haber escapado a la vigilancia de los barcos ingleses.

Nelson no tuvo conocimiento de todos esos detalles hasta el 16 de abril; los vientos del Oeste le detuvieron hasta el 30 en el Mediterráneo, y el 11 de mayo, es decir, un mes exacto después que Villeneuve, entró en el Océano.

Durante tres meses se entretuvo en correrías inútiles, lo cual llevó su frenesí a un grado máximo. Por fin el 14 de agosto emprendió el regreso a Portsmouth, a cuyo puerto llegó el día 18 del mismo mes.

A la sazón, yo me encontraba en Southend con *mistress* Bellington y Horacia; tan pronto como supe su llegada, me apresuré a volver a Merton para recibirle. Todos sus amigos y los míos acudieron también con el mismo objeto. En tal ocasión, las fiestas se sucedían a diario; siempre se sentaban a la mesa veinte o veinticinco comensales. Yo presidía esas fiestas y esas comidas, y ni Nelson ni yo nos cuidábamos ya de disimular nuestra intimidad; al contrario, cada uno de por sí se jactaba de ella, y milord me presentaba a los visitantes como si realmente hubiese sido yo *lady* Nelson.

Desde el día siguiente de su llegada, Nelson, siguiendo las intenciones expuestas en sus cartas, añadía a su testamento este codicilo en favor de Horacia:

Lego a *miss* Horacia Nelson-Thomson, bautizada el 13 de mayo último en la parroquia de Sainte-Mary-le-Bone, por Benjamín Lawrence, cura párroco, y Juan Willock, clérigo asistente, y a la que reconozco como hija adoptiva mía, la cantidad de cuatro mil libras esterlinas, pagaderas seis meses después de mi muerte, o

dentro de un plazo más corto, si es posible; y dejó a mi querida amiga Emma Lyón, viuda de Hamilton, única depositaria de la nombrada Horacia Nelson-Thomson. Hasta cumplir esta la edad de diez y ocho años, los intereses de las cuatro mil libras esterlinas serán pagados a *lady* Hamilton para subvenir a los gastos que ocasionen los alimentos y la educación de mi hija adoptiva. Deseo que *lady* Hamilton sea la tutora de Horacia, convencido de que la educará en los principios de virtud y religión y que le comunicará todas las condiciones personales que a ella adornan en tan alto grado, de modo que forme de mi hija adoptiva una mujer digna de mi querido sobrino Horacio. Nelson, a quien la destino como esposa, si, a su vez, él es digno de ella, y si, a juicio de *lady* Hamilton, es merecedor de tan valioso tesoro.

Esta vez, Nelson esperaba no tener que volver hacerse a la mar. Cansado de triunfos, saturado de gloria, sobrecargado de honores, mutilado de cuerpo, aspiraba a la soledad y a la tranquilidad. En esta esperanza, hizo trasladar a Merton todos los objetos que tenía en Londres; yo consideraba el porvenir más asegurado que nunca, cuando un rayo vino a despertarme de este dulce sueño.

El 2 de septiembre, doce días después de la vuelta de Nelson, llamaron a la puerta de nuestra casa a las cinco de la mañana.

Nelson, presintiendo que era algún mensaje del Almirantazgo, saltó de la cama y fue a ver quién llamaba.

Era el capitán Henry Blackwood; venía, efectivamente, del Almirantazgo, con la noticia de que las flotas unidas de Francia y España, tras las cuales tanto había corrido Nelson, habían entrado en el puerto de Cádiz.

Al ver a Blackwood, Nelson exclamó:

—Apostaría, Blackwood, a que me trae usted noticias de las flotas reunidas y que yo soy el encargado de destruirlas.

Eso, precisamente, era lo que venía a anunciarlo Blackwood; y, en efecto, lo que de él se esperaba era la tan anhelada destrucción de las escuadras combinadas.

¡Todos los risueños proyectos de Nelson se habían desvanecido!

No veía ni pensaba más que en aquel rincón del planeta donde se encontraban las dos flotas. Y, sonriente, repitió varias veces a Blackwood, con esa confianza que le inspiraban sus victorias anteriores:

—¡Blackwood, tenga usted la certidumbre de que daré a Villeneuve una lección de la que se ha de acordar!

Su primera intención había sido partir para Londres y hacer todos los preparativos de la próxima campaña sin decirme nada referente a la nueva misión que acababa de confiársele. En todo caso, hasta el último instante no me revelaría la verdad.

Pero, como yo me había levantado casi al mismo tiempo que él, y noté su preocupación después de su diálogo con Blackwood, me le llevé a su rincón predilecto del jardín.

—¿Qué tienes, amigo mío? —le pregunté—. ¿Qué te apesadumbra que no quieres decírmelo?

Se esforzó por sonreír.

—Tengo —respondió— algo que me hace el hombre más feliz del mundo. ¿Qué puedo desear más? Poseedor de tu amor, rodeado de mi familia, no diera yo seis

peniques por llamarme sobrino del Rey.

—Yo te conozco, Nelson —repuso yo—, y es en vano que quieras desorientarme. Miras a las flotas unidas como seguro trofeo, y te considerarías el más desgraciado de los hombres si otro que no fueses tú las destruyese.

Nelson me miró con expresión interrogativa.

—Pues bien, amigo mío —continué diciendo—, destrúyelas, y corona así una obra, por ti comenzada bajo tan buenos auspicios; esa destrucción será la recompensa de dos años de desvelos y fatigas sobrellevados con admirable tesón.

Nelson continuaba mirándome; pero, aunque sus labios nada decían, su semblante reflejaba una indecible expresión de gratitud.

—Por grande que para mí sea el dolor de tu ausencia —proseguí—, ofrece, como otras veces has hecho, tus servicios a la patria, y sal en seguida para Cádiz. Estos servicios serán aceptados con gratitud y tu corazón recobrará la tranquilidad. Tú alcanzarás una última y gloriosa victoria, y volverás feliz de encontrar el reposo con la dignidad.

Nelson me miró en silencio durante unos segundos más; luego, los ojos arrasados en lágrimas, exclamó:

—¡Buena, excelente Emma! Sí, tú has leído en mi corazón; sí, tú has adivinado mi pensamiento. Si en el mundo no hubiese una Emma, tampoco habría un Nelson... ¡Tú has hecho de mí lo que soy! Hoy mismo iré a Londres.

Y, en efecto, dos horas más tarde salimos para Londres con sus hermanas. Nelson nos dejó en mi casa de la calle de Clerge, y se fue al Almirantazgo. El *Victory*, llamado por telégrafo, estaba en el Támesis desde aquella misma noche, y al otro día, por la mañana, se hacían todos los preparativos de marcha.

Permanecimos aún diez días juntos; pero los últimos cinco, Nelson los pasó casi por entero en el Almirantazgo.

El 11 fuimos a hacer una última visita a nuestro querido Merton.

A pesar de todos mis esfuerzos, apenas me encontraba sola un instante, prorrumpía en llanto. Todo el día 12 lo pasamos en Merton, uno junto al otro, y allí dormimos.

Una hora antes de amanecer, Nelson se levantó y fue al cuarto de su hija; inclinado sobre el lecho de la niña, oró en silencio, pero con grande unción y derramando algunas lágrimas.

Nelson era muy devoto.

A las siete de la mañana se despidió de mí.

Le acompañé hasta el carruaje; allí me tuvo largo rato en estrecho abrazo. Yo lloraba amargamente, pero hice por sonreír en medio de mis sollozos, diciéndole:

—No entres en acción sin antes haber recibido la visita de la avecilla.

Estas fueron las últimas palabras que le dirigí.

El coche partió al galope; al desaparecer por el recodo del camino, me hizo un signo.

¡No he vuelto a verle!

Al día siguiente llegó a Portsmouth a las seis de la mañana, y el 15 de septiembre se hizo a la mar.

El tiempo era tan malo, que el *Victory* estuvo dos días a la vista de las costas británicas. Este retardo permitió a Nelson escribirme dos cartas rebosantes de ternura para su hija y para mí; pero a través de cuyas líneas empezaban a vislumbrarse algunos presentimientos.

En fin, con el cambio de viento, pudo salir del canal, y el 20 de septiembre, a las seis de la tarde, se reunió con la flota de Cádiz, compuesta de veintitrés barcos de reserva, al mando del vicealmirante Collingwood. Aquel día era el 46 aniversario de su nacimiento.

El primero de octubre me daba, por medio de la siguiente carta, la noticia de su reunión con el almirante Collingwood y de un ataque de nervios que había sufrido. Esos ataques, a los que era propenso, parecían por lo violemos verdaderos ataques epilépticos.

Victory, primero de octubre de 1805.

Mi muy querida Emma: Es un consuelo para mí poder escribirte algunas líneas. Esta mañana, a las cuatro, he tenido uno de mis fuertes ataques espasmódicos, que me ha dejado completamente enervado. Creo que uno de esos ataques me matará el día menos pensado. El de hoy, ya ha pasado completamente, y de él solo conservo una extrema debilidad. Ayer escribí durante siete horas; tal exceso de trabajo debe de haber sido la causa del accidente.

El 20 de septiembre me puse en contacto con la flota, pero hasta el 21 por la mañana no pude comunicar con ella. Creo que mi llegada ha producido muy buen efecto en el ánimo de todas las tripulaciones, y cuando expuse a los jefes mi plan de batalla, parecía que era para ellos una revelación, y saltaron de entusiasmo.

Algunos de los que me escuchaban, no podían contener las lágrimas. Era un plan nuevo, atrevido, sencillo; y si se puede llevar a la práctica, la victoria es cierta: «¡Está usted rodeado de amigos que tienen absoluta confianza en su almirante!» decían todos los oficiales. Quizá haya algún Judas entre ellos; pero la mayoría se consideran dichosos de que yo los mande.

Acabo de recibir cartas de la reina y del rey de Nápoles, en contestación a las mías del 18 de junio y 12 de julio último. ¡Ni una palabra para ti! En verdad los dos, el Rey y la Reina, harían enrojecer de vergüenza a la misma ingratitud. He sacado copias de esas cartas para remitírtelas con la presente, que saldrá en la primera ocasión para Inglaterra, llevándote el testimonio de lo mucho que te amo.

Por ahora, nada puedo decir del pájaro; pero no hay que desesperar.

Mi cuerpo mutilado está aquí; mi corazón entero, contigo.

H. N.

El mismo día 20 de septiembre en que tenía lugar la unión de Nelson con la flota de Collingwood, el almirante Villeneuve recibía de su gobierno orden de hacerse a la mar, pasar el estrecho, lanzar tropas, sobre las costas de Nápoles, y, después de haber barrido el Mediterráneo de barcos ingleses, regresar al puerto de Tolón.

La flota combinada se componía de treinta y tres barcos, diez y ocho franceses y quince españoles. Empezó a divisarse el sábado 19 de octubre a las siete de la mañana, impulsada por una ligera brisa.

A mediodía, la batalla parecía inminente. Nelson me escribió dos cartas, una para mí y la otra para la pobre niña que iba a quedar huérfana de padre.

Esas cartas, que reproduzco a continuación, se encontraron en su pupitre después de su muerte y más tarde me las trajo el capitán Hardy.

Decían así:

Mi muy querida Emma: Me avisan que la flota enemiga sale del puerto. Tenemos muy poco viento; de modo que no confío encontrarla hasta mañana. ¡Que el Dios de las batallas corone mis esfuerzos proporcionándome una jornada gloriosa! En todo caso, victorioso o derrotado, estoy seguro de que mi nombre será siempre querido por ti y por Horacia, que me sois más queridas que mi propia vida.

Ruega por tu amigo

NELSON.

Victory, 19 de octubre de 1805.

Ángel querido: Soy el hombre más feliz del mundo después de haber recibido tu carta del 19 de septiembre. Me satisface en gran manera saber que eres una buena muchacha y que amas mucho a mi querida *lady* Hamilton, que, a su vez, te adora. Dale un beso en mi nombre. La flota combinada de nuestros enemigos sale de Cádiz, según me dicen. Por eso me apresuro a responder a tu carta, mi querida Horacia, para decirte que eres el continuo objeto de mis pensamientos. Estoy cierto de que ruegas a Dios por mi salud, por mi gloria y por mi pronto regreso a Merton.

Recibe, mi querida hija, la bendición de tu padre.

NELSON.

El día siguiente añadía esta postdata a mi carta:

Llegamos a la boca del estrecho. Me dicen que en lontananza se divisan cuarenta velas. Supongo que son treinta y tres barcos de línea y siete fragatas; pero creo que volverán al puerto antes de anoecer, por estar muy agitado el mar.

En fin, al divisar la flota unida, Nelson anotó en su diario privado:

Quiera Dios, ante quien me postro, conceder a Inglaterra, en interés de la oprimida Europa, una grande y gloriosa victoria; y permita que esa victoria no sea empañada por ninguna falta de los que van a combatir y a triunfar. En cuanto a mí personalmente, pongo mi vida en manos de Aquel que me la dio. Que el Señor corone los esfuerzos que voy a hacer para servir fielmente a mi patria. Yo confío y abandono a Él solo la santa causa cuyo defensor se ha dignado nombrarme. ¡Amén, amén, amén!

Después de esta súplica en la que el misticismo y el entusiasmo se confunden, Nelson escribió el siguiente testamento en el artículo de la muerte:

21 de octubre de 1805, a la vista de las escuadras unidas de Francia y España, distantes de nosotros diez millas aproximadamente.

Considerando que los relevantes servicios consagrados al Rey y a la Reina por Emma Lyón, viuda de *sir* Guillermo Hamilton, no han sido jamás recompensados ni por el Rey ni por la nación;

Recuerdo especialmente en este lugar:

1.º Que *lady* Hamilton obtuvo, en 1799, la comunicación de una carta del rey de España dirigida a su hermano el rey de Nápoles, en la que le anunciaba su intención de declarar la guerra a Inglaterra, y que, advertido por dicha carta, el ministro pudo enviar a *sir* Juan Jervis la orden de caer, si se presentaba ocasión, sobre los arsenales de España y sobre la flota española. Si nada de eso se realizó, no fue culpa de *lady*

Hamilton;

2.º Que la flota británica de mi mando no habría podido volver por segunda vez a Egipto si, debido a la influencia de *lady* Hamilton sobre la reina de Nápoles, no se hubiese dado orden al gobernador de Siracusa de permitir a la flota proveerse de todo lo que necesitaba en los puertos de Sicilia, lo cual me permitió racionar mis buques y puso en condiciones favorables de destruir a la escuadra francesa;

En su virtud, dejo a mi Rey y a mi patria el cuidado de recompensar tales servicios y asegurar el porvenir de *lady* Hamilton.

Confío también a la benevolencia de la nación a mi hija adoptiva Horacia Nelson-Thomson, y deseo que en adelante lleve el nombre de Nelson.

He aquí los únicos favores que pido al Rey y a Inglaterra, en el momento en que voy a arriesgar mi vida por ellos. ¡Bendiga Dios a mi Rey y a mi patria, y a todos los seres que me son queridos!

NELSON.

Todas las precauciones que tomaba para asegurar mi porvenir prueban que Nelson se sentía bajo la influencia de terribles presentimientos.

Y, para imprimir un carácter más auténtico a las declaraciones que dejaba consignadas en su diario particular, llamó a los capitanes Hardy y Blackwood, y, como testigos, les hizo firmar esta pieza testamentaria. Sus nombres aparecen, efectivamente, en el diario citado, junto al de Nelson.

XCVI

Mientras tanto, las dos flotas se iban aproximando la una a la otra.

En aquel momento solemne que precedió a uno de los encuentros más terribles que jamás hayan estremecido la superficie de los mares, cada uno de los dos almirantes arengó a sus respectivas dotaciones.

El jefe francés dijo:

«No hay que esperar las señales del almirante, las cuales, en la confusión del combate, pueden no ser vistas; pero cada uno debe escuchar la voz del honor y acudir allí donde mayor sea el peligro».

Del lado de los ingleses, todos los ojos estaban fijos en el buque almirante para leer el santo y seña, ya distribuido entre la tripulación de la escuadra unida.

Viose entonces cómo subían a lo alto del palo mayor del un cartelón que contenía esta lacónica arenga: «*England expects every man will do his duty!*» (¡Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber!).

El ángel bueno de Nelson, la avecilla augural, no había parecido.

Y, ahora, que Dios me dé la suficiente fuerza para escribir lo que me queda por contar.

Era la una de la tarde y ambos beligerantes se encontraban a la altura del cabo de Trafalgar cuando se inició el fuego.

Nelson iba vestido con un traje azul; ostentaba sobre el pecho las condecoraciones de la orden del Baño, de Fernando y del Mérito; las de Joaquín y de la Orden de Malta, y, finalmente, las insignias otomanas. Esta profusión de galones que cubrían su pecho, debían naturalmente servir de blanco a los disparos del enemigo. El capitán Hardy quiso hacerle cambiar de uniforme, pero Nelson se opuso.

—Es demasiado tarde —dijo—; ya me han visto con el que llevo.

El combate era horrible: cuatro buques se acribillaban a boca de cañón, el *Victory*, el *Formidable*, el *Bucentaure* y el *Téméraire*.

El primero que cayó a bordo del *Victory*, fue el secretario de Nelson. Un proyectil le partió en dos, mientras conversaba con el capitán Hardy. Como Nelson profesaba un cariño entrañable a aquel joven, Hardy mandó en el acto retirar su cuerpo, a fin de que la vista del cadáver no afligiese a Nelson.

Casi en el mismo instante cayeron ocho hombres destrozados por dos balas del enemigo.

—¡Oh, oh! —exclamó Nelson—; es un fuego demasiado mortífero para que pueda durar mucho tiempo.

Al terminar estas palabras, una bala de cañón pasó a muy corta distancia de su boca, cortándole el aliento. Con síntomas de asfixia, Nelson se apoyó en el brazo de uno de sus tenientes, y estuvo un minuto sin conocimiento. Al recobrarlo:

—¡No es nada —dijo—, no es nada!

Hacia veinte minutos, poco más o menos, que duraba aquel terrible fuego, cuando Nelson cayó sobre el puente como herido por el rayo.

Era la una y cuarto en punto.

Un proyectil, lanzado de la cofa del palo de mesana del *Formidable*, le había dado en dirección de arriba abajo, y penetrando por el hombro izquierdo, atravesó las charreteras y fue a romperle la espina dorsal. Be encontraba en el mismo sitio donde había sido herido su secretario, y cayó de bruces sobre la sangre de este.

Intentó incorporarse apoyándose con la mano izquierda.

Hardy, que estaba a dos pasos de él, le puso en pie, con la ayuda de dos marineros y del sargento Secker.

—Espero, milord, que su herida no habrá sido grave.

Pero Nelson respondió:

—Esta vez, Hardy, han acabado conmigo.

—¡Oh!, ¡de ninguna manera! —repuso Hardy.

—Sí —dijo Nelson—; por la conmoción de todo mi cuerpo, conozco que tengo lesionada la columna vertebral.

Hardy ordenó en el acto transportar al almirante a la cámara de los heridos.

Mientras le conducían, Nelson vio que el cordaje que servía para hacer maniobrar el timón había sido roto por la metralla; lo hizo observar al capitán Hardy y ordenó a un guardia marina poner otras cuerdas en sustitución de las primeras.

Después de dar estas órdenes sacó un pañuelo de su bolsillo y con él se tapó la cara y ocultó las condecoraciones que le cubrían el pecho, para que la marinería no le conociese e ignorase que estaba herido.

Una vez en el entrepuente, el cirujano del barco, M. Beatty, acudió a auxiliarle.

—¡Oh! mi querido Beatty —dijo Nelson—, por grande que sea su ciencia, nada podrá usted hacer por mí: tengo rota la espina dorsal.

—Es de esperar que la herida no sea tan grave como milord se figura —dijo el cirujano.

En aquel momento, el reverendo M. Scott, capellán del *Victory*, se acercó a Nelson, quien le reconoció, y le dijo con voz entrecortada por el dolor, pero sin embargo muy entera:

—Reverendo, recuérdeme usted a *lady* Hamilton, recuérdeme a Horacia, a todos mis amigos; dígales que dejo hecho mi testamento, y que lego a mi patria a *lady* Hamilton y a Horacia... ¡Retenga usted bien lo que lo digo en tal hora y nunca lo olvide!

Nelson fue llevado a su cama; con gran dificultad le despojaron de su uniforme y se le cubrió con un paño.

En esto, el herido dijo al capellán:

—¡Doctor, soy hombre muerto!

M. Beatty examinó la herida; aseguró a Nelson que podría sondearle sin

producirle mucho dolor; la sondeó, en efecto, y pudo averiguar que la bala, atravesando el pecho, se había incrustado en el espinazo.

—Estoy cierto de que tengo el cuerpo atravesado de parte a parte —dijo Nelson mientras el cirujano practicaba el sondeo.

El doctor examinó la espalda, que aparecía intacta.

—Usted se engaña, milord —dijo—. Pero pruebe usted a explicarme lo que siente.

—Siento —respondió el herido— como una ola de sangre que sube cada vez que respiro... Las extremidades de mi cuerpo están como muertas... Respiro con dificultad, y, aunque diga lo contrario, sostengo que mi espina dorsal está quebrada.

Estos síntomas indicaron al cirujano que no había que conservar ninguna esperanza; pero la gravedad de la herida no fue conocida de nadie a bordo, excepto del cirujano y sus dos ayudantes, del capitán Hardy y del capellán.

Las lágrimas que se agolpan a mis ojos me impiden continuar. En los nueve años que han transcurrido desde entonces, he contado frecuentemente con todos los pormenores aquella muerte gloriosa; pero esta es la primera vez que los escribo.

Reanudaré mi relato cuando me sienta con fuerzas para hacerlo.

.....

Intentemos ir hasta el fin.

La dotación del *Victory* prorrumpía en hurras de alegría cada vez que un navío francés arriaba su pabellón, y, al oír aquellas aclamaciones, Nelson, olvidando su herida, preguntaba con ansiedad:

—¿Qué ocurre?

Explicábanle la causa de tales gritos, de lo cual el herido se mostraba vivamente satisfecho.

Sentía una sed devoradora, y a menudo pedía de beber y suplicaba que le hiciesen aire con un abanico de papel.

Quería tiernamente al capitán Hardy; por lo que no cesaba de manifestar temores por la vida de ese oficial.

El capellán y M. Beatty procuraban tranquilizarle a este respecto; a cada instante enviaban recados al capitán Hardy para decirle que el almirante deseaba verle; y el herido, viendo que no venía, decía lleno de impaciencia:

—¡Ustedes no hacen venir a Hardy...! ¡Estoy seguro de que ha muerto!

En fin, una hora y diez minutos después de haber sido herido Nelson, el capitán Hardy bajó al entrepuente; al verle, el almirante lanzó una exclamación de alegría, le estrechó afectuosamente la mano y le dijo:

—Y bien, Hardy, ¿cómo va la batalla?, ¿cómo se desliza para nosotros el día de hoy?

—¡Bien, muy bien, milord! —respondió el capitán—. Hemos hecho ya doce

barcos prisioneros.

—Supongo que de los nuestros ninguno habrá arriado el pabellón.

—¡No, milord, ninguno!

Entonces, tranquilizado por ese lado, Nelson se ocupó de sí mismo, y exhalando un suspiro:

—Yo soy hombre muerto, Hardy —dijo—; y me voy de prisa. En breve, todo habrá concluido para mí. Acérquese usted, amigo mío.

Y en voz baja continuó:

—Una cosa le ruego, Hardy: después de mi muerte, corte usted un mechón de mis cabellos para mi querida *lady* Hamilton, y entréguele usted todo, lo que haya sido de mi pertenencia...

—Acabo de hablar con el cirujano —interrumpió Hardy—, que alimenta muchas esperanzas de salvarle.

—No, Hardy, no —replicó Nelson—; no pretenda usted engañarme; tengo rota la columna vertebral.

El deber recordó a Hardy que su puesto estaba en el puente, y salió, después de haber estrechado la mano del herido.

Nelson pidió nuevamente la presencia del cirujano. Este se encontraba junto al teniente Guillermo Rivers, a quien un proyectil le había arrancado una pierna. Con todo, acudió al lecho del almirante, diciendo que sus ayudantes bastaban para terminar la cura.

—Solo quería —dijo Nelson— tener noticias de mis infortunados compañeros; en cuanto a mí, doctor, ya no tengo necesidad de usted. ¡Váyase, váyase! Le he dicho que había perdido toda sensibilidad en la parte inferior de las extremidades del cuerpo, y *bien sabe usted* que, en mi caso, no se puede vivir mucho tiempo.

Estas tres palabras que he subrayado no dejaron ninguna duda al cirujano sobre la intención de lord Nelson: aludía a un pobre diablo que, algunos meses antes, había recibido, a bordo del *Victory*, una herida en condiciones semejantes a la suya; y Nelson siguió en aquel desgraciado los progresos de la muerte, con la misma curiosidad que si hubiese podido adivinar que esa muerte era la que le estaba reservada.

El cirujano dijo entonces a Nelson:

—Milord, deje usted que le toque.

Y palpó las extremidades inferiores, que estaban ya privadas de sensibilidad y como muertas.

—¡Oh! —añadió Nelson—, sé muy bien lo que digo. Scott y Burke también me han tocado y no he sentido el contacto de sus manos, como tampoco siento la de usted... ¡Me muero, Beatty, me muero!

—¡Milord —repuso el cirujano—, desgraciadamente no puedo hacer nada más por usted!

Y haciendo esta suprema declaración volvió la espalda para ocultar las lágrimas.

—Lo sabía —dijo Nelson—. Siento algo que se agita en mi pecho.

Esto diciendo, puso la mano sobre la parte que indicaba.

—¡A Dios gracias —murmuró—, he cumplido con mi deber!

El doctor no podía proporcionar ningún alivio al almirante, de quien se separó para ir a atender a otros heridos; pero en seguida volvió el capitán Hardy, quien, antes de dejar por segunda vez el puente, mandó al teniente Hills llevar la terrible noticia al almirante Collingwood.

Hardy felicitó a Nelson por haber, aunque ya en el umbral de la muerte, obtenido una victoria completa y decisiva, y le manifestó que, por lo que podía calcular, hasta aquel momento habían caído en poder de la flota inglesa quince barcos franceses.

—Yo hubiese apostado que eran veinte —dijo Nelson.

De repente, recordando la dirección del viento y los síntomas de tormenta observados anteriormente:

—¡Echen el ancla, Hardy!, ¡echen el ancla! —dijo.

—Supongo —observó el capitán— que el almirante Collingwood tomará, el mando de la escuadra.

—¡No, no; a lo menos mientras yo viva!... Hardy, he dicho que tiren el ancla; ¡lo mando!

—Voy a dar la orden, milord.

—Hágalo, hágalo, y antes de cinco minutos.

Después, en voz baja, como avergonzado de lo que iba a decir, añadió:

—Hardy, le ruego que no arrojen mi cuerpo al mar.

—¡Oh! de ninguna manera; sobre este particular, puede usted estar completamente tranquilo, milord —le respondió Hardy sollozando.

—Cuide usted de la pobre *lady* Hamilton —dijo Nelson con apagado acento—, de mi querida *lady* Hamilton... ¡Abráceme, Hardy!

El capitán, llorando, lo abrazó:

—Muero contento —dijo Nelson—: ¡Inglaterra se ha salvado!

El capitán Hardy permaneció un instante junto al ilustre herido en muda contemplación; luego, arrodillándose, le besó en la frente.

—¿Quién me abraza? —preguntó Nelson cuyos ojos estaban ya velados por las tinieblas de la muerte.

El capitán respondió:

—Soy yo, Hardy.

—¡Dios le bendiga, amigo mío! —dijo el moribundo.

Hardy subió de nuevo al puente.

Nelson, notando que el capellán estaba a su lado, le dijo:

—¡Ah, doctor, nunca he sido un pecador empedernido!

Hizo una pausa, y añadió:

—Doctor, recuerde usted, por favor, que dejo una herencia a mi patria y a mi Rey: *lady* Hamilton y mi hija Horacia... No olvide usted jamás a Horacia.

Su sed aumentaba.

—*¡Beber, beber!* —exclamó—. *¡Hágame aire!... ¡Fróteme!*

Decía esto al capellán Scott que lo había proporcionado algún alivio frotándole el pecho con la mano. Estas palabras las pronunció con voz entrecortada y reveladora de progresivos sufrimientos; de suerte que tuvo necesidad de hacer un esfuerzo supremo para decir por última vez:

—*¡A Dios gracias, he cumplido con mi deber!*

Aquí Nelson cesó de hablar.

El capellán y M. Burke lo incorporaron con ayuda de almohadones y mantuvieron en una posición menos dolorosa, respetando aquel fúnebre silencio y dejando de hablar para no turbar al moribundo en sus últimos instantes.

El dispensero de Nelson fue a decir al cirujano que su amo estaba a punto de expirar. M. Beatty cogió la mano del moribundo, lo pulsó y le tocó la frente. Nelson abrió su ojo único y en seguida volvió a cerrarlo.

El cirujano le dejó para ir a atender a otros heridos a quienes pedían ser útiles sus cuidados; pero, apenas había salido, el dispensero volvió a llamarle, diciéndole:

—*¡Su Señoría ha muerto!*

M. Beatty retrocedió. En efecto, Nelson acababa de exhalar el último suspiro. Eran las cuatro y veinte minutos. Había sobrevivido tres horas y treinta y dos minutos a su herida.

¡Perdiendo a Nelson, yo lo había perdido todo!

XCVII

Inútil es decir cuán intenso fue el dolor en toda la flota inglesa al tenerse noticia de la muerte de Nelson. Llegó a tal grado, que casi se olvidó la victoria.

El primer cuidado de Hardy fue expresar al cirujano el deseo de Nelson de no ser arrojado al mar.

Al día siguiente de la batalla, cuando las circunstancias permitieron ocuparse en los restos mortales de Nelson, se buscaron los medios que pudiesen evitar la descomposición; naturalmente, era preciso servirse de los recursos de que se disponía a bordo del *Victory*. No había bastante plomo para hacer un ataúd; se echó mano del tonel más grande que se pudo encontrar, colocaron en su interior el cuerpo, y después lo llenaron de aguardiente.

Aquella misma noche se levantó una terrible tempestad, conforme lo había anticipado Nelson; amaneció el día, y la tempestad continuó hasta la noche con la misma violencia. Durante aquellas veinticuatro horas, el cuerpo de Nelson quedó en el entrepuente bajo la guardia de un centinela. De repente, la tapa del tonel saltó en astillas, produciendo un ruido semejante a la detonación de un disparo de fusil. Era la presión de los gases que desprendiéndose del cuerpo, habían producido aquella explosión. El tonel fue cerrado nuevamente, pero se abrió un agujero en la tapa para impedir que el accidente se reprodujese. Al llegar a Gibraltar, se reemplazó el aguardiente por espíritu de vino.

El 3 de noviembre, por la tarde, el *Victory* levó anclas, salió de la bahía de Gibraltar, atravesó el estrecho y encontró, frente a Cádiz, la escuadra que mandaba el almirante Collingwood.

El barco fúnebre siguió su marcha hacia Inglaterra y llegó a Spithead después de una travesía de cinco semanas; pero la noticia de la victoria obtenida y de la muerte de Nelson era conocida en Londres desde el 7 de noviembre. Yo la supe por una carta del hermano de Nelson, quien, preocupado sin duda con la idea de que por virtud de aquella muerte pasaba él a ser conde y par, no tuvo tiempo de comunicármela personalmente.

Cuando esta noticia me llegó, estaba en mi casa de Londres. El doctor Nelson no me decía de dónde la había recibido; de modo que yo me resistí a darla por absolutamente cierta. Cogí en brazos a Horacia, di orden de enganchar y corrí al Almirantazgo; pero no tuve siquiera necesidad de entrar para comprender que la noticia era verdadera: ¡todo el mundo conocía ya la victoria y el precio a que se había obtenido!

El 4 de diciembre, víspera del día señalado para la acción de gracias, el *Victory* llegó a Saint-Helens y desplegó, en señal de luto, el pabellón de Nelson a media asta; todos los buques de Spithead pusieron en el acto sus enseñas en la misma posición.

El mismo día, el bravo capitán Hardy, fiel ejecutor de las instrucciones de Nelson, me remitió las dos cartas que para mí y para su hija Nelson había dejado escritas.

El capitán me decía en carta aparte que tenía muchas cosas particulares que manifestarme y muchos objetos preciosos que entregarme, pero que no podía salir del barco. Invitábame a que me trasladase a Saint-Helens, donde podría conferenciar conmigo.

Partí al instante y llegué el 5 por la mañana. Aquel excelente amigo vino a tierra y pasó el día en mi compañía. Le manifesté deseos de ver al capellán M. Scott y al cirujano M. Beatty, a quienes mandó buscar; y yo me embriagué con mi dolor, oyéndoles contar, en todos sus detalles, la muerte de Nelson.

Al día siguiente, el capitán Hardy me dio un buen consejo; poner inmediatamente en lugar seguro todos los objetos que habían pertenecido a Nelson y que él me legó, por temor de que la familia no se apoderase de ellos y viniésemos a parar en un pleito escandaloso. Seguí el consejo, y alquilé en Spithead un pequeño departamento al que hice transportar todos los objetos que habían pertenecido a mi héroe. En esas piadosas diligencias empleé tres días; lloré copiosamente, y me sentí más aliviada.

El sábado 15 el cuerpo de Nelson fue colocado en el ataúd que le había sido regalado por el capitán Ben Hallowell, y expuesto bajo un dosel formado de estandartes. M. Tyson, antiguo secretario del almirante, M. Nayler, míster York-Herald y M. Whilby fueron delegados por el Almirantazgo para recibir el cuerpo, que debía ser transportado del *Victory* a un yate y conducido al hospital de Greenwich.

Los funerales estaban señalados para el 6 de enero. Se decidió que el ataúd fuese depositado en la catedral de San Pablo, que, destinada a ser el sepulcro de los héroes y de los estadistas, iba a ser inaugurada por Nelson como el Panteón de Inglaterra.

Permítaseme no insistir más sobre mi infortunio. Al principio creí que mi dolor sería eterno; me vestí de luto y me prometí a mí misma llevarlo siempre; consagré una de las habitaciones de Merton a aquellas reliquias sagradas que obraban en mi poder merced a la fiel obediencia del capitán Hardy. Así, alejada del mundo, viví un año, sola con Horacia.

No contaba con la debilidad humana ni tenía en cuenta la veleidad femenina.

El resto de mi vida no es más que una serie de faltas, de prodigalidades, de errores, que me han traído al estado en que ahora me hallo. Pero, desde el momento en que ya no era la mujer de *sir* Guillermo ni la amante de Nelson, desde el momento en que había dejado de ser la amiga de la reina Carolina, volvía a ser sencillamente Emma Lyón, esto es, una cortesana enriquecida, que tal vez hubiese podido obtener aún la consideración que se dispensa a la riqueza, si hubiese sabido conservar su fortuna.

Lo que desde luego me dio la medida de mi relajación, fue la negativa de Inglaterra y del Rey a reconocer el testamento de Nelson. Habíame confiado al Rey y a la patria; si la patria y el Rey hubiesen tenido en algo la voluntad del hombre que acababa de hacerse matar por ellos, me habrían rehabilitado a mis propios ojos.

Si a lo menos hubiesen acogido y reconocido a mi pobre Horacia, me hubiera considerado obligada a vivir honrada; porque, en último término, me parece que la desgracia de tenerme a mí por madre debía ser compensada con el honor de tener por padre a Nelson, o sea, al primer marino, no ya de su siglo, sino quizás también de todos los tiempos.

No fue así. Mi hija y yo fuimos menospreciadas con saña, y a fuerza de sentirme despreciada, volví a ser despreciable.

Pero, al lanzarme de nuevo a esa existencia de locuras, errores y disipación, aparté de mi lado a Horacia, a fin de que ninguna de mis faltas la contaminara. Coloqué a su favor las cuatro mil libras esterlinas que su padre le había legado, y la renta de cinco mil francos que ese capital producía sirvió para su manutención y educación.

Ahora la descripción de los sucesos que me condujeron del lujo a la miseria, de la riqueza a la pobreza, sería demasiado larga y no ofrecería ningún interés. He hablado de mi pasión por el juego, pasión que en mí adquirió mayores proporciones. Acostumbrada a una vida de prodigalidades, no supe subordinar mis gastos a mis rentas, y dos años después de la muerte de Nelson, me encontré en tales apuros económicos, que me vi obligada a salir de Merton, que fue vendido en subasta.

Tenía afortunadamente por amigo al viejo duque de Queensbury de quien va he hablado: me recogió en una de sus casas amuebladas de Richmond, y me regaló un coche con su correspondiente tiro para reemplazar mis caballos y carruajes que habían sido vendidos. Sus dádivas me permitieron vivir muy holgadamente hasta la hora de: su muerte, que llegó a fines del año 1810.

Su bondad para mí se extendió más allá de la muerte; pues me dejó, por testamento, una suma de mil libras esterlinas, y además una anualidad de quinientas.

Pero el Duque se consideraba más rico de lo que realmente era, y sus legados superaban a su fortuna; de lo cual resultó que los tribunales anularon el testamento, y yo perdí el beneficio de las buenas intenciones de mi viejo amigo.

Mi decepción fue tanto más grande cuanto que, fiando en aquella herencia, me había lanzado una vez más a la vida de gastos y prodigalidades. Algunos amigos que me quedaban hicieron diligencias para obtener del Lloyd lo que no se había podido obtener del ministerio, a saber, la recompensa de los servicios prestados por mí al Estado; pero ni sus tentativas ni mis peticiones dieron el resultado apetecido, y caí en tal miseria, que fueron vendidos todos mis muebles, todos los recuerdos queridos que conservaba de Nelson. Todo se vendió, hasta la preciosa caja en la que la ciudad de Oxford había encerrado el nombramiento de ciudadano ofrecido al vencedor de Aboukir. Pero, como el dinero que esa venta produjo no alcanzaba con mucho a cubrir mis deudas, algunos acreedores, más crueles que los otros, me hicieron arrestar y conducir a King's-Bench, donde quedé detenida con la pobre Horacia, a la que arrastraba, si no a la ruina, puesto que ella conservaba sus cuatro mil libras esterlinas que yo no podía tocar, a lo menos a mi infortunio.

Permanecemos en aquella prisión más de un año, sufriendo todo género de privaciones y bochornos; porque un hombre en quien yo tuve el error de depositar mi confianza y con esta mis documentos privados, hizo imprimir a mi nombre toda mi correspondencia con Nelson y otras varias cartas que obraban en su poder. ¿Qué podía hacer yo desde el fondo de mi prisión?, ¡protestar! Es lo que hice; pero mi voz no fue oída, o no se dio crédito a mi protesta.

En fin, un buen hombre, funcionario municipal encargado de la policía de la Cité, se apiadó de mí, viendo cuán cruelmente era castigada por mis errores; se entendió con mis acreedores, dio algún dinero, y obtuvo para mí una cancelación general.

Resolví en el acto abandonar Inglaterra y pasar al continente. Mi protector me ayudó en ese proyecto, facilitándome algunos socorros. Partimos para Calais y encontramos entre esta ciudad y Boulogne, cerca del pequeño puerto de Ambleteuse, una casa aislada y obscura, en la que he resuelto pasar el resto de mi vida.

¡El resto de mi vida carece de interés!... Los dolores, los tormentos, las angustias que en los últimos diez años he sufrido, me han quebrantado prematuramente. El médico que ha venido a verme por caridad, ha llamado aparte a Horacia y he visto a la pobre niña volver con los ojos enrojecidos por el llanto.

Entonces he sentido que se acercaba la muerte; he dirigido una mirada a mi vida pasada, y todos mis actos se me han representado en su verdadero aspecto.

He temblado, he pasado noches llenas de espectros y días llenos de remordimientos; he comprendido que si moría así, moriría desesperada.

Un rayo de luz ha bajado de lo alto para iluminar mi pensamiento.

Heme dicho: «Existe una religión dulce y misericordiosa, a la que siempre me he sentido inclinada; una religión cuyo fundador perdonó a la cortesana, a la mujer adúltera, al homicida. Enviemos a buscar un cura de esa religión, y depositemos en sus manos la salvación de mi alma agobiada de maldades».

He enviado a buscar al cura. Le espero.

¡Señor! ¡Señor!, ¡sed misericordioso con la pecadora que se arrepiente!

.....

Aquí terminan las confesiones de Emma Lyón.

Nuestros lectores saben todo lo ocurrido; han visto, al comenzar este relato, venir el cura; han visto cómo el agua santa del bautismo bañaba la pálida frente de la pecadora, y luego caer esa frente sobre el almohadón, impreso en ella el sello del arrepentimiento y del perdón.

Cinco minutos más tarde, *lady* Hamilton descansaba en la misericordia de Dios.

Digamos ahora, en dos palabras, lo que sucedió después de su muerte.

La embajadora de Inglaterra, la querida de Nelson, la amiga de la reina de Nápoles, conducida en las angarillas de los pobres, iba a ser arrojada a la fosa común el 16 de enero de 1815, cuando un comerciante inglés, residente en Calais, pensando

que sería vergonzoso para sus compatriotas abandonar el cadáver después de la muerte como habían abandonado a la mujer mientras vivió, compró un terreno en el sitio más respetable del cementerio, y, seguido de cincuenta ingleses, depositó los restos en una tumba sobre la cual se grabó por toda inscripción estas palabras de Cristo:

Aquel de vosotros que esté libre de pecado, arroje la primera piedra

La joven Horacia, que a la sazón frisaba en los catorce años, y que había tenido para su madre los cuidados más tiernos y piadosos, regresó en seguida a Inglaterra, y vivió por espacio de dos años con la familia de míster Matcham y luego con la de míster Bolton, cuñado de lord Nelson.

Por último, en 1822, contrajo matrimonio con el reverendo Felipe Ward, vicario de Teuterden, y de su feliz unión nacieron ocho hijos.

NOTAS

I

Instrucciones generales dadas por el rey Fernando al cardenal Ruffo. (Véase capítulo LXXXVII).

Cardenal Ruffo:

La necesidad de llegar lo más pronto posible y por los medios más eficaces, a la salvación de las provincias del reino de Nápoles y preservarlas de las numerosas intrigas que los enemigos de la religión, de la corona y del orden traman para arrastrarlas a la rebelión, me determinan a confiar al talento, al celo y fidelidad de Vuestra Eminencia el grave cuidado y la importante misión de la defensa de esta parte del reino libre aún de los desórdenes de toda clase y de la ruina que amenaza al reino en esta terrible crisis.

En su virtud, pues, encargo a Vuestra Eminencia se traslade a Calabria, esa provincia de nuestro reino en la que es sumamente fácil organizar la defensa y combinar las operaciones con la ayuda de las cuales se pueda detener la marcha del enemigo común y proteger el litoral contra toda tentativa, sea de hostilidad, sea de sedición que podría intentarse por los mal intencionados de la capital o del resto de Italia.

Las Calabrias, la Basilicata, las provincias de Lecce, Bari y Salerno serán objeto de mis cuidados más enérgicos y activos.

Todos los medios de salvación que Vuestra Eminencia crea poder emplear, serán reconocidos y adoptados por mí sin discusión. Esos principios regicidas y desorganizadores de las sociedades son más poderosos de lo que Vuestra Eminencia se imagina; porque lisonjean la ambición de los unos y la avaricia de los otros, la vanidad y el amor propio de todos, haciendo nacer en los corazones más vulgares esas engañosas esperanzas que propalan los fautores de las opiniones modernas y de los manejos revolucionarios, que doquiera han triunfado, han labrado la desgracia del Estado, según puede verse dirigiendo la mirada a Francia y a Italia.

Con este objeto, autorizo a Vuestra Eminencia para ejercer el cargo de comisario general en la primera provincia donde se manifieste la necesidad de su misión, el de vicario general del reino cuando Vuestra Eminencia se encuentre en posesión total o parcial de este reino, a la cabeza de las fuerzas activas que va a recibir, con el derecho de hacer en nuestro nombre cuantas proclamas estime útiles al bien de la causa.

Además, concedo a Vuestra Eminencia la facultad de destituir a cualquier funcionario de la administración política o civil, como asimismo la de emplear medidas de rigor con todo empleado militar cuya conducta lo reclamo.

Este cargo de comisario general y de vicario del reino será aplicado y ejercido en la forma más adecuada que Vuestra Eminencia tenga por conveniente, y espero que, a favor de las ilimitadas atribuciones que le confiero, hará respetar mi soberana autoridad, para preservar a mi reino de daños ulteriores, pues demasiado considerables son los que hasta el presente se han sufrido.

En consecuencia, deberá proceder con la mayor severidad y la más rigurosa justicia, sea para hacerse obedecer, sea para dar buenos ejemplos y borrar los malos, sea, en fin, para arrancar de cuajo esa dañina planta de la libertad que tan fácilmente ha germinado.

Todos los Bancos y casas de crédito del reino estarán sujetas a las disposiciones de Vuestra Eminencia; y mientras la capital continúe en el estado anárquico de ahora, Vuestra Eminencia tomará, las necesarias medidas para que no le sea remitida de provincias ninguna cantidad en efectivo. Cuidará Vuestra Eminencia de atender a las necesidades públicas, pagar los sueldos de los empleados civiles y militares y los gastos que originen los medios de defensa que sea necesario improvisar.

Cuidará asimismo de pasarme una relación de lo que Vuestra Eminencia haya ejecutado y se proponga ejecutar, a fin de que, a la vista de la relación, pueda yo formar mis resoluciones y transmitirle mis órdenes.

Vuestra Eminencia elegirá dos o tres asesores probos y dignos de su confianza, magistrados que deberán conocer en las causas graves y reemplazarán a los tribunales de Nápoles, a fin de conseguir que los asuntos judiciales se tramiten con la mayor celeridad posible.

Por los diferentes documentos que remito a Vuestra Eminencia, verá que, convencido de que el numeroso ejército que tan mal me sirvió, no se halla todavía completamente disperso, había yo dado orden de que los

restos de aquellas fuerzas marchasen a Palermo y a las Calabrias, con objeto de defender esas provincias y mantener la comunicación con Sicilia. En las presentes circunstancias, todos los jefes que se presenten a Vuestra Eminencia deberán ponerse de acuerdo con Vuestra Eminencia, cualesquiera que sean sus grados y la posición que les hubiese sido creada por mis decretos anteriores. Con respecto al general de la Salandra y cualquier otro general que se reúna con Vuestra Eminencia, con las mismas tropas, se sujetarán a las nuevas instrucciones que reciban.

En cuanto a la fuerza militar, Vuestra Eminencia cuidará de reorganizarla por todos los medios e infundirle el valor que han demostrado mis bravos calabreses en los combates que recientemente han sostenido con el enemigo.

Cuando hayan llegado las tropas regulares que espero, se podrá enviar parte de ellas a Calabria.

Vuestra Eminencia elegirá los empleados militares y civiles de quienes crea tener necesidad de rodearse.

Para los gastos de Vuestra Eminencia le será acordada la suma de mil quinientos ducados (seis mil francos) anuales, suma que considero indispensable a sus necesidades. Pero esta cantidad se aumentará cuando haya precisión de hacer gastos extraordinarios.

No pongo límite a su prodigalidad cuando se trate de emplear el dinero en conseguir datos y noticias que puedan ser de utilidad común. Puedo Vuestra Eminencia recompensar con largueza a cuantos individuos lo suministren esas informaciones, para lo cual Vuestra Eminencia elegirá buenos colaboradores, es decir, hombres hábiles y sagaces en el desempeño de tales funciones.

En otros casos que, a su juicio, sean necesarios semejantes gastos, Vuestra Eminencia queda facultado para prometer espléndidas gratificaciones a aquellos sujetos que hubiesen prestado servicios al Estado, a la religión y al trono.

Dejo a Vuestra Eminencia la misión de tomar las determinaciones más rápidas para que la justicia proceda en todos los delitos.

Espero del emperador de Austria toda clase de socorros; también me los ha prometido el Duque. Idénticos compromisos ha contraído ante mí el czar de Rusia, y las escuadras de esta última potencia están ya muy cerca de nuestro litoral, dispuestas a intervenir en nuestra ayuda.

Se lo advierto a Vuestra Eminencia, a fin de que, llegado el caso, pueda recurrir a esas fuerzas aliadas, y hasta hacer desembarcar tropas, si estas fueren necesarias. Le autorizo a reclamar de esas escuadras todos los recursos que estime útiles para el mejor resultado de la defensa.

Prevengo a Vuestra Eminencia que, en un caso dado, podría refugiarse entre mis aliados. En cuanto a la escuadra inglesa, puede Vuestra Eminencia contar también con ella. Sus barcos, navegando por las costas de Sicilia y Calabria, velarán asimismo por la seguridad de nuestro reino.

Vuestra Eminencia establecerá medios seguros de transmitirme, dos veces a la semana, informes relativos a los asuntos importantes de su misión. Miro como cosa indispensable a la defensa del reino, el que nuestras comunicaciones sean frecuentes y sin interrupción.

En fin, me confío a su adhesión y a su inteligencia, y estoy cierto de que Vuestra Eminencia corresponderá a la alta confianza que deposito en su apego a mi causa y en su lealtad hacia mí.

FERNANDO B.
Palermo, 25 de enero de 1799.

II

Carta del Rey al cardenal (Véase capítulo LXXXVIII).

Palermo, 1.º de mayo de 1799.

Eminencia:

Después de haber leído atentamente y meditado sobre el párrafo de su carta del primero de abril, relativo al plan para resolver acerca del destino de los numerosos criminales que han caído o puedan caer en poder nuestro, sea en las provincias, sea cuando, con la ayuda de Dios, vuelva la capital a mi dominio, debo, por lo pronto, manifestarle que todo lo que Vuestra Eminencia me dice sobre el particular, lo encuentro altamente

prudente y sabio, y, a mi ver, refleja la lealtad de que en toda ocasión hamo dado Vuestra Eminencia pruebas inequívocas.

Voy, pues, a ponerle en conocimiento de mis disposiciones.

Convengo con Vuestra Eminencia en que no conviene mostrarse demasiado encarnizados en nuestras persecuciones, tanto más cuanto que los culpables se han dado a conocer tan abiertamente, que no será obra de mucho tiempo el apoderarnos de los más perversos.

Mi intención es que las siguientes categorías de culpables sean detenidos y debidamente vigilados:

Todos los miembros del gobierno provisorio y de la comisión ejecutiva y legislativa de Nápoles;

Todos los miembros de la comisión militar y de la policía formada por los republicanos;

Todos los que han formado parte de las diferentes municipalidades y que, en general, han recibido una comisión de la República o de los franceses;

Todos los que han formado parte de una comisión con el propósito de hacer investigaciones sobre las supuestas dilapidaciones y fraudes de mi gobierno;

Todos los oficiales que estaban a mi servicio y que se pasaron al de la llamada República, o de los franceses; queda entendido que, los oficiales hechos prisioneros con las armas en la mano contra mis ejércitos o contra las fuerzas de mis aliados, serán fusilados en el término de veinticuatro horas, sin otra forma de proceso;

Todos los que han fundado diarios republicanos, o impreso proclamas sediciosas.

Serán igualmente detenidos los síndicos de las ciudades y los diputados de las plazas que derrocaron a mi vicario el general Pignatelli, o se opusieron a sus actos, y tomaron medidas en contradicción con la fidelidad que nos debían.

Quiero igualmente que se detenga a una tal Luisa Molina San-Felice y a un llamado Vincenzo Cuoco, que descubrieron la contrarrevolución que querían hacer los realistas, al frente de los cuales figuraban los Backer, padre e hijo.

Una vez llevado a cabo todo lo que precede, mi intención es nombrar una comisión extraordinaria de algunos individuos seguros y elegidos que juzgarán militarmente a los principales criminales entre los que sean detenidos, y con todo el rigor de las leyes.

Los que resulten menos culpables serán económicamente deportados fuera de mis dominios a perpetuidad, y sus bienes serán confiscados.

A este propósito, debo decirle que tengo por muy sensato lo que usted señala en cuanto a la deportación; pero, prescindiendo de todo miramiento, encuentro que es preferible deshacerse de esos reptiles que no conservarles la vida. Si yo poseyese una isla muy lejos de mis dominios del continente, adoptaría de buen grado el sistema que usted propone, y los deportaría; pero la proximidad de las islas que poseo en os dos reinos haría posible alguna conspiración. Por otra parte, los reveses considerables que, a Dios gracias, los franceses han sufrido y que espero han de sufrir aún, pondrán a los deportados en la imposibilidad de hacernos ningún daño. Convendrá, sin embargo, estudiar esta cuestión.

.....

Apenas haya reconquistado a Nápoles, me propongo hacer algunas nuevas concesiones, según las circunstancias y el conocimiento personal de las personas y cosas. Hecho lo cual, es mi intención seguir mis deberes de buen cristiano y de padre amante de su pueblo, olvidar completamente lo pasado y conceder a todos un perdón general.

Pero no olvide Vuestra Eminencia que es necesario que los cargos públicos sean conferidos en las provincias a personas que se hayan comportado bien con la corona, y, por consiguiente, que no hayan cambiado nunca de partido, porque solo de este modo, podremos estar seguros de conservar lo que hemos reconquistado.

Ruego al Señor conserve a Vuestra Eminencia para bien de mi servicio y para poder expresarle en todo lugar mi verdadero y sincero reconocimiento.

Entretanto, créame Vuestra Eminencia siempre su afectísimo,

FERNANDO B.

III

TEXTO DE LA CAPITULACIÓN DE LOS CASTILLOS DE NÁPOLES (Véase capítulo LXXXIX).

Artículo primero. El castillo Nuevo y el castillo del Huevo serán devueltos a los jefes de las tropas de Su Majestad el rey de las Dos Sicilias, y de las fuerzas de sus aliados el rey de Inglaterra, el emperador de todas las Rusias y el sultán de la Sublime Puerta, con todas las municiones de guerra y de boca, artillería y efectos de toda especie existentes en los almacenes, cuyo inventario se hará por comisarios respectivos, luego que se haya firmado la presente capitulación.

Art. II. Las tropas que componen las guarniciones conservarán sus fuertes hasta que los buques de que más abajo se hace mención, y destinados a transportar a los individuos que quieran trasladarse a Tolón, estén preparados para hacerse a la mar.

Art. III. Las guarniciones saldrán con honores militares, esto es, con armas y bagajes, a tambor batiente, enseñas desplegadas, y cada una con dos piezas de artillería; depositarán sus armas en la ribera.

Art. IV. Las personas y las propiedades, muebles e inmuebles, de todos los individuos de las guarniciones serán respetadas y garantidas.

Art. V. Todos los antedichos individuos podrán, a su elección, embarcar en los buques parlamentarios que estén preparados para conducirlos a Tolón, o quedarse en Nápoles, sin ser molestados, ni ellos ni sus familias.

Art. VI. Las condiciones establecidas en la presente capitulación serán comunes a todos los individuos de ambos sexos encerrados en los fuertes.

Art. VII. Gozarán del beneficio de las mismas condiciones todos los prisioneros hechos a las tropas republicanas por las de Su Majestad el rey de las dos Sicilias o por las de sus aliados, en los diferentes combates que se han librado antes del bloqueo de los fuertes.

Art. VIII. Los señores arzobispo de Salerno, Micheroux, Dillon, y el obispo de Avellano, detenidos, serán entregados al comandante del fuerte de San Telmo, en el que permanecerán en rehenes hasta que sean enviados a Tolón, los que embarquen con destino a aquel puerto.

Art. IX. A excepción de los personajes anteriormente nombrados, todos los prisioneros de Estado y los individuos que estén en rehenes, serán puestos en libertad inmediatamente después de haberse firmado la presente capitulación.

Art. X. Los artículos de la presente capitulación no podrán ser puestos en vigor sino después de haber sido aprobados por el comandante del fuerte de San Telmo.

FIRMAN:

Massa, comandante del castillo Nuevo.

L'Aurora, comandante del castillo del Huevo.

F. cardenal Ruffo, vicario general del reino de Nápoles.

Antonio Micheroux, ministro plenipotenciario de Su Majestad el rey de las Dos Sicilias en el campamento de las tropas rusas.

E. J. Foothe, comandante del buque de Su Majestad Británica el *Sea-Horse*.

Baillie, comandante de las tropas de Su Majestad el emperador de Rusia.

Achmet, comandante de las tropas otomanas.

En virtud de las deliberaciones celebradas por el Consejo de guerra, en el fuerte de San Telmo, el 3 mesidor, relativas a la carta del general *Massa*, comandante del castillo Nuevo, carta de fecha 1 mesidor, el comandante del castillo de San Telmo aprueba la antedicha capitulación.

Firmado MÈJEAN.

En el fuerte de San Telmo, a 3 mesidor, año séptimo de la República francesa (21 de junio de 1799).

IV

Lista de los principales patriotas napolitanos condenados a muerte por la Junta de Estado, desde julio a noviembre de 1789. (V. cap. XC).

Miembros de la Comisión Ejecutiva.

Hercule d'Agnese.

Ciajo.

Giuseppe Logoleta.

Giuseppe Albanese.

Giuseppe Abbamonti.

Miembros de la Comisión Legislativa.

Mario Pagano.

Dominique Cirillo.
Conforti.
Ruffo.
Scotti.
Raffaele Doria (oficial de marina).
Nicolás Magliano.
Giovanoi-Leonardo Palomba.

Representantes.

Prodoscimo Rotondo (distinguido abogado).
Dominique Bisceglia.
Pasquale Baffi (uno de los primeros helenistas de su tiempo).
Nicolás Pasullo.
Léopold de Renzis.
Giovanni Riario (noble de primera clase).
Diego Pignatelli, duque de Monteleone.
Vincenzo Porta (sabio matemático).

Ministros.

Gabriel Manthonnet (ministro de la Guerra, oficial de marina).
Vincenzo Defilippis (ministro del Interior, matemático).
Giorgio Pigliacelli (ministro de la policía general, célebre abogado).

Generales, oficiales, etc.

Francesco Federici (antiguo mariscal que, además de sus aptitudes militares, tenía un profundo conocimiento de los asuntos políticos).
Germano Serra, uno de los duques de Cassano.
Oronzio Massa, de los barones de Galugnano en la provincia de Lecce.
Pasquale Malesa (ayudante de campo de Joubert, al servicio de Francia).
Agamemnon Spano.
Giuseppe Schippani.
Carlo Mauri, marqués de Polvica.
Carlo Muisari, de Castrovillari.
Michel le Fou (brigadier al servicio de Francia)^[16].
Ferdinand Pignatelli, príncipe de Strongoli.
Clino Roselli (literato).
Nicolás Pacífico (gran botánico).

Nicolás Vitagliani (mecánico).
Giuseppe Riario (noble de primera clase).
Eleuthere Ruggiero.
Giuliano Colonna, hijo del príncipe de Stigliano Colonna.
Francesco Grimaldi.
Francesco Guardati, de Sorrento (ex benedictino).
Luigi Bozzotri (notario).
Dominique Pagano.
Nicolás Ricciardi.
Giuseppe Cotilla.
Dominique Perla.
Gaetano de Marco (capitán).
Melchiorre Maffei de Sant' Angelo (comerciante).
Pasquale Batistessa.
François Buonocore.
Michele Giampriani.
Gaetano Rossi.
Mario Pignatelli, hermano del príncipe de Strongoli.
Colombo Andreossi.
Ignazio Falconieri (sacerdote).
Louis Grenalais (oficial de marina).
Raffaele Montemayor (oficial de marina).
Jean-Baptiste de Simone.
Andrea Mazetelli (piloto de la marina de guerra).
Giuseppe Camarotta.
Antonio Tocco.
Felix Mastrangelo.
Antonio Tramaglia.
Pasquale Anisi, de Polenza.
Vicenzo d'Ischia.
Giovanni Varanese.
Raffaele Jossa.

Empleados civiles y otros.

Vicenzo Lupo (comisario del gobierno en la alta comisión militar).
Onofrio Colace (ex consejero).
Louis Rossi (juez de la alta comisión militar, gran poeta).
Gregorio Mattei (célebre letrado, hijo del más célebre Saverio).
Antonio Sardella.
Nicolás Carlomagno (comisario del gobierno en la sección de policía).

Niccolo Palomba (sacerdote).
Niccolo Neri.
Gaetano Morgera (sacerdote).
Antonio Ruggi.
Ferdinando Ruggi.
Antonio Avella de los Pugliuchella.
Severo Caputo (noble, administrador del departamento del Vesubio).
Giuseppe Belloni (sacerdote).
Eleonor Fonseca Pimentel (literata, redactora del *Moniteur parthénopeen*).
Morglies.
Antonio Perna.
Natali (obispo de Vico).
Gregorio Mangeni (abogado).
Pietro Niccoletti.
Francesco Astore (juez de paz).
Niccolo-Maria Rossi.
Niccolo de Meo (religioso).
Antonio Piatti.
Domenico Piatti.
Pasquale Sies.
Nicolás Florentino (jurisconsulto).
François-Xavier Granata (viejo carmelita).
Francesco Bagno (profesor de medicina en la Universidad).
Nicolo Mazzola.
Michelangelo Ciccone (célebre poeta). Giacomo-Antonio Gualzetti (poeta, autor del drama *Adelaïde et Comminges*).
Gennaro Arrucci (médico).
Nicolás Lubrano (cura de la isla de Prócida).
Andrea Florentino.
Bernardo Alberini.
Antonio Scialoja (literato).
Antonio de Lucca.
Aniello Calisi.
Spaccone.
Antonio Coppola.
Onofrio Schiano.
Vicenzo Assanti.
Michel Castagniola.
Salvatore Schiano.
Francesco Feola.
Giuseppe Cacacce.

Léopold de Gennaro (ayudante del castillo de Ischia).
Giuseppe Vatilla.
Dominique-Antonio Ragni.
Gaspere Lucci.
Velasco.
Emmanuele Borga.
Francesco Basetti.
Annibal Giordano.
Pierre-Marie Laguezza.
Carracciolo, príncipe de Torella.
Gregorio Ciccopieri.
Luisa Molina San Felice.
Giuseppe Albaretta.
Giuseppe Fasulo.
Giuseppe Poerio.
Rocco Lentini.
Vicenzo Pignatelli di Marsico.

FIN

NOTAS

[1] Teniente de alcalde. <<

[2] Nombre dado por los europeos al imperio chino, en la Edad Media. (*N. del t.*) <<

[3] Hoy figura en la Galería del Louvre. <<

[4] Este proverbio tiene su equivalente en el español que dice: *del lobo, un pelo*. (N. del t.) <<

[5] Nombre de varias monedas italianas. En las Dos Sicilias valía 42 céntimos y medio. (*N. del t.*) <<

[6] Algunas veces, hablando de Nelson, *lady* Hamilton dice simplemente, en sus Memorias, *milord*. <<

[7] Título que en la antigua monarquía francesa recibía el hermano del Rey que le seguía en edad. (*N. del t.*) <<

[8] Papel moneda que creó la Asamblea Nacional francesa en 1790. <<

[9] No se olvide que es Emma Lyon la que habla, y que, por lo tanto, habla como realista: nosotros hubiésemos dicho: *de salvarlo todo*. <<

[10] El caballo de raza. <<

[11] El caballo de mar. <<

[12] Todas las modas vienen de Francia. <<

[13] **Paradiso, canto XIV.** <<

[14] No se olvide que la que así se expresa, es una inglesa, enemiga de Francia y amiga de la reina Carolina. <<

[15] Inútiles decir que estas cartas son copiadas de autógrafos de Nelson. <<

[16] Su verdadero nombre era Miguel Marino. <<